

© 1973 Learned Parrot Records. All rights reserved.

TELEGRAPH Avenue

NOVELA

1. Sueño de nata
2. La iglesia del vinilo
3. Un pájaro provisto de amplia experiencia
4. Retorno a la eternidad
5. Brokeland

MICHAEL CHABON

Autor de Las asombrosas aventuras de Kavalier y Clay

Lectulandia

A finales del verano de 2004, Archy Stalling y Nat Jaffe son dos amigos que continúan viviendo a duras penas de su negocio, Brokeland Records, un paraíso de vinilos de segunda mano localizado en un área indefinida entre Berkeley y Oakland. Sus esposas, Gwen Shanks y Aviva Roth-Jaffe, son las Comadronas Asociadas de Berkeley, unas comadronas casi legendarias que han dado la bienvenida a miles de recién nacidos a la comunidad, en cuyo corazón se erige Brokeland Records.

Cuando el ex jugador de fútbol americano Gibson Goode anuncia su intención de construir una macrotienda Dogpile a tan solo dos manzanas de su establecimiento, Nat y Archy temen por el futuro de su pequeño negocio. Mientras tanto Aviva y Gwen se encuentran en medio de una batalla legal por su existencia profesional que pone a prueba los límites de su amistad. Y para añadir un poco más de complicación a sus vidas, aparece por sorpresa Titus Joyner, un adolescente de catorce años que asegura ser el hijo de Archy, y que es el amor de Julius, el hijo quinceañero de Nat.

«Una obra maestra brillante.» Booklist

«Su publicación va a ser uno de los eventos literarios más importantes del año.» The Atlantic

«Retrata épicamente el final de una era.» Kirkus Reviews

Lectulandia

Michael Chabon

Telegraph Avenue

ePub r1.0

Trips 23.09.13

Título original: *Telegraph Avenue*
Michael Chabon, 2012
Traducción: Javier Calvo Perales
Retoque de portada: Castroponce

Editor digital: Trips
Corrección de erratas: Castroponce
Aporte digital gracias a Castroponce
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Ayelet,
desde que cae la aguja
hasta el último surco

Llamadme Ismael.
ISHMAEL REED, probablemente

1
SUEÑO DE NATA

Un chico blanco iba con los pies plantados en su monopatín, con la mano apoyada en el hombro de un chico negro que lo remolcaba pedaleando en una bicicleta sin frenos y de una sola velocidad. Madrugada oscura de agosto, en plena parte baja de la ciudad. Susurro de neumáticos. Rotación granular de ruedas de monopatín contra el asfalto. Verano de Berkeley con su olor a anciana, a nueve estilos distintos de jazmín y a meada de gato macho.

El chico negro se incorporó y soltó el manillar. El chico blanco desenganchó los vagones de su pequeño tren. Cruzando los brazos, el chico negro se agarró los bajos de la camiseta y se la pasó por encima de la cabeza. Se la dejó así, sin quitársela, sin prisa de ninguna clase, mientras rodaban hacia la luz menguante de la siguiente farola. Tal vez al cabo de un momento el chico negro se terminara de quitar la camiseta de un tirón y se la dejara colgada del bolsillo de atrás como si fuera un estandarte. Entonces el chico blanco se impulsaría con el pie, se echaría hacia delante y estiraría el brazo para sentir bajo la palma de la mano el chispazo de la piel negra desnuda. Pero de momento el chaval del monopatín se limitó a deslizarse plácidamente detrás de aquel ciego temerario, en su estela.

Cara de pan, colosal y colocadillo, Archy Stallings estaba a cargo del mostrador principal de Brokeland Records, con un bebé al azar en brazos, ataviado con aquel conjunto de traje de pana color habano y jersey de cuello de cisne de color calabaza chillón que reforzaba su célebre aunque no desfavorable parecido con Gamera, la tortuga gigante voladora mutante del cine japonés. Tenía al niño cogido con el brazo izquierdo mientras con la mano derecha libre se dedicaba a repasar el contenido de la octava de las quince cajas de la herencia del difunto Benezra, unos discos, los de la caja 8, entre los cuales predominaba lo que más le gustaba a Archy: la carne más tierna del jazz, salada y llena de vetas de funk. El *Electric Byrd* (Blue Note, 1970). Johnny Hammond. Los dos primeros discos en solitario de Melvin Sparks. El *Wa-Tu-Wa-Zui* de Charles Kynard (Prestige, 1971). Mientras hacía el inventario de todo, Archy escuchaba, cerrando ocasionalmente los ojos con fuerza, la edición cuorafónica en perfecto estado del *Fingers* de Airto (CTI, 1972) que les había legado el muerto y que ahora sonaba en el fiel Quadaptor de la tienda, un trasto maravilloso que Nat Jaffe había sacado con sus propias manos de un contenedor de basura y que había restaurado Archy, ex electricista de helicópteros del ejército y titular del treinta y siete y medio por ciento —la última vez se había molestado en comprobarlo— de una diplomatura en ingeniería eléctrica por la San Francisco State University.

La ciencia de catalogar con una sola mano: coges un disco de la caja y extraes la funda de papel de la carátula. Introduces con cuidado los dedos en la funda. Sacas el vinilo con las yemas de los dedos sin tocar nada más que la etiqueta. Inclinas el disco

bajo la luz matinal que se cuele por el cristal del ventanal. Esa luz reveladora y compensada del este de la bahía, detallista y compasiva, siempre dispuesta a contarte la verdad sobre el estado de un disco. (Aunque Nat Jaffe aseguraba que el secreto no estaba en la luz sino en la ventana, una enorme y robusta lámina de cristal de Pittsburgh vacunada contra toda clase de engaños durante el periodo de sesenta y pico años durante el cual el local que en la actualidad albergaba Brokeland Records había sido conocido como la Barbería de Spencer).

Archy se meció, con los ojos cerrados, disfrutando del peso del bebé, del olor a grasa que venía de la línea de bajos de Ringo Thielmann y del recuerdo de cómo Elsabet Getachew lo había mirado desde abajo mientras se la chupaba el día anterior en el comedor privado del restaurante etíope Reina de Saba. Recordando el arco catenario del labio superior de ella y cómo la punta de su lengua le había tocado aires de Addis Abeba en la cuerda del *mi* de su polla. Meciéndose, bailando, disfrutando de aquella mañana de sábado, justo antes de que las botas del vecindario entraran por su puerta dejando un rastro de malas noticias, como si se pudiera pasar el día entero así, o la eternidad.

—Pobre Bob Benezra —le dijo Archy al bebé al azar—. Yo no lo conocía, pero siento mucho que tuviera que dejar atrás todos estos discos tan maravillosos. Por eso no me queda más remedio que ser ateo, por cosas como esta, Rolando; mira todos estos vinilos tan estupendos de los que el pobre se ha tenido que separar. —El bebé ya tenía edad para empezar a conocer el percal, la cruda realidad las cosas que importaban de la vida y la muerte—. ¿Qué clase de paraíso es uno al que no te puedes llevar tus discos?

El bebé, entendiendo tal vez que la pregunta era puramente retórica, no hizo intento alguno de contestarla.

Nat Jaffe se presentó al trabajo de un humor sombrío, tal como le pasaba aproximadamente cinco veces de cada once, o bueno, seamos generosos, cuatro veces de cada nueve. Su mal humor era un casco espacial que llevaba bien encajado y que tenía al pobre Nat atrapado dentro sin forma de saber si la atmósfera era respirable y sin indicador que le dijera cuándo se le iba a terminar el oxígeno. Descorrió el cerrojo, dejando que las llaves tintinearan contra la puerta, haciéndolo todo con una sola mano por culpa de la caja de discos que llevaba debajo del brazo izquierdo. Nat entró con ímpetu y la cabeza gacha, tarareando para sí mismo; tarareando los interesantes cambios de acorde de una canción pop contemporánea por lo demás cutre; tarareando una carta enfadada al descuidado propietario del salón de manicuras que había a dos manzanas de allí, o bien al redactor jefe del *Oakland Tribune*, cuya página de cartas al director él adornaba a menudo con sus enfados; tarareando los primeros fragmentos de una nueva teoría de las interrelaciones entre la bossa nova y

la nouvelle vague; tarareando a pesar de que no estaba haciendo ningún ruido, y es que a Nathaniel Jaffe siempre le resonaba algo en sus profundidades, hasta cuando dormía.

Cerró la puerta con llave desde dentro, dejó la caja en el mostrador y colgó su sombrero de fieltro a rayas grises sobre fondo marengo de uno de los nueve ganchos dobles de acero que también databan de la época de la Barbería de Spencer. Se pasó un dedo por el pelo oscuro, todavía más ensortijado que el de Archy y cada vez más ralo sobre la frente. Se volvió, enderezándose la corbata —ancha como era moda entre los enrollados de los cincuenta, negra con motas plateadas— y tomando nota del estado de la caja 8. Rotando la cabeza varias veces sobre las articulaciones del cuello como si en aquel crujido de huesos y de tensión residiera la esperanza de librarse de lo que fuera que le estaba haciendo tararear.

Caminó hacia la trastienda y desapareció al otro lado de la cortina de cuentas, en la que el hijo de Nat, Julie, había pintado laboriosamente la imagen de Miles Davis disfrazado de santo mexicano, con el corazón sufriente de san Miles al descubierto, envuelto en un enredo de alambre de púas. La semblanza no era perfecta, estaba claro, y a Archy le recordaba más a Mookie Wilson, pero no podía ser fácil pintar un retrato sobre un millar de cuentas de un centímetro de ancho, y poca gente que no fuera Julius Jaffe se plantearía el mero hecho de hacerlo, ya no digamos llegar a intentarlo. Un minuto más tarde, Archy oyó que alguien tiraba de la cadena y después un ataque de tos irritada; a continuación el padre de Julie volvió a salir a la tienda, listo para quemar un día más.

—¿De quién es ese bebé? —dijo.

—¿Qué bebé?

Nat recorrió el cerrojo de la puerta principal y le dio la vuelta al letrero para informar al mundo de que Brokeland ya estaba abierta. Le dio a su cráneo otra vuelta por lo alto de su columna vertebral, tarareó un poco más y volvió a toser. Se giró hacia su socio con una expresión de malicia casi radiante.

—Estamos completamente jodidos —le dijo.

—Por pura estadística, es más que probable —dijo Archy—. Pero, en este caso, ¿de qué manera?

—Vengo de ver a Singletary.

Su casero, el señor Garnet Singletary, el Rey del Oropel, vendía parrillas, anillos de oro y cuerda por metros a tres puertas de Brokeland. Era propietario de la manzana entera, junto con una docena larga de otras propiedades desperdigadas por todo West Oakland. Locales comerciales, almacenes. Singletary era un pez gordo de la información que hacía su ruta migratoria por el vecindario, recogiendo todos los cotilleos y filtrándolos con sus incansables barbas de ballena para obtener los nutrientes necesarios. Jamás había sacado a relucir un solo dólar entre las cubetas de

discos de Brokeland, pero aun así era cliente habitual, y se pasaba por allí día sí y día no para hacerles sus habituales auditorías. Para revisar el balance de verdad y trolas del flujo local.

—Ah, ¿sí? —dijo Archy—. ¿Y qué te ha dicho Singletary?

—Ha dicho que estamos jodidos. Pero, en serio, ¿por qué tienes un bebé en brazos?

Archy miró a Rolando English, un jovencito de color moreno oxidado provisto de una boca dulce y de unos bulecillos suaves y castaños sudorosos y pegados al costado de la cabeza, enfundado en un pijama azul de cuerpo entero y envuelto en una manta amarilla de algodón. Archy levantó a Rolando English y oyó un chapoteo satisfactorio en su interior. La madre de Rolando English, Aisha, era hija del Rey del Oropel. Archy se había ofrecido para cuidarle a Rolando durante la mañana, quizá ir a buscar algunas cosas que el bebé necesitaba y tal. La mujer de Archy estaba esperando su primer hijo, y a Archy se le había ocurrido que, dada la inminencia de su paternidad, tal vez podría ensayar un poco antes del 1 de octubre, que era cuando su mujer salía de cuentas, y tal vez mitigar el shock de encontrarse a sí mismo, con treinta y seis años, convertido en padre en prácticas. De manera que él y Rolando habían hecho una excursión a pie hasta el Walgreens, y a Archy no le había molestado nada la caminata con la mañana de agosto tan preciosa que estaba haciendo. Archy había gastado treinta dólares del dinero que le había dado Aisha en pañales, toallitas, leche en polvo, biberones y un paquete de tetinas Nuk (Aisha le había hecho una lista). A continuación se habían sentado los dos en el banco de la parada del autobús que había delante del Walgreens, le habían cambiado un pañal muy apestoso a Rolando English y por fin se habían comido un tentempié: Archy se había zampado una bolsa de rosquillas glaseadas de la Federación Unida de Rosquillas y Rolando English había aceptado conformarse con un traguito de Gerber Good Start.

—Este es Rolando —dijo Archy—. Me lo ha prestado Aisha English. De momento no hace gran cosa, pero es mono. A ver, Nat, deduzco por dos o tres de tus declaraciones previas que estamos jodidos de alguna manera.

—Me he encontrado con Singletary.

—Y te ha dado cierta información.

Nat le dio la vuelta a la caja de discos que había traído consigo, unos treinta y cinco o cuarenta discos metidos en una caja de plátanos Chiquita, y se puso a ojearlos ociosamente. Al principio, Archy supuso que Nat se los habría traído de casa, procedentes de su propia colección o bien discos de la tienda que se había llevado a casa para estudiarlos con más atención, puesto que los límites entre las respectivas reservas privadas de los propietarios y las existencias de la tienda se respetaban con gran meticulosidad. Archy vio que no eran más que malas hierbas. Un disco de Juice

Newton, uno bastante malo de la última época de los Commodores, un disco de Navidad de los Osos Amorosos. Basura, fruta tirada a la acera, los posos amargos que quedaban después de que una familia vendiera sus pertenencias. Las discotecas que se quedaban huérfanas siempre llamaban a los dos socios desde el destino al que hubieran sido abandonadas, emitiendo una señal de ayuda que solo podían oír Nat y Archy. «El tío es capaz de ir a la Antártida —había dicho una vez de su marido Aviva Roth-Jaffe—, y volver con una caja de discos de setenta y ocho revoluciones». Ahora, al mismo tiempo esperanzado y carente de esperanza, Nat se dedicó a hurgar en su último alijo, cada uno de cuyos discos tenía el potencial de ser algo magnífico, aunque las posibilidades de que así fuera se dividían por diez a medida que se iba reafirmando el mal gusto de quien los había tirado a la basura.

—Andy Gibb —dijo Nat, sin molestarse siquiera en cargar las palabras de desprecio, simplemente dejando caer unas comillas fantasmales a ambos lados del nombre, como si fuera un conocido alias. Sacó una copia de *After Dark* (RSO, 1980) y la sostuvo en alto para que Rolando English la examinara—. ¿Te gusta Andy Gibb, Rolando?

Rolando English pareció contemplar el último álbum publicado por el menor de los hermanos Gibb con mayor apertura de miras que su interlocutor.

—Estoy de acuerdo contigo en que es mono —dijo Nat en un tono que implicaba que no pensaba ir más allá de eso, como si él y Archy hubieran estado discutiendo al respecto, algo que Archy no recordaba que hubiera sucedido—. Dámelo.

Archy le pasó el bebé a Nat, notando un calambre en el hombro solo después de soltarlo. Nat cogió al bebé con ambas manos por debajo de los brazos, rodeándole el cuerpo entero, y lo levantó hasta tenerlo cara a cara. Rolando English se las apañó para mantener la cabeza en alto y sostenerle la mirada a Nat con el mismo aire de estar dispuesto a perdonarle la vida a alguien, a Andy Gibb, a Nat Jaffe o a quien fuera. El tarareo de Nat se volvió suave como una nana mientras se escrutaban el uno al otro. El pequeño Rolando tenía un tacto agradable y sólido, como un montón de calcetines enrollados y embutidos dentro de un calcetín más grande, denso y soñoliento, nada que ver con esos bebés escuálidos y parecidos a polluelos que uno se encuentra de vez en cuando.

—Yo antes tenía un bebé —recordó Nat, en tono elegíaco.

—Me acuerdo.

Aquello fue en la época en que se habían conocido, tocando en una boda en aquel club de naturistas que había en Joaquin Miller. Archy, que acababa de volver del Golfo, había llegado en el último minuto para sustituir al bajista que tenía Nat por entonces. Ahora aquel bebé Julius, tenía quince años, y Archy opinaba que seguía siendo el mismo frikazo encantador de siempre. Oía armonías secretas, escribía poesía en Klingon y se pintaba caras de Jack Skellington en las uñas. Solía ir al

parvulario con leotardo y tutú, volvía a casa y se ponía a ver *Color Me, Barbra*. Ya con tres o cuatro años tenía propensión a soltar peroratas igual que su padre. A contarte que la tortilla a la francesa no venía de Francia ni el chocolate suizo de Suiza. Ya mostraba cierta tendencia a enredarse con el protocolo de las preguntas. Últimamente, sin embargo, parecía pasarse mucho tiempo transmitiendo mensajes en algún código secreto adolescente, que solo los padres podían descifrar, y diseñado para sacarlos de sus casillas.

—Los bebés molan —dijo Nat—. Pueden dar besos esquimales. —Nat y Rolando se pusieron a ello, nariz con nariz, con el bebé allí suspendido y echándole paciencia—. Sí, Rolando es buen tipo.

—Eso me ha parecido.

—Tiene buen control de la cabeza.

—¿Verdad que sí? —dijo Archy.

—Por eso lo llamamos Harry Cabeza-Control, ¿verdad? Claro que sí. Harry Cabeza-Control. Está para comérselo.

—Supongo. La verdad es que no como muchos bebés.

Nat examinó a Archy de la misma manera en que Archy había examinado la cara A de la copia que había tenido el difunto Bob Benezra del *Kulu Sé Mama* (Impulse!, 1967) en busca de razones para reducirle el valor.

—¿Y qué? ¿Estás ensayando? ¿Es la idea?

—Esa era la idea.

—¿Y cómo te está yendo?

Archy se encogió de hombros, adoptando un aire de heroísmo modesto como el que adoptas cuando alguien te pregunta cómo demonios te las has apañado para salvar a cien huérfanos atrapados en un avión de carga en llamas que estaba a punto de colisionar con un asteroide. Mientras se hacía el modesto con Nat, Archy supo —sintió, igual que había sentido aquel dolor con forma de niño en el brazo izquierdo— que ni su capacidad ni su voluntad de cuidar a Rolando English durante una hora, un día o una semana, tenían nada en absoluto que ver con su voluntad o capacidad para ser el padre del niño inminente que ahora estaba recibiendo los últimos ajustes del sistema respiratorio y endocrino en el laboratorio a oscuras del útero de su mujer.

Limpiar un culo, untar un pezón de crema Carnation o limpiar vómito de leche con un trapo de cocina, todo aquello no eran más que tareas y procedimientos, una serie de pasos, igual que el resto de las cosas de la vida. Deberes que cumplimentar, momentos de tedio que dejar atrás, cambios que soportar. Como poner tu raciocinio a trabajar para desentrañar un compás complicado de *On the Corner* (Columbia, 1972) o uno de los pasajes menos inteligibles de las *Meditaciones* (Archy estaba leyendo a Marco Aurelio por nonagésimo tercera vez), o tal vez examinar con una sola mano el contenido de una caja de discos interesantes, y casi sin darte cuenta ya había llegado

la hora de la siesta, mamá estaba en casa y tú eras libre de regresar a tus asuntos. Era como estar en el ejército: el secreto era tener cuidado, encontrar un sitio fresco y seco donde aposentar la mente y esperar a que todo se acabara. El problema, por supuesto (se dio cuenta, experimentando toda la presión de un pánico que llevaba meses flirteando con él, sobre todo a las tres de la mañana, cuando lo despertaban los incansables movimientos en la cama de su mujer embarazada, un pánico que la sesión de práctica con Rolando English había intentado aliviar, al parecer, en vano), era que aquello nunca se iba a acabar. Nunca se llegaba al final de ser padre, daba igual dónde aposentaras la mente o cuántos pasos de la serie siguieras. Ni siquiera si te morías. Daba igual que estuvieras vivo o muerto o a miles de kilómetros de distancia: siempre se te iba a exigir un trabajo que no era ni un procedimiento ni una serie de pasos, sino algo que exigía tu atención plena y constante sin pedirte necesariamente que hicieras, ejecutaras o dijeras nada de nada. El padre de Archy los había abandonado a él y a su madre cuando Archy no era mucho mayor que Ronaldo English, y aunque durante unos años, durante el breve auge de su carrera, Luther Stallings había seguido yendo a verlos, pagando con puntualidad su manutención y llevando a Archy a ver partidos de los Athletics, al Parque Great America de Marriott y a sitios por el estilo, había algo más que se requería del viejo Luther pero que nunca se materializaba, una parte de él que nunca aparecía, aun cuando Archy lo tenía al lado. La paternidad imponía una obligación que iba más allá del dinero, de la presencia corporal o del tiempo, una presencia que no era ni física ni se podía medir con relojes: abierta, eterna e invisible, como el compromiso que tenía la gravedad con las estrellas.

—Sí —dijo Nat. Por un segundo el cable que tenía dentro se distendió—. Los bebés son monos. Luego crecen, dejan de ducharse y se hacen pajas en los calcetines.

Una sombra se materializó en el cristal de la puerta y al cabo de un momento entró S. S. Mirchandani, con aspecto acongojado. Y el tipo tenía una cara perfecta para la congoja: los ojos caídos, los carrillos caídos y una barba parecida a un manchón de tinta derramada donde se acumulaban las lamentaciones.

—Caballeros —dijo, con aquella forma siempre elegiaca y meticulosa que tenía de pronunciar el inglés estándar, reminiscencia de una época mejor y más civilizada—, están ustedes jodidos.

—Me lo dice todo el mundo —dijo Archy—. ¿Qué ha pasado?

—Dogpile —dijo el señor Mirchandani.

—El puto Dogpile —ratificó Nat, tarareando otra vez.

—Empiezan las obras dentro de un mes.

—¿Un mes? —dijo Archy.

—¡El mes que viene! Eso he oído. Nuestro amigo el señor Singletary ha estado hablando con la abuela del señor Gibson Goode.

—El puto Gibson Goode —dijo Nat.

Seis meses antes de aquella mañana, en una conferencia de prensa con el alcalde a su lado, Gibson «G Bad» Goode, ex quarterback destacado en la liga de los Pittsburgh Steelers, presidente de Dogpile Recordings y Dogpile Films y director de la Fundación Goode, además del quinto hombre negro más rico de América, había volado a Oakland en una aeronave personalizada de color rojo y negro, rebosante de planes para abrir un segundo «Garito» de Dogpile en el enclave donde mucho tiempo atrás había estado el antiguo supermercado Golden State de Telegraph Avenue, a dos manzanas al sur de Brokeland Records. Todavía más grande que su gigantesco predecesor en Culver City, el Garito de Oakland incluiría un multicine de diez salas, una zona de restaurantes, un salón de máquinas de videojuegos y una galería con veinte locales comerciales encabezada por una tienda Dogpile de tres plantas, una de música, otra de vídeo y la tercera para todo lo demás (libros, principalmente). Igual que la tienda Dogpile de Fox Hills, el nuevo buque insignia de Oakland ofrecería una abundante selección de música y vídeo de interés general, pero iba a estar especializada en cultura afroamericana, «con su enorme diversidad», como Goode había explicado en la conferencia de prensa. Goode tenía unos bolsillos profundos, y sus anhelos imperiales iban de la mano con la conciencia social; la finalidad principal de abrir un Garito no era ganar dinero, sino reactivar de un plumazo el corazón comercial de un vecindario negro que había quedado aislado durante los días de gloria de la construcción de carreteras en California. Nadie lo había mencionado en la rueda de prensa, pero a juzgar por cómo funcionaba el Garito de Los Ángeles, se podía deducir que la nueva tienda no solo vendería discos compactos a precios muy rebajados, sino que también ofrecería al público una amplia selección de artículos de segunda mano y descatalogados; entre ellos, vinilos antiguos de jazz, funk, blues y soul.

—No tiene ni los permisos ni nada de eso —señaló Archy—. Mi colega Chan Flowers lo tiene completamente pillado con los impactos medioambientales, los estudios de tráfico y todos esos rollos.

El propietario y director de la funeraria Flowers e Hijos, que estaba justo en la acera de enfrente de la ubicación de Telegraph propuesta para la tienda Dogpile, también era concejal por Oakland. Y, a diferencia de Singletary, el concejal Chandler B. Flowers era coleccionista de discos, de los que se gastaban un dineral, y aunque los dos socios no entendían del todo las razones por las que había manifestado su oposición al plan de Dogpile, llevaban tiempo contando con esa oposición y aferrándose a lo que prometía.

—Parece ser que algo ha hecho cambiar de opinión al concejal —dijo S. S. Mirchandani, en su mejor imitación de James Mason: malicioso y cansado, vermut en mano.

—Oh —dijo Archy.

En todo West Oakland no había nadie más duro de pelar ni más motivado que Chandler Flowers, de manera que lo que fuera que le hubiera hecho cambiar de opinión no tenía pinta de haber sido la intimidación.

—No sé, señor Mirchandani. El colega tiene una elección a la vuelta de la esquina —dijo Archy—. A duras penas pasó las primarias. Tal vez esté intentando agitar a su base de votantes, animarlos un poco. Inyectar energía a la comunidad. Contagiarse de la buena estrella de Gibson Goode.

—Por supuesto —dijo el señor Mirchandani, con una mirada que decía «ni de coña»—. Estoy seguro de que hay una explicación inocente.

Sobornos, estaba insinuando. Una buena mordida. Cualquiera que, como el señor Mirchandani, se las apañara para recibir un flujo constante de primos y sobrinas que llegaban en avión del Punjab para hacer camas en sus moteles y lavar coches en sus gasolineras sin meterse en líos con las autoridades del otro lado, tenía todos los números de acabar pensando en aquellos términos. A Archy le costaba bastante imaginarse a Flowers —aquel hombre obstinado, de voz suave y sempiternamente *correcto*, que llevaba siendo un héroe del vecindario desde la época de Lionel Wilson — aceptando sobornos de un ex quarterback fanfarrón, pero es que Archy tenía tendencia a compensar su actitud hipercrítica hacia el estado de los discos de vinilo juzgando a los seres humanos con demasiada benevolencia.

—En cualquier caso, ya es demasiado tarde, ¿verdad? —dijo Archy—. La venta no se concretó. El banco se echó atrás. Goode se quedó sin financiación o algo parecido, ¿verdad?

—La verdad es que yo no entiendo de fútbol americano —dijo S. S. Mirchandani—. Pero me han contado que cuando era jugador, Gibson Goode era bastante famoso por algo que se conoce como «protagonizar escapatorias».

—Por sus carreras ofensivas —dijo Nat—. Durante una temporada, era casi imposible placarlo.

Archy le cogió el bebé a Nat Jaffe.

—G Bad era un cabrón escurridizo —admitió.

El señor Nostalgia, cuarenta y cuatro años, bigote de morsa, gafas de abuelita, camisa hawaiana Reyn Spooner extraextragrande (palmeras, juncos espigados y coches con paneles de madera y tablas de surf en el techo), estaba de pie detrás del mosaico fosforescente de su mesa de expositor de quinientos dólares, situado a un pasillo de cemento pulido y tres mesas de distancia de la zona de las firmas, debajo de una pancarta de vinilo de dos metros y medio que decía EL VECINDARIO DEL SEÑOR NOSTALGIA, masticando una gominola Swedish Fish, incapaz de creer lo que estaba

pasando ante sus putas narices.

—¡Eh! —dijo levantando la voz cuando se acercaron a su mesa los matones: dos guardias blancos de seguridad entrados en carnes con blazers de poliéster azul y un tipo negro descomunal, el segurata privado de Gibson Goode, el diámetro de cuyos brazos planteaba un duro desafío a las mangas de su camiseta negra—. ¡Un poco de respeto, por favor!

—Eso mismo, joder —dijo el hombre al que estaban sacando del recinto, y, ahora que los tenía más cerca, el señor Nostalgia vio que se trataba realmente de él.

Treinta años más viejo, con diez kilos de menos y tal vez cuarenta vatios menos de intensidad: pero era él. Con un chándal rojo que le quedaba pequeño y le dejaba al desnudo los tobillos y las muñecas. Con la cinturilla de la chaqueta subida en la espalda, bajo un logotipo serigrafiado de color amarillo que mostraba un par de puños en alto rodeados por la inscripción INSTITUTO BRUCE LEE DE OAKLAND, CA. Larguirucho y de espaldas anchas, con aquellos pasos elásticos que lo hacían plegarse y desplegarse al andar. Haciendo un despliegue teatral de dignidad que al señor Nostalgia le pareció, si no convincente, por lo menos conmovedor. Todo el mundo estaba mirando a aquel hombre, todos aquellos tipos con panzas cerveceras, pelo en la espalda y caras de color blanco lechoso, con procesos de alopecia y hojas otoñales cayéndoles en los corazones. Apartando la vista de las cubetas llenas de números antiguos de *Inside Sport* y de las toallas promocionales de los Pittsburgh Steelers enmarcadas y provistas de placas de bronce que garantizaban que la firma nudosa hecha con rotulador permanente negro sobre la tela de toalla amarilla era la de Rocky Bleier o Lynn Swann. Levantando la cabeza de las mesas cubiertas de cromos de estreno en la liga de sus ídolos de juventud (Pete Maravich, Robin Yount, Bobby Orr), de cheques cancelados extendidos sobre cuentas bancarias tiempo atrás desaparecidas de gente como Ted Williams o Joe Namath; de paquetes de celofán sin abrir de cromos de béisbol Topps del 71, con sus frágiles bordes negros tan prístinos como los recuerdos, y de cromos de baloncesto Fleer del 86, en cada uno de los cuales existía la posibilidad de encontrar a un Jordan novato. Todos estaban mirando cómo echaban a patadas a aquel hombretón negro de pelo canoso al que recordaban a medias, una cara sacada de sus años mozos. «Es el tipo que estaba en la cola de autógrafos. Estaba hablando con Gibson Goode y le ha levantado la voz. Ah, sí, es aquel tipo, ¿cómo se llamaba?» Había que reconocerle al pobre desgraciado que estaba manteniendo la cabeza bien alta. La misma barbilla —estaba claro que era él — con el hoyuelo a lo Kirk Douglas. Los mismos ojos claros. Las mismas manos, joder, que parecían dos árboles arrancados del suelo.

—Considérense afortunados, caballeros —les dijo el señor Nostalgia en voz bien alta cuando pasaron a toda prisa junto a su mesa—. Ese hombre podría matarlos con un solo dedo si le diera la gana.

—Maravilloso —dijo el más joven de los matones, con una cabeza afeitada que parecía el testículo de una estrella del porno—. Siempre y cuando primero compre una entrada.

Al señor Nostalgia no le gustaba armar líos. Le gustaba fumar cannabis con receta, mirar programas de la tele sobre la Segunda Guerra Mundial, comer gominolas Swedish Fish y escuchar a los Grateful Dead, o bien llevar a cabo cualquier combinación o grupo de actividades de esa lista. Estaba muy claro que no le gustaba la autoridad, siendo como era hijo de un superviviente de dos campos de concentración y de una participante en la marcha a Washington, y eso hacía que fuera incapaz de conservar ningún trabajo que le exigiera responder ante un jefe. Por enorme que fuera su diámetro, sin embargo, el señor Nostalgia no llegaba al metro setenta, con sandalias, y no estaba muy en forma para pelear. Su tuviera que basar un estilo propio de kung-fu en una sola maniobra de confianza, seguramente debería ser la Cochinilla. Pero el señor Nostalgia evitaba las rencillas, las riñas, las peleas de bar y los enfrentamientos, tanto foráneos como domésticos. Deploraba toda violencia que no hubiera tenido lugar en 1944 y ahora fueran simples imágenes televisivas en blanco y negro. Era un comerciante con buena reputación y muchos años a sus espaldas que les había apoquinado una suma cuantiosa a los organizadores de la Feria de Deportes y Cromos del Este de la Bahía, y una buena parte de aquella suma había ido a pagar la protección y la tranquilidad que aquellos gorilas con blazers azules deberían proporcionar; al menos, en teoría. Y la tranquilidad, seamos claros, no era solo un bello concepto; era una ambición encomiable, la meta de todas las religiones y la promesa de todas las aseguradoras. Pero el señor Nostalgia, tal como le explicaría más adelante a su mujer (que prefería comerse un cuenco de puré de virus Ébola que asistir a otra feria de cromos), estaba profundamente escandalizado por el tratamiento atroz al que estaba siendo sometido un héroe de su juventud, sin más razón que el haber conseguido colarse en plan ninja en el recinto del Centro de Convenciones sin entrada. Y así pues, aquella mañana de sábado en el Kaiser Center, el señor Nostalgia se sorprendió a sí mismo.

Salió de detrás de las rampas de su vecindario, tan repleto como un bufet de Las Vegas de aquellos productos selectos de naturaleza no deportiva que se habían convertido en su especialidad profesional, entre ellos un juego completo de cromos de la serie *Getting Together* de Bobby Sherman, de 1971, incluyendo el número 54, que era difícilísimo de encontrar. Nostalgia se desplazaba por medio de un deslizamiento majestuoso que había provocado que por lo menos un observador poco caritativo comentara en cierta ocasión, al verlo pasar ataviado con una de sus camisas floreadas, que daba la impresión de que a la Cabalgata de la Rosa de Pasadena se le había perdido una carroza.

—Un momento, dejadme que le compre una entrada —dijo levantando la voz y

dirigiéndose a aquella escolta de seguridad que ya se alejaba.

El guardaespaldas de Gibson Goode echó un vistazo de medio segundo por encima del hombro, como si se estuviera asegurando de que no acababa de pisar una mierda. Los matones de los blazers azules siguieron caminando.

—¡Eh, colega! —dijo el señor Nostalgia—. ¡Venga! ¡Eh, venga, chavales! ¡Pero si es Luther Stallings!

Fue Stallings quien se detuvo primero, atrincherándose, escurriéndose de sus captores y girándose para hacer frente a su redentor. Su sonrisa familiar —con su encanto mermado por las manchas y las piezas dentales ausentes por culpa de la droga o los dentistas de la cárcel o tal vez simplemente por esa clase de pobreza que te lleva a colarte para no pagar una entrada de ocho dólares— le provocó al señor Nostalgia una punzada de dolor por debajo del esternón.

—Gracias, buen hombre —dijo Stallings. Ostentoso, fardando ante los gorilas—. Mi querido amigo...

El señor Nostalgia le informó de su apellido verdadero, que era largo, judío y cómico, el típico nombre de queso o de pan amargo. Stallings lo repitió a la perfección y sin un asomo de la burla que el apellido solía inspirar.

—Este amigo mío —explicó Stallings, quitándose de encima a los matones igual que un escapista se quita una camisa de fuerza— se ha ofrecido amablemente a suministrarme el importe de la entrada.

Con un ligero ascenso de la entonación al final, casi poniéndole un interrogante. Para asegurarse de que lo había entendido bien.

—Por supuesto —dijo el señor Nostalgia. Recordaba haber estado apoltronado en una butaca Herculon grasienta del cine Carson Twin, una tarde de sábado de hacía treinta años, con un elefante de alegría sentado encima del pecho, mirando una película con casi todos los actores del reparto negros (los del público también eran casi todos negros) titulada *Night Man*. Enamorado de todo lo que veía en aquella película. La chica del peinado afro plateado. Las peleas a puñetazo limpio. La banda sonora de música funk. Una persecución protagonizada por un Saab Sonett verde de 1972 conducido a toda velocidad por unas calles que era fácil de ver que eran las de Carson, California. Las herramientas, los aparejos y los explosivos que llevaban los ladrones de bancos. Y, por encima de todo, la estrella de la película, aquel tipo de miembros flexibles, callado y taciturno como los típicos héroes interpretados por Steve McQueen y tan dispuesto como este a tener un aspecto ridículo, que era otra forma de llamar al encanto. Y encima, algo imposible de disputar en 1973, maestro de Kung-fu—. Es todo un honor.

Los matones se acercaron al señor Nostalgia, poniéndolo en su punto de mira, examinando el pase verde de expositor y válido para dos días que llevaba colgado de un cordón alrededor del cuello. Con unas caras que se apagaron y perdieron parte de

su chulería aburrida mientras intentaban recordar si su manual oficial de matones decía algo sobre aquella clase de situaciones.

—Estaba acosando al señor Goode —contestó el guardaespaldas de Goode, interviniendo para inyectarle moral al departamento de seguratas—. Si le compras una entrada —le dijo al señor Nostalgia—, lo va a seguir acosando.

—¿Acosando? —respondió Luther Stallings, con incredulidad exagerada. Inocente de cualquier crimen del que hubiera sido acusado alguna vez o del que fuera a ser acusado en el futuro—. ¿Cómo voy a acosar yo a ese hombre? Solo quiero *estar* con él, disfrutar de mis treinta segundos a sus pies, hacer cola como todo el mundo. En cuanto me dé un autógrafo, me largo.

—Un autógrafo del señor Goode te va a costar cuarenta y cinco dólares —señaló el guardaespaldas. Pese a su contorno poderoso, su altura y su monstruosidad generalizada, tenía una voz amable y paciente, era básicamente un tipo que cobraba para aguantar a idiotas. Para mantener un perímetro libre de idiotas alrededor de G Bad sin hacer que su jefe pareciera un gilipollas—. ¿Cómo los vas a pagar si no tienes ni ocho?

—Colega, eh —dijo Stallings, antes de acordarse del apellido exacto, ofreciendo otro vislumbre doloroso, o por lo menos doloroso para el señor Nostalgia, de aquella sonrisa que parecía una talla en marfil. Fuera lo que fuera que el tipo había estado haciendo, aparte del mero hecho de envejecer, para haberse consumido de una forma tan brutal, para haberse descarnado de aquella manera, no parecía que le hubiera afectado a la memoria; o tal vez es que ya había dejado de hacerlo—. Me estaba, ejem, preguntando —esta vez lo dijo todo entre interrogantes— si tal vez podría convencerlo a usted para que me echara una mano...

El señor Nostalgia dio un paso atrás, una maniobra involuntaria arraigada durante años de tratar con la horda de mangantes, listillos, gorriones y pequeños sablistas que poblaban el mundo de las ferias de cromos igual que los gorgojos pueblan la harina. Pensando que había más de treinta y siete dólares de diferencia entre pagarle la entrada al tipo, lo cual era un gesto de respeto, y desembolsarle la pasta para que se comprara nada más y nada menos que un autógrafo de Gibson Goode. El señor Nostalgia intentó recordar si alguna vez había visto u oído hablar de algún famoso (por olvidado que se encontrara) que estuviera dispuesto a hacer cola para pagar por el autógrafo de otro famoso. ¿Por qué lo quería Stallings? ¿*Dónde* iba a pedirle a G Bad que se lo firmara? No parecía que llevara encima ningún artículo obviamente autografiado, ni un libro, ni una fotografía, ni una camiseta, ni siquiera un programa, una servilleta de papel o un post-it. «Solo quiero *estar* con él». ¿Y para qué? El señor Nostalgia no habría prosperado en su oficio sin tener todo el tiempo el oído afinado para captar las zalamerías de los estafadores y mangantes, y estaba claro que ahora Luther Stallings estaba emitiendo verdaderos bocinazos en esa frecuencia; algo

tramaba, todo formaba parte de una estrategia. Y, de hecho, ya había echado aquella estrategia por tierra cuando por alguna razón el señor Nostalgia había sentido la necesidad de abandonar la seguridad de su vecindario y meter las narices donde no lo llamaban. El señor Nostalgia se imaginó perfectamente a su mujer emitiendo el único juicio que hacía falta emitir sobre aquel asunto, una más de la serie interminable de variaciones sobre el tema único de su mujer: «Pero ¿en qué demonios estabas pensando?» Pero el título del señor Nostalgia no era únicamente honorífico; su apodo profesional era su ADN. Acordándose del peso de aquel elefante de felicidad que se le había sentado encima, aquella tarde de sábado de 1974 en el Carson Twin, decidió creer en la sinceridad de Luther Stallings. A fin de cuentas, se podían querer cosas todavía más extrañas y todavía menos habituales que el autógrafo de un quarterback en un trozo de cinta de máquina registradora o en un pedazo de bolsa de papel.

—Tal vez puedo hacer más que eso —dijo el señor Nostalgia.

Se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros cortos y sacó un sobre marrón doblado y empapado de sudor. Dentro había las otras dos acreditaciones verdes con cordones que le correspondían por su nivel de participación en el evento. Sacó una de ellas y se abrió paso por entre el parapeto de matones. Luther Stallings inclinó la cabeza, revelando una calva en la coronilla estilo Nelson Mandela, y el señor Nostalgia le puso la acreditación alrededor del cuello, como si fuera el Mago de Oz confiriéndole valor al León.

—Hoy el señor Stallings trabaja para mí —dijo.

—Eso mismo —dijo Stallings al instante, dando no solo impresión de sinceridad sino también de impaciencia, como si llevara días esperando poder ayudar en la caseta del señor Nostalgia. Su mirada se había posado fugazmente sobre la acreditación mientras el señor Nostalgia se la colgaba y entonces dijo, avisado como nadie—: En el Vecindario del Señor Nostalgia.

—¿Haciendo qué? —dijo el mayor de los dos gorilas.

—Está firmando autógrafos en mi caseta —dijo el señor Nostalgia—. Tengo una serie completa de *Maestros del kung-fu* y otra parcial, a la que solo le falta Bruce Lee. Y tengo unas cuantas cosas más que el señor Stallings ha aceptado amablemente autografiar. Un cartel de *Black Eye*, estoy bastante seguro.

—*Maestros del kung-fu* —repitió Stallings, apañándose las para que no pareciera que no tenía absolutamente ni idea de a qué se estaba refiriendo el señor Nostalgia.

—Donruss, 1976, una serie difícil de encontrar.

Cuatro miradas perplejas buscaron alguna explicación en las manos del señor Nostalgia.

—¡Señores, por favor! —dijo el señor Nostalgia con un movimiento circular de las manos que abarcaba todo el recinto lleno de ecos que los rodeaba—. ¿Cromos de coleccionar? ¿Rectangulitos de cartón? ¿Manchados de chicle? De esos que te metes

entre los rayos de la rueda de la bici y hacen un ruido como de Harley-Davidson...

—Joder, ¿en serio? —Stallings no se pudo refrenar—. ¿*Maestros del kung-fu*? ¿Y hay un cromó de Luther Stallings?

—Naturalmente —dijo el señor Nostalgia.

—Luther Stallings. —El mayor de los dos matones de los blazers azules, un tipo de pelo lacio y oscuro, provisto de ese cráneo con forma de maceta y ese mentón triangular que es habitual entre rusos o polacos, más o menos de la edad del señor Nostalgia, repitió el nombre con expresión pensativa. Arrugó un lado de la cara como si se estuviera encajando un monóculo en la cuenca del ojo izquierdo—. Ah, vale. ¿Cómo se llamaba aquella? *Strutter*. ¿En serio, eres tú?

—Mi primer papel —dijo Stallings, aferrándose a aquella oportunidad inesperada de pavonearse. Encantado. Colocando una de aquellas manazas que parecían astas de reno sobre el señor Nostalgia para comunicarle que estaba encantado: haciendo lo que seguramente hacía mejor. Devolviendo a aquellos matones a los roles que les correspondían como integrantes de los Irregulares de Luther Stallings—. Un año después de ganar el título.

—¿Título de qué? ¿De kung-fu?

—Por entonces, de kung-fu no había. Era de kárate. En Manila. Campeón del mundo.

—Campeón del mundo y un cuerno —dijo el guardaespaldas de Goode—. No me lo trago.

Stallings no le hizo ningún caso. El señor Nostalgia, que ahora se sentía puñeteramente satisfecho de sí mismo, intentó hacer lo mismo.

—¿Hemos terminado aquí, caballeros? —les preguntó Stallings a los tipos de los blazers.

Los guardias de seguridad de los blazers azules miraron en busca de aprobación al guardaespaldas, que negó con la cabeza, contrariado.

—Fíjate en lo que te digo, Luther —dijo el guardaespaldas—. Como tires ni que sea una pelotilla cerca del señor Goode, te vas a enterar de quién soy, capullo. Y no voy a tener piedad.

A continuación se dio la vuelta y, con un deje condescendiente en los andares, regresó a la mesa de los autógrafos donde su jefe, con el pelo de la cabeza casi rapado al cero, ataviado con un polo negro que lucía la huella de una pezuña roja allí donde tendría que haber ido el cocodrilo, y sin más armas que un rotulador de plata líquida y una cara sonrisa, estaba sentado viéndoselas con una cola impresionantemente larga de cazadores de autógrafos. Camisetas de fútbol americano gastadas por el uso, pelotas de fútbol americano gastadas por el uso, cromos y gorras: solo hoy iba a vender entre nueve y diez mil.

—Vale, lo que tú quieras —dijo Stallings, como si Gibson Goode le importara un

pimiento.

Y, caminando con unos aires sorprendentemente chulescos, siguió al señor Nostalgia hasta su puesto. Daba la impresión de que acababa de salvarse él solo de que los seguratas lo echaran del edificio. El señor Nostalgia reconoció objetivamente que tendría que estar molesto, pero de alguna manera aquella actitud solo conseguía que Stallings le diera todavía más lástima.

—Caray, pero mira esto.

Stallings recorrió la mesa con la mirada, contemplando los paquetes sin desprecintar de *Garbage Pail Kids* y de *Fiebre del sábado noche*, la caja sin abrir de cromos de *Dune* de Fleer y los juegos de mesa de *Daktari*, *Gentle Ben*, *Mork & Mindy*, el despertador de Batman que hablaba y las maquetas comercializadas por Aurora de *Spindrift* y de *Seaview* con los precintos originales.

—Hasta tienen cromos del *Alf* ese, ¿eh? —dijo. La voz con que hizo aquella observación, igual que su expresión mientras lo contemplaba todo, le sonó cargada de tristeza al señor Nostalgia, incluso desamparada. No era el desdén que la señora Nostalgia siempre mostraba hacia sus mercancías, sino algo más parecido a la decepción.

—Antes hacían cromos de todas las series de éxito —dijo el señor Nostalgia, preguntándose cuándo iba Stallings a pedirle los cuarenta y cinco dólares—. Esa colección en concreto no tiene demasiado interés.

Aunque al señor Nostalgia le encantaban las cosas que vendía, no se hacía la ilusión de que tuvieran ningún valor intrínseco. Solo valían lo que uno quisiera pagar por ellas; la pequeña parte de todo lo que uno había perdido en la vida y ahora creyera que algo le podía devolver. Su valor solo guardaba relación con la sensación de plenitud personal, de perfección del alma, que te inundaba cuando por fin llenabas el último espacio en blanco de tu lista. Pero el señor Nostalgia nunca había visto que sus cromos no deportivos pudieran decepcionar tan marcadamente a nadie.

—*Alf*, sí, me acuerdo de esa serie —dijo Stallings—. Está muy bien. *Los problemas crecen*, *Mork & Mindy*, ajá. ¿Y dónde andan los *Maestros del kung-fu*?

El señor Nostalgia caminó hasta una cubeta que había guardado aquella mañana debajo de la mesa, después de instalarse, y se puso a rebuscar en su interior. Al cabo de un minuto de hurgar en la cubeta, encontró la colección incompleta, la que no tenía los cromos de Lee ni de Norris.

—La serie tiene cincuenta y dos cromos —dijo—. Usted es el número, no sé, el doce, creo.

Stallings ojeó los cromos, cuya imaginería recreaba, bordeados por dibujos de bambú y rotulados con esas falsas letras chinas que hay en los menús de la comida para llevar, a una mezcla bastante indiscriminada de practicantes reales y ficticios (Takayuki Kubota, Shang-Chi) de una docena de formas distintas de artes marciales

además de la que le daba nombre a la serie, entre ellas el *bartitsu* (Sherlock Holmes) y el *savate* (Conde Baruzi). Por fin Stallings encontró su cromó. Se quedó mirando la ilustración y soltó un ruido con la nariz parecido a un soplo. El cromó consistía en una mala reproducción de un fotograma a color de una de sus películas. Un joven Luther Stallings, con pijama rojo de kung-fu, volaba por el fotograma en dirección a una hilera de espadachines chinos, con los pies por delante y casi en horizontal.

—Carajo —dijo Stallings—. No me acuerdo de qué película es.

—Quédese —dijo el señor Nostalgia—. Quédese la colección entera. Es un regalo que le hago, por todas las alegrías que me ha dado su trabajo a lo largo de los años.

—¿Cuánto te pagan por esto?

—Bueno, la serie entera, como he dicho, cuesta mucho de encontrar. Yo pido cinco, pero lo más seguro es que me acaben dando tres. Puede que llegara a siete quinientos si tuviera el de Bruce Lee y el de Chuck Norris.

—¿Chuck Norris? Ah, sí. Yo peleé con ese cabrón. Tres veces.

—¿En serio?

—Le di una buena paliza en Taipei.

El señor Nostalgia pensó que podía comprobarlo más tarde, si quería desprecintar un rinconcito nuevo de su corazón enterrado bajo las hojas.

—Adelante —dijo—. Quédese.

—Sí, ejem, gracias. Eres muy amable. Pero bueno, no te ofendas, es que ya estoy hasta arriba, ya me entiendes, de cosas del pasado que me toca llevar a todas partes.

—Ah, no, claro...

—Es que no quiero añadir más trastos.

—Lo entiendo perfectamente. —Tengo que poder moverme.

—Claro.

—Ir ligero de equipaje.

—Por supuesto.

—¿Cuánto...? —dijo Luther Stallings, bajando la voz hasta casi susurrar. Tragó saliva y empezó otra vez, esta vez más alto—. ¿Cuánto te dan por mi cromó solo?

—Oh, mmm... —dijo el señor Nostalgia, entendiendo la finalidad de la pregunta un microsegundo o dos demasiado tarde para inventarse la mentira que le iba a tener que contar—. Cien. Noventa o cien pavos.

—No jodas.

—Unos noventa.

—Ajá. Pues mira. Dame solo ese cromó. Luther Stallings en... voy a tener que arriesgarme y decir que fue en *Enter the Panther*.

—Tiene que serlo.

El señor Nostalgia volvió a percibir la jugada, la que Luther Stallings estaba

intentando hacerle a él, y, de alguna manera, también a Gibson Goode.

—Y te lo voy a firmar, ¿vale? —Ya llegaba—. Y luego te lo voy a cambiar por cuarenta y cinco pavos.

—Vale —dijo el señor Nostalgia, sintiéndose incomprensiblemente acongojado, aplastado incluso, por el peso paquidérmico de una pena que de repente los englobó a él y a Stallings y a todos los solitarios que se paseaban por aquel recinto entre el moho y el polvo de las cubetas.

Al señor Nostalgia el mundo de las ferias de cromos siempre le había parecido una auténtica fraternidad, una liga de solitarios unidos por su búsqueda de las glorias perdidas de un mundo desaparecido. Ahora aquella visión le pareció, en el mejor de los casos, castillos en el aire, y en el peor, una simple falsedad. El pasado no se podía recuperar, la liga de solitarios era una ficción, y perseguir el pasado no era más que un intento condenado al fracaso de hacerle una triquiñuela a la mortalidad.

—Si eso es lo que quieres... —dijo el señor Nostalgia.

En principio no le parecía mal multiplicar los cinco dólares que valía el cromo de Stallings por tres o cuatro. Pero mientras le prestaba a Stallings su pluma de oro Cross, que le habían regalado sus abuelos por su bar mitzvá y que era la que él usaba cuando quería que le firmaran algo para su colección personal, deseó no haber salido nunca de detrás de la mesa, y haber dejado que los guardias de seguridad pasaran llevándose a Luther Stallings por delante del Vecindario del Señor Nostalgia y que lo sacaran del Kaiser Center.

Durante la media hora siguiente se limitó a echarle un par de vistazos a Stallings mientras este se ponía en el final de la cola de los autógrafos de Gibson Goode y a continuación la cola avanzaba despacio, a razón de un solitario detrás de otro. Mientras le estaba vendiendo un cromo de chicle de Lobezno de 1936 por quinientos cincuenta dólares a un dentista de Danville, el señor Nostalgia echó un vistazo por casualidad y vio que Luther Stallings llegaba nuevamente al frente de la fila. El guardaespaldas se puso de pie con aspecto de estar listo, tal como había prometido, para suspender la administración de piedad, pero, después de un apagón parcial de su sonrisa, Gibson Goode extendió un brazo hacia el guardaespaldas y lo apartó suavemente, poniéndole la palma de la mano en el pecho; negando aparatosamente con la cabeza, el hombretón se echó atrás. Goode y Stallings intercambiaron unas palabras, en voz baja, tranquilamente. Al señor Nostalgia, que ahora estaba leyendo sus labios y sus gestos y a veces captaba una palabra o una frase suelta, le pareció que la conversación se reducía a que Gibson Goode decía que no repetidas veces, con educación fría, mientras que Luther Stallings intentaba pensar en formas nuevas de convencer a Goode para que dijera que sí.

La gente que estaba en la cola detrás de Luther Stallings no parecía dispuesta a soportar mucho más de aquello. Entre ellos empezaron a circular rumores del

arrebato que había tenido antes Stallings y que había estado a punto de provocar que lo echaran. Se propagaron los gemidos y las protestas. Alguien manifestó en voz alta el deseo colectivo de que Stallings «acabara de una vez».

Stallings no hizo caso de nada.

—¿Se lo has preguntado? —dijo, levantando la voz igual que había hecho una hora antes, cuando los tipos de los blazers azules fueron a ver si tenía ganas de que lo pusieran en la calle—. ¿Le has preguntado por Popcorn? —Ahora hablaba lo bastante fuerte como para que lo oyera el señor Nostalgia y también todo el mundo que anduviera cerca—. Pues yo te lo puedo entregar. Yo lo metí. Ya lo sabes.

Las expresiones de impaciencia, que ya predominaban por la cola, dieron paso a las burlas abiertas. Stallings se volvió hacia la multitud, intentando hacerla callar con su ceño fruncido, y le dijo algo en tono cortante a un tipo vestido con camisa hawaiana que estaba a dos personas por detrás de él en la cola.

—No, ¡a la mierda te vas tú! —le respondió el tipo.

Abriéndose paso hasta la zona de los autógrafos, agitando los brazos para agarrar a Stallings en una especie de estilo libre de agresividad, aparecieron los dos tipos de los blazers azules. Cojón Afeitado y Soviético. Agarraron con malos modos a Stallings de los brazos, con las caras agarrotadas como si estuvieran aguantando un mal olor, y se los doblaron hacia atrás en dirección a su espinazo.

Dos segundos más tarde, ni uno más, Cojón Afeitado y Soviético estaban tumbados de espaldas en el suelo de cemento pintado del recinto. El señor Nostalgia no sabía a ciencia cierta cuál había recibido la patada en la cabeza y cuál el puñetazo en el abdomen, ni tampoco si Luther Stallings se había llegado a mover mucho. Mientras los dos tipos se desplomaban de espaldas, la cola de cazadores de autógrafos dio un bandazo y se deshizo. Una turbulencia humana trastornó todas las colas circundantes de gente que esperaba para ver a Chris Mullin y a Shawn Green.

—Cabrón —dijo Stallings, volviéndose hacia Gibson Goode, con su polo y sus mocasines sin calcetines—. ¡Quiero mis veinticinco mil pavos!

Es posible que Gibson Goode —por ser quien era, supuso el señor Nostalgia— no tuviera otra alternativa: tal como le obligaba su leyenda, mantuvo la calma. Siguió guardando silencio y le volvió a poner la mano en el pecho a su guardaespaldas. Sin intimidarse. Sin dejar de sonreír. Sacó la cartera, la abrió y contó diez billetes, pim-pam. Los deslizó hasta el otro lado de la mesa de los autógrafos. Luther Stallings los examinó, cabizbajo, respirando agitadamente. El dinero se quedó allí, suscitando comentarios de la cola, diez cromos repetidos de la jugosa serie coleccionable de los presidentes muertos. Luther negó con la cabeza una vez. Por fin estiró el brazo para coger el dinero. Resignado —resignado mucho tiempo atrás, pensó el señor Nostalgia— a hacer cosas que sabía que iba a lamentar. Cuando pasó por delante de la mesa del señor Nostalgia, sin darle ni las gracias, todavía no había conseguido volver a

levantar la cabeza.

Solo más tarde, cuando una voz por megafonía ya estaba echando a los rezagados del recinto y las luces se estaban apagando en la zona de los autógrafos, se dio cuenta el señor Nostalgia de que Luther Stallings se había largado con su pluma de oro.

Una noche de sábado de agosto de 1973, un Toronado del 70 de color verde cocodrilo se detuvo delante del Bit o' Honey Lounge emitiendo su ronroneo de cocodrilo. La sonrisa cromada del coche era tan ancha y cautivadora como el horizonte del oeste.

—Define «toronado» —dijo el hombre que iba en el asiento del pasajero.

Detrás de sus gafas de montura gruesa, el tipo tenía unos ojos adormilados, pese a que se burlaba del sueño y se mostraba severo con la somnolencia ajena. En contra de los dictados de las tendencias políticas, se ponía brillantina en el pelo largo, consiguiendo un lustre ondulado del grosor de una capa de barniz. Se llamaba Chandler Bankwell Flowers III. Su abuelo, su padre y sus tíos habían trabajado todos en la funeraria, todos hombres sobrios y ceremoniosos, y él habitaba en una zona flotante pero permanente de rebelión hacia ellos. De los diecinueve meses que acababa de pasar a bordo del *Bon Homme Richard*, a Chan Flowers le habían quedado una adicción a las anfetaminas y un tatuaje del Fantasma Tuffy en la parte interna del antebrazo izquierdo. El arma que llevaba enfundada en una bolsa de basura de plástico en un costado de la pierna derecha era una escopeta de corredera Mossberg 500.

—¿Que lo «defina»? —dijo el conductor, Luther Stallings, sin dedicarle su plena atención al asunto.

Su mirada de ojos verdes con vetas doradas no paraba de buscar excusas para visitar el retrovisor.

—En serio, ¿qué quiere decir? ¿Cuál es la definición de la palabra «toronado»? Dímelo.

—Dímelo tú —dijo Luther, más atento ahora.

—No, te lo pregunto.

—Sí, pero ¿qué me estás preguntando en realidad?

—Toro-na-do. —Chan tañó la «r» como si fuera una cuerda de la guitarra de Ricky Ricardo—. Eres tú quien conduce este coche. Quien habla de él. Quien está enamorado de él. Y ni siquiera sabes qué quiere decir.

Luther masajeó la funda de cuero del volante como si estuviera buscando un quiste. Le echó otro vistazo al espejo y a continuación se inclinó hacia delante para mirar más allá de Chan, en dirección a la entrada del Bit o' Honey. Chan era bajo, fornido y de piel oscura, mientras que Luther Stallings era alargado, tenía la piel clara y el mentón de astronauta. Había servido el tiempo mínimo en el ejército, donde se

había dedicado básicamente a partir tablonos con la mano como integrante de un equipo de demostraciones de combate sin armas. Iba vestido como si fuera a un baile, con pantalones ajustados de tela a cuadros acampanados y suéter de felpa de manga corta. Llevaba un vigoroso peinado afro recién atusado.

—Creo que es español —dijo Luther—. Una expresión bastante común, se puede traducir de forma aproximada como «chúpame la polla».

—El lenguaje vulgar —dijo Chan, echando mano de su rico patrimonio de máximas edificantes. De más jóvenes, siempre lo había avergonzado aquella rígida gramática de empleado de pompas fúnebres que su viejo le había inculcado a golpes. Durante la fase de matón revolucionario por la que estaba pasando ahora, sin embargo, Chan alardeaba de hablar con corrección y hasta llevaba una azucena en la solapa de su gabán de cuero negro—. Siempre es el primer y último refugio de quien no tiene nada que decir.

Luther apartó la vista del espejo para mirar a Chan.

—Tornado —dijo, empleando el imperativo.

—No lo sabes, ¿verdad? —dijo Chan—. Admítelo. Conduces este vehículo, pagaste tres mil dólares por él, en metálico, y no te habrías enterado si un tornado fuera un tipo de cepillo que se usa para limpiar las tazas de los retretes mexicanos.

—No me importa lo que...

—Juanita, deprisa, trae el tornado, que tengo diarrea...

—¡Quiere decir «torero»! —dijo Luther, mordiendo el anzuelo pese a su dilatada experiencia, pese a que necesitaba mantener un ojo en el retrovisor y el otro en la puerta de vinilo tachonada de diamantes del club, pese a que quería estar a cien años y a mil kilómetros respectivamente de aquella noche y de aquel lugar—. Uno que torea.

—En español —sugirió Chan en tono burlesco solícito.

Luther se encogió de hombros. Cuando Chan estaba nervioso, se aburría, y cuando se aburría se ponía a buscar líos, cualquier clase de lío, solo para romper el tedio. Pero todavía no se habían acabado los interrogatorios. Chan estaba enfadado con Luther y trataba de esconderlo. Llevaba días intentando contener su enojo, igual que el muchacho espartano de la leyenda, que tenía un zorro escondido debajo de la camisa pero prefería que se le comiera los intestinos a admitir que lo estaba ocultando.

—La palabra española —dijo Chan con precisión mordaz— es «torero».

A continuación se inclinó para sacar un puñado de cartuchos del calibre doce de una caja que tenía entre los pies y se los guardó en el bolsillo de su blazer de tweed. Su pelo untado de brillantina emitía un olor deprimente a flores dejadas demasiado tiempo en un jarrón y tan pútridas como la misma envidia.

—Entonces, ejem... «tornado» —se aventuró Luther.

Se trataba de una sugerencia tan ridícula que Chan, a quien habitualmente no le faltaban nunca expresiones de desprecio, solo pudo dedicarle una sonrisilla mientras negaba con la cabeza. A Luther le vinieron ganas de señalar que era él, el ignorante, quien acababa de desembolsar treinta y dos billetes de cien dólares por aquel coche precioso y de nombre enigmático, mientras que el profesor Flowers seguía siendo un usuario habitual de la red de autobuses.

—Chan, pedazo de capullo tocapelotas... —empezó a decir, pero se detuvo.

De otro bolsillo del blazer de tweed, que tenía parches en los codos, Chan sacó un par de guantes de satén, de color azul oscuro tirando a morado. Eran unos guantes de pésima calidad, con las costuras reventadas, a los que les habían añadido unas aletas de pez puntiagudas. El Halloween anterior, el hermano pequeño de Chan, Marcel, había muerto atropellado por un coche mientras iba de casa en casa pidiendo golosinas disfrazado de Batman. Unos negros borrachos a bordo de un Rambler American y un niño que se había bajado de la acera y que había tenido la cara demasiado pequeña para poder ver por los agujeros de los ojos de la máscara. Chan tenía unas manos diminutas, pero aun así los guantes le venían muy prietos y cuando se los puso las costuras se abrieron un poco más.

Cuando Luther vio que Chan se ponía aquellos guantes morados de justiciero, no supo qué decir. Echó otro vistazo por el retrovisor: Telegraph Avenue de noche, un temblor submarino de luz y sombras. Chan metió la mano en la bolsa de basura y sacó una máscara con orejas de murciélago de plástico endeble troquelado. Se pasó la goma elástica por la nuca y se aparcó aquella cara prestada en la coronilla.

—Muy bien —dijo por fin Luther, que había sido el segundo chaval más listo de la clase desde su nacimiento en 1955 hasta el día de 1971 en que habían echado a Chan—, dime qué quiere decir.

Del Bit o' Honey Lounge salió una chica cuyas partes cruciales estaban proyectadas sobre un seductor eje horizontal, igual que el coche. Llevaba unos vaqueros blancos ajustados cuyas perneras acampanadas ondeaban como banderas. Los pies, encajados en los estribos de unas bamboleantes sandalias de plataforma. Mientras pasaba tranquilamente junto al coche, se sacó de la cintura de los vaqueros los bajos de su camisa a cuadros de manga corta y se los anudó por debajo de los pechos.

—Es el momento —dijo Luther. Pisó el embrague y llevó una mano a la palanca de cambios—. Si vas a ir, ve ahora.

Chan se cubrió la cara con la máscara y Luther vio que la había pintado toda, borrando con pintura de color negro mate la línea que marcaba el borde inferior de la capucha de Batman y rociando de pintura el heroico hoyuelo moldeado de la barbilla. Por detrás de la máscara, a Chan le brillaban los ojos como si fueran órganos dejados al descubierto por sendas incisiones.

—Acción selvática —dijo Chan con la voz amortiguada por la máscara—. Ah, y por cierto. —Abrió con el hombro la portezuela del pasajero y salió dando un brinco del coche. La escopeta que llevaba en la bolsa de basura le colgaba del costado como si fuera una herramienta común y corriente—. «Toronado» no quiere decir nada.

Chan introdujo el brazo derecho en la abertura de la bolsa de basura y con la mano izquierda agarró la manecilla metálica de la puerta tapizada del club. Abrió la puerta de golpe y extendió el brazo derecho a un lado. La bolsa de basura salió volando, revelando el arma antidisturbios que Chan había sacado aquella tarde del arsenal del sótano de un piso franco que los Panteras tenían en East Oakland. Se oyó una ráfaga de instrumentos de viento, un barullo de gente seguido de un mamporro y por fin la puerta se cerró con una exhalación detrás de Chan. La bolsa de basura fue atrapada por un garfio térmico y se puso a dar vueltas en el aire, recibiendo pullas y tirones de manos invisibles.

Luther bajó el volumen del ocho pistas del salpicadero. Silencio urbano, el suspiro de un autobús lejano, la marea de la interestatal y Grover Washington Jr. encendiendo sutiles e intrincadas fogatas a lo largo de su versión de «Trouble Man». Más allá de eso, nada. Luther notó que su atención no solo divagaba, sino que directamente emigraba, en busca de oportunidades en otros lugares. Se alejaba por la autopista de la costa, al volante de su hermoso deportivo de gama alta verde, rumbo a Los Ángeles, la capital del resto de su vida. En un plano filmado desde un helicóptero, se vio a sí mismo cruzando un puente con arcos, con el océano y el amanecer y el final de la noche desplegados a su alrededor.

Oyó el petardeo de una serie de armas de fuego disparándose a la vez. La puerta del Bit o' Honey se volvió a abrir de golpe, dejando escapar una rociada de instrumentos de viento y gritos. Chan salió correteando. Se metió en el coche y cerró la portezuela. En el zapato izquierdo tenía una salpicadura de sangre que parecía una pluma de colores vivos. La escopeta emitía un olor dulzón e infernal, a electricidad y a tocino salado chisporroteante.

Luther puso la primera marcha, pisando a fondo el acelerador, apoyando todo su peso en él, e igual que el ángel trompetista que se veía desde la Warren Freeway, posado en la punta del templo mormón, cabalgando también la misma rotación salvaje del mundo. Todo lo que Detroit podía fabricar en materia de gruñidos salió del motor de 450. Se encontraron con una serie mareante de semáforos en verde hasta llegar a Claremont Avenue. Dos días antes, Luther y el Toronado habían experimentado un caso claro de amor a primera vista en un negocio de coches usados de Broadway. Ahora, mientras subían como una bala por Telegraph, Luther notó que se le enroscaba algo dentro de la barriga, casi como un estremecimiento de lujuria. Chan tiró la máscara de Halloween de su hermano por la ventanilla abierta y guardó la escopeta debajo del asiento. Se quitó los guantes e hizo el gesto de tirarlos también,

pero a continuación pareció decidir que se los quedaría, el derecho ensangrentado y quemado por la pólvora, un poco más. Permaneció un rato así, con los guantes en la mano, como si fuera un duelista en busca de alguien a quien abofetear.

En el cruce con Claremont, como no los seguía nadie y no había ni rastro de los agentes de la ley, Luther paró el coche ante un semáforo en rojo. Un conductor como cualquier otro, con la ventanilla bajada, el codo doblado sobre el borde de la portezuela, disfrutando de una noche de verano como cualquier otra. En algún lugar de las inmediaciones, según le habían contado una vez, cubiertos por el tiempo y el cemento, se encontraban los cimientos del primer asentamiento humano en aquel rincón del mundo. Los indios miwok, sumidos en su ensoñación, viviendo a lo grande como osos, apilando sus conchas de ostra, inconscientes de la historia y de su desfile inminente de cabrones.

—¿Qué ha pasado? —le dijo Luther a Chan, afectando despreocupación. Solo entonces, después de plantear aquella pregunta espantosa, empezó a sentir algo parecido al miedo. Chan se limitó a subir el volumen de la música—. Chan, ¿lo has hecho?

Luther vio que Chan pugnaba por darle a la historia de lo que había sucedido dentro del Bit o' Honey Lounge una forma que no lo enfureciera. Si había algo que Chandler Flowers odiara más que el hecho de que infravaloraran su inteligencia era dar muestras de falta de ella. El semáforo cambió al verde. Por razones misteriosas, y puesto que su compañero no le había dado órdenes en sentido contrario, Luther viró en dirección a la imagen que tenía en su mente de aquel ángel que tocaba su trompeta apocalíptica al oeste de todas las cosas. Pasó un minuto que Joe Beck y su guitarra se dedicaron a organizar de acuerdo con sus propias nociones del tiempo y su transcurso distorsionado. Por fin Flowers articuló, como si las estuviera sacando por una obertura muy estrecha, cinco palabras.

—Le he volado la mano.

—¿La derecha o la izquierda?

—La derecha.

—¿Él es diestro o zurdo?

—¿Por qué?

—¿Popcorn es diestro o zurdo?

—Me estás sugiriendo que si resulta que Popcorn Hugues es diestro, entonces yo habré cagado este trabajo un poco menos, ¿no? Porque por lo menos a Popcorn le quedará solo la mano que no usa.

Luther reflexionó mientras se alejaban retronando por Tunnel Road hacia el punto donde, de forma tan invisible como una decisión que se malogra, la calle se convertía en la Warren Freeway.

—No —admitió finalmente.

Después de aquello ya no volvieron a hablar. Luther siguió dándole vueltas a la cabeza. A las siete de la mañana del lunes se tenía que presentar en un plató de alquiler de Studio City para filmar sus primeras escenas de *Strutter*, una película de acción de bajo presupuesto en la que acababa de conseguir el papel protagonista. El dinero del adelanto que le habían pagado por aquel trabajo se lo había gastado en el coche que ahora conducía. Todavía le faltaba por cobrar diez de los grandes y después, quién sabía: secuelas, promociones, trabajos para la televisión, los papeles que Jim Brown estaba demasiado atareado para coger y hasta algún papel de coprotagonista con Burt Reynolds. Pero ahora, por culpa de algún maldito entrelazamiento de bravuconería, lealtad y la misma inconsciencia existencial que lo había ayudado a convertirse en campeón mundial de kárate de los pesos medios en 1972, Luther acababa de atar su futuro agradablemente poco claro como si fuera un saco lleno de gatitos al lastre de piedra de Chan Flowers.

Lo de aquella noche había salido mal, pero aun en el caso de que Popcorn, tal como estaba planeado, hubiera recibido una descarga fatal de plomo en el pecho y hubiera dejado escapar la vida en forma de charco de sangre bajo una mesa junto al escenario, la situación no habría sido mejor. Ciertamente, se habría plantado la semilla de la leyenda entre los Panteras que Chan Flowers confiaba en cultivar: la de Chan «Pompas Fúnebres» Flowers, asesino, y asesino de verdad, no solamente tipo duro de pega en una peli de serie B de bajo presupuesto. Ciertamente, se podría haber mitigado el disgusto que le causaba a Huey Newton la existencia prolongada de Popcorn Hughes. Pero, aun así, Luther Stallings no habría salido beneficiado de ninguna manera. El éxito de la misión habría supuesto simplemente un fracaso distinto, un marrón todavía más profundo que el que Luther estaba viviendo en ese momento.

Luther no tenía ideas políticas ni tampoco ningún sentimiento particular hacia los traficantes de droga como Popcorn ni hacia los Panteras Negras que les habían declarado la guerra. Le daba igual quién controlara la ciudad de Oakland o las calles de sus guetos. A Huey Newton, un tipo con chaqueta de cuero negra y sonrisa fácil, solo lo había visto una vez en la vida, soltando chorradas sobre la desalienación en una fiesta celebrada en una casa de la parte baja de Berkeley, y lo había identificado al instante como un simple estilista más del narcisismo gangsteril. Luther Stallings, futura estrella de la blaxploitation y de lo que viniera después, no tenía razón alguna para estar allí ni tampoco le importaba quién se llevara el gato al agua. Chan le había pedido que le hiciera de chófer y era lo que estaba haciendo. Pero ahora, en lugar de un asesinato, lo que veía cuando miraba por el retrovisor era el rastro de sangre de un atentado fallido. Y, entretanto, la imagen de aquel ángel dorado que tocaba un solo en lo alto del chapitel de los mormones seguía ejerciendo su extraña atracción sobre la imaginación de Luther.

—Gira a la izquierda —dijo Chan mientras abandonaban la carretera por la salida

de Park Avenue.

Luther ya estaba a punto de quejarse de que girar a la izquierda los alejaría del templo cuando se dio cuenta de que no tenía ninguna razón real para querer ir a aquel lugar. El vago anhelo de ser de alguna manera testigo de la gloria del ángel Moroni se apagó en su interior, se deshizo como cenizas. Luther enfiló el Toronado por Joaquin Miller Road.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Necesito pensar —preguntó el chaval más listo de la clase. Se quedó contemplando la noche que fluía como un chaparrón al otro lado del parabrisas. Y añadió—: Cállate.

—Pero si no he dicho nada —dijo Luther, aunque lo cierto era que había estado dándole vueltas a alguna combinación de palabras del estilo de «¿No es un poco demasiado tarde para eso?».

—Sí, yo he estado una vez en la tienda Dogpile esa —estaba diciendo Moby—. La que hay en Los Ángeles.

Moby era uno de los clientes habituales del mediodía. Era abogado, una carrera bastante habitual entre los individuos con adicciones al cloruro de polivinilo de las de trescientos dólares al mes; la diferencia estribaba en que los clientes de Moby eran todos cetáceos. Su verdadero nombre era Mike Oberstein. Tal como indicaba su apodo, era considerablemente blanco y de talla extraextragrande. Llevaba el pelo más bien largo con raya en el medio y peinado hacia atrás sobre las orejas formando una especie de aletas de ballena. Moby trabajaba para una fundación con sede en el mismo edificio donde tenía su consulta la mujer de Archy, emprendiendo acciones legales contra Sea World en nombre del cuñado de Shamu y demandando a la marina por volver sordas a las ballenas gibosas. Y era un acumulador apasionado y derrochador de grabaciones de jazz de los años cincuenta y sesenta.

—Estaba bastante bien —añadió Moby.

—Ah, ¿sí? —dijo Nat, dándole un biberón a Rolando English, que estaba sentado y bien amarrado dentro de un cuco, junto a la caja registradora del mostrador. Archy se dio cuenta de que Nat no le quitaba la vista de encima al bebé para no verse obligado a matar a Mike Oberstein disparándole rayos gama con los ojos—. Pero ¿molaba?

Archy sabía —no podía evitar conocer todas las diatribas y sermones de su socio sobre el asunto— cómo le molestaba a Nat que Moby se esforzara tanto (para ser francos, lo más seguro es que ya ni siquiera se esforzara) por hablar como si fuera del barrio, de «por aquí», tal como habría dicho Moby, pese al hecho de que era un tipo blanco y completamente afable originario de alguna parte de Indiana.

—Molaba a saco —dijo Moby, tan acorazado detrás de su afabilidad y de su

abrigo de piel imaginario estilo *Super Fly* que no solo era inmune a los rayos que Nat siempre le estaba mandando con los ojos, sino que lo más probable era que ni siquiera fuera consciente de ellos—. En serio. Encontré un vinilo increíble llamado, pillá esto, Nat, *Jimmy Smith Live in Israel*. Yo creía que era un mito. Llevaba buscándolo..., no sé, años.

Nat asintió, observando cómo el biberón se vaciaba imparablemente, mientras que con la imaginación, tal como Archy pudo deducir por el agarrotamiento de sus hombros, sacaba de su funda una copia en perfecto estado de *Jimmy Smith Live in Israel* (Isradisc, 1973) y la partía sobre su rodilla. Dos veces, rompiéndola en cuatro trozos. Luego se la daba a Moby sin decir palabra, sin ni siquiera necesidad de decirle: «Colega, a la mierda Dogpile. Y el puto dirigible de Dogpile».

—Yo lo que no entiendo, con todos los respetos, es por qué actuáis como si fuera una especie de invasión —dijo el Rey del Oropel— el que Dogpile venga a este vecindario.

Garnet Singletary, el abuelo del pequeño Rolando, estaba sentado junto a Moby frente al expositor de cristal que recorría casi la mitad de la pared sur de la tienda, en el extremo más alejado del escaparate, a fin de mantener cierta distancia entre sí mismo y el loro. Cincuenta y Ocho, el loro gris africano, estaba posado en el hombro de Cochise Jones, que ocupaba su habitual taburete del rincón contiguo al escaparate; el señor Jones, con la joroba empedernida que le había quedado de los cincuenta años que se había pasado experimentando frente al teclado de un Hammond B3. Las décadas de compañía aviar habían dejado un embrollo de marcas de garras sobre los hombros del traje de fantasía verde del señor Jones, como matorrales en aquel césped acolchado de poliéster. Incansable como un radiotelescopio, la cabeza del loro con su ojo avizor rastrea el universo en busca de señales y mensajes invisibles. De vez en cuando, Cincuenta y Ocho, cuyas declaraciones solían ser musicales, imitaba el vibrato metálico del B3 de su propietario, entonaba un riff o un interludio al azar, el pájaro programando sus selecciones musicales con una arbitrariedad aparente en la que Singletary, que temía al pájaro a la vez que lo admiraba, aseguraba ver intenciones calculadoras e irónicas.

—Gibson Goode nació aquí —siguió diciendo Singletary al ver que ninguno de los dos socios le daba explicación alguna.

Singletary tenía cincuenta y bastantes años pero aparentaba treinta. El pelo le brotaba cuidadosamente de la cabeza en forma de unas microrrastas no más gruesas que los dedos de su nieto. Tenía una sonrisa fácil y cálida y unos ojos tan fríos como peniques al fondo de un pozo. Igual que los de Cincuenta y Ocho, aquellos ojos jamás se perdían nada, y se dedicaban a envolver en una niebla universal de conversaciones el vacío incesante de su vigilancia. Archy se preguntó si la intranquilidad que sentía Singletary en presencia del pájaro procedía del hecho de que reconocía en él a un

rival o a un semejante.

—El tipo creció en Los Ángeles —dijo Singletary—, pero su abuela sigue viviendo en Rumford Plaza. Vosotros teníais el negocio en Atlanta, o en Nueva York, y el tipo apareció con su enorme dirigible negro, y yo entiendo que estéis un poco resentidos. Pero Gibson Goode es un producto semilocal. Es como si —en los ojos se le formó aquella sonrisa que anunciaba que estaba a punto de meterse con Nat— os juntamos a ti y a Archy. Medio de aquí y medio de fuera.

—Medio y medio —dijo Nat, tarareando para sus adentros, vertiendo el biberón dentro de Rolando English.

Estaba claro que el niño tenía buen apetito; a las once de la mañana ya se les habían acabado los biberones de Good Start y ahora le estaban dando una lata de leche en polvo Enfamil que habían mezclado con agua en el fregadero del cuarto de baño de Brokeland, una lata de Enfamil que S. S. Mirchandani había sacado de un estante recóndito, remoto y lleno de telarañas de la licorería Temescal, de la que era propietario. El cuco era cortesía del Rey del Oropel.

—Mira cómo zampa. —Cochise Jones miró cómo el contenido del biberón descendía por el cristal graduado como si fuera el mercurio de un termómetro en descenso. Concentrado, complacido, intrigado, como si hubiera apostado dinero sobre el resultado. El señor y la difunta señora Jones nunca habían tenido hijos—. Me está dando sed a mí.

—Sí, yo también tengo bastante sed —dijo el señor Mirchandani, y Archy sintió una punzada de temor expectante—. ¿Sabes, Nat?, en serio, tendríais que poner una máquina de café o alguna otra clase de expendedor de bebidas.

Archy se sumergió en los misterios más recónditos de la caja número 8. La hipotética máquina de café era un tema delicado: el más reciente de los muchos contenciosos entre los copropietarios de Brokeland había empezado con la pregunta de si, tal como Archy llevaba dos años insinuando de forma cada vez menos sutil, no habría llegado el momento de ofrecerle al cliente algo más que una oferta ilimitada de música y charla ociosa a granel. Porque la verdad era que ya estaban jodidos, con o sin Gibson Goode y el imperio de Dogpile. Le debían varios meses de alquiler a Singletary. Sus existencias se estaban resintiendo del hecho de que sus problemas de liquidez les impedían adquirir las mejores colecciones de música. Lo más seguro era que, si uno se planteaba el asunto de forma fría y racional, algo que no se podía decir que se le diera muy bien a ninguno de los dos socios, estuvieran en las últimas. Muchos de los otros emporios del disco usado del este de la bahía ya se habían ido a pique, habían cerrado o bien habían pasado a vender solo por internet, cerrando sus puertas y dejando de suministrar charla ociosa a granel. Brokeland Records era prácticamente el último de su especie, igual que el indio Ishi, el Chingachgook de *El último mohicano* o Martha la paloma migratoria.

Cada vez que Archy sacaba el tema de probar algo nuevo, diversificar su oferta, mejorar su página web, o incluso vender café, bollos y *chai*, se encontraba una fuerte resistencia por parte de Nat. Y no solo resistencia; su socio terminaba la conversación y se encerraba en sí mismo, con esos modales exasperantes de Abraham el Patriarca que a veces adoptaba, actuando como si él y Archy no fueran un par de comerciantes de bienes usados que intentaban mantenerse a flote sino los guardianes de alguna grandeza de antaño que jamás debía contaminarse ni alterarse. Cuando en realidad (como pasa con todas las religiones, suponía Archy), lo que Nat sufría era una mezcla de desorden obsesivo-compulsivo y pánico existencial, un miedo desplazado a los cambios. Cualquier desvío de las pautas familiares del tráfico, cualquier aparición de nuevas marcas de agua y dibujitos en el papel moneda nacional, cualquier cambio en las normas del empaquetado de las materias reciclables, todo ello era anatema para Nat Jaffe. Los nuevos comienzos, las pizarras en blanco, los reinicios del sistema: anatema. Se oponía a ellos igual que se resisten a la corriente los islotes o los embrollos de ramas.

—¿Quieres un puto macchiato? —le había dicho a Archy hacía un par de días, arrojándole un álbum, uno no muy valioso, una simple copia de *Stan Getz and J. J. Johnson at the Opera House* (Verve, 1957), donde Getz tocaba con Johnson, Oscar Peterson, Ray Brown y Connie Kay—. ¡Pues aquí tienes tu puto macchiato!

En otras palabras, la espuma ligera y dulzona de un tipo blanco flotando sobre un fondo denso y oscuro de negros. El lanzamiento no había alcanzado a Archy, pero joder, un disco volador, le podría haber cortado la cabeza. Archy sintió que el mero recuerdo de aquello ya le irritaba. También le irritaba el hecho de que el señor Mirchandani hubiera mencionado lo de la máquina de café, por mucho que supiera que únicamente lo había dicho para echar una mano, para unirse al coro de quienes no querían ver la muerte de Brokeland. Saltaba a la vista que hoy Nat estaba hirviendo a fuego medio y que como mucho le faltaban un par de burbujas para hacer saltar las alarmas.

—Caballeros.

Era una voz suave, la voz de un hombre adiestrado para ver a los hombres y las mujeres en su punto más bajo y sin embargo sacarles lo más elevado. Adiestrado para la corrección, para mantener la discreción y el buen tono bajo aquel palio de remembranza y dolor que siempre flotaba por encima de Flowers e Hijos. Al oír aquella voz funeraria, el loro gris africano inclinó la cabeza en dirección a Singletary y se puso a emitir, sin fallar ni una nota, la lectura que hacía Cochise Jones del viejo espiritual de Mahalia Jackson «Trouble of the World», en el único álbum publicado por Jones en calidad de líder de banda, «Redbonin'» (CTI, 1973).

—Atención —dijo el señor Jones, pero, como de costumbre, Cincuenta y Ocho iba muy por delante de él.

A la sombra de un sombrero negro de ala ancha que le daba un aire a medio camino entre jefe del hampa y Henry Fonda en *Érase una vez en el Oeste*, ataviado con un traje de tres piezas de raya fina gris sobre fondo marengo y calzado con unos mocasines negros tan lustrados que ya emitían un halo perceptible, Chan Flowers entró en la tienda. Se deslizó en silencio al interior, tan ineludible como un último aviso de las autoridades del condado. Con la espalda recta, fornido y patizambo. Un modelo de probidad, una mano firme para reconfortar a los afligidos, un hombre sobrio —un hombre grave—, tan sólido como el pilar de una tumba. Con aquel sombrero de aires gangsteriles para hacerte saber que el concejal se dedicaba a la política al viejo estilo, ayudándose de una pala en las noches sin luna. Y con aquel toque de Tombstone, de sepulturero de western gótico, como si a veces, cuando brillaba la luna llena y Flowers e Hijos se encontraba vacía y a oscuras salvo por las luces de seguridad, Chan Flowers pudiera sentarse a horcajadas sobre un ataúd y cabalgarlo como si fuera un potro salvaje.

—Parece que hoy se ha reunido aquí el núcleo duro —dijo, evaluando rápidamente las caras que había ante el mostrador antes de posar una mirada interrogativa en Archy, con intención de preguntarle algo—. Esperad aquí fuera —les dijo a sus sobrinos.

Los dos sobrinos de Flowers se quedaron en la acera. Igual que todos los sobrinos de la nueva hornada de la familia Flowers, no parecía exactamente que llevaran puestos aquellos trajes negros de la talla incorrecta, sino más bien que los estaban ocupando temporalmente hasta que los trajes pudieran hacerse con unos residentes menos embarazosos. Tenían esa cara solemne de los bromistas que esperan el momento de gustarle a alguien una jugarreta. Uno de ellos sacó un libro de puzles matemáticos japoneses y se puso a trabajar en él con un lápiz gastado.

—¡Señor Jones! —dijo Flowers, empezando, con esa resolución propia de los políticos, a rellenar las casillas de aquel sudoku humano.

—Señoría... —dijo Cochise Jones.

Flowers tendió la mano para estrechar aquella mano de octava y media que tenía el señor Jones, con sus uñas que eran como teclas de marfil de piano.

—El honor es mío, ciertamente —dijo Flowers—, como siempre, por bañarme de segunda mano en el resplandor del legado que usted representa. El mismísimo inventor del estilo musical conocido como «estilo criollo de Brokeland». —El señor Jones también era, por lo que sabía Archy, la primera persona que había usado el término Brokeland para denominar a aquel vecindario, aquella falla irregular en la que se subsumían las placas urbanas de Berkeley y Oakland—. Hola, Cincuenta y Ocho.

Se hizo el silencio. El pájaro miró a Flowers.

—Di hola —dijo el señor Jones.

—Di hola, fanfarrón de tres al cuarto —dijo Cincuenta y Ocho.

Era la voz de Cochise Jones, aquel graznido inconfundible de fumador, pero mucho más cascarrabias de lo que Archy había oído ponerse nunca al señor Jones. Todo el mundo se rio menos Chan Flowers. Los ojos de Flowers se mantuvieron a distancia de la sonrisa de sus labios.

—Que no decaiga —le dijo Flowers a Cincuenta y Ocho—. Ya sabes que en un estante de mi almacén tengo un ataúd de lujo de madera de cerezo para mascotas, esperando para albergar tus restos.

Era cierto: Cochise Jones había hecho preparativos funerarios de una precisión egipcia tanto para él como para su compañero de soledades.

—Hermano Singletary. —Flowers lo señaló con un dedo delgado—. El Rey del Oropel. ¿Cómo está usted, señor?

—Concejal... —dijo Singletary, mirando a Flowers de la misma manera en que miraba a Cincuenta y Ocho, con una mezcla de curiosidad y disgusto, como si estuviera tocando con la lengua algo amargo situado en la comisura de su boca.

Los dos hombres, Singletary y Flowers, se habían peleado a menudo y de forma abierta a lo largo de los años, aunque siempre de forma civilizada. Pleitos, asuntos inmobiliarios, una larga guerra fría librada sobre un telón de fondo de dinero de reurbanizaciones y por medio de intermediarios y abogados. Los rumores que corrían por West Oakland localizaban el origen de las rencillas a finales de los años setenta, basándose en la leyenda de que Singletary se había casado con su mujer tras arrebatársela a una relación previa con Chan Flowers. Los rumores añadían el dato, poco fiable pero de alguna manera verosímil, de que la razón de que ella hubiera elegido irse con Singletary en vez de quedarse con Flowers era cierto olor a putrefacción imposible de erradicar de las manos del director de pompas fúnebres.

—Estoy bien —añadió Singletary—, a menos que venga usted a decirme lo contrario.

—Como ya sabrán —dijo Flowers, dirigiéndose un poco a la sala en general, con una voz modulada y cordial, pero no, a pesar de su retórica, rotunda. Fría y desapasionada, tan dispuesta a expresar decepción como halagos—, en la Biblia solo hubo un rey capaz de vestir el oropel. No lo llamaban con ese nombre, por supuesto. ¿Verdad que no, señor Oberstein? El rey Salomón, en su libro del Eclesiastés, ¿sabe usted qué expresión empleó para aludir a lo que ahora denominamos «oropel»?

—¿Incienso y mirra? —sugirió Moby.

—Lo llamé «vanidad» —dijo el Rey del Oropel—. Y yo no tengo nada en contra de ese nombre.

—Pues me alegro, porque no he venido aquí a buscar pelea —dijo Flowers—. Señor S. S. Mirchandani, puede que sea usted un recién llegado a estos lares, pero no

pierde el tiempo.

—Concejal Flowers...

—Bien por usted, señor. Y señor Oberstein...

Flowers miró con el ceño fruncido al abogado de ballenas, buscando en vano la clase de sumario adecuado que le gustaba adjudicarle a cada individuo, un epitafio para cada lápida.

—«Un tío auténtico» —sugirió Nat.

—Sin duda —dijo Moby, con una sonrisa de oreja a oreja—. Lo más de lo más.

—Señor Jaffe —dijo por fin Flowers. Y apretó mucho los labios.

—Concejal...

A continuación se hizo un silencio, más profundo e incómodo todavía porque Archy se había olvidado de darle la vuelta al disco que había en el tocadiscos. Era muy, muy infrecuente ver a Flowers sin saber qué decir. ¿Acaso le pesaba la culpa en la conciencia por haber cambiado de opinión sobre el acuerdo de Dogpile? ¿Acaso había venido ahora, a la hora de comer, resuelto a dar la mala noticia en persona? ¿O bien estaba tan liado dirigiendo su propia estrategia de grandes vuelos, diseñando su línea defensiva, que se había olvidado de que podía encontrar cierta resistencia en el mostrador de Brokeland?

—Archy Stallings —dijo Flowers, y Archy, confundido, sabiendo que probablemente debería hacerse el frío y el hostil con Chan Flowers pero movido por el hábito de toda la vida de tratarlo con reverencia, renunció y le dio un apretón de manos y un abrazo de barrio al concejal.

—¿Anda por aquí tu padre? —dijo Flowers, sin llegar a susurrar pero prácticamente.

Archy se apartó, pero, antes de que pudiera hacer nada más que fruncir el ceño y poner cara perpleja, Flowers ya tenía su respuesta y estaba pasando al siguiente.

—Si no recuerdo mal —dijo, soltando a Archy—, me comentan que me ha dejado usted un mensaje, señor Jaffe. En mi despacho, hace poco. Se me ha ocurrido pasar a ver de qué se trata.

—Es probable —dijo Nat, todavía sin levantar la vista. A veces su tarareo proteico adoptaba la forma de una bronca arrojada en el contestador automático del concejal o, cuando era posible, directamente al oído de alguno de sus sobrinos, ayudantes, jefes de gabinete o secretarios de prensa, a los que Nat transmitía sus quejas sobre esto, aquello o lo de más allá, la recogida de basura, los mendigos o el hecho de que se estuvieran cometiendo atracos a plena luz del día—. Mmm... —Fingió que se esforzaba por recordar la razón de su llamada más reciente y a continuación fingió que se rendía—. No le puedo ayudar.

—Mmm... —repitió el concejal, y se hizo otro silencio.

«Tortuga incómoda», habría declarado Julie Jaffe de estar presente, formando una

tortuga con las manos superpuestas y aleteando con los pulgares.

—¡Anda! Pero ¡miren esto! —Flowers se fijó en el bebé, que se había quedado dormido con el biberón en la boca. Su mirada se posó en Archy, llena de calidez genuina pero también de cálculos fallidos—. ¿Se trata del pequeño Stallings?

Flowers extendió la mano para darle un apretón estándar y Archy se la cogió con una sensación de temor, como si aquel fuera realmente su bebé y todas sus impotencias e incapacidades fueran a quedar al descubierto.

—Sé que parece imposible —dijo Flowers, aferrando la mano de Archy sin dejar de escrutar el local—, pero me acuerdo de cuando tú eras de ese tamaño. —Todo el mundo se rio solícita pero sinceramente al pensar que Archy pudiera haber sido tan pequeño—. Y ese niño se te parece un montón.

—Oh, no —dijo Archy—. No, este es el bebé de Aisha English, el nieto del señor Singletary. A mi mujer y a mí todavía nos falta un mes. Solo se lo estoy cuidando.

—Archy está practicando —dijo el señor Mirchandani.

—Nunca es pronto para empezar —dijo Flowers. Aunque bien provisto de sobrinos y sobrinas, desde pequeños retacos a hombres adultos que habían jugado al fútbol americano con Archy en el instituto, Flowers era soltero e, igual que el señor Jones, no tenía hijos—. O la cosa te puede pillar desprevenido.

—Tal vez yo debería empezar a practicar estar muerto —dijo Nat en voz demasiado alta, aunque Archy no estaba del todo seguro de si el exceso de volumen era deliberado o involuntario. Antes de que ninguno de los presentes tuviera la oportunidad de plantearse el significado de aquel comentario, Nat añadió—. Ah, sí, ya me acuerdo de por qué lo llamé, señor concejal. Era para pedirle que viniera usted a degollarme en persona.

Flowers se volvió, un poco cogido por sorpresa. Sonrió y negó con la cabeza.

—Hermano Nat, nunca me cansaré de tu deslumbrante ingenio —dijo—. Siempre es un placer.

—También tengo aquel disco de Sun Ra que estaba usted buscando —dijo Nat, echándole carbón al enfado y usando la sonrisa para alimentarlo con ráfagas nutritivas de aire—. Aunque, claro, tal vez quiera esperar y comprarlo en esa nueva tienda Dogpile que va a abrir usted. Me han dicho que su departamento de vinilos de segunda mano va a molar cantidad.

—Nat... —dijo Archy.

—Se admite la protesta —replicó Nat sin inmutarse—. Vuelve a avisarme dentro de veinte segundos, ¿vale?

—Ciertamente entiendo tu preocupación por el nivel de competencia que vas a tener que afrontar, hermano Nat —dijo Flowers, desplegando una empatía perfecta—. Pero vamos, colega. ¡Demuestra algo de fe en tu socio y en ti mismo! ¿Qué es esa actitud derrotista? Tal vez quieras plantearte la posibilidad de que tu ansiedad sea

prematura.

—Nunca he experimentado una ansiedad que fuera prematura —dijo Nat, siempre dispuesto a seguir dando puñetazos pese a estar abrazado a su contrincante—. En mi experiencia, siempre se presenta justo a tiempo.

—Pues será solo esta vez —sugirió Flowers. Deseoso de salir de aquella, tirándose de las solapas de la chaqueta—. Pero es prematura.

—¿Me está diciendo que Gibson Goode, el quinto hombre negro... cómo era? —Nat se volvió con un crujido audible de las vértebras hacia Garnet Singletary, que se echó atrás, con una sonrisa tensa e imparcial; sin voluntad de ninguna clase o modalidad, dado que no era tonto, de enfrentarse abiertamente con su enemigo favorito de los viejos tiempos—. ¿El quinto...?

—Creo que leí en *Black Enterprise* que en la actualidad es el quinto afroamericano más rico —dijo Singletary con cautela—. No vi mi nombre en ningún lugar de la lista.

Los hombres que estaban en la tienda se volvieron a reír, contentos de que Singletary rompiera la tensión, aunque Archy estaba seguro de que todos se solidarizaban con Nat. Aquel lugar era parte de su vida, y eso incluía a Chan Flowers, que se había pasado años yendo cada semana a que le cortara el pelo Eddie Spencer y después no había perdido la costumbre de seguir pasando por allí.

—¿Me está diciendo usted, concejal, que Gibson Goode no tiene por fin luz verde, gracias a usted, para empezar a montar su Garito a dos manzanas de aquí, lo cual no solo me va a degollar a mí, sino también a este enorme ex bebé a quien usted quiere tanto? Porque lo que nosotros habíamos oído, y creo que hasta lo hemos oído de su propia boca, era que el señor Goode estaba teniendo problemas graves con algunos de sus amigos de la comisión de zonificación, y que debido a eso, «tal como están las cosas», creo recordar que fue la expresión que usted empleó, los bancos le estaban poniendo muchas trabas.

—Si os dije eso —dijo Flowers—, es porque os estaba informando de lo que yo sabía.

—¿Y qué ha cambiado? O se lo pregunto con otras palabras: ¿cuánto cambio ha hecho falta?

—Nat, aquí llega tu aviso —dijo Archy.

—Cuánta pasta ha hecho falta, ¿verdad, Moby?

—Yo... ¿Por qué me preguntas a mí? —dijo Moby.

—Joder, Nat —dijo Archy.

—Más le conviene tener cuidado con lo que dice, señor Jaffe —sugirió Flowers.

Lo dijo mirando a Archy. No exactamente apelando a él, ni tampoco planteando ninguna amenaza. Miró a Archy con los ojos muy abiertos y expresión interrogativa, como si tuviera ganas de preguntarle algo. Archy se preguntó si la verdadera razón de

que ese día los estuviera visitando el concejal no sería aquella pregunta que Flowers no se sentía cómodo formulando delante de una multitud, en lugar de un recado que le había dejado por teléfono Nat en relación con un disco de Sun Ra.

—Yo fui una vez a Dogpile —dijo Nat. Le dedicó a una sonrisa a Moby—. El verano pasado Archy y yo fuimos a tocar en una boda en Fox Hills. Y de verdad, molaba cantidad. Tenían una copia magnífica de *Nubian Lady* de Roy Meriwether. Los precios eran más que competitivos. Y lo que es más, me metí en una discusión muy interesante, de cuarenta o cuarenta y cinco minutos, con el chico que llevaba el departamento de vinilos usados. Un chico joven, universitario, negro, bien parecido, que tenía pasión por Ornette Coleman. Y que se puso a contarme que básicamente Ornette Coleman había redescubierto el tono original de los cornetistas de Nueva Orleans y que básicamente había regresado a ese tono con el pensamiento, igual que Einstein cuando pensaba en los trenes que pasaban. Y aquello había cerrado el circuito. Fin de la historia. Un rollo ouroboros, la serpiente que se muerde la cola. Ahí se acabó el jazz tal como lo conocemos. No sé si estoy del todo de acuerdo, pero era un argumento interesante. Ah, y también me compré una copia más que decente de *Out There*.

—A mí no me gusta tanto la hipérbole como a mi socio, señor concejal —dijo Archy—. Ya lo sabe. Y me disculpo en nombre de Nat por su impertinencia, que espero que ya se haya acabado o bien lo voy a mandar de una patada hasta el puente de Carquinez. ¿Me oyes, Nat? Pero escuche, si se pone usted de lado de Gibson Goode, después de haber sido un buen cliente nuestro durante tanto tiempo, por no mencionar, ya sabe, el hecho de que nos haya bendecido con el ejemplo de venir aquí de vez en cuando a satisfacer algunas de sus necesidades musicales, entonces, con todos los respetos, disculpe usted, pero es verdad que nos está dando la espalda. O eso parece.

La mirada de Flowers se deslizó hasta el bebé dormido. Parecía que estuviera viendo al pequeño Archy y escuchando los ecos de algún llanto infantil de 1968.

—Confío sinceramente en que eso no sea cierto —dijo, regresando al presente—. Echaría mucho de menos este sitio, mucho. Pero la verdad es que un Garito Dogpile representaría un impulso enorme para la comunidad.

—Para la comunidad.

Oh, mierda, pensó Archy.

—¡Para la comunidad! —repitió Nat.

—Tranquilo, Nat —dijo Archy.

—Ah, claro. Me voy a tranquilizar. ¡Voy a estar tranquilo de cojones cuando esté viviendo en la calle y vendiéndome la sangre!

—Nat...

Tener que venderse la sangre siempre era la peor situación imaginable para Nat,

el ejemplo que siempre les ponía a su hijo, a su mujer, a su socio y a cualquiera a quien necesitara convencer de la ruina financiera que lo acechaba y de las atrocidades a las que iba a tener que recurrir.

—¿Sabe, señor concejal?, no sé por qué, pero yo tenía la impresión de que este sitio... esto... —Nat dio un porrazo en el mostrador—. ¡Esto de aquí!... ¡Era una comunidad! Pero supongo que me equivocaba.

Nat metió la mano debajo del mostrador, sacó una copia de *The Soul Vibrations of Man* (Saturn Research, 1976) y la arrojó a la otra punta del local. Todos oyeron cómo se rompía, con un crujido como de leña en el fuego. Además de angustiarse por tener que recurrir a venderse la sangre, a Nat le gustaba arrojar álbumes, normalmente álbumes que no valieran nada. Por desgracia, el que acababa de tirar era valioso y difícil de encontrar.

—Puede usted pedirle a Gibson Goode y a la comunidad que le encuentren una copia en mono original precintada de *The Soul Vibrations of Man*. Porque nosotros cerramos. Ya mismo. En este momento. ¿Para qué retrasarlo? ¿Para qué prolongar el sufrimiento? Esta tienda cierra hoy mismo. Ya pueden marcharse todos, muchas gracias por su apoyo durante estos años. Adiós, caballeros.

Flowers empezó a decir algo, a quejarse ante Nat y a reprocharle la destrucción de aquella preciosidad de disco. Pero se lo pensó mejor. Clavó por última vez sus reflectores en Archy, dando la impresión de que veía alguna clase de respuesta en la inexpresividad de este.

—De acuerdo, pues. —Flowers se tocó el ala del sombrero con los dedos y les hizo una reverencia a los hombres del mostrador. Salió de la tienda y sus sobrinos ocuparon sus lugares respectivos, flanqueándolo—. Que tengan un buen día, señor Jones y señor Singletary.

—Adiós, caballeros —dijo Nat.

Los clientes se dieron la vuelta con cara de perplejidad, y el señor Mirchandani y Moby apelaron en silencio a Archy. Este se encogió de hombros.

—Lo siento, amigos —dijo.

Archy cogió en brazos a Rolando, que estaba roncando en su sillita, y le transfirió formalmente la custodia a su abuelo, como si fuera Inglaterra devolviendo Hong Kong entre trompetas lastimeras de despedida; sintió un dolor extraño en el pecho que parecía un precursor o posiblemente un recuerdo lejano de lágrimas. Los hombres se bajaron de sus taburetes y salieron desfilando a la calle.

El señor Jones se detuvo en la salida, enderezó aquella espalda perpetuamente encorvada ante un teclado fantasmal y se dio la vuelta. Le echó a Nat un vistazo donde se debatían la compasión y la burla. Se sacó la pipa y el tabaco del bolsillo del pantalón. Por fin, señalando con la caña de la pipa en dirección a Rolando mientras el Rey lo sacaba a la calle, el señor Jones señaló con la barbilla a Archy.

—Sigue practicando, Tortuga —dijo—. Le vas a coger el tranquillo.

—Eso espero, señor Jones.

—Tienes buen corazón. En el fondo. Y tener buen corazón es un ochenta y cinco por ciento de todo en la vida.

A Archy le bulleron las lágrimas por las canaletas de los ojos. Por lo general, siguiendo el ejemplo de Marco Aurelio, intentaba evitar la autocompasión, pero la verdad era que no le había pasado muy a menudo en la vida que la gente reconociera sus cualidades, su potencial como hombre. Su madre había muerto cuando él era pequeño y su padre no había tardado en largarse. Las tías que lo habían criado habían muerto sin alterar para nada su ignorancia de las cualidades de él. Su esposa, aunque no cabía duda de que lo quería, era la última de una larga serie de supuestos expertos —desde los mismos tiempos de sus tías, pasando por la época del instituto y del ejército— que habían infravalorado el precio y el buen estado del alma de Archy. El señor Jones era el único que siempre se había detenido para hacer descender una aguja sobre el largo surco en espiral donde estaba grabado Archy y para escuchar sus vibraciones. Incluso en la época en que su mujer todavía vivía y a él lo solicitaban en los clubes y en los estudios de grabación, la época en que había sido medio famoso, el señor Jones siempre había tenido tiempo para Tortuga Stallings.

—Gracias, señor Jones —dijo Archy.

—¿Cuál es el otro quince por ciento? —dijo Nat—. Solo por curiosidad.

—La cortesía —dijo el señor Jones sin dudarle un momento—. Y mantener la cabeza fría.

Nat se sonrojó y no se atrevió a mirar al señor Jones a los ojos vidriosos.

—Mañana tenemos concierto —dijo el señor Jones—. Voy a necesitar mi Leslie, muchacho.

—Y lo tendrá —dijo Archy.

—Dijiste que estaría listo para el domingo.

—Y lo estará.

El loro pilotó al señor Jones hasta el exterior de la tienda y Nat cerró la puerta detrás de ellos. Corrió el cerrojo y le dio la vuelta al letrero para que dijera CERRADO.

—La «comunidad»... —murmuró. Dejó la mano sobre el cerrojo mientras tarareaba algo. A continuación lo descorrió, abrió la puerta de golpe, salió corriendo a la acera y se puso a gritar en la dirección por la que se había alejado el concejal Flowers—. ¡La comunidad lleva desde 1989 sin hacer un disco que valga la pena!

Nat entró otra vez —con zancadas furiosas— y volvió a correr el cerrojo. Rodeó el mostrador y se quedó de pie, jadeando, haciendo un esfuerzo por tranquilizarse, con los latidos furiosos del corazón palpitándole visiblemente en las sienes.

—Fíjate, Archy, es por esto que odio absolutamente a todo el mundo —dijo, como si hubiera alguna conexión entre aquellas palabras y lo que acababa de suceder,

alguna secuencia de acontecimientos equivalente a la teoría de Ornette Coleman y los cornetistas perdidos de Storyville—. Es por eso que odio esta birria de vida que tengo.

Descolgó su sombrero del perchero, se lo caló sobre la cabeza y salió. Archy intentó sin éxito decidir si tenía que tomarse en serio o no alguna de las cosas que había dicho Nat. Estiró el brazo para coger la edición de Penguin de las *Meditaciones* que llevaba en el bolsillo del pantalón, pero no le hizo falta consultarla para saber lo que no era probable que Marco fuera a recomendarle: la clase de consuelo que uno podía encontrar en el calor y las especias de Etiopía, una salsa dulce y rancia en las yemas de los dedos.

Gwen Shanks se dirigía al norte por Telegraph Avenue, de camino a atender un parto en casa en las colinas de Berkeley, cuando se vio desviada de su curso por un ansia irrefrenable de adentrarse en la penumbra con aroma a comino del Reina de Saba. Endurecida por una vida entera de adiestramiento en el arte de reprimir sus impulsos, igual que Spock batallando contra esa locura septenial por aparearse conocida como *pon farr*, Gwen se había pasado hasta la última de las treinta y cuatro primeras semanas de embarazo resistiendo los anhelos y caprichos de los estrógenos y la progesterona, negándose todos los antojos, fuertemente atrincherada contra las subidas hormonales. A sus pacientes, Gwen les permitía de forma invariable y con ternura toda clase de rabiets, arrebatos y momentos de pánico. Aunque era comadrona de profesión, la verdadera vocación de su vida era el autocontrol. Hacía dos semanas, sin embargo, su marido se había pasado por las oficinas de Comadronas Asociadas de Berkeley llevándole, en un gesto satánico, una fatídica taza de poliestireno llena de algo llamado *suff*. Desde aquel día, a Gwen la había atormentado un anhelo casi diario de beber aquella infusión helada de semillas de sésamo que tenía un sabor tan agridulce como los remordimientos. Siendo como era cinturón negro de kung-fu estilo Wing Chun, Gwen se había pasado la mañana en el *dojo* del Instituto Bruce Lee haciendo ejercicios durante más de dos horas con su maestra, Irene Jew. Haciendo un esfuerzo consciente no solo para intensificar su lucha contra la falta de concentración, fuerza y rapidez que le había provocado el embarazo sino también, lo que era más importante, para recuperar cierta autodisciplina. Pero había fracasado. Ahora, aparcando en una zona amarilla y arriesgándose a llegar tarde, Gwen se rindió a su sed.

Estaba de pie frente a la caja registradora, esperando su cambio, y ya había dado su primer sorbo doloroso y feliz, cuando vio a su querido esposo sentado en un reservado en mitad de la pared sur, detrás de una cortina de ristras de cuentas de colores marrón y beige que se las apañaba, con su poca densidad, para dejar todo y nada a la imaginación. Archy Stallings, el rey de los perros, con sus gruesos dedos de

Mingus reunidos en torno a un compuesto pegajoso de pan *injera* y en compañía de una joven zorra de cabeza alargada y piel castaña herrumbrosa y provista de esos ojos prodigiosamente enormes que tienen los mamíferos nocturnos. Elsabet Getachew, la Reina de Saba, enroscada a su lado de la mesa como una intención suave y siniestra. Delante de ella, Archy se quitó las gafas de carey y se puso a limpiar las lentes con un paño. Gwen no vio más que eso; y aunque no se podía calificar de inocente, para ser justos, tampoco era gran cosa. Más adelante no podría estar segura de cómo ni de por qué se le había ocurrido la idea de desfilarse hasta el reservado cerrado con cortinas y vaciarle una taza de poliestireno llena de fría y deliciosa espuma de remordimientos sobre la cabeza a su querido esposo. «Idea» ni siquiera era el término adecuado; en aquel instante le había parecido que ella se definía a sí misma como la mujer que iba a hacer aquello, como el mar en el que aquel acto era el único pez.

Durante todo su embarazo, los ataques de fatiga se habían alternado con los arrebatos de exaltación corporal, pero ahora que desfilaba bamboleándose, con el peso del bebé perfectamente distribuido por la ingeniería de sus huesos, en dirección al quinto reservado empezando por el fondo del local, Gwen se sintió completamente indomable. Apartó las ristas de cuentas con una mano izquierda capaz de partir planchas de madera de pino y reducir bloques de hormigón a polvillo gris. Las ristas se partieron. Centenares de cuentas de color marrón y beige cayeron al suelo con un traqueteo para salir disparadas y tintineando y desparramándose en trayectorias espirales, trazando, como si fueran partículas en una cámara de niebla, un mapa del flujo de *qigong* que salía de la mano de aquella mujer cinturón negro.

De hecho, Gwen no creía en el *qi* ni tampoco en el noventa y siete por ciento de las afirmaciones sobre él que llevaba a cabo la gente del mundo del kung-fu, aquellas historias de gente que era capaz de levantar Hondas Acura y esquivar balas y partirles la cabeza a ejércitos enteros gracias a que podían controlar su flujo de magia. El noventa y siete por ciento venía a ser la medida del escepticismo que Gwen sentía hacia todo lo que la gente representaba, aseguraba o intentaba venderte. Y pese a la reputación que en los tiempos que corrían tenían las comadronas de ser brujas new age, armadas con cristales y discos compactos de gongs para generar el estado alfa y tinturas negras y azules de raíz de culebra, la mayoría de las comadronas se había formado en el escepticismo, y Gwen era una de las más escépticas. Pese a todo, ahora sintió algo que le discurría por dentro y a su alrededor, algo delimitado por aquellas cuentas voladoras. Y clavó una mirada iracunda en aquel cabrón que de alguna manera había conseguido ocultar su corpachón detrás del tres por ciento en que ella era ciega y meterse a hurtadillas en su vida.

En cuanto Gwen apareció junto al reservado, Archy pareció cobrar una conciencia repentina de toda la situación —la esposa, el descubrimiento, las cuentas, el *suff* de tamaño grande— con ese entendimiento instantáneo que es común a todos

los hombres infieles. En el espacio de aquel único instante, los ojos se le abrieron como platos, disculpándose, protestando, mientras a su alrededor llovían las cuentas de madera y medio litro de bebida etíope helada le era volcado sobre la cabeza.

—Mierda —dijo mientras aquella sustancia del color de la leche le chorreaba por las gafas y por el costado de la nariz hasta metérsele por dentro del cuello de la camisa. No perdió los nervios, no levantó la voz, no se apartó de un salto y ni siquiera se sacudió para secarse como el perro que era. Se quedó allí sentado y chorreando, aguantando el castigo, como si aguantarlo constituyera una forma de indulgencia sumisa, el precio que había que pagar por tener una mujer que no solo estaba embarazada sino que al parecer también era demente—. Pero si solo estoy hablando con ella.

—Disculpadme —dijo Elsabet Getachew con su acento ronco, intentando escabullirse del reservado con la cabeza gacha.

Su pelo era una maraña gloriosa de zarcillos diseñados para atrapar a maridos ajenos. Emitía un olor violento a cocina, a frutos secos, a aceites y a puñados de azahar en polvo. Gwen se interpuso entre la fugitiva y su libertad, contenta de ser enorme e imposible de esquivar. Esperó a que la joven levantara la vista y la desafió a que la mirara a sus ojos de esposa: una muralla, una presa, el brazo de un gobierno. En los ojos de cabra montesa de Elsabet, Gwen vio culpa y sorna, pero, por encima de todo, desprecio.

De repente a Gwen se le encendieron las luces interiores. Se miró la barriga, la camiseta llena de bolas y dada de sí, las rodillas caídas de sus pantalones de CP Shades y las alpargatas negras raídas donde llevaba embutidos los pies. ¡Y por debajo de todo, el sujetador ridículo y las bragas geriátricas!

—No tienes excusa —le dijo Gwen con voz débil, y se hizo a un lado.

Elsabet Getachew se escabulló y desapareció cruzando otra cortina de cuentas que llevaba a la cocina. Aparte de la feliz pareja, en aquel momento había otros nueve seres humanos en el comedor, todos los cuales parecían estar disfrutando del espectáculo que estaba ofreciendo Gwen.

—¿Qué pasa? —preguntó Archy—. ¿Ya no se me permite relacionarme con los demás comerciantes del vecindario? ¿Mantener el diálogo? ¿Cómo se supone que vamos a mantener el crimen a raya si no intercambiamos ideas e información, eh? Dímelo.

—«Ideas e información» —citó ella—. Ajá. Ya veo.

—Siempre tienes que dar por sentado lo peor.

Él agarró una servilleta y se secó con ternura la frente primero y después las mejillas chorreantes. Negó con la cabeza.

—Me guío por las probabilidades, Archy —dijo ella—. Sigo las estadísticas.

Cierto, admitió Gwen mientras él salía detrás de ella por la puerta principal del

restaurante y los dos se alejaban por Telegraph hasta el BMW descapotable negro de 1999 de ella: había dado la impresión de que Archy y Elsabet solo estaban «hablando». Y si era cierto que solo habían estado «hablando», entonces estaba claro que había sido un disparate completo el que a ella se le fuera la cabeza de aquella manera con su marido. Si la reunión había sido tan inocente como aparentaba, entonces estaba mal haber ido y haberle empapado a Archy el precioso jersey de color calabaza y el traje de tweed con un refresco procedente del Cuerno de África. Sí, ella sabía perfectamente que Archy almorzaba siempre en el Reina de Saba. Ella sabía que Elsabet Getachew trabajaba en el restaurante y que era sobrina del propietario, un buen tipo. Y no, ella no esperaba que su marido fuera maleducado con una mujer que era amiga y compañera suya de la Asociación de Comerciantes de Temescal.

—Es por la humillación —se oyó a sí misma decirle a su marido, invocando un concepto clave del código moral de su madre y haciendo gala de un parecido a esta tan grande que le provocó un escalofrío y un hormigueo de arañas por el pescuezo; casi dio la impresión de que podías darle la vuelta a la cámara y mostrar a Rod Serling allí plantado detrás de un bananero enmacetado y envuelto en una nube extraña de humo de cigarrillos.

Se le acercó mucho a fin de poder soltarle su discurso sin tener que levantar la voz.

—Llevo treinta y seis semanas haciendo esto —empezó—. Estoy cansada, estoy gorda, estoy llena de hormonas. Y tengo calor. Tengo tanto calor y estoy tan gorda que necesito llevar bragas pantalón para que no me rocen las piernas entre ellas cuando camino. Así que lo admito, sí, se me ha ido. Tal vez no tendría que haberte tirado mi bebida encima de la cabeza. Pero no sé —¿aquello lo estaba dictando la lógica o los estrógenos?, ¿acaso ella todavía podía distinguir entre ambas cosas?—, tal vez sí. Porque aunque estuvieras «solo hablando» con una chica tremendamente preciosa, Archy, es humillante. Estoy harta. Tengo que pasearme por mi ciudad, por el lugar donde vivo, y preguntarme si la próxima vez que pase por donde sea, no sé, por la farmacia para recoger un frasco de compresas medicinales Tucks, me voy a encontrar a mi marido montándoselo con la farmacéutica. —No se trataba de un ejemplo hipotético—. Es una vergüenza. Tengo demasiado orgullo para eso. —Ella se puso una mano sobre el esternón, sintiendo que sus siguientes palabras se avecinaban como si fueran un fuerte eructo. Bajó la voz hasta un susurro, como si el verse obligada a invocar el recuerdo de su tremendamente decorosa madre, la segunda mujer afroamericana que se había graduado en la facultad de medicina de Harvard, fuera la humillación más grande de todas—. Tengo demasiada autoestima.

—Demasiada —ratificó Archy.

—Júramelo, Archy —dijo ella—. Levanta la mano derecha y júrame por el alma

de tu madre que no andas liado para nada con esa chica, Chewbacca o como se llame.

—Te lo juro —dijo Archy, pero sus palabras no llevaban adjunto ningún juramento que requiriera la condena de su difunta madre. No había levantado la mano.

—Levántala —dijo Gwen.

Archy levantó la mano derecha, como una bandera de rendición.

—Júramelo. Por el alma de tu madre, que no te crio para que hicieras esas cosas.

Antes de formar las palabras que se requerían, Archy vaciló y aquel medio segundo fue su perdición. Todas las protestas de Gwen a favor de la dignidad y todas sus invocaciones a la autoestima quedaron desperdigadas como hamacas por la cubierta de paseo de una embarcación bamboleante. Ella echó un vistazo a un lado de la calle y al otro, en busca de testigos, y le metió la mano en la entrepierna de los pantalones. La voluta superior de la hebilla del cinturón de él, una F dorada de Ferragamo, le hizo un arañazo en la muñeca. Los dedos de ella encontraron el grueso pedazo enroscado de manguera que había encogido dentro de la parte holgada de los calzoncillos. Los dedos se le quedaron enganchados un momento en una película de adhesivo corporal tan débil como el pegamento de un post-it. A continuación, Gwen extrajo de allí los dedos pegajosos, se los llevó a la nariz y los olisqueó de forma breve pero experta. Tenderetes de mercado, braseros humeantes, alforjas de lentejas. Todas las especias y hedores de Etiopía: cúrcuma, mantequilla quemada, la sal del mar Rojo.

—Hijo de puta —dijo Gwen, dándole la vuelta, como una célula que se vuelve cancerosa, al juramento que Archy no había querido hacer.

Era la tercera vez en toda su vida que usaba aquella expresión, y la primera vez que la usaba sin sugerir unas recatadas comillas; después de aquello, ya no quedaba nada que decir. Gwen fue al lado del conductor del coche, sin hacer caso de una multa por mal aparcamiento en su sobre de color verde ácido que, durante su ausencia, alguien le había metido bajo el limpiaparabrisas izquierdo. Se colocó con cuidado en el espacio que quedaba entre el asiento y el volante. Y a continuación, ella y su dignidad apaleada se alejaron en el coche, con la multa golpeando el parabrisas y condenada a que el deseo de una taza de *suff* —a cambio de un sorbo acaramelado de la cual habría estado dispuesta a soportar cualquier otra afrenta a su autoestima o mancha en su orgullo— le siguiera ardiendo por dentro, sin saciar, durante muchos días.

La casa de Stonewall Road era una de aquellas casas estilo cañón de California que se habían construido a finales de los sesenta haciendo gala de un desprecio hacia la gravedad digno de un Laboratorio de Propulsión a Reacción, un conjunto de ángulos apoyados en finos postes que se proyectaban hacia el vacío verde. Desde la calle, lo

único que se veía de ella eran el buzón y el garaje, mientras que la casa en sí permanecía escondida ladera abajo como si estuviera agazapada y esperando para abalanzarse encima de algún transeúnte. En medio de la entrada para coches, sobre un eterno charco adyacente de aceite de motor, estaba el coche de Aviva Roth-Jaffe, una ranchera Volvo cuya edad se podía medir en décadas. Tenía una matrícula con el fondo azul y unas letras doradas que decían HEK8. En algún momento de su existencia, una mano de pintura Earl Schreib de cien dólares había condenado a la ranchera a aproximarse al color de una rociada de pasta de dientes con flúor Crest.

Gwen se apoyó en el maletero de su coche y respiró hondo y despacio. Se sacudió de encima todos los recuerdos de la última media hora que aceptaron desprenderse de ella y apisonó el resto. Tenía trabajo por hacer, y cuando aquel trabajo se terminara, su marido seguiría allí, y seguiría siendo un perro, y seguiría llevando encima el olor del coño de otra mujer. Se echó al hombro la bolsa de deporte negra —una bolsa que contenía ropa de cama, guantes, medicinas y jeringas, fórceps y una máquina de ecografía portátil— y cargó con ella y consigo misma por la escalera llena de curvas que llevaba desde la calle hasta la puerta principal. La pendiente que quedaba a su espalda estaba cubierta de campanillas. De las escaleras de madera brotaban unos zarcillos de jazmín que parecían dedos. Una enorme enredadera de jazmines de Virginia con sus bocas amarillas de expresión decepcionada amenazaba con tragarse la casa de madera hasta la punta misma de su abrupto tejado de galpón. El aire de Stonewall Road olía a corteza de cedro, a eucalipto, a troncos de abeto ardiendo en una estufa de leña. Colgada de la rama más baja de un limonero meyer, una campanilla de viento buscaba sin prisa alguna melodía que tocar. Un adhesivo pegado a la luz piloto que había junto a la puerta principal les decía a los potenciales bomberos cuántos gatos (tres) tenían que arriesgar sus vidas para salvar. Del interior de la casa salían los berridos desolados y lastimeros de un animal presa del dolor.

—¿Hola? —dijo Gwen, levantando la voz y entrando por la puerta principal. Un buda pequeño y negro la saludó desde una mesilla que había junto a la puerta, donde estaba acompañado por una fotografía en la que aparecían Lydia Frankenthaler, productora de un documental galardonado con un Oscar sobre las olvidadas tribulaciones de las lesbianas en la Alemania nazi, el compañero de Lydia, Garth, y la hija que Lydia había tenido de su primer matrimonio, una criatura cuyo padre era negro y cuyo nombre Gwen había olvidado. Se trataba de un Buda chino, de los que se supone que traen dinero y suerte, con cara de bebé y panza de cerveza, que a Gwen le recordaba a su querido marido, con la única pero crucial diferencia de que a Archy Stallings le podías frotar la extensión continental del abdomen durante mucho tiempo sin atraer ningún flujo de dinero en tu dirección—. ¿Hay alguien aquí que esté teniendo un bebé?

—Aquí, Gwen —dijo Aviva.

Lydia y Garth, que trabajaba de abogado de gente pobre, estaban teniendo a su bebé en la sala de estar de su casa. Era una sala grande con el techo abovedado y separada del cañón únicamente por una pared de cristal reforzado. La chica —Arabia o Alabama, tenía un nombre geográfico— estaba sentada y maravillándose con cara inexpresiva del espectáculo de su madre desnuda y tumbada en el centro de la sala como si fuera un pedazo abstracto de escultura de mármol. Tenía apoyado en las piernas un cartón rectangular al que había pegado las tres páginas del plan de parto de su madre, y había usado cuatro colores distintos de rotulador para decorar los bordes del cartón con dibujos de flores y enredaderas y un feto de aspecto feliz etiquetado BELLA. Dos sofás bajos habían sido arrumbados a los lados de la sala para dejar sitio a una especie de bocadillo ancho y plano compuesto de una esterilla de tatami, una lámina de espuma de cartón como la que se usa para las hueveras y una cortina de ducha decorada con un autorretrato gigante de Frida Kahlo. Garth, un hombrecillo de huesos pequeños y espinillas flacas, con barba pelirroja y el pelo también pelirrojo al rape, yacía dormido en aquella cama improvisada.

—¡Estoy a nueve! —dijo Lydia a modo de saludo, enseñándoles, como si se tratara de una apostilla, sus nalgas abiertas y algo vellosas y la parte de atrás de sus piernas, mientras permanecía encogida en la postura de perro-boca-abajo y arañando el suelo con las dos manos—. El cuello uterino ya se ha borrado del todo.

—He estado intentando convencerla de que pruebe a empujar un poco —dijo Aviva. Acuclillada en el suelo junto a Lydia, se echó un poco hacia atrás para examinar a aquella imponente y pálida secundigrávida de edad avanzada. La miró con desaprobación, aunque solo Gwen lo podía captar, con los labios fruncidos hacia la izquierda como si estuviera refrenando un beso. Aviva iba descalza y llevaba un vestido holgado de algodón sobre unos pantalones pirata de nailon reforzado negro, con la espuma arremolinada de su pelo negro, salpicada de remolinos plateados, recogida hacia atrás y atada en forma de moño mal hecho. Tenía las uñas de los pies pintadas de un color cacao rojizo intenso como el de la piel de la Reina de Saba de Archy—. Pero lo único que mamá quiere es quedarse así haciendo el tonto.

—No quiero empujar —dijo Lydia. Un hilo de dolor le tiraba de la voz y se la cinchaba, una voz yóguica, invertida y atada con cuidado al ritmo de su respiración—. ¿Te parece bien, Gwen? ¿No me puedo quedar un rato más así? Es mucho más agradable.

Si Aviva decía que era hora de empujar un poco, entonces, en opinión de Gwen, es que era hora de empujar un poco. Una no llegaba a ser la Alice Waters de las comadronas dejando los gratinados demasiado rato en el horno.

—Bueno, tienes la gravedad a tu favor —probó a decir Gwen, menos inclinada que su socia a la paciencia o la cortesía pero dispuesta por lo menos a hacer un intento con una mujer desnuda de parto puesta del revés—. Pero si alguien ha parido

alguna vez en esa especie de postura plegada en que te has puesto, Lydia, yo no me he enterado.

—Podría ser interesante —dijo Aviva—, ahora que lo mencionas. A lo mejor deberías intentarlo.

Sus palabras eran humorísticas, pero su tono seguía siendo de censura, o al menos eso le parecía a Gwen.

—Déjame lavarme las manos y tal, luego enciendo mi Doppler y vemos qué está pasando ahí dentro —dijo Gwen, dejando su bolsa sobre un sillón de cuero negro—. Hola, cariño. —Arcadia, se llamaba—. ¿A usted qué le parece todo esto, señorita Arcadia?

La chica se encogió de hombros, con los ojos muy abiertos y húmedos pero sin desesperar. Dejando de lado la jerga y las diosas lunares de tres nombres y las chorradas por el estilo, lo que estaban llevando a cabo en aquella sala era un asunto profundo y solemne, y nadie era tan capaz de percibir esto, en toda su insondabilidad, como una criatura. Ciertamente no el viejo Garth, repanchingado con un dedo del pie asomando del calcetín izquierdo y el letargo accionando los fuelles de su cuerpo escuálido.

—Da un poco de asco —dijo la niña, levantando el plan de parto como si lo estuviera usando para escudarse del asco de la situación. El Punto 7 de la lista estipulaba que el cordón umbilical no se cortara hasta que la placenta hubiera dejado de bombear sangre. El Punto 12 era alguna idiotez sobre el uso de luz artificial. Gwen no era dada a faltarles el respeto a los planes de parto bien hechos, pero siempre incluían abundantes ingenuidades y supercherías, y cuando las cosas se ponían de la manera en que siempre se acababan poniendo, muchos planes adquirirían un aire retrospectivo de tonterías—. No te ofendas, mamá.

—No hace... —la cincha se iba estrechando— falta que... lo veas, cariño. Ya te lo he dicho.

—Quiero quedarme.

—El asco puede ser interesante —dijo Gwen—, ¿verdad?

Arcadia asintió.

Lydia bajó las caderas y se dejó caer sobre las rodillas, desplomándose como un castillo de arena; se quedó descansando así, a cuatro patas, con la cabeza caída y los ojos cerrados, como si estuviera a punto de imitar alguna conducta animal.

—Ahora voy a empujar —anunció. Y con la misma voz de azafata, añadió—: Que todo el mundo se calle, por favor.

Su tono fue extraño y alarmante, como el tañido de una copa de vino que tiene un defecto invisible, e hizo que Garth se incorporara de golpe hasta sentarse y se quedara mirando boquiabierto a Gwen, parpadeando y secándose los labios con la manga.

—¿Qué pasa? —dijo.

Desprendió la mirada de Gwen y echó un vistazo a su alrededor, pataleando para ascender desde las simas profundas de un sueño, buscando a su nuevo bebé y encontrando a su mujer, que ya no veía nada en absoluto.

—Todo va bien, cariño —dijo Aviva—. Lo que pasa es que vamos a necesitar a Frida Kahlo.

Gwen entró en la cocina para beber un vaso de agua y, en nombre de la asepsia, si no del orgullo, erradicar hasta el último efluvio de Elsabet Getachew de sus manos. «No tienes excusa»: una excelente línea de diálogo. Usó el par de guantes sin látex de su bolsa para estrangular el recuerdo de su vergüenza justo cuando estaba renaciendo. Al regresar a la sala de estar, vio que Frida Kahlo había sido velada con una toalla de baño de color naranja. Lydia estaba tumbada de espaldas, apoyada en un viejo almohadón a cuadros, con el abdomen pálido surcado por capilares como si fuera un globo ocular, emitiendo un tipo nuevo de gruñido que se fue convirtiendo lentamente en un chillido enérgico y por fin floreció en forma de un estallido de palabrotas que hizo reír a todo el mundo.

—Bravo —dijo Aviva—. Bravo.

Aunque Aviva había traído al mundo a un millar de bebés con sus manos firmes y expertas, ahora que llegaba el momento defirió la tarea a su socia, a las manos de virtuosa de Gwen Shanks, grotescamente grandes, fluidas como un par de moradores de las marismas y llenas de tendones que parecían los cables del Golden Gate Bridge.

Mientras Aviva le estaba cediendo el puesto a Gwen, intentó por medio de sus cejas poderosamente elocuentes comunicarle que le daba la impresión de que en aquella situación fallaba algo: algo que el plan de parto no preveía, algo que estaba desinflado y enroscado sobre sí mismo debajo de la silla de la niña. La aparente capacidad psíquica de Aviva para darse cuenta por adelantado de que algo podía salir mal, sobre todo en el contexto de un parto, no era el simple fruto estadístico de un pesimismo pertinaz. Escéptica como era, Gwen había visto a Aviva llevar a cabo demasiadas predicciones improbables pero correctas de desastres como para no hacerle caso. Gwen frunció el ceño, intentando ver o sentir qué era lo que Aviva había detectado, pero no lo consiguió. Para cuando se volvió hacia Lydia, ya no quedaba ni rastro del ceño fruncido.

—Muy bien —dijo—. Vamos a ver qué está haciendo la señorita Bella.

Gwen se agachó muy despacio y entre plegarias hasta el suelo y, una vez allí, vio que los labios interiores de Lydia Frankenthaler habían conformado un círculo de fuego. Un manchón de fluidos y pelo ya estaba presentando sus credenciales en aquel control de carretera: la avanzadilla de la inminente llegada de la embajadora de tierras lejanas.

—Estás yendo muy deprisa —dijo Gwen—. Ya veo la coronilla. Vamos allá. Oh, cielos.

—Lydia, cariño, ¿te acuerdas de que decías que no querías empujar? —dijo Aviva, colocándose al lado de Gwen—. Pues mira, ahora quiero que pares. Deja de empujar. Límitate a dejarla que ella...

—Está saliendo —dijo Gwen—. Cuidado. Hubo una oleada de líquido y piel, a continuación un suspiro vaginal y la niña salió despedida boca arriba hasta las manos anchas de Gwen. Tenía los ojillos abiertos, nublados y apagados, pero, en el instante antes de chillar, se le encendieron, y la criatura pareció contemplar a Gwen Shanks. El aire iba cargado de un fuerte olor a medio camino entre el sexo y la carnicería. El padre dijo «oh» y se acercó a Gwen para coger a la criatura que ella le estaba pasando. Arcadia se mantuvo apartada, simultáneamente horrorizada y excitada ante el color rojo del parto y la vida que se estaba encendiendo en las manos de su padre. Envolvieron con holgura al bebé en una manta de rayas y mientras Aviva le acariciaba el pelo a Lydia y la ayudaba a levantar la cabeza, Garth y Arcadia hicieron las presentaciones necesarias entre madre, bebé y pecho. Aquello dejó a Gwen, en cuclillas al otro extremo del cordón umbilical plateado, observando el abundante flujo de sangre que manaba de la vagina de Lydia en forma de lentos latidos, como agua saliendo de una esponja saturada.

A Gwen le hizo falta poner en juego toda su formación y su don innato para minimizar los desastres a fin de no pronunciar la palabra fatal «Mierda». Pero Aviva captó algo en su cara o en sus hombros, y cuando Gwen levantó la vista de la hemorragia que ya empezaba a formar un charquito rojo del tamaño de medio dólar sobre la cortina de ducha, su socia ya estaba viniendo a ver qué pasaba. Aviva se encorvó al lado de Gwen, como un arbitro de béisbol que se acerca al hombro del receptor para poder ver mejor la bola que se aproxima. Olía a mondas de limón y a sobaco de una manera que Gwen apenas captó, salvo en forma de presencia reconfortante. Se apostaron para esperar a la placenta. El clic-clic suave que emitía el bebé al mamar marcó el paso de varios minutos. Aviva estiró el brazo y dio un tironcito del cordón umbilical. Frunció el ceño. Hizo un ruidito apagado con la garganta y a continuación dijo:

—Mmm...

Su tono reventó la burbuja de felicidad familiar que había junto a la cabeza de Lydia. Garth levantó la vista, alerta.

—¿Va todo bien?

—Todo bien.

Gwen despegó las tiras de velero de su kit hipodérmico, lo desenrolló y buscó a tientas con la mano izquierda la ampolla de oxitocina.

—Ahora mismo —dijo Aviva—, la placenta está siendo un poco tímida, así que vamos a intentar animar al útero para que nos haga unas contracciones. Lydia, tú sigue amamantándola, es lo mejor que puedes hacer. ¿Qué tal está yendo eso?

—¿Se ha puesto a ello enseguida! —exclamó Lydia. En el mundo al que ella acababa de mudarse, todo era maravilloso—. Se ha enganchado muy bien al pezón. No para de chupar.

—Bien —dijo Gwen, practicando la rutina de la jeringa y la ampolla con una serie deliberada de golpecitos rituales, hundiendo toda la aguja en la boca de la ampolla, leyendo la historia del líquido y la gradación—. Sigue así. Y solo para asegurarnos de que todo va bien y vienen las contracciones, te vamos a dar un poco de Pitocin.

—¿Qué problema hay? —dijo Garth. Estiró el cuello para ver qué estaba pasando entre las piernas de su mujer. No es que hubiera un océano de sangre, pero sí que había la bastante como para horrorizar a un padre primerizo e inocente sumergido en un baño hormonal posparto de confianza en la bondad del mundo—. Oh, maldita sea. ¿La habéis cagado o qué?

Dijo la palabrota con frialdad pero también con una furia sincera que cogió a Gwen por sorpresa. Ella lo había tomado por el típico hombre blanco amablemente irresponsable de Berkeley, con pantalones de cordón en la cintura y sandalias Teva por encima de calcetines de excursionismo, entregado a una vida de apoyo sumiso a su mujer de la misma manera que algunos monjes se entregan a las obras del silencio. Gwen no sabía que Garth y Lydia habían discutido en repetidas ocasiones sobre la idea del parto en casa, ni que Garth se había tomado la insistencia de Lydia en tener su bebé en casa como el último de una serie de actos insensatos y extravagantes de anticonvencionalismo que incluían rechazar, hasta la fecha, tres propuestas distintas de matrimonio. Garth creía en los hospitales y en las vacunas y en la monogamia sancionada por el gobierno, y había absorbido de sus clientes pobres negros y latinos toda una serie de ideas poderosas sobre la soberanía de la mala suerte y la muerte. La vida tranquila, cómoda y satisfactoria que había tenido no le había traído ningún revés de la fortuna, de manera que en cualquier momento se esperaba —y hasta sentía que se merecía— el veloz revés compensador del infortunio universal.

—No pasa nada, papá —dijo Gwen—. No va a pasar nada.

—Ah, ¿no?

—Claro que no —insistió ella, pero solo porque lo podía hacer sin mala conciencia.

Aquella clase de hemorragia no era infrecuente; la oxitocina haría su efecto al cabo de un momento, el útero se contraería, el misterioso fardo de la placenta, aquel órgano condenado y transitorio, completaría su breve trayecto y todo se acabaría.

—Es que, o sea... —dijo Garth. Pareció cambiar de opinión y no decir las palabras que le habían pasado por la cabeza, a fin de no causar alarma, pero a continuación las dijo de todas maneras—. Es que eso tiene bastante mala pinta.

La mirada de Gwen voló hasta la niña, pero parecía que Arcadia había decidido

no ser consciente de nada que no fuera el bebé que mamaba del pecho izquierdo de su madre y el tacto de la mano de su madre en la de ella.

—La mayor parte de eso son loquios —dijo Gwen—. Revestimiento, mucosa, nada malo. Es normal.

—La mayor parte —repitió Garth, con un tono al mismo tiempo inexpresivo y acusador.

—¿Por qué no vas corriendo a traernos unas toallas, papá? —le sugirió Aviva—. Y que sean muchas.

—Toallas —repitió Garth, aferrándose a la cuerda de su deseo de resultar útil.

—Eso mismo —dijo Gwen—. Venga, cariño. Ve a buscar hasta la última maldita toalla que encuentres. Y también compresas.

Gwen tenía provisiones de compresas más que suficientes en su bolsa, pero quería darle al hombre un misterio concreto en el que empantanarse, confiando en que lo mantuviera ocupado durante unos minutos. Cada vez que le pedía a Archy que le trajera un Tampax, él siempre ponía la misma cara, entre intimidada, como si estuviera haciendo frente a un concepto avanzado de teoría cósmica, y directamente atemorizada, como si el mero contacto con un tampón pudiera provocar que le creciera de forma espontánea una vagina.

Garth se alejó murmurando.

—Toallas y compresas.

Aviva llamó a Aryeh Bernstein.

—Perdona que te moleste —le dijo.

Le comunicó los detalles esenciales y luego escuchó lo que su tocólogo de emergencia tenía que decir sobre la placenta de Lydia Frankenthaler.

—Ya lo hemos hecho. Vale. Muy bien. De acuerdo, gracias, Aryeh. Espero no tener que hacerlo.

—¿Qué ha dicho?

—Dice que más oxitocina y masaje.

—Voy —dijo Gwen.

Mientras Aviva preparaba otra inyección, Gwen le puso las manos sobre el vientre a Lydia y tanteó resueltamente en busca del útero duro y palpitante. Hundió los dedos en la carne arrugada del abdomen de Lydia y se la masajeó de forma desapasionada y con la misma ternura que un panadero. Los preceptos de su regla del noventa y siete por ciento le impedían creer en el poder místico de la visualización, pero eso no le impidió imaginarse con cada flexión de sus dedos que el útero de Lydia se estaba agarrotando, cerrándose, condensándose como si fuera un trozo de carbón dentro del puño de Superman hasta convertirse en un saludable diamante duro y resplandeciente.

Oyeron puertas de armario que se cerraban de golpe en algún cuarto de baño

cercano con un aire frenético de comedia; a continuación se rompió un cristal y la niña dio un respingo. Es posible que Gwen también se llevara un sobresalto. Aviva se mantuvo firme y guió la segunda aguja hasta la vena de Lydia.

—Eh, Arcadia —dijo Gwen—, ¿cómo lo llevas?

—Bien.

—¿Estás cogiendo bien fuerte la mano de tu madre? —La niña asintió, despacio y alerta. A Gwen le repelió el falso tono risueño que notó que se le estaba infiltrando en la voz—. ¿Sabes lo que estoy haciendo?, le estoy haciendo un masaje al útero de tu madre. Estoy segura de que sabes lo que es el útero.

—Sí.

—Pues vaya, claro que lo sabes. Con lo lista que eres.

—Oh, oh. Gwen, mmm... —dijo Lydia, y se hundió todavía más en las profundidades del almohadón a cuadros, meciendo la cabeza como si fuera una flor con el tallo roto. Dejó caer un poco el brazo izquierdo con el que tenía al bebé encogido y se oyó un ruido de chupetón mientras la boquita se soltaba—. Oh, caray, no sé qué estáis haciendo.

—¿Algún cambio? —dijo Aviva.

—Alguno.

Gwen intentó no mirar a su socia mientras Aviva iba a buscar su bolso de mano, un bolso de cuero de imitación de color chillón que tenía estampada la inscripción crípticamente irónica SULACO, y abría las bolsas, lengüetas y tubos de un kit intravenoso. Gwen se agachó, con los brazos hundidos hasta el codo en la masa de repostería de la vida de aquella mujer, convencida de que todo iba a salir bien, de que todo se podía solucionar a base de hormonas y masajes y de mandar juiciosamente al marido en busca de Kotex y toallas de baño. También sabía que ella había recibido la maldición o bien la bendición de una especie de clarividencia inversa que constituía la contrapartida natural al pesimismo premonitorio de su socia. Gwen siempre plantaba cara, o bien era directamente inmune, a las señales claras de peligro o de fracaso. No porque fuera una optimista (que no lo era para nada) sino por lo personalmente que se tomaba el fracaso, cualquier fracaso, ya fuera de ella o del universo. Si un puente se hundía en las afueras de Bangalore, India, y un autobús lleno de niños se precipitaba fatídicamente al vacío, Gwen sentía una punzada del tamaño de un átomo pero aun así detectable de culpabilidad. Le habían enseñado con firmeza que una no podía atribuirse los éxitos a menos que estuviera dispuesta a aceptar las culpas de los fracasos, y un recurso útil que había desarrollado a lo largo de los años para evitar tener que hacer esto último era negarse —no de forma consciente, sino más bien por medio de cierta obstinación reflexiva— a admitir la posibilidad misma del fracaso. Y era precisamente esa posibilidad lo que iba a tener que aceptar si ahora levantaba la vista de sus manos frenéticas de panadero y veía a

Aviva, con aquella lúgubre mirada calculadora suya, sosteniendo la bolsa centelleante de solución salina intravenosa, con la boca fruncida en una fina línea de derrota.

—No te quedes dormida, mamá —dijo Arcadia—. Ya viene papá con las toallas.

Gwen corría por el pasillo, con la sangre manando de un corte recién hecho en la mejilla izquierda, apuntalándose la barriga con el brazo, intentando seguirle el paso a Aviva, que a su vez estaba intentando seguirle el paso a la camilla con mástil para el suero en la que un equipo de dos enfermeras y el médico de urgencias que le había cerrado accidentalmente la puerta de la ambulancia en la cara a Gwen estaban transportando a toda velocidad a Lydia Frankenthaler a uno de los quirófanos de urgencias. El médico de urgencias abrió las puertas con un golpe del trasero y se metió en el quirófano, y la enfermera que no estaba empujando el mástil del suero se giró en dirección a las comadronas mientras las puertas se cerraban detrás de ella. Era una rubia flaca de ojos cenicientos y más o menos de la misma edad que Gwen, unos treinta y cinco años, con el pelo recogido en una coleta con una goma elástica y el logo de los Athletics de Oakland estampado por todo el uniforme hospitalario.

—Lo siento mucho —les dijo. Parecía sentirlo una pizca—. Van a tener que esperarse aquí.

Aquello era una sentencia que se les imponía, una condena y un destierro, aunque al principio Aviva pareció no darse por enterada, o mejor dicho, fingió que no se daba por enterada. Siendo como era la Alice Waters de las comadronas, llevaba mucho tiempo lidiando con éxito y frustración con los hospitales, y aunque por una pura cuestión de naturaleza era una de las personas más francas y directas que Gwen había conocido jamás, si la mandabas a batallar con otra enfermera, una empleada del mostrador de ingresos o, por encima de todo, un tocólogo, se revelaba como una auténtica experta en toda clase de artimañas y estrategias de persuasión. Era un talento que resultaba en alguna medida necesario prácticamente cada vez que se las veían con los hospitales o las compañías aseguradoras, y Gwen dependía de que Aviva se encargara con eficiencia de la parte política del trabajo, y le estaba agradecida por ello. Envidiaba el hecho de que a Aviva pareciera no costarle nada el comerse marrones, hacer la pelota y quedar bien. A Aviva lo único que parecía importarle era traer al mundo bebés, y estaba dispuesta a renunciar a todo lo que no fuera su expediente impecable de traerlos sanos y salvos. Se podía permitir, en opinión de Gwen, aquel lujo.

—No, no, claro, ya nos esperamos —dijo Aviva con voz jovial. Se contempló teatralmente a sí misma, la camisa blanca con su mapa de islas de sangre y la pintura descascarillada de la uña del dedo gordo de su pie. Con el mismo aire parcialmente fingido de desaprobación, examinó la mejilla de Gwen y sus pantalones de CP Shades dados de sí y con las rodillas caídas. Por fin Aviva asintió, admitiendo con una

sonrisa el aura de suciedad y desorden que rodeaba a ambas socias—. Pero después de que nos lavemos y nos pongamos la ropa de quirófano, entonces no habrá problema, ¿verdad...? —Se acercó para leer la acreditación de la enfermera—. ¿Kirsten? Si se lo quieres preguntar al doctor Bernstein, estoy segura...

Gwen pudo ver que la enfermera estaba intentando determinar a quién le correspondía ser el cabrón en aquella situación, lo cual, por supuesto, era el propósito mismo de la estrategia de Aviva. A veces sucedía que aquella responsabilidad odiosa se podía delegar hasta el infinito, pero otras veces una tenía suerte y terminaba en manos de alguien lo bastante cansado u ocupado como para que le diera igual.

—Bernstein está en un atasco de tráfico —dijo Kirsten—. El asistente es el doctor Lazar. Se lo preguntaré. Entretanto, ¿por qué no se sientan ustedes un poco? —le dijo a Gwen—. A usted le irá bien sentarse.

—Siéntate tú, zorra. Es mi paciente la que puede que se esté desangrando ahí dentro.

—No, gracias —dijo Gwen—. Prefiero quedarme de pie.

La relación que tenía Gwen con la autoridad, con quienes la detentaban y con sus instrumentos, era —tenía que serlo— más complicada que la de su socia. Ella no era capaz de someter tan alegremente su orgullo y su autoestima a los dictados de la política hospitalaria, ni tampoco de reducir el oficio de comadrona, tal como hacía Aviva, a la operación fundamental de Traer Bebés Al Mundo. Sabía simularlo, eso sí, de la misma manera en que los violinistas saben imitar timbres. Había crecido en una familia de médicos, abogados, maestros y policías. Durante muchos años su padre había sido ayudante del fiscal de distrito de la ciudad de Washington D. C. y luego abogado del Departamento de Justicia. Las dos hermanas de su madre eran enfermeras. Su tío Louis había sido policía de uniforme en D. C. y luego policía de paisano y ahora era el jefe de seguridad de la Howard University, mientras que su hermano, Ernest, dirigía un laboratorio en la George Mason University. Los años que Gwen se había pasado siendo fastidiada por los representantes del sistema de los blancos le habían enseñado a sacar el mayor partido de la situación sin comprometerse a sí misma, a veces dejando caer un nombre, a veces mostrando un respeto que sentía de forma genuina o que por lo menos recordaba cómo simular. Principalmente haciendo sentir al médico o el agente de turno que ella entendía cómo era el trabajo de ellos.

—Pero gracias, en serio, Kirsten —añadió Gwen, intentando alcanzar la jovialidad como quien intenta alcanzar una nota pero no llega—. Te agradecemos que nos dediques tu tiempo. Sabemos que estás muy ocupada. —Sonrió—. Y mira, a lo mejor sí que me siento un momento.

Como si le estuviera haciendo un favor a Kirsten, Gwen se sentó trabajosamente en una de las sillas de plástico que había atornilladas a una pared cercana.

—Asegúrese de que alguien le mire esa mejilla —dijo la enfermera en un tono tenso que no expresaba tanto solicitud hacia la mejilla, pensó Gwen, como hacia su propio yo agotado de tanto servir a la población urbana.

—Oh, muchas gracias por tu interés —dijo Gwen. Esforzándose un poco más, deduciendo por la forma en que Aviva la estaba mirando que su simulación estaba empezando, como solía decir Aviva, a «hacer aguas»—. Ahora, por favor, cariño, ve a preguntarle al médico cuándo podemos ver a nuestra paciente.

Debió de ser el «cariño».

—Ya no es paciente de ustedes —dijo Kirsten.

Aquello no era técnicamente cierto. Como resultado de muchos años de trabajo duro y práctica eficiente, de la lenta evolución de las actitudes culturales del estamento médico y de los largos e incansables esfuerzos iniciados por su fundadora e integrante más veterana desde verano de 2004, Comadronas Asociadas de Berkeley había obtenido privilegios plenos en el Hospital General Chimes, entre ellos el derecho de asistir y atender al tratamiento de Lydia Frankenthaler, que seguía siendo paciente de ellas hasta el momento en que la misma Lydia decidiera que ya no lo era. Esta noche, sin embargo, Aviva y Gwen habían llegado en ambulancia, emitiendo cierto tufillo a problemas y rodeadas de una escolta innecesaria de policía que se las habían apañado para adquirir por el camino. Y como si fueran un par de botas de trabajo embadurnadas de mierda, ahora las estaban dejando en el porche.

—Esperaremos aquí —intervino Aviva con una mezcla perfecta de dulzura empalagosa y preocupación profesional, añadiéndole, como quien da un codazo en las costillas, una advertencia casi imperceptible a Gwen para que sellara todas las vías de agua y se callara la boca—. En cuanto hables con el asistente vienes a buscarnos, ¿vale, Kirsten?

Gwen siguió a Aviva al cuarto de baño, combatiendo el impulso de disculparse y deseosa de señalar el hecho de que, si eras blanca, aguantar broncas era una opción que podías tomar si querías; para una mujer negra, la única opción válida era no aguantarlas.

En silencio y frente a lavabos separados, se lavaron las manos y las caras y se lamentaron por la suerte de sus camisas. La reverberación del agua sobre la porcelana intensificaba el silencio. En el espejo, Gwen vio que su socia contemplaba las manchas de sangre con una emoción situada a medio camino entre el horror y el vacío, aparentando hasta el último de sus cuarenta y siete años de edad. Por fin sus miradas se encontraron en el espejo y aquella expresión de derrota desapareció al instante, sacada de allí a la fuerza, encapuchada y esposada, con rumbo al centro interno de detención al que Aviva Roth-Jaffe mandaba a aquella clase de sentimientos para que cumplieran sentencia de muerte.

—Ya sé —dijo Gwen—. He estado haciendo aguas.

—Y no solo eso —dijo Aviva, acercándose para examinar la herida que la puerta de ambulancia le había hecho a Gwen en la mejilla.

Ya había dejado de sangrar, pero cuando Aviva la tocó, una gota reciente se infló en el borde inferior del corte. El corte, del tamaño aproximado de un grano de granada, era de color rosa y tenía mala pinta. Iba a dejar cicatriz, y además Gwen era propensa a los queloides, de manera que durante el resto de su vida, pensó, iba a tener un recordatorio especial de aquel día tan maravilloso. Rememoró una vez más el tropezón y el destello que había visto al golpearse la cara con la esquina de acero.

—Te hace falta un punto —dijo Aviva. Se acercó para examinar el corte de Gwen—. Tal vez dos.

Fueron a la sala de urgencias y, al cabo de unos cuantos minutos más de risueña humildad por parte de Aviva, consiguieron que las llevaran a una sala de reconocimientos provistas de aguja, hilo de suturas y un hemostato. Cuando llegó el momento de la novocaína, Gwen se sentó encima de las manos y le dijo a Aviva que venga, que la cosiera.

—Un punto lo aguanto sin nada.

—Mejor que sean dos.

—Pues dos.

—Pero qué chuleta eres, joder.

—Me falta poco para echarme a llorar de todas maneras, o sea que casi mejor que me des una razón. —Gwen ahogó un gemido al notar la aguja—. Au, Aviva, ay.

Aviva dio un tirón del hilo con suavidad severa y con la respiración saliéndole de la nariz en forma de silbido diminuto. Gwen se concentró en el colgante que Aviva llevaba sujeto con un cordel de cuero alrededor de la garganta. Lo había hecho Julie Jaffe en una clase de vidrio a la flama en The Crucible y era encantador y enigmático, un pequeño planeta de cristal, una lágrima llena de mares alienígenas azules y continentes verdes y casquetes polares teñidos de azul helado. Desde que Gwen lo conocía, Julie había dibujado mapas de mundos, ya fuera sobre papel de periódico, papel pautado o en el resplandor fosforescente de la pantalla del ordenador. Gwen recordaba haberle preguntado en qué se había inspirado para hacer el mundo diminuto de cristal que le había regalado a ella el año anterior por Navidad, y ahora intentó obtener alivio —o por lo menos refugiarse del dolor de la aguja de sutura— en el recuerdo de lo que el chico le había contestado: «En vivir allí». Luego Aviva clavó la púa por segunda vez y fue entonces cuando Gwen rompió a llorar, sin hacer muchos aspavientos, eran una pareja de dientas discretas, las Comadronas Asociadas de Berkeley. Nada de sollozos. Nada de berridos de pena. Nada más que lágrimas que afloraban y se derramaban en silencio, escociéndole a Gwen en la brecha reciente de la herida. Si tenía que ser sincera, resultaba bastante agradable.

Ella permitió que las lágrimas le cayeran solo hasta el momento en que Aviva

cortó el hilo del segundo punto, dejó el hemostato, se quitó los guantes y le dio un pañuelo de papel a Gwen. Gwen se secó los ojos y luego usó el pañuelo para sonarse la nariz con un buen trompetazo estridente.

—No nos van a dejar entrar —dijo Gwen con amargura.

—Supongo que no.

—¿Dónde está Bernstein?

—Estaba en la ciudad. Está viniendo.

—Tenemos que entrar como sea. Van a querer hacerle una histerectomía. Lo sé. Cuando lo único que hace falta es esperar un poco. Lazar. ¿Quién es Lazar?

—No lo conozco.

—Dime que no le va a pasar nada a Lydia.

—No le va a pasar nada.

—Me tendría que haber dado cuenta antes.

—No había nada de que darse cuenta hasta que te has dado cuenta. Te has dado cuenta de inmediato.

Gwen asintió, agachando la cabeza y arrugando el pañuelo de papel con el puño. Se puso de pie y echó a andar por la sala, a continuación se detuvo, se abrazó a ella misma y apoyó los brazos sobre la curva del abdomen abultado. Se sentó, se puso de pie, se volvió a sonar la nariz y volvió a echar a andar por la sala. Sabía perfectamente que no se podría haber hecho nada más, pero de alguna manera eso reforzaba el imperativo de culparse a sí misma. El que se sintiera inclinada a culpar también a otros no implicaba ninguna clase de disculpa de sí misma.

—¡No me puedo creer que no nos dejen entrar!

—Tranquilízate —dijo Aviva, con una voz queda que Gwen sabía que estaba destinada a comunicar el hecho de que ella hablaba demasiado fuerte. Pero Gwen se daba cuenta de que estaba poniendo nerviosa a Aviva y, por alguna razón, era un espectáculo que le gustaba. Por segunda vez en lo que iba de día, tuvo la sensación de estar cruzando los límites de una especie de cuarentena interior, adentrándose en una zona prohibida, en la fase desbocada del *pon farr*. Era la hora del enajenamiento. Y no estaría bien que Aviva la obligara a ir allí sola.

—Ya me he hartado de esto —dijo Gwen—. Aviva, no, en serio. Escúchame.

—Te oigo alto y claro, Gwen.

—Venga ya. Has trabajado como una bestia. Las dos nos hemos ganado el derecho a que nos traten mejor.

Se oyó un chirrido de zapatillas deportivas contra las baldosas del suelo. Las socias se volvieron, sobresaltadas, hacia la puerta de la sala de reconocimientos, donde acababa de aparecer un médico joven de cara rosada, con la cabeza afeitada casi al cero, dejándole únicamente un galón fantasmagórico de calvicie parcial. Con cara de palo, ya cansado de escucharlas antes incluso de que ellas abrieran la boca.

—Soy el doctor Lazar —dijo—. He podido realizar una extracción manual de la placenta. La señora Frankenthaler está estable, el tono uterino está bastante recuperado. He detenido la hemorragia. Se pondrá bien.

Las socias se quedaron completamente inmóviles, paladeando las noticias como gente sedienta que intenta decidir si acaba de sentir una gota de lluvia. Luego se abalanzaron la una sobre la otra y se abrazaron con fuerza, Gwen medio atontada por el alivio, embriagada, aferrándose a Aviva como si estuviera intentando que la sala dejara de dar vueltas.

El doctor Lazar examinó la celebración con sus ojos de platija y con una sonrisa malvada, como si fuera un tahúr con una mano de naipes que le va a reportar la victoria.

—¿Creen ustedes —les dijo, después de un intervalo que ni siquiera era lo bastante largo como para parecer decente—, no sé, cree alguna de ustedes que me podría explicar cómo se las han apañado para cagar este parto de tan mala manera?

—¿Cómo dice? —dijo Gwen, separándose de Aviva mientras el aturdimiento se le pasaba de golpe.

—Diez minutos más de quemar salvia o del vudú que sea que estaban practicando ustedes, y esa madre...

—¿Vudú? —dijo Gwen.

En lugar de hacer una mueca ante aquel claro ejemplo de que había dicho algo de lo que se iba a arrepentir, el doctor Lazar adoptó una pose gélida e inmóvil. Eso sí, se ruborizó hasta las puntas de las orejas.

—¿Saben qué? —dijo—, da igual.

Dio media vuelta y salió de la sala, y Gwen se fijó en que tenía un caramelo Skittle de color morado pegado al trasero de los pantalones del uniforme del quirófano. Por alguna razón, la imagen del caramelo aplastado y pegado al culo del médico le inspiró una pizca de compasión hacia aquel joven fatigado con sus ojos de pez y su lacra de alopecia, y esto, a su vez, la sacó de sus casillas.

—¡Gwen! —dijo Aviva, pero ya era demasiado tarde, y además, que se fuera al cuerno.

Hacía una hora, cuando habían llegado en plena vorágine de emergencia del aparcamiento de ambulancias, con el médico de urgencias vociferando instrucciones y pidiendo una camilla, con Garth poniendo una cara humildemente frenética, meneándose nervioso como si tuviera que mear, sosteniendo en brazos a aquel bebé al que había que alimentar, y con Aviva desprecintando un frasco de Enfamil que llevaba en la mochila y abriéndolo con un ruido parecido a un suspiro y aquel aroma a queso y vitaminas del biberón, del que el maravilloso y ávido bebé necesitaba hasta la última gota, Gwen no se había fijado en lo abarrotada que estaba aquella noche la

sección de urgencias del Hospital General Chimes.

Parecía que todas las salas estaban ocupadas. Mientras Gwen perseguía al doctor Lazar, con el rabillo del ojo pudo vislumbrar una espinilla pálida y peluda con vetas de color rojo. Un adolescente desolado con uniforme de voleibol que se agarraba un brazo doblado en un ángulo surrealista. Un joven con microrrastas que tenía las manos a los lados de un fregadero como si estuviera a punto de vomitar. Toda la escena tenía como banda sonora una partitura discordante de televisores y dolor, el parloteo de Bob Esponja, las expectoraciones de oso de un viejo, una guapa mujer asiática que soltaba palabrotas como un marinero mientras le extraían algo desagradable de la carne de la mano, los chillidos espantosos de un niño de dos años al que su padre tenía inmovilizado mientras un flebotomista le palpaba el brazo en busca de una vena. En el exterior de la última sala de reconocimientos que había antes de llegar a la de espera, un joven hispano se mecía en una silla, aguantándose una bolsa de hielo ensangrentada contra la cara, mientras que, en el interior, un médico le hablaba alegremente a gritos en inglés a su compañero igual de ensangrentado como si el hombre fuera sordo y retrasado.

—Soy enfermera —dijo Gwen, apañándose las manos para parecer más calmada de lo que estaba, cuando alcanzó a Lazar—. Por favor, dígame que no acabo de oírle emplear a usted el término «vudú» en referencia a mi práctica de partería con título y licencia.

Lazar se detuvo en el umbral de la sala de espera, donde ella dio por sentado que planeaba decirles a Garth y Arcadia que Lydia se iba a poner bien, una cuestión que Gwen sabía perfectamente en un rincón tranquilo y silencioso de su ser que era mucho más importante que cualquier cosa que ella le intentara hacer entender al médico. Este se dio la vuelta para mirarla con cara de estar resignado a escucharla, como un soldado obediente que ensilla su caballo para adentrarse cabalgando en el valle de la muerte.

—Sé que estaban ustedes quemando algo —dijo—. Lo he oído en la paciente.

—Era aceite de cananga —dijo Aviva, que justo llegaba corriendo y dio un paso hacia Gwen, como si quisiera interponerse entre ella y el médico—. Su marido lo estaba quemando durante la primera parte del parto. A ella le gusta cómo huele.

—Esa mujer —dijo Gwen—, Lydia. Tenía la placenta adherida. Había hemorragia de grado cero, limítrofe con grado uno. Atonía uterina. Y había entrado en estado de shock hemorrágico.

—Correcto —dijo el médico, impaciente.

—A pesar de que le estábamos suministrando suplementos e y de inmediato empezamos a administrarle oxitocina y a hacerle masaje uterino. Exactamente lo mismo que habría hecho usted o cualquier médico. ¿No es verdad?

Él parpadeó, reacio a concederle nada a aquella mujer.

—Dígame pues, doctor, ¿cuántas placentas acretas y cuántas hemorragias posparto han tenido ustedes aquí este mes? Voy a aventurar que unas seis, por ejemplo.

—No lo sé.

—¿Diez?

—No sé la respuesta a esa pregunta, señora Shanks, pero mire usted, lo importante es que cuando esas cosas pasan aquí, ¿me sigue?, cuando pasan aquí, cuando se producen hemorragias, que es algo que pasa, por supuesto, entonces la paciente ya está en el puñetero hospital. Que es donde tiene que estar.

Gwen echó un vistazo al joven de la bolsa de hielo, que tenía el ojo visible vidrioso y enloquecido y los nudillos inflados como bayas a punto de pudrirse.

—¿Sabe usted una cosa? —dijo Aviva, y en ese momento apareció el dedo acusador que tanto temían todos sus seres queridos, Gwen entre ellos, señal de que Berkeley se estaba retrayendo y Brooklyn estaba aflorando, y de repente la proximidad de Aviva ya no protegía al médico sino que lo amenazaba—, en quince años no se nos ha muerto ni una sola madre. Ni un solo bebé. ¿Acaso este sitio puede decir lo mismo? Pues no, resulta que yo sé muy bien que no es así, y usted también.

—¿Quién iba a querer tener un bebé aquí? —comentó Gwen, medio para ella misma, apoyándose una mano en el vientre como si fuera un amuleto o un escudo.

—Es un parto —dijo el médico—. No sé, quizá yo esté loco, pero a lo mejor resulta que es una de esas cosas que no hay que intentar hacer en casa. No es como alisarse el pelo.

Alguien ahogó una exclamación en la sala de espera. Una voz femenina excitada y malévolamente dijo: «Hostia puta».

—Pedazo de racista —empezó a decir Gwen—, misógino...

—Oh, venga ya, no me vengan con esos rollos.

Lazar le dio la espalda y se adentró en la sala de espera. Levantando las manos con gesto exasperado y negando con la cabeza: toda aquella farsa barata a la que la gente solía entregarse cuando en realidad estaba siendo más sincera. Gwen no se separó de él. Todos los presentes en la sala de espera levantaron la cabeza, con caras inexpresivas y atentas, preparados para ser entretenidos y hasta anhelándolo.

—No me provoque —dijo Gwen, sintiendo que un hilo en su interior, que llevaba años tensándose, se partía con un chasquido delicioso y terrible—. No se atreva a provocarme, pedazo de carnicero del sistema hospitalario rajavientres y calvorota con pinta de Pee Wee Herman.

«¡Jo! ¡Ajá! ¡Di que sí, mamá!».

Gwen se le plantó a un palmo, con el cuerpo, el vientre y la cúpula respingona del ombligo protuberante amenazando con tocar al médico a través de la tela de su blusa. Lazar retrocedió, revelando una pizca de miedo.

Garth se puso de pie, sosteniendo al bebé con rigidez y sin demasiado entusiasmo, como si fuera un instrumento musical valioso, alguna clase de extraño artefacto hecho con cañas y cámaras de aire que en ese momento le obligaban a tocar. Tenía los ojos azules asustados y perplejos, y al verlo, Gwen se sintió avergonzada. Arcadia, que estaba encogida en una butaca de plástico, se despertó y se echó a llorar.

—¿Señor Frankenthaler? —dijo el médico.

—Garth, Lydia está bien —dijo Aviva. Fue a toda prisa hasta Garth y le frotó el hombro—. Está bien, se va a poner bien.

—¿Por qué no viene conmigo, señor Frankenthaler? Lo llevaré a que vea a su mujer —dijo Lazar.

—No es mi mujer —dijo Garth, aturdido—. Yo me apellido Newgrange.

Lazar se agachó delante de Arcadia y le dijo, con voz amable, unas palabras que solo pudo oír ella. La niña asintió, se sorbió la nariz y dejó que él le apartara de los ojos un grueso mechón rizado de pelo negro, con la punta mojada de lágrimas, dejándole un rastro brillante en la mejilla. De pronto era el médico más amable del universo. A continuación se puso de pie, Arcadia se agarró a los bajos del anorak de su padre y los dos siguieron a Lazar a la zona de urgencias. Al cabo de dos segundos, Lazar reapareció y señaló a las comadronas con el dedo en una parodia tal vez inconsciente de la reciente actuación de Aviva.

—Esto lo voy a hacer constar en el informe —le dijo a Gwen, que seguía allí plantada, con la respiración agitándole los hombros, ya despojada de su superioridad moral, el último depósito resplandeciente de la cual había ardidido en aquella última explosión dirigida al cielo—. Pueden contar con ello.

—¿Han oído cómo me ha hablado? —le dijo a Aviva y a todos los presentes, con una nota de incertidumbre en la pregunta, como si buscara que alguien le confirmara que no se lo había imaginado ella—. «Vudú». «No es como alisarse el pelo». ¿Lo han oído? Todo el mundo que está en esta sala ha oído a ese hombre.

Aviva volvió a bajar el tono de voz y le cogió el codo con suavidad a Gwen.

—Yo lo he oído —le dijo—. Yo lo sé.

—¿Lo sabes? No, me parece a mí que no.

—Oh, venga ya —dijo Aviva, con un desafortunado eco de Lazar en su tono—. Por el amor de Dios, Gwen, estoy de tu lado.

—No, Aviva, de mi lado estoy yo. *A ti* no he oído que te dijera ni una puñetera palabra.

Gwen se soltó el brazo que Aviva le tenía cogido y salió dando zancadas de la sala de espera; cruzó la entrada cubierta de la zona de urgencias y salió a la entrada de coches, donde seguía estando Hekate el Volvo, con las luces de emergencia parpadeando fielmente. La brisa vespertina de finales de verano traía el olor del océano. Gwen se estremeció, con un espasmo que le empezó en los brazos y hombros

pero enseguida le llenó todo el cuerpo de convulsiones. Apenas había comido nada en todo el día, lo cual era horrible, censurable, le faltaban dos meses para parir y ya era una Mala Madre. Ahora se moría de hambre y al mismo tiempo tenía ganas de vomitar. Le escocían las suturas de la mejilla. En el exterior de las puertas apestaba a colillas y a ceniza y flotaba en el aire un hilo de humo reciente. Se dio la vuelta para observar a un par de mujeres a las que recordó haber visto en la sala de espera, las dos jóvenes, con los ojos muy abiertos y melenas rizadas idénticas de color caramelo, primas o posiblemente hermanas, una de ellas todavía más embarazada que Gwen, compartiendo un Kool con aire de impaciencia exuberante, como si al terminárselo les fuera a pasar algo bueno a las dos.

—Hola —dijo Gwen, y las dos se rieron como si ella les hubiera dicho alguna tontería o como si fuera una estúpida sin importar lo que dijera.

Habían sido de las que habían vitoreado y se lo habían pasado en grande presenciando la discusión en público de Gwen con el doctor Lazar. La embarazada siguió fumando, inhalando con aquella extraña impaciencia, y al cabo de un momento examinó a Gwen como si la imagen de esta confirmara una teoría que hacía tiempo que tenía.

—¿Eres comadrona? —dijo la embarazada.

Gwen asintió, intentando parecer orgullosa y competente, darles crédito a su profesión y a su gente. La embarazada tiró el cigarrillo encendido y lo pisó, y a continuación las dos jóvenes dieron media vuelta para regresar a la zona de urgencias, con las chanclas de la embarazada crujiendo y golpeándole las suelas de los pies.

—Ya ves —le dijo a su compañera—, yo paso de esos rollos rurales.

Más o menos a la misma hora en que el bebé Frankenthaler era sacado sin miramientos al mundo como si fuera un fardo rojo, Archy salió con aplomo de la puerta de su casa por segunda vez en lo que iba de día y se quedó plantado en el escalón superior de su porche, recién duchado, secado con toalla y rociado de colonia, vestido con una camisa limpia de lino de color verde espuma y un traje de lino de color marrón dulce de leche. Solo su orgullo seguía impregnado, tal vez, de un ligerísimo aroma a sésamo. Estiró los dos brazos para colocarse bien los puños de la camisa y durante un instante podría haber servido para ilustrar el pasaje crucial de un manual para disfrutar de cada momento de la vida. De aquel día en concreto ya había disfrutado una vez, pero estaba dispuesto, si hacía falta, a volver a disfrutarlo, joder.

Hacía un día ideal para el disfrute, eso estaba claro: de los más bonitos que podía ofrecer Oakland, California. La niebla se había consumido, dejando únicamente cierta vaguedad, tan tierna como un recuerdo de infancia, que desdibujaba la luz del sol que ahora calentaba la extensión de romero y de salvia de color púrpura del margen fragante de la acera y caía en forma de haces cambiantes a través de las ramas de la araucaria. Aquel caprichoso árbol perenne, colosal y pinchudo, dominaba el jardín delantero del bungalow destartado de 1918 donde vivían Archy y Gwen, y donde antaño había vivido un viejo portugués mezquino llamado Oliveira. Durante la infancia de Archy, la casa había sido una fuente incansable de leyendas del vecindario, sobre todo en Halloween; supuestamente, había albergado la amplia colección de cabezas reducidas que el señor Oliveira había reunido durante su carrera como marino mercante, unas cabezas sonrientes cuyo recuerdo mítico todavía le inspiraba a veces cierto respeto a Archy cuando volvía a casa en las noches de otoño, cierta excitación como la que sienten los chavales cuando llaman a un timbre y salen corriendo. Todavía no había olvidado el extraño horror que le había producido ver uno de los muchos tatuajes del señor Oliveira, un tatuaje que parecía sacado de un relato de Nathaniel Hawthorne, consistente en un rectángulo irregular, una barra de tinta negra inscrita sobre el cuero equino de la parte superior del brazo del viejo marinero, a fin de tachar, como la pluma de un censor, un nombre o imagen subyacentes cuyo recuerdo, por razones misteriosas, ahora resultaba abominable.

Archy se dio unas palmaditas en el bolsillo lateral de la chaqueta, en busca de las *Meditaciones*, y bajó los escalones de entrada con su resignación reforzada, como dictaba la tradición estoica, hasta convertirse en una especie de resolución. Consciente de que había hecho mal, preparado para enmendarse y arreglar sus asuntos. Decidido a regresar a Brokeland, abrirle las puertas de par en par al ángel de la muerte de la venta al detalle y arruinar el establecimiento él solo si hacía falta. Pero decidido, eso sí, a hundirse con tranquilidad, a hundirse con elegancia y a hundirse

por encima de todo con verdadera dignidad, algo de lo que ni su esposa ni su socio tenían ni idea, y que consistía en no perder nunca los papeles y no mostrarte nunca ofendido ni herido ante quienes te habían ofendido o herido.

Oyó el ronroneo de un motor antiguo fabricado en Detroit, con el silenciador roto, y contempló con aprensión desanimada cómo un Oldsmobile Toronado de 1970, familiar como una pesadilla que regresa, giraba por la calle Sesenta y uno. Era una auténtica chatarra de vehículo, originalmente verde pero ahora descolorido hasta quedarse de un blanco glauco, con vetas y manchones de óxido que hacían que el costado visible pareciera una tira de beicon rancio.

Archy era un admirador compulsivo de los deportivos americanos de alta gama del periodo de diez años posterior a su nacimiento en 1968, un periodo en el que, desde su punto de vista —un punto de vista expuesto a menudo tras el mostrador de Brokeland Records e ilustrado con incontables ejemplos, notas a pie de página orales y neologismos— se correspondía precisamente con el momento de gama más alta de la historia de la música negra de América. Su coche, que tenía aparcado en la entrada, era un El Camino de 1974, del mismo color que los copos de caramelo de mantequilla, cuidado con amor y maestría por él y por Sixto «Eddie» Cantor, que era quien le enseñaba Elcaminología a Stallings en el taller Carrocerías y Tuneados Motor City. Archy era autor de la todavía no escrita *Guía de campo de los cochazos de la era del funk*, y por esa razón, aun si no hubiera crecido siendo el hermano mayor virtual de aquel Toronado en concreto, habría sido capaz, gracias a su insignia de Gran Turismo en el capó y a su tubo de escape doble, de identificar el año del modelo de aquel espécimen caído en desgracia que se aproximaba a su casa. De las bandas laterales de cromo solo quedaban las sujeciones de plástico, y el capó solo se aguantaba cerrado gracias a un cordel de nailon deshilachado y atado a la rejilla, a la que se le habían caído varias varillas, dejando al desafortunado vehículo con una sonrisa de bobo llena de huecos entre los dientes a lo Leon Spinks. En el asiento de atrás le pareció ver la Samsonite de plástico azul que su abuela solía llevar en el Tren de la Diversión que iba a Reno. Por la ventanilla trasera del lado derecho asomaba una lámpara halógena de pie estilo art-déco del mismo tipo que había hecho que se le incendiara la casa a Lionel Hampton.

—Oh, no —dijo Archy, viendo que aquel iba a ser uno de esos días en los que convenía recordar, tal como había dicho Marco Aurelio, o tal vez Willie Hutch, que los asuntos del cuerpo son como un río y los del alma son como sueños y vapor; y que la vida es una guerra y un peregrinar, y que la fama después de la muerte no es más que olvido—. Podéis pasar todos de largo.

Vio que no era Luther quien iba al volante. Al timón de aquella nave estelar ruinoso de los años setenta podía ir cualquiera de una tropa de pringados y marcianos de proporciones cósmicas, pero un instinto amargo guió los pensamientos de Archy

hacia Valletta Moore.

Y no podía fallar. Se oyó el lamento compungido de las bisagras de la portezuela, que sonó como si se estuviera abriendo la puerta de una cripta llena de muertos vengativos, y del coche salió Valletta Moore. Huesos grandes, bien proporcionada, en el lado fatídico de la cincuentena, cintura alta, pechos altos y una cara que era un triángulo felino. Los ojos del mismo tono castaño que una botella de cerveza y la piel luminosa del color de los copos de caramelo de mantequilla, como si la acabara de pintar el aerógrafo de Sixto Cantor. Por lo menos debía de hacer diez u once años de la última vez que Archy la había visto.

—Oh, oh. Peligro.

—Sé que te acuerdas de mí —dijo ella.

—Me acuerdo de que antes no estabas tan guapa.

—«Peligro» —lo citó Valletta, negando con la cabeza y bajando sobre su mirada de ojos de color ámbar unas gafas de sol bulbosas con la montura de plástico blanca—. Creo que sé dónde aprendiste a decir esas cosas.

Mientras Archy la miraba, y captaba su perfume, su memoria le dispensó una rápida mano de imágenes como naipes, de las cuales el as era sin duda alguna el espectáculo grandioso y suave de Valletta Moore en 1978, afeitándose las piernas en el apartamento del padre de Archy en El Cerrito, vislumbrado a través de la puerta entreabierta del cuarto de baño. Con el esbelto pie derecho plantado en el suelo y el otro arqueado sobre el borde reluciente de la bañera, inclinada como si fuera un relojero sobre la tarea de pintarse con la maquinilla una tira de color marrón en el interior untado de espuma blanca de su larga pierna izquierda, con el pelo envuelto en una toalla pero su cuerpo musculoso desnudo e imponente como una bandera. La arquitectura del culo de Valletta era algo más profundo que un simple recuerdo para Archy, algo que se situaba casi más allá de la memoria, un arquetipo, el patrón eterno de todos los culos, incorporado a la estructura misma de la realidad.

—Valletta —dijo, pensando que todavía era atractiva y luego abandonando todo raciocinio y haciendo caso omiso de su sentido arácnido durante el tiempo suficiente como para dejar que ella lo abrazara, sintiendo la piel del hombro de ella, que el top le dejaba al desnudo, fría contra el hombro de él, y estaba clarísimo que la mujer emitía el mismo aroma cargado a velas eróticas y a incienso de sándalo que en 1978, aunque ahora se le superponía el hedor a cigarrillos y ese olor a puré de patatas instantáneo que uno encontraba en el interior de un Toronado ruinoso—. Joder.

Fue al separarse de ella cuando Archy le vio la línea tensa de los labios. Valletta miró a un lado y al otro. Estaba preocupada, escondiéndose, huyendo: buscando refugio en Archy. En el fondo de su vientre sensible, los neurotransmisores de él registraron con un cosquilleo de temor el hecho de que su padre debía de andar metido en alguna clase de problemas. Se imaginó ya que tal vez aquellos problemas

tuvieran algo que ver con Chandler Flowers, que había sido el mejor amigo de su padre en los viejos tiempos. Con el hecho de que hoy Flowers hubiera entrado en la tienda y hubiera preguntado, precisamente, «¿Anda por aquí tu padre?». Se suponía que Luther andaba por algún lado de West Hollywood, aunque no se podía decir que Archy buscara nunca información o noticias sobre el paradero, la ubicación, el estado o la situación de su padre.

—Caray, mira que hacía tiempo, Valletta —dijo ahora en tono jovial, decidido a fingir que creía que ella simplemente estaba pasando por la calle Sesenta y dos al volante del coche de Luther cuando lo había visto por casualidad en el porche de su casa y había decidido pararse a saludar. Como si ella hubiera sido capaz de ver a través de noventa kilos y treinta años y reconocer al adolescente en cuyos sueños ella todavía figuraba de forma breve pero intensa—. Tengo que irme volando, porque, ya sabes, me esperan en la tienda, pero eh...

—Archy, no, no, un momento, espera...

—Que tengas un buen día, ¿vale? No, en serio. Lo siento. Pero que tengas un día excelente.

Cuando él era un chaval, había un caballero llamado Joseph Charles que solía pasarse el día plantado en la esquina de Oregon y Grove con las manos enfundadas en unos guantes de color amarillo chillón. Haciendo señas a todos los coches que pasaban y dedicándoles a sus conductores, independientemente de su raza, color o receptividad, un saludo genuino y de corazón. El señor Charles tenía unos modales atrevidos y risueños aunque una pizca formales, que sugerían cierta impersonalidad, siempre dentro de lo amable. No es que tuviera intención de saludarte a ti en concreto; simplemente se dedicaba a recordarte que, igual que todos los humanos, tú participabas de esa noble capacidad para recibir saludos que compartía toda la humanidad. Y eran los modales del señor Charles los que Archy solía adoptar en presencia de las mujeres cuando notaba que ellas podían estar a punto de plantearle alguna clase de problema. De manera que ahora le dio un apretón cariñoso en el hombro a Valletta y empezó a alejarse de ella. En su corazón ya sabía que no iba a ir a ninguna parte. Igual que muchos hijos abandonados, estaba convencido de tener una deuda misteriosa e imposible hacia el hombre del que, en verdad, él debería ser el eterno acreedor.

—Archy, se trata de tu padre —dijo ella, tendiéndole aquel pagaré imposible de abonar—. Se trata de Luther.

Ella se levantó las gafas de sol para mirarlo y lo impactó con sendas descargas de fuego de color marrón amarillento, con el shock del amargo resultado del tiempo y la corrupción. Tenía las pestañas embadurnadas de telarañas de rímel.

—Ah, ¿sí?

Valletta volvió a vigilar las sombras y los movimientos de ambos lados de la calle

y barrió con su paranoia aquella callecita plácida como un estanque y construida alrededor de un parque infantil en miniatura que algún desconocido sin experiencia con los niños había embutido, como si fuera un huevo de Pascua, en una isleta de hierba situada en el medio de la calle Sesenta y uno. Archy se preguntó si Valletta no andaría fumada o colocada de algo que la estaba llevando a actuar como si fuera un personaje de Pynchon. La última vez que él no había podido evitar oír noticias de Luther, lo que le había llegado era una crónica grandiosa y conmovedora de limpieza, abstinencia y redención. A Luther le había tocado un juez del sur que se acordaba de *Strutter* y que, como nunca había sido hijo suyo, se había mostrado dispuesto a darle una oportunidad a Luther Stallings y transferirlo a un procedimiento judicial por estupefacientes. Después de aquello, supuestamente, Luther se había dedicado a enmendarse ante 17.512 personas de dos continentes distintos. De todo eso ya hacía por lo menos un año, y la forma en que Archy le había consentido a su padre que se enmendara con él había consistido en obligarlo a hacerle la promesa plena, sobria y limpia por teléfono de que iba a dejar a Archy en paz de una puta vez y hasta el final de los tiempos.

—¿Podemos entrar? —le preguntó ella, con un suspiro de impaciencia, y a él se le ocurrió a la desesperada que tal vez solo tuviera ganas de mear—. ¿En tu casa?

—No —dijo Archy, sin intentar ya encandilarla ni caerle bien; empezando a vaciarse de la profunda nostalgia del apartamento de El Cerrito en 1978 mientras recordaba cómo Luther y Valletta lo solían dejar allí completamente solo toda la noche, sin nada que ver por televisión más que a Wolfman Jack y una película en que un muñeco diabólico con dientes de tiburón mordía a Karen Black en los tobillos. Lo único que a él le interesaba ya era en qué clase de problemas de pega estaba Luther intentando pringarlos esta vez y cuánto le iban a costar en sangre y tesoros—. Di lo que tengas que decir y ya está. No es broma, Valletta, es verdad que he de irme.

—Mmm... veo que no has cambiado nada —dijo ella, encendiendo sendos diodos gélidos en el interior de aquellos ojos que, en verano de 1977, no solo habían mirado fijamente el alma de Archy, sino también el alma de toda la juventud negra de América, tanto desde las portadas de *Jet* y *Sepia* como desde el esplendor de plumas, pieles y cuero de la luchadora de kung-fu Candygirl Clark, su personaje en una de las últimas películas blaxploitation de aquella época, *Strutter anda suelto*, que ella había coprotagonizado junto con un esbelto, nervudo y hermoso Luther Stallings, en su papel más famoso—. Todavía vas por ahí con la cara de repelente y el culo prieto, mirando a todo el mundo con asco, sobre todo a tu padre y a su amiga.

—¿O sea que todavía sois amigos?

—Hemos vuelto a juntarnos. Ya sabes lo que se suele decir de las terceras veces.

Archy había conseguido perderse la segunda intersección casi fatídica entre Luther y Valletta gracias a calcular astutamente el momento de iniciar su servicio en

el Ejército americano para que coincidiera con la trempera geopolítica de Saddam Hussein.

—Entonces, ¿vuelve a andar por aquí?

Ella se lo quedó mirando con desprecio, desafiándolo, negándose a revelar nada si él la iba a obligar a quedarse en la puñetera acera.

—Y ahora apareces tú. Y dices que te manda Luther, ¿verdad? ¿Y exactamente qué es lo que esperas averiguar viniendo aquí?

—Luther no sabe nada de esto. Si se enterara de que he venido aquí... —Se mordisqueó la patilla de las gafas de sol, dando la impresión de que se estaba imaginando la furia de Luther—. Él conoce tus sentimientos y los quiere respetar.

—Entonces no quieres dinero.

—La verdad —dijo ella— es que sí. Te acepto lo que tú me quieras dar. Necesitamos alejarnos lo más posible de aquí y quedarnos bien lejos.

A Archy no le costó un gran esfuerzo endurecer el corazón contra su padre; la arcilla ya estaba más que cocida, durante mucho tiempo y a fuego lento. Rabia, resentimiento, burla y asco, el hijo de Luther los tenía siempre a mano en el bolsillo de su alma igual que llevaba siempre su ejemplar de las *Meditaciones* en el delantal. De manera que el mero hecho de que en ese momento le costara algún esfuerzo debía de ser testimonio de algo, de alguna insensatez peculiar que caracterizaba a los hijos de los padres hundidos. Treinta y seis años de aquella mierda y Archy todavía estaba dispuesto a dejarse decepcionar por aquel hombre.

—No te voy a preguntar por qué —dijo Archy—. Porque, si tú no me lo cuentas, entonces yo no lo sabré.

—Archy, no te lo puedo contar aquí.

—Por mí genial, Valletta.

—Tu padre... Luther... —Ensayó las palabras durante un par de segundos, frunciendo los labios y dándose golpecitos pensativos en ellos con el puño derecho. Por fin se rindió—. Ya lleva trece meses de abstinencia total.

—Ajá. Me alegro por él.

—Y ahora, pues mira, tiene varios frentes abiertos.

—No lo dudo —dijo Archy, pensando que era la expresión perfecta para describir la relación que tenía siempre Luther Stallings con el futuro: una serie de vacíos que se le abrían enfrente y en los que en cualquier momento corría el peligro de precipitarse—. Oportunidades de inversión, ¿verdad que sí?

Ella recurrió una vez más a sus rayos ópticos, pero o bien esta vez Archy estaba preparado o bien el efecto había empezado a atenuarse. De manera que se volvió a bajar las gafas de sol.

—Déjame que lo adivine —dijo Archy—. Porque estoy teniendo premoniciones.

Chan y Luther desengancharon una gruesa cadena que unía dos pilares y dejaron el Toronado en un remanso de oscuridad total que había al fondo de un aparcamiento de grava. Subieron entre crujidos una ladera bañada en efluvios de eucalipto, con Chan llevando la escopeta, hasta un mirador que antaño habían frecuentado para planear sus conquistas del mundo. Nada más llegar, Chan se dio la vuelta y arrojó el arma por los aires. La escopeta salió rotando hacia la noche como las aspas un helicóptero y descendió zumbando hasta caer con un ruido metálico y hueco en algún lugar del bosque que tenían detrás. Luego se sentaron en su banco, apostados codo con codo en las alturas de Oakland. Contemplando las calles y los puentes y las carreteras, con las luces bordadas como puntadas en los retales oscuros de agua y cielo.

Con el objeto de potenciar su leyenda de pistolero frío como el hielo, en la cual la pureza tenía que constituir un componente crucial, el Sepulturero jamás bebía y casi nunca fumaba. Luther le pasó un paquete de cigarrillos Kool y el Sepulturero cogió uno y lo encendió. Luther se sacó una botella de licor de menta Rurple Minze del bolsillo de la chaqueta. El Sepulturero renunció a lo poco que quedaba ya de su leyenda a cambio de la posibilidad de consuelo que le ofrecía la botella de licor.

—Se ha agarrado la muñeca y se ha quedado ahí sentado mirándosela —dijo Chan, secándose los labios—. La carne y la sangre. Un muñón. Sin perder para nada la calma, con el puño de la chaqueta destrozado por el disparo. Con un amasijo donde antes tenía la mano, mirándose.

—Popcorn Hughes —dijo Luther en tono de admiración.

—Necesito esconderme, Luther.

—¿Dónde? —El temor le infló un globo bien tenso en la caja torácica a Luther. Apenas consiguió reunir el aplomo para que le salieran las siguientes palabras—. ¿En Los Ángeles?

Porque aquella era la solución obvia: pasar por casa de la madre de Luther a recoger la maleta de lona y las tres cajas de Berkeley Farms que ya estaban preparadas para la partida. Llegar por la mañana a Los Ángeles y que Chan se comprara allí lo que le hiciera falta. Encontrar algún piso franco destartado donde Chan pudiera esconderse. Y despedirse. Empezar la farsa de tomar caminos separados y poner rumbo a destinos separados, únicamente hasta que saliera mal el siguiente de los planes de su amigo, hasta que a Chan le tocara afrontar una vez más el hecho de que su fe en sí mismo estaba descaminada, de que su inteligencia estaba destinada a no obtener nunca recompensa porque no podía sustituir a la suerte y tampoco servía de defensa contra la gigantesca, y hasta hostil, indiferencia que el mundo mostraba hacia los productos del intelecto de un hombre negro. Igual que el partido al que se había unido demasiado tarde y demasiado joven, Chan era un cheque sin reclamar, una serie de fotos separadas por el tiempo de una promesa en el proceso de romperse. Era un rey del espacio finito, atrapado en una cáscara de nuez.

Y Luther ya estaba harto. Lamentaba todo tiempo que había desperdiciado desde la llamada de su agente sintiéndose culpable y teniéndole lástima a Chan.

—O bien —dijo, intentando ser de ayuda—, mmm, en Chicago hay muchos Panteras, ¿verdad?

Chan no dijo nada.

—Pues Marruecos. O España.

—España —dijo Chan. Luther pudo oír la sonrisa pequeña y dura que le arrugaba la cara a su amigo—. Buena idea. Irme a España. Trabajar de toronado.

—¿Por qué no? Todos los negros revolucionarios se han estado yendo a Marruecos. A España. A París. Tú has estado trabajando para ellos. Ahora tienen que hacerse cargo de ti.

—¿Quiénes?

—El partido.

—Luther, si yo tuviera la influencia necesaria para irme tan lejos de aquí... No habría tenido que impresionar a nadie con la idiotez que acabo de intentar.

En algún lugar de por allí cerca, recordó Luther, si subías más por el camino que iba por detrás de las mesas de picnic, te encontrabas con una pirámide de piedras que había edificado algún viejo poeta loco y barbudo en la época en que Oakland no era más que un cenagal, unos establos y un hotel para vaqueros. En la escuela los llevaban allí de excursión, para que vieran la pequeña granja blanca del poeta y una estatua grande y bulbosa de él montado en un caballo de aspecto mongoloide. Una pirámide de piedras y, más allá, una plataforma también de piedra que el tipo había construido con la intención de usarla para su propia pira funeraria. Allí, bajo el sol de la canícula, día tras día, el hombre se había dedicado a amontonar piedras como si fueran los versos de uno de sus aburridos poemas. Soñando, durante todo el tiempo que se había pasado apilando piedras, con que una noche cualquiera aquellos gánsters del viejo Oakland, aquellos asesinos de indios puteros, ladrones y usurpadores de tierras, adictos al opio y saqueadores, levantarían la vista hacia allí y se maravillarían ante el espectáculo de un poeta en llamas. Su plan se había quedado en nada, por lo que Luther recordaba. Pero, a fin de cuentas, esa era la tendencia general que mostraban los planes.

—Si tú eres un idiota —dijo Luther—, entonces, ¿qué soy yo?

Era una pregunta que jamás podría obtener respuesta, de manera que Luther pasó rápidamente a la siguiente:

—¿Por qué iba a querer yo estropear lo bien que me van las cosas haciéndote de chófer mientras tú vas matando gente por West Oakland? —le dijo—. Dímelo, anda. ¿Para que los gánsters marxistas puedan aplastar a los gánsters lacayos del capitalismo y quitarles las drogas y los ingresos?

—Pues márchate —dijo Chan—. Tú no estás metido en esto. Dedícate a lo tuyo.

Antes de que Luther pudiera empezar a fingir que no se estaba planteando aceptar aquella generosa sugerencia, acertó a ver un destello de luz de luna, como la carne reluciente de debajo de una uña, con el rabillo del ojo. Chan estaba sopesando una pistola. Sin duda la habría cogido, igual que la escopeta, del arsenal del partido que Chan tenía el deber oficial de mantener inventariado, en secreto y listo para el combate. Una pistola del 45, preciosa y probablemente nueva. A Luther se le encogió el estómago al ver cómo Chan se la pasaba de una mano a otra y comprobaba su peso como si fuera un grueso tomo que contuviera una voluminosa respuesta.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Volver a intentarlo —dijo Chan por fin—. Enterarme de a qué hospital han llevado a Popcorn. —Se afianzó bien la pistola en la mano—. Y hacerlo bien a la segunda.

—Tal vez deberías hablar primero con alguien. Tal vez Huey ya esté satisfecho con lo que has hecho para joder a Popcorn.

La niebla empezó a desdibujar las vistas de Oakland que se extendían por debajo de ellos. El silencio se aglutinó alrededor de los amigos hasta que dio la sensación de ser algo profundo. Las brasas de sus cigarrillos centelleaban y crepitaban. La niebla susurraba como el gas de un refresco.

—¿Te acuerdas de lo que tu tío Oogie solía hacer para tu cumpleaños y para las navidades? —dijo Chan por fin—. Se ponía en plan: «Sí, mmm... escucha, te iba a comprar un rifle de aire comprimido». —Su imitación del balbuceo con acento sureño de Oogie era impecable—. Y esperaba que le estuvieras agradecido como si te lo hubiera regalado. Y ahora se supone que yo tengo que decirle: «Ah, sí, Huey, es que iba a matar a Popcorn Hughes para ti, pero mira...».

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? —dijo Chan, dándole una entonación aguda e infantil—. Para ti es fácil decirlo. Pero dime otra cosa. Cuando tú llegues al plató de la película, ¿te vas a olvidar de tus diálogos? ¿Le vas a decir al director: «Ah, sí, yo quería memorizar todo eso, pero mira...»?

—No.

—Ah, ¿no?

—¡No!

—Entonces, ¿por qué quieres que lo haga yo?

—Vamos, pues —dijo Luther—. Vamos allá.

—¿Adónde?

—Pues, mmm... salgamos de aquí. Vente conmigo. A Los Ángeles. Y te escondes allí. En San Pedro. O en Long Beach. —Intentó reunir o fingir algo de entusiasmo por su propuesta—. Sí, en Ensenada.

Estaba demasiado oscuro para que Chan viera lo que faltaba en los ojos de Luther

y demasiado oscuro para que Luther viera que el otro no lo veía.

Chan se puso de pie y se guardó la pistola del 45 en el bolsillo de los pantalones. El arma traqueteó contra los cartuchos sobrantes de la escopeta.

—Esta mañana, cuando me he levantado —dijo—, estaba lleno de buenas intenciones. Quería demostrar mi valía ante el Sirviente Supremo del Pueblo, quitarle un estorbo importante de delante. Progresar y ascender y tal vez dentro de un año estar dirigiendo la célula de Oakland. Luego echarles un ojo a los libros de contabilidad. Ver qué clase de problemas puede haber, si hay despilfarras y esas cosas. Darle al asunto un poco más de estructura, un poco más de disciplina. Ahora, en cambio, ya no. Ni hablar. Ahora solo tengo que arreglar lo que he hecho. Pero tú puedes irte. Márchate, Luther, y disfruta de lo bien que te van las cosas.

Se le quebró la voz, y de aquella fractura emergió la voz del chaval que había sido hasta hacía poco. Ferozmente tímido y aficionado a los libros, absorbiendo sin saturarse, en beneficio de sus hermanas y su hermanito pequeño, el flujo interminable del veneno del señor Flowers padre. Al recordar a aquel chaval ya desaparecido, Luther lamentó, sin renunciar por completo a ellos, los pensamientos desleales que acababa de tener. Rodeó con el brazo los hombros de profesor de su amigo.

—La cosa ya se ha torcido demasiado, Chan —le dijo—. Es imposible que la puedas arreglar.

—Probablemente tengas razón.

—Tienes que marcharte. Venga. Vente a Los Ángeles y te escondes. Hasta que pase el chaparrón.

—Te agradezco el gesto, Luther —dijo Chan—. Pero ya te he causado suficientes problemas.

—Pues ve a otra parte.

—¿Adónde?

—A donde sea que te pueda llevar un autobús.

—Tal vez sí —dijo Chan, para finiquitar la conversación.

Cuando se terminaron el licor de menta, se levantaron y dejaron tras de sí el sitio donde un soñador olvidado del sueño de California había planeado que el fuego hiciera de notario de su gloria. Dieron media vuelta y volvieron caminando y deslizándose cuesta abajo hasta el coche. Después de conducir en silencio hasta la parte baja de la ciudad, la cúpula azul de la estación de autobuses se elevó ante ellos como si fuera una promesa de aventuras. Cuando llegaron, había un coche patrulla de la policía de Oakland aparcado a un lado de la calle, pero, antes de que ellos tuvieran tiempo de cancelar el plan de la estación de autobuses, un policía salió caminando tranquilamente de la estación, se volvió a meter en su coche y se largó.

Luther tenía trescientos dólares en la billetera, lo que le quedaba de su adelanto. Se los dio a Chan.

—Ten, pues —le dijo.

Se quedaron plantados el uno frente al otro detrás del Toronado. Los faros traseros del coche eran unas rendijas tan estrechas como los ojos de la máscara de Batman, que ahora clavaban en ellos una mirada ceñuda y escéptica. Los amigos intercambiaron un par de palmadas de despedida. Se turnaron para apretarse al otro brevemente contra el pecho. Chan le soltó un par de trolas de despedida, diciéndole que iba a coger un bus al norte con rumbo a Alaska, o tal vez irse al sur a trabajar en la pesca de gambas en el golfo de México. Pero todo era humo. Chan nunca había sido capaz de dejar comida en el plato, ni un problema matemático sin solucionar, ni un coño abierto sin follar. No iba a entrar en la estación de autobuses ni mucho menos a coger un autobús para el norte. En cuanto Luther se marchara, se ocuparía de terminar, por el puro hecho de terminarlo, el jaleo que había empezado.

—En serio —le dijo Luther—. ¿Qué vas a hacer?

—No te hace falta saberlo, Luther. Pero una cosa sí te digo: haga lo que haga, cuando termine, podré caminar con la cabeza bien alta.

—Eso lo sé.

—Tú encárgate de hacer lo mismo por aquí. Compórtate con dignidad, coño. Haz lo que tengas que hacer.

—Sí.

—¿Lo prometes?

—Sí.

Luther intentó no mostrar su impaciencia, su ansia por librarse de Chandler Bankwell Flowers III y de su taza de ambición cuajada. Por librarse de Oakland y de Berkeley y de todos los tontos que los poblaban. De todas las promesas rotas y todas las piras que nunca llegaban a encenderse.

—Ahora estás teniendo buena suerte —dijo Chan—. La buena suerte está bien. Pero no es más que eso, ¿entiendes? No sustituye para nada el hacer lo que uno tiene que hacer.

Luther asintió y dijo:

—Sin duda, sin duda.

Estaba pensando en los anuncios que solía haber en las páginas de *Ebony* y de *Esquire* para vender aquel largo y bajo cocodrilo sonriente de 1970, con su eslogan en la parte superior de la página: ¿VERDAD QUE ESTARÍA BIEN TENER UNA MÁQUINA PARA ESCAPARSE?

—Sé lo que significa —dijo Luther.

—¿Eh? —dijo Chan—. ¿El qué?

—Puedo definir «toronado».

Chan frunció el ceño, recordó y lo frunció todavía más.

—Pues hazlo —dijo.

Luther negó con la cabeza.

—No te hace falta saberlo —dijo.

Luego se ató el cinturón de su máquina para escaparse y puso rumbo a la Nimitz Freeway, a San José y a Los Ángeles: al mundo y a la fortuna que lo esperaban.

Más tarde Luther se enteró de que a Popcorn Hughes lo habían matado a última hora de aquella misma madrugada en su cama del Summit Hospital. El único sospechoso era el mismo hombre negro sin identificar que los testigos del primer ataque en el Bit o' Honey Lounge habían contado que llevaba una máscara que, según el consenso general, pretendía parecerse a la que llevaba la Pantera Negra de los tebeos de Marvel, el primer super-héroe negro.

Nunca se atrapó al asesino. El Toronado se recalentó en la Grapevine al norte de Lebec y hubo que remolcarlo a través de la frontera del condado de Los Ángeles.

—Está buscando inversores —dijo Archy a modo de conjetura.

Valletta fingió que examinaba alguna escena o detalle situados a lo lejos, más allá del parque infantil, más allá de Berkeley, más allá del monte Lassen, sin decir nada, negando infinitesimalmente con la cabeza, con las comisuras de la boca torcidas hacia abajo en un gesto que tal vez transmitiera su desaprobación de Archy, de Luther, de ella misma o de alguna combinación de todos los anteriores, con los brazos furiosamente cruzados por debajo de los pechos: incapaz de creerse, en última instancia, el hecho de estar formando parte del último plan de engaño de Luther, o el hecho de que Archy se negara a formar parte de él, o tal vez el hecho de que el mundo nunca hubiera apreciado y nunca fuera a apreciar la genialidad de Luther Stallings.

—¿Todavía está hablando de esa condenada película?

—¿A ti qué te parece?

Ella hurgó en su bolso y sacó lo que parecía ser el estuche de una colección de tres DVD titulada *La trilogía de Strutter*. La portada consistía en el primer plano de un apuesto Luther Stallings en 1973, con su mentón alargado, su nariz romana y su afro con aspecto de halo, en el papel del maestro del robo Willie Strutter, y prometía versiones restauradas o digitales de tres películas: *Strutter*, *Strutter anda suelto* y *Strutter y sus patadas de la vieja escuela*. Sin embargo, se trataba de un voluminoso estuche vacío, sin discos en el interior, y cuando uno lo examinaba más de cerca resultaba que había sido minuciosamente elaborado a partir del estuche de cartón de una «Colección completa de *Regreso al futuro*» sobre cuyas viñetas alguien había pegado ilustraciones hechas por ordenador nítidas pero toscamente compuestas a base de corta-y-pegar, una impostura mínima pero necesaria, puesto que, por lo que Archy sabía —y sabía mucho, demasiado—, no existía ninguna película titulada *Strutter y sus patadas de la vieja escuela*.

—*Strutter* 3. Ah, ¿sí? ¡Anda, si la va a escribir, dirigir y protagonizar! ¡Triple amenaza! La va a hacer deprisa, con poco dinero y en plan macarra, como en los viejos tiempos. Vieja escuela. Y tú vas a ser su protagonista femenina. ¿Es esa la historia que él te ha mandado para que me cuentes, Valletta?

Movido por ineludibles impulsos de caballerosidad y, lo que es peor, sintiendo lástima por aquella mujer, una de las muchas que habían hecho audiciones durante su infancia para el papel de Nueva Madre de Archy, Archy luchó por evitar que el tono de burla se infiltrara en su voz mientras llevaba a cabo todas aquellas especulaciones expertas acerca de la estrategia de Luther: expresiones como «triple amenaza» y «deprisa, con poco dinero y en plan macarra» llevaban años integrando el formulario de argucias de su padre. Pero no lo consiguió del todo. Lo único más lamentable que el plan de mierda que Luther había urdido a fin de sacarle los cuartos a Archy, para una película que no tenía la menor intención de hacer, era el hecho de que Luther creyera que su hijo le iba a volver a dar algo alguna vez.

—Y te va a dar un pedazo de papel a ti, ¿verdad, Valletta? A lo mejor al final resulta que Candygirl no murió...

Detectó un temblor en los músculos de la mejilla de la mujer. Ella se aferró a su silencio, mirando cómo las banderas tibetanas que colgaban del porche de la casa de los Sanderson, al otro lado del parque, elevaban sus oraciones al azar.

—Estamos en fase de preproducción —dijo ella por fin. Desafiante, manteniendo la mentira.

—Ah, entonces, ¿tenéis guión?

—No, pero tu padre ya tiene toda la historia. Me la ha contado entera, hasta el último personaje, hasta el último plano, hasta el último minuto de tiempo de pantalla, me la ha contado de diez formas distintas y quinientas veces. Y Archy, va a ser buenísima.

—A ver si me la imagino: *Strutter* sale de su retiro para un último trabajo y para cobrarse su venganza. Es más o menos así, ¿no?

—¿Quieres que te cuente la historia?

Archy cerró los ojos, anticipando la tediosa locura de la historia que estaban a punto de venderle, una especie de batiburrillo incoherente de *Ocean's Eleven*, *Matrix* y *El justiciero de la ciudad*, que era la película favorita de su padre, entremezclado con una gruesa veta extraída de la historia de cualesquiera líos chungos en los que su padre y la señora se hubieran metido con su casero, con Hacienda o con el dentista. Pero Valletta volvió a guardar silencio, y cuando él abrió los ojos se encontró con que tenía una lágrima suspendida en la mejilla, un charquito minúsculo y solitario de indignación o bien de vergüenza. Sintió que le daba un vuelco el estómago e hizo una nueva extracción de su reserva interminable de culpa desencaminada. Se sacó la billetera y llevó a cabo un triste inventario de sus contenidos.

—No —dijo ella, apartando con la mano los billetes que emergieron, cuatro billetes nuevos de veinte, uno descolorido de cinco y dos blandos y arrugados de un dólar—. No, da igual. Guárdate tu dinero. No he venido para sacarte la pasta. Ya sé que tú no te crees que...

—Pero sí que me lo...

—Y tampoco he venido para venderte esa chorrada de película que los dos sabemos que no va a hacer nunca.

—De acuerdo.

—Sé que si te dijera que tu padre anda metido en líos por las drogas, tú no lo querrías ayudar de ninguna manera, pasara lo que pasara, y como yo también me metí en el programa, hace catorce meses y nueve días de abstinencia total, respeto esa posición, y él también la respeta. Lo que te quiero preguntar es lo siguiente: ¿y si él estuviera metido en otra clase de líos que no tuvieran nada que ver con las drogas? ¿Sería posible que tu quisieras ayudarlo en ese caso?

—¿Qué ha hecho?

Volvió a examinar con cautela la calle, los árboles y las casas colindantes.

—La verdad es que no lo sé —dijo ella—. Pero tengo una hipótesis.

—¿Una hipótesis? Yo tengo la hipótesis de que si el pelo se le estuviera quemando, yo no le mearía en la cabeza para apagaréelo.

Ella se volvió a poner las gafas de sol.

—Pero no es más que una teoría —dijo Archy—. No tenemos por qué ponerla a prueba.

Ella asintió con la cabeza, mordiéndose el labio, y él vio que por debajo de la pintura de labios ya los tenía todos mordisqueados.

—Adelante, Valleta —dijo él, insistiendo en darle el dinero—. Si me prometes no contarme dónde está viviendo ni a qué se dedica ni lo hecho polvo que se lo ve, ni tampoco darme ninguna información de ninguna clase, para mí eso ya vale ochenta y siete pavos aquí mismo.

Ella se lo pensó. Su lengua emergió de entre sus labios y se dio una vuelta hambrienta por su boca. Por fin reunió el dinero con sus largos dedos y lo hizo desaparecer tan deprisa y tan completamente que podría haber estado haciendo una alusión al lapso de tiempo que era probable que aquel dinero aguantara dentro de su bolsillo. No quiso llevarse el estuche vacío de DVD.

—No, quédatelo. El tiene otros cinco iguales.

—Muy bien.

Cogió el estuche, como si fuera Jack cogiendo un puñado de alubias, ya sumido en ochenta y siete dólares de remordimientos por su propia estupidez.

—Tal vez tendría que visitarte otra vez la semana que viene —dijo Valletta, y una sonrisa a la que le faltaba un premolar de abajo hizo una valiente aparición en las

regiones inferiores de su cara—. Te traigo unas cuantas cosas más de él que no quieras oír y a ver cuánto dinero puedo sacar.

—Muy graciosa —dijo Archy.

—No te preocupes, que no me volverás a ver.

—Valletta...

Ella echó a andar hacia el Toronado pero él la volvió a llamar.

—Venga —le dijo él—. Lo tienes que decir.

Durante el verano de 1978, el verano de Valletta, las tiendas de camisetas de todas las ciudades de América habían vendido una calcomanía para planchar sobre la ropa que mostraba a Valletta Moore vestida con un traje pantalón con estampado de cebra y patas de elefante, rodeada de las letras de oropel del latiguillo con el que ella sería asociada para siempre, y que había dicho por primera vez en *Strutter anda suelto*. Los parches en cuestión habían sido producidos por Roach, los reyes de las calcomanías de goma, que se habían repartido todos los beneficios, presumiblemente considerables, con los puntos de venta y los distribuidores de la película.

—¿Quieres que lo diga? —dijo ella, insegura, complacida.

—Creo que ochenta y siete dólares bien lo valen —dijo Archy.

Ella suspiró, cerró el puño una vez, como si fuera el cabezal de un martillo muy pesado, y dijo:

—Haz lo que tengas que hacer. —El puño se abrió a cámara lenta, con los dedos como pétalos de una flor—. Y móntatelo a lo grande.

Ella forcejeó con el acero de la portezuela del coche, resucitó el motor a base de paciencia y diplomacia y se alejó en medio de un chirrido de amortiguadores.

—Móntatelo a lo grande, Valletta —dijo Archy.

Julius Jaffe estaba releendo sus memorias en progreso, cuyo título de trabajo era *Confesiones de un maestro secreto del multiverso*. Las había empezado a escribir hacía dos meses en una agenda Moleskine de quince centímetros, presa de un aburrimiento febril, intoxicado de H. P. Lovecraft y con la intención de producir un monumento épico a su soledad y al tedio espantoso que se provocaba a sí mismo. Solo durante la primera noche ya había producido treinta y dos páginas sin pautar. La primera página empezaba así:

Esta crónica de la tristeza está siendo escrita con sangre humana sobre pergamino hecho con los pellejos de marineros ahogados. Su infeliz autor —¡llora por mí, amigo, tú que disfrutas de comodidades! — está apostado junto a la ventana más alta de una torre atacada por las centellas, en un saliente de roca con forma de calavera situado junto a la locura rugiente de un mar polar. Encadenado por el tobillo a un camastro de hierro y royendo el muslo de una rata asada. Garabateando con una pluma desvencijada sobre una bañera puesta del revés, sin más iluminación que la llama grasienta que chisporrotea en una lámpara de sebo. ¡Prisionero de la mala fortuna, juguete del destino, instrumento desgraciado de unos dioses de la malicia que se regocijan en arrancarle las alas a la dorada mariposa de la felicidad humana! Despojados así

de libertad y obligado a cargar con ese dudoso regalo que es el tiempo, me propongo aliviar las horas plomizas plasmando esta fiel crónica, las memorias de un rey en ruinas.

La noche después de escribir estas palabras, Titus Joyner había aparecido en el risco de la soledad de Julie, ondeando su garfio en el aire. Desde entonces Julie no había añadido ni una palabra a su crónica del aburrimiento. Ahora cerró la Moleskine y ciñó sus memorias con la pequeña cinta elástica, con el corazón constreñido por una tierna compasión hacia el adolescente que las había escrito en una época ya lejana.

Se oyó un portazo procedente de la entrada y el maestro secreto del multiverso dijo:

—Mierda.

—Titus —dijo Julie—. Es mi padre. Levántate.

Titus Joyner estaba tumbado boca arriba y tenía la cara tapada por una almohada que sujetaba con el brazo doblado. Así era como dormía: detrás de un escudo. Titus el oriundo de Tyler, que Julie se imaginaba como un trozo de la infinita Texas quemado por el sol y carente de horizonte, una ciudad nigromante del Día de los Muertos llena de prisioneros y rosas, donde a Titus lo había criado una severa abuela a quien todo el mundo llamaba Shy. En la imaginación de Julie, Shy iba toda vestida de negro y estaba iluminada por los relámpagos. Pero ahora su abuela estaba muerta y Titus había sido arrojado en manos del destino, reclamado como si fuera una gorra perdida por una tía suya de Oakland, una desconocida de un hogar de desconocidos.

—¡Colega! —dijo Julie en voz baja—. ¡T!

Julie cogió el reproductor de casetes de ocho pistas que Archy le había traído del mercadillo de intercambio de Alameda. Era de color verde tanque, estaba diseñado como si fuera una radio de campaña y tenía una correa de redecilla para que algún Soldado del Funk, suponía Julie, pudiera pasear su rollo marchoso por ahí. Sacó del aparato *Innervisions* (Motown, 1973), uno de los escasos casetes de ocho pistas de la pequeña colección que había conseguido reunir que Titus aceptaba escuchar, y metió, con un ruido seco y carnoso, *Point of Know Return* (Kirshner, 1977), consciente de cómo iba a irritar a su padre.

—¿Julie? ¿Estás ahí?

Un grupo de enigmáticas personas blancas de los setenta y del interior del país se pusieron a airear una serie de ideas curiosas sobre el rol del violín y del órgano en un contexto de rock and roll. Titus se apartó la almohada de la cabeza y se incorporó hasta sentarse. Despierto y mirando fijamente a Julie; luego, antes de que Julie fuera del todo consciente de ello, se levantó de la cama. En pelota picada, como decía Titus. Titus hizo una bola con toda su ropa y la cogió en brazos, a continuación fue hasta la ventana, se dio la vuelta y se quedó mirando un armario ropero estilo art-déco que había pertenecido a la bisabuela de Julie. El ropero se abrió con un chirrido de bisabuela y Titus se metió en él.

Julie aceptó aquella maniobra sin plantearse si era necesaria o deseable.

«Él lo sabía. Lo sabía mejor que tú y que yo. Se nota por los dibujos que hacía».

—Esconde la pipa de agua —dijo su padre—. Que subo.

Cogiendo aire con solemnidad, Julie activó su entrenamiento secreto de maestro. Iba a usar su Campo de Silencio, pensó, combinado con su Mueca de Irrevocabilidad Resonante. La puerta se abrió y su padre se asomó a su cuarto, con ojos luminosos y hundidos, con un corte del afeitado en la mejilla y vestido con uno de sus viejos trajes de enrollado de los cincuenta. Tenía aquella mirada escurridiza que se le ponía siempre que había hecho algo que probablemente no debería haber hecho. Julie se dio cuenta de que tal vez no fuera mal momento para confesar su más reciente ejemplo de mala conducta, o por lo menos para aludir a él. Y, sin embargo, había algo que le encantaba en el hecho de que Titus hubiera establecido aquella conspiración con el ropero.

Su padre se puso a olisquear teatralmente el aire de la habitación con objeto de esconder el hecho de que estaba olisqueando el aire de la habitación en busca de residuos moleculares de cannabis quemados.

—¿Estabas aquí sentado sin más? —le dijo.

Julius Lovecraft Jaffe (aunque en su pasaporte el segundo nombre, en virtud de uno de aquellos errores administrativos metafísicos que la realidad siempre estaba cometiendo sobre la verdadera naturaleza de su ser, constaba como «Lawrence») le devolvió la mirada con tranquilidad a su padre. Estaba sentado en su cama, con las piernas cruzadas y enfundadas en su pijama de una sola pieza de batik. No el pijama de una sola pieza de batik que tenía la escalera infinita de Escher serigrafiada en el pecho, sino el que tenía el galeón espacial navegando con rumbo a Tau Ceti a través de un mar de estrellas, comprado la primavera anterior en la sección de mujeres del Shark's, donde se lo había encontrado con una etiqueta escrita a mano que decía, con caligrafía de arquitecto y empleando unos términos destinados a tocarle las fibras más sensibles del alma: KITSCH ESPACIAL MOLÓN DE LOS SETENTA. Ahora el Campo de Silencio latió sin pausa, espeso como un arroyo de sirope aniquilador. La Mueca abrió senderos al rojo reverberante en el aire que separaba a Julie de su padre.

—¿Qué es eso?

A su padre se le aglutinó la cara en torno a los ojos y se le ahuecaron las mejillas. Parecía un hombre con problemas del oído interno, entre desorientado y a punto de vomitar.

—Dios mío —dijo—. Dime que no estás escuchando a Kansas.

En Brokeland tenían una pequeña cubeta de rock progresivo, pero su contenido evitaba los pináculos y acantilados a favor de los densos matorrales británicos y los enjambres de diéresis alemanas. Como entraras en Brokeland con la intención de vender una copia de *Point of Know Return* o, por ejemplo, de *Brain Salad Surgery*

(Manticore, 1973), iba a hacer falta una aspiradora Shop-Vac para recoger tus cenizas.

Julie se sacó la billetera del bolsillo de atrás de los vaqueros cortados. Era una billetera de plástico amarillo que tenía impresa una imagen ajada de Johnny Depp con un peinado de los años ochenta y la inscripción 21 JUMP STREET con letras de graffiti de pega. Abrió el monedero de la billetera, en el cual llevaba siempre una selección rotatoria de la amplia gama de tarjetas de visita que había impreso para sí mismo a principios del verano, justo antes de conocer a Titus. Desde entonces, una de aquellas tarjetas bien elegida le había ido de perlas más de una vez para no tener que conversar, sobre todo con sus padres. Ahora eligió una que decía:

JULIUS L. JAFFE
Comisario de arte

—Tengo que admitir —dijo su padre en un tono que sugería que no le costaba mucho admitirlo— que empiezo a estar hasta los cojones de estas putas tarjetas. —Se la devolvió a Julie, que la metió en la billetera y se guardó a Johnny Depp en el bolsillo de los pantalones cortos—. ¿Qué son esos zapatones?

Eran unas Air Jordan de la talla 45, en blanco sobre blanco sobre blanco. Parecían un par de maquetas de destructores imperiales pulcramente atracados en la cubierta de la Estrella de la Muerte. Julie se planteó afirmar eso mismo. Vio que iba a tener que deshacer el Campo de Silencio, por lo menos de forma temporal, y lanzar una Trampa de Engaño.

—Es ese proyecto artístico —dijo—. Ese del que te hablé.

Aquella estrategia, que la madre de Julie denominaba «de confusión», podía resultar sorprendentemente efectiva con su padre, que pasaba tanto tiempo perdido en sus tarareos que a menudo se perdía los acontecimientos del mundo real.

—Ah —dijo su padre.

No tenía ninguna buena razón para mentir; en el fondo, Julie lo sabía. Sus padres tenían que adivinar-barra-entender que Julie estaba medio interesado en la bisexualidad, o quizá era gay, o algo por el estilo. Que le faltaban veinticinco minutos para las gay en punto. Pero confesárselo le daba una pereza terrible; era demasiado difícil explicar lo de Titus. Por ejemplo, Titus era un hetero completamente en punto, con las dos manecillas en el doce, pero eso no le había impedido llevarse hasta el último billete y moneda de la virginidad de Julie durante las últimas dos semanas. Era una cuestión que iba mucho más allá de nimiedades como el sexo, el género o la raza. Julie tenía la sensación de que de pronto su vida, igual que los aminoácidos de la sopa primordial, había empezado a formar nudos y patrones y a complicarse. ¿Cómo confesar que se había estado escapando de casa todas las noches con el monopatín para juntarse con Titus, juntarse en sentido general pero también juntarse de forma

literal, poniendo la mano en el hombro de Titus mientras ambos rodaban por las calles de la noche estival de South Berkeley y West Oakland y por las ramificaciones descabelladas del multiverso de sus imaginaciones mutuas? Titus prefería la calle a las cuatro paredes en cuyo interior le habían obligado a refugiarse un destino cruel y una tía chiflada de noventa años, mientras que Julie prefería por encima de todas las cosas sentir con la mano el tacto de los huesos y músculos del hombro de Titus, prefería por encima de todo el traqueteo de sus ruedas y el susurro en que se convertían a su paso todos los árboles, los coches aparcados y los postes de farolas.

—Es para ese proyecto que están haciendo en el Museo Infantil de Habitot —añadió Julie para darle verosimilitud a la cosa—. Las tengo que decorar.

Su padre asintió con expresión de entendido. Era la única forma en que sabía asentir.

—Entonces, ¿qué estás haciendo? —dijo—. ¿Jugar al Marvel?

De hecho, antes de que Titus se quedara dormido, los dos chicos se habían estado turnando ante el portátil de Julie, conectados al Marvel Team-Up Online. Puliendo a sus personajes más recientes, Deseo y la Respuesta Negra, haciéndolos correr con sus capas y sus auroras de energía por las calles atestadas de La bahía de Hammer, en la isla de Genosha.

—Afilándome los dientes —dijo Julie.

—Ajá. No estás fumando hierba.

—Solo crack. Y un poco de opio. Un poco así nada más. —Pellizcó una bolita imaginaria con los dedos—. Joder, papá.

—Porque sabes que si lo hicieras no pasaría nada.

—Sí, papá.

—O sea, no es que no pasara nada, pero si te estuvieras colocando, me gustaría que me lo dijeras, ¿vale?

—Vale.

—No creas que te tienes que esconder ni nada parecido.

—Ya lo pillo.

—Porque es entonces cuando uno empieza a hacer estupideces.

Julie dijo que tenía planeado continuar con su política de toda la vida de evitar las estupideces siempre que pudiera.

—Así pues —dijo su padre—, ¿qué haces ahí sentado sin más? ¿Regodearte en la autocompasión?

—No me hace falta la compasión de nadie —replicó Julie, viendo cómo las palabras se desplegaban por la página de su imaginación con la caligrafía florida que había adoptado mientras escribía con su estilográfica en la Moleskine—. Y mucho menos la mía.

Aquello le arrancó una sonrisa a su padre.

—¿Y tú por qué estás en casa a mediodía? —dijo Julie.

—Mmm... he pasado por casa —dijo su padre—. Supongo que debería regresar.

Cuanto más breves eran las justificaciones de su padre, más estúpida o embarazosa había sido su conducta. Ahora la mirada de su padre se paseó sin ver nada por millonésima vez por los dibujos que Julie había hecho y pegado con chinchetas al techo de listones: los retratos de asesinos proxenetas cibernéticos, los espadachines albinos y ciegos mitad gigante Jotun y el preciado dibujo del Doctor Extraño que Julie había hecho con ceras de colores y un rotulador Flair cuando tenía cinco o seis años. Un póster de *Nausicaä* y el cartel israelí de *Pulp Fiction*. La funda interior desplegable de un disco titulado *Close to the Edge* (Atlantic, 1972) con su mundo de cascadas frescas y enigmáticas que jamás dejaban de verter su azul verdoso en el infinito. Su padre, que no veía nada, que no entendía nada, siempre buscando la frase, la señal, el trozo de conversación que le diera alguna pista. Hacía poco, y de forma inesperada, el cable de fibra óptica que conectaba los continentes del Padre y el Hijo había sido segado por la punta de un ancla misteriosa que se arrastraba por el fondo del océano. Su padre estaba allí plantado en la puerta del desván, con las manos metidas en los bolsillos estilo años cuarenta de la americana del traje, amando a Julie con una cautela llena de vistazos cohibidos que el chico podía sentir y que sin embargo también le garantizaba su propia inutilidad, el hecho de que el amor no ocupaba más que una zona pequeña e improductiva de la Gran Inutilidad que parecía extenderse por toda la superficie de la vida de su padre.

—¿Ha pasado algo con Archy? —dijo Julie.

—¿Con Archy?

—Algo en la tienda.

—¿En la tienda?

—Estás contestando con otra pregunta.

—Lo siento.

—¿Qué has hecho?

—Nada, solo he perdido los papeles.

—Oh, papá.

—Con Chan Flowers. El concejal Flowers.

—Uau.

—Sí.

—¿Ese tío no da un poco de miedo?

—Siempre me lo ha parecido, sí.

—Es un tío chungo, ¿no?

—A veces da esa sensación.

—Pero compra muchos discos.

—Una combinación de conductas demasiado habitual.

—¿Y le has gritado?

—Pues la verdad es que lo he echado —dijo Nat—. Y luego he echado a todos los demás capullos que había en el local.

—Hostia, papá...

—Y luego he cerrado la tienda para siempre. ¿Qué te parece?

—¿Cómo? ¿Para siempre?

—He cerrado el negocio.

—¿Has cerrado la tienda?

—Me ha parecido realmente que no tenía opción.

—¿Para siempre?

—Estás contestando con una pregunta —dijo su padre—. Escucha, estoy bien. Ya se me ha pasado. Ahora me toca volver y pedirle perdón a Arch. Me disculparé con Flowers, con Moby con todo el que haga falta. Las disculpas no cuestan nada, Julie, y tienen una eficacia desproporcionada en relación con su coste. Mi padre solía decirme: «Tú llévalas en el bolsillo del pantalón como si fueran un fajo de billetes y repártelas a mansalva». Acuérdate de eso.

—Vale, muy bien.

—Me solía decir: «Son buenas para los negocios y hacen que el mundo sea mejor».

Estaba claro que su padre tenía un día de altos vuelos, ya estaba adoptando aquel tono como de Groucho Marx. Llevaba años tomando de forma intermitente diversas medicaciones cuyos nombres parecían nombres en clave de hechiceras o de asesinos ninja. Desastrosas desde la primera dosis o bien decepcionantes a largo plazo; todas acababan quedándose demasiado tiempo en la sangre de su padre sin conseguir siquiera ponerle una capa aislante a aquel cable al rojo vivo que tenía dentro. Sus estados de ánimo no seguían apenas ningún patrón ni rotación regular, salvo quizá cierta intensificación durante los meses de septiembre y febrero, pero si Julie había aprendido con el tiempo a vivir sin que lo afectaran los ataques impredecibles de la manía de su padre, también se había habituado a sus secuelas completamente predecibles, por conmovedoras que fueran, en forma de disculpas y remordimientos.

—Me disculparé —dijo Nat—. Y luego volveré a abrir la tienda como si todo hubiera sido, ya sabes, una simple pausa mental. Una falsa alarma. Que todo el mundo vuelva al trabajo.

—Todo el mundo menos Gibson Goode, ¿verdad?

—Qué más da —dijo su padre—. El tipo tiene derecho a vender lo que quiera y donde quiera. Que venga. Pero entretanto, tú ánimo. Que todavía te quedan dos semanas del verano.

Con un tenue crepitar, el Campo de Silencio se volvió a activar entre ellos.

«Y lo intentó. Pero se murió antes de poder decírnoslo».

Su padre cerró la puerta. Julie escuchó los crujidos de su descenso por las intrincadas escaleras.

La puerta estrecha y provista de espejo del viejo ropero art-déco se abrió, revelando a la efigie articulada y encogida, semivestida con unos vaqueros planchados, de Titus Joyner.

—Qué pasa, colega —dijo Titus. Poco a poco y con cuidado salió del ropero y se volvió a ensamblar a sí mismo en el suelo del dormitorio de Julie, como un asesino a sueldo montando las piezas de su rifle. Parecía cansado. Olía igual que el vestuario de la YMCA—. Cinco minutos más —dijo.

Se tumbó en el suelo de la habitación de Julie, sobre las hebras enroscadas de una alfombra trenzada, y se desperezó. Cerró los ojos; su respiración se volvió solemne y los movimientos rítmicos de su pecho se ralentizaron. Tenía una capacidad prodigiosa para quedarse dormido de forma furtiva y en el acto. La cama que el destino le había asignado para que pasara las noches era una zona de peligro e insomnio oscuro. Si cerrabas los ojos en aquella casa carente de seguridad, te saqueaban las pesadillas y te violaban los sueños.

—Titus —dijo Julie—. Eh, T.

Nada: dormido. Julie desplegó la colcha de su cama y se la puso por encima a Titus. Era una antigüedad de los años ochenta, Michael Jackson con un traje espacial cutre y una tripulación abigarrada de robots y alienígenas. Julie se quedó mirando al chaval que tenía en el suelo de su cuarto, un chico misterioso caído del cielo igual que el meteorito de Wold Newton, aparentemente inerte y sin embargo atiborrado de la información mutagénica invisible de galaxias lejanas y explosiones estelares.

Julie estaba enamorado.

El título del curso que se impartía durante todo el programa de enriquecimiento estival nocturno del Centro para la Tercera Edad de Southside de la ciudad de Berkeley era «El muestreo como venganza: fuentes y alusiones en *Kill Bill*». Estaba programado para impartirse todos los lunes durante diez semanas hasta finales de agosto, en una sala polivalente de color beige provista de sillas y mesas plegables donde, en el pasado, Julie había estudiado confección de marionetas, escultura de arcilla e ikebana. Siempre era el más joven de la clase por una diferencia de varias décadas, de medios siglos, y estaba más contento allí entre los ancianos de lo que le parecía posible estarlo entre sus supuestos coetáneos.

Aquel primer lunes de junio, una semana después de graduarse de la Willard Middle School, Julie se había sentado en la primera fila de cinco sillas, en el centro exacto de la sala, a mitad de camino entre el proyector de vídeo y Peter van Eder, que Julie siempre se había imaginado, a juzgar por el tono irritado con que escribía en el *Berkeley Daily Bugle*, que sería un caballero calvo y rechoncho con gafas de aviador

y corbata de punto de puntas cuadradas a quien se podía ver de vez en cuando en los cines California, aguantando con expresión adusta el estreno de *El planeta de los simios* (tal vez la decepción más grande de toda la vida de cinéfilo de Julie Jaffe, que era un fan loco de Tim Burton) o de *Steamboy* (otra birria trágica). Sin embargo, Van Eder resultó ser un joven huesudo que no podía haber terminado la universidad hacía mucho. Nuez de Adán grande, huesos de las muñecas grandes, un faldón de la camisa fuera y un pelo largo y correoso y salpicado de caspa o bien de ceniza de sus cigarrulos o de ambas cosas. En la barbilla tenía el esbozo apresurado a lápiz de una perilla.

Julie sacó de un bolso de mano de la Pan Am una barrita de pegamento y un cuaderno de color naranja chillón y páginas cuadriculadas. Dobló pulcramente y pegó al interior de la cubierta el temario de películas que Peter van Eder tenía intención de proyectar y comentar:

Lady Snowblood (1973) de Toshiya Fujita

The Doll Squad (1973) de Ted V. Mikels

El bueno, el feo y el malo (1966) de Sergio Leone

Female Convict Scorpion: Jailhouse 41 (1972) de Shunya Ito

Ghetto Hitman (1974) de Larry Cohen

La historia de Zatoichi (1962) de Kenji Misumi

Melodías de Broadway (1953) de Vincente Minnelli

La naranja mecánica (1971) de Stanley Kubrick

36th Chamber of Shaolin (1978) de Gordon Liu

Coffy (1973) de Jack Hill

Julie examinó el temario mientras Van Eder esperaba a que llegaran los dos últimos alumnos de su lista, uno de los cuales, descubrió Julie con interés, era Randall Jones. El señor Jones había sido tanto profesor como alumno en el Centro para la Tercera Edad de Southside, y era a través de él como Julie se había enterado hacía unos años de la clase de confección de marionetas. El señor Jones, cuyos gustos en materia de cine tendían de forma pronunciada hacia los westerns y los policiales más violentos, era alumno habitual de los cursos de cine que impartía Peter Van Eder en el Centro de Southside.

A Julie le produjo vértigo su ignorancia de las películas elegidas por Van Eder, de las cuales solo había visto dos, la de Sergio Leone y *Melodías de Broadway*. A menos, y esto parecía lo más probable, que existiera otra película titulada *Melodías de Broadway*, puesto que la película así llamada que Julie había visto con sus abuelos maternos una Navidad en Coconut Creek, Florida, era un delicioso musical con Fred Astaire y Cyd Charisse, cuyos muslos despertaban anhelos vetustos y algo inquietantes en el abuelo Roth. Del resto de títulos y nombres de directores de la lista,

había un par que le sonaban. *La historia de Zatoichi*. Y Kubrick, cómo no.

—¡Atención al pájaro! —dijo alguien.

Cochise Jones, ataviado con un traje de fantasía de tela descolorida de pata de gallo, entró en la sala polivalente con Cincuenta y Ocho gobernando la cubierta de popa de su hombro izquierdo, seguido de cerca por un chaval más o menos de la edad de Julie, tal vez nieto suyo, de piel clara y ojos claros, hombros anchos y caderas estrechas. Julie nunca le había conocido al señor Jones más familia que el pájaro. Cuando el señor Jones vio a Julie, frunció el ceño, con cara pensativa y vacilante, como si estuviera intentando decidir si le tenía que llevar al chaval para presentárselo.

—Este es un amigo de Cincuenta y Ocho —le explicó el señor Jones con cara seria, decidiendo al parecer que no les haría daño presentarlos—. También es fan del señor Tarantino. —Aunque pronunció el nombre más bien como «Tarantini».

—Hola —dijo Julie, enganchando un dedo en el orillo raído de sus vaqueros cortados hasta que dejó de circularle la sangre por la yema del dedo. Atrapado en su horca de hilo de algodón, el dedo índice se le infló y le latió y le dolió y en general se convirtió en sinécdoque del corazón de catorce años de su propietario, así como de aquel trastorno generalizado y global de su pecho pequeño y flaco que era su amor a Tarantino, al mundo o a la humanidad entera—. A mí también me gusta.

Titus Joyner asintió, vagamente divertido (como mucho) por el espectáculo que ofrecía Julius ataviado con sus vaqueros cortados y su camiseta sin mangas, con su reproductor portátil de ocho pistas en el suelo junto a sus pies enfundados en sandalias de plástico de color blanco traslúcido y aquel bolso de mano de color azul vivo que se parecía a los de las azafatas de la Luna de 2001. No dijo nada. Era un chaval delgado, de brazos y piernas largos y desgarrados, con la piel del color del café con leche de soja de Peet. Con un peinado afro pulcro y discreto que tenía cierto aire retro estudiado. Unos ojos cautelosos y burlones, de mirada fría salvo por un fantasma de socarronería, o tal vez fuera un destello de reconocimiento, como si su dueño creyera saber qué etiqueta le correspondía a Julie. Hoyuelo en la barbilla. La ropa pulcra e impoluta: vaqueros oscuros y camisa de botones de tela Oxford y manga corta. Nada elegante, aunque la camisa blanca impecable y la raya que llevaba planchada en la parte de delante de las perneras de los pantalones se las apañaban para darle cierto aire formal. En los pies llevaba aquellas zapas parecidas a destructores estelares imperiales.

—¿Qué tal? —dijo.

Julie se sacó de la billetera una tarjeta recién impresa y se la pasó al chaval. La tarjeta decía:

JULIUS L. JAFFE

Espadachín *ronin* a sueldo

El chaval mantuvo la misma expresión de sorna en la cara mientras examinaba la tarjeta, pero la examinó. Se la metió en el bolsillo de los vaqueros. Luego fue al fondo de la sala para repanchingarse en una butaca tapizada que había en un rincón.

—LO SIENTO, SEÑOR —dijo uno de los otros alumnos, un hombre con silla de ruedas que hablaba a través de una caja robótica. Julie había visto al tipo desplazarse a toda velocidad por Temescal, en las inmediaciones de Brokeland, con el cuerpo convertido en un juguete en manos de alguna enfermedad brutal. La voz le salía chisporroteando de su caja estilo Hawking—. SEÑOR, DISCULPE, PERO TENGO ALERGIA A LOS PÁJAROS.

—Alergia a los pájaros —dijo el señor Jones, con cara inexpresiva, sin entender cómo aquella afirmación lo podía afectar a él—. Pues lo siento mucho.

—Tal vez podría usted... ¿Puede el pájaro esperar fuera? —dijo Peter van Eder—. ¿O bien...?

Cincuenta y Ocho se hurgó educadamente en los pulmones plateados que tenía en el pecho, al parecer sin sentirse ofendido por el giro que acababan de dar las cosas, pero el señor Jones, ya fuera porque le tenía muchas ganas a aquel curso, o bien porque le daba lástima Cincuenta y Ocho, pareció quedarse desolado.

—ES BASTANTE GRAVE —dijo el hombre de la silla de ruedas, con la torsión de su cuello provocándole, sin duda de forma injusta, una expresión soslayada y mendaz mientras lo decía, como si lo que le pasara en realidad era que le daban miedo los loros o bien tenía algo personal en contra de Cincuenta y Ocho—. LO SIENTO MUCHO.

El señor Jones suspiró. Aun en el caso de que él y Cincuenta y Ocho no hubieran sido inseparables, resultaba completamente impensable dejar a un pájaro de una especie rara y cara esperando en un pasillo. Se volvió hacia el chaval que estaba al fondo de la sala. El chaval se quedó mirando al tipo de la silla de ruedas con un horror abierto y lleno de admiración.

—¿Puedes volver a casa en autobús? —dijo el señor Jones.

El chaval compuso sus brazos y piernas y contestó con una fracción de asentimiento de la cabeza, a punto de ser abandonado en aquella sala llena de lisiados y viejos.

—Adiós, Cincuenta y Ocho —dijo Julie—. Adiós, señor Jones.

—ME SIENTO FATAL —dijo el tipo de la silla de ruedas, pero por culpa de la monotonía de su robovoz, resultaba difícil estar seguro de si se refería a los remordimientos que le producía la expulsión de Cincuenta y Ocho o bien al inicio de la anafilaxis.

—Ven, tarugo —le dijo el señor Jones al pájaro.

Van Eder le pasó un temario a Titus Joyner, que le dio las gracias en voz baja, llamándolo «señor» de forma automática. Luego el chaval posó la mirada en el

temario y lo examinó. Frunció el ceño. Algo de lo que había escrito en la página lo afligió y lo llenó de indignación y confusión. Se estuvo retorciendo en las profundidades de su butaca hasta que no pudo aguantarse más.

—¿*Melodías de Broadway*? —dijo.

Su acento sureño entonó el título de la séptima película del temario con un desprecio tan absoluto que llevó a una de las profesoras de piano jubiladas lesbianas y comunistas de aspecto temiblemente monjil que integraban casi exclusivamente el alumnado de «El sampleado como venganza» a levantarse y empezar a repartir máscaras de oxígeno y tanques de aire, a fin de que el resto de ancianos y Julie pudieran seguir respirando y no se quedaran sin aire en los pulmones por culpa del vacío zumbante que siguió a aquel exabrupto procedente del fondo de la sala.

Peter Van Eder parpadeó y pareció ligeramente divertido.

—¿Tienes algún problema con *Melodías de Broadway*? —dijo.

—Es un musical —dijo Titus—. Y sale, o sea, Sid Caesar.

—Cyd Charisse —dijo Peter van Eder en tono áspero y sin inflexiones, igual que el antiguo profesor de esgrima de Julie, el señor DiBlasio, le habría corregido la postura a Julie con un golpe impaciente en las nalgas propinado con el lado plano de la espada.

El chaval asintió como si aquella corrección lo satisficiera. Cogió su copia del temario y lo sostuvo con los brazos extendidos en un despliegue de miopía que a Julie le pareció paródico.

—Gordon Liu —dijo lentamente y con un escéptico fruncimiento del ceño, pronunciando el nombre chino de tal manera que rimara con «canesú»—. Stanley Kubrick. Cyd Charisse.

Ni las señoras mayores —que eran siete y todas blancas— ni los tres caballeros ancianos (uno de los cuales era asiático americano y llevaba una gorra de los Athletics de Oakland) ni tampoco el tipo de la silla de ruedas parecían ver nada risible ni absurdo en la presencia de Fred Astaire y Cyd Charisse dentro de aquel inventario de violencia desatada y artes marciales. Al contrario, parecían escandalizados, y hasta ligeramente asqueados, por la falta de respeto que estaba mostrando el chico, ya fuera porque eran viejos o porque eran blancos o por ambas cosas. Julie estaba ciertamente escandalizado.

—El mismo Tarantino ha explicado a menudo que sus películas hay que situarlas en el contexto del musical de la gran pantalla, con los estallidos de violencia ejerciendo la misma función narrativa que los números musicales —dijo Peter van Eider—. Como pasa con muchas películas de Minnelli, en *Melodías de Broadway* tenemos a un personaje femenino fuerte como los que ocupan el primer plano de la obra de Tarantino. Y lo más importante, y me estoy adelantando pero da igual, el mundo cerrado en sí mismo y autorreflexivo de los actores y bailarines que retrata la

película prefigura con exactitud ese universo hermético y vacío de maestría física que encontramos en *Kill Bill*. Además, *Melodías de Broadway* es un exponente del virtuosismo técnico de Minnelli, que no solo ha reconocido como influencia Tarantino sino también Martin Scorsese. En otras palabras...

Van Eder sonrió, con una sonrisa rígida y genuina que de alguna manera resultaba más horrible por el hecho de ser genuina, en la que había entremezclados una familiaridad obsequiosa y el deseo de poner a aquel chaval en su sitio.

—... hay que respetar a Minnelli, hermano.

Julie quiso morirse de su propia blancura, ahogarse en la marea de la vergüenza que sentía en nombre de toda la gente blanca del mundo que no resultaba enrollada en absoluto cuando se ponía a intentar serlo. Titus Joyner miró a Van Eder con cara de rencor. Frunció los labios y se puso a menearlos pensativamente de un lado a otro, vacilando tal vez entre reconocerle a Van Eder la sabiduría impartida o bien ofenderse por aquel horrible «hermano».

—*Lady Snowblood* —continuó Van Eder.

Se estuvo dirigiendo a la clase durante diez minutos, leyendo de una serie de tarjetas de apuntes de diez por quince con voz suave, estupefacta y cada vez más jadeante, como la de un astronauta suplicándole a una supercomputadora que abra la compuerta de una cámara estanca, que era la voz que, por razones desconocidas, Van Eder usaba para impartir información. Tocó los temas del lugar ambivalente de la mujer en la economía japonesa de posguerra, la historia feudal y los valores occidentales, la popularidad en Japón de tebeos como el *Snowbird* original, la literatura japonesa sobre venganzas, la tensión entre las necesidades individuales y las normas de la comunidad y otros por el estilo. Luego Van Eder encendió el proyector de vídeo, bajó la pantalla y apagó las luces.

Aprovechándose de la oscuridad repentina, Julie se volvió para mirar a Titus Joyner. El chaval se metió una mano en el bolsillo de la camisa y sacó unas gafas enormes, al mismo tiempo redondeadas y cuadradas, de un estilo a medio camino entre el primer Spike Lee y el Miles Davis de la portada de *Get Up With It*. Bajo la luz parpadeante de la lente del proyector, el chaval vio que Julie lo estaba mirando y una sonrisita le tiró como un anzuelo de la comisura de la boca. A continuación se volvió hacia la pantalla, y el disco se puso a girar dentro del proyector Panasonic, y el ventilador se puso a zumbiar, y la banda sonora a crepitar, y los platillos a resonar, y Julie se pasó dos horas soñando con los ojos abiertos.

Era un *Kill Bill* de ensueño, angelical y atroz, todavía más hermoso, simple y siniestro. Más —conjeturó él— existencial. Por lo menos la Novia, Beatrix Kiddo, había conocido el amor y la felicidad, el compañerismo y la esperanza en el futuro. Hasta en su peor momento, cuando estaba en coma y la estaba violando un palurdo, llevaba el recuerdo dentro de sí, en el espacio vacío que había dejado el bebé que

había perdido. Por su venganza rondaba el fantasma de la felicidad. Desde su nacimiento, Yuki Kashima —¡Meiko Kaji, tan delicada y tan macarra!— no había conocido nada más que la maldición de su misión sanguinaria e insensata. ¡Y qué combates con espadas! Criminales y picaros, maestros y alumnos, todos dando estocadas a diestro y siniestro, con sombrillas letales. ¡Y cuánta sangre! ¡Brazos cortados por los aires, sangre sobre la nieve recién caída, cortinas y cataratas de sangre!

Cuando las luces se encendieron al acabar la película, el cerebro antediluviano de Julie fue vagamente consciente de que Van Eder se estaba disculpando por haber excedido el tiempo asignado a su clase, del susurro de los papeles y del chirrido de las patas de las sillas. La biomasa designada como Julie Jaffe se puso de pie y sus sistemas automáticos se hicieron con el control y la propulsaron hacia un pasillo de color beige, sobre baldosas de linóleo de color beige y a través de un mundo de color beige, mientras que, en otro universo, su alma de viajero afilaba su katana y comía arroz con palillos y se hacía un tupido moño en su salvaje melena negra. Julie estaba a medio camino del patio cubierto de nieve donde tenía que librarse el combate existencialmente absurdo y hermoso entre Yuki y su enemigo final —a medio camino de las puertas de cristal del Centro para la Tercera Edad de Southside, que daban a una plaza de cemento con una fuente escultural— cuando oyó un extraño aullido detrás de sí, canino y bajo al principio y elevándose después hasta convertirse en un chillido de desafío japonés paródico.

Julie se volvió de golpe, justo a tiempo para ver al chaval, Titus, echándose encima, con las gafas guardadas en el bolsillo de la camisa y los ojos en blanco en una mueca de entusiasmo homicida, dando una patada voladora en el aire mientras hacía girar una espada imaginaria sobre su cabeza.

—¡Hiiiya! —gritó, aterrizando a un palmo de distancia de Julie y bajando la espada como si quisiera rajarlo desde el cráneo hasta el coxis. Julie desenvainó y paró el golpe con un solo movimiento ágil y a continuación retrocedió en medio de una lluvia de chispas y dejó que el impulso demente del otro chaval lo lanzara hacia delante con un torpe tambaleo. Cuando el chaval pasó a su lado, Julie le asestó un golpe hacia abajo con el codo izquierdo (quedándose a un pelo de clavárselo en la rabadilla).

—¡Ya!

El otro chaval recobró el equilibrio y se volvió, y los dos intercambiaron una rápida serie de ataques y paradas, simulando con las bocas los choques y el golpeteo metálico del acero contra el acero mientras Titus se alejaba de las puertas de cristal del Centro para la Tercera Edad de Southside y se adentraba en la noche estival.

¡Ya!

¡Ya!

¡Yaaaya!

Mientras las señoras y los vejetes con gorras de béisbol pasaban junto a ellos arrastrando los pies, Julie y su oponente se dedicaron a atacar y esquivar golpes, a dar estocadas, hacer fintas y arremeter. Cruzaron como exhalaciones la ancha plaza iluminada con reflectores, con sus rectángulos de cemento desparramados al azar, brincando a diestro y siniestro y dando vueltas a la fuente del centro. Julie, que contaba en su haber reciente con dos decepcionantes años de lecciones de esgrima, tenía la ventaja de saber lo que se podía hacer con una espada si realmente se tenía una en la mano, mientras que Titus tenía la ventaja que siempre iba a tener: que todo había sido idea suya. Era él quien hacía que sucedieran las cosas, quien las impulsaba, quien se las tomaba en serio durante el tiempo suficiente y con la intensidad suficiente —y en público— para hacer que de alguna manera tuvieran lugar. Julie se puso a perseguirlo y Titus echó a correr entre risas. A continuación saltó al ancho borde de la fuente y cogió aire. Tres lámparas con revestimiento de cemento cruzaban el agua de la fuente, como piedras para cruzar un arroyo, hasta la escultura del centro, una enorme mano mutante de acero titulada *Grupo de Baile II* que intentaba agarrar el cielo nocturno desde el centro de la fuente. Titus trepó por la palma de acero de la mano abierta y se quedó allí plantado, sonriendo a Julie. En la lejanía de la calle Cuatro, el tren que iba a Sacramento lamentaba su propio paso. El aire olía al cloro de la fuente y a la hierba cortada del campo de fútbol que había al otro lado del Centro para la Tercera Edad de Southside.

—Tío, ¿cómo has dicho que te llamabas? —lo llamó Julie, aunque sabía que estaba rompiendo el hechizo—. ¿Eres el...? ¿El señor Jones es tu abuelo o algo parecido?

A modo de respuesta, Titus saltó desde la escultura al vacío, pasando por encima del agua turbia de la fuente y de los deseos desparramados en forma de peniques y monedas de diez centavos, haciendo girar su espada sobre la cabeza como las aspas de un helicóptero, con una pierna extendida hacia delante y otra hacia atrás en plan corredor de vallas, cubriendo un trayecto de dos metros en horizontal y uno y medio en vertical para aterrizar con una serie de primorosos pasos entrecortados sobre el borde de la fuente. Julie dejó de respirar.

—Soy Titus Joyner de Tyler, Texas —dijo—. Y he venido a desmembrar tu culo rosado de señor Spock marica con bicicleta rosa que lleva sandalias de plástico y canta canciones de Jethro Tull.

A Julie le dio un vuelco el corazón y luego sintió que lo engullía un extraño chisporroteo de asombro, como si fuera un cubito de hielo y alguien lo acabara de echar en un vaso de agua resplandeciente. La noche anterior, él y sus padres habían ido a casa de Archy y Gwen a comer tacos de pescado, que eran especialidad de la casa. Al cabo de un rato, Julie se había cansado de las conversaciones de la mesa y

había salido a matar el rato con el reproductor de ocho pistas. En la pequeña parcela de hierba donde los niños del vecindario solían abandonar sus juguetes, Julie había encontrado una bicicleta de chica, rosa y con las empuñaduras del manillar blancas y los neumáticos también blancos. Vestido con una camiseta azul de la sección científica de *Star Trek*, con el cuello negro y la pequeña «A» voladora en la pechera izquierda, a la que le había cortado las mangas, Julie se había dedicado a dar vueltas y más vueltas con la bicicleta rosa al callejón sin salida, cantando a pleno pulmón a coro con el ocho pistas «Bungle in the Jungle» de Jethro Tull. No se había dado cuenta para nada de que estaba siendo observado por una fría inteligencia de otro mundo. Ahora Julie se quedó mirando boquiabierto cómo Titus Joyner bajaba su arma con fuerza y, tan profundamente interesado como intensamente avergonzado, le permitió que lo matara. Y murió.

—¿Me puedo quedar aquí?

Julie dio un respingo. Titus estaba inmóvil bajo el parapeto de la colcha, con los ojos cerrados, somnolucos.

—Mmm... vale, sí —dijo Julie—. Mi padre se ha vuelto a la tienda y lo más seguro es que no llegue a casa hasta tarde. Creo que mi madre está en un parto, o sea que lo más seguro es que se pase fuera todo el día. Te puedes duchar. Y yo te podría... como tengo que lavar ropa, te podría lavar la ropa.

Julie, fingiendo un repentino florecer de autonomía y ganas de ayudar en la casa, llevaba dos semanas lavando en secreto la ropa de Titus junto con la suya. Titus solo tenía tres pantalones, cinco pares de calcetines y cinco calzoncillos, pero estaba obsesionado con ir siempre limpio y atildado. El mal aliento le producía un horror que bordeaba lo patológico, y se pasaba una hora adicional al día, por lo menos, acicalándose su discreto peinado afro.

—No, no —dijo Titus—. Me refiero a si me puedo quedar aquí.

—Te refieres a... ¿qué? ¿A si puedes, o sea, venirme a vivir con nosotros?

Desde el momento de su llegada en junio a bordo de un vuelo procedente de Dallas, Titus se había estado quedando, como decía él, en West Oakland, en una ubicación sin revelar; o por lo menos, en una ubicación que se negaba a revelar a Julie. El señor Jones y Cincuenta y Ocho eran vecinos suyos, eso era lo único que sabía Julie. En la casa donde se alojaba vivían nueve personas en tres dormitorios, todos primos y parientes sin parentesco, todos alojados bajo el régimen furioso y desdeñado de la vetusta tía de Titus, que en realidad era su tía abuela, o tal vez incluso su tía bisabuela. No había nadie en aquella casa —que en la imaginación de Julie rebotaba de locos y psicóticos por todas las ventanas, como si fuera un manicomio de dibujos animados— que supiera o a quien le importara si Titus iba o venía, si fumaba crack o si estaba fabricando un maletín-bomba en el sótano. Y sin

embargo, casi todos los días se presentaba delante de Julie con unos vaqueros planchados, una camiseta blanca impecable y una camisa desabotonada por encima, ya fuera la camisa de tela Oxford blanca o bien una de las dos camisas de manga corta a cuadros que tenía, una azul y negra y otra verde y negra. Y las deportivas parecidas a naves estelares y escrupulosamente cuidadas. A Julie lo conmovía misteriosamente aquella escrupulosidad, de manera que no se tomaba el ayudar a Titus como una tarea, sino como un honor. Una oferta de amor.

El casete de ocho pistas pasó al siguiente programa con un traqueteo estridente y Titus se incorporó hasta sentarse, sobresaltado y con los ojos muy abiertos. Se sacó las gafas del bolsillo y Julie se fijó por primera vez en la cinta aislante negra con que había reparado el puente que unía la mitad derecha y la izquierda de sus gafas de Spike Lee. La noche anterior Titus le había producido una impresión extraña al llegar a su cita en Frog Park, pero había estado demasiado oscuro para que Julie viera aquella señal de problemas.

—¿Qué ha pasado? —dijo Julie—. ¿Te has metido en una pelea? ¿Alguien te ha...? ¿Te han dicho que te tienes que marchar?

Titus parecía estar despierto, parpadeando, tragando saliva y secándose la boca con el dorso de la mano, pero su respuesta tardó un buen rato en emerger.

—No quiero hablar del tema —consiguió decir por fin, con una voz que era poco más que un susurro. Luego se quitó aquello de encima—. Quita de encima —se dijo a sí mismo.

Se levantó y fue a la cama de Julie, mirando a través de sus lentes, con expresión de burla, tanto de sí mismo como de Julie por su amabilidad.

—He visto cosas —dijo, poniéndose muy cerca de Julie, lo bastante como para que Julie oliera el aroma a naranja y clavos de la marca de desodorante que él también llevaba, y que al parecer había impregnado a Titus mientras forcejeaban a oscuras aquella madrugada—. Atacar naves en llamas más allá de Orión.

—He visto rayos C brillar en la oscuridad cerca de la puerta de Tannhäuser. Aquí no te puedes quedar.

—Diles que soy tu amigo imaginario —dijo Titus—. Eres hijo único, venga, hombre, seguro que tienes un amigo imaginario.

—Cuando era pequeño, sí.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo se llamaba?

—Se llamaba Cherokee.

—Cherokee... ¿Y todavía vive aquí?

Antes de poder entender que la pregunta no era más que una broma, Julie echó un vistazo rápido al desván. Cuando tenía cuatro o cinco años y dormía en la habitación de al lado de sus padres, solía subir aquí arriba y conspirar con su compañero de juegos imaginario. Ahora de Cherokee ya no quedaba nada más que el latido seco y

frío de unos dedos indios en la palma de su mano.

—Y segundo, vale, eso va primero, pero segundo, me lo prometiste, T.

—¿Qué te dije? —Titus le dio a la pregunta una entonación brusca y se volvió para examinar el planetario de pequeños mundos de cristal que Julie había fabricado en The Crucible a lo largo de los años y que ahora estaba en un plato sobre la cajonera. Intentaba ahora quitarle importancia al asunto, convencer a Julie de que cualquier cosa precipitada que pudiera haberle dicho era una simple broma, algo insincero y ya olvidado—. Lo único que te prometí —continuó— es que cuando sea un autor de primera fila en Hollywood te dejaré que me ayudes con los guiones. Me acuerdo de haberte prometido eso. No recuerdo ninguna otra promesa.

—Dijiste que irías... ya sabes. —Julie se oyó bajar mucho la voz—. Si yo te acompañaba.

Como si fuera Galactus, como si fuera un ser gigante y celestial que vivía fuera del tiempo, más viejo que las estrellas, Titus cogió un puñado de planetas, se los pasó entre los dedos y los dejó caer tintineando de vuelta en la bandeja.

—Cierto —dijo—. Pero hay un problema, colega. —Soltó una risa amarga y despectiva—. Me da miedo ella. El otro día la oí hablarle en voz baja a él desde el porche porque a él se le había caído una bolsa de basura por toda la acera. Me recuerda a un director de escuela que yo tuve en Texas, tiene esa misma forma de enfadarse en voz baja, en tono suave y razonable... Pero luego el cabrón te expulsaba tres días por tirar un lápiz.

—Sí —admitió Julie—. Ella se pone en plan Eastwood. —Y añadió—: ¿Vas allí muy a menudo?

—Lo he seguido a su casa un par de veces.

—¿Cómo? ¿Lo has estado espionando o qué?

—Mirando nada más.

Julie se imaginó a Titus pasando con su bicicleta por delante de la casa de Archy y Gwen al anochecer, se imaginó el porche destartado con su cargamento de buganvillas, y cómo aquella vida que Titus no tenía permitido disfrutar o bien no se atrevía a hacerlo se limitaba a pasar de un lado para otro por la pantalla del enorme ventanal como si fuera una película que hubiera que memorizar plano a plano. Luego Titus se dio la vuelta y Julie se quedó pasmado al ver que tenía lágrimas en los ojos.

—A casa de mi tía no pienso volver, eso te lo aseguro —dijo Titus, y un deje genuino e inexpresivo de Texas se le filtró en la voz. Se quitó las gafas para secarse las lágrimas con el dorso del brazo y las dos mitades se despegaron, la cinta negra cedió y las secciones de la montura rota cayeron ruidosamente al subsuelo de contrachapado del desván—. No pienso volver a esa casa ni loco.

Se quedaron así, separados por quince centímetros y una membrana diamantina del multiverso. Julie deseaba rodear a Titus con los brazos, consolarlo, pero no estaba

seguro de que a Titus le fuera a sentar bien aquella manera de tocarlo. De hecho, sospechaba que Titus lo rechazaría. Julie solo lo podía suponer, con una intuición guiada, o incluso completamente informada, por una dudosa e histriónica panoplia de melodramas del gueto, series de policías y letras brutales de temas de rap, y también por el trauma más reciente que Titus había sufrido.

Julie se arrodilló, recogió los pedazos y se los llevó a la mesa de madera desnuda de pino, cuya superficie era un *action painting* de pintura Testors, chamuscada aquí y allá por las pistolas de encolar y por los elementos resplandecientes de los soldados, marcada con una escritura cuneiforme ilegible de cicatrices de cúter, donde había tenido costumbre, durante los trances sin límites de su soledad, de ensamblar sus maquetas de vehículos AT-AT de *La guerra de las galaxias* y de Cazas Alados de Gundam, de adornar sus diminutos ejércitos metálicos de orcos y paladines y de invertir aquel principio sin usar y cada vez más infinitamente complejo de su vida interior, que era la única que tenía. Había tres estantes de plástico bien organizados de cajones para tornillos y clavos, y él hurgó en su interior hasta encontrar un tubo de cola de impacto, con la punta taponada de su pitorro eternamente atravesada, como la herida alegórica de alguna historia del rey Arturo, por la agujita de su tapón rojo. Apretó el tubo para sacar dos gotas y luego juntó las dos mitades de acrilonitrilo de las gafas de Titus con el pulso experto de un constructor de maquetas hasta que se mantuvieron unidas y no quedó ni una fisura visible. Luego se las devolvió a Titus, que probó con cautela la solidez de la unión. Sin sus gafas, se le veía una cara vulnerable y desnuda.

—En fin, son sin graduar —dijo.

—¿En serio?

—Tengo menos de media dioptría en un ojo. Solo las llevo para... mmm... parecer listo.

Se las volvió a poner y un aire blindado, sellado e inexpugnable volvió a adueñarse de los rasgos de su cara.

—Te puedes quedar esta noche —le dijo Julie, y, nada más decir las palabras, sintió una punzada de remordimiento, intuyendo la despedida que contenían. Si Titus aceptaba los términos que Julie estaba a punto de presentarle, el periodo de su amistad secreta tocaría a su fin. Después de ese día, el mundo descubriría la existencia de Titus Joyner, y, en cuanto la conociera, empezaría también a conocer a Julius Jaffe, o por lo menos a creer que lo conocía. Y sin embargo, él no se sentía listo en absoluto para conocerse a sí mismo ni tampoco para enfrentarse al mundo y a sus definiciones—. Después de eso, no sé, ya veremos.

—Mola —dijo Titus—. Joder, gracias.

—Vale, pero con una condición.

—No pienso ni probar el tempé ese. Esa mierda es asquerosa.

—La verdad es que no comemos mucho tempé —dijo Julie, ruborizándose al pensar en lo incorregiblemente berkelenianos que eran él y su familia—. Ni siquiera sé por qué lo teníamos en la nevera. Pero no, no es eso.

—¿Pues qué?

—Ya sabes.

—No —dijo Titus—. Ni hablar. No pienso...

—Tienes que hacerlo. O sea, aun en el caso de que mis padres te dejen quedarte, y no tengo ni idea de cómo se lo voy a explicar, me voy a tener que apoyar, ya sabes, en el hecho de que les mole la idea de que tengo un joven amigo afroamericano con problemas al que ellos puedan auxiliar o algo parecido. Pero no puedes seguir pasando con la bicicleta todo el tiempo por delante de su casa. Es triste.

Julie bajó al cuarto de baño para cepillarse los dientes y, extrañamente pudoroso, cambiarse de ropa. Cuando salió del cuarto de baño, se encontró con Titus sentado en el peldaño inferior del desván, completamente vestido, con la espalda erguida y las manos sobre las rodillas, como si estuviera esperando para comparecer ante un tribunal.

—¿Y si no le caigo bien? —dijo.

A Julie le vinieron ganas de apretujarse al lado de Titus, entre él y la pared de la escalera. De rodear al chico con el brazo, apoyarle la cabeza en el hombro y cogerle la mano. Si fuera la novia de Titus, sería la cosa más fácil del mundo.

—Ojalá fuera tu novia —dijo.

—Calla, maricón —dijo Titus en tono amable.

—Homofobia —dijo Julie. Se sentó al otro lado de Titus, donde había espacio suficiente para que compartieran la escalera sin tocarse—. Tú haz lo que yo te diga y todo irá bien.

Titus se secó la mejilla con el dorso de una mano y se sorbió una vez la nariz. Julie le ofreció un Kleenex. Titus lo descartó con un gesto de la mano.

—Como lágrimas en la puta lluvia —dijo.

De camino a abrir de par en par las puertas de Brokeland a los vientos de la condenación, Archy decidió dar un rodeo y pasar con el coche por el sitio donde había estado el antiguo supermercado Golden State, en la esquina de la Cuarenta y uno con Telegraph, de cuyas estanterías, siendo cachorro, había hurtado toda clase de artículos suculentos y deseables. La cadena Golden State, que era pequeña y solo existía en el área de la bahía, había sufrido algún tipo de implosión mientras Archy estaba en el golfo. El inmueble de la Cuarenta y uno había sido sembrado con la sal del fracaso, y desde entonces ningún negocio había echado raíces en aquel solar maldito. Ni la tienda de plantas de plástico. Ni la que vendía alfombras de fantasía, de esas que solían verse en venta por encima de las alambradas de los solares vacíos,

alfombras con retratos de Malcolm X y alfombras de guerreros aztecas que sostenían en brazos a señoritas aztecas muertas en las hebras profundas de nailon de sus brazos.

Archy aparcó y salió del El Camino. Con el mismo espíritu de investigación que lo había llevado a coger prestado a Rolando (no había tenido oportunidad de contarle aquello a Gwen, de mostrarle lo capaz y voluntarioso que era, y ahora mismo, contárselo sería como tirar un centavo dentro de un parquímetro). Archy se aplicó al estudio de aquel bloque de fracaso extraído de la zona más amplia de vicisitudes que era su ciudad natal. Intentó ver el lugar con los ojos de un hombre de negocios exitoso como Gibson Goode que aparecía en las listas de hombres más ricos: como si fuera algo que, a diferencia de una planta de interior de plástico, se podía hacer que creciera. Examinó los escaparates entablados y la barrera de hierro oxidado que rodeaba el corral vacío de los carritos de supermercado. El círculo misteriosamente virginal de cemento blanco allí donde, en el nexo de todos los deseos terrenales, había habido un tiiovivo en miniatura con caballitos de fibra de vidrio que funcionaba con monedas, cuyos caballitos giraban rechinando en sus órbitas diminutas de una forma que solo a un niño le podría haber parecido mágica. Mientras caminaba hacia la parte de atrás del edificio, hasta la zona de carga con sus persianas cerradas y precintada con cadenas, vio a un hombre rechoncho ataviado con un chándal de color turquesa y unas zapatillas de deporte que parecían aves tropicales, hablando en voz baja por un teléfono móvil. Unas enormes gafas de sol de plástico color turquesa le escondían al hombre la parte superior de la cara, pero la parte inferior compuso un mohín de preocupación.

—Hola —dijo el hombre en voz baja.

—Qué tal —dijo Archy, centrando su atención de experto en el bloque de hormigón completamente carente de interés y de rasgos propios que era la parte de atrás del edificio.

Se acarició la barbilla y asintió, como si estuviera confirmando algún rumor sobre la construcción del edificio, como si estuviera reparando en que la proporción entre la anchura y la altura de los bloques de hormigón replicaba una información que Dios había ocultado en las obras de Pitágoras o en las pulsaciones radiofónicas de las estrellas. Siguió caminando lentamente sin dedicarle un segundo vistazo al tipo de las zapatillas chillonas, bajando por la Cuarenta y uno en dirección a la carretera Veinticuatro como si tuviera algún asunto urgente que atender.

La calle Cuarenta y uno era todo cielo y cables y horizontes quebrados de tejados y, al igual que muchas calles que habían sido cortadas por la mitad por la construcción de la autopista Groove-Shafter, después de tantos años todavía tenía una atmósfera aturdida, como un hombre que ha recibido un golpe en la cabeza y baja tambaleándose sin sombrero desde Telegraph y se cae de narices en el paso elevado. Archy sintió que se le inflaba una burbuja de fracaso dentro del pecho. Entre la época

de los tiovivos en miniatura y los paquetes de Ding Dongs robados frenéticamente y aquella tarde en el yermo del aparcamiento del Golden State parecía mediar un abismo infranqueable. Como si su historia no le perteneciera a él sino a otro hombre más digno de ella, un hombre que no la hubiera traicionado. Sintió, y no por primera vez en lo que iba de jornada, que llevaba sin tomar ni una sola decisión sabia en su vida personal ni profesional desde 1989, cuando había aceptado una invitación improvisada para tocar de forma puntual en un concierto de Funkadelic celebrado en el Warfield (Archy era por entonces miembro de una banda de tributo a Parliament-Funkadelic llamada Bop Gun), después de que Boogie Mosson quedara fuera de circulación por una intoxicación alimentaria. Y aquello tampoco había sido ninguna decisión tomada por él, puesto que una petición de George Clinton constituía una voz incuestionable y procedente de la cima de una montaña muy alta. Archy estaba cansado de Nat y estaba cansado de Gwen y de su embarazo, que amenazaba con revelar todas las simas insospechadas de la incapacidad de él. Estaba cansado de Brokeland, y de los negros, y de los blancos, y de todas sus conspiraciones y rencores, de sus fingimientos, sus chanchullos y sus corrupciones, Y sobre todo estaba cansado de ser un reducto solitario, un último superviviente, el último coco que colgaba de la última palmera del último atolón que se interponía en el avance de la ola enorme del capitalismo tardo-moderno, esperando a ser arrasado.

Siguió la Cuarenta y uno por donde esta se curvaba para desembocar en la Cuarenta y dos y a continuación giró a la derecha y se encontró a sí mismo, hablando de supervivientes solitarios y del trayecto fatal de la tsunami, delante de la pastelería de Neldam. Había un vejete con pelusa de barba, del tipo que en la infancia de Archy se conocía como vagabundo, sentado en un cajón de leche puesto del revés un poco más allá de la entrada, comiéndose con satisfacción evidente una bolsa de bollos en espiral.

—Muy buenos esos bollos —rememoró Archy.

El vagabundo dejó de masticar y miró a Archy con una expresión soñolienta pero de alguna forma astuta, probablemente intentando decidir si Archy estaba intentando gorronearle un bollo o sacárselo con amenazas.

—Este es mi almuerzo —dijo en tono de disculpa—. Y también mi desayuno.

—No tengo intención de estropearle el almuerzo, hermano —dijo Archy—. Yo siempre fui un forofo del Sueño de Nata.

Cuando era chaval, el Sueño de Nata de la Neldam —un pastel de chocolate blando, parcialmente glaseado con témpanos y tundras de nata montada— era un prodigio, un milagro, cinco dólares prohibitivos que las señoras rúcanas pero golosas se gastaban una vez al año para celebrar la llegada al mundo de algún niño gordinflón sin padre y sin madre.

—Bueno, pues, entra y cómprate uno —dijo el vagabundo—. Parece que te hace

falta.

—Pues igual sí —admitió Archy.

Entró en la pastelería, con sus expositores curvados y su pálida paleta de colores grises y rosados estilo años ochenta. Respiró muy hondo, y el olor del local, los fantasmas olfativos del limpiador Pine-Sol y del caramelo y de los sueños de nata desaparecidos largo tiempo atrás, lo llenaron de una sensación de pérdida tan poderosa que a punto estuvieron de tumbarlo. Los pasteles y las galletas de la Neldam no eran de primera clase, pero tenían cierta sinceridad anticuada, cierta forma humilde de ser fabulosos, que conmovía a Archy en aquella época en que todo lo bueno de la vida estaba o bien sintetizado en cubas de ciborgs transgénicos o bien cultivado a la sombra en huertitos diminutos por un colectivo budista de neopaganos ciegos y ex carmelitas. Y ahora también se comentaba que a la Neldam le quedaba poco para cerrar.

—Necesito un Sueño de Nata —le dijo a la mujer que estaba detrás del mostrador.

Se trataba de una filipina diminuta y de mirada dura que no tenía ni tiempo ni paciencia para la tristeza de él.

—¿Grande o pequeño? —le dijo.

—¿Son las únicas opciones que tengo? —dijo Archy.

Se comió la mitad del pastel enorme en el coche, usando un tenedor-cuchara del Vik's Chaat, con manchas amarillas de cúrcuma, que había exhumado del estrato más profundo de su guantera. Se lo zampó a cucharadas enormes, emitiendo suspiros y exclamaciones de oso, y descubrió que el Sueño de Nata era, a diferencia de la mayoría de cosas del mundo, casi tan bueno como él lo recordaba. Aquel descubrimiento, junto con los ya esperados encantos del azúcar, la grasa y el chocolate, hizo que le reflatara el ánimo y lo armó del valor suficiente para hacer frente a su melancólico destino de comerciante con la inconsciencia de costumbre. Dejó para más tarde la mitad del pastel en su contenedor de cartón rosado, cubierto por una pila de periódicos sobre el asiento del pasajero, y se limpió la boca con el dorso de una multa por mal aparcamiento que, igual que el destino de Brokeland Records, había caído víctima del código moral Stallings de negligencia estudiada.

—En fin —se dijo a sí mismo.

El letrero de abierto-cerrado que colgaba de la puerta de Brokeland fue girado por tercera vez en lo que iba de día. Archy regresó a su puesto detrás del mostrador y se preparó para reanudar su inventario solitario de los restos musicales del difunto Benezra. Mientras lo hacía, fue consciente de que todos sus actos tenían cierto aire conmovedor de dedicación trágica, como las rutinas diligentes de un piquete condenado que realizaba su guardia en solitario mientras al otro lado de las colinas vecinas la horda de bárbaros ya montaba en sus caballos conquistadores. Luego la

puerta de la tienda se abrió de golpe y entraron en Brokeland unas Adidas con pico de tucán, seguidas de su ocupante, que iba, como siempre, una fracción de segundo detrás y escorado tres grados a la izquierda.

—Mierda, Tortuga —dijo con amargura teatral aquel hombre de estructura en voladizo—. Has herido mis sentimientos.

Archy había estado presente, a finales de los setenta, mientras aquellos andares eran primero postulados y después laboriosamente diseñados para funcionar como variante pedestre de la Inclinación del Gángster que William DeVaughn mencionaba en su canción «Be Thankful for What You Got» (Roxbury 1974) a modo de condición previa necesaria para Ser un Enrollado.

—Ahí frotándote ese velero que tienes pegado a la barbilla. Con cara de estar pensando: «Cielos, qué ejemplo tan interesante de jerga urbana comercial, tengo que consultar mis apuntes». Como si no me estuvieras viendo.

—¡Kung-Fu! —dijo Archy, saliendo de detrás del mostrador para intercambiar un choque de puños y un abrazo con Walter Bankwell, el que había sido su mejor amigo desde el parvulario hasta el último año de la Oakland Tech, ahora cinco kilos más gordo y veinticinco centímetros cuadrados más calvo que la última vez que Archy lo había visto. Walter Bankwell era sobrino de Chan Flowers y de joven había pasado una temporada con los cadáveres. Conduciendo el coche fúnebre a toda pastilla, llevando un busca encima por si se daba algún caso de cadáver y despidiendo aquel olor que recordaba al agua de un jarrón de flores. De alguna manera, sin embargo, el chaval se las había apañado para deshacerse de su tío. Se había metido en el negocio musical y se había puesto a hacer de representante de una serie de sellos independientes de hip-hop que habían acabado todos cerrando. Había hecho de manager de una serie de raperos de talento limitado, uno de los cuales casi había llegado a ser grande, más o menos, en la zona metropolitana de Los Ángeles. Entretanto se había dedicado a meterse regularmente en líos con la policía, con Hacienda, con ejecutivos de discográficas y con las madres de las chicas a las que a sus clientes les gustaba tirarse. Y siempre, toda la vida, Walter se había movido en aquella proporción del cincuenta y uno por ciento listo / cuarenta y nueve por ciento estúpido. Hacía unos años la había cagado hasta el punto de llevarse una grave paliza por parte de un mañoso de Long Beach, que lo había mandado al hospital, a rehabilitación y fisioterapia. Aquel cuarenta y nueve por ciento de Walter le había acabado costando la visión de un ojo—. ¿Qué pasa, chaval?

—Bah, ya sabes.

—¿Trabajando?

Walter se alejó un paso de Archy con su chándal deslumbrante y del mismo color verde enfermizo de los tubos luminiscentes, mientras a los lados de la cara le brotaba lentamente una sonrisa larga burlona.

—¿Qué? —dijo Archy.

—Igual que en los viejos tiempos, Tortuga Stallings, rondando por el supermercado Golden State. Imagino que llevas un Orange Crush de dos litros escondido en los pantalones y dos paquetes de Now and Later.

Lo pronunció «Nihilators», tal como solían hacer.

—Ja —dijo Archy.

—He venido a inspeccionar a la competencia, supongo. Tengo que abrir ese Garito y necesito montar un departamento de vinilos de segunda mano el doble de grande que el que tenéis aquí.

—Eso no lo sabe nadie. Y en todo caso, es como comparar el tocino con la velocidad.

—Luego me verás salir por la puerta y te pondrás en plan: «Oh, mierda». Corre, Tortuga.

—Vete a la mierda, Walter. La última vez que me escapé de algo fue en 1991, en Kuwait, y fue de un murciélago que tenía la rabia.

—Te estoy tomando el pelo, hombre. Mira esto.

Walter metió la mano en uno de los bolsillos con cremallera de su chaqueta de chándal y sacó una cajita de tarjetas de visita, una bonita caja de hojalata de aspecto antiguo que tenía una piedra grande y blanca que te quería convencer de que era un diamante. Walter sacó una tarjeta y se la dio a Archy. Estaba impresa con tinta negra y roja, con el logotipo familiar de la pisada de una pezuña en medio tono por detrás del texto.

—«Relaciones con la comunidad» —leyó Archy—. «Grupo de Entretenimiento Dogpile». ¿Desde cuándo?

Walter se encogió de hombros.

—¿Desde antes de que tu tío cambiara de opinión...? —Aun antes de ver aparecer la sonrisita en el labio inferior de Walter, Archy se dio cuenta de que era una pregunta estúpida—. Ah, vale —dijo—. Ya entiendo.

—Quid pro quo —dijo Walter—. Tal como se suele decir. Una mano rasca a la otra.

—Walter el sobrinito —dijo Archy—. Ya lo empiezo a entender.

Un chaval rechoncho, de cara blanda, asmático, propenso a las fiebres, al que tenían que hospitalizar a menudo, supuestamente idéntico al único hermano de Chan Flowers, que había muerto, Walter siempre había sido el favorito de Chan, lo cual le permitía escabullirse cada vez que los demás sobrinos se metían en líos. Con todos los respetos para el cinismo en sí y para el señor Mirchandani, su profeta, a Archy le costaba creer que Flowers fuera a condenar Brokeland a cambio de una simple comisión ilegal. El concejal no olía a aquella clase concreta de corrupción. Pero si lo estaba haciendo para echarle una mano a su sobrino, que ya no era ningún chaval,

llevaba los últimos diez años metiéndose en líos y solo tenía un ojo, tal vez sí que Archy podía imaginárselo.

—«Relaciones con la comunidad» —dijo Archy—. El señor Gibson Goode.

—Trabajo para G Bad.

—¿Y G Bad sabe que tienes una enfermedad congénita que te hace ser mentiroso de nacimiento?

—Vacaciones pagadas. Convenciones de empresa en Hawai. Seguro médico.

Walter intentaba que todo aquello pareciera normal y correcto, pero Archy lo conocía demasiado bien como para no captar el asombro casi desesperado que le iluminaba la cara. El hecho de que se acercara algo así, un helicóptero provisto de un gancho que lo sacara de la espuma y los remolinos del agua helada... Un sueldo estable, beneficios extrasalariales... Archy se imaginó cómo sería volver a casa con aquellas cosas en la mochila, afrontar la cara de reproche que le pondría Gwen si él le llevara una noticia así, la ganancia del cincuenta por ciento en paz doméstica que obtendría si pudiera pasar de ser holgazán e infiel a ser meramente lo último. Una pila de monedas de cuarto de dólar para el parquímetro, que sacaran la aguja de la zona roja y la llevaran a la derecha del todo.

—Sí, tiene una pinta tremenda, Walter —dijo Archy—. Y te deseo lo mejor. Ahora lárgate de aquí, hostia.

—Tortuga...

—¿Hablas en serio? Esta es mi casa y tú vas y te presentas aquí trabajando para ese engendro comercial corporativo y expansionista.

—A ver, tranquilízate, Tortuga, joder. Ya lo pilló. Ya sé cuánto amor le tienes a esta antigua barbería, con todas sus telarañas y su polvo y su rollo Roger Corman. — Walter contempló las fundas descoloridas y expuestas en marcos de plexiglás, el viejo iBook Edición Almeja del color de las cápsulas de NyQuil que usaban para los inventarios, las cubetas que Archy y Nat habían construido ellos mismos, montándolas sobre ruedas para poder echarlas a un lado y hacer sitio a fin de alquilar Brokeland para aquellas famosas fiestas que ya casi nunca se organizaban. Las arcológicas de arañas—. Pero te digo una cosa: Dogpile es una empresa cien por cien propiedad de negros. Cien por cien.

Como si fuera un genio invocado por aquella alusión, Nat entró en la tienda. Traía una caja de rosquillas de la Federación de Rosquillas de la puerta de al lado y tenía en la cara una perilla de azúcar en polvo. Se quedó mirando el espectáculo del chándal y las zapatillas de Walter y por fin pareció reconocer al viejo amigo de Archy con un saludo de la cabeza.

—Ah, sí, mmm... Nat, este es... ¿te acuerdas de Walter Bankwell? ¿Un amigo mío de los viejos tiempos? Walter, este es mi socio, Nat Jaffe. Walter está, ha venido en viaje de negocios y... eh...

—¿Cómo te va? —dijo Nat.

Hizo el gesto de estrecharle la mano, pero Walter levantó los brazos como si fueran un par de antenas absurdas formando ángulos extraños con su cuerpo. A continuación puso las manos en forma de palas, se agachó mucho y barrió el suelo que tenía detrás con un movimiento arqueado de la punta del pie. Debía de ser alguna clase de movimiento de kung-fu estilo grulla, pensó Archy.

Walter se incorporó.

—Hasta luego —le dijo a Archy, pero a Nat no le echó ni un vistazo.

Sus zapatillas salieron de la tienda seguidas al cabo de un momento de Walter, que ahora iba escorado a lo gángster ligeramente hacia la izquierda.

—Solíamos llamarlo Kung-Fu —le explicó Archy.

—¿Y solo ha pasado a saludar?

—Solo.

—Por los viejos tiempos.

—Anda que no hicimos locuras, ese y yo. Cuando yo tenía la edad de Julie.

—Tú todavía no tienes la edad de Julie —dijo Nat—. Julius Jaffe ya nació más viejo de lo que tú eres ahora.

—Eso no lo sé, jefe —dijo Archy.

Hablando del Rey de Roma, estaba plantado en la otra acera de la avenida, delante mismo de la funeraria, levantando el monopatín de un pisotón para cogerlo con la mano, moviéndose nerviosamente al lado de un jovenzuelo de cara solemne y montado en bicicleta al que Archy no conocía. Inspeccionando el local —Archy lo notaba en el centro de travesuras de su cerebro— para llevar a cabo alguna clase de atraco metafísico.

Nat se giró para ver lo que Archy estaba viendo.

—¿Al otro chaval lo conoces? —le preguntó.

Se lo veía perturbado; Archy tenía entendido que recientemente Julie había empezado a alborotarse un poco. Hasta ahora a Archy le había costado imaginarse a aquel chaval metido en ninguna clase de lío que no se pudiera arreglar tirando un puñado de dados de veinte caras.

—Pues no —dijo—. Desde aquí se parece un poco a mi primo pequeño Trevor, pero no. No es Trevor.

—Desde aquí, ¿sabes a quién se parece?

—¿Qué están haciendo los dos ahí plantados sin hacer nada?

—Tal vez estén planeando atracarnos.

—Ja —dijo Archy, experimentando, al oír aquel eco de la primera idea que le había venido a la cabeza, una ligera ansiedad al ver a Sal y Pimienta allí plantados, esperando a que alguien los desparramara—. ¿Es por eso por lo que has vuelto?

—No, Archy —dijo Nat—. No es por eso por lo que he vuelto.

Useless («Inútil»), de James Joyce. Aquel era el chiste que usaba Nat para descalificarse a sí mismo cuando se le olvidaba ir a la tintorería, cuando les desconectaban la línea telefónica porque él no se había acordado de pagar la factura o bien cuando no era capaz de encender un fuego o de hacer funcionar un motor. Un tipo sin talento alguno más que para dar propinas a camareras hastiadas y pasarles piruletas de estrangis a los bebés cuando sus padres no estaban mirando. Condenado a hacer gala de esa inutilidad característica del socialista de tercera generación, uno de los nietos solitarios de Eugene V. Debs, abandonado por la utopía y obligado a conseguir un salario. La historia de la paternidad entre los Jaffe constituía una verdadera crónica de la inutilidad, de la que Nat solo era el último capítulo: una serie de luftmenschen, ineptitudes y bancarrotas que se remontaban al mismísimo Gobernato de Minsk. Plantado siempre como un memo en la puerta del dormitorio de Julie —«¡puto inútil!»—, ofreciendo su tradicional mezcla de bromas y bravuconadas, una vieja receta familiar. Viendo las desventuras, las dudas y la confusión en los ojos de su hijo y sin tener ni idea de qué hacer al respecto. Sabiendo que, a medida que el chaval creciera, cada uno de aquellos momentos presentaba el riesgo de ser el último. Algo a lo que él tendría que aferrarse para saborearlo, en lugar de permitir que se escabullera en forma de insinuaciones y comentarios ingeniosos.

Carpe diem. ¿Había consejo más útil que aquel?

Nat se acordaba de que, cuando había vuelto a su casa para asistir al funeral de su padre, unas semanas después de que él y Aviva empezaran a acostarse juntos, se había encontrado el viejo ejemplar de *Ulysses* en una caja de discos de diez pulgadas, sobre todo discos de música clásica y especialmente de Shostakovick. Aquel grueso tomo de tapa blanca editado a principios de los sesenta, con la «U» gorda y la «l» delgada, con el lomo arqueado, los bordes de ante y las páginas amarillas como el filtro de un cigarrillo fumado. Metido entre las páginas del pasaje favorito de su padre —la oración matinal del gato hambriento—, Nat había encontrado un recorte del *Times-Dispatch*, PROPIETARIO DE QUIOSCO DESBARATA ATRACO. Los hechos habían tenido lugar un domingo por la mañana de 1968 en Shockoe Bottom. El sospechoso, un hombre negro de veintipocos años, había pedido una copia de *Bird Fancier* que estaba en un estante de detrás del mostrador y había metido la mano en la caja registradora mientras el propietario estaba de espaldas. A un cliente que había intentado intervenir le había propinado un golpe con una pistola. A continuación el propietario del comercio, Julius Jaffe, de cuarenta años, había golpeado al atracador con una pesa (del *Times-Dispatch*) para aguantar periódicos. Luego había parado diligentemente a un coche de policía que pasaba. Y casi seguro que con su acción había impedido una violencia mayor, puesto que el sospechoso ya había cumplido condena en Powhatan por intento de asesinato y atraco con arma letal. Julius I no era

de esas personas propensas a guardar recortes, no era de esos tipos que se dedican a admirarse a ellos mismos; aquella noticia de hacía quince años le venía de nuevo a Nat, que solo pudo sacar la conclusión de que, aunque su padre jamás lo había mencionado, aquel incidente había sido importante para él. Un punto elevado en una vida vivida al nivel del mar y propensa a las inundaciones.

Por entonces, cuando estaba en pleno proceso de llorar la muerte de su padre, el descubrimiento del recorte le había arrancado una sonrisa a Nat. Tres semanas antes, volviendo a casa desde el cine Telegraph Repertory, donde trabajaba de portero, Nat había interrumpido a un atracador que le estaba robando una billetera, un reloj y un pasador tibetano de plata a una joven que a Nat le sonaba por ser clienta habitual del cine, bastante aficionada, por lo visto, a la obra de Elliott Gould, a quien Nat siempre había pensado que él se parecía físicamente. Nat había actuado sin reflexionar, sin plan alguno y sin reservas, y su valor había sido recompensado con un golpe en el estómago y una noche en brazos de la joven, que se llamaba Aviva Roth. Mientras leía el viejo recorte —con lágrimas en los ojos al pensar que el incidente había significado tanto para el viejo Julius que lo tenía guardado entre las páginas favoritas de su libro favorito— a Nat no se le ocurrió, ni por un instante, que llegaría el día en que él también se acordaría de un momento de heroísmo inconsciente de hacía casi veinte años y se daría cuenta de que era lo único útil que había hecho en la vida.

—Primero de todo, vengo a disculparme —le dijo a Archy—. Lo siento. La he cagado.

—Ya veo.

Nat sabía que Archy iba a retrasar un poco el momento de aceptar sus disculpas. Las disculpas eran la otra cara de los berrinches de Nat, y le salían de los labios con tanta facilidad que la gente que lo rodeaba había aprendido a resistirse a ellas con tanta firmeza como se resistían a las pataletas que provocaban su necesidad. Solo había que atrincherarse en la casa de ladrillos y esperar a ver si Nat tenía planeado bajar por la chimenea. Lo hacía siempre.

—Por eso traigo las rosquillas —dijo.

—Se agradecen —dijo Archy.

Abrió la caja, examinó su contenido como si estuviera echando un primer vistazo a una caja de existencias nuevas, y es que, por supuesto, tal como Archy le explicaba a menudo a Nat, existía una profunda analogía espiritual, agujero incluido, entre las rosquillas y los discos de vinilo.

—En fin, que lo siento. He sido un capullo integral. Eso lo primero. Lo siento, lo siento y lo siento. Me voy a disculpar en persona. Con el señor Jones. Con Moby. Con todos.

En el último párrafo de aquel recorte del *Times-Dispatch*, se había informado, con cierta perplejidad periodística, de que después de desbaratar el atraco, alguien había

oído que el quiosquero Jaffe se disculpaba con el atracador frustrado por haberle atizado con un lingote de plomo.

—Vale, vale —dijo Archy, agitando la mano con impaciencia—. Ya lo pilló. Disculpa aceptada. ¿Qué es lo segundo?

—Lo segundo —dijo Nat, y mientras se preparaba para anunciar el segundo punto de su agenda, este le hizo el enorme favor de ocurrírsele: una frase que su padre, que Dios lo tuviera en su seno, jamás había tenido el valor de articular en voz alta, por lo menos delante de Nat— es que no pienso perder esta tienda de los cojones.

—Bueno, de acuerdo.

—Porque no sé tú, pero yo tengo la sensación, Archy, de que si pierdo este sitio... no estoy seguro de tener otro.

—Te escucho.

—Te parece melodramático, ¿no?

—¿Melodramático tú? Ni hablar.

—Porque te lo digo completamente en serio —dijo Nat—. Mírame. ¿Para qué más sirvo, me entiendes? Si se derrite el hielo, ¿dónde vas a poner al pingüino?

—Una pregunta válida.

—¿Adónde voy a ir yo?

—Me estás hablando en un sentido espiritual, ¿no?

—Exacto.

—Además —replicó Archy, diciendo con las cejas: «Prepárate, porque me voy a meter contigo»— de a tu casa, ¿no? Con tu familia.

—Archy, yo quiero a mi mujer, y a mi hijo también. Ya lo sabes.

—Lo sé.

—Eres testigo.

—Lo soy.

—Pero esta tienda es mi mundo. Estos son mis discos, ¿sabes?

—Sí que lo sé, Nat. —Pese a todas las pullas y los asentimientos sarcásticos de Archy, Nat había notado que sus palabras tocaban tierra y cuajaban aquí y allá, como nieve sobre un terreno propicio. Cuando decidías entregar tu mitad del trabajo y de los bienes terrenales a una asociación con un hombre a quien le gustaba ir de moralmente superior, dar sermones y no cortarse un pelo, probablemente se debiera a que sabías que alguien tenía que hacerlo de vez en cuando y ese alguien no ibas a ser tú—. Esta tienda es nuestro mundo.

—¿Lo entiendes?

—Sí.

—Y es por eso que no me voy a quedar de brazos cruzados como un inútil —dijo Nat, después de asimilarlo todo: la sensación de estar atrapado bajo las ruedas del gigante Dogpile que había generado la noticia de Mirchandani; la amargura de su

conversación con Julie; el recuerdo de la vida de su padre resumida en un punto de lectura—. Voy a luchar contra ellos.

—¿Contra Gibson Goode?

—Gibson Goode. Chan Flowers. Todos esos cabrones.

Archy sonrió, ni burlón ni del todo satisfecho. Con esa sonrisa que uno le dedica a algo, ya sea bueno o malo, que se presenta justo a tiempo.

—Y tú me vas a ayudar, ¿verdad, Arch? Si te prometo que no voy a hacer ninguna tontería ni perder los papeles... Si mantengo el tono constructivo y positivo... ¿Me ayudarás a pelear?

Antes de poder sacarle una respuesta a Archy —aunque bien mirado, tampoco le hacía falta ninguna respuesta— un ritmo de percusión se infiltró desde el exterior de la tienda, enredándose con el que Jack DeJohnette estaba marcando en el tocadiscos de la tienda; la puerta se abrió de sopetón y entraron los chavales, Julie y el otro. De Julie venían fuertes oleadas de alguna música muy recubierta de teclados Moog y provista de un compás complicado que parecía Return to Forever. El chaval ya no iba a ningún lado sin aquel puto ocho pistas, contoneándose a su ritmo por toda la ciudad con su afro lamentable y sus vaqueros de pata de elefante, como si fuera una especie de duendecillo soul judío. Todos los pesares de Nat y sus anhelos retrospectivos de conectar con su hijo se convirtieron de golpe en irritación. Estiró el brazo hacia el dial del ocho pistas y le bajó el volumen a cero.

—¿Qué es esto? —Nat se giró hacia el otro chaval—. ¿Tú quién eres?

—Muy bien —dijo Julie—. A ver. Papá.

Desde el momento en que había empezado a hablar —con dos o tres años— Julie siempre se había asegurado de comparecer ante el tribunal con sus argumentos perfectamente preparados. Con sus planes de negocios completamente formateados y pulidos. Intrigando, intrigando a más no poder, pero por lo menos mostrándote a las claras que estaba intrigando, que en realidad el hecho de que tú fueras consciente de sus maquinaciones era una parte, y tal vez el elemento crucial, de su plan.

—Este es Titus Joyner. El y yo nos hemos conocido en mi clase de cine, ya sabes, «El sampleado como venganza», la clase sobre Tarantino, que por cierto es alucinante, esta semana nos ponen *La naranja mecánica*, que tal vez no sea tan grande como *2001* o *El resplandor*, pero tal vez esté en tercer puesto, imagino que estaréis de acuerdo.

Nat señaló que estaba dispuesto por lo menos a discutir sobre aquella cuestión — personalmente no le interesaba ningún podio donde no estuviera *Barry Lyndon*— pero a Archy le estaba pasando algo raro. Estaba mirando fijamente a Titus Joyner, sin parpadear y respirando por la boca. Con una especie de alarma exploratoria, habría dicho Nat, como si acabara de darse cuenta de que se había dejado la cartera en un taxi de una ciudad lejana y estuviera intentando acordarse de cuánto dinero

tenía dentro.

—Sí —dijo Julie—. Así pues, volviendo al tema, Titus, di hola, Titus.

—Hola.

—¿Y qué os puedo contar? Titus acaba de mudarse a Oakland, no hace... mira, no hace ni dos meses, desde Texas. Tiene catorce años, es extremadamente inteligente y se porta bien. Juega muy bien al Marvel. Y tiene unos hábitos excelentes de higiene personal, tal como podéis ver.

Ciertamente, el chaval tenía todos los pliegues, los dobladillos y los bajos impecables. Sus uñas eran conchas impolutas.

—Estaba viviendo con su abuela Shy en Texas, pero Shy se murió y ahora vive en casa de una tía suya vieja, loca y, bueno, senil, donde cuando llegó ya había, ¿cuánta gente?, ¿catorce personas?

Se volvió hacia su amigo, que estaba mirando sin verla la famosa fotografía de grupo que había hecho Art Kane de los músicos de Harlem, con pinta de tener las orejas llenas de avispones a los que no quería irritar ni molestar.

—Nueve —repuso con voz queda.

—¡Nueve! —exclamó Julie, como si fuera un número todavía mayor y más indignante que catorce—. Está viviendo en condiciones peligrosas, insalubres y poco higiénicas, y no te sulfures conmigo, ¿vale, papá?, pero le he dicho que, en espera de que tú y mamá tengáis una intensa discusión familiar, él podría... o bueno, nosotros podríamos considerar, teniendo en cuenta que Titus es una persona genial, amable e inteligente, lleno de ideas creativas asombrosas y de una visión cinematográfica que siento la tentación de calificar de realmente innovadora...

—Resiste la tentación —dijo Nat—. Te lo suplico.

—Confiaba en que se pudiera quedar con nosotros. A menos que tal vez...

Julie se volvió hacia Archy. Hasta ese momento se había dejado llevar por una ráfaga de su propio entusiasmo, pero el valor o bien la labia parecieron fallarle cuando vio la expresión de la mirada de Archy, que Nat sintió que solo podía describir, intentando evitar la exageración, como «pánico en estado puro». El apellido Joyner hizo que por fin sonara un acorde de familiaridad en la memoria de Nat, un acorde en *mi* mayor, dotado de una belleza un poco extraña. Jamila Joyner, una chica a la que Archy había estado arrimado, o arrambado, durante el verano en que él y Nat se habían conocido. Justo después de volver de Kuwait. Una chica que le había durado lo bastante a Archy como para cansarlo y después se había vuelto a Oklahoma. O posiblemente, ahora que lo pensaba, a Texas.

—Bueno —dijo Nat—. Supongo que te tengo que felicitar.

Archy estaba plantado frente al ventanal de su casa como un capitán condenado en el puente de su nave espacial, contemplando la aproximación del BMW negro de su

esposa como si este fuera un devorador de planetas. Acariciándose la barbilla, usando intrincadas tablas mentales de cosenos y de ángulos para decidir si la intensidad con que Gwen había reaccionado al asunto con Elsabet Getachew se iba a elevar al cuadrado o incluso al cubo cuando encima se enterara de la existencia de aquel hijo que había aparecido de la nada, o más bien de una nada que al parecer solo conocía Julie Jaffe. El resultado de los cálculos de Archy no fue nada halagüeño.

El BMW se paró frente a la casa y se quedó allí, con las luces encendidas y el calor del motor haciendo reverberar la atmósfera de encima de su capó, con un parabrisas que era una extensión gris azulada y resplandeciente de cielo reflejado. La luz del sol se estaba tomando todo el tiempo del mundo para convertirse en crepúsculo, y la calle a la hora de la cena parecía estar conteniendo la respiración, fragmentada en pedazos de sombras profundas y luz del sol, sin más movimiento que las pequeñas polillas blancas que daban sus puntadas floridas de bordado de estambre a las madre selvas. En el cajón de arena del diminuto parque infantil, docenas de vehículos y aparatos de juguete yacían descoloridos y volcados, ruinas de plástico de colores primarios causadas por algún cataclismo de niños pequeños.

Se abrió la portezuela del lado del conductor. Gwen agarró el marco con la mano izquierda y la portezuela en sí con la derecha y, sacando mandíbula, bajando la cabeza como para enfrentarse a una tarea desagradecida, se impulsó dando simultáneamente un tirón y un empujón, con la barriga por delante, hasta salir del coche y ponerse de pie. Se quedó allí unos segundos, reverberando como el mismo atardecer. Luego metió la mano en la parte de atrás del coche y sacó, no el rifle de asalto ni el lanzacohetes ni tal vez la cuchilla arrojadiza china que Archy se estaba temiendo, sino una botella de aluminio llena de agua y la correa de cuero de su bolsa de los partos. Tiró de la correa para intentar sacar la bolsa por el espacio que quedaba entre el respaldo del asiento del conductor y el marco de la puerta, pero se le quedó encallada. Tiró fuerte y por fin perdió el equilibrio cuando algo —la correa, probablemente— se rompió. Cuando fue a mover el respaldo del asiento, se le cayeron las llaves del coche. Rebotaron una vez en el suelo y se metieron debajo del coche. Ella dejó la correa rota colgando y se apoyó contra el costado del coche con un despliegue de desesperación silenciosa.

Archy llevaba la última hora imaginándose un abanico de versiones posibles de la escena del retorno de Gwen, incorporando a aquellas fantasías de furia, reproche y reconciliación toda una serie de elementos procedentes de óperas italianas, de películas pornográficas de mediados de los años ochenta y de filmaciones de tornados que destrozaban Kansas a base de relámpagos y viento. Gwen perdía los nervios tan pocas veces, y con una sensación tan duradera de estarse traicionando a sí misma, que a Archy le costaba imaginarse si podía ir mucho más allá de los acontecimientos sin precedentes que habían tenido lugar aquella mañana. Pero a Archy no se le había

ocurrido en absoluto que pudiera volver a casa y a su marido completamente derrotada.

Ella se quedó allí apoyada en el coche, mirando la correa rota de su bolsa de los partos como si sus hebras deshilachadas representaran en clave las intenciones generales que tenía el universo en relación con ella. Archy bajó sin hacer ruido el camino de entrada de su casa, con pasos suaves y cautelosos, notando el pavimento caliente bajo los pies desnudos. Dio por sentado que la tristeza y la fatiga anímica que atestiguaban los hombros caídos de Gwen, su cabeza gacha y toda su versión embarazada de *El final de la senda* de Fraser, que todo aquello servía para expresar lo mucho que le costaba regresar a los brazos infieles de él.

—Lo siento —dijo, olvidando todos los discursos y fórmulas que tenía planeados—. Gwen, yo... Uau. —Llegó al sitio donde podía verla de frente y le vio las manchas de sangre de la camisa. Las dos suturas con aspecto de antenas que tenía en la mejilla—. Hostia, mujer, ¿qué coño es eso? —Una barra de hierro, fría como el poste de una bandera en invierno, se le hundió en el pecho—. ¿Estás...?

—La sangre no es mía —dijo Gwen en tono amargo, como si quisiera sugerir que por derecho debería serlo. Ella levantó la cabeza y trató de mirarlo a los ojos pero no pareció capaz—. Yo... —Ahora sí que lo miró. Tenía aquellos ojos hermosos de india semínola, misteriosos y de párpados caídos, de un color a medio camino entre el té y la melaza. Se le llenaron rápidamente de lágrimas, como si se le hubiera roto de repente algún dique interior—. La he cagado, Archy.

Ella soltó la correa rota y se echó sobre él. Olor a hospital en el pelo, olor a trabajo duro y fracaso emanando del cuerpo y en algún lugar del medio, un toque misceláneo de incienso. Gwen se desplomó por completo sobre él, como si no tuviera huesos, esperando que él la aguantara, los ochenta y pico kilos que pesaba, barriga y manchas de sangre incluidas, y le echó los brazos alrededor de los hombros. Él decidió hacerlo. La agarró con los brazos como si a ella le acabara de fallar el paracaídas y ahora se estuvieran desplomando los dos juntos hacia el suelo a ciento cincuenta kilómetros por hora, a la merced del viento, los cables y la tela ondeante. Decidió en el acto estar a la altura del desafío de ser el sostén de la situación. Era un marido capaz de ser fiel. Era Superman agarrando la locomotora del tren que se estaba desplomando del puente.

—Todo va a ir bien —dijo él.

En cuanto le salieron las palabras de la boca, Archy se arrepintió de ellas. Aquel desplome o lo que fuera, no tenía nada que ver con él ni con su matrimonio. No era por él que Gwen había sacrificado su dignidad para volver a casa, sino por ella misma, porque necesitaba desplomarse y solo se podía permitir hacerlo en casa. De manera que allí estaba, ensangrentada y exhausta y hecha polvo, y Archy no tenía ninguna puta manera de saber si todo iba a ir bien.

—¿Se ha muerto alguien? —dijo él—. Gwen, cariño. ¿Un bebé? —Ella negó con la cabeza—. ¿Una madre?

—Nadie —dijo ella—. No se ha muerto nadie. El bebé y la madre están bien.

—¿Y tú estás bien?

Ella asintió con la cabeza. Él le puso una mano en la barriga, y como siempre, el contacto lo excitó sexualmente. Había algo exuberante en la curva de su barriga, algo que pedía que lo abrieran.

—¿El bebé?

Ella dejó de llorar de golpe, con un sollozo concluyente, como el último fotograma de película que se sale del rollo.

—El bebé está bien.

—Bueno, pues —dijo él, luchando para detener la erección, que había elegido un momento más inoportuno que de costumbre para desplegarse dentro de sus calzoncillos largos.

—No, Archy, escucha, no puedo... no estoy... Oh, Archy, la he cagado tantísimo...

Ella se dejó caer en el suelo y Archy se dejó caer con ella, el Hombre de Acero arrastrado por la caída del tren. Le dolían los brazos y le temblaban las rodillas. Gwen parecía estar ganando kilos y bebés y fluidos en el saco amniótico por segundos.

—Vamos adentro. Sí. Ponte de pie. No pasa nada.

Él la izó y ella se puso de pie, con las piernas recuperando su función, pero no pareció que pudiera llegar a más que a eso. Le apoyó la cabeza a Archy en el pecho y se quedó descansando. Él estaba pensando: «Me podría quedar así toda la noche hasta que los brazos se me desengancharan del cuerpo y se cayeran al suelo hechos pedazos», sin darse cuenta al principio de lo deliberadamente que Gwen le estaba pegando la cara a la pechera de la camisa, apoyándosela justo en la piel de debajo del cuello de la camisa, y después en el hueco de la garganta, dando bocanadas inquisitoriales de aire.

—¿Por qué hueles a velas? —le preguntó al fin.

Ella dio un paso atrás y se lo quedó mirando. Se sacó un puñado de servilletas de papel del bolsillo de la camisa manchada de sangre y se sonó la nariz.

—Es una larga historia —dijo él—. Ahora cuéntame qué ha pasado.

Ella negó con la cabeza.

—No quiero hablar del tema. He perdido los papeles. Ahora nos van a quitar los privilegios en el Chimes, y Aviva está cabreada conmigo, y lo más seguro es que tengamos que cerrar el negocio, y... y...

Titus Joyner, conduciendo su bicicleta sin frenos, apareció doblando el recodo de la Isla de los Juguetes Perdidos, con la superficie del pecho desnudo tan lustrosa como el aceite para motores. Llevaba el cuello de la camiseta alrededor de la cabeza

y el resto colgando por detrás como si fuera un albornoz. A Archy el corazón le dio un vuelco y se le cayó de su estante. Había convencido a Nat y a los chavales de que de momento no hicieran nada, de que no dijeran nada a Aviva ni a nadie más, y mucho menos a Gwen. Archy no negaba que Titus fuera hijo suyo, tal como el chaval afirmaba, y ni siquiera lo cuestionaba en serio. Se acordaba de haber oído que Jamila estaba embarazada de una criatura que él había dado por sentado a medias que era suya, un supuesto a medias que no lo había llevado a protestar ni a emprender acción alguna cuando ella se había ido a tenerlo a Arkansas o a donde fuera. Siempre que Archy oía alguna canción popular de aquella época, de las que habían aportado una banda sonora, por así decirlo, a los aleteos ciegos de sus espermatozoides por el interior a oscuras de Jamila Joyner, se le escapaba como mucho un pensamiento nanomomentáneo acerca de aquella criatura. Pero hasta aquella tarde Titus jamás había representado para él otra cosa que un niño gordo e imperturbable en edad de aprender a caminar, vestido con el esmoquin más pequeño del mundo, el que llevaba en la única foto de él que Archy había visto, hacía años, y que le había mandado la abuela de Texas junto con la noticia de que Jamila había muerto en un accidente de coche. Sin más comentarios, y sin pedirle para nada el cheque —por la cantidad de trescientos setenta y cinco dólares— que Archy le había mandado, por primera y última vez, a cambio de la foto y de la trágica noticia. Ese día en la tienda se había mantenido a distancia del chico, aunque se había cuidado de no mostrarse frío ni hostil. El abrazo que se habían dado había sido mecánico y Archy apenas lo había sentido en medio del torbellino de emociones que estaba experimentando. Ahora el chico pasó pedaleando a toda prisa, mirando hacia delante, con la cara inexpresiva, sin volver la vista ni hacia Archy ni hacia Gwen, ni a la derecha ni a la izquierda, con aquella camiseta que llevaba como si fuera un pañuelo anudado en la cabeza. Y, exactamente igual que Gibson Goode y que el inminente niño gordo y estólido que Gwen tenía en la barriga, venía a estropearlo todo.

—¿Quién es ese? —dijo Gwen, mirando fijamente cómo Archy se quedaba mirando al chico que pasaba en bicicleta. A Archy se le debía de haber abierto un poco la mandíbula o bien se le debían de haber abierto mucho los ojos—. Archy, ¿qué pasa?

—Nada —dijo Archy. En el último momento, el chico se traicionó a sí mismo. Su mirada voló hacia Archy y se posó un momento en él antes de regresar al frente—. Yo... nada. No.

Miró cómo el chaval se alejaba y por fin se volvió para encarar la ruina de su mujer, sin saber muy bien qué hacer.

—Espera aquí —dijo.

Fue andando hasta el El Camino, que estaba aparcado en la entrada para coches, abrió la portezuela del pasajero y sacó aquella caja de la pastelería Neldam que más

bien parecía un enorme portaaviones de color rosa.

—Por el amor de Dios —dijo Gwen, cogiendo aire de forma temblorosa, con la cara cautelosa pero iluminándosele de forma visible, por lo menos a los ojos expertos de Archy—, ¿qué es eso?

—Sueño de Nata —dijo Archy.

2

LA IGLESIA DEL VINILO

—No se puede tocar una disculpa en un teclado Hammond —dijo el señor Randall «Cochise» Jones—. A menos que tengas alguna clase nueva de cable que yo no conozco.

Lo dijo como si fuera una broma, con intención de ocultar su irritación. Se había pasado la noche despierto, dándole vueltas en la cabeza a cinco ideas: «Concierto mañana. Traje a cuadros marrones y dorados. El pájaro necesita las gotas de la artritis. Gasolina en la furgoneta. Coger el Leslie». Concierto, traje, pájaro, furgoneta, Leslie; una aguja en un surco infinito que no dejaba de darle vueltas al eje de su mente. Al señor Jones le daba vergüenza lo reducido de aquella lista de temas nocturnos. Cuando era más joven, en su insomnio solía sonar de todo: sexo, raza, leyes, política, Bach, Marx, Gurdjieff. Toda clase de pensamientos descabellados e indómitos, en formato libre, voluminosos, profundos y amplios. Ahora, joder. Le cabía todo en un EP de mierda de cinco canciones que no paraba de sonar una y otra vez.

—Me dijiste que viniera el sábado —dijo el señor Jones.

—Sí, ya lo sé.

—Para un negro de mi edad, eso podría ser mucho pedir.

—Pero aquí está usted —dijo Archy.

—Aquí estoy.

Y aquí estaba, con sesenta y seis años y, de hecho, todavía esbelto y fuerte. Con el traje a cuadros marrones y dorados emitiendo ese olor agradable a vestíbulo de casino que emiten los trajes de fantasía recién salidos de la tintorería. Con el pájaro sobre el hombro atiborrado de tabletas de diente de león machacadas dentro de un platillo de copos de avena Quaker. Con cincuenta dólares de gasolina en el depósito de la camioneta, aparcada en la entrada para coches de la casa del chaval. Era una Econoline blanca del 83, con el cuentarrevoluciones girado dos veces y rebozada de polvo gris. Aparcada allí, con las portezuelas traseras abiertas, tan vacía como una promesa. El chaval ya le había dicho hacía una semana que el trabajo estaba acabado.

—Señor Jones, joder, lo siento, ¿qué más le puedo decir? —dijo Archy—. Ha sido una semana difícil.

—Me dijiste que ya estaba.

—Sí, y prácticamente estaba, pero luego... mmm... resultó que le iba mal el driver de agudos. He tenido que ir a ver a un tipo en Suisun para que me vendiera otro.

Archy marcó el código numérico del candado de la puerta del garaje y abrió el grillete. Se agachó para agarrar la manecilla de la puerta. Eran las nueve de la mañana y el chaval iba en pijama. Dormía con una especie de atuendo de kung-fu de satén rojo con la inscripción INSTITUTO BRUCE LEE bordada en seda blanca en la espalda.

—De verdad que ya casi está. Faltan dos o tres horas como mucho. Lo que es

seguro es que estará listo para el concierto. ¿A qué hora nos esperan?

—Si no lo sabes, ¿cómo sabes que va a estar listo a tiempo?

Archy le echó un vistazo al pájaro con los ojos en blanco como diciendo: «¿Te puedes creer que este tío me despierta a las 8.57 de la puta mañana para romperme las pelotas con problemas de lógica?». A día de hoy, Archy Stallings era la única persona además de Fernanda que había intentado conversar sobre el señor Jones con el pájaro. El señor Jones se acordaba de cómo solía hacerlo Fernanda: dejaba con malos modos un frasco de pastillas sobre la mesa de la cocina, tal vez, se volvía hacia el pájaro, que estaba en su percha junto a la ventana, y decía algo del tipo: «Más te vale asegurarte de que se toma la medicación, Cincuenta y Ocho. El día que se muera, te vendo al Kentucky Fried Chicken».

—No, pero en serio, señor Jones. Solo me hace falta volver a montarlo y ya lo tendrá usted listo.

—Jovencito —dijo el señor Jones—. Necesito tocarlo antes del concierto. Asegurarme de que funciona y ver cómo suena.

La puerta del garaje se elevó sobre sus goznes con un chirrido de muelles. El pájaro, medio kilo de calidez y de respiración regular sobre el hombro del señor Jones, saludó al altavoz del Leslie reproduciendo el zumbido que hacía su rotor de agudos al encenderse. Pero el Leslie, desmontado, no dijo nada. Su caja estaba todavía más vacía que la furgoneta, que por lo menos contenía varias fundas para muebles, un enredo de cuerdas y correas elásticas y una serie de plataformas con ruedas. Todos los motores del Leslie, todas las ruedas, drivers, conos rotatorios y el bañe de aquel amplificador que más bien parecía un Kremlin de válvulas, todo se encontraba desplegado en hileras sobre la mesa de trabajo del fondo del garaje. El señor Jones pudo ver que todo había sido limpiado y engrasado y se veía correcto.

Aquella gravitación hacia lo correcto era algo que al señor Jones siempre le había gustado de Archy Stallings. Hasta cuando era un niño de cinco o seis años, Archy ya llevaba las uñas bien limpias y cortadas y jamás se le salía un faldón de la camisa. Se forraba los libros de la escuela con bolsas de la compra cortadas. De mayor, a los quince o dieciséis, empezó a llevar aquellos trajes de tío enrollado de la vieja escuela, con corbata y sombrero, haciendo gala de un estilo a medio camino entre Malcolm y Mingus. Siempre estaba leyendo algún libro de bolsillo de Penguin, traducido del latín o del griego: el pingüino era la más correcta de las aves, y a su lado incluso el maniático Cincuenta y Ocho parecía un plumero para quitar el polvo.

—He estado con otras cosas —dijo Archy— y me he despistado. Entre ese rollo de Dogpile, ya sabe usted. Y otras cosas...

—No tienes que perder la concentración —dijo el señor Jones, aunque el sonido de sus palabras le arrancó una mueca. Se acordaba con claridad meridiana de lo irrelevantes que le habían parecido las máximas de los viejos cuando él era joven.

Eran lluvia sobre un paraguas, y a los jóvenes lo único que les interesa es no mojarse. Archy ya no era tan joven, y el señor Jones llevaba mucho tiempo diluviándole encima aquel consejo absurdo. Ya no era más capaz de refrenarse que una nube con el vientre lleno—. Te comprometiste.

—Oh, sin duda —dijo Archy, sacudiendo su paraguas—. Sin duda. Le diré qué podemos hacer. Si no tiene usted que ir a ningún sitio, se lo puedo montar todo ahora mismo. ¿Le parece bien? Tardo, en serio, una hora. Luego podemos ir a su casa, le conectamos el Hammond y lo probamos todo junto. Si hay que hacer ajustes, se los hago allí mismo. Y luego le ayudo a cargarlo todo en la furgoneta. —Puso la espalda recta y se apretó el cordel de su batín de kung-fu—. Y así ya está todo. Listo para esta noche. ¿Vale? ¿Le parece buen plan?

Lo dijo usando aquel tono apaciguador que adoptaba siempre con el señor Jones, entendiendo como ningún otro ser vivo aparte de cierto sabio con plumas que Cochise Jones era en secreto un hombre furioso, propenso a la impaciencia, a la indignación y a sentirse ofendido. En el texto de la funda de Redbonin', Leonard Feather lo había llamado «el imperturbable señor Jones», y por entonces, en medio del caos de los setenta, aquello era lo que se decía de Cochise: que era tranquilo y taciturno como un indio del cine, como Jeff Chandler en *Flecha rota*. Hoy en día la gente lo tomaba por un caballero inofensivo, sonriente, callado y amigo de los loros que, de vez en cuando, sentado ante las teclas de un Hammond, adoptaba la sorprendente identidad de un Zorro del soul-jazz y ponía a sus dedos a batirse en esgrima con las barras deslizantes y las teclas. El señor Jones se sentía tan atrapado dentro de aquel amable caballero anciano, con sus sonrisas y sus risillas, como lo había estado dentro de la imperturbabilidad de indio de madera de su juventud.

—El día en que me haga falta ayuda para mover ese trasto —dijo el señor Jones— será el día en que me retire para siempre.

El Hammond B3 era un aparato voluminoso como un vehículo a diesel, incómodo como un ataúd y frágil como un reloj. Para ir de concierto con uno de ellos había que tener brazos de forzado o bien estar dispuesto a importunar a tus amigos. Desde el día de 1971 en que se lo había comprado a Rudy Van Gelder, el señor Jones siempre había elegido la primera opción.

—Pues encuéntrame una silla —dijo—. Y algún sitio donde poner a este pajarraco de las narices.

Archy entró en la casa y volvió con dos tazones de café solo, una silla de ordenador y una escoba a la que le acopló una abrazadera metálica para que Cincuenta y Ocho se posara en ella. Extendió una de las fundas de la parte de atrás de la furgoneta en el suelo del garaje. Resultó que era el cumpleaños de Count Basie: la KCSM estaba emitiendo la versión que habían hecho Lambert, Hendricks y Ross de «Lil' Darlin'», con el Conde en persona sentado de forma excepcional ante las teclas

de un B3, aferrándose al tono lastimero de iglesia que aquel instrumento había tenido al llegar en aquella época al jazz.

El señor Jones sacó su pipa y su bolsa de tabaco y se acomodó para ver trabajar al chaval. Le producía cierta satisfacción ver cómo los dedos carnosos de Jazzmaster de Archy cogían uno por uno los extraños componentes del Leslie, unos artículos con pinta de haber salido de un cajón de la cocina, una caja de juguetes y un submarino, y los obligaban, uno por uno, a cohabitar en el interior de la caja. Ese día su pipa, una angulosa pipa modernista de madera de brezo, regalo de Archie Shepp, parecía tirar particularmente bien. Junto a la entrada para coches, las abejas holgazaneaban entre las campanillas de la madreSelva y un colibrí emitía su misterioso pitido. Cincuenta y Ocho se hurgaba ociosamente con el pico negro en el pecho moteado. El Leslie iba a estar arreglado y ellos iban a dar su concierto esa noche en las Colinas de Berkeley. Todo iba manifiestamente bien. Y sin embargo, al señor Jones le seguía doliendo algo, algo parecido a un dedo amargo de ácido en la tráquea, cierto fracaso que acechaba o bien en el futuro o bien en el pasado tanto de Archy como suyo.

—¿Qué «otras cosas»? —dijo el señor Jones.

Cincuenta y Ocho soltó un pitido de colibrí.

—¿Eh? —Archy tenía la unidad de agudos montada en el nivel superior de los tres que había en la caja y conectada con el motor de corriente alterna. Estaba en cuclillas, mirando el interior, escuchando en aquel silencio perfectamente engrasado cómo el disco que albergaba los dos conos, el de verdad y su hermano falso, giraba en el tubo de cojinetes. Aspas de hélice en un gorrito de dibujos animados—. ¿Qué otras cosas qué?

—Te han tenido despistado.

Archy desconectó la corriente y el rotor de los agudos se detuvo con un suspiro audible. A continuación se dio la vuelta para mirar al señor Jones, con la misma laboriosidad y concentración que un autobús que dobla una esquina muy cerrada. Se meció hacia atrás sobre los talones, pensativo. Respirando por la nariz. Tratando de decidir si quería empezar o no.

—Resulta que tengo un hijo —dijo—. De catorce años. El cabrón se presentó ayer en la tienda sin previo aviso. Resulta que lleva viviendo aquí en Oakland desde junio.

Pasó el tiempo suficiente como para que Archy llegara a la conclusión correcta de que tal vez el señor Jones no tuviera nada que decir. Por mucho que el señor Jones ya sospechara que la causa del «despiste» podía ser Titus, y hasta confiara en ello, la palabra «hijo» lo había cogido desprevenido, lo cual a su vez lo había dejado perplejo a un nivel más profundo, irritado por el hecho de que la palabra todavía le hiciera aquel efecto, después de tantos años. Había habido un tiempo en que la podías dejar caer como si fuera una bandeja llena de platos sobre un suelo de baldosas y detener

cualquier conversación que estuviera teniendo lugar dentro del señor Jones. Ahora solo resonaba con un trémolo suave de pesar, más o menos igual que cualquier otro pesar de los que se podían oír en el corazón de un hombre de sesenta y seis años. El señor Jones se quedó allí sentado, confundido por la tristeza, dándole vueltas y más vueltas a la información de Archy, como si fuera un pisapapeles, algo pequeño, pesado y con un montón de facetas talladas. Con ganas de decirle algo a aquel joven tan majo y lleno de talento, algo duradero y útil sobre los hijos, la pérdida y los remordimientos. Cuanto más se prolongaba el silencio entre ellos, más irritado se sentía el señor Jones. Archy regresó al Leslie. Lo desenchufó, cogió el rotor de bajos, lo colocó en su sitio y apretó los tornillos que lo sujetaban.

—¿Cuánto hace que conoces a tu mujer? —dijo el señor Jones.

—Diez años.

—Ajá.

La pipa estaba apagada y el señor Jones se la pasó al pájaro. El pájaro agarró la boquilla de la pipa haciendo «clic» con el pico y se alejó volando de su percha para adentrarse en la mañana. Se puso a dar golpecitos con ella en la acera. Lo más seguro es que también hiciera sus necesidades mientras estaba allí fuera, ya que en ese sentido el pájaro estaba mejor entrenado que un niño de cinco años. Al cabo de unos segundos, el pájaro regresó con aleteos nerviosos para posarse en el hombro del señor Jones. Le devolvió la pipa con la cazoleta recién vaciada. A Cincuenta y Ocho le había enseñado aquel truco algún propietario anterior al señor Jones, y también anterior a Marcus Stubbs, que había perdido al pájaro ante el señor Jones en una partida de póquer y que además no era capaz ni de entrenar a un tiburón para que comiera carne. El señor Jones cogió la pipa y el pájaro se volvió a subir a su percha de fabricación casera.

—Todavía no se lo he contado a mi mujer, por cierto —dijo Archy—. En caso de que se lo esté usted preguntando.

—¿Y hasta ahora no sabías que tenías un hijo?

—Lo sabía, pero bueno, nunca habíamos tenido, no sé, contacto. El chaval vivía en Texas... mmm... en Tyler, creo.

—Lo conozco.

Había tocado en un bar con brasería situado en una cabaña de chapa de zinc en un cruce de carreteras, una noche densa, húmeda y cargada de aroma a rosas. Idris Muhammad a la batería cuando todavía era un chaval llamado Leo Morris. Hacía ya medio siglo.

—El chaval tenía una abuela, la madre de la madre, que vivía allí —dijo Archy—. La vieja me mandó una foto una vez.

—Ajá.

El señor Jones metió otra madeja de su tabaco Perique favorito en la cazoleta de

su pipa y lo apisonó con el dedo.

—Nadie me pidió que fuera el padre de ese chico —dijo Archy—. Y yo tampoco me presenté voluntario, ya me entiende.

—Ajá.

—Ayer va el chaval y se presenta en mi tienda y yo sigo sin entender por qué. Pero resulta que está con Julie.

—¿Julie?

—Julie Jaffe.

—No sabía que ese chico tuviera amigos.

—Julie está completamente colado por el cabrón.

—Oh —dijo el señor Jones—. O sea que el chico es de esos.

—Estoy convencido de que sí —dijo Archy.

Aquello no preocupaba en absoluto al señor Jones. En lo tocante a estilos de vidas y conductas, el señor Jones era un firme creyente en el vive y deja vivir. Gays, neopaganos, gente que quería incrustarse una arandela de metal en el lóbulo de la oreja... Pero de alguna manera, aunque no le sorprendió, al señor Jones sí que le puso triste enterarse de que Julie Jaffe había salido homosexual. Le daba la impresión de que era algo demasiado complicado, demasiado fuerte, como para que un chaval tan joven tuviera que cargar con ello. No lo desaprobaba pero tampoco veía que le fuera a reportar ninguna recompensa.

—Con lo joven que es —dijo, negando con la cabeza—. Y listo.

El pájaro soltó un pitido como si fuera un microondas, cuatro veces. Palomitas listas. Luego, siguiendo su propia lógica inescrutable, empezó a articular la versión de Groove Holmes del coro de «American Pie». Con un rotor fantasmal zumbándole en la garganta.

—Dice que se conocieron en una clase de cine —dijo Archie, poniendo el bafle de bajos en su sitio en el compartimiento inferior del Leslie—. En el Centro para la Tercera Edad de Southside.

—Ah, ¿sí? —dijo el señor Jones, mirando fijamente al pájaro como si le estuviera avisando de que se mordiera la lengua sobre lo sucedido en junio.

—Dan un curso sobre Quentin Tarantino. No sé, creo que están estudiando *Kill Bill* o algo así, mirando un montón de pelis de kung-fu y pelis de serie B. Me sorprende que no se apuntara usted, con lo que le gusta *Pulp Fiction* y todo eso.

—Es que sí que me apunté —dijo el señor Jones—. Creo que estás hablando de mi joven amigo Titus. ¿Va en serio que es hijo tuyo?

Archy se levantó despacio y con cuidado. Se dio la vuelta para mirar al señor Jones, muy poco a poco, como si esperara encontrarse mirando el cañón de una pistola.

—¿Lo conoce usted?

Siempre que el señor Jones, nuevamente al estilo característico de los ancianos inútiles, deseaba contemplar la miseria del mundo, o por lo menos de la parte del mundo comprendida entre la Autopista Grove-Shafter y Telegraph Avenue a su paso por la calle Cuarenta y dos, solo tenía que mirar la casa situada al otro lado de su calle y a dos puertas de distancia donde vivía su vecina la señora Wiggins. La mujer ya les había parecido vieja cuando él y Fernanda habían llegado para vivir con la madre de Fernanda en 1967. Pero por entonces la señora Wiggins todavía no había perdido las fuerzas, era una mujer furiosa y devota, a quien le gustaba ser conocida y anunciar el régimen de hierro con que gobernaba a aquellas tribus de niños perdidos que entraban a manadas como inmigrantes por su puerta —entre ellos, la difunta Jamila Joyner—, aceptando lo que ella les diera en forma de amor y azotinas, de ropa limpia y comida sobre la mesa. La señora Wiggins siguió así años y décadas, como uno de esos soldados japoneses que continúan combatiendo en las islas Salomón o donde sea, sin que nadie se presentara nunca a traerle refuerzos ni a pedirle a la pobre mujer que se rindiera. Sin embargo, el tiempo, los delitos y la tristeza en todas sus morfologías habían acabado por hundir a la vieja señora Wiggins. Aunque seguía viva, ya no era más que un fantasma farfullante de ella misma. Y pobre de la criatura a quien el tribunal superior de la mala suerte encomendara a los cuidados de la anciana. Cuando el señor Jones era chico en Oklahoma City, lo habían llevado a una feria ambulante en cuya carpa se exhibía a un hombre que supuestamente era John C. Frémont y tenía ciento veinte y pico años de edad. Manos esqueléticas, una mata de pelo alborotado y un par de ojos velados por las cataratas, asomándose desde debajo de un montón de mantas y temblando. Alrededor de aquella cosa que se asomaba, en las sombras de la carpa, se movían las aberraciones de la naturaleza y los horrores corporales, sigilosos, amargados y retozando. Así era como el señor Jones se imaginaba ahora a la vieja señora Wiggins, en aquella casita del otro lado de la calle.

—Puede que sea yo quien ha provocado eso que ahora te está despistando —dijo el señor Jones—. Titus está viviendo con la señora Wiggins. ¿Sabes esa casa que hay delante de la mía?

—Sí, ya. Era la tía de Jamila o algo así.

—Un día vi salir al chico de la casa y vi algo en él que me resultaba familiar, ¿sabes? El chaval llevaba un jerseicito sin mangas. El pelo bien peinado, los vaqueros planchados.

—Tiene una apariencia bien pulcra, eso lo admito.

—Y empezamos a hablar.

Con aquellas cuatro palabras, el señor Jones condensó dos semanas de intercambiar saludos con la cabeza. El chaval se dedicaba a ir y venir con la bicicleta a cualquier hora del día o de la noche, y el señor Jones se lo quedaba mirando en

busca de señales de un destino aciago inminente, pero día tras día no veía nada digno de mención más que un repertorio pequeño y ferozmente cuidado de camisas de botones y camisetas blancas deslumbrantes. Y luego, de repente, un torbellino de conversaciones, después de que a Titus lo atrajera una ráfaga de extraños tañidos de cítara emitidos por el loro al otro lado de la ventana de la cocina del señor Jones, y es que la noche anterior habían pasado *El tercer hombre* por la KQED.

—El chaval me contó que quería ser director de cine —dijo el señor Jones—. Se puso a hablarme de Walter Hill, Sam Peckinpah y Stanley Kubrick. Y yo pensé: «Pues bueno, mira».

—Tiene buen gusto.

—Luego me mencionó que le gustaba Tarantino. De manera que le hablé del curso. Lo que pasa es que cuando llegamos, un tipo en silla de ruedas... —El señor Jones se interrumpió y apretó los labios. Respiró hondo, negando con la cabeza con tristeza furiosa—. Me dijo que tenía alergia a los pájaros.

De acuerdo con el doctor Hanselius de la Biblioteca Marxista Niebyl-Proctor, las alergias a los pájaros eran —se abren comillas— extremadamente poco frecuentes —se cierran las comillas—, y la punzada persistente de humillación que el señor Jones había sentido aquella tarde, la sensación de que tanto él como el pájaro habían sido víctimas de una forma esotérica de intolerancia, alimentó la rabia que llevaba acumulándose en su interior desde que había averiguado que el Leslie no estaba listo para el concierto de aquella noche; desde que lo habían expulsado de la clase de Tarantino; desde el asesinato de Marcus Foster o del Doctor King; desde 1953 o 1938.

—Lo más seguro es que el cabronazo duerma todas las putas noches con una almohada de plumas —dijo el señor Jones.

Miró al pájaro, cuyas plumas emitían aquel ligero olor a periódicos chamuscados que es típico en los loros, en quien se destilaban toda su soledad y su indignación. Cincuenta y Ocho chilló como si fuera una flauta de émbolo.

—Así que me tuve que marchar —dijo el señor Jones, consciente de que su explicación del papel que había jugado en la llegada del hijo de Archy se había desviado un poco de su rumbo—. Pero Titus se quedó. Y el chaval de Nat estaba allí sentado.

—¿En la primera fila, al lado del profesor?

—En el centro mismo de la primera fila. Supongo que se debieron de hacer amigos allí. Ya me pareció a mí que podía pasar que el chico terminara por encontrarte, tarde o temprano.

—¿O sea que usted lo sabía?

—No estaba seguro.

—Pero, o sea, señor Jones, ¿cómo es que no me lo dijo?

La pregunta hizo que el señor Jones se retorciera.

—Pensé que ya había cumplido mi función. Que luego ya te tocaba a ti. A ti y a él.

—Uau —dijo Archy—. A veces es usted más callado que una puta tumba, señor Jones.

—En eso no te puedo llevar la contraria.

—Está usted hecho un misterio. ¿Y se lo dijo a ellos?

Tal vez fue entonces cuando el señor Jones se empezó a dar cuenta de que se sentía ofendido.

—¿Te crees que les iba a decir algo a ellos y a ti no?

—Pues debieron de adivinar un montón de cosas entre los dos, para llegar hasta mi puerta.

—¿Es ahí donde está Titus ahora, en tu puerta?

—Mi puerta en sentido figurado.

—¿No vive contigo?

—¿Cómo, de un día para otro? Ah, claro: «Hola, soy tu hijo». «Ah, vale, genial ya puedes vivir con nosotros.»

El señor Jones intentó encontrar lo que fallaba en aquella historia. Él quería a Archy Stallings y siempre intentaba verlo con buenos ojos. Y ahora estaba luchando para entender qué podía impedir a un hombre aferrarse a la bendición inesperada de un hijo vivo, atractivo y correcto, con un gusto encomiable en materia de directores de cine.

—Yo no me muevo tan deprisa, señor Jones, ya lo sabe usted. Y, como le he dicho, todavía no le he contado nada a Gwen. Ya ocupó el número uno de su lista negra por culpa de ciertos desaciertos que he tenido.

—Pero no lo habrás devuelto a la señora Wiggins.

—No, de momento, se está quedando con Nat y su familia. He pensado que haría feliz a Julie. Podrán montar una buena batalla de almohadas en el desván.

—No es verdad que hayas pensado eso —dijo el señor Jones.

—No —admitió Archy—. No, tienes razón. Es que, con el bebé de camino y lo de Dogpile...

—Las distracciones.

—Sí.

—Que te están despistando de lo importante.

—Eso mismo.

—¿Y qué me has dicho que era lo importante?

—Eh —dijo Archy—. A ver, señor Jones. ¿Qué problema hay?

El señor Jones se levantó de su silla. Le tendió una mano a Cincuenta y Ocho y el pájaro subió de lado la pasarela que lo llevaba a su percha de toda la vida.

—Señor Jones, ¿qué he dicho? ¿Por qué se va? No he terminado del todo, pero casi.

—Tráelo al concierto —dijo el señor Jones—. Si no funciona, lo tiras.

Echó a andar hacia la camioneta, deseoso de hablarle a Archy —o por lo menos sintiendo que le debía hablar— de Lasalle, nacido y muerto el 14 de abril de 1966. Deseoso de hablarle de las dos horas y diecisiete minutos de orgullo y placer que Archy llevaba catorce años desperdiciando. Fue a la Econoline y cerró de golpe las portezuelas de la zona vacía de carga. El señor Jones ayudó al pájaro a ponerse en el reposacabezas del asiento del conductor y aferrarse con una garra al cinturón del hombro para no perder el equilibrio.

—Tal vez necesites empezar a centrarte en las distracciones —dijo el señor Jones—. Tal vez entonces no te distraigan tanto.

—¡Señor Jones! Eh, venga ya. ¿Qué he dicho?

El señor Jones se metió en la furgoneta y arrancó el motor. Incluso por encima del baboseo de su V8 Windsor de trescientos caballos, oyó que Archy repetía inútilmente:

—Señor Jones, lo siento.

—Como sacar una tiritita... —dijo Gwen.

—Ni siquiera —dijo Aviva.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Sé valiente.

Aviva estaba ondeando la bandera de la valentía. Con los pies plantados uno junto al otro, sobre la moqueta berebere gris. Llevaba sandalias nuevas, con unas correas que se le cruzaban por encima de los tobillos al estilo de las películas épicas, y las uñas de los pies recién pintadas de color ciruela. Las piernas bronceadas y afeitadas, las espinillas relucientes como los pabellones de una sección de vientos. Falda de lino gris y blusa de lino blanco, no nuevas pero sí confeccionadas con seriedad y bien cuidadas. La blusa abotonada hasta una altura profesional, pese a lo cual se las apañaba para revelar con el cuello una atractiva cuña de clavícula y escotadura supraesternal. En su regazo, un tomo abstruso titulado *Acupuntura: puntos y meridianos*.

—«Sé valiente» —dijo Gwen. Se tiró del dobladillo de la falda de embarazada negra y ajada que había planchado con vistas a aquel ejercicio en humillación ritual. La camisa que llevaba, aunque bastante nueva y limpia, era hawaiana y había pertenecido originalmente a su marido. El pelo, en cambio, sí que lo tenía impecable. Limpio, elástico y con los bucles infantiles recién hechos. Su pelo sí que estaba a la altura de la dura prueba de esta mañana, y eso le producía a Gwen un mínimo de comodidad, o incluso, y esto tal vez fuera peligroso, de orgullo desafiante. Ahora

carraspeó—. Si yo fuera valiente, Aviva, no estaría sentada aquí.

—Yo hablo de valiente a largo plazo —dijo Aviva—. Valiente en el gran esquema de las cosas.

—O sea, valiente en la modalidad cobarde.

—Eso mismo —dijo Aviva—. Por oposición a la modalidad estúpida.

Aquella distinción concordaba con la experiencia de Gwen y, en menor medida, con sus creencias; y, sin embargo, trazarla no la reconfortó en absoluto.

—Júramelo —dijo, solicitando aquella garantía por tercera vez en lo que iba de mañana—. Aviva, júramelo.

—Esto no significa nada —dijo Aviva.

—Porque te lo aseguro: parece algo tan cargado de significado que casi me entran ganas de vomitar.

—¿Va usted a vomitar? —dijo la recepcionista de los sábados, apartando la vista de su pantalla para examinar a Gwen, en un tono que venía a decir: «Ni se le ocurra vomitar en mi oficina».

Tenía una vibrante mata de rizos afro, y Gwen la reconoció como condiscípula de Tyneece en el Glama. Se habían cruzado unas cuantas veces, peregrinas de camino al templo. La mujer tenía algo que siempre había molestado a Gwen, y ahora por fin se dio cuenta de lo que era: un miasma invisible y penetrante al doctor Lazar.

—Pues igual sí, mira —dijo Gwen. Bajó la voz hasta convertirla en aquel susurro peculiarmente audible que solían usar las mujeres de su familia; peculiar no por su audibilidad sino por la insinceridad con que, igual que Dios les había entregado sus Mandamientos a una panda de tipos que Él sabía perfectamente que se iban a pasar la eternidad entera quebrantándolos sin parar, se molestaba en ser un susurro. Una mujer de la familia Shanks que hubiera ensayado bien su embocadura no solo podía modular la dinámica de su susurro, sino también proyectarlo de tal forma que atravesara puertas cerradas y doblara esquinas, mandarlo a través del tiempo mismo para que emitiera ecos eternos, por ejemplo, en los oídos réprobos de una nieta casada con un individuo que no valía nada—. Es lo que pasa cuando tienes que comerte eso que tú sabes.

Aviva bajó la vista a su manual, no lo bastante deprisa como para ocultar su sonrisa. La recepcionista, en cambio, no pareció encontrarle ninguna gracia a Gwen. Volvió a golpear furiosamente las teclas de su ordenador con las uñas largas, haciendo un ruido que ahora Gwen se dio cuenta de que la había estado molestando desde que se habían sentado. Gwen cambió de postura en una de las sillas de acero con tapicería de vinilo que amueblaban la sala de espera, inclinándose primero sobre la nalga izquierda y después sobre la derecha. Cada vez que se inclinaba hacia un lado u otro, sus muslos se despegaban entre sí con un suspiro, como amantes que no se quieren separar. Los músculos de la rabadilla se le habían agarrotado formando un

puño lleno de rencor. Tenía la cabeza del bebé empotrada contra el lado izquierdo de la caja torácica, justo debajo del corazón, en aquel punto preciso en que Gwen solía sentir las premoniciones de los desastres.

—Lo que a mí me hace falta —dijo, usando el mismo susurro Shanks que podía oír hasta la dermatóloga que estaba en la oficina contigua— es algo para hacer que me baje. —Pensó en una taza de aquel *suff* blanco y cremoso que ella jamás se volvería a permitir disfrutar—. Algo que me quite de la boca el sabor de...

—Chsss... —le chistó Aviva. Metió la mano en su bolso, abrió la cremallera de un bolsillo interior y sacó una botellita en miniatura de salsa Tabasco como las que tienen en los aviones—. Échale unas gotas de esto.

Gwen cogió la botella y la agitó un par de veces, pensando: «Echa unas gotas en el bote del jabón del cuarto de baño de Lazar. Úsalo para darle un masaje en la calva de color rosa. Méteselo bien por los poros».

Mientras se imaginaba a sí misma, con una satisfacción extraña, llevando a cabo aquel acto de acicalamiento vengativo, la puerta que separaba la sala de espera de la zona de reconocimientos se abrió y por ella salió el doctor A. Paul Lazar, ginecólogo y tocólogo colegiado. Parecía estar en plena transición entre la sala de partos y el asiento de su bicicleta, con la chaquetilla verde del uniforme hospitalario por encima de unos pantalones cortos de Lycra negra y unas zapatillas Nike de ciclismo. Aquel atuendo híbrido parecía perfectamente adecuado para su sala de espera, que se ajustaba a la estética general de las consultas de los médicos de Berkeley, con su mezcla libre de elementos de salón expositor de muebles de segunda mano, de compañía de títulos de propiedad inmobiliaria y del Ministerio de la Verdad de 1984. Lazar era más guapo y menos joven de lo que Gwen recordaba, ni tan pálido ni con la mirada tan apagada. Pero seguía teniendo bastante cara de pez.

—Señoras —dijo en un tono que no auguraba nada bueno. Extendió la mano para que ellas se la estrecharan, con cierto aire de portento pero también con un toque de travesura, como si se estuvieran reuniendo para firmar un tratado que lo permitiría a él ocupar el país de ellas con el pretexto de defenderlo—. Entren.

Aviva se guardó el atlas de acupuntura en una bolsa de tela de la KPFA y se puso de pie. Gwen se apoyó en el brazo de Aviva para levantarse también. Lazar observó cómo se incorporaba con un fulgor diagnóstico en la mirada. El temor, o bien el cráneo de su bebé, parecieron encajarse todavía más adentro de los huesos de la caja torácica de Gwen cuando siguió a Aviva al despacho del médico. El despacho era un recinto insulso —estantes de acero negro, cuadros de Pfizer, vistas al aparcamiento—, animado únicamente por el desorden de los manuales médicos de Lazar y por una fotografía enmarcada en la que aparecía él compartiendo el sol, en lo alto de una montaña de color gris verdoso, con una mujer joven de dientes de caballo y dos bicicletas italianas. Lazar y su mujer, o bien su novia, sonreían con aire de felicidad

diligente, tal como sonríes cuando un completo desconocido acepta sacarte una foto. Gwen aventó la chispita de pena que se había encendido en su interior al ver el despacho de Lazar, notando que la luz de su llama le ofrecía su única esperanza de encontrar una salida al lío en que ella había metido a las Comadronas Asociadas. La pena y nada más que la pena podía enmascarar el sabor amargo de la mierda.

—Bueno pues —dijo Lazar—, aquí están ustedes.

—Aquí estamos —ratificó Gwen, intentando plantar cara a los ojos azules del hombre, que seguían tomando notas del caso. Edema, melasma.

—Sé que las tengo a ustedes entre la espada y la pared —dijo él—. Pero, aun así, les agradezco el gesto.

Les dedicó una sonrisa insincera para demostrarles que estaba fingiendo que bromeaba. La llama de la pena de Gwen se extinguió. Con la imaginación proyectó una breve secuencia de artes marciales, de unos cien fotogramas nada más, que terminaba con un gesto bien distinto: ella clavándole el pie a Lazar en el nudo de la laringe. Retuvo el control de sí misma y resistió el deseo de compartir aquella escena con él. Pese a todo, su comentario era una pelota difícil de devolver por encima de la red para las dos socias.

—Yo... —Gwen echó un vistazo a Aviva—. He hablado esta mañana con Lydia. Parece estar bien. No sé si usted...

—Se va a poner bien —dijo Lazar. «No gracias a vosotras», dijo su mirada.

No, no, Gwen se estaba dejando llevar por la paranoia. El día anterior había perdido los papeles. Había dejado que sus emociones se impusieran sobre su sentido común, lo cual era algo muy impropio de ella, tanto por su naturaleza como por sus acciones, tanto por hábitos como por preferencias. Por poderosas que pudieran ser sus emociones, ella sabía desde los siete años que tenían muy poca utilidad, y que, en cambio, su sentido común era extraordinariamente fiable. Era todo aquello, junto con la larga y sangrienta resolución del parto del día anterior, además de las hormonas que volaban como nubes de tormenta sobre la pradera de su tercer trimestre de embarazo, lo que había llevado a Gwen a traicionar sus principios. Desde un punto de vista clínico, el doctor Lazar había tenido una actuación impecable. Gwen no tenía ningún conflicto clínico con él, ninguno que mereciera poner en jaque su prestigio en aquel hospital, un prestigio que, como el de todas las enfermeras-comadronas que tenían privilegios en el Chimes, siempre resultaba misteriosamente frágil. Ahora, gracias a la intervención de Aryeh Bernstein, lo único que Gwen tenía que hacer era decirle a Paul Lazar las dos palabras más carentes de significado del idioma inglés, y sería perdonada. Una disculpa era... ¿cómo lo decía Nat, citando supuestamente a su padre...? Era algo hermoso, no, un milagro del lenguaje. No costaba nada y te reportaba una recompensa enorme. Claro que aquello era fácil de decir para Nat.

—Ayer fue un día largo y confuso —empezó a decir ella, consciente de que

aquello no iba a servir, de que la conclusión lógica de la frase, si ella seguía en aquella dirección, solo podía ser que la culpa no era de Gwen ni de la mala suerte, sino de la pobre, larga y confusa tarde de ayer—. Normalmente, Doc, soy demasiado orgullosa para ponerme en la clase de situación en que me puse ayer cuando perdí la calma.

Aviva le echó un vistazo furtivo a su socia y, desde algún lugar de las profundamente oscuras cuencas de sus ojos hundidos, le lanzó a las alturas una bengala de advertencia. Gwen no había venido a discutir con el doctor Paul Lazar el flujo ni los caprichos de su orgullo o de su calma.

—Así pues... —probó a decir Gwen.

Fue consciente de que se le estaba acumulando un regusto mortecino y fétido en la parte de atrás de la lengua. Se dio cuenta de que al llegar allí había recibido instrucciones no solo de tragarse su orgullo y disculparse ante aquel hombre que le había dedicado un insulto racista, sino también de soportar su petulancia, sus pantalones cortos de ciclista y, lo peor de todo, la sonrisa equina de aquella mujer de la fotografía, que ya no le parecía a Gwen una sonrisa lamentable de persona sin amigos, sino más bien ufana y jactanciosa, la sonrisa de alguien que creía que su sitio natural era la cima de las montañas. O no, tal vez lo peor de todo fueran los pantalones cortos de ciclista.

—Así pues —continuó—, regresando al tema de mi conducta. Y teniendo en cuenta las firmes recomendaciones de mi socia, que se ha pasado toda su vida profesional plantando cara a médicos, hospitales, chupatintas de compañías de seguros...

—Gwen, cariño —dijo Aviva, sacando a relucir su parte de Brooklyn, ya fuera para ironizar el término afectuoso o bien a modo de advertencia genuina.

—... por tanto puede usted estar seguro de que ella sabe, como también lo sé yo, que igual que tenemos que ser el doble de competentes, el doble de cuidadosas, estar el doble de preparadas, ser el doble de sensibles y mantener el doble de frialdad bajo el fuego enemigo...

—¿Estamos hablando de comadronas o de Jackie Robinson?

—... que un medicucho que se las da de Lance Armstrong con un diploma de... —Le echó un vistazo al diploma de la facultad de medicina—... Loma Linda...

—Eh —dijo Lazar—. ¿Perdone?

—... también sabe que tenemos que ser el doble de competentes en tanto que vosotros...

—Por el amor de Dios, Gwen...

—... puede estar usted seguro de que Aviva sabe, porque es la que me lo ha dicho, y porque Dios sabe que la he visto hacerlo miles de veces, que también tenemos que «aguantar el doble de mierda».

Aviva se desplomó en su silla.

—De manera que eso es lo que he venido a hacer. A comerme el marrón. En dos palabritas. Que no son las palabras que yo elegiría decir si pudiera, pero es que no puedo elegir.

Gwen se puso en pie con lo que a ella le pareció una presteza notable y hasta, por primera vez en muchas semanas, con una especie de elegancia. Ni la imagen de Aviva hundida en su silla y soltando humo ni el centelleo de los ojos de Lazar —ya no había duda de que iba a maniobrar para quitarles los privilegios— suscitaron en ella reacción alguna de remordimientos o arrepentimiento. Se limitó a ir a la puerta, poner la mano en el pomo y girarse hacia el doctor Lazar; y entonces, no exactamente como si le estuviera diciendo que se fuera a la mierda, ni tampoco exactamente como si le estuviera sugiriendo que probara a ver cuánta silla de su bicicleta Pinarello de tres mil dólares se podía meter por el culo, sino más bien con toda la fuerza de la pena a la que hacía poco había adjuntado su esperanza de salir de aquel marrón sin estropear todo lo que tanto ella como Aviva habían trabajado tanto para lograr, encontró dos palabritas que resumían lo que ella sentía hacia aquel medicucho de cesáreas de tres al cuarto de culo estrecho y perrillo faldero de las compañías aseguradoras, hacia toda su supuesta profesión y hacia aquel mundo que veía todo lo que era humano y sucio, propenso en la misma medida al fracaso y a la alegría, como un proceso a racionalizar, estandarizar y controlar por partes:

—Lo siento.

Con la sensación de estar pataleando por una piscina, libre de masa, de impulso y de inercia, Gwen atravesó la antesala hasta llegar a la puerta. Aviva la alcanzó en el ascensor, con un tintineo de monedas contra un llavero dentro de su bolsa de tela.

—Lo siento —volvió a decir Gwen, y esta vez no era una expresión de arrepentimiento por las cosas que había dicho o hecho, sino más bien lo contrario: su disculpa era, como a menudo son las disculpas, una declaración de batalla. Lo único que sentía era el hecho de que no lo sentía para nada.

Detuvo el coche delante de la casa, con los pies doloridos, ansiando una ducha, con todas las partes blandas del cuerpo pegadas por medio de una resina de hormonas y sudor a por lo menos una parte más. Con el estómago revuelto por la marea de olor a jazmín que cruzaba en tromba el jardín procedente del porche para chocar con la cerca de listones en forma de una espuma pinchuda de flores cuyo color y olor le recordaron a la carne de los plátanos pasados. Irritada por el zumbido insectil de un clavicémbalo que sonaba por la KDFC (que Gwen se obligaba a sintonizar por las supuestas propiedades relajantes que tenía la música barroca, aunque a ella siempre le había parecido el equivalente auditivo a intentar hacer origami con la mente). Con la mente ocupada no en la estrategia adecuada para afrontar la reunión inevitable de la

junta a la que, después de su último estallido de indignación moral, ahora ella y Aviva tendrían que someterse, sino en intentar urdir alguna excusa verosímil para escaquearse de la clase de parto de aquella noche. Ahora apagó el motor. La puerta del garaje, irremediabilmente abarrotada de cosas, se abrió sobre sus goznes irreparablemente chirriantes. Y en ella apareció Archy, vestido con su Traje Funky de tres piezas —diez metros de satén de color púrpura—, cargando de espaldas con un enorme armatoste de madera de equipo de sonido por la salida de coches y en dirección a la caja de su El Camino, sin que por lo visto le hiciera falta excusa alguna, como de costumbre, para olvidarse de las clases de Lamaze.

La clase tenía lugar los sábados por la noche en el centro cívico de una iglesia baptista de Telegraph. Gwen la había elegido, de entre las docenas de clases donde las mujeres en estado de Berkeley y Oakland ensayaban técnicas de respiración y relajación, porque había oído que a ella iban parejas jóvenes negras. Confiaba no solo en que ella y Archy pudieran (o eso decía la fantasía) hacerse amigos de los simpáticos papá y mamá sesenta por ciento bohemios / cuarenta por ciento burgueses de algún futuro compañero de juegos con rastitas para su bebé, sino también con base en un cálculo desgraciado reducir la posibilidad de toparse con una de sus pacientes entre las esterillas de yoga puestas en círculo. Sin embargo, resultó que las únicas otras personas negras que se encontraron en la sesión medio vacía que se congregaba todas las semanas bajo el zumbido de los tubos fluorescentes de la sala de juegos, con su aroma persistente a pies y sobacos de la clase de capoeira que venía justo antes, eran un par de madres solteras, que no tenían a nadie que las pudiera entrenar más que sus madres, y las mitades masculinas de dos parejas birraciales, uno con la esposa oriental y la otra blanca. La instructora, la señora Pease, también daba clases en la escuela de religión de la iglesia, y tenía unos modales de catequesis al mismo tiempo zalameros y condenatorios. En cualquiera de los casos, allí Gwen no tenía nada que aprender: aparte de la unidad marital y progenitora que pudiera simbolizar, su asistencia buscaba de forma manifiesta, y hasta descarada, ayudar a Archy. Y, sin embargo, él se olvidaba todas las semanas de la clase hasta que Gwen se la recordaba, a continuación intentaba fingir que no se había olvidado y por fin se pasaba toda la clase con una expresión tan seria, tan comprometida y tan ansiosa por absorber la sabiduría parturienta de aquella vieja arpía amargada y melosa que era Charmayne Pease que resultaba imposible —y Gwen lo había intentado— creer que fuera genuina.

Dicha expresión facial, demasiado paciente, demasiado tolerante y demasiado sincera para ser algo más que una burla, había empezado a ocupar el espacio entre su barbilla y su frente en algún momento del principio del embarazo de ella. Gwen la consideraba una especie de resumen de la actitud que tenía su marido hacia la paternidad inminente con los deberes y obligaciones que le habían sido revelados de

momento. Solo se podía tomar el tema en serio, le parecía a ella, en la medida en que sabía lo bastante, la mayor parte del tiempo, como para fingir que se lo tomaba en serio. Aun así ella tenía que hundirle la cara en la materia para conseguir que prestara atención, obligándolo a leer artículos y links de internet relacionados con la espina bífida, con la relación entre dormir de espaldas y el Síndrome de Muerte Súbita Infantil y con las ventajas y los inconvenientes que presentaban los chupetes. Leyéndole en voz alta pasajes de libros sobre el embarazo que ella compraba y fingía estudiar, aburrida y peleándose mentalmente todo el tiempo con los autores, solo para que Archy se viera obligado, acostado junto a ella en la cama, a escucharla leer en voz alta. Era como uno de esos experimentos de Piaget con bebés: la idea de ser padre, en cuanto la extraías de su perspectiva inmediata, dejaba de existir en su mente. Y su reaparición allí, cada vez que Gwen se la recordaba, era más dolorosa para ella que la desaparición.

De manera que aquella noche llegó a casa, después de pasarse la tarde escuchando como si fuera una aprendiz zen el silencio de Aviva sobre la reunión con Lazar —un silencio más doloroso que cualquier reproche, y es que la vida de Gwen tal vez anduviera demasiado amueblada de gente que la fastidiaba con sus paradojas —, sintiendo aquel suave cráneo de temor encajado contra su caja torácica, dispuesta a darle fiesta aquella noche a su mentiroso, infiel e inútil Marido del Alma, ¡y mira al muy memo! Le había ahorrado el trabajo. Trasteando con sus correas elásticas y las fundas para muebles de su furgoneta. Enorme y morado igual que la causa de todos los problemas de ella, con el esplendor ridículo de sus zapatos Oxford de plataforma midiendo en milímetros de elevación la distancia que lo separaba de cualquier mundo que se definiera a sí mismo en términos de deber y obligación.

Aunque solo hacía unos minutos que había estado ensayando para sí misma diversas formas ambiguas o suavemente sarcásticas de decirle a Archy que únicamente quería pasar aquella noche repanchingada con él en el sofá, comiendo helado de chocolate con leche de Fentons de un cartón de cuarto de kilo y viendo el programa que fuera que a él le apeteciera ver, ahora se dio cuenta que prefería dejarle que se follara a todas las mujeres de Etiopía y Eritrea, en parejas y en tríos, antes que permitirle que se saltara la compañía de la señora Pease.

Luego acertó a ver el movimiento de los músculos por debajo de la espalda de su chaqueta, unos destellos como de hojas de cuchillo a contrapelo, mientras levantaba trazando un solo arco sin esfuerzo el enorme cubo de madera del amplificador —el tanpreciado Leslie del viejo señor Jones, a cuya reparación Archy había entregado las últimas semanas de libertad sin hijos de la pareja— hasta la parte de atrás de su coche. Levantando aquel armatoste enorme como si fuera una caja de cartón llena de virutas para embalar. Gwen dejó escapar un ruido que pasó involuntariamente del «hum» de desaprobación que ella había querido emitir a un tañido grave como el que

hace una cuerda interior al soltarse.

—Oh-oh —dijo él, dándose la vuelta—. Tienes el brazo en jarras de esa manera.

—Sé que debes de estar descargando —dijo Gwen—. Por mucho que parezca que estás metiendo cosas en la furgona.

—Bueno, no... mmm... tenemos concierto esta noche. De los buenos. Un evento político para recaudar fondos, en Kensington. Allí en Cragmont, saliendo por la Arlington o... —Vio que ella no estaba interesada en los detalles de la geografía de North Berkeley—. Oh, mierda. Es sábado.

—¿Estás seguro?

—Muy bien —dijo—, vamos a ver. No me necesitan, en serio. Son Nat y Boom y el señor Jones, y mientras yo le lleve el Leslie, él puede hacer con el pie izquierdo todo lo que yo con las dos manos en el bajo. En serio. —Se consultó el reloj—. Se lo llevamos allí, lo descargamos, te compramos algo para comer que te suba el azúcar hasta unos niveles aceptables y todavía podemos volver para llegar a la clase de parto a tiempo. ¿Te parece buen plan?

—Pues mira, me parece buen plan, sí —dijo Gwen—. Pero me parece que no era el que tenías. El que tenías, a ver si lo adivino, era meter el resto de esas cosas en la furgona. —Hizo un gesto hacia el J Bass guardado en su estuche, el amplificador del bajo y el preamplificador, todo amontonado junto al guardabarros delantero del El Camino—. Y largarte a North Berkeley sin pensar ni un segundo en lo único importante que tienes ahora mismo en tu vida. Estoy segura de que no me habías dejado ni una puñetera nota.

Ante aquella grave acusación, Archy empezó a presentar una protesta, decidido a comunicar sus objeciones, adentrándose a tientas en ellas como alguien que retrocede por un pasillo a oscuras, como si confiara en que al llegar al final descubriría, con un grito de reivindicación y de triunfo, que en realidad, *au contraire*, sí que había escrito una nota, y simplemente después de escribirla se había olvidado. Pero no; aquella esperanza se apagó en sus ojos. Luego se le ocurrió una idea. Levantó un dedo. Se tanteó el bolsillo. Asintió. Exagerándolo todo con aire de pantomima cómica, intentando calmarla a base de payasadas, una táctica que a lo largo de los años le había reportado bastantes éxitos, aunque los fracasos también eran incontables y espectaculares. Se metió la mano en el bolsillo de la pechera de la chaqueta de su Traje Funky, sacó un rotulador negro y un papel que resultó ser una multa de aparcamiento sin pagar del Ayuntamiento de Emeryville emitida hacía dos años, garabateó unas palabras en el dorso y se la pasó a ella haciendo gala de una ceremoniosa falta de ceremonia. Gwen la dobló por la mitad sin leerla, se preguntó por qué aquella tarde de junio de hacía dos años había estado el El Camino de Archy aparcado delante del 1133 de la calle Sesenta y dos, llegó a la conclusión de que habría sido o bien por una mujer o bien por el sótano lleno de discos de un muerto, la

dobló por segunda vez y se la volvió a meter en la mano a su marido.

—Me voy a duchar —dijo ella—. Ve ahora mismo a La Calaca Loca y tráeme uno de esos *elotes* que tienen, con poco chili, y un taco de pescado, no, dos, de los rebozados. Y una botella de tamarindo, y tenlo todo listo aquí y esperándome para cuando baje.

—Sí, señora —dijo Archy.

A continuación le pasó una expresión rara por la cara, como el parpadeo de un televisor durante una caída de tensión, y su mirada fue de un lado para el otro, siguiendo el zumbido de cigarra de una bicicleta. Gwen se dio la vuelta a tiempo de ver la espalda de un chico larguirucho montado en bicicleta, tal vez un chaval del vecindario, a quien ella no conocía, y, cuando volvió a mirar a Archy, él estaba metiendo el resto de sus cosas en el El Camino y diciendo:

—*Elote*... mmm... sí, suena de maravilla. La comida mexicana me apetece todos los días. —Se volvió hacia ella—. Me encanta México. —Se secó la frente con el dorso de un brazo enfundado en satén—. Nena, vámonos a México. Esta noche mismo. Venga, hagámoslo. Mudémonos a México.

—Ja, ja.

—No, en serio. —Puso una cara muy seria, o tal vez resultó que por una vez le salía realmente así—. Te estoy siendo totalmente sincero.

—Y yo estoy total y sinceramente a punto de tener un bebé, Archy. ¿Cómo me voy a ir a México?

Todavía no había terminado de espetar aquellas palabras y ya se había arrepentido de ellas, dándose cuenta, probablemente antes que Archy, de que para ir a México él no necesitaba llevársela a ella. Archy podía irse a México, podía mudarse allí, en cualquier momento en que le diera la puñetera gana. Podía irse aquella misma noche.

Archy se quitó las gafas de sol para limpiarse las lentes con la punta de la corbata. Le echó un vistazo sin gafas a su mujer, con expresión irónica, bromeando, por lo menos de momento.

—Tacos de pescado —dijo—. Para varios días.

Los aparcacoches estaban plantados codo con codo como presidiarios encadenados por los tobillos, con sus monos de trabajo de color beige idénticos, con la cabeza echada hacia atrás y apuntando al cielo con la barbilla. Algo había allí arriba que los tenía pensativos. Archy dirigió el morro del El Camino colina arriba y en dirección a la casa donde iban a tocar: una torre redonda con estucado de color caramelo de mantequilla, ventana abalconada y un portón del mismo color con arco de baldosas azules. Subió muy despacio por aquella calle cuyo rumbo seguía el curso lleno de curvas de algún antiguo arroyo, con los coches del vecindario apareciendo en ambas direcciones y dejándole el espacio justo para pasar a su ancha y estruendosa mole del

viejo Detroit. Archy ya se sentía lo bastante agobiado por el silencio marital que en aquellos momentos llenaba el vehículo, sabiendo perfectamente, con toda aquella sagacidad de almanaque que implicaba la palabra «marido», que el silencio presente era más presagio que secuela. Una fórmula silenciosa. Aquel descenso en picado de la presión, perturbador y sin pájaros, que precedía a la llegada a tierra de un tornado.

Pasaron junto al Saab de Nat y se detuvieron frente al puesto donde los cuatro aparcacoches con sus anoraks Carhartt estaban plantados mirando al cielo, cuatro chavales hispanos con envergaduras y circunferencias tan variadas como si fueran las muestras de los distintos tamaños de palomitas alineadas sobre el mostrador del puesto de aperitivos de un cine. Gwen asomó la cabeza por la ventanilla de su lado del El Camino, vio lo que ellos estaban viendo y volvió a apoyar la espalda en el respaldo del asiento continuo. Se encajó los brazos cruzados entre los pechos y la barriga. Y habló por primera vez en aproximadamente dieciocho minutos, o por lo menos articuló un ruido, molestándose en equiparlo antes, como si fuera un jihadista que prepara un artefacto explosivo casero, con esquirlas de ironía, clavos de amargura y metralla de asombro lúgubre.

—Ja —dijo.

Archy salió del coche. Durante un par de segundos, su mirada se distrajo con el enorme lienzo de ciudad, bahía y puentes que había enmarcado por los eucaliptos de más allá de los tejados de terracota de la casa del concierto. Pinceladas tanto finas como gruesas, estelas de niebla y centelleos del sol en los ventanales, las ruinas forjadas de Alcatraz, el gigante de hierro presa del júbilo en la cima de los Picos Gemelos. Y de pronto lo vio, recortándose sobre la curva del cielo de agosto.

Tan largo como su antebrazo e igual de grueso, tarareando para sí mismo igual que Nat Jaffe cuando desarrollaba una teoría sobre el profundo efecto que habría tenido sobre la historia del mundo el que Hank Crawford no hubiera dejado plantado a Creed Taylor en las sesiones que se acabarían convirtiendo en el primer álbum de Grover Washington Jr., el zepelín de Dogpile pasaba deslizándose. Todo negro desde el morro hasta las aletas traseras, con la huella roja de una pezuña impresa en el costado y el nombre de Dogpile escrito con gruesas letras rojas estilo tipografía egipcia. Con cierta provocación implícita en la desidia de su paso, tan perezoso y deliberado como un Benz lleno de juerguistas que pasara frente a tu puerta con las ventanillas bajadas.

—No nos quedamos —les dijo Archy a los aparcacoches mientras iba hasta la parte trasera del El Camino para soltar las correas del Leslie envuelto en paños.

—¿Por qué no nos dejas el traje, entonces? —le dijo uno de los aparcacoches—. Es que se me ha roto la linterna.

Archy tuvo ganas de ofrecerle al jovenzuelo, si no una contracrítica de aquella bolsa marrón en la que estaba enfundado como si fuera una botella de litro escondida,

sí al menos una sugerencia de almacenamiento anatómico de la susodicha linterna. Pero, como todos los estilistas puros, Archy había aprendido hacía mucho tiempo que cuando tratas con esa gente que no entiende nada, la única salida apropiada es seguir confundiéndonos. «Encenderlos y apagarlos como velas.» Pero el efecto que pretendía causar con su mirada fulminante se vio reducido drásticamente por la risotada que vino de Gwen.

—La linterna —dijo su traidora—. Me encanta.

A los músicos se les había pedido que montaran sus cosas fuera, al lado de un estanque con pececitos dorados que había al final de un patio enlosado y surcado por ristras de lucecitas con forma de guindilla y farolillos de papel: concertinas de color rosa y pagodas verdes. Archy salió jadeando por las puertas de cristal, moviéndose a toda prisa bajo cincuenta kilos de altavoz Leslie, hostigado por una pequeña chavalita oriental poseída por un pánico tranquilo y provista de una tablilla sujetapapeles sobre la cual tenía suspendido el bolígrafo, listo para inventariar cualquier abolladura o arañazo que Archy pudiera sentir el deseo de dejar en una pared o una puerta.

—Gracias por venir, por cierto —dijo la chica—. Con tan poca antela... oh. Oh, Dios mío, tenga cuidado, por favor.

—Se me conoce por ser cuidadoso —le garantizó Archy—. Te daría las gracias por dejarnos tocar, pero la verdad es que os estamos haciendo un favor, porque somos mucho mejores que esos panolis que os han dejado tirados. Nada menos que tres de esos tipos son dentistas.

—Oh, vaya, gracias —dijo la chica de la campaña.

Nat, que llevaba su Jazzmaster roja colgada a la altura de las caderas estrechas, levantó un índice y enarcó la ceja del otro lado para hacerle una señal a Archy. Avisándolo de que no interrumpiera ni estropeará el efecto del despliegue de feroces palabrotas que estaba soltando Stanley «el Boom» Ellerbe, encorvado sobre la abrazadera de una pata de su tom de suelo y hurgando en ella con un cuchillo de mesa de plástico. El Boom era conductor de autobús, y se lo conocía tanto por su equipamiento gafado como por soltar, en forma de ristras largas y entusiastas, las palabrotas que se tenía que tragar y guardarse dentro durante la jornada entera de servir al público y obedecer a los caprichos del tráfico al volante de la línea 51. Cuando tocaba la batería, sin embargo, tenía la sangre tan fría como un vaso lleno de hielo picado y llevaba el ritmo como si fuera un reloj atómico.

Seguía sin haber ni rastro del señor Jones ni de su Hammond, una circunstancia que estaba claro que iba a complicarle el horario marital a Archy, puesto que *a*) su conciencia le impedía dejar el Leslie sin antes verificar que al señor Jones le funcionaba bien; *b*) a pesar de su orgullo o su vanidad, el viejo iba a necesitar ayuda para bajar el Hammond por todas aquellas escaleras, y *c*) a Archy le gustaba el hecho de que el señor Jones siempre parecía contento cuando él cargaba con el Leslie de un

lado para el otro, con ese placer que a veces sienten los ancianos cuando ven esforzarse a los jóvenes. Dejando ver todas aquellas piezas de oro sudafricano que llevaba en la boca, diciendo «¡Cuidado! ¡Bulto va!», disfrutándolo con todo el cuerpo huesudo, de la misma manera que si le llegaran los efluvios de un traguito de Hennessy, de un plato de siluro frito o de alguna otra cosa que le hubiera prohibido el médico. Al hombre se le habían llenado los ojos de lágrimas cuando Archy se había ofrecido a repararle el Leslie; a Archy le habría encantado que Gwen lo hubiera visto. Por supuesto, no hacía falta mencionar que el señor Jones siempre tenía una ligera película de humedad en aquellos ojos suyos que parecían ostras con perla. Ni tampoco lo cascarrabias que había estado aquella mañana, ni el hecho de que algo lo había ofendido misteriosamente durante la conversación que habían tenido sobre Titus Joyner.

—Adelante, tú ve a lo tuyo —le dijo Archy a la chica del sujetapapeles, que estaba echando vistazos hacia la nube cada vez más oscura de aire azul que flotaba encima del Boom Ellerbe, intentando decidir tal vez si el individuo en cuestión planteaba alguna amenaza a la seguridad del evento—. Si necesito ayuda con esto, tú tranquila, que te llamo.

La mirada de él se posó en la acreditación a fin de poder darle el debido énfasis a su despedida y allí leyó, con una sonrisa, LESLIE.

El Boom paró de cuestionar la pureza materna de su batería y se puso de pie para dar la bienvenida al amplificador, un modelo 122 venerable y cargado de pedigrí que se conocía que había sido propiedad de Rudy van Gelder, en cuyo estudio de Englewood Cliffs lo habían usado Johnny «Hammond» Smith y Charles Earland antes de que llegara a manos del señor Jones, en cuyo «Redbonin'» se podía oír para su gloria eterna. Limpio, engrasado, restaurado y con cables nuevos. Archy se había sentido agradecido de la oportunidad de meterse dentro de un pedazo de historia como aquel, historia analógica provista de paneles de madera de nogal y transmisión de correa y con todas sus piezas girando, por muchas horas de su tiempo libre que el trabajo le hubiera quitado. ¿Qué clase de persona superficial, insensible y carente de respeto que tuviera las habilidades necesarias le daría la espalda a una oportunidad como aquella? Por no mencionar la oportunidad de ayudar a un caballero anciano y solitario que no tenía más ingresos que los que le venían de la Seguridad Social y de unas pequeñas regalías por haber coescrito (junto con un productor blanco cuyo sello se había quedado los derechos de todas las demás canciones que había escrito en su vida Cochise Jones) «Cold Cold Sunday», un pequeño éxito que había tenido Wilson Pickett en las listas soul de 1969 y que a finales de los ochenta se había usado para una campaña publicitaria del helado Dreyer's. Mientras discutía en aquellos términos con la Gwen que vivía dentro de su cabeza, Archy dejó suavemente el Leslie —el de madera— sobre las losas del suelo y lo hizo traquetear, con tanta majestuosidad como

si fuera un coche fúnebre, a través del patio.

—¡Morado oscuro! —dijo el Boom, contemplando el Traje Funky de Archy.

El batería acarició la superficie encerada del Leslie con su mano derecha de nogal barnizado, la que usaba para golpear más fuerte.

—Sí, Boom, ¿cómo te va? ¿Cómo estás? —Choque de palmas, enredo de dedos, apretón, la mano del mayor de los dos seca y fría—. Tengo alguna herramienta en el coche, si necesitas alicates, una llave de tubo o algo parecido. —Archy reprimió de algún modo el noventa y dos por ciento de la sonrisa que intentaba desplegarse en su cara—. Un soplete...

—Jodeer —dijo el Boom, reducido por la desesperación a aquellas dos sílabas, pese a que las alargó todo lo que pudo—. Es un Ludwig de segunda mano nuevecito.

Archy negó con la cabeza con falso gesto de compasión y se volvió hacia Nat, dejando escapar la sonrisa. Nat dio un guitarrazo con su guitarra desenchufada, haciendo una breve imitación humorística del jazz de dibujos animados de Carl Stalling. Como tenían al señor Jones al órgano, y debido a que el contratista original del espectáculo de aquella velada, indispuerto en su casa por culpa de una hepatitis de alguna letra crónica del alfabeto, era guitarrista (soporífero, en opinión de Archy), Nat había venido armado de su Fender Jazzmaster y de una vieja y melindrosa Epiphone a la que tenía apego por razones sentimentales, y es que la guitarra era el segundo instrumento que se le daba mejor, después del piano. Un grupo de guitarra, órgano y batería se las podía apañar bien sin Archy. Intentó transmitir parte de aquella convicción con la mirada y a continuación dio un paso atrás e hizo una inclinación de la cabeza que pretendía representar la necesidad de comunicarse de forma confidencial con su socio. Nat colocó la Fender en su soporte y caminó por entre los cables para reunirse con Archy junto a un cactus de la altura de un hombre metido en una maceta de Talavera, en un rincón donde solo los podían oír los pececitos dorados. Unos bicharracos feos, técnicamente koi, supuso Archy, unos cabrones imitantes perdidos, moteados, con los ojos saltones y enredados en sus propios cuerpos parecidos a bufandas resplandecientes.

—¿El señor Jones viene con retraso?

Todo iba a ir bien, pensó Archy, por lo menos hasta que Nat levantara la vista hacia el cielo y viera aquel gigantesco chiste negro sobre los siglos de ansiedad anatómica masculina de los blancos.

—Lleva retraso en general —dijo Nat—. ¿Lo has llamado?

—Lo he visto esta mañana. Precisamente, me ha echado bronca para que llegara a tiempo.

—Yo he llegado a la conclusión de que siempre hay que decirle que se presente media hora antes de la hora en que necesitas que esté. Y ahora, para no ser menos que tú, llega... —se miró el reloj, un Mondaine que Nat siempre llevaba, en virtud del

hábito adquirido en los tiempos remotos en que trabajaba de camarero, siete minutos adelantado—... veintitrés minutos tarde.

Algo —los nervios de antes del concierto, el hecho de que los hubieran contratado en el último minuto, el elevado calibre del escenario y de la clientela, o incluso, conjeturó Archy, la naturaleza política del evento en sí, puesto que al candidato presidencial cuya campaña pretendía beneficiar el acto de esta noche no le iba tan bien la cosa a aquellas alturas— le estaba crispando la voz a Nat. Llevaba un traje negro de zapa que por su mismo diseño tenía las mangas de la chaqueta y los bajos de los pantalones demasiado cortos y le venía demasiado prieto en el pecho. Una camisa de vaquero negra abotonada hasta el mismo cuello. Un corbatín cuya cincha estaba adornada con un retrato en miniatura y en blanco y negro de Richard Nixon. Cualquiera de aquellos elementos indumentarios podía contribuir a que Nat fuera todavía un poco más estirado. Archy decidió postergar durante un par de segundos más el tener que decirle a Nat que, una vez entregado el Leslie, iba a mandar al garete la oportunidad de exponer a la Filarmónica de Wakanda ante una mansión llena de creadores de tendencias forrados de pasta del este de la bahía, muchos de los cuales se podía dar por sentado que iban a casarse en el futuro próximo, cumplir cincuenta años o bien celebrar los bar mitzvá de sus hijos, y en cambio iba a ir a sentarse en una esterilla de caucho dentro de la sala de juegos con peste a pies de una iglesia, con el fin de aprender un conjunto de procedimientos y técnicas sin los cuales, durante cincuenta o sesenta mil años, los padres se las habían apañado perfectamente. Y eso pese al hecho de que cada vez se volvía más difícil imaginarse que Gwen fuera a dar la bienvenida a su irresponsable presencia en el parto. Lo más seguro era que Archy se dedicara a tropezar y a tirar cosas por todo el castillo igual que el Igor de *El jovencito Frankenstein* mientras Gwen se zambullía de cabeza y a todo trapo en el fragor tempestuoso (¡la vida!, ¡¡¡la vida!!!) del asunto entre manos, de aquel trabajo que conocía mejor que nadie, con la excepción posible de Aviva Roth-Jaffe, que además también iba a estar presente, haciendo que Archy fuera todavía más inservible de lo que ya se sentía.

—¿Ese es tu sistema? —dijo—. ¿Le dices a la gente que venga media hora antes porque prevés que van a llegar media hora tarde?

—A la gente negra, sí —dijo Nat—. Treinta y siete minutos antes.

—De manera que, por rutina, y también a mí...

—A ti te digo cuarenta y cinco minutos antes como mínimo. Y fíjate, aun así, consigues llegar veinte minutos tarde. —Se rascó el cogote con gesto perplejo—. No consigo entender cómo lo calculas.

—En fin, mira —dijo Archy, pasándose un dedo con gesto confidencial por el costado de la nariz—. Tengo a Gwen en el coche y... ejem...

—¿Está bien?

—Sí, sí, está bien. Es que ella... es que me he olvidado...

—He oído que ha estado, no sé... —Nat fingió que buscaba la palabra adecuada, aunque Archy la podía ver ya fuera de su caja, desembalada, enchufada y esperando en la mente de su socio, lista para salir—... actuando de forma algo irracional en los últimos dos días. Con lo del parto y el... incidente. Con el médico ese. El tipo parece un gilipollas de marca, pero tal como funcionan las cosas en ese hospital...

—Sí, no sé, ella...

—¿Le has contado ya lo de Titus?

Oír aquel nombre era como caerse por la boca de una alcantarilla. Cada puta vez. Iba andando por la calle, con el sol reflejándose en sus gafas de sol, música en los auriculares, yendo totalmente a su rollo por la acera, y de repente ¡zassss! Sin dejar siquiera la nubecilla de humo o el montoncito de cenizas que podía dejar atrás una centella. Gwen siempre estaba acusando a Archy de que no pensaba en el bebé que venía de camino, o bien de que no le importaba. Lo cual solo demostraba lo poco que ella lo conocía, o, para ser justos, lo parsimonioso que podía ser él cuando compartía con una mujer, o con cualquiera, el estado casi constante de ansiedad en el que vivía. Una ansiedad que, por ejemplo, lo había llevado a presentarse voluntario para cuidar al pequeño Rolando el día anterior, para ver cómo podía apañarse él solo con toda la rutina de los pañales y los biberones. Pero el chaval aquel... Titus... Su hijo, ya medio crecido y contemplándolo desde el otro lado de todo aquel resentimiento y abandono. Si Gwen supiera de la existencia de Titus Joyner —y tarde o temprano lo iba a averiguar—, entonces todas sus acusaciones de negar la realidad y de desconsideración estarían justificadas. Porque Archy llevaba desde el día anterior intentando retomar su antiguo estado de ignorancia feliz y pensar lo menos posible en el hijo que ya tenía.

—Esa revelación todavía está, ejem, por venir —dijo él.

—Tal vez tendrías que intentar decírselo ahora —sugirió Nat—. Método holístico. Curar con veneno. Combatir el fuego con fuego. Volverla loca desde una dirección completamente distinta, para dejarla a cero.

—Sí —dijo Archy sin entusiasmo—. Ahora mismo estamos en la semana treinta y seis. Creo que ya no tengo mucha influencia sobre la situación de dentro de su cabeza. —Nat inclinó la cabeza y frunció los labios, asintiendo sin argumento alguno que ofrecer—. ¿Cómo se está comportando el chico en tu casa? Titus.

—Ah, pues bien. No lo sé. Bien. Es un chaval raro.

—Raro...

—Es un cabroncete solemne.

—¿Cómo solemne?

—Pues solemne en el sentido de que su paleta emocional es restringida.

—¿Se os enfrenta? ¿Se hace el duro?

—Tal vez haya algo de eso. Pero parece que él y Julie...

Antes de que Nat pudiera continuar, vio algo que hizo que se le levantaran las dos cejas. De una sola sacudida se le quedó la cara blanca, como si fuera la pantalla de un Telesketch.

—Hola, señora —dijo.

—Cuidado —dijo el Boom.

Cuidado, porque venía Gwen, por las puertas de cristal que conectaban el patio con la sala de estar llena de bóvedas de arco y vírgenes de arte folk. De la biblioteca personal de Archy había sacado en préstamo una camisa de bolos antigua, de color rosa sobre negro, originalmente llevada, de acuerdo con las inscripciones serigrafiadas y bordadas, por un caballero corpulento y llamado al parecer Stan, que había jugado a los bolos en las filas de Electricistas y Fontaneros de Alameda. Iba directa hacia Archy, con aquellos andares de locomotora que le confería el embarazo. No había posibilidad alguna de que viniera a decirle que se podía quedar, que ella le había perdonado sus pecados, los grandes y los pequeños. Gwen no había llegado ni una sola vez en su vida al perdón en ausencia física del objeto que lo necesitaba. Por lo menos no sin intervención de alguna fuerza externa: del consejo de su padre, por ejemplo, o del doctor Nickens, el pastor de la iglesia de su infancia o bien, bajo ciertas circunstancias, de alguna mala noticia que se impusiera a todo lo demás. Dicha ausencia constituía un vehículo demasiado conveniente para el despliegue de contraargumentos refinados, de ejemplos ulteriores de refuerzo, de ejemplos recién recordados de infracciones pasadas, etcétera.

—Hola, Nat —dijo ella—. Arch. Mmm... A ver, escucha.

Tranquila y sin alterarse, miró primero a Nat, luego a Archy y por fin de nuevo a Nat, y con una sacudida interior, Archy llegó a la conclusión de que Gwen había descendido del El Camino para emitir un ultimátum en presencia de Nat Jaffe y del mundo, y que daba igual cuál fuera aquel ultimátum o cómo lo expresara ella, él iba a tener que contarle lo de Titus, y entonces se terminaría todo, adiós muy buenas a la segunda gran asociación de su vida, no porque tuviera un hijo de tapadillo, lo cual, vale, tal vez no fuera gran cosa, sino porque jamás le había mencionado aquel hecho a Gwen, ni de pasada ni en detalle. Porque en diez años o más, Archy no había pensado para nada en aquel chico, ni una sola vez, un hábito de negligencia que continuaba incluso ahora que el chaval estaba de vuelta y aporreando el exterior de su vida igual que una polilla que aporrea la pantalla de una lámpara. Aparcado allí, en el desván de los Jaffe.

Archy vivió un instante de pánico puro. Nada le causaba mayor repulsa que las señales de debilidad en un hombre, y esa repulsa se agudizaba cuando el hombre era él; y no había nadie en el mundo más débil que alguien que intentaba mantener algo

en secreto, a menos que fuera alguien obligado a confesar.

—No me puedo quedar, Nat —dijo, decidiendo que iba a tirar primero por la borda la más pequeña de las confesiones y ver adónde lo llevaba aquello—. Lo siento mucho. Esta noche Gwen y yo tenemos clase de parto y, cuando dije que podía tocar, me olvidé como un capullo.

—No —dijeron Nat y Gwen al mismo tiempo. «El que pateo primero, recibe primero.»

Y entonces Nat, sin esperar a que nadie dijera su nombre y lo liberara, habló, midiendo sus palabras, siempre contento de aprovechar la oportunidad de educar:

—Por favor, si lo entiendo perfectamente. Esas cosas son importantes, Arch. Han hecho toda clase de estudios. Si estás bien entrenado, las cosas van a ser mucho más fáciles para Gwen y para quien esté ahí dentro. —Señaló el vientre de Gwen con un dedo peludo—. Marchaos, anda.

—No —repitió Gwen—. Chicos, yo... Archy, te ha sonado el teléfono en el coche y lo he contestado.

El muelle real del pánico de Archy se tensó todavía más, con sus pensamientos siete minutos adelantados, igual que el reloj de Nat. Repasando mentalmente todos sus archivos, intentando recordar qué chica, zorra o mujer, qué lío se había dejado sin recoger.

—Era Garnet Singletary —estaba diciendo Gwen—. Archy, el señor Jones... Se ha... oh, Archy, se ha muerto. Está muerto.

—Se ha... ¿qué? —dijo Archy, sintiendo primero las palabras en forma de rubor de sangre en las mejillas—. No, si lo he visto esta mañana.

—Creo... creo que la vecina, eh, la señora Wiggins, la del otro lado de la calle... Es quien ha llamado a la ambulancia.

Archy todavía no estaba allí, no estaba lo bastante presente como para ver que Gwen parecía agitada, temblorosa. «Esto es de verdad», pensó.

—He hablado con él hace dos horas —dijo Nat, como si creyera que aquellas palabras podían rebatir, refutar, las tonterías que estaba diciendo Gwen.

Se pasó los dedos por el estropajo de acero de su pelo. Se sacó el teléfono del bolsillo lateral de la chaqueta.

—Sí... eh... Garnet —dijo—. Nat Jaffe. ¿Qué coño pasa?

Se alejó dando la vuelta por el patio, de espaldas a Gwen y a Archy, un escéptico recalcitrante que se dedicaba a poner en duda por principios cada historia que oía hasta obtener información independiente, cualquier cosa destacable que a la gente le diera por decir era una «leyenda urbana», una «información inexacta», un «error común» o una «falsa etimología». Una de sus pelotas estaba allí para cuestionar a la otra y las dos juntas dudaban de lo que su polla tenía que decir. Lo más seguro era que Garnet lo ayudara a desenmascarar a la señora Wiggins, al informe policial y la

declaración del forense.

Sin darse cuenta de nada, el Boom despertó al bombo, dividió dieciséis notas entre el contratiempo y el tambor con bordón y luego empezó a darle bien fuerte al primero, armando un ritmo medio borracho, un *crab-step* con la segunda línea que de alguna manera se fue convirtiendo entrecortadamente en el solo de «Funky Drummer» (King, 1970). El señor Jones siempre había asegurado que James Brown era primo suyo por parte de madre (sin ofrecer prueba alguna que satisficiera a Nat Jaffe, más allá de una mención sin demostrar en el texto de cubierta de «Redbonin'»). Archy se acordó de una vez en que el señor Jones se había bajado de su taburete en Brokeland para ejecutar un complicado baile Mashed Potato sobre el suelo de baldosas y él se había quedado mirando sus pies diminutos de pájaro como si fueran un par de milagros.

—Oh, no —dijo Gwen—. Archy, por favor, no hagas eso.

Ella también se secó la mejilla con el antebrazo. Se acercó a su marido e hizo lo que pudo para abrazarlo. Pero él estaba demasiado arriba y ella era demasiado ancha. De manera que lo llevó a una silla, una de aquellas sillas mexicanas hechas a base de cuero de cerdo y palos. A continuación se le sentó en el regazo, haciendo que a la silla le entrara el pánico. En sus brazos, Archy se dejó llevar por un momento. Olió el pelo de Gwen, frío contra su mejilla, aroma a limpio y a flores.

—No pasa nada —le dijo ella—. Lo entiendo.

De repente —así de fácil—, él sintió que ella lo perdonaba. En algún lugar del continente de estupor y dolor que era Archy Stallings, un pequeño principado se regocijó.

—Era lo más parecido que he tenido a un padre —dijo él.

—Siempre lo has dicho.

Ella quería decirlo en tono cariñoso, él lo sabía, pero le salió con tanto tono de reproche como de panegírico. Gwen se llevaba bien con el señor Jones, pero para ella había sido un hombre afable, emocionalmente vago y reticente cuya mayor muestra de tenacidad, cuando no estaba ante las teclas de su órgano, era la lealtad a su loro y a los trajes de fantasía de los años setenta, nada parecido a un padre en ningún sentido importante. Archy no estaba en desacuerdo con aquel juicio. No le molestaba estar por detrás de Cincuenta y Ocho; aquel loro era una especie de prodigio, el Mozart de los pájaros.

—Estaba cargando el Hammond —dijo Nat, devolviéndose el teléfono al bolsillo—. Supongo que no tenía bien puestas las correas de la plataforma. Y se le ha caído el Hammond encima.

«El día en que me haga falta ayuda para mover ese trasto será el día en que me retire para siempre.» Archy lo había dejado irse, lo había dejado salir del garaje. Furioso, enfadado por algo que Archy no entendería nunca. Descuidado, con la

cabeza en otras cosas, sin nadie que lo ayudara a levantar aquel trasto tan y tan pesado.

—Ah, oh, hola —dijo Leslie, la del sujetapapeles, asomándose desde detrás de Gwen, la que les mandaban provista de un palo para pinchar al oso enfurecido—. Bueno, ¿estáis empezando a estar todos? Robin y David estaban pensando que podríais, no sé, empezar ya.

—Estamos listos —dijo Nat—. Lo que pasa es que voy a tener que haceros una reducción de la tarifa. Es que resulta que mi bajista tiene clase de parto y ahora también, caray, es una tragedia, mi organista... ejem... se acaba de morir.

—Oh, no —dijo Leslie, parpadeando. Le echó un vistazo al sujetapapeles, a ver si la campaña le podía dar alguna pista acerca de cómo proceder en caso de músico muerto—. Lo siento mucho.

—De manera que esta noche solo os puedo ofrecer un dúo. Guitarra y batería. Pero podemos...

Entraron en el patio dos de los aparcacoches. Uno traía el Jazz Bass de Archy dentro de su funda blanda para los conciertos y el otro lo seguía de cerca con los tubos y cables de Archy. El que iba en cabeza le dio a Gwen un recibo para recoger el coche y Gwen señaló con la cabeza en dirección a Archy.

—Tenéis un trío —le dijo a Leslie—. Más una mujer embarazaba con camisa de bolos.

Justo antes de que la anfitriona de la velada, que tenía la patente de un gen responsable de una proteína que prevenía el rechazo de los riñones transplantados, les dijera a todos los presentes que se reunieran bajo las vigas de madera de abeto talladas y estampadas de su sala de estar, y a continuación mandara a la joven de la campaña afuera para decirle a la banda que parara de tocar diez minutos para que el senador estatal Obama de Illinois pudiera dirigir al resto de los invitados, cada uno de los cuales había pagado una contribución de por lo menos mil dólares para asistir a aquella velada, un discurso en el que intentaría con palabras mesuradas y una conducta tranquila asegurarles (en vano y equivocadamente, tal como se vería) que su candidatura a presidente de Estados Unidos no iba a sufrir una derrota ignominiosa en noviembre, Obama se detuvo en el umbral del patio enlosado para escuchar un momento a la banda contratada. Estaban desgranando con solemnidad evidente una versión instrumental de «Higher Ground».

La sección rítmica consistía en un hombre mayor y canoso con jersey de cuello de cisne blanco, provisto de esa quietud engañosa de los baterías sólidos como rocas, dándolo todo y al mismo tiempo inmóvil como un lagarto sobre una roca. Un tipo corpulento con un traje ridículo, más joven, tocaba el bajo a través de un viejo amplificador de órgano de madera del tamaño de un horno. Su acústica le daba a la

línea de bajos una grandiosidad ampulosa, turbia y oscura como la melaza. A su lado un tipo blanco de semblante adusto y flaco como una escoba batía las notas para formar elevados merengues de jazz por encima del fondo muy, muy denso de la melodía, que siempre había estado entre las favoritas del senador estatal. Se quedó allí en el umbral, poniendo un poco nerviosa a su anfitriona. Obama se dedicó a seguir el ritmo con el pie y a mecer su cabeza al rape.

—Estos tipos son bastante enrollados —comentó, dirigiéndole el comentario a una mujer bajita y extremadamente embarazada que llevaba una camisa de bolos masculina y estaba de pie al otro lado de las puertas abiertas del patio, una mujer de piel oscura, guapa y con un peinado en forma de atractiva y elaborada anémona de rastas cortas. Con los dedos de la mano se estaba tocando notas de bajo invisible sobre la barriga. Al oír el comentario, la mujer embarazada asintió sin volverse para mirarlo; daba la impresión de que se estaba intentando esconder, de forma vagamente punitiva, detrás de las espinas biseladas de un cactus enmacetado con aspecto de candelabro complejo. Aquel verano Obama se presentaba al Senado de Estados Unidos y el mes anterior había pronunciado un discurso maravilloso en la Convención Demócrata de Boston. Cuando la mujer se dio la vuelta hacia él, se le abrieron mucho los ojos.

—¿Son amigos de usted? —dijo él.

Era una deducción razonable, a juzgar por la forma en que aquella camisa de bolos la hacía destacar entre las demás mujeres de la concurrencia, la mayoría de las cuales llevaban vestidos de cóctel. También era una de las pasmosamente escasas mujeres de color presentes. Ella volvió a asentir, con más rigidez, sin jugar ya con el bajo y con la mirada poniéndosele vidriosa. Sintióse gorda, supuso él, y mal vestida, y atrapada detrás de un cactus por un célebre hombre negro en una casa elegante llena de gente blanca. Decidió aventurarse más.

—¿Está usted con el colega del bajo?

La embarazada lo miró de reojo, con cara de sorna, y pareció recuperarse de su brote inicial de timidez.

—Pues mire, eso me pregunto yo —dijo ella con una aspereza que lo dejó perplejo—. Precisamente.

—Senador... —dijo la azafata, a quien se veía muy guapa con un vestido de lo más elaborado, todo lleno de arrugas y estructuras—. Si está usted listo, le puedo pedir a la banda que...

—Déjelos que terminen este tema —dijo Obama.

Su recuerdo relleno la línea vocal que faltaba, aquella letra que se las apañaba para transmitir esperanza y al mismo tiempo ser apocalíptica, perfectamente adecuada al estado de ánimo político del momento, en el caso que hubiera alguien del público que estuviera prestando atención, que era algo que, francamente, el senador estatal

del distrito 13 de Illinois dudaba bastante, a juzgar por el animado tumulto de charlas y lúgubres peroratas en curso, tanto dentro de la casa como fuera de ella. Se quedó un momento más escuchando.

—Lástima que nadie esté bailando —dijo.

—Supongo que no es una fiesta de bailar —dijo la embarazada.

—Casi nunca lo son —admitió Obama—. Por desgracia. Le pediría a usted un baile, pero no creo que mi mujer se pusiera muy contenta si le llegara la voz de que me han visto bailar con una hermana despampanante y en su estado.

—Me gusta la filosofía que hay detrás de eso —dijo la embarazada, mirando fijamente al bajista de una forma que confirmó, para satisfacción del senador, su anterior inferencia—. Es una filosofía que puedo respaldar. Lástima que no esté más extendida.

El senador se vio obligado a sonreír.

—Aun así, el hermano le pone sentimiento cuando toca —observó—. Se le nota. Mucho sentimiento.

El bajista pasó la mano hacia arriba y hacia abajo por el traste como si fuera un ciego leyendo en Braille un pasaje apasionado. El senador se acordó de haber oído unas palabras por megafonía hacía un rato que decían que la banda le quería dedicar el concierto de aquella noche a alguien llamado Jones que se había muerto. Miró cómo el tipo del traje morado tocaba su kaddish.

—Menudo traje —dijo Obama—. Hay que ser un hombre especial para ir por ahí vestido con un traje como ese.

—¿Sabe que él ni siquiera se da cuenta de eso? —dijo la embarazada—. No le da ningún pudor, ni una pizca de vergüenza, ir por la vida vestido así. —La burla y la admiración se juntaban en igual medida en su tono—. Su exterior está perfectamente a juego con su interior. Es como, no sé ni cómo explicárselo. No testarudo, o sea, sí, puede ser testarudo de cojones, testarudo y orgulloso, o sea, un traje morado que hasta un chulo de putas tendría reparos en ponerse, y zapatos Oxford... Hay que tener...

—Dignidad.

Al oír aquella palabra, la embarazada lo miró. Le pasó una expresión rara por la cara, como si estuviera experimentando una contracción, pensó él.

—Acaba de perder a alguien —dijo ella.

—Eso he oído a un tal Jones, ¿no?

—Sí, sí, tenía que estar aquí, tocaba el órgano. Cochise Jones, se llamaba.

—Cochise Jones, sí.

Tal vez el nombre le sonara, una huella poco profunda en la arena de la memoria del senador. Pero la huella lo mismo la podrían haber dejado Elvin o Philly Joe.

—Tenía que estar aquí tocando. Es muy reciente, se ha muerto esta tarde.

—Lo siento mucho.

—Era como un padre para mi marido.

De alguna manera, sin pausa, la banda pasó a una versión de «Trespasser» de Bad Medicine.

—Gracias por contármelo —dijo Obama—. ¿Sabe?, lo he oído en la forma en que tocan. Se les nota un dolor. Pero no sabía lo que era.

—El señor Jones era su propia modalidad de tonto holgazán —dijo ella en tono amable—. Músico. Hizo, creo que hizo, un montón de planes la mar de elaborados para su funeral: una banda que desfilara por las calles, un Cadillac fúnebre... —Negó con la cabeza—. Las últimas dos semanas, cuando podríamos haber estado preparándonos para el bebé y disfrutando del tiempo que nos quedaba para estar solos, mi marido decidió pasárselas en el garaje, reparando ese viejo dinosaurio de amplificador lleno de polvo de ahí. Y ahora que falta un mes, se va a enredar con todo el rollo del funeral, en vez de concentrarse en lo que debería.

—A ver —dijo el senador—. Yo entiendo su frustración. Todos hemos oído hablar de cómo pueden ser los músicos. Pero viajando de un lado para otro, yendo de campaña, tanto por Illinois como por el resto del país, he conocido a un montón de gente. Y los más afortunados son la gente como su marido. Los que encuentran un trabajo que significa algo para ellos. En el que pueden poner toda su alma, por mucho que a los demás les parezca una bobada.

Mientras decía aquello, el senador estatal sintió tal vez una ligera duda, un pequeño espasmo Braxton-Hicks de temor, recordando la razón que lo había hecho volar hasta allí el día anterior, a bordo de la aeronave privada de Gibson Goode, la *Minnie Riperton*, en la que Goode iba de camino a una feria de coleccionismo o algo parecido y el senador estaba aprovechando el vuelo.

—Eso me recuerda algo.

Se volvió hacia la anfitriona, cuya evidente impaciencia ante el hecho de que él se estuviera retrasando no se debía tanto al hecho de que ella estuviera siguiendo un horario a rajatabla como a las ganas que tal vez tuviera de recibir garantías sobre la elección inminente, unas garantías que él confiaba en ser capaz de proporcionarle.

—Muy bien, Robin —le dijo él—. Vamos allá.

Le estrechó la mano a la embarazada, que ahora parecía distraída, perdida en sus pensamientos, y sorprendentemente, dada su turbación inicial, incluso daba la impresión de no estar muy interesada en aquel valor en alza de Illinois.

—Tiene usted razón —dijo la mujer, y durante un segundo él no consiguió retomar el hilo de la conversación que ella estaba siguiendo—. He estado desperdiciando mi vida.

—Oh, no sea usted demasiado dura con el hermano —dijo él, intentando aligerar un poco el tono ante la inminencia de su partida.

—No estoy hablando de él —dijo ella—. O sea, sí, pero no. Me refiero a lo que ha dicho usted del trabajo. De poner toda tu alma en algo lleno de significado. Y se lo agradezco.

Ella le estrechó la mano con solemnidad desconcertante.

La banda fue silenciada, los invitados congregados y Barack Obama entró dando zancadas en la sala de estar, relajado y sonriente. Se plantó frente a una pared alta pintada de color marrón canela, bajo una serie de retablos, cuadrados destartados de latón reciclado en los que una serie de almas crédulas de México habían pintado, con una técnica dolorosa y conmovedoramente simple, escenas que describían sus penas y expresaban en términos severos la gratitud que sentían hacia la Santa Madre de Dios, o bien hacia diversos santos y santas, por haberles concedido consuelo. Había por lo menos una persona en el público a quien le dio la impresión de que el senador estatal sentía el peso de aquellos deseos sobre él. Obama hizo una pausa de un par de segundos antes de iniciar sus comentarios.

—Era lo más parecido que tenías a un padre —le dijo la embarazada al hombre del traje morado enorme, llenando, por lo menos para los que estaban más cerca, aquel silencio prolongado con su grave susurro—. Está claro que lo tienes que enterrar como es debido.

El chaval estaba sentado a la mesa de la cocina de Aviva, vestido con el mismo peto de color hierro forjado, el jersey sin mangas y la camisa de cuadros de manga corta con los que le había dado las buenas noches la noche anterior. Teniendo en cuenta que Julie había sido un auténtico *zayde* prematuro, nostálgico y cascarrabias ya de nacimiento, nacido con ciento tres años de edad, tal vez esa fuera la conexión que sentía con el viejo Titus, menudo otro, encorvado sobre una revista junto a una caja de All-Bran de Nat con un jersey acrílico sin mangas, hundiendo la palma de la mano en la mejilla de su cabeza inclinada, tan enfrascado en lo que fuera que estaba leyendo que ni siquiera levantó la vista cuando Aviva se detuvo en la puerta, apretándose el cinturón del albornoz, y le dijo:

—Buenos días.

Titus siguió allí sentado, perfeccionando su inmovilidad. Aviva todavía tenía que formarse una opinión sobre el chico —todavía estaba recogiendo pruebas—, aunque le gustaban su inmovilidad y la parsimonia interminable de sus movimientos. No era un Batería que Golpeaba todas las Superficies Resonantes, como Julie, ni tampoco un Tarareador Perpetuo de Melodías Infinitas, como Nat. Solo por eso ya estaba dispuesta a concederle crédito a Titus.

En el curso del día y las dos noches que el chico había pasado exiliado entre los Jaffe, Aviva había adoptado la costumbre de concederle a Titus aquellos modestos átomos de crédito, ninguno más grande ni valioso que, por ejemplo, una moneda de

un centavo o una alubia pinta. A modo de premio por su pulcritud, su familiaridad con el agua y el jabón, sus modales educados y su disposición a limpiar su sitio a la mesa después de cenar sin que nadie se lo pidiera. Detrás de cada una de aquellas cualidades ella percibió la mano dura y fantasmagórica de la difunta abuela texana, y debía de ser en honor de aquella mujer desaparecida que Aviva seguía teniendo abierto el expediente de Tims, porque desde el momento en que el chaval había entrado renqueando en la casa con aquellos andares de abuelo estreñado, cargando con un talego manchado de marinero, marcado por un embargo indefinido —sujeto con un imperdible al alma como si fuera una nota garabateada en la mano apresurada de su padre putativo— que le impedía a ella revelarle la noticia de su existencia a su socia y mejor amiga, la opinión instantánea que Aviva se había formado era: problemas. Problemas para todo el mundo pero sobre todo, imaginó, para Julie, que estaba claro que había caído presa de una especie de amor incipiente y desordenado hacia Titus Joyner.

Nat admitía (una de las pocas veces en que esas dos palabras se combinaban) que, con la llegada de Titus, todos los recientes episodios de conducta inexplicable protagonizados por su hijo parecían encajar de repente. Únicamente la costumbre que tenía Aviva desde siempre de tomar la temperatura de su propio racismo, de sus sesgos y estereotipos sobre los jóvenes negros (o sobre la subsistencia de la mano dura de sus abuelas) la había permitido dejar de lado, de momento, su reacción visceral —que el chaval iba a traer problemas— y admirar la quietud de Titus. Se trataba de una más de las muchas cualidades que el chico no compartía con el descendiente poco limpio, maleducado, descuidado e hiperactivo de ella.

Luego oyó el resuello húmedo y lento de la respiración de Titus: el chaval estaba dormido. Su pelo, que hasta aquel momento había mantenido con meticulosidad de conservador profesional su afro museístico de 1973, era una masa de bultos y abolladuras, un globo topográfico. Estaba sentado con la cabeza apoyada en la mano y roncando bajo la luz suave y gris que irradiaba la neblina matinal del otro lado de la ventana de la cocina, frente a un ejemplar de —ella se acercó a la revista, la cogió y dobló la portada para verla— *American Cinematographer*.

En la imaginación de Aviva empezó a cobrar forma una narración nacida del ensamblaje espontáneo de las nanopartículas de su pesimismo. La cabeza despeinada de Titus, la ropa del día anterior que despedía un olor vago pero inconfundible a la noche de Berkeley (salvia morada, jazmín, niebla, meadas de gato), la profundidad evidente de su letargo.

¡Menudo cabroncete escurridizo!

Salió de la cocina para no despertarlo antes de poder confirmar su teoría. Igual que toda la gente que es recelosa por naturaleza, Aviva también tenía el don de ser escurridiza y solía usar el sigilo para corroborar sus teorías. Subió sin hacer ruido a la

habitación de Julie y abrió lentamente la puerta, haciendo caso omiso de sus tres letreros distintos destinados a ahuyentar a los intrusos, escritos respectivamente en klingon, en rúnico y (era de suponer) en letras de sangre simulada. Bajo la luz tenue, Julie estaba encogido en su cama de Ikea formando una bola tan imposiblemente pequeña que ella no se atrevió ni a mirarla, no fuera que la nostalgia que sentía por el ancianito diminuto que el chico había sido en otros tiempos obstaculizara su investigación. En el suelo de la habitación del desván, el futón, desenrollado dos noches antes para acomodar a Titus, mostraba una leve abolladura alargada pero seguía sin deshacer, con las sábanas tan remetidas y tirantes como los faldones de la camisa y la raya de los pantalones del chaval. Para Aviva, aquello sugería, o más bien confirmaba, que Titus había estado tumbado en él, sin desvestir, hasta que le había parecido seguro escaparse por la única ventana del desván, cuyo marco inferior estaba abierto al máximo. Al pie de la ventana, las zapatillas de deporte megalíticas de Titus yacían en ángulos sospechosos, sugiriendo que se las había quitado con los pies nada más entrar dando tumbos por la ventana.

Aviva se plantó junto a la cama de Julie, intentando determinar a partir de las pruebas visibles —los huesos arqueados de su espalda, un bosquejo enredado de rodillas y codos entre las sábanas— si también él se había escapado de la casa en plena noche y luego había regresado a hurtadillas. Usando la perspicacia a modo de escudo contra el pánico. No había ni zapatillas reveladoras ni calcetines tirados por ahí.

Aviva volvió a bajar a la cocina y se puso a cocinar furiosamente el supuesto desayuno favorito de Titus, panqueques con beicon. Cascó los huevos como si fueran los argumentos espurios de unos adversarios deleznable. Con ese desprecio que reservamos para quienes no están a la altura de sus puras fanfarronadas, miró cómo el beicon se encogía en su propia grasa. Despegó los panqueques burbujeantes de la plancha y les dio la vuelta con la sensación de estar interrumpiendo una discusión absurda. En el seno de la masa, el suero de la leche y la levadura representaron su alegoría del pH emocional de ella. Para cuando Aviva terminó de liquidar, en su opinión, la cuenta del chaval en forma de panqueques del tamaño de monedas de un dólar y de una loncha chisporroteante del mejor beicon ahumado a la leña del Berkeley Bowl, ya había procesado y consumido la mayor parte de la indignación que había suscitado en ella el descubrimiento de las aventuras nocturnas de Titus. Aquello estaba en consonancia con la política oficial en materia de indignación de Aviva Roth-Jaffe, que era que, incluso cuando aquella emoción estaba justificada, se trataba de una herramienta carente de eficacia.

—Muy bien, señor —dijo ella, poniéndole el plato delante—. Despierte usted.

Él se despertó con un sobresalto, abrió mucho los ojos y se despegó la mejilla de la mano. La miró a ella, a continuación miró el plato y por fin otra vez a Aviva. Ató

cabos de dónde estaba y de lo que ella le había preparado y aquellos ojos castaños y grandes se le humedecieron como los de un cachorro. Justo cuando Aviva sentía que el último centímetro cúbico de enojo se iba por el desagüe, vio que Titus se acordaba del tipo duro que se suponía que era. La mirada se le heló. Los orificios nasales se le dilataron como si detectaran algo pestilente en el humo que se elevaba de los panqueques.

—Gracias —dijo, extirpando cualquier gratitud de su voz y cortando con prolijidad un trozo de la pila de panqueques.

—¿Cuándo has llegado?

En lugar de contestar, levantó varios pedazos estratificados con el tenedor, uno detrás de otro, como si estuvieran yendo hacia su boca en una cinta transportadora.

—Puedes abandonar esa pose de hombre de pocas palabras, colega. Te he oído hablar por los codos con Julie. Sé que crees que estás dejando claro lo inútil que es hablar con adultos o con blancos o lo que sea, pero solo estás siendo maleducado. Yo no te he hecho nada para que me faltes al respeto. Sé que tu abuela no te crió para que fueras un maleducado.

Él terminó de masticar el último bocado, sopesando su argumento y meditándolo bien. Tragó. Dio un sorbo de leche.

—¿Podría usted repetir la pregunta, por favor? —dijo.

—¿A qué hora has llegado? Sé que has estado fuera, Titus. En tu cama no ha dormido nadie. No se te ocurra mentirme.

—Ah, ya. Bueno, no llevo reloj, o sea que...

La confirmación de su sospecha no la asombró —sus conjeturas, arraigadas en el pesimismo, equivalían a Leyes de la Física—, pero tampoco la consoló. Ella sintió que su pánico inicial empezaba a regresar.

—¿Y Julie ha estado fuera contigo?

—Sí.

—Oh, Dios mío.

Aviva se dejó caer en una silla de la mesa. A veces, en caso de distocia de hombros, y después de que todo lo demás fallara, el médico intentaba practicar la maniobra Zavanelli, plantando la mano sobre la cabeza del bebé que venía con el hombro por delante y empujándolo de vuelta a la oscuridad del interior. Aviva efectuó una maniobra similar con la sensación de pánico que estaba pugnando por salir de ella a la luz de la mañana.

—Bueno —dijo ella. Se reclinó en su asiento, intentando que se le ocurriera algo razonable y firme que decir—. ¿Y adónde habéis ido?

Él pareció plantearse genuinamente la posibilidad de contestar a su pregunta. Luego pinchó un pedazo de beicon y se encogió de hombros.

—A todos lados —dijo—. A dar un paseo, vamos.

—¿A dar un paseo?

—Con mi bicicleta. Y él con su monopatín. No sabe hacer gran cosa más que montar en él, pero se puede enganchar a mi bicicleta. Me gusta remolcarlo.

Ella se lo imaginó perfectamente: Julie rodando junto a Titus por la oscuridad estival de Berkeley, agarrado al hombro de su amigo, tal como ella había visto hacer a otras parejas de patinadores.

—Quiero que no lo volváis a hacer —dijo ella—. Por lo menos, mientras estés de invitado en mi casa. Os vais a la cama, os quedáis en la cama y os despertáis por la mañana en la cama. ¿Me entiendes?

—Sí, señora.

Ella tenía que admitir que le encantaban todos aquellos «señor» y «señora» que le salían con tanta facilidad a él de la boca, arrastrados como pedazos de mantequilla sobre una panecillo. Se acordó de una vez que había estado haciendo excursionismo en Yosemite con Nat y con Julie, hacía unos cuantos veranos. Habían subido a lo alto del Camino de Niebla por una escalera inverosímil hecha de piedras escogidas, talladas, subidas hasta allí y fijadas de forma inamovible, a prueba de terremotos y del paso del tiempo, bajo los auspicios de la Works Progress Administration. Y recordó haber sentido agradecimiento hacia aquellos hombres muertos tanto tiempo atrás, tanto hacia los planificadores como hacia los trabajadores, por su previsión, su esfuerzo y la absurdidad heroica de su escalera de granito. Y ahora, cada vez que él la llamaba «señora», ella sentía lo mismo por la abuela muerta de aquel chico.

—Cuando haces eso, Titus —dijo ella, suavizando el tono porque lo estaba agobiando—, cuando te escapas así de mi casa, me estás faltando al respeto.

El chico negó con la cabeza, con la cara hendida por la huella dactilar de una sonrisilla y la mirada baja para demostrar la lástima que sentía por ella.

—¿Qué? —dijo Aviva—. ¿No estás de acuerdo?

—No estoy... No estoy diciendo nada.

Y se entregó al estudio de los azulejos protectores de detrás del fregadero, hechos de piezas iridiscentes de color óxido y crema. Aviva primero había odiado aquellos azulejos, después se había pasado una década sin fijarse en ellos y ahora sentía hacia aquellos tonos terrosos la misma burla conmovedora que le merecían gran parte de los vestigios que sobrevivían de los años setenta. El chico podría haber estado mirando con añoranza alguna cumbre nevada lóbrega y solitaria.

—Ni siquiera quiero estar aquí. —Su mirada abandonó el escrutinio del hogar elevado y frío de su alma durante el tiempo suficiente para arrojarle a ella una mirada de sorna—. Con todos los respetos.

—¿En serio? —dijo Aviva, sabiendo que ella le tenía ganada aquella mano, preguntándose qué esperaba obtener al prolongar aquella conversación y por qué no podía dejar un poco en paz al chaval—. No es lo que me ha dicho Julie. Él me ha

dicho que tú le suplicaste que te dejara quedarte con nosotros.

—¿Cómo? No, él... yo... No, no, señora.

Aquellos «señora» cada vez llegaban de forma más automática y abyecta, y ella hundió el dedo todavía más en la llaga, encarnando a una anciana mujer de Texas a la que no había llegado a conocer, encajando los pulgares en la costura que había encontrado.

—Eso he oído yo. Que querías quedarte con los Jaffe y comer todo el tempé que pudieras.

Él miró el plato que tenía delante con expresión de haber sido traicionado.

—¿Ha puesto tempé en los panqueques?!

—Un poco nada más —dijo Aviva—. Es broma. Nadie te va a obligar a comer tempé en contra de tu voluntad. Así que, hum, a ver, ¿adónde habéis ido?

Él apartó con la mano el plato sospechoso y empezó a levantarse.

—No te he dado permiso para levantarte.

Titus asintió; ciertamente, no se lo había dado. Se volvió a sentar en la silla y pasó la página para mirar un artículo del *American Cinematographer*, un artículo sobre un hombre con traje blanco que contemplaba una embarcación fluvial con varias terrazas encallada en una montaña selvática; ella se había olvidado de cómo se llamaba aquella película. Era un número viejo de la revista que Julie había encontrado en algún lado, en el mercadillo de segunda mano o en el Almacén de Reciclaje Creativo del este de la bahía. Ella se levantó, se volvió a ajustar el cinturón del albornoz, se sirvió una taza de café y se sentó en la silla de delante de él. *Fitzcarraldo*. Ella la había visto durante su tercer año de carrera en el Telegraph Repertory, en la misma época en que había conocido a Nat, que trabajaba allí de taquillera dos noches por semana. En el 84 o el 85, hacia el amargo final de aquel calabozo oscuro de aire viciado. Poco antes de la noche en que él había acudido a su rescate. Quién sabía qué destino la habría aguardado de no haber aparecido él, con su afro trasnochado y su improbable y conmovedor acento de Tidewater... Se acordó de cómo era Nat en aquella época, el chaval sin la secundaria acabada más pretencioso del mundo, intentando ligar con ella con no sé qué complicada teoría sobre Peter Lorre y un cartón gigante de palomitas gratis. Empleado de forma simultánea en Discos Rather Ripped y en la librería Pellucidar, ambos establecimientos desaparecidos mucho tiempo atrás. Un tipo que era como un Habsburgo en el exilio, criado y educado para unirse a las familias reales de los reinos perdidos. En un momento dado ella había conseguido que el aire de obsolescencia heroica de su marido la consolara de la carga emocional y material que le suponía estar casada con él. Ahora lo más que podía esperar durante la mayor parte del tiempo era que él la hiciera negar con la cabeza con más diversión que sarcasmo.

—Muy bien, pues, no quieres estar aquí. ¿Dónde quieres estar, entonces? ¿Con tu

padre?

El chico dio la impresión de que el artículo sobre *Fitzcarraldo* le resultaba fascinante, o bien de haberse dormido otra vez. Aviva no podía verle los ojos.

—Esta noche tú y Julie tenéis vuestra última clase.

—Sí, señora.

—Julie dice que quieres ser director de cine.

No hubo respuesta.

—Dice que has escrito un guión.

Él hundió la yema del índice izquierdo —era zurdo— en el charco de sirope de arce que le quedaba en el plato. Ella resistió el deseo de darle una palmada en la mano, tal como habría hecho con Julie. Él tardó un rato en averiguar qué era lo que quería o podía permitirse decir.

—Uno que él sepa.

—¿Has escrito más de uno?

—Cinco.

—Dime cómo se titula uno de ellos.

—¿Me puedo levantar de la mesa ya?

—Un minuto más de tortura.

—*Incidente en el puente de Al-Qufa*.

—¿El puente de Al-Qufa? ¿Es... es una historia bélica?

—Es... viene a ser una adaptación de «Incidente en el puente de Owl Creeck». Pero cambiando la guerra civil por la guerra del Golfo —dijo, pillando con las manos en la masa a la racista infinitamente supervisada que ella tenía dentro—. Es una historia de Ambrose Bierce, o sea que es del dominio público y no tengo que pagar derechos.

—Sabes que tu padre, Archy, sirvió en la guerra del Golfo, ¿no? En el ejército.

No hubo respuesta.

—¿Lo sabías?

—¿Puedo irme?

—¿Irte adónde? —Ella tuvo una intuición repentina—. ¿Sabes dónde vive?

—¿Dónde vive quién?

—Archy. Te dedicas a pasar por delante de su casa, ¿verdad? Por las noches. Con tu bicicleta.

Él la miró, la miró de verdad, por primera vez en toda la mañana. Tenía los ojos llenos de súplica, le estaba rogando a ella que terminara con sus sufrimientos.

—Muy bien —dijo Aviva, y mientras él pasaba corriendo a su lado para salir de la cámara de Torquemada, ella le tocó el hombro con una mano derecha que había impedido que un millar de criaturas salieran demasiado deprisa y llegaran demasiado lejos—. Pero óyeme. No quiero que metas en líos a mi hijo, teniéndolo fuera toda la

noche. Y no me vuelvas a mentir.

—No, señora.

—Y no me vuelvas a llamar así, por favor. Con Aviva ya basta.

—Entendido —dijo el chico—. Y ahora, por favor, quítame la puta mano de encima, Aviva.

Ella lo dejó ir. Él empezó a salir de la cocina, pero volvió atrás.

—Tu chaval es un mariconcillo chupapollas —dijo—. En caso de que te lo estés preguntando. Y esto no es mentira.

—Muy buen comienzo —dijo Aviva—. Buena manera de plantar los cimientos.

—Llámeme Moby.

Gwen se había visto obligada a agarrarse la barriga mientras recorría a la carrera el paseo delantero del edificio Nefastis, un arabesco de cemento de tres pisos cuyo corredor techado generaba remolinos de menús de restaurantes para llevar y brácteas de buganvillas. A kilómetros de distancia del ascensor, que además era el ascensor más lento del hemisferio occidental, de manera que si lo perdía le tocaría esperar otros diez minutos. De manera que le había gritado:

—Oh, señor Oberstein, ¿me lo puede aguantar abierto?

El nombre que figuraba en la placa frente a la que Gwen pasaba todos los días laborables de su vida decía OBERSTEIN, y ella nunca había conocido a nadie con más pinta de llamarse Oberstein, sobre todo a nadie vestido con un traje de tres piezas. Además, siempre le había dado la impresión de que el apodo favorito del hombre precedía a un Dick silencioso. Pero el hombre había interpuesto un mocasín para impedir que las puertas del ascensor se le cerraran a ella en la cara, y además todos los meses se gastaba un montón de dinero en contribuir a diezmar los rebaños de vinilos de Brokeland, de manera que ahora Gwen lo llamó lo que él quería ser llamado y le dio las gracias por aguantarle las puertas.

—Gracias, Moby —dijo ella.

Ella se fijó en que, además de traje azul con mocasines marrones, el hombre llevaba calcetines blancos altos con una raya azul.

—Sí que te despiertas temprano —comentó ella a continuación.

Las seis y media de la mañana; los lunes, las Comadronas Asociadas de Berkeley salían más temprano que nadie para servir a la mujer trabajadora. Moby debía de ser la única forma de vida presente en todo el edificio, además de Gwen y de las tortugas del terrario del doctor Mendelsohn.

—Tengo que estar en el juzgado federal a las nueve de la mañana —dijo Moby, haciendo aquel número suyo de imitador de habitante del gueto, o tal vez atrapado en él de forma permanente, como si fuera una polilla blanca y blanda atrapada en una

gota de ámbar de hip-hop—. Y no estoy listo. Estoy intentando montar un litigio a favor de las ballenas, meterle un puro a la marina de parte de ellas...

—Ah, ya —dijo Gwen, recordando la historia a medias, las ballenas sumidas en la perdición, desconcertadas por los pitidos del sonar de los submarinos. Pese a todo, el hombre le llevaba ventaja a ella. Estaba siguiendo a su corazón en su vida profesional, haciendo lo que le encantaba y encantado con lo que hacía—. Bien por ti.

Avanzaron lentamente hacia el cielo. El ascensor dio porrazos, mugió y chirrió, haciendo los mismos ruidos que si Sun Ra y toda su espantosa Arkestra estuvieran atrapados dentro de una máquina de resonancias magnéticas.

—Los sonares de baja frecuencia, como esos que está probando la marina, son una movida chunga. Les joden los sistemas de orientación internos, las hacen embarrancar y les provocan lesiones cerebrales. Cada vez que los prueban, aparecen docenas de ballenas muertas en las playas.

—Tengo que serte sincera, Moby —dijo Gwen, haciendo un «¡tachan!» de ayudante de mago en dirección a la gesta sorprendente que era su barriga—. Últimamente no me gusta mucho la palabra «ballena».

—Está por salir de cuentas, sí —dijo Oberstein—. A punto de caramelo.

—Cuatro semanas.

—Caray.

—Eso mismo te estoy diciendo. La verdad es que me impresiona el que quepamos los dos en este ascensor. Para la semana que viene es posible que me haga falta un ascensor para mí sola.

—Por lo menos en cinco semanas ya no estará usted embarazada. Yo, en cambio seguiré estando gordo.

—Oh, déjame que te diga una cosa. —Ella no había dormido bien, agobiada por aquel bulto inquieto que tenía dentro de la barriga y por los dolores que tenía en la espalda. Por las visiones rojas y negras de Lydia Frankenthaler desangrándose y de Cochise Jones atrapado y tratando de respirar bajo el peso colosal de su B3. Por los pensamientos sobre Archy y la costumbre que este tenía de ocultar su dolor. De mantener su aflicción pegada a sí, como si fuera un secreto, siempre yendo de una cosa de la que no podía hablar a la siguiente, cruzando el campo de sus emociones a hurtadillas y de trinchera en trinchera, con la cabeza gacha. Ella sabía que lo que lo preocupaba tenía que ser la muerte del señor Jones, aunque no se podía quitar de encima la sensación de que no era solo eso. Se preguntó si no tendría tal vez algún otro secreto; si estaría enamorado de Elsabet Getachew; si no le habría mentado al decirle que el señor Jones había dejado dinero para pagar su funeral y ahora lo estaba llevando clandestinamente a la bancarrota para poner al viejo bajo tierra con lo que él denominaba, de forma preocupante, elegancia. El problema principal, sin embargo, eran sus dolores de espalda—. Siempre voy a estar embarazada.

—Ya tengo ganas de parir —admitió la primera paciente de primera hora, Jenny Salzman-House, que salía de cuentas el mismo día que Gwen pero solo había ganado catorce kilos frente a los veintitrés y medio que Gwen se las había apañado para acumular—. ¿Tú no?

Jenny era de color rosa pálido y larga de brazos y piernas; tenía cara de muchacho y el pelo cortado en una media melena en forma de Volvo popularizada por las estrellas femeninas del tenis de los años setenta que no le quedaba nada bien. Su barriga de embarazada de treinta semanas no resultaba muy impresionante ni siquiera cuando se tumbaba de espaldas en la mesa de reconocimiento y desnudaba su abdomen para el cielo y para el resplandor sin sombras de los tubos fluorescentes del techo. Llevaba su embarazo igual que un corredor de fútbol americano lleva la pelota cogida con el brazo: con aplomo y sin dejar que se viera. La barriga de Gwen, por su parte, era una especie de fuerza einsteiniana, que deformaba el tejido del espacio-tiempo al adentrarse en él. Aquella mañana Gwen no estaba de humor para simpatizar con Jenny y sus nueve kilos y medio de déficit de aflicción.

—Yo estoy harta —dijo Gwen. Estrujó el bote de gelatina para ecografías hasta dejarle a su paciente una espiral reluciente en la modesta curva de la barriga y a continuación le apoyó en esta el extremo operativo de la máquina de ecografías—. Harta del todo.

—Dímelo a mí.

Gwen encendió la máquina y las dos escucharon la oleada de estática que inundó la habitación. Jenny sonrió con valentía durante el instante habitual de pánico que tardaba en llegar la información. Por fin emergió del vacío aquel silbido firme: una señal interestelar, un chorro expulsado desde la branquia pulsátil de algún morador del abismo, la evidencia rítmica de vida procedente del fondo del mar o del borde más lejano del universo. Una serie de válvulas y pistones que hablaban ese lenguaje simple de las máquinas.

—Hola, bebé —dijo Jenny.

Gwen añadió el ritmo cardíaco actual del bebé a sus anotaciones del peso, la temperatura y la circunferencia abdominal de Jenny. Todo era normal, apenas merecía comentario alguno. Todo era siempre normal hasta que dejaba de serlo. Hasta que el rugido de la estática se prolongaba en la sala de reconocimientos sin interrupción alguna. Hasta que el arco de la barriga no medía más que en la visita anterior. Hasta que la placenta típica se adhería al útero corriente, iniciaba una hemorragia y tú acababas yendo a toda pastilla en la parte de atrás de una ambulancia por los chicanes de Berkeley, embadurnada de sangre y mucosa uterina, soltando diatribas a los médicos, intentando salvar dos vidas. No es que no tuviera sentido ni finalidad alguna tomar nota de la normalidad del embarazo de Jenny. Es que nada era normal, nunca, ni en la profesión de comadrona ni en la vida; solo había distintos niveles de

ignorancia y de denegación, de inconsciencia ante ese cetáceo acechante que era el desastre. Su matrimonio se basaba en el engaño y las mentiras. El trabajo que llevaba a cabo no significaba nada para las personas —sus seres queridos— a quienes ella confiaba y deseaba que les importara, que les importara ella. Al final todo terminaba siendo un flujo incesante de estática, que en el fondo no se distinguía del silencio. El ruido de fondo de la creación. La marea implacable del tiempo.

—Todo está bien —se dijo Gwen a sí misma, estremeciéndose y apagando la máquina—. Y tú te encuentras bien, ¿no?

—Solo gordísima.

—Oh, mujer. Ni te atrevas.

—Ya no, el único problema que tengo ahora mismo es que a mi marido le excitan sexualmente las mujeres embarazadas.

—Cuánto lo siento.

—¿Y al tuyo?

—No le dejo ni que se me acerque.

Durante el primer tercio del segundo trimestre de su embarazo, Gwen había permitido de forma temporal que Archy disfrutara de ella igual que un lobo de dibujos animados provisto de cuchillo, tenedor y servilleta anudada al cuello. Se había desplegado a sí misma, exuberante como un bufet de Las Vegas, y le había dejado que se llenara el plato tantas veces como quisiera. Entre la semana trece y la diecisiete, una especie de mensaje hormonal había crepitado por los cables que los separaban y las centellas habían iluminado su cama. Ella no podía realmente sentir placer en la presencia convencional de su marido dentro de ella, pero sí que había descubierto, durante aquellas extrañas semanas, un apetito inédito porque él le diera por el culo, una especie de inundación de péptidos que la abría por allí como no se había abierto nunca antes. Aquella fase, sin embargo, se había acabado; Gwen también se había hartado. A veces, por la noche, Archy le arqueaba una pierna por encima y ella sentía una especie de rabia ante aquel contacto, un insulto a su persona, un parpadeo de fuego en la piel. Estaba claro que él se había rebelado ante su destierro del interior de su mujer. Había cogido su plato vacío y su servilleta y se había ido a Etiopía a hartarse. Relamiéndose como un animal.

—¿Quieres que te ordene que no vuelvas a practicar sexo? —dijo Gwen.

—¿Lo harías?

—Sin problema.

Gwen le quitó la gelatina de la barriga a Jenny y limpió la máquina de ecografías, perdida en un recuerdo conmovedor de aquellas semanas desaparecidas de fuego. Jenny estuvo conversando de forma errática mientras se volvía a poner el traje y la blusa y recogía su maletín, yendo de una crónica de locura en el mercado inmobiliario de Rockridge a la descripción de una forma ridícula y hermosa que

tenían de preparar los higos en el Oliveto.

—¿Puedo decirle también que le has ordenado que me haga un tonel de refresco de raíces todas las noches durante el resto de mi embarazo? —dijo Jenny mientras salían de la sala de reconocimientos.

A Gwen le recorrió el alma el impulso de consumir refresco de raíces, oscuro, astringente, espumoso y dulce.

—Dile que me llame —dijo ella.

Se sentía degradada, burlada por su servidumbre a las hormonas y a los vientos de sus estados de ánimo, tan impotente por culpa de su enormidad como una ballena sin abogado, vacía y cansada y yendo de farol (como habría dicho el señor Mike Oberstein) siete días a la semana y veinticuatro horas al día.

Aquellas sensaciones únicamente se incrementaron cuando salió a la sala de espera, con sus sillones de roble a la moda de los ochenta con acolchado de lana color frambuesa y su galería arbitraria de pósteres de Gauguin montados en plancha de espuma y rescatados de algún antiguo viaje de los Roth-Jaffe a Dinamarca, mujeres polinesias de piel pardusca y pechos desnudos y sombríos patatales estilo Van Gogh bajo la inscripción arcana NY CARLSBERG GLYPTOTEK, y vio a las siguientes tres pacientes de primera hora repanchingadas y esperando. Una psiquiatra, una agente inmobiliaria y una paciente nueva, otra mujer blanca, con su maletín Coach a los pies y con pinta, precisamente, de abogada.

—Adiós, Jenny —dijo Gwen, luchando para reprimir aquel descontento extraño y desconocedor del idioma danés que despertaba en ella cada vez que le entraban a la fuerza en la cabeza las palabras NY CARLSBERG GLYPTOTEK. Se volvió hacia las mujeres sentadas en sus butacas de color frambuesa—. Hola, Jenny. Hola, Karen. —Examinó a la paciente nueva, una madre entrada en años con traje pantalón negro y holgado, la clásica propietaria de gatos de Berkeley, con el traje y su propietaria perdidos ambos en una aureola de caspa—. Hola...

—Jenny. —La propietaria de gatos sonrió—. Créetelo o no.

—Tres Jennys —dijo Gwen—. Qué te parece.

—Es la segunda vez que pasa desde que trabajo aquí —dijo Kai, la recepcionista de Comadronas Asociadas. Nacida mujer pero no muy convencida de ello. Llevaba el pelo corto y engominado, camisetas blancas, vaqueros con dobladillo en los bajos y tocaba el saxo en una orquesta de calle alternativa. Su orquesta tocaba en ferias al aire libre, en festivales indios para enrollados y en los márgenes de conciertos al aire libre, apareciendo siempre en plan protesta relámpago, ataviadas con gorras de marinero y casacas militares de alamares como las de aquella otra banda que tocaba en los funerales chinos de la ciudad, interpretando marchas de Sousa alteradas, música de orquesta de iglesia y canciones de Led Zeppelin. Se hacían llamar Bomba y Circunstancia—. Pero la otra vez pasó con Carolyn.

Gwen le devolvió la sonrisa a la tercera Jenny y se volvió con un temor avergonzado pero profundo y enorme hacia la segunda, que recogió su bolso y su maletín, levantó su fardo de bebé con una sacudida y dirigió toda su carga útil en dirección a Gwen.

La puerta de la consulta se abrió con un chirrido inquietante característico de película de monstruos, un ruido inmune tanto al aceite de engrasar como al lubricante WD-40, que ya había rondado como un fantasma las consultas de un analista jungiano, una terapeuta de parejas, un especialista en programación neurolingüística, un hipnoterapeuta, un practicante de shiatsu y una orientadora vital antes de decidirse a mofarse de la presencia de las Comadronas Asociadas en la suite 202. Una mujer muy joven con una cara ancha de india maya asomó la cabeza y dijo en voz baja:

—Lo siento.

Karen, las Jennys y Gwen se volvieron para contemplar a la joven. Era al mismo tiempo diminuta y voluminosa, le debían de faltar un par de dedos para el metro y medio y estaba de unas siete semanas. Su cuerpo no tenía sitio para meter a la criatura nonata más que creciendo mucho hacia delante. Rasgos indios, el pelo tan negro y reluciente como una sartén de hierro bien cuidada, recogido a un lado del cogote y atado con una banda elástica de color rosa con purpurina. Por encima de unos leotardos negros llevaba una camiseta extragrande que anunciaba de forma arbitraria una licorería y tienda de cebos de Lake Hopatcong, Nueva Jersey. La camiseta se le tensaba sobre la barriga y le ensanchaba los agujeros para los brazos, de donde le emergían unos codos afilados y unas muñecas flacas. Al decir su diminuta frase, en las mejillas se le formaron unos círculos de rubor tan precisos que parecía que se los hubieran pintado. Puede que aquel fuera su decimoquinto verano de vida.

Se adentró medio paso en la sala de espera, mirando una por una las caras de las mujeres presentes, conectando los puntos con expresión de pesar creciente. Pugnando por leer el texto poco familiar de aquella sala de color pálido y desgastada por el uso, que Gwen se imaginaba que tal vez fuera idéntica a la Oficina de Vivisección Humana de Tegucigalpa, o de donde fuera que venía aquella chica.

—¡Hola! —dijo Gwen tan fuerte que la chica dio un respingo. Viendo a aquella joven de brazos flacos, ojos sumidos en las sombras, aspecto desamparado y una camiseta donde una lubina negra saltaba alegremente hacia el anzuelo que había venido a aniquilarla, pareció que a Gwen se le expandía el corazón con una especie de añoranza extraña y, como el del Grinch, le hacía un ruido de cristales rotos—. ¡Entra! No pasa nada.

—Creo que tal vez llamó ayer —dijo Kai—. ¿Fuiste tú? ¿Araceli?

—Araceli —dijo Gwen. La chica asintió una vez y se detuvo, entrecerrando un ojo como si le hubieran advertido que esperara lisonjas falsas en la lóbrega recepción de la Oficina de Vivisección—. ¿Hablas inglés? —Araceli negó con la cabeza con

gesto vacilante y retrocedió hacia la puerta—. *Entre* —le suplicó Gwen, con su español de la UC Extension todavía funcional pero cargado de unos vestigios inexplicables de acento de Boston—. *Por favor, entre, puedo verla enseguida.*

—*Lo siento mucho, pero tengo un desayuno muy importante a las siete y media* —dijo en español la siguiente Jenny—. *Y no puedo esperar.*

Gwen se puso una mano en el pecho como si quisiera refrenar al corazón que tenía allí dentro e impedirle que saliera volando para siempre hacia aquella jovencita que iba a redimirlo todo. A regañadientes, pero reconociendo la necesidad de mantener por lo menos un mínimo de protocolo con las pacientes —un talento, tarea o arte que por lo general prefería dejarle a Aviva—, Gwen se volvió hacia la segunda Jenny.

—*¡Usted habla muy bien español!* —le dijo.

—*He pasado dos años en Guatemala* —contestó Jenny II—, *enseñando a los quiché cómo dirigir una cooperativa textil.*

Gwen parpadeó, avanzando a tientes, enredándose en la palabra «quiché» y luego estampándose de cara con «textil». Acababa de darse cuenta de que le importaba un cuerno dónde había aprendido Jenny español cuando oyó el chirrido de mausoleo de los goznes y el susurro de la puerta al cerrarse.

Gwen se quedó paralizada por un pánico que era medio indignación, como si la repentina sacudida que ahora notó en la barriga le estuviera diciendo que había sido engañada o estafada con el cambio, como si la joven embarazada fuera una estafadora que le había sustraído de la cartera a Gwen una suma dolorosa e irrecuperable.

—Perdone —dijo en voz baja mientras salía en busca de Araceli, y nuevamente el demonio de los goznes de la puerta se burló de toda posibilidad de terapia, curación, recuperación o de que alguien te pudiera orientar en tu vida.

Gwen se alejó corriendo por el pasillo, pasando por delante de la oficina del abogado de las ballenas, hasta el ascensor. Cuando apretó furiosamente el botón con el dedo, las puertas se abrieron de inmediato. Araceli debía de haber bajado por las escaleras.

Las escaleras eran un parco despliegue de losas de cemento dispuestas sobre barras de acero igual que una serie de vértebras apoyadas en la médula espinal. Gwen fue al rellano del segundo piso y se quedó escuchando a ver si oía el susurro de los pasos descendentes de la chica, el tañido grave y revelador del armazón de acero de la escalera. Pero no se oyó nada, solo aquella brisa incansable que subía soplando por las escaleras con un retumbar lastimero de Halloween hasta en los días sin nada de viento.

Gwen bajó los peldaños uno por uno, haciendo que se tambaleara el edificio entero por culpa de su descenso, o eso le pareció a ella, y gritando: «¡Araceli!». Por fin salió en tromba a la mañana, a Telegraph Avenue, al traqueteo musical de un tren

de carritos de la compra que estaba siendo conducido a través del aparcamiento del Andronico's, al eco de un grito acuático procedente de la Piscina de Willard y al susurro apremiante de un autobús arrodillado en la acera de enfrente; un grupo de gente arrastraba los pies hacia las portezuelas del autobús, entre ellos una coleta de pelo negro que relucía como el hierro.

—¡Espera! ¡Araceli! ¡Espera! —repitió Gwen en español.

Levantó una mano para detener al autobús de AC Transit como si fuera un taxi y, haciendo gala de una inconsciencia notable hasta para Gwen, se lanzó al centro de la avenida.

—¡Cuidado! —dijo una voz, y a continuación ella se perdió en el metal y en el olor a metal y en la cruel punzada metálica de su rabadilla contra la acera.

—Lo siento —dijo el ciclista. Ella se dio cuenta de que él no la había golpeado, sino que la había apartado de la trayectoria del autobús que se le venía encima. Era un adolescente nervudo vestido con unos vaqueros impecables y una sudadera con la capucha calada que le sumía la cara en las sombras—. ¿Se ha hecho daño?

Gwen tenía un desgarrón en la pernera de los pantalones. Se metió un dedo por él y descubrió un rasguño; no parecían haber más heridas, salvo las infligidas sobre su eterno orgullo.

—Estoy bien —dijo Gwen, intentando recobrar el aliento—. Estoy bastante segura. Gracias.

Se despidió con la mano del chico, que asintió. Antes de volver a montarse en su bicicleta y alejarse pedaleando, dio la impresión de que se planteaba —o eso le pareció más tarde a ella— si debía o no ofrecerle, desde las profundidades de su capucha de Espectro del Anillo, algún consejo o información útil.

—Realmente eres una persona inconsciente —dijo una voz de hombre, familiar y suave—. ¿Verdad?

Garth Newgrange, el padre, al volante de un Prius de color claro como la lechuga. Metiendo el morro del coche por la entrada para vehículos de la estructura subterránea del edificio de oficinas que se había levantado recientemente al lado mismo del edificio Nefastis. Chaqueta y corbata, ropa de trabajo, aunque lo que Gwen recordaba era que Garth trabajaba en el centro de Oakland. Debía de haber ido allí a primera hora para visitar a su médico o su dentista.

—¿Cómo está Lydia? —dijo Gwen, sintiendo que le faltaba la energía para explicarse cómo era posible que Garth hubiera iniciado su conversación con aquel comentario; ya no digamos la energía necesaria para contestarle. Pero en sus palabras había algo raro, sin duda, y algo quebrado en su sonrisa tensa.

—¿Cómo está Lydia? Pues mira, Lydia está muy enfadada. Estamos todos muy enfadados. Lo que ha pasado ha sido traumático para todos. Ha sido literalmente un trauma. ¿De acuerdo?

El hombre estaba, y ella no se creía que hubiera encontrado un caso de aquello fuera de las páginas de una novela, pálido de furia.

—Garth...

—Lydia tenía un sueño, Gwen, y tú y Aviva, vosotras... se lo habéis jodido.

—¿Un sueño?

—Sí.

—Garth, Lydia ha tenido un bebé.

—Soy consciente de eso —dijo él—. Sí, Lydia ha tenido un bebé. Ella tiene un bebé y yo tengo un abogado. Su oficina está, ja, en la puerta de al lado de tu edificio. Tiene gracia, ¿verdad?

—¿Vais a...? ¿Vas a demandarnos?

—Es mi intención —dijo Garth—. Tengo toda la intención de hacerlo.

—Pero... ¿qué? ¿Por qué? Sé que fue duro, las cosas podrían haber ido mejor, pero tanto ella como el bebé están bien.

—¿Quién sabe si el bebé está bien? —dijo él—. Tú no lo sabes, Y yo tampoco.

—Garth, por favor.

Ya tenían bastantes problemas, tuvo ganas de decirle, sin que él les añadiera un pleito absurdo, un desperdicio de tiempo y dinero para todos. Pero si Gwen le decía aquello, lo más seguro era que él fuera y se lo contara al abogado del edificio de al lado, y de alguna manera acabaría siendo usado como prueba contra ellas.

—Espero que tu abogado haga mejor su trabajo que tú el tuyo —dijo él, levantando el pie del freno y puntuando el comentario y la conversación con un signo de exclamación. El papel del signo de exclamación lo interpretó con aplomo el dedo corazón de Garth.

—Genial —le dijo ella a la parte trasera del Prius de Garth mientras este bajaba la rampa que llevaba al aparcamiento subterráneo.

Luego, debido a que parecía albergar la promesa de expresar todo lo que ella había estado sintiendo aquella mañana, hacia su consulta, hacia su vida y hacia el mundo, le hizo un gesto obsceno con el dedo a Garth, bien alto para que él lo pudiera ver por el retrovisor mientras se alejaba.

—Genial —ratificó Aviva, parando su viejo Hecate destartado delante de su edificio—. Eres como el letrero de Bob's Big Boy pero en hostil.

—Hace diez años que te conozco —dijo Aviva, en cuclillas, hurgando en el armario de al lado del fregadero de la sala de reconocimientos número dos. La consulta estaba cerrada para el almuerzo; las socias tenían la suite doscientos dos para ellas solas—. Y no te he tenido que practicar los primeros auxilios ni una sola vez. Y de repente parece que es lo único que hacemos.

—Ja.

—Es como si no pararas de proponerme una cita chungu.

—Estoy estresada, Aviva —dijo Gwen, produciéndose una impresión desagradable incluso a sí misma. Estaba hundida hasta los tobillos en una vorágine de remordimientos, en un hedor a arrepentimiento residual y nada familiar. Había gestionado de forma terrible la situación con Garth Newgrange y lo sabía. Era hora de confesar, de reconocer el fracaso, de someterse una vez más al discurso malhumorado pero bienintencionado de los reproches de Aviva—. Estoy embarazada.

—Eso ya lo sé, cariño. Tranquila. No me tienes que explicar nada.

Gwen se ordenó a sí misma no apretarle las tuercas a su socia, que no había cometido error alguno y no había estropeado nada.

—Si ese AC Transit me hubiera atropellado —aventuró—, ahora yo le debería un autobús nuevo al condado de Alameda.

—Muy graciosa —dijo Aviva—. Ja, ja. —Se volvió para alejarse del cajón de los suministros y se puso de pie, con una cajita de cartón llena de vendas elásticas de soporte en cada mano. Llevaba un vestido de April Cornell con campanillas estampadas, que había comprado de segunda mano en Crossroads, largo hasta la rodilla, con el cuello en forma de V y mangas cortas de cordón. A cualquiera que no fuera Aviva le habría dado pinta de matrona, pero Aviva tenía aquellos brazos nervudos. La mujer entera era un nervio, con sus cincuenta y un kilos. Se enrollaba y se desenrollaba. El vestido floreado intentaba seguirle el ritmo, convertido en envoltorio luminoso pero inadecuado de sus movimientos—. ¿Qué look prefieres? ¿Caucasiana o leprosa?

—La beige. No sé. Supongo... Supongo que simplemente me he emocionado de ver una cara morena.

—Supongo que has debido de emocionarte, sí.

—Es patético. Perseguir a esa criatura. Tendrías que haberme visto bajar las escaleras. —Gwen soltó una risa baja y compungida—. No te rías.

Aviva dejó de reírse.

—Sé por qué la has perseguido —dijo.

Gwen tenía las piernas colgando del borde de la mesa camilla, cuyo papel protector iba ofreciendo su comentario en forma de crujidos sobre los movimientos del trasero de ella mientras Aviva le vendaba el pie derecho del arco al tobillo. No

parecía nada grave, pero Gwen se había pasado toda la mañana usando el pie y ahora cada vez que apoyaba su peso en él los huesos le rechinaban. Aviva ya le había limpiado el rasguño de la espinilla y se lo había tapado con una tirita. Ahora le vendó el tobillo con esa ternura implacable de quienes ponen muchas vendas. Tenía una manera de no hablar que dejaba a Gwen del todo impotente.

—Era Garth —dijo Gwen—. A quien me has visto hacerle el gesto con el dedo cuando tú te acercabas con el coche.

—¿Eh? No te referirás a Garth Newgrange, ¿verdad?

—Justo después de que el chaval de la bici chocara conmigo, Garth ha parado a mi lado. Iba a ver a un abogado del edificio de al lado.

—A un abogado...

—Me ha dicho que nos van a demandar. Que van a buscar fundamento de acusación.

Aviva se echó hacia atrás, soltando el pie de Gwen.

—Me cago en la puta —dijo. Se presionó las órbitas de los ojos con unos dedos largos y de uñas muy cortas—. ¿Qué?

—Eso me ha dicho.

—¿Y tú le has enseñado el dedo?

—Él me lo ha enseñado primero.

—Sí, pero escucha, Gwen, tú... —Ella dejó correr lo que fuera que estaba a punto de decir—. Da igual.

—¿Qué?

—Nada.

—Tú piensas que es culpa mía que me haya enseñado el dedo. Y que nos esté demandando. Piensas que él está en su derecho. Por cómo la cagamos.

—Yo... no. No, no es verdad. Sinceramente. Pero no puedo evitar pensar que si... ya sabes, si fuéramos a hablar con él...

—No.

—Y... ya sabes...

—No lo digas.

—Nos disculpáramos...

—No lo vamos a hacer, Aviva. No. No tenemos nada de qué disculparnos. No hicimos nada mal.

—Sí, vale, estoy de acuerdo contigo, Gwen, pero el cabrón ha ido a un abogado.

La puerta se abrió; era Kai, masticando una hoja de algo envuelto en pan *lavash*.

—En caso de que os lo estéis preguntando: ¿acaso vuestra cita de la una en punto, que ha venido antes de hora, puede oír desde la sala de espera que estáis teniendo una pelea en la sala dos? Tengo vuestra respuesta: sí.

—No nos pasa nada —dijo Aviva.

—Ah, ¿no? —Masticando, haciéndose la desinteresada, dándose un tirón del cuello de su camisa de vaquero bordada.

—No, qué va. Yo estoy bien. Gwen está bien. Gwen va a estar bien por lo menos durante otros... —Aviva se miró el reloj de pulsera, un Timex de hombre con la esfera gastada por la parte de dentro de la muñeca derecha, como si lo tuviera todo cronometrado, incluso aquella revelación pendiente, y estuviera decidida a no retrasarse, y puso cara de decepción al ver lo que le decía su reloj—. Digamos cinco minutos.

Kai frunció el ceño, juntando las cejas al estilo Sal Mineo, y cerró la puerta tras de sí con suavidad, como si estuviera haciéndoles un reproche.

—¿Qué va a pasar dentro de cinco minutos? —dijo Gwen.

—Gwen —dijo Aviva. Aviva hizo otra de sus largas pausas, una pausa profunda y cargada—. Gwen, ¿has hablado con Archy?

«Archy tiene cáncer y te lo está escondiendo, a ti, a su mujer»; aquello era lo que parecía estar diciendo la expresión grave de Aviva.

Gwen arrancó un puñado de papel sanitario del rollo que tenía detrás.

—¿Qué pasa? —dijo, y una vez más se sintió atrapada en un ciclón de metal y acera.

—O sea que no te ha dicho nada.

—¿Qué me tiene que decir? ¿Está enfermo?

—Cielos, no. No, está bien. Él también está perfectamente. De momento.

—Durante los próximos cinco minutos.

—Ahora ya son cuatro.

—Aviva, ¿qué está pasando?

—Mierda. Vale. Estás sentada. Menos mal.

—Un momento —dijo Gwen—. Espera. Creo que tal vez prefiero estar de pie.

—Gwen, no, creo que deberías...

—Déjame apoyarle un poco de peso, Aviva.

Aviva toqueteó el vendaje, lo consideró aceptable y luego le devolvió su tobillo a Gwen.

—Mucho mejor —dijo Gwen—. Muchas gracias. Y ahora a ver: ¿qué coño pasa?

Se oyeron unos golpes suaves en la puerta de la sala de reconocimientos. Aviva se volvió a mirar el reloj de pulsera.

—Aviva, ¡¿qué está pasando?! —

La puerta se abrió y Gwen vio que Julie entraba con el chaval que la había apartado de un empujón de la trayectoria del autobús. El chaval se echó hacia atrás la capucha de la sudadera. Era como una versión más pequeña y más flaca del padre de Archy, como si Luther fuera un LP y él un single de 45 rpm. Ella tardó menos de un segundo en formular una primera conjetura descabellada.

—Oh, cielo santo —dijo Gwen.

Los chicos se dedicaron a mirar, cada uno de ellos a su modo reconcentrado, primero sus propios zapatos, luego el tobillo de Gwen y por fin el suelo.

—Titus —dijo Aviva—. Esta es Gwen.

—Hola —dijo el chaval.

Aparentaba la misma edad que Julie, catorce o quince años. Gwen hizo los cálculos biográficos, silogizó un par de comentarios dispersos separados por varios años de distancia y adivinó el resto.

—¿Te apellidas Joyner?

El chaval levantó la vista de golpe, pero justo antes de mirarla a los ojos esbozó su sonrisa juguetona estilo Luther Stallings.

—Sí, señora.

—Vale —dijo Gwen. A continuación alguien le dio la vuelta al disco y volvió a pinchar *Archy es infiel*, y el primer tema de la cara B se titulaba «Jamila». Gwen nunca había conocido a Jamila Joyner, lo cual, como siempre, hizo que le fuera mucho más fácil hacerse un esbozo mental de aquella mujer, llena de contornos malignos—. ¿Ella está en la ciudad?

La sonrisa se deshizo como una gota de agua sobre una plancha caliente.

—No, señora.

—Ejem, su madre falleció —dijo Julie—. Hace mucho tiempo.

La punzada de celos remitió y el corazón de Gwen, dando sus primeros pasos vacilantes desde que Aviva había abierto la puerta de la oficina, se acercó a Titus, que de pronto aparentaba estar más cerca de los doce años que de los quince.

—Titus está viviendo con nosotros —dijo Aviva—. De momento.

—¡¿Qué?! ¿Desde cuándo?

—Desde el viernes. Gwen, lo siento. Yo estaba respetando los deseos de Archy. Dios sabe por qué. Dijo que te lo iba a contar. Dijo que necesitaba un poco de tiempo para prepararlo todo.

De manera que era aquello, y no su dolor por la muerte del señor Jones, ni la vergüenza que le producía el que ella lo hubiera pillado con la Reina de Saba, ni el cáncer; aquel era el secreto que Archy le había estado guardando, el vacío que subyacía a su presencia física en la sala, el retraso con que contestaba a sus preguntas. No solo que tuviera un hijo, sino que dicho fruto de sus entrañas se iba a vivir con ellos. Y entonces Gwen ya no sería responsable de los dos bebés que había encargado, sino de tres.

—Tendrías que haber dejado que me atropellara ese autobús —dijo Gwen—. Tendrías que haber pasado de largo.

Mosquito. Lo tenía en el oído, de nacimiento. Oía el flujo de su propia sangre, un

crepitar neural, el pulso omnipresente de la energía electroindustrial del mundo entero y de la red de información, oía su música silenciosa. Su cabeza era una antena sintonizada con la radiación cósmica de fondo, senos y señales, séptimas disminuidas que llegaban por los cables del tiempo y del espacio para hacer vibrar membranas secretas. Oía *cosas*. Sus estados de ánimo (que de momento no recibían medicación) eran propensos a actuar como filtros de aquella señal. En los días buenos oía melodías, estructuras armónicas, polirritmos, sampleados y ráfagas, frases y estribillos, ideas musicales sueltas. En los días malos o en los estados intermedios, nada más que aquel tarareo rítmico, que uno de sus muchos antiguos psiquiatras había postulado que era —qué otra cosa iba a ser— un tenue eco apagado de su madre, muerta antes de que Nat cumpliera dos años. Una canción de cuna en la oscuridad, una palmadita firme y tranquilizadora en el trasero del pañal. Claro, claro. Pero siempre, por dentro, por debajo, entremezclado con la alucinación auditiva del día, aquel tono constante y sin variaciones, a la vez grave y brusco, enfurecedor, precioso, firme como una barandilla. En el menú de aquella mañana, un relleno saltarán a lo Maceo y una entrada jubilosa de instrumentos de viento: hoy tenía pinta de que iba a ser un día bueno, ¡joder, sí, la-la-la-tralará, la-la, tralarí!

Y también en el menú: pollo frito, estilo Richmond. Bollos. Alubias con arroz. Y casi seguro, verduras. Las verduras eran el arma secreta, la llave maestra para abrir el alma de un hombre de la edad y la procedencia de Garnet Singletary. Las berzas eran el truco para atrapar la conciencia del Rey del Oropel.

Pero la cocina, ay, la cocina. ¡La-la-lará, tralará! Un puto campo de batalla. Nat se acordó con una punzada de que su madrastra, Opal, que trabajaba de contable en el departamento de facturación de los grandes almacenes Thalhimer, nunca dejaba que se impusiera el desorden, sino que iba limpiando a intervalos regulares todo lo que hacía, y de que los pasos de sus preparativos siempre seguían una lógica: mientras las hojas de las berzas arrancaban a hervir a fuego lento en su olla de jugo de tocino salado, ella tiraba dentro de la basura las nervaduras y las venas de las hojas; mientras las alubias hervían, el cuenco donde habían estado en agua la noche antes ya se encontraba lavado y reluciente en el escurridor de alambre; la masa de los bollos —cuya receta, heredada de la mujer para la cual la madre de Opal había trabajado toda su vida, una tal señora Portman, requería tanto levadura como bicarbonato de soda— había que prepararla antes y dejarla toda la noche bajo un paño en la nevera para que subiera, después de lo cual ya solo había que pasarle el rodillo, cortarla y poner los bollos diez minutos en el horno antes de hacer sonar la campanilla de la cena. Opal Starrett, *aleha hasholem*, impartía justicia con su estropajo Scotch Brite a todas las ollas, sartenes y platos con los que se encontraba, sacando brillo a todas las superficies como si fueran las de un laboratorio, y dejándose para el final únicamente el combate con las bandejas del horno, la sartén grande de hierro forjado y el radio de

la explosión de salpicaduras de grasa que quedaban entre los fogones.

Igual que tantas otras cosas de ella, Nat admiraba la progresión ordenada de la cocina de su madrastra, pero jamás podía aspirar a emularla. Él ya llegaba aturullado, igual que Julius I, y se ponía a hacerlo todo a la vez. Se le escapaban nubecillas de harina de la bolsa de papel marrón de rigor dentro de la cual, aderezados con pimienta negra molida, cayena y sal, él agitaba los pedazos de pollo, patas y muslos, tal como requería la clientela de hoy. Todo un sistema meteorológico, con frentes tormentosos de harina avanzando por la cocina de oeste a este. El suelo estaba lleno de alubias secas desparramadas, cuyas camaradas no llevaban sumergidas más que una hora en agua hirviendo, en lugar de haberse pasado toda la noche en un remojo incompatible con lo impulsivo de la maniobra de Nat para conseguir el apoyo del Rey del Oropel. La manteca —otra arma secreta en la batalla por el alma de Garnet Singletary— ya empezaba a mascullar y crepitar en la sartén. Se trataba de la sartén de Opal, que él había heredado junto con sus bandejas de horno parecidas a carrocerías de tanque, en las cuales ahora yacían en formación de piezas de dominó la mitad de las tres docenas planeadas de bollos, y la enorme olla gris de Magnalita donde hervían a fuego lento las berzas de Nat, cuyas partes sobrantes yacían ahora amontonadas en la encimera junto con las pieles de las cebollas, una tira inservible de tocino salado y el paisaje ártico del amasado incompleto de los bollos de Nat. Y era mejor no pensar en el arroz, Dios, el arroz, parte del cual había sido debidamente absorbido en el vientre de la aspiradora DustBuster con las baterías agotadas que ahora yacía abandonada en el suelo, en medio de todo el arroz que quedaba sin absorber. Un diluvio de arroz acontecido a raíz de que él diera un tirón del paquete para sacarlo del estante de la despensa, y es que alguien, probablemente Nat, lo había guardado sin apretar lo bastante el cierre de alambre. Aunque le había agradado bastante la dulzura con que el sonido de la lluvia de arroz se desplegaba sobre el riff de vientos que a él le sonaba en la cabeza, como un susurro de cepillos metálicos sobre el contratiempo de la batería.

A las 9.45 de la mañana, la primera remesa de pedazos de pollo se sumergió con un ruido de aplausos en la manteca de cerdo. La manteca inició su magna obra, arrancándole aquella hermosa reacción de Maillard a la harina sazonada, y el olor a comida dorándose se empezó a mezclar con el aroma de laurel cálido, denso y vagamente corporal que emitían las alubias, y también con la amargura estival de las berzas, que traía recuerdos de zapatillas Keds blancas con las punteras manchadas de hierba recién cortada. Nat se adentró por el portal temporal que se estaba abriendo dentro del círculo de hierro sazonado. Montado en la máquina del tiempo de la cocina. Dándoles la vuelta a los pedazos de pollo con unas pinzas, emitiendo sin darse cuenta siquiera un tarareo que era como unos dedos que le masajearan con firmeza el pescuezo, rememoró a Opal de pie frente a la vetusta Hotpoint de East

Broad Street, con tacones altos y un delantal Marimekko con enormes coros de amapolas estampados, soltando palabrotas contra Julius I, furiosa por alguna nueva insensatez de este, por alguna calamidad de pastelillo del que ahora Monument Liquor and News se veía con diez cajas, o bien por algún pariente ignoto de Opal a quien el padre de Nat le había pedido prestados trescientos cincuenta dólares que ellos no se podían permitir, pese a que ella le había ordenado enfáticamente que no se los pidiera, mientras que, en el marco inferior de la ventana de bisagras de detrás de la cocina, un par de ventiladores eléctricos diminutos ejecutaban una tosca parodia del padre de Nat (y, ya puestos a presagiar, del mismo Nat), dando vueltas y vueltas y más vueltas, con intenciones irreprochables pero sin resultado alguno. Por fin, con sus pedazos de pollo pulcramente dispuestos y sus bollos vertidos en el interior de una cesta con el fondo recubierto por un paño limpio, Opal se alejaba repicando con aquellos tacones altos por el pasillo de atrás hasta la escalera de madera craquelada, con sus duelas y sus clavos doblados, sacada de unos dibujos animados de Popeye, que había atornillada a la parte de atrás de su casa adosada, abría de golpe la puerta y se quedaba allí plantada en el rellano, agitando las manos morenas y bien cuidadas para levantar una ligera brisa de esperanza, liberando su pelo negro y suave y parecido a alas de paloma del pañuelo que llevaba en la cabeza, diciendo con aquel yiddish de negra que tenía: «Eso sí que es un *mechiah*». De aquello ya debía de hacer treinta o treinta y cinco años, y la experiencia profesional de Nat tenía el impulso de edulcorar el recuerdo añadiéndole algún tema con sabor a menta fresca de Isaac Hayes procedente del estéreo de la sala de estar, o bien el primer álbum de Minnie Riperton, *Come to My Garden*. Opal le había tenido mucho aprecio a la pobre y dulce Minnie.

Igual que en otros muchos sentidos, Aviva seguía principios Opalinos a la hora de gestionar los desórdenes en la cocina, y cuando viera lo que él había hecho iba a poner el puto grito en el cielo: «¡Máquina del tiempo y un cuerno, Nat, por el amor de Dios!». Aquella misma mañana ella les había preparado a los chavales un desayuno semielaborado, panqueques con beicon, y cuando Nat se levantó de la cama preñado de su deseo de ganarse a Garnet Singletary y entró en la cocina silenciosa y reluciente, lo único que encontró que la traicionara fue un vestigio en el aire de ese aroma a corcho del beicon. Aviva, la primera mujer blanca en la que Nat había tenido un interés romántico en su vida, y la única de sus novias que había cumplido con los requisitos de su madrastra o había recibido su aprobación. Esto último lo había expresado Opal poco antes de morir, en un breve discurso dirigido a Nat que podría haber sido pronunciado por la misma Aviva:

—No la cagues.

Cuarenta minutos después de que la primera remesa de pollo fuera a parar a la manteca —sin que esto le devolviera ni una pizca de orden a la cocina—, Nat seguía

ocupado con las pinzas y las patas de pollo, consciente de que Opal prohibía absolutamente llenar mucho la sartén. Para cuando aquellas pétreas alubias diminutas y rojas, sumergidas en sus aguas estancadas de tocino salado, consiguieron relajarse lo bastante como para pasar de un salto a la cazuela del arroz, ya eran casi las 10.40. Hora de ir tirando. Al Rey, o más a menudo a un miembro de su séquito, se lo podía ver pasar habitualmente frente a los ventanales de Brokeland con una bolsa del McDonald's, o tal vez con un bocadillo de pescado de la panadería Your Black Muslim, alrededor del mediodía, o a las doce y media como muy tarde. Nat necesitaba estar allí para cuando Singletary sintiera la llamada de hambre.

Igual que uno de esos perros de dibujos animados cuyas patas delanteras se convierten en un revuelo de turbinas cuando desentierran un hueso en medio de un torbellino de tierra, Nat se puso a hurgar en los armarios y a saquear los cajones en busca de recipientes para servir que pudiera usar y bandejas adecuadas. Acumulando tras de sí montañas enteras de tapas sin recipiente y recipientes sin tapa, emitiendo un traqueteo de bandejas para hornear pasteles y tartas. Recuerdos de vetustas reuniones de Tupperware, bandejas para hacer cubitos, tapas de termo sin termos, moldes para polos sin los palitos, parrillas para asar, brochetas de bambú, ¡y una balanza de cocina! Nat calculaba que le tocaría alimentar también a cinco o seis de los satélites de Singletary, ya fueran gente de aquella que iba a pasar el rato a la tienda o bien clientes del R. del O. Confiaba en que por lo menos a unos cuantos de ellos sus argumentos les resultaran sólidos y sus lisonjas persuasivas gracias a la retórica invencible de la cocina de Opal Starrett. De momento, sin embargo, solo necesitaba llegar al Rey.

Y no era difícil llegar a Garnet. Nacido y criado en Oakland, sus raíces se extendían serpenteando hasta Texas y Oklahoma. Al ofrecerle la comida que ahora guardó con cuidado en botes, envolvió en papel de aluminio, encajó en una caja de leche de plástico (cuyo cargamento de grabaciones en vinilo sin clasificar y casi todas invendibles, entre ellas varias creaciones de Jim Nabors, Nat añadió generosamente al desorden ya existente en la cocina) y a continuación arrastró escaleras abajo para cargarla en la parte de atrás de su vetusto Saab 9000, Nat iba a hablar a Singletary en un idioma más profundo. Igual que un mago se dirigía a un dragón en una de las novelas que su hijo tenía en la mesilla de noche, hablándole en la Lengua Antigua.

—Madre mía —dijo el Rey del Oropel mientras Nat entraba andando hacia atrás, cargando con la caja de leche, por la puerta de tela de alambre del establecimiento del mismo nombre. Singletary reinaba desde su taburete de detrás del mostrador de cristal de su caverna de oro, por encima de su montón de cadenas y anillos. Aparte de los tesoros de las vitrinas, en la tienda no había nada más que mirar: baldosas blancas y lisas y paredes desnudas con paneles de fibra prensada de madera. El mismo Singletary no llevaba encima, como de costumbre, ni la más diminuta pieza de

oropel; llenaba por completo una guayabera y tenía una pinta acalorada y sudorosa por culpa de su permanente húmeda, hacia la que adoptaba una actitud rigurosamente historicista. En una pistolera alrededor del brazo, como si fuera Bullitt, llevaba un arma del calibre 44 con licencia, que, tal como nunca se cansaba de asegurar a los curiosos, había sido llamada más de una vez, al servicio del Rey, a cumplir con los propósitos para los que la habían diseñado sus fabricantes—. Tenía un presentimiento. En cuanto vi aquel folleto que estabas repartiendo.

—Ah, ¿sí? —dijo Nat, dudándolo.

Tal como exigía su oficio, Garnet Singletary era un experto tasador de las aleaciones humanas, aunque decía lo que hiciera falta, Nat lo sabía, para inducir entre el público general, ya fuera el que compraba o el que empeñaba, la idea de que era todavía más listo. Pero Nat tampoco estaba intentando llevar a cabo ninguna sutil maniobra política, ni tampoco se consideraba inescrutable, ni un maestro de la diplomacia del vecindario. Lo que estaba representando era bastante transparente.

—Me lees como si yo fuera un libro abierto —dijo.

Le guiñó el ojo a Ervis Watson, más conocido como Airbus, que era quien se ocupaba de forma contundente de la seguridad del Rey del Oropel, una primera línea de defensa de metro noventa y cinco de altura y ciento cincuenta kilos de peso con chándal de velvetón; sin más armas que sus brazos reglamentarios y sus piernas parecidas a obuses, más allá de cuya mole los acontecimientos casi nunca penetraban hasta el punto de que se requirieran los servicios de la pistola de Singletary. El local del Rey del Oropel tenía la mitad del tamaño de Brokeland, puesto que se repartía con la Federación Unida de Rosquillas el antiguo establecimiento de una carnicería italiana, y, entre Singletary, Airbus y la mercancía, desplegada en dos mesas largas con vitrinas, dos mesas cortas y un armario alto que recorría toda la pared norte, no quedaba demasiado espacio para darse la vuelta.

Airbus no dio señal alguna de haber visto el guiño ni tampoco movió un solo rasgo de la cara. Nat entendía que el intento de obtener una camaradería superficial por medio de los guiños era un gambito estándar del hombre blanco a quien le ponía nervioso su entorno. Él no estaba nervioso para nada, puesto que había crecido en la parte negra de Richmond con una madrastra negra, amigos negros, amantes negras, maestros negros y una serie de héroes culturales que, con unas cuantas excepciones judías, eran casi todos negros. Sin embargo, les tenía un horror tan profundo a los hombres blancos que actuaban como negros, como por ejemplo Moby, que evitaba con rigor casi patológico cualquier apariencia, en sus modales o su forma de hablar, de intentar pasar por lo que no era. De manera que iba a dejar que su pollo hablara por él.

—Os he traído algo de almuerzo —dijo. Dejó la caja de leche en el mostrador detrás del cual Singletary estaba sentado en su taburete—. He pensado que tal vez

estaríais un poco cansados de Big Macs.

Singletary miró la caja con los ojos fruncidos y luego miró a Nat, repasando mentalmente situaciones negativas posibles que podían surgir cuando Nat abriera los recipientes que había amontonados dentro de la caja: chanchullos, planes de atraco, o bien alguna clase de hummus asqueroso o alguna otra de esas mierdas que había que comer encima de una hoja. En ese momento el aroma que emanaba de la comida, una brisa procedente de la costa del pasado, le llegó a las narices, bien defendidas como estaban por su bigote a lo Billy Dee Williams, y una conjetura descabellada le iluminó los gélidos distritos de la cara. Nat levantó el plato de pollo e hizo una pausa, exprimiendo el momento, con los dedos preparados para retirar de forma inminente la manta de papel de aluminio. Lo único que le hacía falta era una señal del Rey del Oropel.

Singletary se quedó mirando a Nat con una mezcla curiosa de esperanza y recelo. Miró a Airbus como si no estuviera seguro de si tenía que doblar o separar con una jugada de once en el blackjack. Por fin asintió una sola vez: «a ver». Nat apartó la lámina de papel de aluminio.

—Joder —dijo Airbus.

—Me imaginaba que seríais unos cuantos más —dijo Nat mientras dejaba los recipientes de alubias, arroz y verduras y rompía el paquete de papel de aluminio donde estaban los bollos. Tenedores, cuchillos y platos de plástico. Una pequeña otomana de esponjosa mantequilla del condado de Marin—. Así que he traído comida de más para unos cuantos clientes.

—Aisha ha pasado por aquí, pero se ha llevado al bebé al centro comercial de Hilltop para que le hicieran una foto —dijo Singletary. Sonrió—. Y es posible que yo haya asustado a unos cuantos de esos que se pasan el puñetero día aquí perdiendo el tiempo y haciéndomelo perder a mí. La medicación que estoy tomando para la presión sanguínea tiene tendencia a ponerme un poco «irritable», por lo que se dice.

Airbus pareció dispuesto a hacer algún comentario sobre este rumor, pero finalmente decidió no hacerlo.

—Clientes... —continuó Singletary—. Eso ya no lo sé. Esta mañana no ha habido mucho trabajo.

—A la mierda los clientes —dijo Airbus—. Más para mí.

Cazó al vuelo un plato lleno hasta arriba de un poco de todo.

—Espero haber traído bastante —dijo Nat.

Singletary se quedó mirando el plato abundantemente surtido que Nat le acababa de servir, pero se refrenó de probar la comida. Estiró un brazo hacia atrás, hurgó entre unos papeles y por fin sacó uno de los folletos impresos en papel azul. Nat había escrito el texto en el ordenador de la tienda y luego había hecho las copias en el Krishna. Singletary se acercó a la cara las gafas sencillas de media montura negra que

llevaba siempre colgadas del cuello de un fino cordel de goma: otra oportunidad perdida de imitar el estilo de sus mercancías. Examinó, o fingió examinar, el texto que Nat había compuesto la noche anterior en pleno delirio de superioridad moral desafiante.

—«COCHISE» —dijo—. Como el señor Jones.

—Otro pequeño tributo.

—¿El funeral es el sábado?

—En la tienda, a las dos de la tarde.

—«Conservemos el carácter de Oakland frente a la homogeneización y los impactos perniciosos sobre el medio ambiente.»

—Estoy abierto a sugerencias.

—Ya está bien así.

—Me alegra saberlo.

—¿Homogeneización?

—En el sentido corporativo. Cadenas de tiendas, franquicias.

—Entiendo. Sí, eso es muy inteligente.

—Muchas gracias.

Singletary dejó el papel como si pesara cinco kilos, como si en líneas generales el texto, en contra de lo que acababa de declarar, no hubiera acabado de convencerle. Volvió a dejar sus medias gafas colgando sin nada a que agarrarse, amarradas por el cordel de goma, por encima de la Half Dome de su barriga. Sus ojos eran los platillos de acero de una balanza de precisión.

—A ver si lo he entendido —dijo—. En tu opinión, el hecho de que abran un centro comercial de Dogpile en el local que antes ocupaba el supermercado Golden State de la Cuarenta y uno con Telegraph, y que cuenta con el apoyo de figuras muy respetadas de la comunidad, como por ejemplo el Colega Chan, con capital de una empresa que trabaja duro para elevar el estatus económico de la gente negra y el orgullo que sienten por sus barrios, en realidad tendría un impacto negativo.

—Se llama Garito —dijo Airbus con la boca llena de alubias y arroz—. Pero en realidad es como un centro comercial.

—Cinco mil quinientos metros cuadrados —dijo Nat—. Dos plantas de aparcamiento. El equivalente a cinco pisos de altura. Aprovechan hasta el espacio de las aceras de alrededor. Van a ahogar todo lo que hay alrededor.

—Hay muchas cosas en este vecindario, espero que no te importe que te lo diga, que se ahogarían en un vaso de agua. No se puede decir que tengamos muchas mansiones ni suelos de terrazo ni cosas de esas. No hay edificios históricos.

—Cierto —dijo Nat—. Tampoco tenemos mucho tráfico ni problemas de aparcamiento, pero si construyen ese «Garito» sí que los tendremos. En cuanto a lo del levantamiento económico de la comunidad... Gibson Goode está buscando su

propio beneficio. O sea, venga ya, Rey. He venido aquí por dos razones, y una de ellas es que de toda la gente que hay en esta avenida en un radio de tres kilómetros, blancos, negros, orientales o del Tayikistán, tú eres el único más dispuesto que yo a plantar cara y a decir que odias esas patrañas de levantar a la comunidad.

Singletary sopesó el intento de cumplido con aquellos platillos verificadores de acero.

—El enemigo de las patrañas —dijo por fin—. Ese eres tú, ¿eh? Y todo esto —agitó el folleto— no tiene nada que ver con el hecho de que vayan a abrir un «Garito» de Dogpile a dos manzanas de aquí que seguramente os va a hacer quebrar a ti y a Archy Stallings tan deprisa que vais a tener que declarar la bancarrota con fecha de la pasada Navidad para ir adelantando, ¿verdad que no?

—Pues claro que sí —dijo Nat—. Tendría que haber empezado diciendo eso. Tienes razón. Supongo que me he cansado un poco de ir todo el día diciendo que estamos jodidos. —Se frotó la barbilla—. Voy a contártelo todo, Garnet. He hablado con un tipo de la oficina del concejal Abreu. —Abreu era el concejal sin cartera del Ayuntamiento de Oakland. No tenía ningún interés ni por Brokeland ni por la música en general, que Nat supiera. A juzgar por sus antecedentes, Abreu no debería tener ningún reparo ni filosófico ni medioambiental ni de ninguna clase ante un proyecto como el de Dogpile. Sin embargo, se rumoreaba que a Abreu le caía mal Chan Flowers, y sus choques en las sesiones del ayuntamiento estaban perfectamente documentados—. Y me ha dicho que Abreu podría estar dispuesto a venir, a hablar con COCHISE y a escuchar nuestros argumentos. Pero para eso...

—Para eso —miró el folleto— no puede ser que a las doce y media tengas la tienda llena de viejos blancos estirados.

—Me iría bien tener a gente de color influyente —dijo Nat—, está claro. Comerciantes locales de peso.

El Rey del Oropel sopesó sus siguientes palabras.

—Chan y yo no estamos de acuerdo en muchas cosas —dijo—. Y él ha dicho muchas cosas sobre mi línea de trabajo, tanto a mí en persona como a otros para que me llegara a mí, ha comparado la venta de cadenas de oro y esas cosas con un cáncer, una plaga y qué se yo. Pero si este vecindario tiene alma, el candidato al puesto es el Colega Chan. Y tú deberías saber mejor que nadie, porque eres un tipo inteligente y lleno de experiencia y de credibilidad, que solo porque un cabrón escéptico y de mirada fría como yo vaya diciendo que todas esas fanfarronadas de levantar a la comunidad son un montón de patrañas, eso no quiere decir que lo puedas decir tú.

—Cierto también —dijo Nat—. Lo admito.

—¿Cuál es la segunda razón?

—Ah, bueno, que sé que te encantan las berzas.

Singletary asintió y cogió su tenedor. Dio un buen bocado de berzas y se quedó

masticando, al principio con cara pensativa y con lo que parecía un asomo de duda. De repente cerró los ojos y dejó escapar un suspiro lento y profundo, como si estuviera liberándose de una carga de muchos años. Cuando abrió los ojos, los tenía empañados de emoción de una forma que habría dejado pasmados a aquellos ociosos a los que su mal humor había desterrado del local hacía un rato.

—¿A qué hora me necesitas? —dijo.

Solemnes, sonrientes, vagamente perplejas o emitiendo un benévolo susurro de Glinda la Bruja Buena, todas las Personas Concienciadas procedieron a anotar sus caracteres alfanuméricos y a pasarle al siguiente la tablilla sujetapapeles y el bolígrafo de regalo de Children's Fairyland que venía adornado con espumillón rosa y morado para parecer una varita mágica: Shoshana Zucker, que había sido la directora de la guardería de Julie, con un *shmatte* de quimioterapia en la cabeza; el planificador urbanístico Claude Rapf, que vivía en una colina sobre el túnel de Caldecott, en una casa con forma de platillo volante, donde una vez había hecho una Fiesta para celebrar el estreno de una primera edición original y en perfecto estado de *In a Silent Way* (Columbia, 1969), que a continuación catalizó en un equipo de sonido analógico de cincuenta mil dólares; un tipo flaco y de pelo lacio con pinta de Fu Manchú que después resultó ser el Profesor Presto Digitación, el mago que había actuado en la fiesta del quinto cumpleaños de Julie; dos de los ancianos judeo-budistas que acababan de abrir un centro de meditación llamado Neshama, a una manzana del antiguo Golden State, de los cuales el judeo-budista masculino sorbía con intensa deliberación la tetilla de goma de una botella de agua mientras que el femenino hurgaba melancólicamente con unos palillos por entre las tiras de color carne grisácea de las pieles de tofu que había entretejidas en el recipiente de su almuerzo japonés, como si lamentara la matanza de plantas de soja inocentes que el apetito de ella había desencadenado; Moby; aquella grotesca señora que trabajaba como imitadora —ahora caracterizada de Gloria Swanson— y que vivía en el apartamento de encima de la lavandería automática, con su skye terrier en brazos; Amre White, ahijado de Jim Jones y en la actualidad pastor de una iglesia para pobres situada justo al lado del antiguo emplazamiento del Golden State, con las orejas, narices y arcos de las cejas llenas de los cráteres fantasma de los piercings a los que había renunciado; una arboricultora de Berkeley llamada Marge a quien Aviva había acompañado hacía tiempo a lo largo de un aborto dolorosamente tardío; aquel doble de Stephen Hawking que no era Stephen Hawking; la propietaria de la costurería de vanguardia, extrayendo a la vida desde el caos primordial de su bolsa de hilo algo que parecía ser unos pantalones en miniatura estilo Eldridge Cleaver con funda para polla, aunque también es posible que fuera un jersey para su dragón de compañía; por extraño que pareciera, la contable a la que habían pillado desfalcando cantidades

pequeñas de una serie de clientes suyos, entre ellos Brokeland Records, y que estaba obligada (como resultado de algo que se le había metido a Nat entre ceja y ceja hacía tiempo) a arreglarlo en el tribunal de instancia; un reputado especialista académico en lenguas altaicas de la UC Berkeley que también estaba especializado en coleccionar discos de soul de siete pulgadas de discográficas independientes de la segunda mitad de los sesenta, y que llevaba sobre el hombro derecho, sin decir nada al respecto y por razones ignotas, un plátano pasado, en cuyo extremo (él o alguien) había dibujado con rotulador negro una carita sonriente; uno de los once psiquiatras que Nat había tenido durante los últimos diez años, un tal doctor Milne, que llevaba todo el rato recorriendo con incansable mirada diagnóstica las portadas enmarcadas de discos que llenaban las paredes, la aljaba de hierro no operativa del ventilador, cuya vara vertical se sumergía en las telarañas rebozadas por el tiempo y las sombras del alto techo de latón, la cortina de cuentas donde Julie había pintado un retrato que se parecía más a Sammy que a Miles y el batallón de Shriners masónicos de plástico en miniatura con su esmoquin y su fez en miniatura que había apelotonados contra el raíl de lámina metálica del revestimiento de madera del fondo de la tienda, reliquia arquitectónica de algún establecimiento prespenceriano que se rumoreaba, aunque no estaba confirmado, que durante una época había albergado la sede en Oakland de la Mano Negra; Sandy la adiestradora de perros, que llevaba casi una década presionando al Ayuntamiento para que convirtiera el solar del Golden State en un parque para perros, y que le había enseñado a hacerse el muerto al mestizo de beagle y schnauzer de los Jaffe, Jasper, que acabaría muriendo de cáncer; y finalmente S. S. Mirchandani, que solo estaba presente porque siempre lo estaba a aquella hora del día, parte del recorrido de su misterioso sistema de moteles, sobrinos y licorerías. El último en firmar, gruñendo y moviéndose incómodamente y con cara de que habría preferido consultarlo antes con su abogado, fue el Rey del Oropel, sentado en su taburete habitual, satisfaciendo el requisito mínimo racial que le había impuesto a Nat un ayudante anónimo del concejal Rod P. Abreu; aunque también estaba presente Airbus, al fondo del todo y sin que la varita mágica lo registrara, para ponerle un segundo parche de credibilidad a la capa abigarrada de apoyo diverso de la comunidad detrás de la cual Abreu, en su lucha constante con el Colega Chan para controlar el Ayuntamiento de Oakland, podía envolver de forma creíble su presencia y sus intenciones.

—Quiero empezar diciéndoos —dijo Abreu— por qué, en mi opinión, *no* estamos aquí.

Rod Abreu era un abogado de hombros caídos y mejillas como flanes, que durante una época había representado al sindicato de electricistas; era más joven y estaba en mejor forma de lo que parecía, tenía más estudios de los que parecía tener cuando hablaba, emitía cierto aroma a ron de la bahía y estaba ventajosamente

provisto de unos ojos enormes, húmedos y tristes del color del café aguado hundidos en un par de cuencas amoratadas, como huellas dejadas por los pulgares de malhechor de la vida. Sin embargo, a pesar de la pose abatida de su espalda encorvada y de su semblante afligido, mostraba una tendencia bastante agresiva al regocijo irreprimible y uniforme, un regocijo que rociaba en forma de chorros serpenteantes sobre todo lo que decía, como si estuviera echando cemento sobre barras de armado.

—Probablemente no deberíamos estar hoy aquí —les explicó— pensando que vamos a intentar detener o darle marcha atrás al reloj de la propuesta de Dogpile. ¿De acuerdo?

Esperando objeciones de una forma que parecía prometer una rápida invalidación de las mismas, probada en los tribunales, Abreu levantó la barbilla. No le llegó objeción alguna, aunque la señora del skye terrier pareció decepcionada. Nat también se había quedado decepcionado, pero supuso que aquel sería una especie de gambito retórico del tipo «Brutus es un hombre honorable» y se limitó a esperar lo que viniera a continuación. Bajó diligentemente la barbilla.

—Decir algo así, entendedme, no solo sería prematuro, sino también injusto. Tal vez incluso sería una equivocación. —Dirigiéndose a un jurado, a un comité sindical, a una gente que estaba convencida, pese a las pocas evidencias al respecto, de no ser corta de luces—. Sí, he visto la propuesta inicial, mi personal y yo hemos tenido ocasión de verla, y yo diría que el término que mejor la describe es «ambiciosa». Es una propuesta ambiciosa; el señor Gibson Goode, un atleta magnífico y un artífice de verdaderas gestas deportivas, lo digo en serio, también es un tipo ambicioso, de acuerdo, un hombre que ha hecho un uso fabuloso de sus dones y de su afán competitivo y de esas dotes suyas de liderazgo. Si alguna vez lo visteis jugar, sabréis que tiene lo que hay que tener. Lo puede hacer todo. Es el tipo a que te conviene tener en el corrillo, en una jugada de tercera y largo, para coger la pelota y salir corriendo, en fin, elegid el tópico del fútbol americano que más os guste, yo la verdad, soy más fan del béisbol. ¡Adelante, Athletics!

Aquel intento de transmitir emoción fue secundado con fervor desigual pero genuino, ya que aquel mes de agosto Oakland estaba a un partido y medio de ocupar la primera posición y tenía posibilidades de victoria serias; un momento más tarde, sin embargo, las bisagras de la puerta de entrada emitieron un clamor en sentido contrario. Todo el mundo se volvió para ver a un hombre corpulento que vacilaba en la puerta, vestido con una sudadera sucia de *Captain EO*, con las mangas cortadas a la altura de las costuras del hombro para dejar al descubierto un par de brazos poderosos y enormes. Un par de pantalones cortos oficiales de la selección nacional de baloncesto como los que llevaba aquel verano el deshonoroso equipo olímpico. Zapatillas Adidas de color blanco sobre blanco, maltrechas como caballos de batalla

y arrugadas como elefantes. El hombre tenía un aspecto desconcertado, perdido, y, en opinión de su socio profesional, alicaído, como si un lúgubre destino que siempre había temido que le cayera encima a su establecimiento —por ejemplo, una llegada masiva de gente blanca extraña— estuviera a punto de acontecer. Llevaba un marco negro y cuadrado de la tienda de material artístico Blick, de los que usaban en Brokeland para enmarcar portadas de discos. No dijo nada, se limitó a quedarse allí todo sudoroso y respirando cautelosamente por la nariz.

—Este es mi socio, amigos, Archy Stallings —anunció Nat, consciente de un cambio de tono, un cambio descendente, en la música que le estaba sonando en la cabeza.

Por primera vez desde que había empezado a confeccionar el folleto inaugural de COCHISE, se le ocurrió ahora, posiblemente un poco tarde, que quizá le debería haber comunicado sus intenciones a «su socio, amigos, Archy Stallings». Aunque solo fuera (también un poco tarde, vio que tal vez hubiera otras muchas razones) para prevenir la calamitosa violación del código de estilismo personal que aquel descuido había llevado a Archy a cometer. De vez en cuando, tal vez, si llevaba mucho retraso, Archy solía pasar por la tienda cuando volvía de las pistas de Mosswood Park, antes de irse a casa para ducharse y cambiarse de ropa. Únicamente lo hacía con reticencia, incomodidad y presentando sus disculpas a cualquiera que estuviera al otro lado del mostrador y lo tuviera que ver tan desharrapado.

—Lo siento —les dijo a los presentes antes de quedarse mirando a su socio, la fuente más probable de la confusión que lo llevaba a desentonar de aquella manera, con la frente arrugada y las cejas fruncidas—. Yo... mmm... Caray. Nat...

—Archy, te presento al concejal Abreu —dijo Nat, intentando por una cuestión de apariencias dar la impresión de que no le estaba informando de aquel dato sino únicamente recordárselo—. El concejal ha tenido la amabilidad de encontrar un momento para pasar hoy a vernos y hablar con nosotros y decirnos lo que piensa de todo el asunto de Dogpile. Y también —añadió, guiándose por una inspiración feliz pero falsa— para oír lo que *nosotros* tenemos que decir. Nuestro vecino y buen amigo el señor Singletary...

Garnet Singletary se presionó el esternón con los dedos como si buscara a tientas una herida de bala.

—¡Tenemos que luchar! —dijo la señora que vivía encima de la lavandería, tocándole el trasero a su perro mientras decía «luchar», como si estuviera animándolo para que secundara la moción.

El perro se abstuvo.

—sí, COÑO —entonó el doble de Stephen Hawking a través de su simulador de voz, alejando su vehículo de exploración de Marte de la trayectoria de Archy.

—Mmm... —dijo Archy en voz baja—. Ah, ¿sí? Vale, pues luchemos.

Nat se fijó en que a su amigo le cruzaba por los rasgos anchos y plácidos algo que parecía una aflicción genuina. Ansioso por atribuir aquella imagen patética a algo que no fuera el hecho de que él, en un acceso de hipomanía, hubiera reunido —sin consultar a nadie, en medio de un vecindario «de paso» de una ciudad mayoritariamente negra y pobre y ansiosa de la clase de gesto económico enorgullecedor que representaba la construcción de un Garito de Dogpile, por mucho que a fin de cuentas acabara siendo un simple gesto y beneficiara únicamente a Nuestros Queridos Mandamases Corporativos— a aquella abigarrada asamblea de extraños caucasianos unidos —por aventurar una posibilidad— por una simple voluntad reflexiva, si no una compulsión, de oponerse básicamente a todo lo nuevo que se les presentara, sobre todo si prometía ser grande y luminoso y *molar*. Y a fin de montar aquella reunión había causado un desastre absoluto en su cocina y lo había abandonado allí, un desastre que, tal como le empezaban a decir en voz baja las rápidas rotaciones de su química cerebral, probablemente fuera una metáfora, una profecía de cómo iba a terminar todo aquello. Confiando en impedir que aquello se hiciera realidad, Nat buscó una explicación de la congoja evidente de Archy en el marco que este llevaba en las manos. Archy lo había usado para enmarcar la funda de su preciada copia de «Redbonin'», aquella fotografía crudamente iluminada y en primerísimo primer plano que le había hecho Pete Turner a Cochise Jones, con aspecto delgado y saludable, aunque mucho más amenazador de lo que había sido nunca en la vida, y un calamitoso historial de pecas impreso en las mejillas.

—Solo he venido a colgar esta foto.

—Hostia, colega, te acompaño en el sentimiento —dijo Moby, entregándose a una especie de colección absurda de apretones de manos que, curiosamente, Archy le devolvió hasta la última palmada, hasta el último aleteo y el último detalle. Luego, como osos enzarzados, se fundieron en un abrazo atontado—. Vaya putadón de noticia, hermano. El señor Jones era una leyenda y un tío de narices.

—Cierto, cierto —dijo Archy, caminando pesadamente hacia el mostrador mientras todos lo observaban en silencio de un modo que a Nat le recordó a Jesús pasando entre los prestamistas.

Archy se fijó en los restos de pollo frito, alubias con arroz, berzas y bollos que quedaban sobre el mostrador. Frunció los labios como si estuviera demostrando el desapego judeo-budista que sentía hacia aquellos productos mundanos (por no decir impíos). Intercambió con el Rey del Oropel un apretón de simplicidad zen, con los dedos entrelazados. Fue a un estante que había en la pared de detrás del mostrador, apartó un viejo reloj digital de Seth Thomas, un muñequito de James Brown y una pila de facturas de la AT & T que alguno de los socios debería haber revisado hacía mucho tiempo con un rotulador fosforescente. Desplegó el pie de cartón que había en

la parte de atrás del marco y colocó en posición vertical la funda de disco con su borde de color negro funerario acabado en mate. Dio un paso atrás para contemplarla y soltó uno de aquellos suspiros enormes de grandullón. Por fin se volvió para contemplar a la inexplicable concurrencia y cogió una pata de pollo. Mordió, masticó y tragó sin placer aparente, gracias a lo cual Nat vio que su socio estaba furioso de verdad.

—Arch...

—He venido a escuchar —le dijo Archy a Nat—. Y tú escucha también. —Mordisco—. Disculpe, concejal. Por favor, continúe.

—Muy bien —dijo Rod Abreu—. Bueno, como he explicado hace un momento, señor Stallings, a estas alturas del partido la verdad es que no creo que debamos estar pensando en pelear contra nada. Estaba diciendo... —Puso una mirada avergonzada—. ¿Qué estaba diciendo?

—Adelante, Athletics —dijo el doctor Milne.

—Ah, sí. Lo del fútbol. Sí. Amigos, no hay duda alguna, y si no lo sabéis, creedme, de que Gibson Goode ha hecho grandes cosas por la comunidad en Los Ángeles, una comunidad donde la verdad es que antes no estaban pasando muchas cosas grandes. Yo lo elogio y lo admiro por eso, y también elogio a la gente, algunos colegas míos del Ayuntamiento, que miran lo que ha hecho el señor Goode en Los Ángeles y dicen: «Eh, ¿no sería genial si pudiéramos hacer que algo así pasara en Oakland?». Y caray, es un chaval de aquí, ¿verdad? Un chaval de aquí. ¿No sería fabuloso que pasara algo así? Sería todo un estímulo. Bueno, sí, tal vez sería fabuloso. Tiene una pinta fabulosa. Sobre el papel se ve fabuloso. Pero si hay una cosa que yo he aprendido, y que quede claro que yo también soy de aquí, ¿eh? Nacido en East Oakland, en el Highland Hospital... Es lo siguiente: a lo largo de los años he visto pasar por esta ciudad a un montón de gente impresionante y provista de un montón de ideas fabulosas que se veían geniales *sobre el papel*. Y, eh, cuando eres tan feo como yo, solo puedes quedar bien sobre el papel.

Aquello obtuvo una risa, Shoshana se puso a asentir envuelta en su pañuelo de quimioterapia y otros la secundaron. Abreu puso en juego aquellos ojos tristes, aquellos ojos de judío converso, y es que *abreu* quería decir hebreo, tal como a Nat le habría gustado informar a Archy, en portugués, o tal vez en catalán.

—Siempre que veáis una propuesta tan ambiciosa como esta, y amigos, no hay duda de que es una propuesta muy ambiciosa, tenéis que andaros con cuidado. Cuando la gente ve a un tipo carismático como Gibson Goode, una verdadera superestrella, caray, esa clase de persona genera una gran emoción, deja a todo el mundo cautivado, ¿verdad? Y cuando la gente se queda cautivada, se deja llevar y se precipita. Y es por eso por lo que estamos hoy aquí. Porque alguien tiene que pararse un poco y decir, vale, pisemos el freno. Dedicemos un poco de tiempo a pensar en

esto. Y ese es el mensaje que os traigo hoy.

«Pisemos el freno» no era ciertamente el mensaje que Nat se había imaginado cuando había empezado a urdir sus planes febriles, pero su olfato detectaba subterfugio en las palabras de Abreu: no se creía que el concejal solo tuviera en mente una simple acción para retrasar la cosa.

—Y también es el mensaje que me gustaría *oíros a vosotros* y transmitirles a mis colegas del Ayuntamiento.

S. S. Mirchandani se acercó a Archy.

—Me han informado fuentes fiables —dijo con un susurro portentoso e inadecuado, señalando con la cabeza a Abreu— de que fue él quien echó a la hermana del Colega Chan del puerto de Oakland.

Igual que Archy, que se estaba comiendo sin placer un bollo que habría hecho feliz hasta al burrito Eeyore, Nat fingió que no había oído al señor Mirchandani, pero sí que le echó un vistazo a la fuente más probable de la información. Singletary enarcó una ceja y luego, tras recorrer la sala con la mirada, sonrió con expresión reservada pero alentadora, igual que le puedes sonreír a alguien que está a punto de pulsar el botón de encendido de una mochila a propulsión de fabricación casera. No parecía demasiado impresionado por los miembros fundadores putativos de COCHISE, cuyas filas se componían principalmente, tal como Nat se habría visto obligado a admitir, de los destinatarios de un correo electrónico enviado con prisa metida entre ceja y ceja a aquellas direcciones de su libreta de contactos personales que tenían el mismo distrito postal que Brokeland, un número relativamente modesto (Nat utilizaba el correo electrónico de forma esporádica, en el mejor de los casos) y reunido a lo largo de bastantes años y a partir de contextos sociales completamente dispares.

—Y ahora quiero darles las gracias a nuestros anfitriones de hoy, unos verdaderos pilares de este vecindario, por organizar esta reunión informal.

—Mmm... —dijo Archy.

Abreu se volvió al oírlo y pilló a Nat en el preciso momento en que este le estaba ofreciendo un elaborado encogimiento de hombros a su casero, con las comisuras de los labios dobladas asimétricamente hacia abajo para formar una expresión destinada a transmitir: 1) que a su voluntad de señalar tanto la improbabilidad del éxito de COCHISE como la lamentable preponderancia, de momento, de caras blancas entre sus miembros se le sumaba ahora 2) la sugerencia respetuosa de que Singletary se reservara su juicio de momento, porque, eh, nunca se sabe lo que puede pasar, así como una segunda y todavía más respetuosa sugerencia de que 3) Singletary se fuera a la puta mierda; aquellos encogimientos de hombros tan elaborados y ricos en capas eran una especialidad particular de los Jaffe y se remontaban a la época en que nunca se sabía lo que podía pasar a orillas del Vístula.

—No, en serio —dijo Abreu, tomando el encogimiento de hombros de Nat por un

gesto de modestia—. Brokeland Records, caray, ya lo creo, este sitio es mucho más que una tienda. Es una institución del barrio. Sé que muchos de vosotros habéis dejado aquí mucho tiempo y dinero a lo largo de los años.

—Mucho más tiempo que dinero —dijo Archy, y Moby, que se había dejado miles de dólares a lo largo de los años, soltó una risa leal.

—Se trata de la clase de sitio acogedor, independiente y excéntrico... —continuó Abreu, con la voz temblándole como si estuviera sintonizando el crepitar de tensiones políticas que viciaba el aire entre los socios. La tristeza spinoziana de su mirada pareció inflarse, y las huellas de pulgares de debajo de sus ojos parecieron hacerse más profundas... que le confiere un carácter especial a esta parte de la ciudad. Y es ese carácter especial lo que debemos tener en cuenta mientras contemplamos el avance del plan de Dogpile. También es posible que existan algunos problemas de impacto ambiental. Tengo entendido, por lo que me ha dicho la señora...

—Sandy —dijo la antigua niña de los ojos y galleta en el plato del pobre Jasper—. Es por eso que me dijeron que no podían poner ahí un parque para perros. Porque la parte de atrás de la propiedad había sido una fábrica o algo así. Me dijeron que había mercurio. Y que no se podía excavar sin hacer una limpieza a gran escala.

Varios de los presentes asintieron y murmuraron que habían oído hablar de alguna clase de problemas en el solar, pero la gran mayoría parecía estar oyendo la información por primera vez, y a Nat no solo le alegró ver la preocupación que parecía engendrar la noticia del peligro, sino que en su imaginación dicha preocupación empezó a ramificarse, a lo largo de una red de cotilleos y blogs, hasta alcanzar un crescendo de indignación que condenaba el proyecto de Dogpile de forma irreversible y lo derribaba al suelo con un crujido, un desmoronamiento y una nube enorme de polvo. Le dieron ganas de volverse hacia Archy, a quien tenía enfurruñado a su lado, de volverse hacia Aviva mientras en su imaginación ella salía corriendo y chillando de la cocina devastada de aquella casa que a fin de cuentas también estaba amenazada por el avance del Garito, y hasta de volverse hacia el fantasma de Opal Starrett, que siempre solía decir, con cierto afecto, que Nat era incapaz de ordenar ni un cajón vacío, extender los brazos y gritar: «¡Tra-la-la-la tralará!».

Pero cuando ya se estaba felicitando a sí mismo y fanfarroneando mentalmente ante los vivos y los muertos por la notable puntería que había tenido con su ancestral honda de David, vio que Singletary se incorporaba de golpe en su silla como si le acabaran de dar una descarga eléctrica y saludaba con la cabeza con expresión fría y cautelosa a alguien que estaba al otro lado del marco del ventanal de la tienda, fuera del campo de visión de Nat.

—De manera que probablemente la gente de Dogpile va a tener que contestar a una serie de preguntas en este sentido. Y por supuesto, y aquí se termina lo que tengo

que deciros, el Ayuntamiento y la comisión de planificación van a recibir un montón de ideas y comentarios de vosotros...

Y en ese momento entró el Colega Chan, con su sombrero y su traje de enterrador a lo Sergio Leone, con pasos precisos y una mirada luminosa y vivaz como la de un gallo. Se detuvo en el umbral, con un par de sobrinos suyos detrás.

—Oh, cielo santo —dijo—. Lo siento. No sabía nada.

Se llevó una mano a la boca y pareció avergonzado. Pasmado al descubrir que su tienda de discos favorita se encontraba casi —o sin el casi— abarrotada de gente a mediodía. Mucha más gente, tal vez, de la que había casi —o sin el casi— abarrotado aquel local en ningún momento de su historia, incluyendo la época en que era la Barbería de Spencer. Durante un instante catódico, Nat pasó con la imaginación de la escena en Brokeland a una tarde de hacía cuarenta años, la tarde en que un grupo de hombres y muchachos, entre los cuales tal vez se contarán Chan Flowers y Luther Stallings, se agolpaban alrededor de un televisor portátil en blanco y negro para ver cómo Cassius Clay derribaba al Gran Oso. Nat deseó intensamente que la reunión presente fuera aquella otra reunión, que la gente de ahora pudiera ser aquella, con todos los años de fermentación e innovación de la música y la vida de la América negra por delante. Con las esperanzas todavía vivas y no traicionadas.

Aquel viejo cabrón astuto, fingiendo sorpresa. Existía alguna posibilidad de que estuviera sorprendido por la nada desdeñable concurrencia que Nat había reunido, pero Nat no se tragaba ni por un segundo que el tipo estuviera avergonzado, ni tampoco que hubiera irrumpido *por accidente* en la reunión organizativa de COCHISE, «Oh, cielos, siento mucho interrumpir, ya veo que tendré que volver más tarde». Flowers llevó a cabo una inspección más rápida pero meticulosa del contenido humano de la sala. Cuando llegó al Rey del Oropel, hizo una pausa.

—Señor Singletary —dijo con afecto frío—. Vaya, vaya. Una presencia augusta.

—Ajá —dijo Singletary.

Saboreando el momento, repentinamente contento de encontrarse en aquella sala, el Rey del Oropel meció su taburete con los pies. Sonrió lentamente. El Colega Chan le devolvió la sonrisa.

—Muchas caras que no conozco —dijo, como si la culpa de aquella ignorancia la tuviera solo él—. Ah, sí, Elisheva, ¿verdad?

—Sí, hola —dijo la mujer rabino de Neshama, levantando tres dedos al estilo de las Girl Scouts.

—¿Ya están de preparativos para el Año Nuevo?

—Ya se acerca —dijo Elisheva.

—¡Cierto! ¡El Rosh Hashaná! —En boca de Flowers, el nombre de aquella festividad adquiría un aire mucho más grandioso a oídos de Nat, algo así como ¡Roosh Hashanááá!, un evento klingon que incluía combates rituales y aullidos a la

luna—. ¿Y quién más? Oh, perdona, hermano.

El doble de Stephen Hawking hizo girar su silla con la palanca de mandos para apartarse de en medio, obligando a Abreu a dar un paso atrás y así entrar por primera vez en el campo de visión de Chan Flowers. Hasta aquel momento había quedado escondido por el certificado, montado en un plafón de plancha de espuma, que informaba a todos los que llegaban a la tienda de que en 2003 los lectores del *Express* habían declarado que Brokeland Records era la Mejor Tienda de Discos de Segunda Mano del este de la bahía, una conclusión a la que habían llegado en siete de los últimos diez años. Y entonces sí que Chandler Bankwell Flowers III pareció genuinamente atónito.

—Concejal Abreu —dijo—. Y completamente suelto.

—Esto es espléndido —dijo Abreu con aquella jovialidad a prueba de bomba, muy parecida al tedio, que tan bien debía de servirle en su línea profesional—. Justamente estaba a punto de abrir la reunión a las preguntas de esta buena gente que ha venido. Y usted está mucho más informado de este proyecto que yo. Estoy seguro de que todos ustedes saben, ¿verdad que sí?, que el concejal se ha vuelto un gran seguidor de Dogpile y del señor Goode después haber compartido durante un tiempo las reservas que yo sé que también sentimos muchos de los que estamos en esta sala. Así pues, señor Flowers, no lo sé, tal vez le gustaría a usted contarnos algunas de las cosas de las que se ha enterado, o bien contarnos las decisiones que usted ha tomado y que lo han ayudado a cambiar de opinión sobre este proyecto.

—Me encantaría —dijo Flowers—. Nada me haría más feliz. Por desgracia, hoy no tengo tiempo. Estoy yendo de una cita a la siguiente. Ni siquiera tengo tiempo de echarle un vistazo a la cubeta de las novedades. Para dejar un poco más del sueldo que tanto me cuesta ganar en esa caja registradora de ahí.

Aquello obtuvo una risotada más grande que ninguna de las que Abreu había conseguirlo arrancarle a aquel público, que, cierto, era un público difícil de Berkeley/Oakland, con el sentido del humor reducido, igual que el recuento de espermatozoides de un hombre que llevaba los calzoncillos demasiado prietos, por el calor de dos docenas de cerebros indignados. A Nat se le ocurrió que el Colega Chan parecía en buena forma y que era posible que hasta le diera por hacer un discurso. Era posible que incluso hubiera venido con uno preparado. Un discurso que llegara al corazón de los electores de Nat: los cascarrabias del barrio, los puristas, los amantes de los detalles, los que nunca paraban de oír abejas invisibles. Todos congregados en la misma sala, al alcance de los brazos severos pero clementes de Flowers. Aniquilados de un solo golpe, como las valientes mosquitas del sastre. Cortesía de Nathaniel Jaffe, cuyo epitafio podía ser: «En aquel momento me pareció buena idea».

—La verdad es que lo estaba buscando a usted, señor Stallings —dijo Flowers—. ¿Tiene usted un momento?

Era una pregunta sin malicia y cordial, y cuando la reunión se reanudó con una pregunta del doctor Milne acerca de cierta peculiaridad de las ordenanzas de zonificación de Oakland, nadie le prestó ninguna atención aparte de Nat, que resultó que estaba mirando a Archy cuando este, cauteloso, replicó:

—Sí, ya lo creo.

En la penumbra fresca del despacho de Chan Flowers, Archy se dejó caer en un sillón de orejas. Era grande y blando como una abuela y tenía un diseño en chintz de color crema cuadriculado y abarrotado de rosas de color rosa. Un sillón donde desvanecerse, donde renunciar a la propia dignidad, a salvo en aquel remanso acondicionado de compasión donde, instalado detrás de su escritorio, Chan Flowers recibía a la clientela de la muerte con desapego de maestro, como un guardabosques agachado y vigilando desde su escondite. A Archy se le enfrió el sudor de los brazos y de la frente en forma de telarañas.

—Gracias por dedicarme un minuto, hijo —dijo Flowers—. No me ha dado la impresión de que estuvieras necesariamente involucrado en ese desastre de allí.

—No necesariamente —admitió Archy.

Luchó contra el sillón, resistiéndose a la invitación que este le hacía a acomodar la forma de su cuerpo a su armazón de dolor. El dolor en sí ya era una especie de sillón, ancho y clemente, capaz de envolverte suavemente con sus brazos y a continuación devorarte, meterte en su bolsillo como si fueras un puñado de monedas. Se encontró a sí mismo repanchingado en el sillón, con el cuerpo torcido, las piernas estiradas, las rodillas desnudas torcidas hacia fuera, cubriéndose la boca con la mano como si estuviera intentando tragarse un comentario ingenioso.

—Me ha parecido que tal vez fuera conveniente —dijo Flowers— que tú y yo tuviéramos ocasión de repasar unos cuantos detalles del funeral. Un par de puntos que han salido a la luz en la letra pequeña, por decirlo así.

Archy asintió, notando ya en aquella conversación, en aquella audiencia con el concejal, cierto trasfondo que no le gustaba. Bankwell y el otro sobrino, Feyd, montaban guardia a ambos lados de la puerta del despacho como si fueran una pareja de leones guardianes chinos, demasiado cerca de resultar amenazadores para el gusto de Archy. Eran los matones del sepulturero, de eso no cabía duda. Si en un funeral se producía algún tumulto, era posible que uno de los sobrinos de Flowers tuviera que intervenir para mantener la paz. Si Flowers estaba enterrando a la víctima de un asesinato, alguien ejecutado por la lógica de la venganza, si circulaba un historial de sangre y malos sentimientos, era posible que uno de los sobrinos tuviera que ir armado en el cortejo fúnebre. Bankwell y Feyd, con sus copiosos trajes, tenían unas expresiones que se podían interpretar como reflejos de la tranquilidad que confería llevar un arma en la cadera. Archy recordaba a Bankwell obeso y con doce años, con

la cabeza demasiado pequeña en relación con el cuerpo, provocando un escándalo en el barrio después de que se descubriera que había estado obligando a su abuela medio china a pagarle cinco dólares por cuaderno a cambio de ayudarla a solucionar sus Sopas de Letras Dell. La estaba ayudando a mantener la dignidad, aseguraba él, para que ella pudiera dejar los cuadernos por la casa con círculos pulcramente trazados en torno a las letras y las palabras tachadas. Archy se preguntó por qué Flowers creía que era necesario o deseable tener matones en su reunión. Torció el cuello para ofrecerles a los sobrinos, por medio de una mirada larga y aburrida, una invitación para que se fueran a la mierda, y levantó bien alta la barbilla para saludar a Feyd. Feyd levantó la suya con frialdad cordial. Tenía reputación de ser un bailarín fenomenal y enciclopédico, conocedor de todas las modalidades, desde el southside hasta el turfing. Probablemente también supiera pelear e hiciera capoeira, a juzgar por el aspecto esbelto y elástico de malandro que tenía el chaval. Bankwell, sin lugar a dudas, había crecido hasta una talla muy grande.

Archy regresó a Chan, con su respuesta lista:

—¿Tengo elección? —dijo.

—Por supuesto —dijo Flowers en tono afable, tan afable que Archy se arrepintió inmediatamente de sus palabras y quiso retractarse.

Era un paranoico que se imaginaba pistolas y trasfondos donde no los había. Estaba respondiendo con burlas y faltando al respeto.

—Si este es un mal momento —dijo Flowers—, no tengo ningún problema en...

—No, no —dijo Archy—. Era broma. Hagámoslo.

—De acuerdo.

—Me estaba hablando usted del señor Jones.

—Sí. Estoy seguro de que el hermano Singletary ya se lo habrá contado, pero el señor Jones se hizo cargo de todo, desde el punto de vista financiero y también en materia de elegirlo y escogerlo todo.

—Lo sabía todo el mundo. —Resultaba que Singletary era el albacea del señor Jones, y es que tenía la mano metida en todas partes donde no la tuviera ya Chandler Flowers—. O sea, joder, se pasó una temporada llevando una foto de su ataúd doblada en la billetera, y de vez en cuando le daba por sacarla y mirarla con una sonrisa como si estuviera mirando un desplegable de una revista guarra o, no sé, una foto de Tahití.

—El señor Jones, que en paz descansa, no andaba falto de peculiaridades, está claro.

—Pidió que lo enterraran con el traje azteca —dijo Archy—. Por lo que tengo entendido.

—Es feo de cojones —dijo Feyd.

—El traje azteca lo hizo Ron Postal de Beverly Hills —dijo Archy, agradeciendo

la oportunidad de poder dejar de repanchigarse como un adolescente y hablar como un caradura para adoptar un tono académico e instruir a aquellas bocazas de los cojones—. Maestro reconocido del traje de fantasía americano. Es un modelo único. Tendría que estar expuesto en el Smithsonian.

—La gente puede ser muy maniática con los atuendos con que quieren ser enterrados —dijo Flowers con aquella afabilidad que había perfeccionado—. No, lo que es verdaderamente raro, a lo que me refería yo... bueno, tal vez raro no sea el término adecuado. Estaba yo revisando sus instrucciones, ya sabes... las dejó todas mecanografiadas en seis páginas a un solo espacio. —Abrió una carpeta que tenía en la mesa, de color verde bosque y con unos ganchos metálicos blancos que se usaban para colgarla en el cajón del archivador. Con la punta del dedo corazón, que apenas era más grande que el de un niño, empezó a repasar los artículos de la primera hoja de papel que contenía la carpeta—. Quería el Cadillac fúnebre.

—Naturalmente —dijo Archy.

—Naturalmente. Y vamos a concederle ese deseo. Quería ataúd abierto.

—¿Qué aspecto tiene?

—¿Ahora? Ahora se lo ve completamente digno y en paz.

—¿No hay rastros de... mmm... daños?

—Ese es nuestro arte, señor Stallings —dijo Flowers—. Nuestra profesión. Por favor. También quería a esa banda de música china, la Banda Mortuoria de la calle Green, de San Francisco. —Levantó la vista de la carpeta—. ¿Qué te parece?

—Resulta que están ocupados —dijo Archy—. Mañana y tarde.

—Pues eso va a ser un problema —dijo Flowers.

—Por favor —dijo Archy. Había estado escribiéndose con la recepcionista de Gwen, Kai, para ver si podían contratar a su banda, Bomba y Circunstancia, para tocar en el cortejo fúnebre. El señor Jones las había visto una vez en el festival callejero de Temescal. A una panda de guapas lesbianas menudas y tatuadas con instrumentos de viento y las caras muy serias que tocaban «What a Friend We Have In Jesus» no les podía costar demasiado ponerle una sonrisa en la cara al señor Jones—. Es mi arte y mi profesión.

—Muy bien.

—Pero no me ha contado usted esos puntos que han salido a la luz —dijo Archy—. En la letra pequeña.

—Bueno —dijo Flowers—. El caballero, que en paz descansa, le tenía cierta aversión, podríamos llamarlo así, a la religión.

—Era un hombre profundo, sin embargo.

—Sí, lo era. Pero dejó claro —le dio unos golpecitos a la tercera página mecanografiada de la carpeta verde— que no quería ni predicador ni pastor y tampoco quería una iglesia. Ni siquiera quería que el servicio se celebrara aquí en la

funeraria. Por culpa de las vidrieras, supongo, y los bancos de las capillas y todo eso. Tenemos biblias, tenemos libros de himnos. Una atmósfera general de algo que podríamos llamar solemnidad reverente. O sea, yo intento que el elemento religioso no sea un obstáculo y que respete a todos. Técnicamente hablando, esta es una empresa laica. Pero en fin, se llaman «capillas» funerarias, y el señor Jones...

—Era un ateo de tomo y lomo —dijo Archy—. Me acuerdo de que mi padre me contó que el señor Jones en una época había llegado a ser *comunista* del todo.

—¿Cómo está Luther? —dijo Flowers, cansado, desinteresado, más afable que nunca. Preguntándolo por puro formalismo. Sin embargo, uno de sus ojos saltones se desvió a la izquierda y le echó a Bankwell un vistazo que le decía: «Ahora presta atención».

—Pues ni idea —dijo Archy.

—¿No lo has visto?

—Hace un par de años que no. ¿Qué ha hecho esta vez?

—No ha hecho nada —dijo Chan Flowers—. Yo no he dicho tal cosa.

—Pero lo está usted buscando —dijo Archy—. Me da esa impresión clara.

—Es posible.

—Si lo anda buscando usted —dijo Archy—, es que ha hecho algo.

Una sonrisa se abrió, fina como un corte hecho con un papel, en la parte inferior de la cara de Flowers. Archy no conocía la naturaleza de la antigua rencilla que Chan Flowers había tenido con Luther Stallings. La historia de aquel asunto estaba proscrita y se guardaba en secreto. Sus tías habían indagado al respecto y habían hecho alguna pesquisa. Se habían pasado años sondeando los fosos de la rumorología y revolviendo sus cenizas con palos. Pero ni siquiera aquellas legendarias expertas en escándalos encontraron jamás nada que explicara de forma definitiva la ruptura entre ambos hombres, aparte de algunos murmullos sobre un asesinato mítico de la época de los Panteras. De chicos, Archy lo sabía, Chan y Luther habían sido célebres compinches, compañeros crónicos de conspiraciones. Luego, cuando Archy tenía cuatro o cinco años, más o menos por la época en que Luther había empezado a actuar en el cine, la amistad entre ambos había quedado igual de abandonada que una casa precintada por la ley y declarada ruinoso.

—Sea lo que sea que ha hecho, yo doy por sentado que la culpa es toda de él —dijo Archy—. Déjeme que lo deje claro antes de empezar.

—Es posible que tengas razón —dijo Flowers—. Es posible que Luther haya hecho algo, y lo que sea que ha hecho, siento decirlo, seguramente sea culpa de él. Pero ahora eso es irrelevante. Simplemente necesito verlo. Y hablar con él.

Había una fotografía que Archy recordaba haber visto colgada de la pared en los diversos apartamentos de su padre. Se trataba de una fotografía en blanco y negro y papel satinado, tomada por un fotógrafo del *Tribune*, en un baile de la Oakland Tech,

donde aparecían Luther Stallings, Chan Flowers y dos chatis de la época. Todos emperifollados y sonrientes, pero provistos de esa dignidad precoz que tenían tus antepasados cuando eran jóvenes.

—Si yo supiera dónde está, concejal, se lo diría sin más —dijo Archy—. Pero no lo sé. Por decisión mía. Y no tengo planes de averiguarlo.

—¿Y no conoces a nadie que sepa dónde vive? ¿Ni a un alma?

Era posible que estuviera reprendiendo amablemente a Archy por no saber aquello. Sugiriendo que en alguna parte tal vez hubiera alguien a quien todavía le importara Luther Stallings.

—Pues no. No, señor. Ni idea.

—Bueno, pero pongamos por caso que la situación cambia, o que tal vez eres tú el que experimenta alguna clase de cambio en tu forma de ver la situación. Digamos que un día estás contemplando las aguas del barrio. Ves asomar una aleta y ese viejo tiburón se te acerca nadando. En ese caso tú me avisas, ¿de acuerdo? Porque tengo que darle una cosa. Una cosa que le hace mucha falta.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es?, ¿un león marino?

Flowers clavó su mirada soñolienta en Archy, se la impuso como si fuera la mano de un sacerdote. Despacio y con escepticismo, sus gruesos párpados se elevaron.

—Te estoy hablando en serio —dijo—. Si te lo encuentras a él o a alguno de sus colaboradores habituales y compañeros de correría, a alguien de su vieja pandilla que todavía no se haya muerto, por pocos que queden, tú vienes y me lo dices. A Valletta Moore, por ejemplo. Tengo entendido que anda por aquí.

A continuación se acercó al alma de Archy provisto de la linterna y la palanca de su mirada. Archy no le ofreció ningún sitio al que agarrarse y tampoco le dio nada a cambio. Tal vez Flowers ya supiera que Archy había visto a Valletta; tal vez solo estaba de pesca. Archy no sabía muy bien por qué había decidido no contarle nada.

—Si ella apareciera —dijo Flowers—, pongamos por caso, tú vas y me llamas a mi móvil personal. Feyd, dale el número. ¿De acuerdo? ¿Me harás ese favor?

—Me lo pensaré —dijo Archy.

—Piénsalo —dijo Flowers—. Y tal vez, nunca se sabe, tal vez sea yo el que acabe recomendándote al señor G Bad.

—¿En serio?

—No es inconcebible, ni mucho menos.

—«Relaciones con la comunidad», ¿eh?

—La nueva tienda de Dogpile, me han dicho fuentes fiables, va a tener la sección de jazz más amplia y enciclopédica del país entero. También hip-hop. R'n'B, blues. Gospel. Soul. Funk. Alguien va a tener que dirigir ese departamento, señor Stallings.

Archy tenía dos opciones: o asimilar la trascendencia de aquellas palabras o bien sacudírselas de encima sin darles ni una oportunidad, igual que un perro al que

intentan hacer que lleve sombrero.

—Satanás —dijo, sonriente—. Ponte detrás de mí.

Detrás de él solo se oyó un soplando de burla de Feyd, o tal vez fue de Bankwell.

—Cosa tuya, por supuesto. Pero, con un bebé en camino —dijo Flowers—, es hora de que empieces a ganar dinero de verdad. De que te agencies ese paquete enorme de beneficios extrasalariales.

—Ni que el tipo me ofrezca darme una vuelta en el zepelín de Dogpile —dijo Archy—. No estoy en venta.

—Me encantan las predicciones que hacen los hombres antes de que nazca su primera criatura —dijo Flowers—. Son como pequeños copos de nieve, justo antes de que el sol salga resplandeciendo de detrás de las nubes y derrita todos esos sueños tan felices.

—Hay quien vive en el País de los Sueños —sugirió Bankwell.

—Ya lo creo —dijo Flowers—. Pero siempre llega la hora de pagar el alquiler.

—Eh, no, de verdad, quiero darle las gracias —dijo Archy poniéndose de pie—. De pronto me ha ayudado usted a organizarme todas las ideas sobre Brokeland. Se lo agradezco.

—Ah, ¿sí? —Ahora le tocaba a Flowers hablar en tono burlón, cuestionar la dirección de los pensamientos de Archy—. ¿De qué manera?

—Me ha hecho darme cuenta de que tenemos que hacer el funeral en la tienda. Quitar de en medio todas las cubetas, que para eso las tenemos sobre ruedas, ¿sabe? Ahí dentro cabe toda la gente que usted quiera. Igual que en los bailes que montábamos antes. —No era fácil, vestido con unos pantalones cortos apestosos de baloncesto y una sudadera de *Captain EO* con las mangas cortadas, pero Archy se zambulló de cabeza y reunió toda la dignidad que pudo arrancar del fondo marino de su alma—. Concejal, me ha hecho usted darme cuenta: gracias, pero yo y el señor Jones y Nat Jaffe y la gente como nosotros ya tenemos nuestra propia iglesia. Y también usted pareció que en una época, no hace mucho, era un feligrés con muy buena posición en ella. Y esa iglesia es la iglesia del vinilo.

—La iglesia del vinilo —dijo Flowers, y por un momento pareció medio convencido. Al cabo de un momento, sin embargo, negó con la cabeza y se sorbió las narices para mostrar diversión, o bien disgusto—. Vaya, vaya.

Archy dio media vuelta y salió del despacho sin mirar ni hacia el lado de Bankwell ni hacia el de Feyd, admirando al pasar entre ambos el eco de su propia fraseología resonando todavía en los oídos de ellos.

—Pero si tú ves la aleta en el agua —le gritó Flowers desde el despacho—, no te cortes y avísame.

Ancho como el abismo y retumbando como el fin de los tiempos, el Chevrolet El

Camino se adentró por la calle de los juguetes abandonados hasta detenerse delante de la casa. Estremecimiento, tos y golpe suave; luego, la tarde entera se bañó en un silencio avergonzado. Media tarde de finales de agosto, con el cielo limitado únicamente por las colinas y la muralla inminente de la noche. La palmera y los sicómoros impregnados de sombras. Bungalows parecidos a sombreros de copa blanda con la luz del sol resplandeciendo sobre las copas. Archy lo contempló todo con ardor de hombre condenado. La claridad y la dulzura de la velada, la forma en que la luz hacía que le doliera el pecho, eran solo los efectos del pánico leve, un pánico tanto moral como práctico.

Nada más salir del coche, la velada le puso la fría palma de la mano sobre la frente fatigada, como si estuviera comprobándole la temperatura. Él se quedó de pie en la acera de delante de su casa. El motor del Chevrolet suspiró y murmuró para sí mismo, aposentándose. Un arqueólogo en su primera infancia registraba el cajón de arena con una pala de color rojo. Lo más seguro es que encontrara alguna leyenda vetusta del mundo de los juguetes, una cabeza de Steve Austin o la cabeza de un muñeco de Oscar Goldman. «Seis millones de razones para ser el rey». Le iba a contar a Gwen lo de Titus. Después habría más cosas que contar a otras varias personas. Todavía quedaban por tomar varias decisiones cruciales. Con aquello por lo menos habría llegado a la casilla de salida, si no más lejos.

—Quédate ahí —dijo Gwen, y resultó que la orden iba dirigida al joven Titus Joyner, instalado en el peldaño inferior del porche de la casa.

Ciertamente, a juzgar por la expresión de su mujer mientras se le acercaba resoplando por el camino que rodeaba la parte de delante de su casa, cargada con un enorme macuto verde, el rumbo que ella prefería que Archy tomara no era quedarse donde estaba, sino darse la vuelta y echar a correr hacia aquellas putas colinas.

—Lo he llevado al Trader Joe's —dijo ella.

Dejó el macuto en el suelo entre ambos, y el oído de Archy calculó que allí habría veinticinco kilos de posesiones personales.

—Hay latas de chile de alubias negras y taquitos congelados. Huevos y beicon y mezcla para tortitas y sirope.

—Muy bien —dijo él—. Lo que tú... Muy bien.

Él se agachó y recogió el macuto. Veinticinco kilos. Era imposible que las cosas que Archy Stallings necesitaba para vivir libre y en circunstancias de igualdad y feliz en el mundo pesaran menos que doscientos cincuenta o trescientos kilos.

—Le he comprado calcetines y calzoncillos nuevos. —Ella se estremeció—. Y puedes estar seguro de que me he deshecho de los viejos.

Archy miró a Titus, que estaba examinándose las Air Jordan con la cabeza apoyada en las manos. Se imaginó los calcetines blancos y nuevos en sus envoltorios semitransparentes de plástico y los calzoncillos Fruit of the Loom impecables en sus

paquetes crujientes. Fue cuando miró a su hijo y se imaginó aquellos calzoncillos y calcetines cuando por primera vez se sintió verdaderamente avergonzado. Aquel chaval no tenía a nadie en el mundo que se asegurara, o que por lo menos comprobara de vez en cuando, que tenía ropa interior limpia. Y Archy era tan despreciable, tenía tan poca valía como hombre y como padre, que Gwen, que ni siquiera tenía lazos de sangre con el chico, se había visto obligada a salir al paso como si fuera el Tío Sam frente a un país desvergonzado e intervenir. Hacerse con el control de la situación.

—Eh —dijo—. Eh, colega. Titus. ¿Es así como quieres que vaya la cosa?

El chico se lo pensó, sin prisa ninguna. En sus ojos no se podía percibir ni un solo vislumbre de sus procesos mentales. Por fin se encogió de hombros.

—Muy bien, pues —dijo Archy. Se volvió a echar al hombro la correa del macuto y miró a Gwen—. Gracias.

Se dio la vuelta con un nudo en la garganta y lo intentó camuflar con un carraspeo, como los que soltaba su El Camino. Su viejo coche averiado, su barbería averiada llena de viejos discos averiados y aquella ciudad doble bitonal y ruinosa que era Brokeland: aquel era el inventario de su vida.

—Perdona. ¿Adónde estás yendo?

Él se dio la vuelta, entendiendo que había algo que no había entendido pero sin entender del todo la situación. Gwen se le acercó por el camino, le quitó el macuto del hombro y se alejó dando tumbos con él hasta el maletero de su coche. El macuto ocupó el asiento del pasajero mientras ella sacaba su Beamer de la entrada para coches dando marcha atrás. Bajó la ventanilla del lado del macuto y esperó a que Archy, tras echar un vistazo a las ventanas de los vecinos y encontrar en ellas un par de caras, se acercara dando zancadas al coche.

—Voy a decirte cómo se hace —dijo Gwen, y Archy vio que estaba luchando por no perder la serenidad—. Es muy sencillo. Este es el único consejo que te voy a dar en la vida, porque la verdad es que no hay nada más que decir.

—Vale —dijo Archy. Por mucho que viera a Gwen sentada en su coche, preparándose para marcharse con sus veinticinco kilos de libertad, seguía sin asimilar del todo que ella lo estaba dejando—. Te escucho.

—Primero quiero asegurarme de que me entiendes. Pareces confundido. ¿Estás confundido?

—Sí, estoy un poco confundido.

—Tengo una paciente de parto. Amy. Ahora voy a encargarme de su parto. Y luego me voy a dormir a otra parte. Y no volveré. ¿Me sigues de momento?

Archy asintió.

—Ese chaval de ahí es tu hijo. Titus. Apenas cabe en un colchón hinchable en la habitación de atrás. Me han dicho que sabe hablar, pero de momento no he visto demasiadas pruebas de que sea cierto. Taquitos. Beicon. —Eché la cuenta con los

dedos—. ¿Lo tienes?

—Lo tengo.

—Muy bien. Aquí va mi consejo: tienes que obligarlos a hacer cosas que ellos no quieren hacer, aunque a ti te dé igual si las hacen o no —dijo ella—. Todo lo demás es... ya sabes.

Al cerebro de Archy le costó un par de nanopedos más, que invirtió en contemplar aquel consejo con aire de cinta de Moebius y en ver cómo se batía en retirada el bonito trasero del coche de Gwen, pero por fin lo entendió. Aquellos paquetes de calzoncillos, y aquella latas de chile de alubias negras del Trader Joe's, no eran reproches que le arrojaba una mujer furiosa que intentaba avergonzarlo para que prestara atención a su hijo ostentando el sacrificio que ella tenía que llevar a cabo. Eran datos que él iba a necesitar.

—Tengo hambre —dijo el chico cuando Archy se volvió hacia la casa.

Siempre que su madre y las hermanas de esta se reunían para arreglarse el pelo y emitir juicios en las cocinas de la infancia de Archy, tenían dos expresiones favoritas que usaban para fulminar a alguien. La primera centella que les gustaba arrojar, estirando el brazo como si fueran Zeus para cogerla de un cubo que tenían en el rincón, era «No tiene vergüenza». Se trataba de una expresión que antaño se oía mucho. Emitía un resplandor ambiguo. No tener vergüenza significaba que sufrías un caso de pereza tan grave que ni siquiera te molestabas en esconder tu mala conducta, pero también parecía sugerir que no tenías nada que ocultar, que no te hacía falta sentirte avergonzado.

La segunda expresión que lanzaban las hermanas desde las alturas de su indignación imposible de remontar era «es un escándalo». Lo decían alargando la última palabra, como quien alarga una mira telescópica, introduciendo una pausa detrás de la «n»: «escándalo», de manera que cuando era chaval, Archy pensaba que eran dos palabras distintas «escán» y «dalo», siendo esta última alguna clase de intensificador de la primera. El escándalo era una invisibilidad mágica, un mecanismo de ocultamiento moral que empleaba la gente sin vergüenza para inmunizarse contra todos los escáneres omniscientes que usaba la gente recta que sabía comportarse, un grupo que las hermanas consideraban bastante reducido y básicamente coincidente con ellas mismas.

Sin vergüenza y con escán-dalo, Archy se metió en el coche de Walter Bankwell, algo que indicaba casi por definición que tramaba algo malo. En los viejos tiempos, el vehículo en cuestión habría sido un muy ajetreado pero bien cuidado Datsun B210 de 1981, del mismo color azul que la vasocongestión testicular, con el asiento de atrás reemplazado —igual que en lugar del mobiliario del DeLorean del doctor Brown estaba su condensador de flujo— por un par de altavoces Alpine capaces de soltar los

tornillos del mismísimo tiempo y el espacio. Hoy, a las doce y media del mediodía, en la curva secreta de la calle Treinta y siete, un punto de encuentro sugerido por Archy en honor a los viejos hábitos del sigilo, el vehículo en cuestión era un flamante Omni GLH de 1986, turbo y canalla. De color amarillo-peligro con tiras negras parecidas a tiritas y un tubo de escape que tenía el mismo timbre que la voz de barítono de Gerry Mulligan. Por si acaso Archy o algún otro habitante actual de la superficie de Sol III no pillaba el homenaje que la pintura del coche le estaba rindiendo al chándal que el antiguo habitante de Oakland Bruce Lee llevaba en su última e incompleta obra maestra, *El juego de la muerte*, el propio Walter iba vestido con un chándal Adidas de época, de color amarillo abeja y con una tira ancha de color negro abeja en el costado, además de las indispensables Onitsuka Tiger de color abejorro.

—Oh, Dios mío —dijo Archy, conmovido por la belleza del coche mientras embutía su corpachón dentro, honrando a su viejo compañero de correrías con una larga y lenta mirada de arriba abajo cargada de admiración burlona—. ¡Uma Thurman! Me encanta tu trabajo.

Walter desgajó un pedazo de sonrisa y se lo guardó en la mejilla izquierda como si lo estuviera reservando para usarlo en el futuro. Se le notaba cierto aire irritado, como si se sintiera utilizado, como si tuviera mejores cosas que hacer o peces más gordos que pescar. Le había mandado un correo electrónico a Archy desde una dirección con el dominio de Dogpile, dejando su destino y sus intenciones sin declarar y sumidos en el misterio, salvo por una brusca, e incluso insultante (aunque precisa), alusión al hecho de que Archy era incapaz de rechazar una comida gratis.

—«Uma Thurman» —dijo negando con la cabeza, sintiéndolo por Archy, decepcionado por él—. Eso ni siquiera es un insulto.

Archy se lo pensó.

—Es posible que no.

—Cuando la pica el mosquito... Y mi amiga Uma sale del coma... —Walter puso dos dedos sobre el volante—. Es como un proceso simple en dos pasos. Paso uno: recuperar el conocimiento. Paso dos, dentellada. —Se maravilló—. Cuando le arranca la lengua al tipo ese de un mordisco...

—Pero ¿eso es posible?

—De hecho —continuó Walter, haciendo caso omiso de la pregunta—, ojalá yo fuera Uma Thurman. Está claro que si lo fuera no tendría que estar recorriendo la parte chungu de Temescal en compañía de un cabrón devoto de la negritud con boina, perilla e ínfulas de imitador de Charles Mingus.

Walter puso en marcha el GLH y el coche se bajó de un salto de la acera emitiendo notas graves con el motor.

—Tampoco creo que te hayas puesto como estás porque a la gente se le pasan las

ganas de darte de comer.

En aquel razonamiento había cierto mérito que Archy no podía negar. De manera que se quitó la chaqueta del traje de lino y se la dobló sobre el regazo; era una chaqueta de color marrón caramelo, de un solo botón y con las solapas finas como cuchillos al estilo de 1962; encontró la barra que echaba el asiento hacia atrás y lo echó hacia atrás del todo; juntó a la altura de los tobillos los pies calzados con unos botines de piel de cocodrilo color azúcar moreno con cremallera de la talla 50; se ajustó el ángulo de la boina vasca auténtica, que también era de color azúcar moreno, y se calló la boca. Tenía la sensación de que aquel viaje misterioso podía ser una secuela de la conversación que había tenido el día anterior con Chan Flowers, pero su conciencia no le dejaba llevar la idea más allá. Mientras arrancaban, echó un vistazo por encima del hombro a través de la luna trasera para asegurarse de que Nat no estuviera plantado allí en la acera.

El viejo Kung-Fu, había que verlo ahora. Después de tantos años bregando y cagándola en Los Ángeles, ofreciendo las narices a cualquier puerta que se quisiera cerrar en ellas, intentando mantenerse a distancia de aquel tío que lo quería con demasiado vigor. Y aquí lo tenían ahora, otra vez en Oakland, trabajando para el quinto hombre negro más rico de América, conduciendo aquel pedazo de carne automovilístico impecablemente restaurado, haciendo sonar a todo trapo algo de Zapp, o tal vez fuera de Troutman en solitario, en aquel reproductor de casetes que venía empotrado de fábrica en el salpicadero, y en general, tal como él y Archy habrían dicho en sus años mozos, «haciendo el surrealista».

—Ahora en serio, va —dijo Archy—. ¿Adónde estamos yendo?

Pero la única respuesta de Walter fue coger la 24 en dirección oeste, y al cabo de poco ya estaban en la 880, separados únicamente por Hayward, San José y Los Ángeles de la enorme extensión lúgubre y sin restaurantes de la Antártida.

—¿A algún lado cerca del aeropuerto? —intentó adivinar Archy.

Por aquella zona seguía habiendo un par de tugurios de la vieja escuela, escondidos entre los locales sindicales y las hamburgueserías estandarizadas que había a lo largo del tramo renovado de la Hegenburger Road, unos agujeros oscuros y subacuáticos a los que entraba reptando una caterva de abogados laboristas, moteros y empleados de handling para añadir los picatostes de unos estofados cocinados a toda prisa a sus cuadernillos de Weight Watchers. Nada demasiado interesante que supiera Archy, salvo en la medida en que él vivía esperando constantemente, incluso mientras iba por la carretera menos prometedora y más atiborrada de marcas comerciales del mundo, que le descubrieran o lo llevaran a un enorme despliegue desconocido de maravillas.

—Se supone que tiene que ser una sorpresa para ti —dijo Walter. El chaval seguía teniendo la voz áspera de siempre, pero ahora dio la impresión de que algo se le

atascaba al fondo de la garganta, una píldora de duda. Archy recordó el mensaje de correo electrónico, seguro de que este incluía una serie de palabras que se podía parafrasear como «Te invito a comer»—. En caso de que seas demasiado ciego, memo y tonto como para reconocerlo por ti mismo.

—Pero es un restaurante, ¿verdad?

—Vamos a dejar que eso también sea sorpresa —dijo Walter—. Por un ratito más.

A Archy la imaginación se le disparó y empezó a representarse alguna clase de restaurante coñazo en plan granja donde tenías que matar tú al cerdo, un tenderete de termitas fritas o algo parecido.

—Porque te lo juro por Dios, como estés intentando quedarte conmigo...

—Eh, para el carro, Tortuga. Te garantizo al cien por cien que vas a estar en manos de un chef excelente. ¿De acuerdo?

Universal y católico en sus apetitos, Archy se reclinó en su asiento, tranquilizado por aquella información, permitiendo que la perspectiva de un almuerzo enigmático —tal vez unos tacos al pastor desgajados del asador por algún genio anónimo al volante de un camión de tacos— alejara de su mente los pensamientos preocupantes sobre aquel chico que ahora, en virtud de algún bucle de ese enredo que es la vida, era responsabilidad de él. Con su cara impávida, su constitución y su tez idénticas a las de Luther Stallings, para Archy ver a aquel chico era como si le cogieran el corazón con unas tenazas, pinchándole en el pasado y el presente al mismo tiempo, un dolor que abarcaba décadas y se saltaba una generación. O tal vez como una de aquellas barbacoas coreanas en las que la señora venía y repartía una mano entera de platillos y cuencos de *kimchi* en la mesa delante de ti, como si te fuera a predecir el futuro por medio de la guindilla y los encurtidos y a continuación dejarte que asaras tu propia costilla en forma de tiras finas de fiambre en tu parrilla privada. Durante un minuto, Archy permitió que una lumbre coreana le quemara aquella conciencia amarga que nunca dejaba de presionarlo, la conciencia de todo el dolor y la decepción que él le había causado y que sin lugar a dudas le seguiría causando, por medio de su falta de vergüenza y su escándalo, a la mujer a la que amaba. Un camión de gofres, un autobús cromado y reluciente que vendía pollo y gofres, donde el destino de Brokeland Records, de su larga y complicada amistad con Nat Jaffe, se podía ahogar en un chorrito de sirope para panqueques que se extendía por la rejilla crujiente de un gofre imaginario hasta caer, con su aroma dulzón a humo, sobre un muslo crujiente de pollo. Todos aquellos problemas, junto con la pérdida del señor Jones, las llamadas y gestiones que Archy tenía que hacer... todas aquellas cosas eran como humo y vapor a ser absorbido por los ventiladores que rugían encima de los woks de una cocina Hunan, de las ollas burbujeantes de *birria*, de las parrillas donde chisporroteaban las cebollas para una hamburguesa con queso o una fritada de carne con espinacas.

Un momento más tarde, Archy vio, y comprendió, la sorpresa. Se mecía con lenta majestuosidad, sujeto a la punta de un poste metálico alto que a su vez estaba montado en la parte de atrás de un remolcador-tractor, en los confines más remotos del aeropuerto de Oakland, en una zona de marismas lúgubres y medio agrestes.

—El dirigible —dijo Archy. La aeronave llenaba el parabrisas del GLH, negro y reluciente, con la huella de pezuña en el flanco y las gruesas letras rojas de tipografía egipcia—. El dirigible de Dogpile.

—No es un dirigible, es un zepelín. —Aquella voz áspera parecida a la de Q-Tip que tenía Walter se reblandeció y se estranguló. Traicionando, o esa era la impresión que le daba a Archy, un atisbo de miedo—. Tiene la estructura rígida.

—Ah, vale.

—Un dirigible no es más que un saco.

Llegaron a un puesto de control vigilado por un poli de alquiler con la cara picada de viruelas, donde Walter intercambió su permiso de conducir por una larga mirada de ojos de pez, que él devolvió con firmeza al serle devuelto su permiso. Walter llevó el coche hasta la misma sombra de la aeronave y los dos salieron dando sendos portazos. El zepelín parecía ser tan largo como una manzana de la Telegraph Avenue y tan alto como el Kaiser Hospital.

Allí de pie, enderezándose la boina, verificando que llevara bien remetidos los faldones de la camisa, alisándose las arrugas de la pechera del traje de color caramelo de mantequilla, Archy contempló aquel gigantesco chiste negro sobre los siglos de ansiedad anatómica masculina de los blancos y notó cómo la aeronave intentaba, igual que el monolito melismático de Kubrick, cambiarle los circuitos cerebrales. Aquel sol de finales de agosto lo incitaba, igual que siempre lo había incitado Walter, apremiándolo a que se zafara de aquellas tías que vivían en su alma y lanzaban centellas, a que emergiera de aquella caverna condenada que era Brokeland Records y de la lúgubre perspectiva profesional de pasarse el resto de la vida metiéndose en contenedores de basura y yendo a buscar cajas, con cada día cayendo sobre el anterior igual que un disco sujeto por una varilla, cuadrando las pingües cuentas de la caja registradora y llegando a casa al final de la jornada cargado con tu caja de tesoros rayados y mohosos para que tu mujer te arengara en tono instructivo por medio de citas sacadas de algún libro de autoayuda sobre el imperativo moral de librarse de todo lo que no fuera esencial en la vida. Tirar todos los lastres y flotar. Empezando, por ejemplo, por tu colección de discos, cógelos todos con sus efluvios nocivos, lánzalos por los aires como si fueran frisbees de ciento ochenta gramos y álzate. El telón azul y alto del cielo, el olor a marismas reblandecidas de Alameda en la brisa que le sacudía la corbata a Archy, todo aquello parecía albergar una promesa de redimir la promesa irredenta que él siempre había llevado encima, arrugada y maltrecha, en las billeteras de su vida.

—A almorzar, cabrón —explicó Walter.

Igual que un alijo de diamantes de la familia cosidos dentro de los dobladillos y los bolsillos escondidos de la capa de un exiliado, Oakland estaba secretamente atiborrada de prodigios, incluso allí, en su parte más harapienta, fétida y medio podrida.

La góndola del zepelín era un vagón comedor aerodinámico fabricado a base de un polímero negro reluciente como el de los discos de vinilo. Flotaba a poca distancia del suelo, como si fuera un cojín para aquel dios reclinado. A través de las escotillas delanteras, un par de pilotos de película con gorras de capitán saludaron a los pasajeros recién llegados y luego regresaron a los preparativos del ascenso, toqueteando botones y calibrando a saber qué en su mesa de mezclas de zepelín. Entre los recién llegados y la góndola, un hombre moreno, orientado lateralmente y ataviado con toca y bata blanca cocinaba en una parrilla con ruedas, practicando su arte implacable sobre dos docenas de gambones con un par de pinzas metálicas y un cepillo. Las letras de tipografía egipcia que había pintadas con espray en la parte delantera de la parrilla decían: EL SAMOANO HAMBRIENTO.

—No me lo digas —empezó a decir Archy, pero se detuvo, puesto que todavía no se atrevía a entender ni a aceptar lo que ya sabía que iba a pasar con el almuerzo: que se lo iban a comer en el cielo.

Echó un vistazo al humo que se tejía y se destejía en forma de densas madejas que se elevaban de la parrilla y se pegaban al flanco de la aeronave.

—Está lleno de helio —dijo Walter, siguiendo el rumbo preocupado de la mirada de Archy, y con aspecto preocupado él también a pesar de su tono frío y explicativo. Un tono destinado a tranquilizarse a sí mismo—. Es un gas inerte. No arde. No interactúa con nada.

A continuación, una portezuela suspiró y se abrió en el costado de la góndola, desvelando el cargamento secreto de la aeronave: un monolito de basalto, igual que el que puso a los medio simios a soñar con las estrellas. Un polo de punto negro y el cráneo más reluciente que el de un Oscar. Gafas de sol de montura dorada, anillos de oro en los dedos, Levi's negros, mocasines Timberland. Deteniéndose en lo alto de una escalerilla plegable para mostrarse majestuoso a su manera, el hermano parecía una celebridad del golf o bien alguien que acabara de comerse a una celebridad del golf. Con los hombros echados hacia atrás y el pecho hacia delante, se movía con esa fluidez entrecortada de la animación plano a plano, como si fuera un negro de película de Harryhausen, mítico y enorme. Detrás de él, alto y de espaldas anchas pero pequeño en comparación con el protagonista de *El viaje dorado de Simbad*, apareció un hombre apuesto del color del té, esbelto y ligero. Se quedó contemplando

a sus invitados desde el peldaño superior y a continuación se bajó de un brinco y echó a andar lentamente hacia Archy y Walter, dejando atrás al guardaespaldas, saliendo de detrás de su parapeto, con unos andares ligeramente descompensados que delataban una vieja herida o algún dolor de articulaciones.

—Archy Stallings —dijo Gibson Goode, como si estuviera repitiendo el astuto final de un chiste que le hubiera hecho reír hace poco—. Gracias por venir.

—Sí, gracias por... ejem... invitarme —dijo Archy, con la voz apagándosele tras pronunciar el pronombre y la indignidad que designaba. Walter se llevó el dedo a los labios para reprimir una risa mientras Archy se atropellaba a sí mismo en su intento de no atropellarse a sí mismo—. ¡Gibson Goode! O sea... —Ahora fue Archy quien se rio de sí mismo—. Joder.

Impreso en el dorso del cromo Topps de aquel hombre: metro noventa y ocho, ciento quince kilos y Emperador del Universo en 1999, cuando había sido el número uno de la NFC en anotaciones, finalizaciones, estadísticas de pases y había hecho tres pases de cuatrocientas yardas. Todavía larguirucho y nervudo, con más constitución de centrocampista que de quarterback, casi todo piernas y provisto de una elasticidad casi equina, Gibson Goode, alias G Bad. Con la cabeza afeitada casi al cero, dejando siempre una especie de polvillo de carbón. Con unas lentes de color verde oscuro en sus gafas de gruesa montura de carey que permitían que su ojos manejaran los fríos asuntos de su imperio sin ser observados.

—¿Qué te puedo servir? —dijo.

—No bebo... —dijo Archy, pero se detuvo. Odiaba la impresión que daba aquello cada vez que se veía obligado a decirlo. Dios sabía que no le gustaba la idea de estar en compañía de un muermo cabrón que hacía ondear aquel siniestro lema desde lo alto de su palo de bandera... alcohol —añadió. Lo cual lo dejaba todavía en peor lugar: el típico puntilloso, dispuesto a soltar una lista completa de las bebidas que estaba dispuesto a consumir. A continuación venía el triste esfuerzo por redimirse sugiriendo los vicios del pasado—. Lo dejé. —Por fin, la caída en la revelación médica que nadie le había pedido—. Problemas de vientre.

—Sí —dijo Goode con un aspecto adecuadamente sobrio—. Yo también dejé la bebida. ¿Coca-Cola? ¿San Pellegrino? ¿Té con azúcar?

—Le va a gustar mi té con azúcar —dijo en tono grave el Samoano Hambriento. El comentario parecía tener naturaleza de mandato.

—Eh, T —le dijo Goode al gigante de las Timberland, su guardaespaldas o mayordomo.

Mudo y tan obediente como un gólem, el gigante regresó a la góndola. Cuando Archy entró siguiendo a Goode en la cabina del mal llamado dirigible de Dogpile, el gigante ya tenía preparados sendos vasos de té de flor de la pasión para Archy y para Goode y una lata de Tecate para Walter, con una rodaja de lima en forma de ceja.

El interior de la góndola era fresco y cómodo, todo moldeado en una sola pieza para ser una superficie continua y reluciente de plástico negro con decoraciones de aluminio pulido, y cubierto, allí donde era probable que fuera a encontrar un par de nalgas humanas, con pellejo moteado de pony. En el espectro de las guaridas secretas, estaba a medio camino entre genio loco obsesionado con dominar el mundo y vástago de un pequeño emirato enamorado de la música disco. La decoración hacía referencias a *Diabolik* y a *Dune* de David Lynch, ambas del gusto de Archy.

Goode se apartó para dejar que Archy admirara el sitio con libertad.

—Bienvenido a bordo de la *Minnie Riperton* —dijo. Walter le echó un vistazo a Archy, que se echó atrás, cogido por sorpresa.

—¿En serio? —dijo Archy.

—En serio. —Goode estaba listo para aquello, tenía su eslogan preparado—. Es negra. Es preciosa. Y sube a donde nadie llega.

En el recuerdo de Archy, aquella voz de cinco octavas capaz de llegar al *fa* de encima del *Do6* con que cantaba Minnie Ripperton, muerta de cáncer en 1977 a los treinta y un años, era un avatar de su madre; siempre tenía un aire como de estar desapareciendo, una calidez etérea. Las dos mujeres, Minnie y Maule, incluso se parecían: nariz cherokee, ojos grandes, de un castaño intenso, y cargados de dolor. Al ser invocado aquel nombre de forma tan inesperada, a Archy le dio un vuelco el corazón y se quedó confundido, convencido durante un instante onírico de que Goode había bautizado a su zepelín en honor a la madre de él.

—Gracias —dijo—. Es usted muy amable.

Goode miró a Walter o, por lo menos, pareció estar contemplando al viejo amigo de Archy desde detrás de la máscara de soldador de sus gafas D & G.

Walter se encogió de hombros.

—Ya te lo dije —dijo—. Le tienes que dar de comer.

—¿Se ha saltado el desayuno? —dijo Goode.

—Eso nunca —dijo Archy.

Goode asomó medio cuerpo por la portezuela, agarrándose al marco, y llamó al chef para preguntarle cuánto faltaba para la comida. El chef levantó tres gruesos dedos y comenzó a poner la comida en platos con aplomo de pinchadiscos. Al cabo de dos minutos y cuarenta y ocho segundos, Archy se encontró sentado a una mesa de plástico con el tablero de laminado con motas lo bastante grande para una fiesta, enfrentado al análisis profundo de alguna clase de plato a base de gamba a la parrilla estilo tai-samoano del sur de Los Ángeles, con abundante salsa picante *sriracha* y servido sobre arroz al coco. Caupíes con salsa de ajo *hoisin*. Un puñadito de tempura de okra rociada de vinagre dulce con pimienta.

—Viene a ser una fusión entre comida tradicional afroamericana y asiática —dijo Archy.

—Eh —dijo Goode—. Ese es tu rollo, ¿no? El soul-jazz. El soul-funk. Walter me ha dicho que te gusta trabajarte las fusiones. Walter... oh joder.

Walter tenía los ojos cerrados y estaba conteniendo la respiración como si le fuera la vida en ello, mientras la aeronave, dando una sacudida anhelante, desafiaba a la gravedad y empezaba a elevarse. Goode sonrió, negando lentamente con la cabeza.

—El chaval se ha pasado la vida diseccionando muertos y diciéndole a una panda de raperos homicidas que folian en manada que se han quedado sin discográfica pero le da miedo subirse a un puto globo.

—Ay —dijo Walter.

Oakland se alejó rápidamente bajo sus pies. El área de la bahía se sacudió de encima su colcha arrugada, de color gris y verde y salpicada de salinas inverosímiles, desgarrada, rajada y cosida por las obras de ingeniería. Los Picos Gemelos, después el monte Tamalpais y por fin el monte Diablo se elevaron al otro lado de las colinas. Archy había ido y venido en avión de su ciudad natal una docena de veces o más, pero nunca en un silencio tan sobrecogedor, nunca con semejante sensación de liberación, de que lo estuvieran soltando a uno de sus ataduras. Los aviones usaban la fuerza y el combustible y una serie de trucos de la física para elevarse del suelo, pero el *Minnie Riperton* estaba regresando al hogar que le correspondía. El cielo era su sitio.

Cuando llegaron a los trescientos metros de altura, Walter tragó saliva y abrió los ojos.

—Ay de la humanidad —dijo.

Archy se levantó para recorrer las ventanas, conocer a los capitanes y contemplar con el ceño fruncido por el telescopio de a bordo un trastorno lejano de la niebla que le explicaron que era el pico Lassen. Echó un vistazo a un puñado de instantáneas y fotos informales que había sujetas con chinchetas a un tablero de corcho situado al lado del asiento auxiliar plegable donde T., el guardaespaldas, estaba sentado detrás de sus gafas de sol de montura dorada, conteniendo, igual que un puño puede contener una chuchería, sus pensamientos inimaginables. Fotos de G Bad, posando sobre diversos fondos nocturnos de luces de ciudad o bien de oscuridad de flashes en compañía de cantantes y actores famosos, blancos y negros, sosteniendo los Globos de Oro que estos habían ganado por dirigir o protagonizar películas de Dogpile o los Grammy de sus discos de Dogpile. O bien pillado en mitad de una serie de poses, o tal vez fueran todas la misma pose, una ontogenia conformada por el tiempo y la moda y los caprichos de Gibson Goode. Hermanos con gorras y camisetas de fútbol americano, sonrientes o con cara de palo, haciendo señales de pandillero, con botellas y vasos en las manos. Mujeres del planeta entero ataviadas con colores de golosinas, con unos escotes que lo apostaban todo, con los párpados maquillados con tanto lustre como si Sixto Cantor les hubiera dado una mano de pintura. Gibson Goode

tenía exactamente el mismo aspecto en todas las fotos, gafas de sol, media sonrisa enigmática y anillo de la Super Bowl, podría haber sido una fotografía de sí mismo ampliada a tamaño real y montada en un plafón de plancha de espuma.

—Mis compinches —dijo Goode, sacando la chincheta de una de las fotos del tablero de corcho—. Esto fue la semana pasada.

Le pasó la foto a Archy. La imagen mostraba a un grupo particularmente revoltoso de señoritas, esparcidas como si un huracán las hubiera dejado sobre los regazos de una serie de caballeros, entre ellos Walter Bankwell, que se asomaba desde detrás de la muralla de hermanas horizontales con expresión de pánico evidente.

—Fue el primer vuelo de mi Walter.

—No sabía que tuviera miedo a las alturas —dijo Archy.

—Me han contado que sois amigos de toda la vida.

—¿Se lo ha contado él o lo ha oído de terceros?

—Es posible que me lo hayan contado distintas personas.

«Piénsalo. Y tal vez, nunca se sabe, tal vez sea yo el que acaba recomendándote al señor G Bad.» Aquel cabrón de sepulturero trabajaba deprisa. Tenía una urgencia considerable por encontrar a Luther Stallings, eso estaba claro. Y Archy le había dicho: «Me lo pensaré».

—¿Y dónde está ahora la panda? —dijo Archy, señalando con la cabeza el tablero de corcho—. ¿Se los deja usted en casa?

—Sí, están bien para hacer un crucero de recreo, pero no les gusta el... mmm... ritmo pausado del viaje desde Long Beach —dijo Goode—. Al final no son más que una pérdida de tiempo. Si solo voy con Tak, puedo trabajar la mar de bien.

Intentando mostrarle a Archy lo serio que era, pese al desmentido de todas aquellas fotos festivas, simples minucias a las que se enviaba a sí mismo en calidad de doble mientras su verdadero yo seguía planeando sus conquistas incansables, un Amo del Mundo estilo hip-hop con su aeronave a lo Vincent Price.

Cuando llegaron al mundo azul grisáceo y vacío de más allá del Golden Gate, el piloto dio media vuelta y volvieron a poner rumbo a Oakland, mirando desde la ventanilla del lado de babor cómo su ciudad natal recuperaba sus modestos esplendores.

—El Hospital Highland —dijo Goode, señalando—. Ahí nací yo.

—Yo también —dijo Archy.

—Me mudé a Los Ángeles cuando tenía tres años, pero seguía viniendo aquí en verano. Y por Navidad. Siempre que tenía vacaciones de la escuela. Vivía con mi abuela en el distrito de Longfellow. Su hermano tuvo una tienda de discos durante una temporada. Estaba en Market con la Cuarenta y cinco, al lado de la lavandería.

—El House of Wax —dijo Archy. Era casi una pregunta—. ¿En serio? Yo iba allí.

¿El abuelo de usted era... mmm... un hombre más bien corpulento?

—Mi tío. Tío abuelo. El tío Reggie era prácticamente esférico.

—Lo recuerdo —dijo Archy. Y luego, como si la cuerda que la amarraba se hubiera pasado todos aquellos años enganchada en un brazo profundo de coral, una tarde emergió a la superficie de su memoria. Un muchacho, el esbozo rápido de un muchacho, leyendo un cómic o una revista, con los pies largos enganchados en los travesaños de un taburete metálico y unas Top Ten nuevas en los pies—. Tal vez hasta me acuerdo de usted.

Goode se llevó una mano a la mejilla y se dio unas palmaditas en ella como si estuviera comprobado el apurado de su afeitado matinal o bien controlándose un dolor de muelas.

—¿Usted leía cómics? —dijo Archy.

—Puedes estar seguro.

—Me acuerdo de usted leyendo un cómic. —Archy cogió la cuerda con ambas manos y tiró de aquella tarde, chorreando años como si fueran agua—. Creo que era un cómic de la Marvel, pero...

—Era *Luke Cage* —dijo Goode, recogiendo el recuerdo de Archy como si fuera una pelota que el otro le estuviera fumbleando. Demasiado seguro, robando la pelota.

—Ah, ¿sí?

—Sí, *Luke Cage*, *Power Man*. Y nos enzarzamos en una discusión, una discusión muy larga. —Se volvió hacia Walter, que se despegó la cabeza de las manos y se lo quedó mirando, con la comida todavía sin tocar en el plato—. Nos metimos de lleno.

Por culpa de las gafas de sol resultaba imposible leer los niveles de ironía o de nostalgia de la sonrisa que le torcía la boca a Goode.

—Bueno... —empezó a decir Archy.

—Este cabrón se dedicó a soltarme un montón de interpretaciones sofisticadas. Significados internos. De *Luke Cage*. A contarme que los cómics de la Marvel representaban el sistema penal americano. Debía de tener once o doce años y me estaba hablando de rollos como lo que pensaba Frantz Fanón sobre la posibilidad de que existieran superhéroes negros en una estructura de superpoderes blancos y qué sé yo.

—Ja —dijo Walter, con expresión dubitativa, mientras la vida regresaba a él en forma de irritación.

Estaba entre un noventa por ciento y un noventa y siete por ciento seguro de que aquella afirmación era falsa. El recuerdo borroso que tenía Archy de aquella tarde en el House of Wax no era más que un intercambio incómodo y mutuo de contraseñas, el encuentro aleatorio con un hermano de afición cualquiera en un lugar inesperado. Aun a día de hoy, Archy no tenía teoría alguna sobre los superhéroes negros, apenas sabía quién era Frantz Fanón y aparte del temible Pantera Negra, sobre todo durante

la operística carrera de McGregor y Graham en aquel cómic, Archy nunca se había interesado de forma particular por el color de la piel de los superhéroes de cómic que le encantaban, la mayoría de los cuales, ahora que lo pensaba, habían sido blancos. El mundo en que aquellos personajes vivían y operaban simplemente no era el mundo en que Archy vivía, y en líneas generales era así como lo prefería. En aquella tarde ya remota en el House of Wax, no había desgranado ninguna teoría ni tampoco había desplegado ningún conocimiento profundo. Goode lo estaba halagando, ya fuera porque halagar era lo suyo o bien porque quería ver si Archy mordía el anzuelo de los halagos. Archy tuvo que admitir que el destello de envidia que vio en los ojos de Walter mientras Goode representaba falsamente su perspicacia crítica a los once años le resultó vagamente gratificante.

—Tiene usted mejor memoria que yo —sugirió Archy, cauteloso, lleno de recelo, incapaz de quitarse de encima la sensación no solo de que estaba engañando a Nat Jaffe, subido allí arriba y dándose un atracón de gambas y halagos con toda clase de salsas picantes, sino también de que se estaba metiendo en un lío del que no iba a poder salir, de que lo iban a liar para que hiciera algo o para que aceptara algo que él no quería hacer ni aceptar, o por lo menos algo que no entendía, alguna clase de asunto controlado por Goode y Flowers que le iba a costar caro a Luther Stallings y quizá también a más gente. A juzgar por las cosas que Archy había leído sobre G Bad, además de por las veces que recordaba haberlo visto por televisión llevando a cabo análisis de profundidad einsteiniana improvisados de forma instantánea y a toda prisa (por no mencionar el hecho de que estaba visitando a aquel hombre en la cabina de su zepelín personal, que volaba con el gas que soltaba el dinero al arder), Gibson Goode era más listo que Archy a muchos niveles—. Pero yo sí que me acuerdo de usted, y de su tío también.

Goode se levantó y caminó hasta un precioso tocadiscos semiautomático Thorens, colocado sobre un armarito bajo de plástico que formaba parte de la pared de plástico de la cabina. En un estante de la parte baja del armarito, debajo del tocadiscos, había una hilera de álbumes repanchingados de cualquier manera, como si fueran chavales perezosos. Además de los álbumes, había un par de docenas de discos de cuarenta y cinco revoluciones en una caja de tela metálica. Goode los ojeó, escogió uno e hizo lo que tenía que hacerle al tocadiscos para pasarlo a cuarenta y cinco revoluciones por minuto.

—A ver si aciertas la canción —dijo.

Bajó el brazo del tocadiscos, y de la tela de un par de altavoces emergió un sonido de batería que empezó a repetirse, «¡b-bum-bum-ЧИК!» a un compás de cuatro por cuatro, con el bombo amortiguado, con una mezcla muy seca y los micrófonos desplegados con esa atención a los detalles que caracterizaba las grabaciones de batería de los años setenta, aunque provisto, por el hecho de haber sido sampleado

tantas veces por músicos de hip-hop posteriores, de una cualidad atemporal que iba más allá de periodos o estilos.

—Manzel —dijo Archy, sabiendo que lo estaban poniendo a prueba, pensando que era una jugada un poco fea pero incapaz de resistirse al desafío, que tampoco era un gran desafío—. «Midnight Theme.» Publicado en el sello... mmm... Fraternity. 1975.

El single continuó sonando, añadiendo texturas y acumulando capas. Una estela taciturna de piano, una pincelada de sintetizador de cuerdas ARP. El remolino y el gruñido de un Hammond B3 sonando a través del planetario giratorio de un altavoz Leslie. Una guitarra chirriante, sonando por el 2, junto con sendas líneas de Minimoog estilo funk espacial que entró con sigilo y en el último minuto para retomar la melodía y la línea de bajo, un Minimoog cuyo sonido reventaba la burbuja de atemporalidad y devolvía el tema cómodamente al sitio que le correspondía a mediados de los setenta.

—Suena bien —dijo Archy—. La edición es buena.

—¿Sabes dónde lo compré? —dijo Goode.

—Fui el sábado por la tarde —dijo Goode—. Walter me había hablado de ti y de tu tienda. Pensé en echarle un vistazo, de todas maneras tenía que pasar por allí. De manera que entré en la tienda, y estaba tu colega. Nat, ¿verdad? Me dijo que te habías ido, que ya no volverías hasta el día siguiente o algo así.

—Sí, había quedado con alguien. —Archy evitó que sus pensamientos regresaran a aquel último encuentro con el señor Jones y repasó la cinta de todas las conversaciones que había tenido con Nat desde el sábado que hubieran contenido las palabras «Gibson Goode», en busca de indicios de conocimiento culpable, de secretos reprimidos—. Mierda. Entra en nuestra tienda un quarterback ganador del MVP de la liga y magnate de los medios de comunicación y ese cabrón reservado no me dice nada.

A Archy no le parecía la clase de cosa que Nat fuera capaz de callarse, ya no digamos de olvidar.

—No me reconoció —dijo Goode—. Yo era un cliente más. Entre tú y yo, no parecía que el tipo tuviera muchas ganas de charlar. Estaba allí detrás de la caja murmurando solo, haciendo sus ruidillos chungos en plan Keith Jarrett, tipo nananá. Pero sin piano.

—Tiene días así —dijo Archy.

—Para ser sincero... —dijo Goode—. O sea, a ver, tenéis una tienda la mar de maja. Muy maja. Tiene mucho encanto, y el inventario es amplio y tiene profundidad. Pero no era solo tu socio el que parecía llevarlo mal. El negocio lo vi completamente estancado, joder.

—No nos va mal.

—Ah, ¿no? Pues yo me pasé allí veinte minutos y estuve todo el tiempo solo. La tienda era un desierto. Un sábado por la tarde.

—Pero es que el sábado hizo un día espléndido. —Archy se acordó del aroma de las madreselvas al sol y de los golpecitos de la pipa del señor Jones contra la acera—. Lo más seguro es que mucha gente...

—Tu socio allí en la caja registradora, gruñendo y murmurando solo. Me dio la impresión de estar en *El último hombre vivo*. El último hombre sobre la Tierra y atrapado con un zombi.

Por primera vez desde que habían avistado la *Minnie Riperton*, Walter sonrió y eructó algo que parecía una risa. Archy se dio la vuelta y contempló cómo se acercaba Berkeley mientras giraban hacia el norte. La rabia y la vergüenza se entretejieron como cables por su maquinaria interior, y la vergüenza fue la que fluyó en más abundancia. No le gustaba un pelo quedarse allí cruzado de brazos mientras G Bad o quien fuera vendía entradas para chotearse de Brokeland, que, junto con algunos de los sonidos que habían salido alguna vez de su bajo Fender Jazz, Archy siempre había considerado que era lo único hermoso que él había hecho en la vida. Sabía que él y Nat estaban haciendo girar la aguja financiera en círculos cada vez más estrechos. Y ahora venía aquel hombre que se podía permitir, incluso en aquella época en que se hundían las cadenas de las tiendas de discos y había discografías infinitas que se podían descargar gratis y cabían en el bolsillo, abrir una tienda de vinilos usados que molaba, cinco veces más grande que Brokeland y diez veces más profunda, y, sin más meta que su gloria personal, dejar que esa tienda quebrara para siempre, inagotablemente financiada por su imperio mediático, su imagen autorizada y su toque alquímico para las operaciones inmobiliarias del gueto. Y entraba tan campante un sábado por la tarde en Brokeland, como si fuera un rey de paisano, para ponerles la sandalia en el cuello a los conquistados.

Archy también se sintió avergonzado al recordar el anhelo que se había despertado dentro de él, menos de media hora antes, por deshacerse de una vez por todas de la carga que era la tienda. Recordó el día en que había conocido a Nat Jaffe, después de aquel concierto casi improvisado que habían hecho en una boda en las colinas de Oakland, Archy recién llegado del desierto saudí, arrastrando su baja con honores por las calles de la América de Bush I, desorientado, solo, incapaz de conectar con nadie, fuera blanco o negro. Recordó que él y Nat se habían pasado sentados en el suelo de la sala de estar de los Jaffe hasta las cinco de la mañana, con el pequeño Julie dormido y Aviva fuera, forcejeando para traer a un nuevo ser humano al mundo. Nat se había dedicado a hacer porros bien cargados de aquella hierba afgana, blanquecina y llena de hebras, que solía pillar de forma rutinaria en aquella época, y colocados y con las piernas cruzadas, los dos habían atravesado los

portales circulares de la colección de discos de Nat, uno tras otro, habían caído sobrecogidos y cogidos del brazo igual que aquel equipo de enanos crononautas de *Los héroes del tiempo*, a través de aquellos agujeros de gusano mágicos que se abrían en el tejido de la realidad. Archy estaba completamente impresionado por la amplitud y el grado de detalle, pero sobre todo por la pasión —incansable, irritante, extática e inspiradora— del conocimiento que tenía Nat en materia de música, «con su enorme diversidad», desde los rag-times de las casas de putas de Storyville hasta las batallas callejeras con equipos de sonido del sur del Bronx. Hacía mucho tiempo que Archy no veía a un hombre tan dispuesto a traicionarse a sí mismo a base de exuberancia y de entusiasmo por unas cosas a las que no se podía matar ni follar y que tampoco se podían comer. Nat ya estaba soñando con abrir su propia tienda, y solo le faltaban la mitad del dinero, la mitad de los discos y la mitad de la inconsciencia necesaria para hacerlo.

—Mi socio es un cascarrabias y un puto coñazo —dijo Archy, recordando la ansiedad con que él había buscado la oportunidad de compensar aquella santa trinidad de defectos—. También es mi mejor amigo.

Se quedó mirando cómo pasaba por debajo de ellos el hipódromo Golden Gate Fields, con la tribuna medio llena de pringados y los caballos volando como si fueran confeti por aquel óvalo absurdo. Pasaron por encima de los tanques gigantes de petróleo de Richmond, alineados en las laderas de las colinas como si fueran tocadiscos de segunda mano en el estante de una casa de empeños. «Midnight» tocó a su fin. El brazo se separó del borde de la etiqueta y buscó su bien merecido descanso.

—A ver —dijo Goode—. Sé que ya sabes lo que estamos planeando hacer en Temescal, y tengo entendido que el concejal ya te ha sugerido qué es lo que me gustaría obtener de ti en ese sentido.

—Me está ofreciendo usted un trabajo —dijo Archy.

—Se puede entender así. O bien se puede entender que te estoy ofreciendo una *misión*.

—Ah, sí —dijo Walter.

—Estoy construyendo un monasterio, si tú quieres —dijo Goode, animándose—, para practicar el kung-fu del vinilo. Y te estoy pidiendo que vengas a ser mi abad. Y sí —dijo con su enigmática media sonrisa—, eso me convierte en Buda, pero no vayas demasiado lejos con esa comparación, porque fíjate, ahora la voy a cambiar un poco. Lo que te estoy pidiendo que hagas, que seas... Mira, ¿has leído un libro, me lo recomendó Taku, que se llama *Cántico por Leibowitz*?

—Buen libro.

—Lo conoces. Muy bien, pues, tú míralo así. El mundo de la música negra ha experimentado en muchos sentidos una especie de Apocalipsis, ¿me sigues? Si miras el paisaje de la expresión musical negra de hoy día, es postapocalíptico. Un revoltillo

sin sentido de fragmentos rotos. Pedazos y sampleados. Gángsters que andan en tribus. Lo cual no es una falta de respeto por la música de las últimas dos décadas. Entendida en sus propios términos, me encanta. Me encanta. La vida sin Nas, sin el primer álbum de Slum Village sin, joder, *The Miseducation of Lauryn Hill*... es que no me la imagino. Y no estoy diciendo que solo porque haya sampleados no estén teniendo lugar innovaciones. La música negra es innovación. Al mismo tiempo, tenemos una continuidad de las tradiciones, hasta en el último garito de hip-hop. Los combates callejeros de insultos y esas cosas. La música de iglesia, el blues, si te pones a analizar mucho. Pero seamos francos, o sea, se ha perdido mucho. Mucho. Ellington, Sly Stone, Stevie Wonder, Curtis Mayfield, en la música negra de hoy en día no tenemos a nadie que se acerque siquiera a ese calibre, te estoy hablando de genios, de compositores, ¿tú me entiendes? De Quincy Jones. Charles Stepney. Weldon Irvine. Joder, te hablo de saber sacárselo todo a tu instrumento. La guitarra, el saxo, el bajo, la batería, antes todas esas cosas eran nuestras. ¡La trompeta! Éramos los terratenientes, los músicos blancos nos tenían que alquilar los instrumentos a nosotros. Ahora, sin embargo, algún chaval negro que sea medio genio... RZA, por ejemplo... No sabe tocar ni el flautín, joder. No sabe hacer nada más que «citar». Somos como esos indios que hay hoy día en México: esos cabrones flacos que viven de frijoles y duermen con su cabra encima de una roca antes tenían templos que podían predecir cuándo iban a haber eclipses de sol.

»No voy a culpar a nadie, y tampoco sé cuál es la razón, porque no he estudiado el tema y estoy seguro que, como pasa con todas las desgracias de la vida, debe de haber diez o doce razones para que la civilización musical haya sido arrasada por esta tormenta de fuego, ¿cómo la llaman en el libro...?

Goode le echó un vistazo al guardaespaldas, Taku, que estaba sentado y enfrascado en un ejemplar de la revista *Shonen Jump*:

—El Diluvio de Llamas —dijo Taku, sin levantar la vista.

—Las discográficas. La MTV. La radio comercial. El crack. Los recortes del presupuesto de los programas musicales, las bandas de instituto. La razón es todo eso y nada de eso. A fin de cuentas, da igual. Lo que digo es que estamos viviendo en el día después. Lo único que tenemos es un montón de pedazos rotos. Y tú has estado recogiendo esos pedazos y quitándoles el polvo y manteniéndolos bien limpios y ordenados, y eso es digno de elogio. De verdad. Lo que te estoy ofreciendo es una oportunidad no solo de colgarlos en la pared de tu museo y de vez en cuando venderle alguno a un dentista blanco o un abogado fiscal para que los lleve a casa y los cuelgue en la pared. Lo que te estoy ofreciendo, lo que te estoy diciendo es: venga, pongamos esa música de verdad allí donde están los chavales, donde el futuro se está gastando el dinero. Enseñémosles. Expliquémosles lo que significan todos esos viejos pedazos rotos y por qué son importantes. De esa manera será posible que

uno de esos chavales se te acerque, aprenda lo que tienes que enseñarle y empiece a recomponer las cosas. Ya me entiendes.

—Ajá —dijo Archy—. O sea que quiere que yo sea el san Leibowitz del Funk...

—Más bien, T., ¿cómo se llamaba? El tipo de... ¿cómo era? *Fundación*.

—Hari Seldon —dijo Taku.

—Puedes ser Hari Seldon —dijo Goode—. El que preserva toda la ciencia hasta que la civilización renazca y la humanidad tenga un planeta entero...

—Terminus —dijo Archy, antes de que lo pudiera decir el guardaespaldas.

Taku asintió una vez, solemne.

—El Planeta de los Negros —dijo Walter—. Así tendrías que llamar a tu banda. Seguís tocando, ¿verdad? ¿Tú y tu colega Nat?

—Cuando nos salen bolos.

—¿Qué instrumento toca él, el piano?

—Algo de guitarra. Sobre todo piano.

—Como Bill Evans.

—Una pizca.

—Elton John. Barry Manilow.

—Lennie Tristano —sugirió Goode.

—Pues a Nat le gusta Tristano —dijo Archy—. Tristano cantó en su fiesta de cumpleaños o en su bar mitzvá o en algún rollo de esos. Y ya tenemos nombre, Walter, somos la Filarmónica de Wakanda. —Miró a Goode, invocando ante él aquellas reminiscencias de juventud, el saber secreto de los fans de los cómics—. Dada nuestra historia, sé que a usted le gustará la diferencia.

—Me gusta —dijo Goode—. Y hablando de nombres. ¿Qué os parece esto? Departamento Rítmico Memorial Cochise Jones.

—Está bien. Es un buen tributo. Debería hacerlo usted.

—Pues vente, hombre. Yo lo hago. Sé que no me crees, pero yo no estoy haciendo esto por dinero. Las tiendas de discos hechas de ladrillos y cemento se están muriendo. Las grandes y las pequeñas. Hay que ser tonto para no verlo.

—Y lo único que yo tengo que hacer a cambio de tanta generosidad es conseguirle a usted la dirección de mi padre, ¿verdad? Para que Bank y Feyd le hagan una visita a Luther a fin de darle algo que le hace mucha falta.

—De eso yo no sé gran cosa —dijo Goode—. Y no quiero saber. Cuanto menos tenga yo que ver con Luther Stallings, mejor.

—¿Lo conoce usted?

Desde detrás de su *Shonen Jump*, Taku hizo una especie de ruido de rinoceronte.

—Nos conocimos —dijo G Bad—. El hermano vino a verme y, para ser sincero, tengo que decir que me ayudó con el negocio este del Golden State. En serio. Aunque de forma accidental, un simple efecto colateral. Luther no estaba intentando ayudar a

nadie más que a sí mismo.

—Sí que lo conoce.

—Una cosa sí te digo: el hombre ya está de mierda hasta el cuello. Nada de lo que puedas hacer tú lo va a hundir más.

—Señor Goode —dijo Archy—. De verdad, gracias por su generosa oferta, y por dejarme subir a su zepelín y darme de comer unas gambas que estaban muy buenas. ¡Ya lo creo! Ese toque de guacamole en la marinada... Pero aun en el caso de que yo siguiera mi política de toda la vida y me desentendiera del viejo... ya tengo una tienda de discos. Una tienda entera que es mía, mía a medias, no solo un departamento en un local de una cadena, con códigos de barras y software para hacer inventarios y probablemente una acreditación con mi nombre. —Intentó mirar a través de las gafas de sol de Goode, mandarle unos rayos gama estilo Nat Jaffe a través del plástico polarizado—. Ya me entiende usted.

—Pero dentro de un año —dijo Goode— ya no tendrás tienda. Y lo sabes. Ya vas con un ala rota. Yo tengo tres almacenes en West Covina y cualquiera de ellos tiene un puto inventario tan grande como el que tú y tu socio tenéis en oferta, a un promedio de tres a cinco dólares menos por disco, por no mencionar todas las novedades. Recopilatorios, cajas, libros y vídeos relacionados con la música. Si yo abro mis puertas a cuatro manzanas de vosotros con todo eso, estáis acabados.

—Sin duda —dijo Archy, apartando la vista de Goode para contemplar la ancha franja de ventanales del frente de la cabina.

—Venga ya —dijo Goode—. Ahora estás siendo testarudo. La testarudez al servicio de una noción equivocada es vanidad y es pecado.

—Eso lo he demostrado muchas veces en la vida —admitió Archy.

Gibson Goode se reunió con Archy junto al ventanal delantero. Habían girado al nordeste y por debajo de ellos se extendía un yermo enorme de tierra desierta con una bifurcación plateada.

—Eso de ahí abajo es Port Chicago —dijo Goode—. ¿Conoces su historia?

—Sí. Durante la Segunda Guerra Mundial explotó ahí un barco de municiones. Murió un montón de marineros negros. En la marina racista de aquellos años los hacían trabajar de estibadores. Mi abuelo estuvo allí, se quedó ciego y se quemó los pulmones. Murió un año más tarde.

—Mi abuelo se quedó sordo de los dos oídos —dijo G Bad—. Había salido a fumar un cigarrillo en un muelle de carga, a un kilómetro y medio de distancia.

—Yo he oído decir que en realidad fue una bomba atómica —dijo Walter—. Eso he oído decir.

Archy también lo había oído decir. Una bomba de prueba, anterior a Hiroshima, que detonó de forma prematura mientras la estaban cargando en un barco que la tenía que llevar a algún atolón del Pacífico. No hubo demasiados problemas para ocultar el

accidente, puesto que todas las víctimas de la explosión fueron negros y no tuvieron más recurso que seguir estando muertos. Y él no descartaba del todo aquella posibilidad, a la vista de los muchos casos de cáncer de mama que se habían dado después en el condado de Marin y en las mujeres de su familia.

—La bola de fuego llegó casi a los cinco kilómetros de ancho —dijo Goode—. El aire se llenó de negros en llamas que caían del cielo. Lo único que hicieron mal fue esforzarse demasiado y trabajar demasiado deprisa para ganar una guerra que no era la suya.

—Sí que era la suya —dijo Archy.

—Es posible. Y Oakland era su ciudad. Nuestra ciudad.

—Se pone usted a darme una lección de historia —observó Archy—. Y ahora me va a decir que tengo la oportunidad de hacer historia como presidente vitalicio del Departamento Cochise Jones del Garito Dogpile de Oakland. Y de darle un empujón a la carrera escaqueándome de mi opresor blanco, del Sistema que obligó a mi abuelo a cargar tantas bombas de saturación y tan deprisa que acabó volando hecho pedazos.

—Es posible que estuviera yendo en esa dirección —dijo Goode, frotándose la barbilla, con una sonrisilla torcida—. Para ser sincero, estaba yendo un poco a tuestas.

—Me hace subir aquí con mi antiguo compañero de correrías. Me pone esos temas clásicos en un equipo excelente, tal vez le sobre un poco de bajos en el equalizador, pero da igual. Me hace recordar a Luke Cage y el House of Wax. Me da una comida succulenta. Juega con mi nostalgia y también con mi estómago, es una estrategia de lo más eficaz.

—Pues olvídete de la misión, Tortuga —dijo Walter—. Considéralo un puñetero trabajo. —Se había estacionado en un banco situado en el centro exacto de la góndola, equidistante de todas las ventanas y perfectamente situado para no verlas—. Lo coges o lo dejas. Cuanto antes digas algo, antes podremos aterrizar este trasto de los cojones.

—Es un trabajo —dijo Goode—. Y por lo que me han comentado, te tengo que felicitar, ¿no? Esperáis un bebé... A juzgar por mis observaciones de cómo os van las cosas ahí en Brokeland Records, le estáis haciendo honor al nombre, y yo diría que pronto estaréis buscando cualquier trabajo. Ya te puedes olvidar de una oportunidad magnífica como esta, que además, tal como te he intentado explicar, te ofrece la posibilidad de darte algo importante y significativo que hacer con tu vida. Algo que haga que tu hijo esté orgulloso de ti.

Su hijo. Goode se estaba refiriendo al que todavía no había nacido y que tal vez sería una hija a quien lo más seguro es que le importara algo parecido a un comino la transición que había hecho la banda de James Brown entre la época de Bernard Odum y la de Bootsy Collins; pero Archy pensó inmediatamente en Titus, con aquella cara que era como un panel falso bajo el cual una inteligencia desconocida y posiblemente

hostil contemplaba a su padre y al mundo a través de las mirillas secretas de sus ojos. Archy solo tenía que consultar el mapa de los sentimientos que él mismo albergaba hacia el padre que lo había abandonado para saber que el sentimiento de orgullo filial era el reino más lejano e inalcanzable del mundo, situado más allá de desiertos, casquetes polares y océanos. Un trabajo. Un bebé. Hijos, hijas, esposas y amantes. Cheques y nóminas.

—¿Cómo de lejos se puede llegar con esto? —dijo Archy de repente, mientras dejaban atrás el yermo de polvo y plata salobre donde setecientos negros habían caído en desgracia. Con rumbo al monte Lassen, al Yukon, a la Luna.

—¿Eh? —dijo Goode.

—¿Cuál es su alcance efectivo?

—¿Con un depósito de combustible? Ochocientos kilómetros. Si no fuera por el gas y los suministros, la verdad es que no le haría falta bajar para nada.

—Eso suena bien —dijo Archy—. Parece un buen plan.

3

UN PÁJARO PROVISTO DE AMPLIA EXPERIENCIA

Si la pena es la consecuencia de un orden echado a perder, entonces el pájaro estaba de duelo, buscando consuelo en el suave golpeteo de los zapatos del bebé sobre el suelo de madera, Rolando atacando como Billy Cobham con los talones de sus pequeñas Air Jordan, arrastrándose por la habitación de espaldas, como un trapo humano para el polvo haciendo una gira de caballero andante por la sala de estar vacía, con sus ojos castaños disfrutando todo el tiempo de mirar fijamente y sin expresión alguna la pluma roja de la cola y el ojo negro del loro, acerca de cuyo cuidado, eliminación o destino último la madre de Rolando no había recibido instrucción alguna junto con la orden de limpiar la casa que le había dado el albacea del patrimonio de Cochise Jones, un patrimonio modesto y meticulosamente diezmado por sesenta y pico años de inconsciencia, la mayoría del cual estaba inmovilizado en forma de discos de vinilo y el resto eran trajes de fantasía de época (Aisha había contado veintidós), el Hammond fatídico, un teclado Yamaha con un soporte metálico de patas cruzadas, unos muebles que ya solo valían para el mercadillo de segunda mano del aparcamiento de la estación de tren de Ashby, y la arquitectura antártica de los llamados archivos del señor Jones, torres, cúspides y avalanchas de papel desperdigados por todas partes, que Aisha había metido de cualquier modo en cajas de cartón de archivo —facturas del gas, facturas médicas, comunicados del Musicians Local 6, fotos de gente que a Aisha no le sonaba de nada, una foto del señor Jones en el mostrador de su tienda favorita diciendo algo que estaba haciendo sonreír a Archy Stallings con aquella sonrisa grande y lenta, menús de los que se cuelgan en las puertas de las habitaciones de hotel, extractos bancarios de mediados de los noventa, documentos médicos y de aseguradoras, el historial abierto y ya amarillento de las batallas del señor Jones contra las discográficas y sus departamentos jurídicos— antes de volverse por fin, el corazón en un puño, hacia el loro. Cincuenta y Ocho, que no había dicho ni una palabra durante todo el tiempo que Aisha había dedicado a ordenar las pertenencias del viejo, sino que únicamente se había expresado emitiendo un ronroneo musical gutural que a ella le recordaba al viejo órgano Wurlitzer de su iglesia, tocando o cantando —o ninguna de las dos cosas, o ambas— una versión instrumental de una canción que se oía en las emisoras de música antigua, «but it's too late, baby, now, it's too late», con un sonido como un órgano de iglesia funky y llevando a cabo su selección musical, dadas las circunstancias, con lo que parecía ser un acierto inquietante, hasta que al cabo de un par de horas su solo de órgano interminable empezó a romperle los nervios a Aisha, unas fibras de tejido vivo que sus amistades y familia sabían que ya se encontraban de por sí tensadas al máximo por aquel hijito suyo con TDA que ahora estaba allí tirado en la alfombra pataleando con sus piecitos de TDA, añadiéndose al efecto enervante de una extraña vibración de anciano muerto que cargaba el aire del apartamento, del olor a decrepitud y plantas de hogar abandonadas, de los goterones

de un grifo que perdía agua y que golpeaban la bañera como un reloj que hacía tic-tac, año tras año de deudas y destituciones, de álbumes viejos de música, del olor elegiaco a traje de fantasía, todo ello estaba empezando a darle a Aisha un mal rollo de narices, pero por fin consiguió terminar de etiquetarlo todo y meterlo en bolsas y cajas y, después de ponerle las correas de seguridad a Rolando en su sillita de coche, para no correr riesgos, hizo cinco trayectos hasta la calle, transportando un cargamento de trastos exiliados hasta la acera para que se los llevara alguien, intentando, mientras subía y bajaba las escaleras de entrada, decidir de una vez por todas cuál era el curso de acción correcto con el loro, hasta que su análisis determinó que dicho curso podía ser 1) venderlo para sacar algo de dinero, 2) sacrificarlo, o 3) soltarlo para que se forjara su propio destino en la naturaleza, pero cuando regresó por última vez a casa de Cochise Jones, tras decidir que le plantearía la cuestión al albacea, que era también su padre, Garnet Singletary, a pesar de estar segura de que, si se lo consultaba, estaría incurriendo en el riesgo de que él eligiera la opción 4), quedarse con el loro, un destino que ella situaba a medio camino entre 1) y 2) desde la perspectiva del loro, y lo que era peor, también desde la de ella, puesto que ella sufría un caso grave de pajarofobia, y además estaba convencida de que la casa de su padre ya olía lo bastante mal tal como estaba, regresó a la sala de estar para encontrarse con su bebé sentado allí en la sillita de coche, mamando de su biberón, sin patear y examinando al pájaro mientras este, ahora en silencio, contemplaba al bebé, y Aisha entendió que la parte de Rolando que era como un animal salvaje, todo ojos y reflejos, era una parte que ya estaba desapareciendo y que pronto se iba a esfumar de la faz de la Tierra, entendió lo frágil que era su criatura y lo contingente que era aquella tierra para ella, en relación con Rolando, entendió el precio en dolor que su criatura se iba a cobrar de ella a cambio de un placer efímero, y luego el loro le echó un vistazo rápido a ella, y hubo algo en su expresión, cierto aire de reserva compasiva, de piedad que el animal se guardaba cortésmente para sus adentros, que la irritó todavía más, de manera que aunque era hora de llamar a su padre y hacerle entrega del pájaro, hora de decirle al bebé: «Muy bien, señorito, es hora de largarse», Aisha se quedó mirando a aquellos dos animalillos atrapados en alguna clase de momento especial, y sintió que se soltaba algo que llevaba mucho tiempo estancado dentro de ella, y entonces, por fin, el loro habló, diciendo simple y llanamente, con la voz de Cochise Jones: «¡Las tres menos cuarto de la puta madrugada!», y fue entonces cuando, para resumir, Aisha fue hasta la ventana del dormitorio y la abrió para revelar una bonita tarde de agosto, con el cielo azul y los árboles verdes y cualquier otra cosa que un loro pudiera querer, con un vago recuerdo resonándole en la cabeza de haber oído rumores de colonias de loros, ¿o acaso eran periquitos?, que volaban asilvestrados sobre San Francisco, y se imaginó entonces a Cincuenta y Ocho uniéndose a alguna comunidad pajaril del este de la bahía afincada en Trestle Glen, o

bien en Tilden Park, y reteniendo en la mente aquella imagen feliz de pájaros sociables que vivían libres en los árboles, Aisha se armó de valor y se acercó al pájaro, se acercó lo bastante como para asustarlo, lo bastante como para agarrar el poste de la percha y oler la peste a periódicos calientes de sus plumas, a continuación llevó la percha y el poste hasta la ventana abierta y exhortó bruscamente al pájaro para que se fuera libremente, una invitación que el loro no vaciló en aceptar; un erizamiento de las plumas del cuello, un paso lateral y por fin un aleteo que se lo llevó bajo el sol sin una sola palabra de despedida, un pájaro provisto de amplia experiencia y de un talento poco común liberado sobre la Telegraph Avenue, captando un aroma a eucaliptos con los órganos olfativos, escorándose hacia la izquierda y poniendo rumbo norte a través de la calle Cuarenta y tres, dos manzanas más allá, pasando por encima del Instituto Bruce Lee de Artes Marciales, en cuya sala secreta, detrás de las escaleras que llevaban al tejado, donde una serie de exiliados y fugitivos religiosos y, durante nueve noches, un buda viviente de las montañas de Sichuan, habían conocido la amargura y la seguridad, y donde ahora Luther Stallings y Valletta Moore preparaban su huida, ninguno de ellos limpio del todo pero los dos espantosamente sobrios, metiendo todo lo que tenían en maletas y bolsas de deporte, después de lo cual Luther mandó a Valletta al diminuto aparcamiento de la parte de atrás para cargarlo todo en el coche, y luego, cuando ella tocó la bocina —se suponía que no tenía que tocarla—, él bajó también, cauteloso como un gato y llevando lo que él llamaba «las joyas de la corona», aunque Valletta no estaba segura de si el término se refería a sí mismo o al contenido del portafolio atiborrado y del cajón de plástico que llevaba consigo: los bocetos, diseños promocionales, notas, tratamientos, borradores de guión y otros materiales creativos que, en caso de que él falleciera antes del inicio de la producción, pudieran algún día ser presentados y montados, tal como a él le gustaba imaginar, en una edición especial con funda que llevara por título apropiadamente modesto *Strutter y sus patadas de la vieja escuela: la segunda mejor película no filmada de la historia*, puesto que la mejor película no filmada de la historia era, por supuesto, el *Napoleón* de Stanley Kubrick, y Luther bajó las escaleras llevando el cajón y el portafolio con una ternura que casi nunca le había dedicado a Valletta, en opinión de esta, hasta salir a un porche trasero de tablones pintados que la directora del Instituto Bruce Lee, Irene Jew, estaba barriendo con una escoba china de aspecto descabellado, un puñado de ramitas atadas con una tira de paja al estilo brujil a un palo de bambú, un instrumento para barrer demonios, y es que la *sifu* Irene era una mujer avezada en el arte de ser acosada por entidades del más allá, de manera que aquellos dos jóvenes negros vestidos con trajes de la talla incorrecta que intentaban aparentar que habían aparcado su coche fúnebre casualmente delante del instituto aquella mañana no le habían supuesto ningún problema a su talento para el kung-fu de fantasmas, al

contrario: la aparición la había mandado escaleras arriba para decirle a Luther que su escondrijo había sido descubierto, y ahora la señora Jew dejó de barrer durante el tiempo justo para decirle a Luther «No te preocupes» cuando este pasó junto a ella, porque, tal como él lo entendía, ella sí que estaba preocupada, de manera que lo único que él le pudo contestar fue: «Me tendría que haber marchado ayer», y a continuación la dejó barriendo mientras él cargaba los *storyboards* de su sueño en el maletero del Toronado, como una especie de dictadorzuelo derrocado de Haití o de Filipinas a punto de meterse en un Sikorsky y volar hasta un paraíso fiscal, aunque sin título, helicóptero o ingresos que gravar, un rey arruinado, que aun así seguía siendo el producto más brillante del Instituto Bruce Lee y el alumno con más talento que la señora Jew había tenido nunca, metiendo la caja de las pelucas de Valletta en el maletero al lado de su *bokken* de entrenamiento, sin sitio adonde ir, sin nadie que lo ayudara, y es que Archy nunca iba a abandonar su estado eterno de enfado con Luther, pese a que Luther había intentado enmendarse, asumir responsabilidades, había probado los doce pasos, en algunos casos dos o tres veces cada uno, se había sacado el título en remordimientos y había hecho el trabajo de posgrado en disculpas, pero Archy no quería tener nada que ver con Luther, no quería escuchar, se negaba a escuchar a nadie, cuando hasta su propia mujer le decía que escuchara, y entretanto Luther vivía, pese a su abstinencia y a las ventajas que esta prometía, tan arruinado e indigente que se veía obligado a refugiarse entre los brazos de la vieja y loca Irene Jew, que Dios bendijera a aquella mujercilla china, tan desesperado como para acudir a Gibson Goode, como para emprender el largo intento de estafa a Chan Flowers, una estafa que hasta ahora siempre había estado demasiado hecho polvo para intentar llevar a cabo, un último golpe desde el fondo de un marrón de mil pares de demonios, en la otra punta de cuyo majestuoso arco había el suficiente dinero —Goode se lo había *prometido*— para financiar el sueño que Luther llevaba tanto tiempo postergando, aquella película que tenía planeada hasta el último plano, desde el clásico paseo a cámara lenta por las calles del barrio chino de Oakland en un bullicioso sábado por la mañana, bajo los créditos iniciales, cuando Cleon Strutter abandonaba su retiro para llevar a cabo un último golpe a ritmo de funk, regresando del pasado con traje de tres piezas y sombrero Borsalino, como un Rip Van Winkle de las palizas, hasta la imagen final congelada, puesto que a Luther siempre le había provocado un placer extrañamente tenso las películas que terminaban así, como *Dos hombres y un destino* o *Furia oriental*: un plano de Luther y Valletta saltando desde una avioneta a un océano lleno de tiburones con un maletín lleno de oro, con todos los detalles perfectamente planeados a lo largo de muchos años, desde la campaña publicitaria hasta el casting, de manera que cuando la película se estrenara por fin, Luther no solo fuera el protagonista en las pantallas sino también en el centro de su propio regreso triunfal, y además sin necesidad de que lo rescatara nadie, a diferencia

de Pam Grier o John Travolta, al contrario: rescatándose él solo a golpe de pura genialidad, y que se fuera a la mierda aquel blanquito de Tarantino, que no le había querido dar a Luther el papel de Winston en *Jackie Brown* solo porque se había creído los (completamente ciertos por entonces) rumores sobre el uso incontrolado de drogas por parte de Luther Stallings, y Luther se imaginaba también hasta el último detalle de su regreso triunfal, que terminaba con él lanzando a los pies de Valletta un montón de ofertas de trabajo de agentes y productores, despejando el camino para que a continuación Luther emprendiera su sueño siguiente, que era trabajar con Clint Eastwood, a quien él consideraba, tal como por entonces ya sabía la mitad de la gente viva o muerta de West Oakland, el más grande protagonista que había tenido Hollywood en toda su historia, y cuya elocuente taciturnidad había servido de modelo a su propio estilo parco en palabras, un estilo que contrastaba brutalmente, tal como también podían atestiguar la mitad de los vivos y los muertos de West Oakland, con la locuaz personalidad de Luther cuando estaba fuera de plano, o bien, hum, tal vez cuando llevara a cabo aquel último golpe, cogería todo el dinero que le había sacado a Gibson Goode a cambio de los servicios prestados para persuadir a Chan Flowers de que cambiara de opinión sobre el Garito de Dogpile, y se lo metería todo por la nariz, una opción que, mientras ayudaba a Valletta a cargar las barras para pesas de ella en el coche, le pareció tal vez preferible al regreso triunfal, que iba a ser difícil, mucho más puñeteramente difícil de lo que él estaba dispuesto a plantearse; y justo antes de que salieran con el coche del callejón de atrás, Luther vio recortarse contra el cielo de la tarde el contorno extranjero del loro fugitivo en plena huida, perdiéndose en la dirección general de la hipotenusa de Telegraph Avenue mientras analizaba la luz y los olores y los ángulos para sacarles la información, calculando un rumbo hacia las colinas de eucaliptos, desviado bruscamente hacia el este por la sensación de horror que le hizo eludir la nube de humo letal que flotaba por encima del puesto de hamburguesas Smokehouse, un desvío repentino que lo hizo sobrevolar la calle de los juguetes olvidados, sobrevolar el bungalow de color beige perdido entre las flores, donde a Cincuenta y Ocho no lo vio pasar ninguno de los dos ocupantes actuales de la casa, un hombre y un chico, sentados codo con codo en un sofá sueco amarillo de los años cincuenta que el hombre había comprado porque le recordaba un poco a un traje estilo zoot, mirando a los Athletics jugar contra Baltimore, con Rich Harden en el montículo haciendo uno de sus engañosos lanzamientos fantasma, con sus dos pares de pies enfundados en calcetines, de las tallas 45 y 50 respectivamente, elevándose de los lados de la mesilla de café como si fueran las torres del Puente de la Bahía, con una caja abierta de pizza entre dichos pies que contenía los restos de una especial carnívora extragrande mala, barata y originalmente gigantesca, con salchicha, pepperoni, beicon, ternera picada y jamón, de la que no quedaban más que migas y paréntesis de corteza dejados por el chico, corchetes para aquel vacío que era

la conversación del chico, o hasta posiblemente incluso para el vacío de sus pensamientos, y es que, desde que se había marchado Gwen, Titus no le había dicho a Archy nada que no fueran monosílabos propinados a modo de respuesta a preguntas de sí o no: «¿Te gusta el béisbol?», «¿Te gusta la pizza?», «¿Comes carne?», «¿Y cerdo?», y siempre que le era posible el chico se limitaba a contestar con un asentimiento diminuto de la cabeza, encogido en su rincón del sofá como si estuviera a bordo de un tren abarrotado y llevara algo frágil sobre el regazo, y nadie decía nada en la sala, y nadie tomaba iniciativa alguna salvo Bill King y Ken Korach, librando un partido aburrido y sin embargo deliciosamente lento, en el que las sustituciones de jugadores y las largas series de lanzamientos se comían franjas enteras de tiempo durante las cuales no hacía falta que nadie dijera ni decidiera nada, ni sintiera las cosas que podrían sentirse, ni temiera las cosas que podrían temerse, con el partido empatado a 1 y en teoría capaz de seguir así para siempre, o por lo menos hasta que a nadie le quedaran brazos en el banquillo y al tercer receptor suplente lo pusieran a lanzar en la trigésimo segunda manga, y los bateadores dormitaran apoyados los unos en los otros en el banquillo, muertos de agotamiento en el círculo de espera, con las tribunas vacías y llenas de ecos, y los envoltorios de perritos calientes rodaran como plantas rodadoras por delante de los fanáticos dormidos en sus asientos, y las mangas se sucedieran mientras el cielo del amanecer emitía un resplandor azul como el del fogón de una cocina, y los equipos se vieran obligados a traer autobuses llenos de jornaleros siguiendo el reglamento de emergencia para rellenar la lista de turnos, procedentes de Sacramento, Stockton y Norfolk, Virginia, aldeas enteras de la República Dominicana saqueadas para traer a todos los individuos en la flor de su juventud, cargarlos en el vientre de aviones C-130 y llevarlos por aire hasta Oakland para alimentar el apetito insaciable que tenía aquel partido de bateadores y jugadores de campo y lanzadores de refresco, y las amenazas se sucedieran hasta llevar a la tercera expulsión, bolas altas y sin fuerza, terceras fallas, manga tras manga, semana tras semana, y a todos les creciera la barba, y llegara la Navidad, y los veranos se sucedieran, y las guerras terminaran, y los bebés se licenciaran de la universidad, y la pelota cuatro llenara las bases por 3211^a vez, seguida de un lanzamiento a la izquierda alto y fácil de coger, y a continuación el comisionado llamara a equipos universitarios y a las estrellas de los equipos de softball femenino y a los de la Liga Infantil, y Archy y Titus aguantarían todo ese tiempo con su silencio igualmente infinito, sin que entre ellos terciara nada más que un metro de sofá; y el loro siguió volando, percibiendo el potente zumbido sensorial del Hospital General Chimes, desconcertado por el luminoso estallido de humanidad que emitía el hospital, uno de cuyos suaves latidos de electrones estaba siendo rastreado en aquel mismo momento por la pantalla LCD y la cinta registradora de un monitor fetal situado en una de las salas de parto más agradables de la cuarta planta, con una atmósfera como

de hotel Marriott pijo, cortinas blancas, paredes de color ciruela, suelos laminados, con un cardiograma que era como un hilo de relámpagos, como el contorno rápidamente esbozado de unos picos montañosos, como un tamborileo medido con mesa de mezclas, y el padre y la madre se cogían la mano junto a la cama y lo miraban, aunque es posible que la expresión «se cogían» no fuera suficiente, puesto que estaban unidos en una especie de maniobra de sumo, enzarzados como luchadores, esperando y contemplando el monitor mientras, al otro lado de la puerta, donde no lo pudieran oír, el médico presente, el doctor Bernstein, les estaba diciendo a las dos comadronas con pesar evidente que iba a tener que entrar a sacar a la criatura, una noticia que no supuso una gran sorpresa para ninguna de las comadronas, puesto que las dos habían visto la impresión de la máquina y sabían que a menudo los hospitales actúan con cautela precipitada, confundiendo la impaciencia con la eficiencia, pero las dos anonadadas pese a todo por el hecho de verse obligadas a entrar una vez más en la sala de partos y decepcionar gravemente a su paciente, que también había tenido a su primera criatura por medio de una cesárea de emergencia y ya llevaba tiempo trabajando y visualizando y haciendo cantos y ejercicios de Kegel y meditando y haciendo hipnosis y ofreciendo su perineo cada noche para que el padre lo untara generosamente de aceite de yoyoba, preparándose para tener un Parto Vaginal Post Cesárea como si fuera Beatriz Kiddo preparándose para vengarse del Escuadrón Asesino Víbora Letal, hasta que su identidad misma, su misión en la vida, dio la impresión de quedar subsumida, en contra del consejo de las dos comadronas pero con su simpatía, en el paso exitoso de su bebé por el cuello de su útero, y es por eso que la madre rompió a llorar cuando vio que Gwen y Aviva entraban por la puerta con sendas muecas tensas que les levantaban las comisuras de las bocas, se echó a llorar como una magdalena en mitad de una larga contracción, y el padre luchó para no mirar el monitor fetal mientras Aviva les explicaba que debido a que el bebé, tras negarse sabiamente a encajar la cabeza en la pelvis de su madre, estaba empezando, después de veinticuatro horas de parto, a mostrar señales de fatiga, iban todos a tener que abandonar su plan tan meditado y esperanzado para concentrarse en lo que el bebé necesitaba en aquellos momentos, un argumento que casi siempre conseguía amarrar nuevamente a una madre de parto al mástil de su determinación y producía el efecto deseado, y la madre asintió mientras la contracción la abandonaba, y Gwen también asintió, pero no dijo nada, evitando que su mirada se encontrara con la de los padres igual que había hecho desde que había determinado, hacía muchas horas, en el dormitorio del pequeño bungalow de Ada Street, que el feto era flotante, que estaba demasiado arriba en el útero, atascado en una estación fetal de menos tres, corriendo un pequeño riesgo de prolapso del cordón que en circunstancias normales las Comadronas Asociadas de Berkeley optarían por correr, manteniendo los planes que tenía la madre para su hogar y su vagina mientras esperaban a que el feto flotante

descendiera, y ni siquiera sumida en la nube de su dolor y su pesar, la madre estaba lo bastante ida como para darse cuenta de lo furtivamente que estaba actuando Gwen, o para preguntarse si tal vez Gwen no se sentiría algo responsable por el rumbo que habían tomado las cosas, si sus modales tranquilos y solidarios pero algo reservados no serían una muestra de fracaso personal, o si tal vez Gwen no creería en secreto que hacer cesárea era innecesario y no había querido trasladarla al hospital, pero por alguna razón sentía que no podía hablar y por eso había tenido que someterse a la política hospitalaria y a su socia, pese a que se podría argumentar perfectamente que nacían fetos flotantes en partos en casa todo el tiempo, en el mundo entero, y los bebés salían perfectamente sanos, pero antes de que la madre pudiera preguntarle a Gwen qué estaba pasando, y por qué daba la impresión de que ella y Aviva no se hablaban, salvo cuando se hacía necesario algún intercambio de información, la sala se llenó de un ejército de médicos desconocidos cuyo aire de importancia le pareció al padre profundo y aterrador, mientras que un equipo de enfermeras se entregaba a la tarea mágica de convertir la cama de partos en una mesa de operaciones que a continuación fue sacada por la puerta, con el padre detrás, agarrando la mano de su mujer con tanta fuerza que Gwen se vio obligada a separarlos, diciendo «muy bien, cariño», diciéndoles que ya era hora de dejar que la madre soltara a aquel bebé, y luego ayudando al padre a ponerse la ropa de hospital y la mascarilla, preparándolo para la breve y relativamente horrible serie de obligaciones cuya ejecución recaería en él: cortar el cordón umbilical, hacer fotos con su cámara digital, animando para la obtención de una buena puntuación Apgar mientras su criatura se escurría bajo aquellas luces de patatas fritas, reducido, con Gwen y Aviva —las tres únicas personas del edificio, de la ciudad o del mundo, a quienes les importaba si ella paría por la vagina o por una raja en el vientre— a una de las tres personas con menos poder de la sala, y acto seguido un aire de impotencia soñolienta impregnó todo el procedimiento para el padre, que en un momento dado, después de que el bebé fuera sacado por los sobacos del agujero en la madre, una niña que recibió al instante el nombre de Rebekah con una K que la agobiaría durante el resto de su vida, cometió el grave error, justo cuando los médicos estaban recomponiendo a su mujer, de girar la cabeza —se suponía que tenía que estar mirando cómo su hija sentía la luz, el aire y el agua por primera vez, el primer día de la creación— y vio cosas al otro lado del quirófano que ningún marido debería ver, un amasijo de color anaranjado sanguinolento de Betadine y placenta y grasa dorada y membrana de color pollo blanquecido, pero al final, aparte de una decepción que perduraría durante años en el corazón de la madre igual que un olor a quemado en una cocina, todo salió bien, y una imagen con grano y evanescente del padre sonriente con el bebé flotante arropado en los brazos fue lo último que la madre vio antes de cerrar los ojos, agotada, con un litro de sangre de menos, mareada, empujada sobre ruedas hasta la

sala de recuperación y colocada junto a una ventana alta y estrecha que daba al resplandor de una tarde inverosímilmente verde y azul, donde la madre se quedó dormida de agotamiento, y donde seguía completamente fulminada por algún opiáceo formidable cuando Gwen entró, se plantó junto a la cama, le cogió las dos manos con las palmas de las suyas, unas palmas frías y destinadas a permanecer en alguna capa sumergida de la memoria de la madre y más tarde, minutos o siglos más tarde, cuando la madre volvió a abrir los ojos, justo antes de apartar la mirada del resplandor de la tarde que se veía por la ventana para saludar a su hija y encargarse de prepararle un poco de leche, la madre vio una mancha roja en un roble de Virginia que había junto al aparcamiento, una mancha de un rojo salvaje, un pájaro, ¡un loro!, que acechaba desde una rama del roble de Virginia, con cara de estar hablando o incluso cantando para sí mismo, recomponiéndose con aire meticuloso y a continuación regresando al cielo, rumbo a la manada de colinas con sus mantos de color ruano, trazando un rumbo que pasaba por encima del dúplex de Blake Street en cuyo dormitorio principal otro padre y otro hijo estaban tumbados mirando algo juntos en lugar de conversar, codo con codo en la cama, apoyados en almohadones y con las caras iluminadas por la pantalla de un ordenador portátil que el padre tenía colocado sobre el abdomen en un ángulo tal que, si los dos permanecían muy juntos, ambos podían ver bien la película, almacenada en uno de los nueve discos que Julie había sacado de la sección de blaxploitation del Reel Video y había llevado a casa a modo de investigación para su clase sobre Tarantino en el Centro para la Tercera Edad, una película, *Strutter* (1973), protagonizada por los actuales fugitivos del Instituto Bruce Lee en la flor de su juventud y en los papeles respectivos de sendos tragos de magnificencia funk que se paseaban armados hasta los dientes, repartiendo leña y apareándose con frecuencia, Luther Stallings interpretando a un ex marine y veterano de Vietnam entrenado hasta alcanzar la excelencia en las técnicas del sigilo, la infiltración y el combate mano a mano y a continuación sometido a un consejo de guerra, dado de baja con deshonor tras intervenir para impedir que un capitán (blanco) violara a una chica de una aldea y soltado con todas sus habilidades de comando en el mundo de los bancos, las colecciones de arte pirateado, los cargamentos de lingotes y joyas, un ex marine que es perseguido (la primera película del proyecto de trilogía era una supuesta versión blaxploitation de *El caso de Thomas Crown*) por la investigadora de la compañía aseguradora, una señorita de largas piernas y escasa vestimenta que lleva por inverosímil nombre Candygirl Clark y que se ve obligada a traicionarlo a fin de cobrar su paga, y el hijo estaba disfrutando del aire general de cutrez despreocupada de la película, mientras que el padre estaba disfrutando del recuerdo de la época y del año, 1973, maravillándose de una serie de pequeños detalles del pasado (buzones bitonos de tapa roja, largas hileras de cabinas telefónicas en las estaciones de autobús, ancianos deambulando de forma rutinaria

con traje y corbata) que, sin que él se diera cuenta, se habían esfumado tan completamente como setas bajo el paso de las botas de Super Mario, y tanto el padre como el hijo estaban igualmente impresionados, a múltiples niveles, por Valletta Moore, por sus habilidades de kung-fu, por aquel atuendo de color naranja con partes recortadas en la cintura y aquellas botas de color naranja que le llegaban hasta las caderas, por el toque de extravío, o incluso de bizquera, que se le veía en la mirada de tipa dura, y sobre todo impresionados por lo muchísimo que molaba Luther Stallings de joven, por la contención con que interpretaba cada escena, como si estuviera seguro de poder satisfacer sus requisitos sin recurrir a las palabras, y es que el texto del folleto de la futura edición en estuche de la trilogía en DVD (empaquetada ahora en la parte de atrás del Toronado) explicaba que, el primer día del rodaje, Stallings (autor de dicho texto) le había cogido prestado un bolígrafo al director (que acabaría dirigiendo centenares de episodios de *Trapper Jones, M. D.*, *El coche fantástico* y *Walker, Texas Ranger*) y había tachado el sesenta y tres por ciento de sus líneas de diálogo, violando hasta el último código y norma de la profesión, y es que poseía el don, muy extendido entre los genios fracasados (aunque esta observación no se encontraba en el texto del folleto) de una fuerte conciencia de sus propias limitaciones, un don que se sumaba a su dominio del kung-fu, con todo su brío y su acrobacia, su parentesco con ciertos movimientos de baile de James Brown —las Palomitas, por ejemplo—, su mensaje de liberación corporal del severo yugo de la física, un Luther Stallings «brutal», en palabras del hijo, que señaló varias veces en un tono de aprobación que hizo que el padre sintiera una punzada de compasión por el hijo, el asombroso parecido que Luther tenía de joven con el señor Titus Joyner, de manera que, cuando la película se terminó, el padre, cerrando el portátil, dio él también un salto brutal digno de Stallings y se puso a asediar al hijo a preguntas más incisivas de lo normal sobre su amistad con el joven señor Joyner, y así fue como emergió una historia, un relato, tal como lo percibió el padre, de amor no correspondido de esos que los chicos adolescentes experimentan a menudo en compañía los unos de los otros, en este caso con toda la emoción del lado de Julie, y a medida que la conversación avanzaba el padre se fue dando cuenta de que, por desgracia, no estaba preparado para nada de aquello, no para el hecho de que su hijo fuera gay —eso era lo que era y no había más que hablar—, sino para el mundo de dolor emocional (homo o hetero) en el que su hijo había entrado con tanta rapidez, y su corazón se puso sin reservas del lado del chico, renunciando al interrogatorio y concediéndole a su hijo una oportunidad para que le diera la vuelta a la situación preguntando «¿Y qué fue de él?», lo cual inauguró otro largo e intenso interrogatorio sobre la carrera de Luther Stallings después de *Strutter*, sobre la naturaleza exacta de la relación que tenía con su hijo y sobre su paradero actual, en caso de conocerse, y Nat respondió a cada pregunta con la escasa información que él poseía, reconociendo

con cierta desaprobación, y a la mierda el dolor emocional, que su hijo estaba en la fase inicial de una obsesión total, y fue en ese momento cuando Aviva llegó a casa, trayendo consigo el olor a aire acondicionado del hospital, para dejar caer su bolsa en el suelo del dormitorio y encontrárselos a los dos haciendo el friki en las interwebs (como las llamaba Julie), buscando información sobre el padre de Archy Stallings, mirando su obra completa en clips de tres minutos y pasándoselo mejor de lo que ella se lo había pasado con ninguno de ellos desde hacía mucho tiempo, y durante un segundo pareció dolida y enfadada, pero aquellos sentimientos dieron paso a algo agridulce mientras Aviva se dejaba caer sobre la cama entre ellos, con un aspecto más derrotado del que ninguno de ellos le había visto en mucho tiempo, y por medio de aquella modesta melé los tres intentaron procurarse cierto consuelo mientras el loro, cansado de volar, se posaba en un cedro del People's Park, donde se quedó vigilando a un pequeño grupo de adolescentes asilvestrados y prolongó esa vigilancia durante un buen rato, hasta que por fin la oscuridad recompensó su paciencia con medio limón, las pieles y huesos de unos cuantos aguacates y un tomate entero, que el pájaro consumió con ferocidad comedida, y a continuación se metió a pasar la noche en un agujero de un leño, hueco pero adecuado, donde se pasó los dos días siguientes antes de partir en busca de nuevas aventuras y acabar asentándose, tras mucho deambular, en el jardín trasero descuidado pero paradisiaco de una casa cerrada por ejecución de hipoteca cerca del Juan's Mexican, donde otros pájaros habían saqueado hacía mucho tiempo un nisperero y luego habían dejado caer o bien cagado las pepitas, que el tiempo y el abandono habían convertido en una buena arboleda de nispereros muy frecuentada por la legendaria bandada de loros de North Berkeley, los Hombres-Hoja de aquel vecindario, lejos de los dolores y las penas de Telegraph Avenue.

4
RETORNO A LA ETERNIDAD

Un cambio de estado. Moléculas en transición, de líquido a vapor. De una taza de tienda de todo a un dólar del barrio chino se elevaba una voluta de humo parecida a una cometa de dragón.

—¡Basta de dormir! —dijo Irene Jew. Con un susurro, la persiana de la ventana abandonó su puesto y la luz del sol entró a raudales por la obertura—. Hora de levantarse. ¡El gran día!

Gwen abrió los ojos. Las motas de polvo dibujaban estampados de cachemir sobre el resplandor: moléculas en transición. Y Gwen no era más que otra molécula, una molécula gordísima, dando tumbos al azar por el espacio.

—El gran día —dijo en tono irónico—. ¡Yujú!

Su mundo ahora se componía de cuatro paredes y de una ventana solitaria situada en la parte de atrás del *dojo*, escondida detrás de una puerta sin pomo que a su vez estaba oculta detrás de una fotografía a tamaño natural (musculatura pectoral y abdominal reluciente, pie derecho enfundado en zapatilla y volador, dientes prietos en una sonrisa de depredador) del espíritu epónimo y patrono del Instituto Bruce Lee de Artes Marciales. Su vida era un saco de dormir y un talego azul y comidas para llevar en bolsas de papel, y cada día añadía su página lamentable a la historia de la gente sin hogar.

La semana treinta y seis era terreno fértil para la autocompasión en la mujer grávida, y los pensamientos de Gwen al despertar le parecieron claramente sintomáticos.

La maestra Jew rodeó el paisaje montañoso que había pintado en la taza de té con sus manos diminutas, entrenadas para enmendar y curar, así como para repartir golpes, por Lam Sai Wing, que a su vez había estudiado con el gran doctor y deshacedor de entuertos Wong Fei Hung. Se puso de cuclillas junto al camastro, vestida con sus pantalones negros de algodón y su túnica blanca sin forma, esperando a que su más reciente invitada oculta y fuente de irritación se incorporara pesadamente por fin hasta salir a medias del saco de dormir. Gwen cogió la taza con aquellas manos extragrandes que habían rodeado los tiernos cráneos de un millar de bebés y cuya genealogía de instructores se remontaba directamente al siglo XIX y a una comadrona llamada Juneteenth Jackson, de Tulsa, Oklahoma, la retatarabuela de Gwen.

—Agua caliente del *grifo* —dijo Gwen. Hizo una mueca. Su tono no solo condenaba la idea de beber agua caliente del grifo sino también todas las eventualidades que la habían llevado hasta un nuevo toque de diana en aquel armario venido a más, cuyo único adorno era un jarrón Ming de tienda china de todo a un dólar donde había una margarita gerbera de plástico que en realidad era un bolígrafo. Hasta aquel futón barato con su olor a gofres rancios. Hasta aquel momento en que tenía que beberse un vaso de agua caliente del grifo, que no se habría atrevido a

rechazarle a la maestra Jew—. Lo que a mí me hace falta es una taza de café.

—El café pone nervioso a tu bebé —dijo la maestra Jew—. Le da ganas de escaparse un día de casa.

Junto con el vaso de agua caliente, pues, estaba claro que Gwen debía aceptar una crítica implícita a su huida del hogar familiar. Una maestra de kung-fu de noventa años, por muy mujer que fuera, no iba a ser tan progresista, era de esperar, en materia de cómo debían relacionarse adecuadamente un marido y su mujer.

Gwen se lo bebió y se quedó asombrada, como siempre, de lo bien que sabía y sentaba el agua caliente del grifo, de lo agradable que resultaba a la garganta y al gaznate al bajar, de cómo bebérsela parecía soltar alguna cuerda interior o bien fundir algún frío interior que ni siquiera sabías que albergabas. La maestra Jew afirmaba poder curar toda clase de enfermedades únicamente a base de un cigarro de altamisa y del consumo regular de agua moderadamente caliente. En la oscuridad del vientre de Gwen, el hijo o hija de su impresentable marido dio una patadita apenas perceptible de gratitud por el agua.

—¿Cómo tienes la espalda? —dijo la maestra Jew.

Gwen estiró los dedos de una mano para palparse los músculos de la rabadilla. En los últimos días, su embarazo había estado encontrando utilidades nuevas para los nudos más grandes de músculos del cuerpo de ella. Ahora se despertaba en compañía de espasmos musculares de las piernas, achaques de abuela y rigidez de las articulaciones. Gwen se encogió de hombros.

—Me duele —dijo.

La maestra Jew se arrodilló y le puso la mano detrás de la espalda a Gwen para clavarle los dedos en el sistema raíz de las lumbares como si fuera un jardinero que se dispone a transplantar una flor de azafrán. Gwen ahogó un grito de dolor, pero el contacto áspero y abrupto de los dedos fríos, secos y de piel suave de la anciana fue como un shock para su corazón de exiliada. Gwen amaba a la maestra Jew de esa manera en que se supone que uno ama a su maestro de kung-fu: con furia, como una niña.

—¿Mejor? —dijo la maestra Jew.

—Un poco —admitió Gwen.

Allí estaba la razón de que Gwen hubiera elegido estudiar en el Instituto Bruce Lee y llevara tanto tiempo perseverando con aquellos estudios, entrenando duro durante casi cuatro años hasta ganarse el cinturón negro: el hecho de que daba la impresión de que al *qigong*, igual que a la maestra Jew, no le importaba si creías en él o no.

Le devolvió el vaso vacío a la anciana, que tomó nota sin gesto ni palabra alguna de la mirada de agradecimiento que tenía Gwen en la cara. La maestra Jew también notó que a la joven se le habían inflado los rasgos atractivos y se le había empañado

su amplia mirada. De la noche a la mañana, Gwen parecía haber alcanzado el clímax de su embarazo. El bebé iba a llegar muy pronto y allí estaba aquella mujer, con su vida en completo desorden. Trabajando demasiado. Ocupándose de otras aspirantes a madre mientras descuidaba su propia salud. Y para empeorar las cosas, llevaba las tres últimas noches durmiendo en aquel cuarto diminuto, en un mundo de bolsillo atiborrado de energías masculinas. La maestra Jew expectoró un poco de flema y la escupió con delicadeza felina dentro de un pañuelo de lino.

No, aquello no estaba bien.

Cuando Gwen se había presentado a clase el lunes por la noche trayendo un talego atiborrado en el maletero del BMW descapotable y sendos rastros de lágrimas en las mejillas, unos instintos muy arraigados habían hecho que la maestra Jew extendiera los brazos y cogiera a aquella mujer en plena caída. Ahora, sin embargo, la maestra vio que no había manejado la situación como era debido. Irene Jew era muy anciana —le gustaba jactarse, por improbable que fuera, de ser la mujer china más anciana al oeste de las Montañas Rocosas— y durante los largos años que se había pasado deambulando en el exilio, desde Guangdong y Hong Kong hasta Los Ángeles y Oakland, les había entregado a muchos estudiantes el cinturón negro que era la marca del estudio más prolongado y del mayor ahínco en el entrenamiento, el dolor, la devoción, el tedio y el trabajo. Algunos de aquellos estudiantes habían sido capaces de hacer cosas magníficas, otros habían sido brillantes y unos pocos habían participado de ambas cualidades. Hasta ahora, sin embargo, ninguno de ellos había sido una mujer negra embarazada que condujera un BMW. La maestra Jew no sabía muy bien cómo comportarse con Gwen Shanks.

—Este lugar es muy malo para ti —dijo—. Huele mal. También es malo a la vista. Feo.

—Sí. —Gwen hizo un ruido, una especie de suspiro ronco que podría ser el precursor de las lágrimas o bien de una de sus risotadas petardeantes. Se masajeó la cara, apartó las manos y abrió los ojos—. O sea, no, está bien, pero... lo siento. —Extendió el brazo para coger el batín de un tono metálico de seda marrón de calidad que había doblado junto al futón y echársela por encima. Llevaba un pijama de seda a juego con el batín, con ribetes blancos—. Solo necesito dormir bien una noche.

—Necesitas tu almohada.

—Sí —dijo Gwen, anhelando la larga y fresca extensión de la almohada corporal Garnet Hill que llevaba meses entrelazada con sus piernas, brazos y barriga, siendo su más fiel amante—. Me hace mucha falta mi almohada.

—Vete a casa —dijo la maestra Jew—. Y cógela.

—No puedo.

La maestra Jew le dio la espalda a Gwen. Al otro lado del estudio con suelo de bambú reluciente y lleno de arañazos, cuatro ventanas altas daban al glaseado azul de

un cielo estival de Oakland surcado de cables telefónicos como grietas. Detrás de la mole de cemento del viejo supermercado Golden State, una palmera levantaba sus faldas verdes de buscona.

—Muy bien, sé que necesita usted que me vaya. Le doy muchas gracias por haberme dejado quedarme tanto tiempo. Hoy mismo me iré a un hotel o alquilaré un apartamento. Uno de esos sitios diminutos que hay en Emeryville al lado del cine. El IKEA está allí mismo. Compraré una cuna y unos cuantos platos. Todo lo que me haga falta. Sé que he estado aquí tirada sin hacer nada y en pleno ataque de autocompasión. Me duele la espalda y tal vez tengo un poco de shock. Hay muchas cosas que no sé. No sé si puedo cuidar de mi bebé sola. No sé si voy a ser capaz de conservar mi trabajo de los últimos diez años.

La maestra Jew le siguió dando la espalda a Gwen, que fue consciente de que su discurso había sido poco respetuoso y de que ella no había calculado bien ni su duración ni su tono.

—Lo siento —concluyó Gwen—. En serio, mañana o pasado como muy tarde me marcho.

La taza de té —más pequeña que la primera, roja, dorada y provista de un intrincado dibujo geométrico y un pez dorado— ya estaba en la cara de Gwen antes de que ella se diera cuenta de que la maestra Jew se había movido, un repentino accidente de la visión, como un apagón o el flash de una cámara, y para cuando se dio cuenta de que aquella vieja loca *le había tirado una taza a la cabeza*, a Gwen le escocía la palma de la mano derecha y notaba entre los dedos el frío de la taza interceptada, que le dejó escapar una última gota sobre el pulgar.

—Gran día. Vístete —dijo la señora Jew—. Y ve a buscar tu almohada.

A Gwen le ponía nerviosa su situación, su estatus en su propia casa. De manera que tenía en mente una especie de Grenada marital, el empleo de una fuerza masiva en apoyo de un objetivo modesto, casi risible. Sin embargo, cuando pasó por delante de la casa dormida a las 6.51 (una hora que su marido nunca había conocido de forma íntima), la vio tan ordinaria, con la pintura azul de los listones descascarillada, la madreSelva estrangulando la cerca de lamas y los depósitos vacíos de la pipa de agua Arrowhead alineados en el porche, que perdió las ganas de pelearse. Pasó por delante de la casa y por un momento se planteó pasar de largo.

Era cierto, tal como le había dicho a la maestra Jew, que la almohada corporal no solo la ayudaba a dormir: había noches en que tenía la sensación de que era la única cosa en el mundo que la conocía y la entendía. Fiel a su nombre, la almohada corporal había llegado a encarnar a la criatura desconocida que ella tenía dentro, muda y sin forma pero imbuida de una esencia o presencia distinta del bebé que estaba en camino. La almohada corporal era una muñeca a la que ella hacía

arrumacos por las noches mientras, en sus extraños sueños de embarazada, el bebé se transformaba en toda clase de bestias y verduras y cosas mucho más extrañas que una almohada. Al mismo tiempo, ella sabía que no era más que una almohada corporal de cuarenta y cinco dólares que ella había comprado por internet. Se podía reemplazar fácilmente.

—Al cuerno —dijo en voz alta, y aparcó el coche delante de la casa de los Lahidji—. Quiero mi puñetera almohada.

Se quedó dentro del coche. Hizo unas cuantas respiraciones *qi*. Trató de agarrar la pequeña perla reverberante que tenía en el centro de su ser. Intentó amarrar o por lo menos ordenar su *qi*. Ya había tenido bastantes conflictos hasta entonces, se recordó a sí misma, sin añadir a la carga de estrés, medible en unidades de radiación, al que ella y el bebé habían sido expuestos. Pese a todo, su reticencia a enfrentarse con Archy no reducía para nada su indignación por todo lo que él había hecho o no hecho como marido, padre y hombre, una indignación que ahora se fijó y se concentró, como si fuera un enjambre de abejas, en la cantidad de cuarenta y cinco dólares. No tenía intención de tirar aquel dinero. Ella había dejado atrás muchas cosas de valor en la casa al abandonar a Archy y, si nunca las recuperaba, no pasaba nada; la almohada corporal serviría para redimir el resto de la vida y las posesiones que ella había abandonado. Salió del coche. Solo tenía un curso de acción: entrar no como el batallón de marines que asola una isleta de cocoteros, sino como la Fuerza Especial. Una operación quirúrgica. Con sigilo. Entrar y salir.

Gwen decidió probar primero la puerta de atrás. Se deslizó con discreción —y sin mucho espacio a los lados— por la piel rota de serpiente del camino de ladrillos que iba entre la casa y la alambrada, ahora invadida de campanillas como si fuera una especie de cesta asilvestrada. Pasó a hurtadillas por delante de las ventanas de la cocina, dejando atrás los cubos de la basura y del reciclaje, recorriendo el lateral sumido en penumbra de la casa, una zona en que se había aventurado muy pocas veces a lo largo de los años, un pasadizo tupido y situado a la sombra de las hojas, muy del agrado, o eso había imaginado ella siempre, de las ratas. Aquel pensamiento la hizo apretar el paso.

El jardín de atrás tenía peor aspecto del que ella recordaba. La zona de ladrillo de la barbacoa, el árbol de estramonio cargado de aquellas flores que parecían sombreros de mago amarillos, la alambrada desaparecida en muchas partes detrás de la cascada verde de hiedra, jazmines y campanillas. Una mata desaliñada de cortadera. La extensión abandonada de cemento que algún ocupante anterior de la casa, en un exceso de pereza o de optimismo, había pintado de color verde césped. Todo estaba hecho un desastre desharrapado, sarnoso y selvático que debía de estar haciendo bajar los precios de las propiedades desde allí hasta Claremont Avenue. Era una vergüenza. Pero solo hacía una semana que Gwen se había marchado; aquella ruina era la obra

de años. Un fiel reflejo del descuido de su vida.

Apartó la vista de la celosía rota que rodeaba los cimientos de la casa y de las tiras sueltas de aislante que asomaban por las rendijas de alrededor de la puerta de atrás como los calzoncillos de un delincuente sexual. Cuando ella y Archy habían comprado la casa, esta se encontraba en estado semirruinoso, barata pero maltratada. Ellos habían preparado una lista de las reparaciones y mejoras que iban a llevar a cabo. La lista se dividía entre lo necesario, lo opcional y la pura fantasía. Cambiaron los retretes y los fregaderos usando un libro de la biblioteca. Hicieron los suelos nuevos, cambiaron las ventanas y arreglaron el tejado. Fue el primer proyecto en común de su matrimonio y, al recordar aquella época, Gwen sintió una punzada de pérdida y de pesar por la felicidad que habían compartido. Con el tiempo hicieron todos los arreglos necesarios, pero, cuando llegaron a la fase siguiente, decidieron no optar por lo opcional. En algún momento mucho antes de llegar a la fantasía, ya se habían olvidado de la lista.

Gwen abrió la puerta de atrás con su llave y la empujó, pero la puerta le devolvió el empujón. Estaba puesta la cadena. Era una cadena formidable instalada por el anterior propietario, pero, que Gwen supiera, ni ella ni Archy la habían usado nunca. Había algo irritante en la forma en que ahora la cadena se resistió a los intentos de Gwen de entrar en la casa. Era como si Archy hubiera cambiado las cerraduras para que ella no entrara. Gwen se sintió insultada. Estaba a punto de ponerse a dar porrazos y exigir una explicación cuando recordó su decisión maternal de no perder la calma. Se le ocurrió la posibilidad de que Archy se sintiera menos seguro sin ella en la casa, y la idea la conmovió. Cerró la puerta de atrás con un clic suave y dio la vuelta sigilosamente hasta la parte de delante.

Mientras entraba por la puerta delantera, se dio cuenta de que cierto ronroneo leve que al subir la escalera del porche ella había tomado por la vibración de la nevera que se sentía a través del viejo suelo de tablones de abeto, o tal vez del humidificador del sótano, o tal vez incluso de alguna clase de hormigonera lejana o del helicóptero de evacuación médica al aterrizar en el helipuerto que tenía el Hospital Infantil, venía en realidad de los ronquidos entrelazados de dos muchachos. Julie Jaffe estaba tumbado con medio cuerpo fuera del viejo saco de dormir de Gwen, sin camisa y escandalosamente pálido, con unos pezoncillos rosados de cobaya. Titus estaba completamente sepultado debajo del saco de dormir de Archy, que parecía salido de la serie *Arnold*, y solo le quedaban a la vista los extraños dedos de los pies y la mitad superior de su cara. Sobre la mesilla de café se derramaba un glaciar de estuches de DVD, *Strutter*, *Ghetto Hitman*, *Soul Shaker*, todas aquellas chifladuras de películas cutres que el padre de Archy se había pasado los años setenta haciendo como churros o bien dejándose hacer como un churro. Por debajo de un recipiente de espuma de poliestireno del que sobresalían dos patatas fritas como las antenas de un insecto

grande y cauteloso asomaba otro disco en cuya etiqueta reconoció el asombroso peinado afro de Valletta Moore, junto con el cañón y el silenciador del arma del calibre 357 que ella tenía en la mano, en aquella pose icónica del póster de *Nefertiti*, cuarenta plantas de pierna morena interminable con unos zapatitos altos y provocadores haciendo de planta baja y un mono de satén amarillo con minishorts haciendo de frontón. La habitación estaba cargada de una atmósfera viciada de pubertad, palomitas de microondas y algo no identificable pero horrible.

Julie, en sus forcejeos nocturnos con su saco de dormir, se había salido tanto del mismo que ella casi lo pisó al entrar en la sala. La concavidad de su pecho sin pelo, el nudo perplejo de su ceño, el pelo lacio y suave pegado por el sudor de la noche a su frente huesuda, todo ello le despertó a Gwen recuerdos profundos de cuando ella se lo vigilaba a Aviva y a Nat y le cantaba las sombrías nanas de su abuela. Por entonces le había parecido que la inocencia del niño era también la de ella: antes de que Nat y Aviva la juntaran con Archy, antes de la larga y creciente decepción que había sido su vida profesional.

Prefirió no mirar a Titus, que roncaba debajo de un manto ridículo y trágico en el que había estampada una imagen de Gary Coleman y Todd Bridges con jerséis idénticos. La verdad era que le daba lástima, pero no quería que se la diera, de manera que optó por cabrearse con él. Entretanto, su nariz de embarazada percibió con claridad, como si fuera el palio de una matanza, que aquel olor misterioso que había notado era olor a hamburguesa rancia. Cometió el error de mirar con más atención el recipiente que había sobre la mesa. De su exterior goteaba una veta rosada de grasa con goterones grises que le mandó a ella un cohete de bilis caliente de la barriga a la boca.

Habría estado dispuesta a apostar cuarenta y cinco dólares a que los ninjas y los boinas verdes, por lo general, no solían incorporar los vómitos a sus procedimientos operativos. Habría sido una humillación insoportable; Archy se había pasado, sin quejarse, bastante tiempo del principio del embarazo de ella limpiando sus diversas emisiones.

Las moléculas de grasa oxidada parecieron seguirla como una comitiva de duendecillos malolientes mientras Gwen se alejaba en silencio por el pasillo que daba al dormitorio y abrió la puerta de este. Las persianas estaban todas cerradas, pero las de la ventana de detrás del viejo vestidor estilo María Antonieta de la tía de Archy no habían sido bien cerradas del todo y ahora formaban un ángulo oblicuo con el antepecho de la ventana. Bajo la luz del sol que se filtraba por debajo de aquella hipotenusa, Gwen vio a Archy repanchingado en la cama, boca arriba. Era una cama redonda que Archy había aportado al matrimonio —él la llamaba su cama de agente secreto—, y ahora, con los brazos y las piernas extendidos, su marido la hizo pensar en el hombre desnudo de Leonardo Da Vinci, aquel que estaba haciendo la cuadratura

del círculo o lo que fuera. Archy, sin embargo, no estaba desnudo: llevaba unos pantalones cortos del equipo de baloncesto de la Universidad de California. El objetivo de ella estaba justo al lado de él, doblado por la mitad, sin que nadie le prestara atención o tal vez intentando alejarse a rastras. Todas las demás almohadas más convencionales habían sido arrojadas o lanzadas a patadas por el costado de la cama y ahora yacían en actitudes abandonadas sobre el suelo. Como era típico en él, Archy dormía directamente sobre el colchón y solo usaba almohada para taparse la cara cuando en la habitación había demasiada luz. No iba a echar de menos para nada la almohada corporal.

Las moléculas que caían del envase de la hamburguesería en la sala de estar parecieron abandonar por fin su persecución de Gwen. Pudo soportar otra vez el acto de respirar por la nariz y lo que olió fue su dormitorio, a su marido y su vida. La fragancia a clavos y cítricos de la loción para después del afeitado de Archy, un olor a Navidad. Un olor del que ella se había enamorado muy pronto. Ahora le pareció un tónico, vigorizante y reconstituyente, que reforzaba su intención de coger la almohada, con cuidado, moviéndose despacio, conteniendo la respiración. Agarró dos puñados de almohada llena de plumas y empezó a separarla del colchón con paciencia, milímetro a milímetro.

Archy se dio la vuelta y, con un suspiro hondo, rodeó la almohada corporal con las piernas. Apoyó las caderas en ella, la cogió en brazos y se la apretó contra el cuerpo. La abrazó, dejó escapar una bocanada temblorosa de aire, suspiró una vez y se puso a roncar. Gwen se quedó paralizada, horrorizada, excitada y espoleada por una sensación de traición, aunque no tenía muy claro si la traición venía de su marido o de la almohada.

—No te levantes todavía —dijo Archy sin abrir los ojos. Suplicando en sueños. Dio otro largo sorbo agradecido de inconsciencia, paladeándolo y relamiéndose—. No me dejes.

Gwen consideró una serie de posibles réplicas a aquello, entre ellas «Demasiado tarde, cabrón», «Lo siento», «No lo haré nunca más» y «Estás hablando con una almohada».

Soltó la almohada de cuarenta y cinco dólares sin decir palabra. Dio media vuelta y salió del dormitorio sin hacer ruido. Cuando levantó la vista después de cerrar la puerta con cuidado y soltar el pomo de forma ensayadamente silenciosa, vio a Titus de pie al otro lado del pasillo, mirándola, no exactamente con una media sonrisa ni tampoco exactamente confuso. Con aquellos ojos verde azulado de Luther Stallings, escarchados con esa reverberación parecida a un campo de fuerza ilegible que velaba los ojos claros de la gente negra.

—Solo he venido a buscar mi almohada especial —dijo Gwen, bajando patéticamente la voz.

Titus asintió y luego pareció darse cuenta de que ella no llevaba nada.

—He cambiado de opinión —dijo Gwen.

Notó una ligera tensión en la barriga que sabía que significaba deshidratación. El chaval se apartó de su camino para dejarla pasar de camino a la cocina. De pie detrás de ella, se convirtió en lo único que evitó que Gwen retrocediera horrorizada por lo que descubrió allí.

—Oh, Dios mío —dijo ella.

El chaval mostró su conformidad con un soplido burlón y amargo.

—¿Qué habéis hecho?!

—Me dijo que se podía moler el café con la licuadora.

—¿Quién?

—Julie.

—¿Y también te dijo que se podía disparar salsa ragú con un rifle de agua? Porque eso es lo que parece que ha pasado aquí.

El chico se encogió de hombros.

Gwen entró en tromba, conteniendo la respiración como si estuviera entrando en una letrina portátil de la que acabara de salir su anterior ocupante, y se sirvió un vaso de agua del grifo del fregadero.

—Ahora entiendo por qué habéis puesto la cadena en la puerta de atrás. —Se bebió los treinta y tres centímetros cúbicos de un solo trago ansioso—. Es para proteger a los demás.

—También la puso Julie —dijo Titus—. Es un miedoso.

Nuevamente hubo algo que no era del todo una sonrisita en su cara; su expresión albergaba demasiada curiosidad para que lo fuera.

—Sí, ya lo sé —dijo Gwen.

Algo, cierta ternura rutinaria en el tono o el aspecto de ella en la que él no se había fijado nunca, le hizo dirigir la maquinaria de su curiosidad hacia Gwen. Le midió la circunferencia y el contorno.

—¿Tienes una almohada especial para eso? —le dijo, señalándole el abdomen.

—Una almohada corporal.

—¿Para agarrarla cuando duermes?

—La verdad es que no duermo —dijo Gwen—. Pero sobre todo cuando no la tengo.

—Y ese chaval de ahí dentro, es, vamos, mi hermano.

Gwen pensó en lavar el pintalabios del borde del vaso de agua, pero en el caso improbable de que alguien se fijara en ello en medio de todos los pescados marinados y los hormigueros de platos y sartenes, la huella de su pintalabios serviría de tarjeta de visita, de bala de plata, de comodín doblado.

—O hermana —dijo ella.

—¿No te has hecho *ecagrofía*?

—Ecografía. Les pedimos que no nos dijeran nada.

—¿Por qué queréis una sorpresa?

—Archy la quiere. A mí no me gustan las sorpresas. —Le salió un poco más enfático de lo que ella había querido, pero tampoco resultaba inapropiado.

—¿Por qué no lo averiguas y no se lo dices?

—Pues podría —dijo ella.

—¿Cómo? Aaah, ya lo has averiguado —conjeturó Titus—. ¿Verdad que sí?

Gwen quitó la cadena de la puerta de atrás.

—Medio hermano —le dijo a Titus antes de salir para afrontar el resto de su día—. Y medio no sé qué.

—¿Quién era? —le preguntó el hombre.

De aquella dirección nunca le llegaba otra cosa que preguntas, cada vez que el hombre entraba en una habitación donde estuviera su hijo se ponía a agitar las preguntas dentro de su puño como si fueran un puñado de dados. «¿Te gustan los Krispies?» «¿Los panecillos dulces?» «¿El béisbol?» «¿La guerra de las galaxias?» «¿Los melocotones?» «¿Las mujeres?» «¿Mos Def?» «¿Los gatos?» «¿Los perros?» «¿Los caramelos Mentos?» «¿Los monos?» «¿Es que nadie te ha enseñado a cepillarte los dientes cuando te levantas por la mañana?» «¿Esa camisa originalmente era blanca?» «¿Cómo es que te pasas tanto tiempo jugando a ese videojuego de las narices?» «¿Qué pasaría si leyeras un puto cómic de la Marvel, ni que fuera una vez?» «¿Has oído hablar de fregar los platos?» «¿Escuchas a Duke Ellington?» «¿Sabes quién era Billy Strayhorn?» «Oh, *joder*, ¿me quieres matar del disgusto?» Siempre soltando los dados. En aquel sentido, el hombre no suponía una gran novedad; Titus tenía la sensación de ser un vórtice alrededor del cual venían a girar a menudo las preguntas de los adultos, como aquella rueda de plástico que había visto una noche en el Discovery Channel, en algún sitio más allá de Hawai, un gigantesco remolino infinito de bolsas de plástico y botellas de refresco que giraban sin parar. Cada conversación era un acertijo, un interrogatorio, un catecismo. Cada frase iba rematada al final con su interrogante parecido a un látigo, a un garfio para atraparlo. Y cada una de aquellas preguntas, en el fondo, era puramente retórica, ni admitía respuesta ni la necesitaba.

—¿Quién era quién?

—Estabas hablando con alguien que tenía voz de mujer. ¿Era Gwen?

—¿Quién es Gwen?

—Chaval, tú ya sabes quién es Gwen. Mi *mujer*. Titus se encogió de hombros de forma elaborada, en tres partes, con tantos niveles como un ajedrez vulcaniano:

—Supongo.

—Supones.

—Ha estado aquí.

Al oír aquello, a su padre se le vaciaron los ojos y se le distendieron aquellas mejillas que tenía de Oso Yogui. Plantado en la misma puerta del dormitorio donde hacía unos minutos había estado su *mujer*. Anudándose y desanudándose un lazo fallido en el cinturón de su batín de playboy. El hombre contempló los calcetines que había tirados en el suelo del pasillo y captó el hedor a población masculina de la casa. Cerró los ojos, funcionando con lo que debían de ser dos o tres horas de sueño, con las cuencas de los ojos moradas de fatiga. Sin duda imaginándose la devastación reinante en la cocina, los montones de basura de la sala de estar y a aquel chaval blancucho y flaco, con sus calzoncillos diminutos, que yacía enredado en el viejo saco de dormir mugriento. Reconstruyendo mentalmente el itinerario probable de la visita de ella. Sospechando lo asqueada que se debía de haber quedado al ver todo aquello. Repasando la situación entera como ese flashback del final de una película de detectives que muestra la forma en que se debió de cometer el asesinato, mientras todo el mundo está sentado en el salón o en la galería o donde sea, bajo las mariposas enmarcadas y las cabezas disecadas de tigre, mientras el detective lo desvelaba todo. «Ella estaba de pie ahí mismo; solo se tendría que haber despertado usted y la habría visto. Pero no se despertó, ¿verdad que no, señor Stallings?» Se pasó una mano por la cara despacio y de forma deliberada, como si estuviera deseando borrarse los rasgos. Abrió los ojos.

—Hostia puta —dijo—. Pero mira qué desastre.

Echó a andar por el pasillo, dejando atrás una estela de aquel olor suyo a limpiador Pledge de limón, a punto de rozar a Titus al pasar pero sin llegar a hacerlo. Cuando entró en la sala de estar, lo que descubrió allí no solo confirmó sus peores miedos sino que los intensificó o incluso los hizo palidecer.

—¿Y qué la ha hecho venir hoy aquí? —dijo, con una voz que apenas se oía. Para empezar, no sonaba a pregunta.

De manera que Titus no le contestó. Esta vez no porque se enorgulleciera de burlarse o de no hacerle caso a su padre y a todas las preguntas absurdas del mundo adulto, sino porque, ¿qué iba a decir? Se había mencionado cierta almohada corporal, pero Titus entendía que una almohada corporal no explicaba nada, no era más que lo que Hitchcock denominaba un MacGuffin. La barriga de la mujer, la curva del hermano que la deformaba, la seriedad con que le había hablado a Titus, no mirándolo con seriedad de «Chaval, mejor será que te comportes» como hacía la madre de Julie, sino con seriedad de científico, escéptica y fascinada por lo que veía. ¿Cómo iba a explicar todo aquello con palabras?

—Levántate, Jaffe —dijo su padre.

Julie se incorporó de golpe hasta sentarse, con unos pezones rosados como de

cachorro de pit bull, sin un solo pelo en todo el cuerpo salvo uno bien duro como de ceja debajo del brazo izquierdo, que había que conocer para ver y que se sabía que había provocado alguna burla de Titus. Julie parpadeó, enfocando la vista hacia el hombre, todavía bizco y resacoso de los vapores de su último sueño de la noche.

—Gwen ha estado aquí —le dijo el hombre.

Julie asintió y luego vio que se le estaba pidiendo más que aquello. Negó con la cabeza.

—No lo sé —se aventuró a decir.

—No te lo estoy preguntando. Titus dice que Gwen ha estado aquí. Ahora mismo. —Se volvió hacia Titus—. ¿En esta sala? —Titus volvió a asentir—. ¿En la cocina?

—Se ha bebido un vaso de agua del fregadero.

—Dios bendito —dijo Archy. Volvió a mirar a Julie—. Entonces, ¿tú no la has visto?

—Estaba durmiendo —dijo Julie.

—Sí, yo también. El único que no estaba durmiendo era mi Titus, y, como de costumbre, no tiene gran cosa que decir sobre el tema.

Titus entendió que aquel último comentario pretendía ser una crítica, aunque él veía la cosa distinta. Con el silencio, uno se podía condenar a sí mismo, pero nunca de forma tan efectiva como yéndose de la boca. Se echó atrás mientras su padre se acercaba a las pruebas desordenadas y, la verdad, en el mejor de los casos, rotas (debido a la mala calidad de la película original, a las transferencias a vídeo de tercera, los argumentos vulgares y al mismo tiempo descabellados y los diálogos envarados) de que en una época Luther Stallings había aparecido resplandeciendo en las pantallas de los cines especializados en serie Z del gueto. Al principio, el hombre pareció no ver los DVD, ocupado como estaba con las servilletas arrugadas, los vasos de sesenta y seis centímetros cúbicos y los envoltorios grasientos de los restos de comida. Con esa energía desesperada de quien intenta salvar baratijas de un incendio que se avecina, recogió las cajas de hamburguesas con los rebordes cubiertos de queso, los tenedores usados y envoltorios de cañitas y todos los demás desperdicios que los chavales habían dejado la noche antes cuando, a las tres y media de la madrugada, antes de que él volviera de un concierto en San Francisco, por fin apagaron el televisor y se fueron a dormir. Se lo amontonó todo precariamente en los brazos, como si hubiera alguna posibilidad de que su mujer fuera a volver en cualquier momento.

—Hostia puta —volvió a decir.

Entró pisando fuerte en la cocina, soltando un gruñido al captar en su integridad el desastre que reinaba en ella. Se puso a remover ruidosamente debajo del fregadero hasta encontrar una bolsa de basura y tiró dentro de ella toda la porquería que llevaba en brazos. Acumulando rabia dentro de sí como un huracán que coge agua del mar,

recorrió la cocina sin dejar de recoger basura. Regresó con zancadas furiosas a la sala de estar, como un Papá Noel gordo del gueto con perilla y su pesado saco al hombro.

—No me puedo creer que hayáis dejado mi puñetera casa hecha una puta mierda tan grande —dijo, ateniéndose a los hechos pero de forma injusta, puesto que si la habían dejado así era solo porque habían seguido los principios del cuidado del hogar que él mismo había establecido tras la marcha de su mujer. El estado lamentable de la cocina era tan culpa de él como de los demás—. No me puedo creer que haya tenido que venir esta mañana. —Como si, por ejemplo, de haber venido ella el día anterior o el siguiente la casa hubiera estado impecable y reluciente, y en cambio aquel día fuera una anomalía extraña en el programa de limpieza—. Con la casa hecha un puto garaje lleno de adictos al crack. Tendría que hab... Un momento. Espera.

Ahora la portada de *Night Man*, uno de los DVD que Titus y Julie habían alquilado la noche anterior en el Videots de College Avenue, pareció llamar la atención del hombre, ser captada por primera vez. Cogió el estuche, le dio la vuelta y leyó las frases publicitarias, académicas y de pura trola que había escritas allí.

—«Quentin Tarantino presenta» —dijo—. Ja.

Mientras examinaba el estuche del DVD, la postura se le ensanchó y la espalda se le puso recta. La rabia avistó tierra y viajó hacia el interior. Se estaba alimentando de sí misma, le dio la impresión a Titus, que era alguien instruido en los repertorios de la rabia. A continuación revolvió entre los demás estuches de DVD que había desperdigados por toda la mesa. Tarantino tenía razón: *Night Man* era lo mejor de la filmografía de Stallings, una película de atraco a un banco, con policías y ladrones, no demasiado cutre, con partitura de Charles Stepney y fotografía de Richard Kline, que también había hecho la fotografía de *Soylent Green* y alguna que otra película chula de la época, como por ejemplo una de la serie de *El planeta de los simios*. Barata, dura y desigual, dejó clara y proclamó para siempre la verdad del estado de gracia física de Luther Stallings en 1975, la belleza de sus anchas aletas nasales, la forma granujienta en que sonreía, la arquitectura fatal de sus manos.

—¿Qué mierda es esto? —dijo el hombre.

Titus estuvo a punto de decir «Es tu padre», pero en el último momento se dio cuenta de que podía dar la impresión de que estaba diciendo que Luther Stallings, su abuelo, era una mierda. Cuando era lo contrario: en una época Luther Stallings había sido lo contrario de una mierda, había sido la hostia, así con artículo definido y hasta con mayúsculas. Estaba clarísimo que era La Hostia.

Antes de aquel verano, antes de la semana pasada, el nombre de Luther Stallings no era un recuerdo para Titus, sino el recuerdo de un recuerdo ajeno, como un tema de éxito poco importante o el vicepresidente de la era de la música disco. Un desparrame de imágenes atrapadas como mariposas en la rejilla de su mente. Primero: un artículo de un número viejo, muy viejo, más viejo que el Rey Tut, de la revista

Ebony guardado en un cajón de la mesilla de noche de su abuela. Titus recordaba poca cosa del artículo más que el nombre del tipo a quien estaba dedicado, el título *Strutter* y un plano de Luther Stallings sentado en una sala de estar de Los Ángeles, con pantalones negros ajustados y botas blancas hasta el tobillo, tirándole una pelota de béisbol a un chaval borroso. Segundo: unas imágenes llenas de arañazos y descoloridas en un vídeo del Wu-Tang Clan, de no más de unos segundos de duración, que mostraban a un hombre negro esbelto y liviano sembrando la destrucción con sus puños y pies entre una banda de taoístas homicidas. Y tercero, y el más vago: el recuerdo, en realidad el simple residuo acre —y nada más— de la baja opinión, embotellada como si fuera humo bajo el nombre de Stallings, que tenía su abuela de todos los padres de los que Titus era heredero.

Ninguno de aquellos ecos había preparado a Titus para la verdad de la grandeza de Luther Stallings tal como la revelaban de forma fragmentaria las películas en sí, incluso las películas malas de remate. Ninguna lo había preparado para la extraña calidez que le había llovido sobre el corazón la noche anterior, sentado con el único y mejor amigo que había tenido nunca, mirando a aquel asesino bailarín de *Night Man*, con sus coches fabulosos y su ridículo botín de mujeres guapas, una de ellas con un afro plateado. Luther Stallings, la idea de Luther Stallings, le producía a Titus una sensación que no le había producido nunca nadie ni tampoco ningún lugar: la sensación de ser un punto de origen. Un lugar de nacimiento legendario, perdido en las nieblas del Shaolin o en las lejanas tecnojunglas de Wakanda. Allí a oscuras junto a Julie, mientras miraba a su abuelo, Titus había sentido que su propia vida se fundaba en el tiempo del mito y los héroes. Por primera vez desde que había cobrado conciencia de sí mismo, pequeño y pasado por alto como un penique en un rincón del cajón de abajo del mundo, Titus Joyner veía en su propia historia un brillo valioso, y en sí mismo los componentes del glamour.

—¿Estáis montando un festival de cine de Luther Stallings? —dijo el hombre.

—Era bueno —dijo Julie.

—No, Julie, no lo era.

—Bueno, en kung-fu o lo que sea.

El hombre no levantó la vista del estuche de plástico. Hablaba con una dicción suave y furiosa.

—No quiero a ese cabrón en mi casa —dijo—. Bajo ninguna forma. Ni en carne y hueso ni en electrones y píxeles. Ni siquiera quiero oír su maldito nombre en vuestra maldita boca. ¿Vale? ¿Entendido?

El hombre recogió los elementos alquilados del Festival de Cine de Luther Stallings, los amontonó al azar y trató de dárselos a Titus. Titus se limitó a quedárselos mirando. De manera que el hombre se los intentó dar bruscamente a Julie.

—¡Sácalos de mi casa! —dijo.

—Vale, vale —dijo Julie—. Caray, Archy, pero ¿qué te pasa?!

El chaval estaba aturdido por la forma brusca y violenta en que el otro le había entregado los DVD. Miró al hombre como si estuviera a punto de llorar.

—Lo siento, Archy. Yo no...

—Es tu *padre* —se oyó decir Titus a sí mismo, para su sorpresa, si no para su horror—. ¡El tipo era una puta estrella del cine! Te tendrías que sentir *orgulloso* de él.

—¿Eh?

—Era bueno —dijo Titus—. Actuaba realmente bien. Mejor que Fred Williamson, y también peleaba mejor. Peleaba mejor que Jim Kelly, que no era actor para nada. Y mejor que todos los blancos, que Chuck Norris, que el tío de las cejas...

—John Saxon —dijo Julie.

—John Saxon. Y también mejor que todos esos tíos chinos clásicos. Sonny Chiba, Sammo Hong. Pero si a ti esos rollos te encantan, si te has puesto de fondo de escritorio una captura de pantalla de *Juego con la muerte*. De la pelea con ese tipo enorme que parece un emú gigante. No tiene ningún sentido que no aprecies a Luther Stallings. Toca el piano. Es un experto en barbacoas y rollos de esos. —Aquellos datos los había sacado de un extra del disco de *Night Man*—. Pero, o sea, aunque no te caiga bien, aun así lo tienes que *respetar*.

Titus vio que le había proporcionado al hombre una nueva sorpresa en aquella mañana tan poco habitual.

—No dices ni diez palabras en dos semanas —dijo el hombre—. Y ahora me sueltas un discurso entero, ¿eh? Y me cuentas lo que tengo que sentir.

—Es tu padre.

—Ajá. Pues entonces, siguiendo la misma lógica, supongo que tú me tienes que respetar a mí, ¿no?

—No —dijo Titus—. Porque tú no eres más que un donante de esperma.

Aquello salió de su arco con un chasquido de inspiración y alcanzó a su objetivo con un porrazo que casi se pudo oír. Hizo que el hombre se tambaleara antes de recuperarse.

—A ver, en primer lugar —dijo—, yo aquello no lo «doné», ¿de acuerdo?, lo *obsequié*. En segundo lugar, ese «emú» es el puto Kareem Abdul Jabbar. Tercero, a ver, y ahora escúchame, ya tengo bastantes problemas, a ver, con el entierro de mi verdadera figura paterna pasado mañana, y con servir comida y bebidas para cien personas. Tengo que reunir una banda de música. Encontrar a un loro. En mi garaje, fíjate, tengo el órgano Hammond que mató a Cochise Jones, ahí sin hacer nada, y encima hay que arreglarlo para poder rendirle al hombre el tributo que se merece. Tengo todos sus puñeteros efectos personales amontonándose por todos lados, el bebé de camino y a mi mujer completamente chalada. He dormido tres putas horas como

mucho. Tengo a este cabrón flaco aquí, paseándose en calzoncillos, con un saco de dormir en el tobillo como si fuera un puñetero calcetín gigante. Pedazo de mariconcillos —dijo, arrancando el último par de bloques de Jenga de la pila tambaleante de su compostura—, venís aquí, lo llenáis todo de DVD, me faltáis al respeto, contravenís mis deseos, me dejáis la puñetera casa hecha un desastre...

Julie levantó una mirada acusadora. Decepcionado por el hombre y deseoso de hacérselo saber.

—Eso es homofóbico —señaló.

—¿Eso crees? —dijo el hombre—. Pues, hermano, eso no es nada comparado con lo que estáis a punto de oír. Podéis poneros la ropa, cabroncetes, hacer las maletas y largaros de aquí, los dos. Fuera de esta casa. Y llevaos con vosotros esas películas de mierda. Os vais con vuestra cinefilia a la puta calle.

—¿En serio? —dijo Julie.

En aquel momento pareció que el hombre le quería enseñar a Julie que hablaba en serio. Cogió la copia de *Strutter* en su estuche, la primera película de Luther Stallings, hecha cuando solo tenía ocho años más de los que tenía Titus ahora. La tiró al suelo y la pisoteó cuatro veces.

—A. La. Puta. Calle.

El plástico cedió dos veces. Al tercer golpe, sin embargo, el estuche se partió por la mitad. Y con el último, se rompió el disco. Tres pedazos resplandecientes de arco iris sobre la alfombra.

—Gilipollas —dijo Titus.

Lleno de instinto asesino, y de esperanza, intentó darle un puñetazo a su padre. Se retorció con gran estilo sobre sí mismo, perdió el equilibrio y cayó. La mano que había usado para detener la caída se le enganchó con los trozos del estuche roto. Un pedazo de arco iris roto le hizo un corte, suficientemente grande como para sangrar un poco y doler mucho.

—Te odio, joder —dijo Titus, con una voz que sonó, incluso a sus propios oídos, deprimentemente femenina y chillona—. ¡Te odio al puto máximo!

El hombre se plantó a su lado, mirándolo desde arriba, con los brazos en jarras, respirando con enormes bocanadas resollantes de aquel aire que habían amargado entre todos.

—Eso sí que son palabras de odio —dijo.

A dos manzanas de Brokeland, dando marcha atrás para ocupar un sitio en Apgar Street con un golpe furioso del volante del El Camino, sorbiéndole el último milímetro chamuscado de utilidad a un canuto mientras intentaba componer un pedido de diez kilos de tacos al pastor, doce docenas de nachos y cuatro litros de pico de gallo del camión de tacos de Sinaloa que estaba en la Catorce Este, Archy

Stallings pisó un cable-trampa interno que liberaba varias cargas ocultas de remordimientos. Remordimientos por el estallido poco viril e irresponsable que había tenido con los chicos, por el daño que le había hecho a Gwen, por el hecho de que Gwen descubriera la miseria absoluta en la que su marcha lo había dejado sumido. Y remordimientos, finalmente, por su aventura etíope; Archy recordaba, con esa agudeza llena de remordimientos que confiere la marihuana, el tinte de melancolía que inundaba las pupilas de Elsabet Getachew cada vez que levantaba la vista para mirarlo con el semen de él en la boca. Remordimientos por su incapacidad general para guardarse dicho semen, por su última pelea con el señor Jones, por haber elegido unos mocasines marrones con un traje que tenía más azul de lo que él recordaba en su tela a cuadros escoceses. Apagó el motor y se quedó sentado mientras un platillo de remordimientos resonaba estridentemente.

Justo antes de que la mujer de los tacos regresara de pasar su tarjeta para interrumpir la espera de Archy e informarle, empleando una fraseología hábil y entrecortada, de que la operación había sido un fracaso y su Visa no había sobrevivido, Clifford Brown Jr. apareció por la KCSM para anunciar de forma retrospectiva un tema que debía de haber pinchado antes de que Archy se subiera al coche, la versión que había hecho en 1970 Freddie Hubbard de «Better Get Hit in Your Soul», «con la participación», en palabras de Junior, «a los teclados, del enorme y difunto señor Cochise Jones de Oakland», y Archy se sorprendió inesperadamente al borde de las lágrimas. Aquel borde era lo más cerca de las lágrimas adonde Archy solía permitirse llegar. Los remordimientos, el dolor, el duelo, la pérdida... Permitir que fluyera ni que fuera una sola lágrima ante la acumulación de semejantes sentimientos implicaba poner en peligro vetustos sistemas raíz y muros de contención. El resultado serían corrimientos de tierras y avalanchas negras que lo ahogarían.

La culpa era de algo en la forma en que Clifford Brown Jr. había dicho «enorme y difunto».

—Sabía que mi tarjeta no se encontraba bien —admitió Archy ante la mujer de los tacos, llorando copiosamente—. No sabía que estuviera tan enferma.

—No pasa nada —dijo la mujer de los tacos, confundiendo el temblor de la voz de él con simple dolor por la pérdida del señor Jones, que había sido un cliente de Sinaloa casi tan fiel como de Brokeland Records, propenso a caer en éxtasis casi musicales ante el espectáculo de aquellas losas rotatorias de carne de cerdo glaseada y crujiente rodeando su eje como si fueran sabrosos discos de cuarenta y cinco revoluciones por minuto. O tal vez no se estaba confundiendo en absoluto—. Me pagas en metálico cuando te vaya bien, ¿vale? Pasado mañana a las once de la mañana, ¿de acuerdo?

Archy dijo que aquello le iba bien. Intentó recuperar la compostura. Pensó en

Tony Stark, Iron Man, con aquella metralla incrustada en el tejido cicatrizado de su corazón, condenado a vivir encerrado en una armadura, disparando sus rayos de repulsa. El hecho de que la marcha de Gwen pudiera haber despertado recuerdos de la muerte de la madre de Archy... ¡PUM! Repelido. El hecho de que si viajabas atrás en el tiempo e informabas a Archy Stallings, a los catorce años, de que llegaría el día en que su propio hijo estaría cargado de nada más que reproches y desprecio por aquel hombre indigno que, al estilo de Wile E. Coyote, había dejado en su vida un agujero con la forma exacta de un padre fugado... ¡PUM! Repelido. Repelido el cabrón.

—Pasado mañana —dijo Archy, secándose la mejilla con la manga excesivamente azul de la chaqueta de su traje.

Luego Nat Jaffe le mandó un pitido desde la otra línea.

—Estoy a una manzana —le dijo Archy a Nat.

Pasaban cuarenta y siete minutos de las once, solo unos doce minutos más allá de las fronteras habituales de retraso de Archy, y este confió sinceramente pero sin demasiada esperanza en que su socio no tuviera planeado pegarle una bronca por ello. Aquella mañana no.

—Tienes una visita —le informó Nat, en tono frío, incluso gélido.

A Archy le entró el terror, sobre todo en el cuero cabelludo, que se le puso como el forro de un sombrero prieto. Tenía candidatos al papel de Visitante Espantoso de sobra para alimentar su premonición de un destino aciago, pero en el centro de esa premonición residía el recuerdo de un día en que se había presentado en su aula de tercer curso el director de la escuela, durante la clase de acontecimientos actuales, el mismo martes por la mañana en que había fallecido su madre. Después de aquel día, cualquier visitante era, de forma retrospectiva, el señor Ashenbach, y todas las noticias eran necesariamente malas. Enemigos, amantes, hijos hasta entonces desconocidos, policías y federales, agentes judiciales, deudores y acreedores, padres o hermanos o líderes de clan etíopes en busca de venganza, cualesquiera de los nueve mil nueve idiotas por los que él había sido acosado o influido a lo largo de los años, gente que viajaba hacia delante en el tiempo procedente de cualquiera de una larga serie de épocas pasadas de su vida. Bankwell, Feyd, Titus o Gwen. Al final se decantó por su padre como el señor Ashenbach más probable de la jornada.

—Es un tipo llamado Goode —dijo Nat, y la temperatura de su tono descendió otros diez grados Kelvin—. Dice que es buen amigo tuyo. Ha venido con su séquito.

Resultó que el séquito no era más que Walter, paseándose con expresión huraña y enfundado en un chándal de quinientos dólares detrás de aquella pequeña luna. «No es una luna, es Taku», con un auricular diminuto dentro de la oreja izquierda y otro colgando sobre el pecho como si fuera un relicario. Con la garganta, las orejas y la muñeca cargados de quincalla, camiseta negra, vaqueros y mocasines Top-Sider azules sin calcetines.

—La estás cagando —le confió Walter a Archy en voz baja. Archy se cuidó de llevar puestas sus gafas de carey redondas, y es que nadie iba a pillar llorando a Diz o a Mingus por cualquier idiotez que pudieran haber hecho o dejado de hacer—. No la cagues.

—No la estoy cagando —dijo Archy.

—Y tampoco dejes que la cague tu colega.

—¿Nat?

—Joder, ¿qué problema tiene?

—¿Está siendo susceptible?

—Más bien sí.

—Nat puede ser susceptible —dijo Archy.

Es posible que al llegar aquella mañana a la tienda el afable señor Gibson «G Bad» Goode hubiera intentado, como es imaginable, intercambiar algún que otro comentario amistoso con el señor Nat «Supercoñazo» Jaffe; sin embargo, para cuando Archy entró en Brokeland, ya no daba la impresión de que los dos hombres se hablaran. Estaban instalados en extremos opuestos de la tienda, Nat apoyado en la caja registradora, fingiendo que llevaba a cabo una meticulosa auditoría de unos resguardos de cheques que tenía en una carpeta negra ajada. Goode al fondo de todo, manoseando una ristra de cuentas de colores de la cortina de Miles Davis mientras ojeaba las cubetas de hip-hop. Por los altavoces de la tienda sonaba una copia de sonido impecable del *Melting Pot* de Booker T & The MG's (Stax, 1971), y gracias a ese pinchadiscos que es el azar, el disco que Goode estaba sacando de la cubeta al entrar Archy era un single de doce pulgadas del «Live On Stage» de Roxanne Shanté (Breakout, 1989), que estaba construido sobre el lecho de roca de los sampleados de Booker T.

Goode se giró en redondo al entrar Archy por la puerta, pero Nat se limitó a quedarse allí sentado, encorvado en su taburete como si fuera un oficinista avaro sacado de las páginas de Charles Dickens, igual de doblado que un dedo sobre la cuerda de una guitarra, tarareando con voz gutural de cable que vibra.

—Caray, quién hay aquí —dijo Archy.

El gorro de temor le seguía apretando la frente, pero él actuó con liviandad e inocencia, ganando tiempo mientras comprobaba la atmósfera de la tienda, examinaba el termómetro y le echaba un vistazo a la cinta del sismógrafo. Las agujas bailaban bruscamente. Los indicadores y calibres estaban todos en la zona roja.

—Señor Stallings —dijo Gibson Goode.

Se metió debajo del brazo a Roxanne Shanté y se deslizó sobre los trenes de un monopatín invisible hasta la parte delantera de la tienda, vestido con un conjunto de camiseta y vaqueros valorado en mil dólares. Archy se planteó una última maniobra evasiva: fingir que no conocía en persona a Gibson Goode, que nunca había volado

en su zepelín y que no se podía imaginar qué podía haber traído al tipo a su vieja tiendecilla de discos de segunda mano de Telegraph Avenue aquella bonita tarde de agosto. Pero no, había llegado el momento. Archy necesitaba echarle pelotas, recobrar la compostura. Confesar que había tenido un momento de debilidad. Que estaba tentado por la oferta de dirigir el Departamento Rítmico, cobrar un sueldo fijo y dar órdenes a otra gente.

Sin embargo, cuando abrió la boca, lo que le salió en tromba fue el habitual embrollo de mentiras.

—Cielo santo —dijo—. Pero ¡mira quién es! Nat, ¿te das cuenta de quién es?

—Pues sí, fíjate.

G Bad y Archy levantaron la tienda de campaña de un apretón de manos por encima de sus cabezas, la desmontaron, la plegaron y la guardaron. Archy echó un vistazo a su socio. Nat tenía el mismo aspecto que siempre que estaba escuchando algo asombroso que no conocía. Huyendo del análisis, como si lo sobresaltara darse cuenta de que se le podía haber pasado algo por alto, dado que él lo sabía todo sobre cualquier cosa que valiera la pena saber.

—No te lo pierdas, Nat. Gibson Goode. En nuestra tienda.

—Ya lo creo.

—Sé que eso te emociona.

—Pues sí.

—¿Y se lo has comunicado?

—Oh, lo ha comunicado, lo ha comunicado —dijo Goode.

—Usted antes venía a cortarse el pelo aquí, ¿verdad que sí? —Archy formuló la pregunta como si fuera un entrevistador del magazine informativo *20/20*, tirándole una pelota fácil—. Cuando era la Barbería de Spencer...

Nat levantó la vista del talonario de tres hileras, traicionando un atisbo de curiosidad hacia Goode.

—Aquí se cortaba el pelo mucha gente —dijo Nat en tono amigable.

—¿Tú también? —dijo Goode.

Los dos se inspeccionaron mutuamente, con unas miradas que eran como cañones de radar.

—Me pilló demasiado joven —dijo Nat.

—Si sacas todos estos vinilos y pones unos cuantos sillones de barbería aquí, el sitio está prácticamente igual —dijo Goode. Sacó una lata de pastillas de menta para el mal aliento marca Flow, con la cual tenía un acuerdo de patrocinio desde hacía mucho tiempo, y le ofreció una a Nat, que negó con la cabeza—. Prácticamente.

—Quédese por aquí —dijo Nat—. Puede usted venir a la segunda reunión de COCHISE. Es a mediodía.

—¿A mediodía? ¿Por qué tan tarde? —dijo Goode sin vacilar ni un segundo—.

Me da la impresión de que aquí habéis estado celebrando reuniones cada cinco putos minutos.

—Pues mire, igual quiero tener una reunión ahora mismo —dijo Nat—. ¿Archy? ¿Reunión de socios? Abierta al público en general. Quédese por lo menos a esa, G Bad. —Les hizo una señal a Walter y a Taku, que estaban al otro lado del escaparate—. Ellos también pueden venir.

—Nat...

—¿Qué, viene usted a ofrecerle un trabajo a Archy?

Goode vio lo que pasaba; que Nat no sabía nada, que Archy no le había contado nada.

—Eso es entre él y yo —dijo con una sonrisa—. Soy la competencia. No tengo por qué contarte mis planes.

—¿Son planes o son un hecho?

—Me ha ofrecido trabajo, Nat —dijo Archy—. Dirigir el departamento musical.

—El Departamento Rítmico, creo que se va a llamar.

—Correcto —dijo Goode.

—Director —dijo Nat—. Anda, qué genial. Felicidades.

—No le he dicho que sí.

—Ah, ¿no?

—No.

—Bueno, ¿y le has dicho que no?

Goode contempló la escena, con los escáneres iluminados y suministrándole información al procesador de su cerebro.

—En un momento dado se lo dije —dijo Archy—. Tal vez no de forma definitiva. Nat señaló en dirección a Archy con el pulgar.

—Váyase acostumbrando a esa clase de respuestas —le dijo a Goode.

Archy sintió que se le ruborizaban las mejillas, con esa vergüenza del que todo se lo piensa en un mundo que requiere decisiones rápidas. Un perpetuo indeciso, mordisqueado y acosado por los sabuesos de la prisa. Profesando en su corazón, a modo de credo despreciado, la verdad central de la vida: que la única decisión que un hombre nunca va a lamentar es la que no ha tomado jamás.

—¿Qué pasa con ese padre tuyo? —dijo Goode—. El señor Strutter. ¿Ha aparecido por algún lado?

La pregunta pilló a Archy con la guardia baja; le había dado la impresión de que Luther era un bote al que ya le había puesto la tapa aquella mañana. Empezó a entender, aunque todavía no a aceptar, que tarde o temprano iba a tener que hacer frente al problema de su padre, que entretanto andaba por ahí conspirando y lanzando alguna clase de dados de Dragones & Mazmorras como los de Julie Jaffe.

—No que yo sepa —dijo, intentando averiguar adónde quería ir a parar Goode

con aquel interrogatorio.

—¿Tu padre?! —dijo Nat—. ¿Y él qué tiene que ver con todo esto?

—Sabes que nuestro común amigo el hermano Flowers lo va a encontrar —dijo Goode—. Con o sin tu ayuda. Tiene a toda su gente, tiene a esos sobrinos suyos, buscándolo por todas partes. Hay mucha gente que le debe favores al hermano Flowers y que ahora se puede encontrar con la oportunidad de liquidar una deuda enorme muy deprisa. Solo tienen que averiguar el número de una calle. El nombre de un motel.

—Pues que lo hagan —dijo Archy—. Me da igual. Ahora no puedo ponerme con eso, ¿sabe?

—¿No?

—No, señor. Ahora no puedo pensar en eso.

—Pues puede que tengas que empezar pronto.

Goode lo dijo en tono frío y neutro, sin mostrar interés alguno por el destino o el paradero de Luther Stallings, y por fin Archy se dio cuenta de que la advertencia iba dirigida a él. Goode estaba intentando recordarle que la oferta de trabajo en Dogpile había tenido, y seguía teniendo, como condición el que ayudara a Flowers a encontrar a Luther.

—Lo haré —dijo Archy—. Me pondré a pensar en ello, está claro. Pasado mañana.

Una expresión hermosa para el perpetuo indeciso: «Pasado mañana». La dirección misma de la utopía.

—Muy bien, voy a intentar por un momento fingir que entiendo algo —dijo Nat—. Tú, Archy, no solo *no* estás dispuesto a ayudarme a liderar esto, a concienciar al vecindario, a empezar a presionar al Ayuntamiento, a la Comisión de Planificación, sobre el Informe de Impacto Medioambiental y todo eso... Sino que estás planteándote directamente irte a *trabajar* para este tipo en Dogpile. ¿Lo he entendido bien?

—Puede que sí —dijo Archy—. O tal vez puede que no.

—Archy, ¿de qué coño vas?

—Nat —dijo Archy—. Me he pasado muchos años haciendo lo humanamente posible, y de buena fe, para contestar a tus preguntas retóricas. Hoy, y en este momento en concreto, me temo que esa pregunta retórica en particular va a tener que comportarse de la forma tradicional, que tengo entendido que es no necesitar respuesta ni de mí ni de nadie.

—Arch —dijo Nat, y por primera vez sus ojos y su voz traicionaron cierta desesperación, una mueca de dolor genuino—. Te necesito. No puedes pasar de esto. Tenemos que oponernos activamente a este gilipollas.

—¿En serio? —dijo Goode, mostrando dolor él también, aunque se trataba de ese

dolor más amplio y universal de quien está viéndoselas con idiotas—. ¿Vas a hacer eso, Stallings? ¿Costarle a este vecindario en el que creciste unos doscientos cincuenta o trescientos trabajos bien pagados? Más no sé cuánto en ingresos y base fiscal... Revitalización del vecindario. Orgullo...

—Tal vez —dijo Archy, tranquilizándose con el tacto de aquellas palabras, como si fueran los lados fríos de una piedra redonda y lisa que él tuviera entre los dedos—. Tal vez no. De momento, tengo una posición neutral.

—Oh, ajá —dijo Goode—. Muy bien.

—A la mierda —dijo Nat. Por fin dejó de fingir que estaba haciendo la contabilidad, cerró el talonario de triple hilera y dejó el lápiz de golpe sobre el mostrador. Se bajó deslizándose del taburete como si fuera Snoopy pasando de buitre a serpiente—. De neutral, nada. Va en serio, Archy. O me estás jodiendo o me estás ayudando. ¿Cuál de las dos cosas?

Archy y sus zapatos marrones dieron la vuelta al mostrador y se pegaron a Nat, obteniendo una especie de fea satisfacción del modo en que su socio se echó hacia atrás. Archy sabía, sin embargo, que a Nat no le daba miedo ni mucho menos la violencia física; que a lo largo de los años se había metido a lo cafre en más peleas y riñas públicas que Archy, en proporción de diez a una. Ahora Archy activó todos los campos de fuerza de la frialdad, la calma y la compostura que tenía incorporados en los circuitos de su armadura de Iron Man. No había motivo de pelea ni necesidad de alarmarse. Bajó la copia enmarcada de *Redbonin'* que había colgado de la pared el día de la primera reunión de COCHISE. Apoyó el marco en el mostrador sobre su base, desplegó el pie triangular que había recortado en el dorso de cartón y lo colocó de tal manera que la fotografía de la cara pecosa del señor Jones, con su aspecto joven y feroz, pudiera mirar con altivez a Gibson Goode. El disco en sí se encontraba entre los artículos reservados del estante de detrás de la caja registradora, metido en su funda de papel. Archy lo sacó, lo sostuvo frente a la ventana y contempló cómo la luz del sol fluía como si fuera agua sobre la reverberación de los surcos. Un ejemplar en Muy Buen Estado de una tirada pequeña; de hecho, se creía que estaba entre las tiradas más reducidas de todas las que había publicado la CTI. Puso el disco en el plato del tocadiscos y colocó la aguja en la primera pista, una versión de «I Don't Know How to Love Him» de *Jesucristo Superstar*.

A Cochise Jones siempre le gustaba frustrar las expectativas que uno tenía de las canciones, iluminar el corazón sombrío de las baladas con tempos latinos y capas de vibrato, desarraigar su lamento oculto, el dolor de la añoranza, con una melodía pop optimista. La aventura de seis minutos de duración del primer tema de «Redbonin'» era un ejercicio clásico de revisionismo en clave de Hammond B3, y le daba la vuelta por completo a la canción. Se abría con Gary King tocando una línea de bajo profunda y dicharachera, que parecía la intro funky de alguna sitcom ambientada en

el gueto de los años setenta, y a continuación entraba Cochise Jones, con las cuatro primeras palancas superiores del Hammond desplegadas del todo, dándole a la melodía de Lloyd Webber un tratamiento que no era tan risueño como nervioso, subrayando la ansiedad inherente al título de la canción, debida al hecho de que hubiera tantos miles de formas posibles de amarlo y tan poco tiempo para elegir entre ellas. Los dedos de Cochise daban brincos y salían disparados como si las teclas del órgano fueran mechas de velas y él estuviera intentando encenderlas todas con una sola cerilla. Luego, mientras Idris Muhammad emprendía un tema subido de tono de aires cabareteros, y King se ponía a seguirlo, Cochise empezó ahora en serio su vandalismo, arrancando trozos enteros de la melodía y desparramándolos a puñados, atiborrándolos de notas adicionales en ráfagas atolondradas. Estaba estropeando el tema, desvalijándolo, burlándose de él con un aire paródico de diversión. La impresión que uno se llevaba, citando a algunos críticos, era que para Cochise Jones el significado o el espíritu originales de la canción no tenía más importancia de la que un poema tiene para un tiburón que se está comiendo al poeta. Pero en algún momento cerca del minuto tres de la canción, Cochise empezó a levantar, a base de capas desiguales, a partir de unas pocas notas repetidas por encima de un blues tranquilo de la mano izquierda, un solo que resultaba al mismo tiempo denso y rudimentario, aporreándolo, dándole al órgano una ronquedad descarnada de voz humana, mientras la melodía se volvía más triste y dura y desagradable. Dentro del amplificador Leslie, con sus micrófonos perfectamente dispuestos, el tubo de los agudos giraba y los drivers disparaban, y el tema se oía como lo que era verdaderamente, una confesión de ignorancia e impotencia. Y luego, en los últimos compases de la canción, sin aviso previo, entraban las cuerdas Creed Taylor patentadas, amaneradas y contenidas pero no del todo elegantes. Un toque de sacarina, una pizca de patetismo, frente a la cual la batería y el bajo guardaron silencio, de manera que al final quedaron Cochise Jones y unos violines de alquiler, media docena de judíos lastimeros de estudio, y luego las cuerdas también guardaron silencio, y solo quedó Cochise Jones, apagándose, terminando el tema con la sorprendente revelación de que la canción era una disculpa, una expresión de pesar ilimitado como las que solo puede ofrecer el blues.

Archy pulsó el botón que levantaba el brazo del Marantz 6300 que él mismo había restaurado hasta devolverle todo su lustre y su gloria después de que Nat lo rescatara de un montón de basura de una acera de Montclair. En el silencio que siguió, devolvió el disco a la funda y la funda al álbum.

—Nat —dijo Archy—. Lo siento. Sé que soy el socio más inútil, indeciso e inservible que podrías tener. Y señor Goode, me disculpo por lo maleducado y desagradecido que probablemente le parezco a usted en relación con su generosa oferta. Pero ahora mismo, y durante las siguientes cuarenta y ocho horas, hasta que

vea a ese hombre a salvo y descansando en paz bajo tierra... —Levantó el disco en alto con ambas manos, como si fuera una de esas chicas que llevan en alto los tarjetones en los rings de boxeo, enseñándole la cara del señor Jones primero a Nat y después de G Bad—. Que os den por el culo a los dos.

Asintió tanto para sus interlocutores como para sí mismo y por fin, metiéndose el disco debajo del brazo, se puso en marcha, misteriosamente libre de pesar por primera vez en días, listo para todo lo que se pudiera presentar, y con rumbo, como siempre, a pasado mañana.

Un último estandarte matinal del verano, de color azul con bandas de color dorado y melocotón, se desplegó lentamente sobre las calles mientras los dos paseantes, moradores de ese mundo oculto que los picaros, los jugadores profesionales y los espadachines conocen como «el Margen del Agua», avanzaban por Blake Street hacia el reducto ancestral del Clan Judeo-Tang, con sus tejados reforzados con listones de cedro del color de las colinas resacas en agosto. Armados únicamente con las sutiles armas de la soledad, iban dejando tras de sí, como una estela de muertos, la decepción de su estancia en la Escuela de la Tortuga. Eran poco más que muchachos, y aunque diferían en su raza, su temperamento y su idea del amor, había una cosa que los unía: el resto de su niñez era un lastre del que se querían desprender. Y pese a todo, la niñez seguía operando en sus mentes, reteniendo todo su poder de antaño para confundir deseos con planes.

—No me quedo. Para que lo sepas. No me pienso quedar.

—Un par de días nada más.

—Ni siquiera.

—Bueno, pues hasta que consigamos dinero.

—Yo puedo conseguir dinero hoy. ¿Cuánto tienes tú?

—Ciento siete dólares.

—Ah.

—Ciento ocho. O sea, seguramente llega para el autobús, pero...

—El autobús debe de costar unos cien.

El deseo que albergaban, enmascarado de planificación, era encontrar un maestro legendario en su santuario escondido entre los desiertos del sur y ofrecerle poner las espadas de ellos a su servicio. El viaje sería largo y estaría lleno de peligros y, si se consideraba fríamente, era imposible, pero uno de los chavales ya dominaba el kung-fu de la desesperación y el otro el kung-fu del amor, y armados con aquellas técnicas arcanas avanzaban intocables, protegidos del conocimiento de la certidumbre de su fracaso. A fin de cuentas, era el final del verano, una estación en que los deseos de los chavales de catorce años acostumbran a no hacer caso de la realidad. De manera que habían regresado a la casa en que uno de los jóvenes se había criado, en la época

anterior a que abrazara la amargura y el romance del Margen del Agua, confiando encontrar, por medio del robo o del pillaje, provisiones para su viaje al sur.

—Habría conseguido más de ciento ocho dólares, pero como soy un capullo, en abril me compré esa idiotez de casco de vikingo en el Solano Stroll.

—¿Cuánto te costó?

—Doscientos veinticinco. Sí, ya sé.

—Mierda.

—Lo sé. Pero, o sea, los cuernos son de verdad. De un toro de verdad.

—Pero si ni siquiera te cabe.

—Tengo la cabeza anormalmente grande.

—En todo caso, los cascos de los vikingos no tenían cuernos.

—Lo sé. Lo siento. No sé en qué estaba pensando. Por entonces no te conocía.

—Da igual. Puedo conseguir el dinero. Si tengo que llegar, no sé, al extremo de robar o algo así, sé la combinación de la caja fuerte donde mi tía guarda el dinero. O sea que vale.

—¿Lo guarda en una caja fuerte?

—En una enorme. No le queda más remedio, viviendo en esa casa. Debe de tener unos trescientos o trescientos cincuenta pavos que ha estado ahorrando para comprarse una peluca nueva. Una de pelo humano y tal. El pelo viene de la India, tienen unos templos donde te afeitan la cabeza y es, cómo se llama, un sacrificio. Solo tengo que abrirle la caja...

—¿Te sabes la combinación?

—Me sé todos los números menos el último. Y el dial solo llega a cincuenta y nueve...

Se acercaron al reducto de los Judeo-Tang con ese retraimiento acechante de los gatos, empleando técnicas de Silencio y Livianidad. A pesar de sus precauciones y de la intensidad con que se concentraron, mientras le daban la vuelta a la casa, se sintieron observados.

—Pero ¿qué demonios es esto?

—Ah, hola, mamá.

La matriarca del Clan estaba asomada a una ventana de la cocina que daba al jardín de atrás. Se sabía que podía ver a través de las sombras, ya fueran las sombras de los rincones del mundo o las del corazón humano. En cuanto oyeron su voz, entrenada junto con sus ojos y oídos a lo largo de años de estudio implacable de esa tendencia que tienen los hombres y sus planes de irse al garete, la gran empresa que se habían propuesto conjuntamente durante su huida de la Escuela de la Tortuga cayó hecha pedazos improbables en la mente de su hijo. Los jóvenes se volvieron para mirar a la matriarca, espantosa bajo la luz oblicua, ataviada con vestiduras sobrias como si fuera a presentarse ante un tribunal, sondeando las almas de ellos con la

ganzúa de su mirada. En una mano tenía una taza y en la otra la tira de cajitas transparentes en las que almacenaba su misteriosa ración semanal de pastillas, las fórmulas pulverizadas y amargas de las que derivaba muchos de los poderes por los que era legendaria.

—Esto... mmm... nos han echado —dijo su hijo.

—Estamos bien —dijo el otro.

—¿Echado?

—No, señora.

—Sí —dijo su hijo.

Todas las arcanas escuelas de la mentira, en sus refugios montañosos, y todas las técnicas que estas enseñaban, no servían de nada contra aquella sutil matriarca provista del kung-fu invencible de su Mirada de Acero de Nueve Intensidades. Su hijo sabía que su única esperanza de salvación radicaba en contarle una versión de la verdad, colarle la mentira entre las yemas de los dedos de su atención oculta bajo una piel de oveja de verdad y rezar por que se produjera un instante de ceguera.

—Bueno, solo por hoy —dijo su hijo—. Limpieza de moqueta.

—¿Le están limpiando la moqueta a Archy?

—Eso es.

—Ya veo. Baja el volumen.

—¿Qué?

—¿Puedes bajar el volumen, por favor? ¿Qué es eso?

—Son los Return to Forever.

—Esooo es. Gracias. ¿Y por qué lleváis esas, hum, mochilas?

—No funciona la lavadora. Hemos venido a lavar la ropa de T.

El individuo denotado por aquella inicial mística asintió, pero el hijo vio con claridad que la madre no se creía ni una palabra de la historia, que probablemente era lo mismo que habría pasado si él le hubiera contado la verdad.

—Se han peleado —probó a decirle su hijo, levantando un poco más su pedazo raído de piel de oveja—. Él y Archy.

—Archy y él.

—Archy y él se han peleado. Y Archy lo ha echado.

—¿Cómo? ¿Qué clase de pelea?

—Pues nada violento, eso no, pero bueno, hemos venido aquí para, ya sabes... Estamos de vuelta.

Su madre asintió con amabilidad, lo cual era claro indicativo de escepticismo, y dejó de prestarle atención a su hijo.

—¿Tú qué tienes que decir del tema? —le preguntó al otro joven.

Durante un par de segundos largos de esos que bastaban para envenenar a emperadores y arruinar reinos enteros y prescindir calamitosamente del vaticinio de

profetas, no hubo respuesta.

—Tengo hambre —dijo por fin el otro joven.

—Ah, ¿sí? —dijo la matriarca—. Entonces, ¿por qué no habéis entrado por la puerta principal?

Hizo falta un intervalo prolongado de interrogación mutua y silenciosa para que uno de ellos urdiera una respuesta verosímil.

—Porque teníamos hambre... Y la cocina está en la parte de atrás de la casa... —dijo su hijo, y vio cómo la fatiga le empañaba los ojos a ella como si fuera una niebla.

—Entrad —dijo ella.

Cansados y con dolor de pies, subieron pesadamente los escalones de una terraza de madera de abeto que dominaba los guijarros rastrillados y el ciprés enano del jardín de atrás.

Ellos se quitaron las mochilas y se guardaron las armas y cruzaron el vetusto umbral de piedra caliza de la cocina, rondado por el humo de un millar de banquetes y festines, con su techo abovedado y sus gruesas paredes de piedra. Para cuando entraron, ella ya había encendido fuegos, derretido sebos en sus ollas fabulosas y retorcido pescuezos de patos y pollos.

—Tengo tortitas que han sobrado del desayuno en el congelador —les dijo—. Las puedo meter en el microondas. Pero nada más. Tengo una reunión. Tengo un día de locos. Me tengo que ir.

—No pasa nada.

—En serio, mamá. De verdad. Te puedes ir.

Pero se quedaron todos sentados a la mesa en la que, a lo largo de los años, notorios pícaros y caballeros homicidas se habían congregado para elogiar la hospitalidad de la casa y vaciar sus bodegas de vino de arroz y sus alacenas de patos colgados de garfios como lamas de una larga cortina. Y la matriarca de los Judeo-Tang les puso delante un festín de fideos envueltos en sebo, órganos asados, manitas de cerdo encurtidas y huevos que habían yacido enterrados como tesoros durante tres inviernos.

—Coged sirope —dijo ella, con los brazos cruzados sobre el pecho de la chaquetilla de seda gris que llevaba puesta—. ¿O sea que queréis vivir aquí?

—El... ay.

—Oh, por el amor de Dios, Julie. Ten una servilleta. Límpialo.

—Ya sabe usted que no —dijo el otro—. Y usted tampoco quiere tenerme aquí. No le caigo bien.

—Si no me cayeras bien —dijo la matriarca de los Judeo-Tang, con aquel estilo epigramático que le gustaba a ella—, nunca te daría la satisfacción de decírtelo.

—No pienso quedarme.

—Muy bien. Entonces, ¿cuál es el plan?

Los chicos se consultaron entre ellos por medio de no consultarse, hablaron sin hablarse y buscaron la mirada del otro por medio de mantener la vista firmemente clavada en sus platos.

—Te voy a sacar la verdad, Julius.

Su hijo dejó sobre la mesa sus cubiertos, hechos de dientes labrados de unicornios marinos, y suspiró.

—Es una idiotez —dijo—. Venga, Titus, ya sabes que lo es. Como si Quentin Tarantino te fuera a dejar, así sin más: «Eh, hola, tengo catorce años y aparento doce, o sea que a ver, ¿dónde está mi caravana, cabrón?».

A lo cual su compañero se tapó la cara con las manos y se echó a llorar.

—Te has peleado con tu padre —dijo la matriarca después de dejar pasar un intervalo decente, dándole un trapo para que se secase los ojos.

—Da igual.

—Te puedes quedar aquí —dijo la madre—. Te puedes quedar aquí tanto tiempo como quieras o te haga falta, Titus.

—No me pienso quedar.

—Mira, estoy segura de que eres un genio del cine en ciernes. No, te lo digo en serio. He leído tu guión, y yo no entiendo, vale, pero me ha parecido muy bueno. Lo que pasa es que Quentin Tarantino necesita que tengas por lo menos dieciocho años antes de acogerte. Y, en todo caso, estoy segura de que tienen normas sindicales que rigen esa clase de cosas. Ahora, mira, me tengo que ir. Ya llego tarde. ¿Me puedes decir en veinticinco segundos o menos qué es lo que te está poniendo triste?

El caballero de la pena secreta pareció sopesar aquella pregunta durante un periodo cuya duración impresionó a su tenaz compañero.

—Que ella no ha podido coger su almohada —dijo por fin.

—¿Cómo? ¿Quién?

Rápidamente, su hijo narró lo mejor que pudo la incursión fallida que la Emperatriz había llevado a cabo aquella mañana en la Escuela de la Tortuga.

—No puede dormir sin ella —dijo Titus—. Eso la está estresando mucho. Y seguramente también estará estresando a mi hermano.

—Estoy segura de que tu hermano está bien —dijo la matriarca—. Pero te diré qué haremos.

Ella se marchó y regresó al cabo de un minuto trayendo una almohada fabricada en las tierras bárbaras del norte a base del plumón más recóndito del ganso de las nieves.

Con una solemnidad espantosa, inclinando la cabeza, ella le confió la larga Almohada del Sueño Plácido.

—Lo que os hace falta claramente —dijo la matriarca— es algo en que ocuparos.

Gwen subió lentamente la angosta escalera y entró abriendo con la llave de invitados. Se quitó las alpargatas para cruzar el suelo de madera bruñida del *dojo*, con su ligera capa de olor parmesano a pies y con su pared de espejos oscuros y acuosos situada junto a los expositores de las armas. Mientras caminaba, la iba siguiendo el susurro de sus suelas al pegarse y despegarse del frío suelo de bambú. La pared de espejos parecía albergar tantas sombras como las que disipaba, como si embotellara los reflejos de los estudiantes del pasado, aquellos cuarenta años de jóvenes de West Oakland que habían intentado escaparse de sus vidas a base de patadas, puñetazos y estilo.

Aunque le daba miedo quedarse a solas con aquel espejo infestado de sombras, Gwen se alegró de encontrar el lugar desierto. No le apetecía volver a afrontar a su maestra tan pronto. Tenía planeado recoger sus escasas pertenencias y desaparecer antes de que Irene Jew volviera de su cita de los jueves por la mañana con el médico tradicional chino que le rectificaba el *qi*.

La maestra Jew la había mandado aquella mañana, con una resolución ceñida por el cinturón negro anudado del consejo de la anciana, a cumplir una misión simple y hasta rudimentaria: recoger una almohada, usada y desprovista de un valor especial. Pero igual que todo lo que hacía últimamente —tal como había descubierto en voz alta conversando con el senador estatal de Illinois—, la misión de rescate resultó ser una pérdida de tiempo.

De hecho, lo más probable era que llevara perdiendo el tiempo desde su misma llegada a California en 1994. Ahora recordó con vergüenza a aquella Gwen Shanks, que se había presentado en Berkeley con su diploma en enfermería de la Hopkins, una carta de recomendación para Aviva Roth-Jaffe y el grandioso plan de restaurar, ante su familia obstétricamente diplomada y ante la comunidad negra en general, su rica herencia ancestral de partería. Durante mucho tiempo las hábiles manos de Gwen, sus nervios templados y la forma en que las pacientes solían encandilarse con el buen humor escéptico con que ella trataba sus excentricidades hippias habían servido, si sintonizabas la frecuencia de las voces negras, para enmascarar el eco cavernoso de la sala de espera. Ahora aquel silencio era lo único que ella podía oír. En cuanto a su matrimonio, se había enamorado de Archy Stallings sin hacerse ilusiones sobre su pasado sexual ni su fuerza de carácter. Sin embargo, el arranque de perdón que seguía a cada nueva transgresión de su marido, igual que el tifus sigue a las inundaciones, cuestionaba la diferencia —si es que había alguna— entre la ilusión y su testarudo hermano, el autoengaño, con sus teorías chifladas y su gorro de papel de aluminio.

La vida no tendría que haberle ido así a Gwendolyn Ward Shanks. Desde el mismo jardín de infancia que dirigía la señora Hampt en la Georgetown Day School, y en el cual ella ingresó ya sabiendo leer *Mujercitas*, pasando por la Jack and Jill,

hasta llegar a la Howard University, donde se había licenciado con la nota más alta de su clase y había sido elegida presidenta de la sección Alfa, Gwen había sido formada y equipada —su padre habría dicho que había sido criada— para el éxito. Para satisfacer las ambiciones de sus antepasados y justificar el cuidado con que estos se habían casado bien, habían apuntado alto, habían trepado con esfuerzo y habían hecho piña. Gwen se acordaba de un discurso de Julie, pronunciado una noche en que el chico tenía once o doce años, sobre la diferencia entre la terraformación y la pantropía. Si cambias la atmósfera y el medio ambiente de un planeta para adecuarlo a las necesidades de la fisiología humana, estás llevando a cabo terraformación; la pantropía, en cambio, se refiere a la alteración de la forma y la mente humanas para permitir que estas sobrevivan, y hasta prosperen, en un mundo duro e inclemente. En su lucha por prosperar y florecer en el planeta América, había gente negra que había optado por la tragedia épica, grandiosa y amarga de la terraformación. Otros, en cambio, como los padres de Gwen y los padres de estos y sus abuelos, habían emprendido un largo y selectivo programa de pantropía. La pantropía negra había producido, en Gwen y en sus hermanos, un grupo de individuos viables y exitosos que respiraban éxito, capaces de planear y maniobrar sobre las corrientes térmicas de la oportunidad y de resistir la gravedad asesina del mundo-colonia.

Sin embargo, había resultado que Gwen no estaba preparada para la vida en la superficie del planeta Brokeland. Durante la última semana, había empezado a sucumbir al aire extraño y a la gravedad aplastante del lugar. Poco a poco había ido renunciando a aquellos atributos de dignidad y ambición que tan a pulso se había ganado hasta que, por fin, después del incidente en el Reina de Saba y el desastre sangriento que había sido el nacimiento del bebé Frankenthaler, había perdido la única ventaja que le quedaba, la más preciada y la que más le había costado ganar: su serenidad. Tal como sin duda habría dicho Julius Jaffe: «¡Fracaso!».

Ahora llegaba el consejo convocado para aquella tarde, investido de poderes y obligado por su deber a arrastrar a Gwen una vez más por todo aquel desastre de parto. Ella se veía incapaz de afrontarlo, y tampoco podía hacer frente a Aviva. Ya no quería ser comadrona, igual que tampoco quería estar casada con Archy ni ser la madrastra de su hijo. Le daban asco el kung-fu, ella misma y Oakland. Nunca le había gustado el área de la bahía, con su clima indeciso y tímido, la tendencia de sus cielos a teñirse de gris en cualquier época del año y la forma en que había desplegado sus colinas y sus vistas como una diva que desplegaba sillas a su alrededor para asegurarse la admiración de sus visitas. Los habitantes del lugar eran fetichistas y sectarios, propensos a los cismas y a las manías, con tendencia a hacer que toda su fe en el cielo dependiera del sabor de un huevo puesto en el corral de una casa por una gallina de pura raza. Ahora tenía que sacar sus cosas del cuartito del piso de arriba antes de que Irene Jew volviera de la consulta de su reparador de *qi*, amontonarlas en

el asiento de atrás del coche y largarse a algún lado. A alguna población libre de fijaciones, que hubiera tirado al vertedero sus discos de vinilo y estuviera dispuesta a comerse cualquier huevo que le pusieras delante. Había izado hasta la última vela para aprovechar el viento creciente de su pánico; era imposible saber hasta qué lúgubre trópico sería capaz de llegar.

Mientras cruzaba la sala hasta el póster de Bruce Lee rampante, otra puerta se abrió de golpe y a punto estuvo de darle a Gwen en toda la cara. Era la puerta tras la cual había un cuartito de baño con una ducha diminuta de PVC, que retumbaba como un tambor cada vez que Gwen intentaba dar vueltas en su interior.

—Oh, yo soy... Oh, ¡hola!

Era Valletta Moore. Aunque el tiempo, los cigarrillos y un pincel para maquillar manejado con torpeza habían hecho estragos en ella, seguía siendo inconfundible. Una foto estilo pin-up de ella en sus años mozos, recortada de un viejo ejemplar de *Ebony*, había colgado de la pared del taller que el padre de Gwen tenía en su sótano de Mitchellville, donde, ocupando el lugar de honor entre las herramientas colgadas de sus ganchos y los botes de papilla llenos de tornillos, había afligido la adolescencia de Gwen, mostrándole todas las formas en que Valletta Moore —alta, de piel clara y con unos pechos como planetas— era distinta de Gwen, y al mismo tiempo constituía el ideal de mujer negra que tenía su padre.

Incluso sin aquellos tacones de aguja que, en la foto de la pared de su padre, lanzaban a Valetta como si fueran dos cohetes Saturno V hacia la estratosfera de su peinado afro, la mujer seguía siendo alta, le faltaba poco para llegar al metro ochenta. Debía de tener por lo menos cincuenta años, pero mostraba, con la ayuda de una falda que parecía haber sido hecha dándole unas cuantas vueltas con una venda elástica a sus caderas y a la parte superior de sus muslos, la pierna suficiente como para desplegar por ella cables telefónicos y transmitir mensajes sorprendentes al mundo. El pelo recogido hacia atrás, bien tenso y reluciente, y los labios pintados de color púrpura brillante. Sus ojos enloquecedoramente verdes, en el instante antes de desaparecer detrás de un par de enormes gafas Dolce & Gabbana, traicionaron una mirada inconfundible y medio canina de sorpresa culpable. Atrapada, pensó Gwen, con las manos en la masa.

Valletta Moore agachó la cabeza, se echó al hombro un bolso grande de plástico rojo y pasó junto a Gwen con un saludo frío y mudo. Calzada con unos blasfemos zapatos de salón de tacón alto, cruzó repiqueteando el sacrosanto recinto del dojo. El oficioso bamboleo de sus andares podría ser una emanación de su seguridad en ella misma o bien esa retirada elegante del que acaba de robar en una tienda y se encamina a la salida. En cualquier caso, la serpentina de papel higiénico que le colgaba de la cintura de la falda estropeaba en gran medida el efecto.

—¡Oh! Mmm... señorita... señorita Moore.

La mujer se detuvo y, en aquel instante de vacilación, el repiqueteo de su salida arrancó ecos del estudio vacío. Empezó a darse la vuelta hacia Gwen pero cambió de idea. Se volvió a echar el bolso al hombro y se alejó sin contestar.

—Adelante, pues, Valletta. Ondeas tu bandera —dijo Gwen—. Siempre va bien llevar algo de papel higiénico extra encima. Nunca se sabe.

Una mano enjuta y con los dedos como garras pero elegante emergió de la fachada de altivez de Valletta como un tramoyista enviado a los camerinos a buscar la peluca que se le había caído a una actriz principal. La mano se palpó la espalda con una impotencia frenética que conmovió a Gwen lo bastante como para impulsarla a acercarse y ayudarla. Valletta se dio la vuelta de golpe y se apartó bruscamente en cuanto vio lo que Gwen se proponía.

—Hola —dijo Gwen, con la tira de papel higiénico colgando entre tres dedos a la altura aproximada de su hombro derecho, como si esperara que en el otro extremo se materializara un yoyó.

—Fíjate —dijo Valletta Moore con un ligero matiz de acusación y reproche.

Como si fueran boxeadores o gallos yendo en círculos, se examinaron la una a la otra. Sus sistemas criónicos de puntos de mira respectivos fueron activados y puestos en marcha. Allí donde sus miradas se encontraban, entre ellas se levantaban enormes bancos de nieve. El crujido del hielo resonaba en el aire.

—¿Te puedo ayudar de alguna otra manera? —dijo Gwen—. ¿La señora Jew sabe que estás aquí?

Valletta Moore contempló el espectáculo de la barriga de Gwen, cerrando un ojo como si estuviera mirando a lo largo de una pasarela para comprobar si era segura.

—¿Quién representa que eres tú?

—¿Quién «representa» que soy? ¿Qué te parece, que estoy disfrazada para Halloween?

Gwen captó una vaharada de la colonia de la otra mujer, un perfume denso que de alguna manera recordaba el olor a los Froot Loops, tal vez Poison. Recordó haber detectado una ráfaga de aquel olor, como la presión de una migraña incipiente dentro de sus parpados, la primera noche que había estado en la habitación secreta. A menos que Valletta Moore fuera también una antigua alumna de la señora Jew, Gwen razonó que tal vez el padre de Archy hubiera regresado al Instituto Bruce Lee, buscando refugio y cobijo en las manos de su vieja maestra, y se hubiera largado justo antes de que Gwen apareciera.

Genial. Ya había sido bastante vergonzoso escaparse a aquel sombrío agujero de ratas de detrás de la puerta secreta, donde por lo menos ella se podía imaginar que estaba siguiendo, tal como le había dado a entender la maestra Jew, los pasos de lamas fugitivos y practicantes perseguidos del Falun Gong. Pero tal vez llevaba todo aquel tiempo archivándose a sí misma al lado de un viejo y escurridizo adicto al crack

de tres al cuarto y de la acabada de su ex ex novia en un cajón que ya llevaba para siempre la etiqueta: «¡Fracaso!».

—¿Cómo has entrado aquí? —dijo Gwen.

—Tengo llave.

—Yo creía que solo había una llave extra.

Cuando Valletta abrió su bolso para sacar y esgrimir su llave de la puerta del instituto, Gwen vislumbró sobre el fondo de forro de satén rojo un agujero en el universo que tenía exactamente la misma forma que una pistola de gran tamaño, colocada allí sin más y absorbiendo toda la luz del espectro visible.

—¿Cómo has conseguido una llave? —dijo Gwen sin perder el aplomo, aunque el corazón le dio un vuelco y se puso a propinarle patadas igual que el bebé que vivía dentro de ella—. ¿Das clases aquí?

Echó un vistazo al otro lado del estudio, en dirección a la vitrina donde la señora Jew había amasado una conurbación de trofeos de latón dorado desplegados formando varios *skylines* polvorientos. Generaciones enteras de ciudadanos insectos habían abandonado sus cáscaras y patitas en sus calles necropolitanas. Apoyadas al fondo del estante superior, media docena de fotografías en blanco y negro enmarcadas mostraban a la señora Jew con algunos de sus colegas y alumnos de mayor éxito, entre ellos el futuro Kato, con un aspecto tan grave como si fuera un micólogo vestido con un gi blanco, y un hermano atractivo con un afro voluminoso, inclinado para colocar su cara sonriente al lado de la de su diminuta *sifu*, un hombre al que Gwen había identificado hacía mucho tiempo como el padre de Archy, Luther Stallings. Era Archy quien le había hablado a ella por primera vez del Instituto Bruce Lee, y únicamente se lo había recomendado en base a la nostalgia bovina que informaba muchas de sus recomendaciones, en otoño de 2000, después de que alguien le dijera a Gwen que las artes marciales podían ayudarle con la rigidez persistente que le había dejado en las rodillas y en la baja espalda una colisión trasera que había tenido con un Grand Wagoneer.

—¿Tú también eres antigua alumna de aquí?

Él «también» se quedó flotando en el aire, sin glosar, a modo de chincheta para sujetar los hilos del mapa desplegado por Gwen mientras se alejaba caminando trabajosamente de la mujer que tenía plantada delante; hacia la fotografía de Luther Stallings que había en la vitrina; hacia el hijo con el que Stallings había perdido el contacto, hacia un recuerdo de este llorando en el cuarto de baño en su boda, aliviado y destrozado al mismo tiempo porque su padre, ajustándose perfectamente a las expectativas de Archy pero no, por desgracia, a sus esperanzas, no se hubiera presentado; hacia las historias que Archy le había contado sobre fumaderos de crack y comparencias ante tribunales y sobre una mujer que, mucho tiempo atrás, se afeitó las piernas en el cuarto de baño de un moderno apartamento de soltero estilo

danés situado en El Cerrito.

—¿Te conozco? —dijo Valletta Moore, claramente dudándolo.

—No nos conocemos personalmente —dijo Gwen—. Me llamo Gwen Shanks. Sé quién eres tú. —Sabendo que probablemente fuera una equivocación pero incapaz de darle a aquella mujer, por patética que fuera, la satisfacción de pensar que Gwen había reconocido su famosa cara de las películas o de, por ejemplo, una foto satinada de pin-up pegada a la pared de un taller en un garaje de hacía veinte años, Gwen añadió—: Estoy casada con Archie Stallings.

—¿Qué? No me jodas. —Valletta Moore se recolocó las gafas de sol y deslumbró a Gwen con un vislumbre verde—. ¿En serio?! ¿Tú y Archy vais a tener un *bebé*?

—No, solo estoy increíblemente gorda.

—¿Va en serio?

—No —confesó Gwen—. Es que me puede la autocompasión.

—Oh, cariño.

—O sea, caray. Valletta Moore. ¿Cómo estás?

—¿Cómo estoy? —Pareció que se tambaleaba en el borde de algo—. Estoy haciendo lo que tengo que hacer, me entiendes, ¿no?

—Debería, a estas alturas.

—Y estoy intentando montármelo a lo grande.

—Oh, no hay duda. Ya lo creo.

—Gracias, cariño. ¿Qué haces...? ¿Ahora vives aquí?

—Estaba solo... No. Me estoy mudando.

—¿Tú y Archy no estáis juntos?

—Pues no. Ahora mismo, no. Supongo que estamos...

—No hace falta que digas nada. Si ese chaval ha heredado ni que sea un diez o un quince por ciento de lo que su padre traía de fábrica, entonces tienes toda mi simpatía y no hace falta que me cuentes más.

—¿Está bien? ¿Luther? ¿Está... en apuros?

Pareció que Valletta estaba intentando decidir cuál era la mejor respuesta.

—Lo siento —dijo—. Encantada de conocerte, Gwen, pero de verdad me tengo que ir. —Dio un paso hacia Gwen. Se le acercó. Barrió a Gwen durante tres segundos con una ráfaga de olor a colonia, aceite capilar y chicle con sabor a piña colada—. De acuerdo, pues. Cuídate.

Volvió a ajustarse la enorme carga del hombro derecho y empezó a darse la vuelta.

—¿Estás tú en apuros? —dijo Gwen—. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

—Móntatelo a lo grande —dijo Valletta Moore invirtiendo a toda prisa los términos de su ecuación— y haz lo que tengas que hacer.

Y se marchó. Gwen sopesó sus palabras de despedida y se asombró de ver que al oír las se le encendía cierta calidez en el pecho, casi una llama de la nostalgia. Le resultaban familiares; un trozo de letra de canción, una frase de despedida arrojada al final de un álbum en directo. Una frase pegadiza. Ah. Debía de ser algo que decía su personaje en una de aquellas películas espantosas en las que Valletta salía. Al coger el volante de un avión de carga en plena caída en picado o justo antes de saltar desde una salida de incendios hasta el techo de un autobús que pasaba, mientras se preparaba para enfrentarse a una banda de traficantes de heroína. Al consejo de inspección de un hospital.

Gwen entró en el cuarto secreto pero en lugar de hacer las maletas y marcharse, tal como tenía planeado, sometió su ropa a una severa inspección, intentando encontrar algo que se pudiera poner para el consejo. Nada: iba a tener que ir de compras; le quedaba el tiempo justo para eso y pasar por el Glama. Y todo el tiempo las palabras arrancaban más y más ecos, hasta que, por fin, en mitad de su carambola, Gwen las atrapó: «Haz lo que tengas que hacer y móntatelo a lo grande». Eran las palabras de despedida de Candygirl Clark, el personaje que interpretaba Valletta Moore en las películas de *Strutter*. Mientras se desvestía, Gwen se preguntó si la frase era algo que se había inventado el guionista, un judío intentando pensar como una hermana dura del gueto, o bien si habían nacido de forma improvisada, basadas en algo que Valletta solía decir en la vida real. Entró en el cuarto de baño, envuelta en una toalla que apenas conseguía rodearla, con el pelo recogido bajo un gorro de ducha, y se fijó en que la tapa del depósito del retrete estaba desencajada. Miró dentro y vio una bolsa de plástico pegada con cinta adhesiva al interior del depósito, rajada y vacía. La tapa del depósito tañó como una campana cuando ella la devolvió a su sitio.

En su vida había toda clase de cosas que iban mal, y, a medida que la iban rodeando, ella se dedicaba de forma admirable a identificarlas y a llevar a cabo una taxonomía de ellas. En tanto que meteoróloga del fracaso, había demostrado su valía haciendo frente a una tormenta de información. Así era como llegaban los problemas, igual que abarrotan la barra del bar los asistentes a un velatorio. Aunque vinieran en bandadas funerarias, solo era posible deshacerse de ellos uno por uno, y así era como iba a tener que proceder ella. Abrió el grifo de la ducha y dejó que el agua se calentara, mirándose la cara en el espejo de acero hasta que esta se esfumó como si fuera San Francisco en medio de una niebla estival. Sobre las partes del cuerpo que llevaban más carga se echó el agua tan caliente como pudo aguantar, confiando en deshacer todos los calambres que le había producido otra noche sin la almohada corporal. Cuando emergió del cuarto de baño, sintiéndose luminosa, despidiendo vapor, descubrió que el más reciente de sus problemas había encontrado el camino, literalmente, hasta la puerta. O por lo menos hasta *una* puerta. Sobre el fondo del póster fotográfico en blanco y negro de Bruce Lee, apoyado en la lámina de

plaxiglás que lo cubría, doblada por el centro como para agacharse y así permitir que Bruce, con los pies y los puños en alto, le pasara por encima dando un único salto interminable y eternamente incompleto, había una almohada corporal grande, rechoncha y con estampado de raya fina. En el suelo junto a ella había un recibo de tienda amarillo y cuadrado en cuyo dorso Julie Jaffe había escrito, con su cómica caligrafía en mayúsculas, HAZ LO QUE TENGAS QUE HACER Y MÓNTATELO A LO GRANDE.

En el asiento que había junto a la portezuela central del 1, una joven madre latina con el pelo recogido en forma de palmera sobre la coronilla iba sentada y uncida por el cordón de los auriculares a un niño que tenía en el regazo, con un auricular en el oído izquierdo de cada uno de ellos. El niño sostenía por el único brazo que le quedaba algo que parecía ser una figura de acción de Goliath de la vieja serie de animación *Gargoyles*. Mucho tiempo atrás habían sido la voz pomposa y el peinado leonino de Goliath los que habían despertado en el niño Julie, mientras veía *Gargoyles* en el Canal Disney, lo que él recordaba con emoción como su primera erección consciente. Ya hacía mucho tiempo que no se emitía la serie, y lo más seguro era que aquel niño de ahora no supiera quién era Goliath, ni cuánta tragedia había en su pasado de gárgola ni en las vidas de toda la raza de gárgolas. Para él, el juguete no era más que un enigma imperfecto, al mismo tiempo molón y estropeado. Lo más seguro era que su madre le comprara juguetes viejos y rotos de segunda mano en eBay para ahorrarse dinero, o bien que se los comprara entre la desolación de las cubetas infantiles del Goodwill. O tal vez trabajara limpiando casas para mujeres que les regalaban a sus sirvientas los trastos viejos y rotos de sus hijos. Lo más seguro es que el niño considerara a Goliath un simple monstruo de juguete. Al fin y al cabo, aquella clase de errores y de ignorancia era el destino habitual de los monstruos. Julie sintió una punzada de compasión hacia los monstruos y hacia sí mismo, pero por encima de todo sintió lástima por aquel niño, con su juguete manco y su único auricular. Julie siempre encontraba motivos abundantes para sentir lástima por sus compañeros de trayecto en autobús.

—No es *mi* abuela —estaba diciendo Titus.

—Ya lo sé, pero aun así...

—Me estás diciendo que tú no te la tirarías.

Le costaba imaginar desear algo así, pero Julie no sintió la necesidad de decirlo. Tampoco señaló el hecho de que, por ejemplo, una espadachina que llevara un sujetador de acero y cota de malla, sometida ocasionalmente a arranques de sed mágica de sangre, en teoría molaba más o menos de la misma manera en que molaba Valletta Moore, pero que si, por ejemplo, Red Sonja apareciera en el autobús número 1, con destino al centro de Oakland, la pregunta de si él se la tiraría, entre comillas,

no figuraría necesariamente en su primera serie de discusiones internas sobre el asunto. Y eso dejando de lado toda la cuestión de si era posible que aquella mujer fuera una abuela.

—Claro —dijo Julie por fin—. Seguro.

—Maricón.

—Eso es homofóbico.

Como a modo de respuesta, una respuesta emitida en ese idioma secreto e intrincado en que ellos solían tratar los asuntos secretos que subyacían a su amistad, Titus le cogió la mano a Julie y se la apretó contra la bragueta de los pantalones. Estaban en la parte de atrás de un Van Hool nuevo y flamante, segmentado y con amplia capacidad, y aunque no había nadie en los asientos de detrás ni de alrededor de ellos, tampoco se podía decir que el autobús estuviera vacío, ni que el gesto de Titus hubiera sido del todo discreto. Julie apretó la palma contra aquel arco tenso de tela vaquera y la meneó a un lado y al otro, con los dedos extendidos. Titus no apartó la vista de Valletta, y Julie entendió que se estaba imaginando que se la tiraba. En la escena de violación que abría *Mayflower Black*, Valletta Moore dejaba al descubierto unos pechos que tenían la misma elegancia arquitectónica que las berenjenas, más pálidos que el resto de su cuerpo, con unos pezones carnosos y unas areolas extensas. Mientras ella apuñalaba a su violador blanco en la garganta, fabricando un cuchillo improvisado con un trozo de álbum de vinilo roto, y se lo quitaba de encima, se le podía ver, a cámara lenta, ¡ahí! y ¡ahí!, la sombra selvática de la entrepierna. No cabía duda de que ahora Titus estaba haciendo uso de una parte de aquel material. Julie sabía que no se lo estaba imaginando a él desnudo. Lo más seguro era que ni siquiera estuviera pensando que era Julie el que le estaba intentando desabotonar la bragueta.

Los dedos de Julie escenificaron un breve pasaje cómico con los botones y la cintura de los calzoncillos bóxers de Titus, en el cual la polla de Titus interpretaba el papel de payaso que salía de golpe de un cochecito en miniatura o de serpiente liberada del falso bote de frutos secos. Tenía un tacto tan suave y frío como la piedra de una gárgola. Mientras jugaba con Titus, Julie intentó mirar a Valletta de la forma en que él imaginaba que Titus la estaba mirando, pero lo único que consiguió imaginar fue que sus labios eran los de Valletta, una letra «o» bien nítida y pintada de rojo alrededor del pene de Titus. Que la cabeza de él subía y bajaba con movimientos mecánicos en el regazo de Titus de la misma forma en que lo había hecho la de Valletta durante su escena de amor con Luther Stallings en *Strutter anda suelto*. La idea de que Julie se pudiera parecer a Valletta Moore de alguna forma le pareció solo un poco más verosímil que la idea de que se la pudiera tirar, y eso le hizo dedicarle una sonrisa a su pobre yo de gárgola. Las cosas fueron todo lo lejos que pudieron entre Titus y los dedos de Julie sin causar problemas de limpieza. Titus apartó la

mano de Julie y, sin dejar de mirar a Valletta, se volvió a abotonar. Les dio un pequeño apretón a los dedos de Julie.

—En serio, tío —dijo Julie—. No deberías decir «maricón».

—Vale, hombre, vale.

—Te lo digo en serio. Es...

—Yo te dejo que me llames n... —dijo Titus.

—Ah, sí, claro.

—De verdad que no me importa.

—Sí te importa.

Titus frunció el ceño y entornó los ojos para ensayar mentalmente la escena. Repanchingado al lado de Julie, con las piernas extendidas hasta la zona de minusválidos y las zapatillas Nike escoradas con un par de cabezas de la isla de Pascua. Ocupando también un tercio aproximado del asiento de Julie.

—Seguramente sí —admitió.

—Y en todo caso, yo *nunca* te llamaría eso.

—Di que sí. Wavy Gravy. Paz y amor.

—¿Quieres un poco de tempé?

Detrás de sus gafas Run-DMC, los ojos de Titus se clavaron en la nuca de Valletta mientras esta miraba por la ventanilla del otro lado del autobús o, menos probablemente, a lo que hubiera que ver al otro lado del cristal. Como para ofrecer pruebas del hippismo terminal y de las megadosis de radiaciones de arco iris a las que Titus tenía la impresión de que Julie había sido sobreexpuesto durante su apacible infancia en Berkeley, ahora pasaron por delante de las ruinas del bar Bit o' Honey. El Bit o' Honey, propiedad de unos Panteras Negras, se mencionaba dos veces en un libro sobre la historia de los Panteras que les había prestado Peter van Eder. El ministro de Defensa, Huey Newton, había sido asaltado y había recibido una paliza en el aparcamiento, y unas cuantas noches más tarde, tal vez a modo de venganza, alguien llamado Everett «Popcorn» Hughes había sido abatido a tiros dentro del bar. Ahora, pegado a una de las persianas blindadas tipo Bagdad que cubrían la fachada del Bit o' Honey, había un letrero llamativo aunque escrito de forma extraña que anunciaba, en letras esbeltas y de palo, que pronto el solar albergaría el Centro MindBridge para el Estudio del Consumo Humano.

—Creo que sé de dónde viene el tempé —dijo Julie.

—Vale —le dijo Titus a la nuca de Valletta Moore—. ¿Adónde va esto?

—El Número Uno va a East Oakland. Coge, hum, International y va más o menos a Fruitvale, creo.

Julie sabía que Titus no le había preguntado por la ruta del autobús ni por adónde los podía llevar a ellos. El meollo de su pregunta había sido: «¿Adónde va ella?». Se habían topado literalmente con Valletta cuando esta había emergido de la puerta

principal del Instituto Bruce Lee con esa naturalidad propia de los sueños. La almohada corporal había servido, igual que un airbag, para absorber el impacto de Julie con la mujer. En aquel momento, envuelto en el cojín profundo y fresco de la fragancia de ella, Julie la había reconocido más o menos, pensando: «Se parece a ella y huele tal como me imagino que ella huele, qué gracia, porque yo acabo de ver seis de las nueve películas en que ella apareció entre 1974 y 1978 y que están disponibles en DVD y VHS, me pregunto qué edad tendría ahora si nació por 1954 o algo así», y luego, cuando volvieron a salir, después de dejarle la almohada y la nota a Gwen, y vieron a la mujer esperando en la marquesina del autobús del otro lado de Telegraph, él la reconoció sin lugar a dudas: Valletta Moore, en carne y hueso. Alta, elegante, felina, con aquella altivez de Candygirl Clark, aunque la verdad era que a los ojos de un chaval del este de la bahía irradiado con arcos iris tenía un poco de pinta de travelo.

Titus se quedó muy callado al reconocerla, de la única forma en que Titus se podía quedar callado, es decir, apagando sistemas no esenciales y desviando toda la energía motriz disponible a los sensores. Allí estaba Valletta Moore, esperando un autobús de la AC Transit, dándose golpecitos con el móvil en la cadera, con la cara inescrutable detrás de sus gafas de sol de dictador extranjero, pero plantada con el cuerpo un poco replegado en sí mismo, como si estuviera impaciente o tuviera que mear. Fijando la cabeza como si fuera una antena de radar en todos los coches que le pasaban al lado. Yendo a alguna parte. Buscando a alguien.

A los dos chavales se les ocurrió de forma simultánea la posibilidad de que estuviera yendo a una cita con Luther Stallings, puesto que en el intervalo entre la colisión en la puerta y el momento presente, no solo habían depositado la almohada corporal junto a la puerta tras la cual (una idea que a Julie le resultaba tan temible como la de tener relaciones sexuales con Valletta Moore o Red Sonja) era evidente que se estaba enjabonando y enjuagando la extensión desnuda de Gwen Stallings. También habían visto una fotografía enmarcada en la polvorienta vitrina de los trofeos: la foto de Luther Stallings en su mejor momento, posando junto a la diminuta y chiflada señora *sifu* china cuando ella solo tenía cien años de edad en lugar de ciento treinta y cinco, como ahora.

—Vale, mira esto —había dicho Titus, mirándola bajo la marquesina del autobús, con la energía restaurada a todos los sistemas.

Se había dado un golpecito en el costado de su pulcro afro con la palma deslumbrante. Luego había cruzado la calle sin hacer caso al semáforo en rojo y a los vehículos que convergían, con Julie siguiéndolo como si fuera un abuelito preocupado. Al llegar el autobús de la mujer, los chavales se subieron a él. Habían trazado una línea que iba desde la fotografía perdida entre el polvo del olvido del kung-fu hasta Valletta Moore, y ahora iban a bordo del autobús, siguiendo aquella

línea mientras ella sostenía el lápiz y marcaba el rumbo que ellos podían seguir para encontrar al hombre mágico.

No sería preciso afirmar que Julie no se hacía ilusiones acerca de si Luther Stallings podía estar a la altura de la admiración, la consideración y hasta —de una forma que, en aquel punto, era puro fanatismo adolescente— el amor que le profesaban Titus y también Julie por el hecho de amar a Titus. Cierto: Julie Jaffe era uno de aquellos raros seres capaces de adoptar una postura optimista hacia el pasado, y además, al visionar la filmografía disponible de Luther Stallings, había experimentado la misma clase de excitación sexual que debía de experimentar Titus mientras miraba a Valletta Moore. No porque Stallings fuera hermoso: aunque lo era, un cuarto de indio semínola, dotado en las escenas de pelea y las secuencias de acción de esa misma liviandad que tienen los especialistas en robar bases del béisbol, cabizbajo y dispuesto a ensuciarse los pantalones. Lo que fascinaba a Julie era la forma en que Luther Stallings despedía algo invisible que Julie pensó que tal vez se pudiera llamar «equilibrio»: sin despeinarse, lleno de confianza, preparado para improvisar. Algo tan escaso y frágil no se podía fingir del todo. Archy tenía la misma cualidad, aunque reblandecida, y también la tenía Titus: debía de haber alguna clase de base genuina en el famoso original.

Por consiguiente, toda una serie de ilusiones de Julie permanecían intactas cuando se acabó el trayecto y él se puso a seguir a Titus, que a su vez estaba siguiendo a Valletta Moore, hasta Franklin Street, donde ella abrió su teléfono, hizo una breve llamada y entró en una tienda de comida para llevar cuyo letrero sostenía, con cierta apatía que debía de ser fruto de la aplicación irresponsable del lenguaje, que su nombre exacto era: ROSQUILLA AMIGA Y ROLLO DE HUEVO. Pero, aunque jamás hubiera oído las palabras de desdén con que su padre y Archy se habían referido siempre a Luther Stallings, Julie había leído los suficientes libros y había visto las suficientes películas para sospechar que si Titus llegaba a conocer a su abuelo le esperaba una decepción, y tal vez de las gordas. Julie era tan consciente de esta posibilidad que había una parte de él que confiaba en que Valletta Moore solo se estuviera parando a comprar una rosquilla de camino a pagar la factura de la luz, por ejemplo, y llevara veinte años sin ver a Luther Stallings, una parte igual de grande que la parte que confiaba en que ahora estuvieran realmente tras la pista del hombre. Titus no mostraba nada más que desprecio hacia Archy, y jamás había dicho nada que sugiriera ni siquiera remotamente que tenía en el corazón un agujero en forma de padre, pero igual que un astrónomo con un exoplaneta, Julie podía deducir la existencia de aquel agujero de las distorsiones del campo que rodeaba a Titus. Estaba presente en su ambición y en su burla. Y estaba presente en el atrevimiento que lo llevó a adelantar a Valletta Moore, a colarse por delante de ella y entrar en el Rosquilla Amiga, con aquel acero pulido y aquellos baldosines blancos que le daban

aspecto de morgue de la policía, y ponerse en la cola antes que ella. Julie recordaba haber leído en una novela de espías que la mejor manera de seguir a alguien era caminar por delante de ellos, pero la verdad era que la maniobra de Titus tenía un ímpetu que iba más allá del espionaje.

Titus se pidió seis rollos de huevo y dos donuts con azúcar glaseado; Julie pagó. Valletta Moore, sin fijarse en ninguno de los dos chicos, se pidió un pollo *chow mein* y una docena de rollos de huevo para llevar.

Pagó su comida con moneditas pequeñas, despacio y con cara de ir enfadándose más y más a medida que las iba dejando con brusquedad sobre el mostrador, como si la mujer oriental del mostrador le estuviera metiendo prisas y haciéndole perder la cuenta. La mujer oriental no dijo nada de nada y su cara revelaba muy poco, pero en su mismo silencio y paciencia había algo que podría haber pasado por desprecio. A fin de pagar la cuenta, Valletta Moore tuvo que poner hasta el último centavo que consiguió extraer del desorden de su bolso. Cuando la mujer asiática le ofreció los cuatro centavos del cambio, Valletta se quedó mirando con disgusto las moneditas, como si fueran algo que la mujer asiática debería estar cogiendo con un trapo de cocina. Por fin sacó su bolsa de papel a la acera, donde los muchachos, con astucia, ya se habían adelantado bastante. Su tapadera: ser dos clientes del Rosquilla Amiga. Fácil de recordar y provista de una simplicidad diabólica.

Julie se negó a tocar la bolsa de papel que Titus le estaba ofreciendo, y mucho menos su contenido, cuyo hedor a col y azúcar quemado le hizo bullir el estómago, que ya traía revuelto por el temor, la paja del autobús y la excitación de la persecución.

—¿Tú has visto el aceite en el que estaban friendo esas cosas? —dijo.

—Bodiésel —dijo Titus—. Se puede usar en el Jetta.

Si uno filmara a Titus comiéndose los seis rollos de huevo y los dos donuts, pensó Julie, y luego pasara la película al revés, parecería que los estuviera disparando con la boca, pop, pop, como bolas saliendo de la boca de un cañón. Treinta segundos después de empezar a comer, entró para hacerlo bajar todo con un cuarto de litro de leche, también a cuenta de Julie.

Cuando Titus regresó del Rosquilla Amiga, tuvo el tiempo justo para presenciar la llegada de un Tornado muy desafortunado. Iba dando tumbos, experimentando sacudidas y disputando con antagonistas invisibles, como si fuera una especie de vagabundo de Telegraph Avenue. El óxido le había dejado dentelladas ensangrentadas a lo largo del vientre y en los lechos de las ruedas. Era posible que originalmente hubiera sido gris, pero, desde aquellos tiempos remotos, daba la impresión de que el pintor más indeciso de la historia de la automoción hubiera probado hasta la última marca y fórmula conocidas de pintura base en todas sus superficies. El conductor aminoró la marcha sin pararse y estiró el cuerpo para

desenganchar un lazo de nailon negro que conectaba la manecilla del costado derecho con el botón de bloqueo de la puerta del lado del pasajero. La portezuela se abrió con un chirrido. Valletta ocupó el asiento del pasajero por medio de una especie de salto volador. Cerró de un portazo y volvió a enlazar el botón de bloqueo con el cordel de nailon. Sin perder un instante, el conductor y ella parecieron reanudar de forma inmediata una discusión anterior, el sonido de la cual pugnó, mientras el coche se alejaba del bordillo, con las toses y los traqueteos del enfisema, la artritis y la tuberculosis del coche.

Al volante, de forma indiscutible e inconfundible: Luther Stallings.

—Joder —dijo Titus, con cierto aire de asombro genuino.

La cacería habría terminado allí, con los chavales obligados a regresar por su cuenta de Franklin Street, si Julie no hubiera visto por casualidad a un tipo con turbante que salía del edificio de oficinas de una sola planta que había al lado del Rosquilla Amiga. Llevaba en la mano un paquete de antiácidos Roloids y un bote pequeño de ambientador Febreze en spray.

—Esto va a ser increíblemente racista —avisó Julie a Titus, o a sí mismo, o bien a las severas divinidades de su ciudad natal.

El patético Toronado se encontró con un semáforo en rojo en la esquina de la Doce con Broadway. Julie se acercó al caballero del turbante y le preguntó si por casualidad no sería taxista y, en caso de que sí, si por casualidad no tendría su taxi a mano.

Julie se iba a librar de ver expuestos ante el mundo los cimientos racistas de la estructura de su conciencia, por lo menos de momento, porque resultó que la puerta de la que acababa de salir el hombre del turbante pertenecía a la centralita y oficinas de la compañía Berkeley-Oakland Yellow Cabs of Oakland, Inc. De esa manera, la pregunta maleducada y prejuiciosa de Julie se transformó por la proximidad casual en una inferencia razonable, incluso lógica.

El hombre del turbante los miró de arriba abajo, sosteniendo el bote de ambientador con cierto aire de advertencia, como sugiriendo que, si estaban pensando en tocarle los cojones, tal vez se viera obligado a rociarlos con Febreze.

—¿Quién lo pregunta? —dijo.

Encontraron el Crown Victoria del señor Singh aparcado a la vuelta de la esquina, con la sorprendentemente furiosa inscripción en mayúsculas inclinadas ¡MALDITA LA INDIA IMPERIALISTA DESTRUCTORA DEL PURISTÁN! escrita a lo largo de la parte inferior de sus portezuelas, por debajo del logo hecho con plantilla de la Berkeley-Oakland Yellow Cab of Oakland. Los chavales ocuparon el asiento de atrás. A Julie le quedaban veintiún dólares en la billetera. Confió en que le bastara para llegar a donde fuera que estuvieran yendo.

—Siga a ese coche —dijo Titus.

Había muchas formas de interpretar aquella frase; Titus decidió darle un toque de la BBC, al estilo de John Steed de *Los vengadores*. Aquello obligaba a Julie a quedarse con el papel, aunque fuera mentalmente, de la señora Peel o de Tara King. No era una decisión fácil: las dos tenían sus atractivos.

—No, no. Nada de juegos —dijo el señor Singh—. Cuando uno entra en un avión, no le dice al piloto: «Siga a ese Boeing».

—Yo a lo mejor podría —dijo Titus—. Nunca se sabe.

—Yo sé una cosa: que «siga a ese coche» es la forma en que el taxista siempre recibe un disparo. No, no. Nada de «siga a ese coche». Deja a ese coche en paz.

—No, esa mujer se ha dejado la cartera en el autobús —dijo Julie, esgrimiendo su billetera de plástico amarillo 21 Jump Street—. Solo se la queremos devolver.

—Eso es claramente mentira.

—En serio, colega —dijo Titus, poniendo un acento del gueto con la misma libertad y sinceridad con que había puesto la voz de Patrick Macnee—. Esa que va en el coche es mi vieja, ¿vale? Y lleva to el día bebiendo y colocándose, y no tie ni idea, ¿sabes?, ni idea de quién es el colega ese que va con ella. Y el colega es un chungo de cojones. Venga, tío. Que estamos intentando vigilar a mi vieja.

Mientras pronunciaba el discurso le imprimió a su voz un temblor lo bastante auténtico como para asustar a Julie. La historia había llegado a labios de Titus con tanta libertad y aire de fidelidad hacia la experiencia vivida que le provocó a Julie un dolor tan claro como el que le había provocado el niño que llevaba la gárgola manca en el autobús.

—A mí esto me suena a asunto de la policía —dijo el señor Singh.

—Quita. Si van a decir que les estamos haciendo perdé el tiempo, ya lo sabes.

El señor Singh examinó el reflejo de Titus en el retrovisor. Los ojos del señor Singh vistos en el espejo tenían, en opinión de Julie, una belleza compungida.

—Voy a intentar alcanzarlos —dijo el señor Singh, poniendo el coche en marcha—. Pero no pienso sobrepasar el límite de velocidad.

—Vale —dijo Titus—. Pero no t'acerques demasiao.

Ghost Town, Dogtown, Jingletown, se trataba de enormes sectores de Oakland que a Julie le resultaban casi del todo desconocidos, y entre ellos aquel viejo reborde desastrado y mal usado que había entre la bahía y los embrollos de la 880 y la 980: bases del ejército y estaciones navales abandonadas, manzanas despobladas en las que todo parecía haber sido arrasado por el impacto de un meteorito económico, ciénagas maltrechas y surcadas por garzas. Y, por supuesto, la hilera de grúas de carga que se apiñaban en el extremo más occidental de la ciudad, como si fueran el Primero de Caballería de Oakland preparándose para cargar sobre San Francisco, aprovisionándose de los contenedores que se acumulaban alrededor de sus pies, como balas de heno trajinadas por intendentes gigantes, para abastecer el asalto final. Los

cajones contenedores del puerto de Oakland, vistos desde el Puente de la Bahía, habían sido siempre una fuente de fascinación para Julie, aquellas pilas monstruosas de ladrillos de colores que parecían intentos inacabados de un ambicioso proyecto de Lego, intercambiables como fichas de casino y sin embargo todas ellas potencialmente llenas de algo nuevo y sorprendente: pelotas de fútbol, réplicas de sushi en poliuretano, láseres azules, gorros de Papá Noel, bolsas de diez kilos de chicharrones. En teoría estaban en constante movimiento, importaciones, exportaciones y transbordos enganchados, balanceados y suspendidos sobre las zonas de carga de trenes y camiones de dieciocho ruedas y sobre las cubiertas de las embarcaciones grises que los traían y se los llevaban. Sin embargo, Julie jamás parecía poder pillar a aquellas grúas en movimiento, y las pilas irregulares pero ordenadas de contenedores tampoco parecían moverse nunca, como si el trabajo del puerto fuera tan mágico como el de los juguetes de *Toy Story*, una operación secreta que se podía echar a perder si él la observaba.

—¿Veis eso? —dijo el señor Singh mientras seguían al Toronado por una amplia avenida que atravesaba, de acuerdo con una placa indicadora situada en la antigua entrada (donde un grafitero había firmado con una runa de aire orco), el antiguo emplazamiento del Depósito Naval de Oakland. En el lado este de la avenida había inmensos edificios ferroviarios de cemento y estucado gris esperando la demolición. Por el lado del puerto, una verja de acero desplegada en forma de láminas entrelazadas y rematada con alambre de púas, más allá de la cual la caballería de acero preparaba su ataque—. Esas cosas metálicas tan grandes que algunos dicen que parecen caballos...

—George Lucas —predijo Julie por lo bajo—. Transportes AT-AT.

—¿Conocéis *La guerra de las galaxias*? —dijo el señor Singh—. Esas cosas enormes que andan... Esos robots grandes que andan.

—Los transportes AT-AT —dijo Julie—. Los de la nieve.

Sabía que su padre, si estuviera presente, se sentiría obligado a señalar que aquello era una leyenda urbana del este de la bahía, igual que la afirmación de que el nombre en sí se lo había puesto a la región una sociedad secreta de pioneros satanistas que hablaban en jerigonza. A Julie le costó mucho, comprometido como estaba a no parecerse a su padre en ningún sentido o detalle, resistir la tentación de corregir al señor Singh.

Titus no dijo nada. Se limitó a seguir mirando la parte de atrás del Toronado, igual que había contemplado la nuca de Valletta Moore en el autobús.

—¡Exacto! ¡Pues ahí! ¡Miradlos! ¿Veis? George Lucas solía cruzar en coche muy a menudo el Puente de la Bahía, ya sabéis, por lo que me han contado, viniendo de Stockton o de Fresno.

—De Modesto —dijo Julie.

—De Modesto, peor todavía. De joven iba en coche a San Francisco a beber café expreso y vivir el cine francés y luego volvía de madrugada a Modesto, que es el culo del mundo, eso os lo atestiguo personalmente. Y esta, fijaos, fue la inspiración de las máquinas caminadoras AT-AT de las películas de *La guerra de las galaxias*.

—Mola —dijo Titus, apartando la mirada del Toronado lo bastante como para revivir aquellas patas gigantes sobre el hielo de Hoth y aquellos cazas estelares de movimientos vertiginosos que iban dejando un rastro de hilos como si fueran arañas—. Espera, espera.

Acababan de llegar a una antigua playa ferroviaria con los edificios todavía en pie y hasta renovados. En aquel vacío de cemento sin vías, una serie de cobertizos y almacenes metálicos se apiñaban alrededor de un hangar para trenes inmenso, como si aquello fuera un fuerte feudal. Un tótem repleto de letreros anunciaba los servicios de una panoplia de soldadores, fabricantes de muebles artesanales, pulidores industriales y empresas de fibra de vidrio; al pie del poste figuraba Carrocerías y Tuneados Motor City. A medida que el Toronado avanzaba levantando grava del suelo, se adentraba en la explanada y aminoraba la marcha, sus temblores y espasmos arreciaron. Ejecutó una especie de rumba borracha en dirección a una de las tres puertas de carga de la parte delantera de Carrocerías Motor City, entró a medias como pudo por el portón y por fin, con un último repique de castañuelas, murió. El conductor del Toronado salió y la sombra de Valletta Moore se deslizó por el asiento continuo de delante para coger el volante.

Llevaba puesta una camiseta de los Raiders con el número 78 y el nombre SHELL sobre los hombros. Pantalones de kung-fu y una especie de sandalias o chanclas de cuero. En la mano tenía una cachiporra larga, un *bo* de kung-fu —no, era un bastón— que se puso a girar como si fuera un poli de la vieja escuela en plena ronda.

—Vale, ahora sí que me voy —anunció el señor Singh en cuanto Stallings salió del coche haciendo girar su cachiporra—. Y os llevo conmigo, gratis.

Stallings no miró en su dirección ni pareció fijarse para nada en el taxi. Rodeó el Toronado renqueante y examinó un instante el maletero. A continuación levantó el bastón, se echó hacia atrás para tomar impulso sobre sus largos zancos de espantapájaros y empujó suavemente con el bastón contra la cerradura circular de la tapa del maletero. Dobló una rodilla, giró la muñeca y ya fuera por una cuestión de *qi* o de puro garbo —si es que había alguna diferencia— le dio un empujoncito al Toronado. El coche se meció un momento hacia atrás antes de salir disparado hacia delante y acabar de meterse en el taller. Con presteza blofeldiana, una persiana metálica descendió detrás de él. Luther Stallings se quedó en pie examinando la persiana cerrada como si esta fuera una alegoría de algo. Por fin se dio media vuelta de golpe y señaló al Crown Victoria con la punta de su bastón.

—Hostia —dijo Titus.

El señor Singh y Julie llegaron a un rápido acuerdo sobre la sensatez de girar en redondo y conducir todo lo lejos que el señor Singh pensara que podían llevar veintiún dólares.

Antes de que el señor Singh pudiera poner el coche en marcha, sin embargo, Titus salió. Se sacó del bolsillo de la camisa un pequeño fajo de billetes bien doblados con precisión de origami. Podría haber sido uno de aquellos paquetes de compresas estériles. Desdobló un billete de veinte y se lo entregó, a medio convertir en grulla de origami, al señor Singh.

—Yo me encargo —dijo.

Julie salió también del taxi. Era la primera vez que Titus pagaba algo.

—Aquí tenéis mi tarjeta —dijo el señor Singh, pasándoles un rectángulo donde había impreso su nombre, su información de contacto y la sorprendente ocupación chef del punjab.

Julie rebuscó en la billetera de Johnny Depp, sacó una de sus tarjetas de visita al azar y ya se la había dado al señor Singh antes de darse cuenta de que era la que decía:

JULIUS L. JAFFE

Libertino

La palabra la había encontrado en las novelas pornográficas victorianas que su madre guardaba en una caja de zapatos dentro de su armario, entre las cajas de zapatos normales. Se trataba de una declaración de vocación menos pragmática, aunque no menos esperanzada, que la del señor Singh. El chef del Punjab le echó un vistazo a la tarjeta y otro a Luther Stallings. Apoyándose en el bastón, Stallings había echado a andar lentamente en dirección a las inmediaciones de Titus, sin meta definida. El bigote del señor Singh bailó un pequeño huía sobre sus labios fruncidos mientras contemplaba la tarjeta de Julie. Por fin, echando una serie de miradas hacia atrás, el señor Singh dio media vuelta con el taxi y se largó.

El libertino sin experiencia laboral alcanzó a su amigo, que había incurrido, tal vez sin poder evitarlo, en una imitación flagrante de los andares marca de la casa de su abuelo, intensificados ahora por la herida o enfermedad que estaba obligando a usar bastón, una imitación tan precisa que bordeaba con la burla. Stallings inclinó la cabeza a un lado y sopesó a Titus; Titus ladeó la suya al mismo ángulo interrogativo. Ninguno de ellos pareció darse cuenta de que Titus le estaba haciendo un Harpo Marx a Stallings.

—Eh —dijo Stallings, y Titus repitió con diligencia «Eh».

El pelo de Stallings estaba densamente salpicado de gris ceniciento. Tenía bastante menos carne que en sus años mozos. A su dentadura no le había ido nada

bien: le faltaban dientes. Por lo demás no parecía estar mal, ni hecho polvo ni enfermo de ninguna manera obvia, y aunque no se lo veía en tan buena forma como a su antigua coestrella, sí que parecía estar mucho mejor que su Oldsmobile; en un estado bastante semejante, en conjunto, al del original, incluyendo el centelleo gélido en la mirada de estafador. Aquel calzado que llevaba sin calcetines no eran sandalias, vio Julie, ni tampoco chanclas, sino alpargatas chinas de tela, de aquellas que se vendían en cubetas enormes en Chinatown por cinco dólares el par. Los pantalones de kung-fu tenían el lustre de los pijamas de muñeca o de un disfraz barato de Halloween. Sin quitarle la vista de encima a Titus, ahora Stallings levantó el bastón que llevaba extendido. Barrió el aire con él hasta apuntar a Julie, con una punta completamente firme, fuertemente atraída como si fuera una vara de zahorí por el alma de Julie, un movimiento directamente sacado de *El general Witchfinder*. Julie se sorprendió a sí mismo sonrojándose intensamente, como si llevara los bolsillos llenos de beleño y mandrágora.

—¿Quién es ese chico blanco? —le preguntó Stallings a Titus. Julie no captó la respuesta, de tan flojito que la dijo Titus.

—¿Es quién? —dijo Stallings. No enfadado ni impaciente, ni hartó todavía de aguantar a idiotas o a chavales que hablaban entre dientes, sino listo para ir en cualesquiera de estas direcciones si era necesario.

—Mi amigo —dijo Titus en voz alta, avergonzado.

Stallings bajó el bastón y examinó a Julie, barriéndolo primero con una mirada vertical y luego con otra horizontal, un proceso que lo dejó poco convencido, sino directamente escéptico.

—Tu «amigo» —dijo, como si Titus acabara de afirmar que Julie era su patata invisible o su anquilosaurio azul parlante.

—¿Qué quieren?

Valletta Moore estaba de pie en el segundo portón del garaje. Tenía la mano metida en el bolso rojo.

—Soy hijo de Archy —dijo Titus.

—¿De Archy Stallings?

—Sí, señor.

—¿En serio? ¿Eres mi nieto?

Titus asintió.

—Ese tiene hijos debajo de las piedras —dijo Valletta.

Luther echó a andar a toda prisa y con un destino claro. Titus se dejó abrazar con rigidez. Con el cuerpo echado hacia atrás. Pero se dejó. Luther Stallings —que en otra época, hacía muchos, muchos años, había sido un pretendiente viable al ferozmente disputado título de Hombre Negro Más Duro del Mundo— se secó con la mano unas cuantas lágrimas inconvenientes.

—Vaya joder.

Soltó a Titus, se apartó y carraspeó. Agarró con las dos manos el pomo plateado de su bastón y lo plantó con firmeza en el suelo que tenía delante. Miró primero a la parte de la avenida que quedaba al otro lado de la extensión desierta del viejo depósito y luego en la dirección contraria, donde no había gran cosa que ver, a primera vista, más que una feroz contienda entre el alambre de púas y las campanillas. Y cielo. Un cielo enorme, partido en pedazos de color plateado y azul. Los camiones de dieciocho ruedas parecían cuentas de un collar interminable, avanzando lentamente por los pasos elevados en dirección a los muelles. Y allí donde uno mirara había contenedores apilados, con nombres pintados que a Julie le sonaban a nombres de oponentes de *Street Fighter*: «K» Line, Yang Ming, Maersk, Star. Y más allá, los planos y las facetas grises de San Francisco.

—Será mejor que entres —dijo Luther.

Titus echó a andar hacia el garaje. Stallings se volvió hacia Julie, que vaciló, paralizado por un miedo ridículo a que Valletta Moore pudiera tener una pistola dentro del bolso. Y con miedo también al hombre del bastón, a aquella zona profunda de Oakland y a ciertas sombras del garaje que vio que se juntaban para formar la figura de un hombre, grande y corpulento, con un bigote temible a medio camino entre rey de los moteros y dictador latinoamericano.

—¿Qué? —le dijo Luther Stallings a Julie—. ¿Tú también quieres un abrazo?

—Vale —dijo Julie.

Luego se dio cuenta de que Luther Stallings se lo había dicho en broma, y antes incluso de que el hombre se diera la vuelta y echara a trotar, sin mirar atrás, hacia el garaje de Carrocerías y Tuneados Motor City, ya se sintió amargamente abandonado.

—Oh, mira qué niño tan guapo —dijo Aviva con amargura. Frog Park a la hora del almuerzo, los bebés y las pastoras de bebés pastando al sol. El niño tenía el mismo pelo rubio rojizo que había tenido Julie. Ahora se abalanzó contra su madre con el peto desabrochado y colgándole para darle de comer un garbanzo—. ¿Podrías morirte?

Aparte del pelo, el niño no se parecía en nada a Julie de pequeño. Era el ángulo en que se repanchingaba, la forma en que confiaba descuidadamente en que su madre lo cogiera en brazos, lo que estaba matando a Aviva. O tal vez fuera simplemente la avalancha de los años. Por fin apartó la vista. Casi se arrepentía de haberle propuesto a Nat que, en vez de comer en la tienda, encontraran algún sitio bonito donde sentarse y almorzar temprano juntos. Una bolsa de bocadillos del Genova Deli, unas alcachofas fritas y un par de Aranciatas. Su «última comida», la había bautizado ella, buscando un efecto de sorna đǎþ transmitiendo crispación. La dejó perpleja el que Nat se limitara a asentir al oír aquel término, encorvado sobre el mostrador de

Brokeland, con la barbilla apoyada en la mano y con velas negras desplegadas en todos los mástiles, igual que aquella embarcación de la mitología griega. Navegando como siempre hacia ella, pero esta vez procedente de su propio laberinto, a bordo de la nave *Tipo Melancólico*. No había ni rastro de Archy. La explicación de aquella ausencia, de lo que iba mal en torno a los socios o bien entre ellos, únicamente estaba esperando una petición formal por parte de Aviva; ella, sin embargo, la refrenó. Por una vez, que fuera Nat el que la escuchara a ella. Que fuera él quien buscara algo a lo que aferrarse, un lugar donde agacharse y observar cómo ella le quitaba el tapón a la lámpara de un genio del pánico y llevaba a cabo como fuera que se llamaba lo contrario de pedir un deseo.

—Si voy a la cárcel... —dijo ella.

—Carajo... —dijo Nat, extrayendo cintas de Moebius de cebolla de su bocadillo con afectación felina y amontonándolas en el envoltorio blanco del bocadillo que había desplegado entre ambos sobre el banco—. Ya empezamos.

—Vas a tener que obligar a Julie a que me visite.

—Aviva.

—No me querrá venir a ver —dijo Aviva—. Estará demasiado enfadado.

—No te van a meter en la cárcel.

—Ah, ¿no?

El niño se apoyó contra su madre igual que en las pinturas italianas al fresco los dioses se reclinan sobre una nube que le gusta; se apoyó en el paraíso de su madre y en su hombro moreno desnudo. Tal vez alrededor de los ojos también tuviera un toque de Julie, cierta hinchazón histamínica de las mejillas.

—Aviva, es una vista en un hospital. No es un juicio en unos juzgados. Y además es por algo que hizo Gwen. Tú solo vas de acompañante.

—Gwen no hizo nada, Nat.

—No, claro que no. Solo digo...

—De eso se trata. La verdadera equivocación de Gwen fue irse de la lengua con un médico. O sea, fue una equivocación. Pero estaba cansada. Estaba completamente agotada. Había tenido un día durísimo. Y el tío la provocó, pero vamos, del todo.

—Debió de provocarla —dijo Nat—. Cuesta bastante de imaginar a Gwen Shanks perdiendo la calma.

—Fue irreal. Impresionante. —Delicioso, mareante, como comerse un pastel de cumpleaños entero entre las dos. Aviva se había sorprendido a sí misma disfrutando de los estallidos de Gwen con todo el horror de los quince años que se había pasado aguantando la prepotencia y el desdén de los médicos, sacudiéndoselos de encima como quien se quita caspa de los hombros. Quince años de valiente discreción, de morderse la lengua y de *trepverter*—. Pero una equivocación.

—Siempre es una equivocación el perder así el control —dijo Nat, sin que

pareciera estar desplegando ninguna ironía hacia sí mismo.

—Ja —dijo Aviva.

—Calla.

—En fin. Esta jodida vista que tenemos que aguantar hoy no ha venido porque a Gwen se le fuera la olla en urgencias. Y la pataleta de Gwen tampoco va a ser la razón de que yo acabe en la cárcel.

—Me alegra saberlo.

—Gwen cree que Lazar le faltó al respeto porque es negra. Y tú ya sabes qué política tengo yo cuando surge esa clase de situaciones.

—Tu política es: «¿Qué sé yo cómo es ser negra?».

—¿Qué sé yo cómo es ser negra? Estoy segura de que cuando ella le fue detrás, insultándolo y señalándolo con el dedo, para Lazar no fue más que otro estereotipo de la colección que ven en urgencias, ya sabes, la Mujer Negra Enfadada. Pero ser una mujer negra tampoco fue la equivocación de Gwen. Su gran equivocación fue ser comadrona. Una enfermera-comadrona que hace partos en casa y también partos en hospitales.

—Eso lo odian.

—Oodian a todas las comadronas, pero sobre todo a las que hacen partos en casa. Quieren que nos larguemos. Quieren decirnos: «Elegid. Podéis hacer partos aquí en el hospital o bien podéis hacerlos en casa con vuestro pachulí, vuestros mandalas tatuados en la baja espalda y comiendo placentas. Pero si decidís seguir haciendo esos partos en casa, señoras, entonces perdéis vuestros privilegios».

Ella fue consciente de que algunas mujeres que tenían cerca, tanto madres como canguros, estaban mirando a ver quién estaba despotricándole en aquella bonita tarde de agosto a aquel pobre tipejo viejo y encorvado con traje de sala de billares que se dedicaba a hurgar con los dedos en su bocadillo. Por lo menos una de las madres presentes había sido paciente de las Comadronas Asociadas, una tal Dina o Deanna, que ahora parecía medio avergonzada y medio absorta, igual que cuando uno se queda mirando a su rabino cortar el césped de su casa en Bermudas.

—O sea —dijo Aviva, bajando la voz—, eso lo sabemos. Es un hecho demostrado y claro. Casi todos los hospitales del este de la bahía ya lo han hecho. El Chimes es el último que todavía permite a las comadronas hacer partos tanto en casa como en el hospital. Pero solo están buscando una excusa para ir en la misma dirección. Y por supuesto, tienen todo el poder, ¿verdad?

—Verdad.

—Entretanto, si ellos tienen un parto que va como el de Lydia... Entonces: «Oh, en fin, estas cosas pasan. La madre está bien, el bebé está bien, olvidémoslo». No sé, tal vez si Gwen no hubiera perdido los nervios habríamos podido salir indemnes. Pero Gwen perdió los nervios, y cuando le llegó el momento de decir que sentía

haber perdido los nervios, que Dios la bendiga, no le dio la gana. De manera que ahora, en esta vista de hoy...

—¿Qué va a pasar?

—Imagino que nos suspenderán los privilegios. Un mes o dos. O seis. Solo para darnos algo en que pensar. Y luego, dentro de dos meses o de seis, nos pondrán como condición para readmitirnos el que dejemos de hacer partos en casa. Y luego, en cuanto me lo hayan prohibido a mí, se lo prohibirán también a todas las demás comadronas. Y ahí está el problema, Nat.

Dejó su bocadillo, se limpió los dedos y dio un trago largo y acre de refresco de naranja. El niño se había alejado de su madre, dando bandazos por la hierba en dirección a la estructura de juegos. Su madre lo vio marcharse, orgullosa, conmovida, sin saber que cada vez que se alejaban tambaleándose de ti, volvían un poco cambiados, diez segundos mayores y más cerca del momento en que te dejaban para siempre. Igual que los pescadores de perlas cuando se entrenan, que cada vez que se sumergen pasan unos segundos más debajo del agua.

—No pienso dejarlo —dijo Aviva—. Les diré que lo dejo pero seguiré haciendo partos en casa en secreto. Los haré en chozas estilo mongol y en cabañas sobre los árboles, en viviendas de protección oficial y en la cima del Grizzly Peak, en un palacio de cristal de mil dólares desde donde se vea el puente de Dumbarton. Y luego un día, tarde o temprano, algo saldrá mal. Tendré que trasladar a la paciente al hospital. Y el secreto saldrá a la luz. Se me acabarán los privilegios. Me investigarán y me harán una inspección, y después de tirar adelante el procedimiento hasta que nuestra familia esté arruinada y endeudada de pagar honorarios de abogados, el consejo médico del estado me quitará la licencia.

Ella experimentó una extraña sensación de entusiasmo y a continuación la vio reflejada en la cara de su marido, en cuya mirada se formó una pregunta, probablemente algo parecido a «¿Es así como soy yo?».

—Y después de que me quiten la licencia, Nat, te lo prometo: seguiré haciendo partos en casa. Los haré para personas que vivan fuera del sistema. Gente marginal. Inmigrantes ilegales. Gente, no sé, madres fugitivas de la ley. Madres de sectas, madres que vivan en comunas. Cualquier situación demente y totalmente desaconsejable que se te ocurra en la que alguien esté dispuesto a contratar a una comadrona en rebeldía. Porque los bebés tienen que nacer en casa, y son las comadronas quienes tienen que sacarlos. Ese es el resumen completo de mi sistema de creencias, ¿de acuerdo? Puede que a ti te parezca trivial o pintoresco o chiflado...

—¿Yo cuándo he dicho...?

—... pero quiero que te tomes un minuto, ¿de acuerdo?, o sinceramente, dado que llevamos diecisiete años casados, que te tomes dos segundos y te preguntes si yo estaría dispuesta a ir a la cárcel por esa simple creencia.

—No hace falta preguntarse nada —dijo Nat—. Voy a empezar a acumular limas para esconderlas en las tartas.

Ella sonrió y le dio un puñetazo en el hombro, fuerte, con afecto.

—Au.

—Capullo.

El genio se había vuelto a adentrar por el pozo oscuro y humeante de la boca de su lámpara. Ella le volvió a encajar el tapón bien fuerte y tiró la lámpara al abismo profundo e insondable del que nunca debería haber salido.

—Lo siento —dijo ella—. Me tenía que desfogar.

—Lo entiendo.

—Tenía que decírselo a alguien.

—Para eso estoy —dijo él.

—Es tu trabajo.

—Genial —dijo él—. Pronto lo podré hacer a tiempo completo.

Por primera vez ella captó el matiz de tristeza de su voz, aquello que se le atascaba al fondo de la garganta.

—Eh —dijo ella—. ¿Qué pasa, cielo?

—Nada —dijo él—. No es más que una puta tienda de discos.

—Esto es terreno sagrado —estaba diciendo el viejo, o algo parecido. A decir verdad, Titus solo estaba escuchando a medias, o mejor dicho: estaba poniendo toda su atención, pero estaba escuchando una historia distinta. Una historia más grande. *La historia de Titus Joyner*, que por fin culminaba ahora. En el frío fluorescente de aquel viejo y casoso taller de reparación con pinta de gruta de la Atlántida perdida, y es que Carrocerías y Tuneados Motor City había resultado ser una auténtica vitrina de los prodigios, destino último de submarinos incas y platillos volantes nazis y cañones de rayos letales del Antiguo Egipto. Entre aquellos garfios de acero que había a lo largo de dos de sus paredes de bloques de hormigón y de los cuales colgaban los huesos, pellejos y órganos de toda una serie de bugas legendarios: rejillas, placas e intrincados adornos metalizados rapiñados o preservados de docenas de automóviles monstruosos. En aquel lugar donde, junto a la larga pared de enfrente de las persianas metálicas, había desplegado un auténtico museo smithsoniano de piezas y herramientas clasificadas y etiquetadas en cubetas, cestas y cajoncitos de costurero. En aquel lugar. Y en aquel momento. Escondidos a la sombra de los transportes AT-AT en el mundo helado de Hoth. Conspirando juntos en la guarida secreta de Cleon Strutter y Candygirl Clark para emprender el robo de la cámara acorazada de su inexpugnable yo y llevarse el tesoro que llevaba tanto tiempo guardando en ella. Con todo aquel corazón protegido y atrapado en el tiempo, pues, Titus estaba escuchando. No el saber que Luther Stallings estaba desgranando, sino la misteriosa historia de su

propia vida a partir de aquel momento, un cuento embrollado donde el laberíntico sermón del viejo no constituía más que una hebra del tejido global—. Terreno sagrado. Oakland, California. El final del sueño. El final del puto trayecto.

—Pero no el final del sermón —dijo Valletta Moore, y por lo bajo, casi por debajo de la frecuencia auditiva humana aunque no del todo, añadió—. Parece.

Valletta estaba apoltronada en un taburete de bar, encorvada como un joyero para trabajar en un bidón puesto del revés y cubierto de un pedazo cortado de tapicería de vinilo salpicado de purpurina, en la «oficina» que le habían robado al rincón del fondo de aquel cobertizo de bloques de hormigón por medio de dos sofás rebozados de grasa, un escritorio de madera con tapa abatible y un archivador, debajo de un póster que mostraba una camioneta tuneada de un color naranja descabellado y que anunciaba algo llamado la Kasa del Kolor. Llevaba un auricular blanco metido dentro de la oreja más alejada de Luther, y el de la oreja más cercana le colgaba mientras se inclinaba para examinar las pequeñas herramientas y frasquitos que había extendidos encima del mantelito con purpurina. Todo el instrumental que necesitaba para llevar a cabo un perfecto tuneado de sus uñas. De vez en cuando se bajaba unas gafas de media montura de la frente hasta el puente de la nariz pero se negaba a mantenerlas allí más que unos pocos segundos cada vez. Un hombre británico muy serio narraba en tono de moscardón *La autobiografía de la señorita Jane Marple* o algún rollo parecido por el altavoz del auricular abandonado. La caverna submarina del escote de Valletta Moore, entrevista a través del cuello abierto de su camisa, como otra Atlántida más pequeña perdida entre pecas y rumores de encaje de color arándano, formaba otro enredo de gran intensidad dentro de la historia de Titus Joyner.

—Hoy tiene público —dijo el viejo gordinflón mexicano o español o lo que fuera. El dueño del lugar, Sixto Cantor. Con su cara bigotuda hecha de rocas de color naranja cosidas entre sí como la Cosa de los Cuatro Fantásticos, ensanchado igual que los coches con los que se ganaba la vida, con el pelo blanco y tupido repeinado hacia atrás estilo cisne, o bien como el alerón de algún cacharro con ruedas de la época de Fonzie. En la pechera de su mono de trabajo azul ponía EDDIE con letras rojas. Detrás de las lentes graduadas de sus gafas protectoras negras con unos costados que parecían ralladores de queso, los ojos de Eddie patrullaban el lugar como si fueran peces luchadores en una pecera. Por lo menos uno de sus ojos seguía en todo momento a la cuadrilla de seis trabajadores que había en el taller de al lado, tres latinos, dos negros y un pequeñajo seguidor del punk y el arte corporal, que estaban ocupados destripando una carrocería gris de los ochenta, tal vez un Citation. Alimentándose de aquel trasto como si fueran un enjambre de pirañas—. Nos vamos a pasar aquí la noche entera.

—Sí, bueno, estoy hablando precisamente de la noche —dijo el viejo—. De manera que está bien. «La historia se hace por las noches», dijo Henry Ford. A eso se

refieren cuando hablan del Sueño Americano.

Mientras peroraba, Luther Stallings estaba tumbado de espaldas en el suelo, vestido solo con sus pantalones de pijama de kung-fu, con la rabadilla apoyada en una esterilla de gomaespuma, haciendo abdominales de cien en cien. Abdominales de bicicleta, abdominales con giro de cintura, abdominales de cuerda, cuyo continuo ritmo de tijera marcaba el avance de una charla que solo se interrumpía para soltar alguna que otra mueca de dolor cuando le crujía el hueso de la cadera o bien cuando Valletta Moore soltaba algún resoplido de impaciencia. Cada vez que Titus le echaba un vistazo a Julie, este estaba contemplando las ondulaciones y la dilatación de la musculatura abdominal del viejo, los movimientos internos de aquel cuero cosido tan prieto como las franjas de un asiento aerodinámico. A Julie se lo veía medio mareado y medio hipnotizado, como esa gente que mira una zapatilla dar vueltas dentro de una secadora de ropa.

—Para nosotros todo empezó en el momento mismo en que el hombre blanco quiso dormir en un tren.

Su perorata llevaba la mayor parte de los últimos quince o veinte minutos centrándose en aquel asunto, *La historia secreta del hombre negro en California según Luther Stallings*, una serie de argumentos que el viejo respaldaba con citas extraídas de autoridades irrefutables cuyos nombres siempre parecían estar a punto de ser divulgados o bien, cuando se pronunciaban en voz alta, a Tifus no le sonaban de nada. El Argumento Número Uno, principal y central, era algo parecido a que, cuando escarbabas hasta el meollo mismo, tal como había hecho el viejo durante los largos años de su exilio, llegando hasta las entrañas mismas de las minas del conocimiento, Oakland era literalmente la Tierra de los Sueños. Después de eso, en fin, entre los gruñidos y los ladridos del compresor de aire, las bravuconadas incesantes que soltaba la cuadrilla de trabajadores de Motor City, la visión de lo que parecía ser la portezuela derecha (o sea, la del lado de Robin) del Batmóvil de la serie de la vieja escuela de Batman colgando de un garfio como si fuera una media res del rincón del fondo del garaje, y el mundo submarino que abría sus puertas cada vez que Valletta Moore se inclinaba para hacerse una manicura francesa en la punta de otra uña, francamente, Titus ya no siguió con mucha atención las explicaciones, aunque entendió y hasta se mostró dispuesto a apoyar la idea de que la Historia Secreta del Hombre Negro en California estaba completamente vinculada con el dormir y el no dormir, con el insomnio y los sueños del hombre blanco. Porque, porque... mmm... algo de que los blancos de antes, como necesitaban estar bien descansaditos mientras viajaban hacia el oeste subyugando y conquistando, acudieron a un tipo llamado Pullman. Y el blanco este, Joe, no, George Pullman, se puso manos a la obra y, no por querer hacer lo correcto sino únicamente porque era un tacaño y necesitaba una reserva instantánea de sirvientes cualificados pero que cobraran poco, empezó a

contratar a libertos negros de la época y a ponerlos a trabajar atendiendo el sueño de los blancos. Usando a modo de puntuación gruñidos que a veces parecían elidir o censurar las partes de su discurso que habrían contribuido a que este tuviera algo de lógica, el viejo se dedicó a evocar aquella escena nocturna: vigilantes negros examinando los sonoros ronroneos nocturnos de los ricos ocupantes de los coches-cama, de aquellos soñadores que se mecían por la enorme oscuridad del oeste de camino a la tierra del crepúsculo, la orilla remota del Sueño Americano, que por razones que sin duda se aclaraban durante un gruñido particularmente fuerte, se debía por completo al hecho de que la palabra «América» era una versión degenerada de «Amón-es-Ra», la Tierra del Oeste del Antiguo Egipto, que era adonde ibas cuando te morías, aunque no en tren, claro, sino en barco, a bordo de un barco que iba al oeste como aquellos que habían transportado las penas de los antepasados africanos de los mozos de coche-cama, aunque para los antiguos egipcios el viaje mortuorio hasta Amón-es-Ra no era más que un tipo de letargo, y de hecho un sueño; no «sueño» en el sentido de «tengo un sueño», sino en el sentido de ese extraño viaje que emprende cada noche el cerebro humano dormido, aunque, a modo de digresión aparte, y es que las conexiones eran interesantes, había que preguntarse por qué el doctor King, cuyo padre había sido un masón negro, había decidido formular su mensaje usando un término tan crucial para la Historia Secreta del Hombre Negro en California, el lenguaje del mozo de coche-cama, elevado y provisto de derechos y liberado mientras el hombre blanco estaba literalmente dormido.

—Fueron los hombres más libres que han existido jamás —les contó Luther Stallings a los chicos—, aunque tenían una especie de libertad secreta.

Stallings describía a los mozos de coche-cama en unos términos que evocaban a guerreros gigantes repeinados de la noche, armados con sonrisas, yendo de un lugar a otro, por todos aquellos pequeños rincones de mala muerte, puebluchos perdidos, viendo mundo, llevando escondidas encima, como si fueran espías infiltrados, todas las noticias del mundo clandestino de la América negra, los últimos discos, cotilleos, revistas y peinados, propagando aquel saber y aquellos estilos por el país entero, llevándolos allí donde viviera gente negra, y por encima de todo cantando el cantar de California, y más concretamente de la ciudad de Oakland, donde los mozos de coche-cama se bajaban de los trenes para descansar en los lechos crepusculares de las casas que se compraban con el dinero que le habían sacado al señor George Pullman, unas casas en las que montaban familias que después mandarían a sus hijos y nietos a la universidad y a la escuela de comercio y finalmente al Congreso de Estados Unidos, y a continuación se volvían a subir a los trenes por la mañana para viajar al sur y al este, propagando la noticia de su propia prosperidad, de manera que para cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, Oakland ya era el Hollywood de las aspiraciones de la clase media negra, aunque a diferencia de Hollywood, cuando llegabas a

Oakland tenías realmente una posibilidad de triunfar.

—Hollywood —dijo Titus, sospechando que ahora le tocaba a él decir algo—. Vaya, pues.

La Historia Secreta resultaba un poco aburrida cuando descendía a los detalles, esa era la verdad, armada como estaba sobre unos acontecimientos y unos datos y unos fenómenos históricos cuyo desconocimiento por parte de Titus únicamente se intensificaba a medida que su abuelo los iba engarzando: huelgas y sindicatos negros, burguesía y clubes nocturnos de la calle Séptima, astilleros, el Ku Klux Klan bajando por Broadway a plena luz del día mientras la gente blanca de Oakland flanqueaba las calles para vitorearlos, y sin embargo el arco de la narración, la sensación de viaje por el tiempo y el territorio despertaba en la mente de Titus cierta sensación de revelación.

—Aquel fue el verdadero ferrocarril subterráneo, unas vías que discurrían por debajo, por dentro de otras vías. Y esta ciudad era su estación terminal. Este edificio en el que estás ahora era un almacén de trenes. ¿Ves esa línea que hay en el cemento de ahí, esa grieta en forma de círculo enorme que lo rodea todo? Ahí estaba la plataforma giratoria. Una vieja plataforma giratoria enorme de cemento, como un plato de tocadiscos donde sonaba la música de los sueños.

El viejo parecía haber concluido sus comentarios. Se incorporó hasta sentarse, jadeante, reluciendo desde el nacimiento del pelo hasta las espinillas.

—Lo que pasa es que ya no gira —dijo Eddie.

Luther Stallings miró primero a Titus, luego a Julie y por fin de vuelta al primero, deseoso de saber qué estaban pensando, cómo lo estaban llevando y qué iban a hacer con sus pequeñas mentes ahora que él se las había revolucionado.

Julie echó un vistazo a Eddie.

—¿Eso es del Batmóvil auténtico? —dijo.

—Ja —dijo Valletta Moore. Negó con la cabeza—. Luther, no te están escuchando. —Se estaba encajando pequeñas almohadillas de espuma entre los dedos de la mano izquierda—. No te está escuchando nadie.

—Le tendrían que haber dado un Oscar —dijo Eddie—. Siempre estaba interpretando a personajes silenciosos.

Él y Valletta soltaron la carcajada.

—Yo sí que estoy escuchando —dijo Titus, intentando no parecer que estaba llevando la contraria, puesto que llevarle la contraria a Valletta Moore le resultaba doloroso y, al menos en las películas de ella que había visto, también entrañaba cierto peligro.

—Muy bien —dijo Luther, lanzando una mirada ceñuda a su parienta y descerrajándole otra a Eddie antes de secarse la cara con un pedazo cuadrado raído pero limpio de gamuza—. Vamos allá, pues —le dijo a Titus—. Chico, lo que tienes

que hacer si quieres absorber conocimiento es preguntar. De manera que adelante. Pregunta.

Titus entendió que debía tomar como punto de partida la lección que se acababa de impartir, pero ese entendimiento fue incapaz de vencer el impulso natural de su curiosidad verdadera. Sabía que tenía que preguntar por las tradiciones funerarias de Egipto y los masones negros de América, pero para su propia aflicción, se oyó decir a sí mismo:

—¿Por qué tenéis que vivir en un taller de reparación?

Otra risa se elevó incontenible de las inmediaciones de Eddie Cantor, una serie reprimida y contrita de semitones. Esta vez, Valletta se contentó con examinar su propio reflejo en el brillo traslúcido de la uña de su índice izquierdo y con murmurar unas palabras para sus adentros a modo de parodia de los apartes del teatro, unas palabras difíciles de entender, algo del tipo: «Anda, justo lo que me apetece oír».

El viejo permaneció sentado, abrazándose las rodillas contra el pecho con sus largos brazos. Frunció los labios y negó suavemente con la cabeza, empezando por la mandíbula. Cerró los ojos y volvió a abrirlos. Durante un momento que se hizo muy largo, no dijo nada. Titus empezó a arrepentirse de la pregunta, sobre todo cuando vio un ligero humedecimiento en los ojos del viejo, aunque el momento pasó sin que se permitiera el derramamiento de una sola lágrima. Titus ya estaba a punto de retirar la pregunta y de buscar una sustituta cuando su abuelo dijo:

—He hecho idioteces en la vida. Es la verdad.

Titus echó un vistazo a Julie, a quien se le puso una cara solemne de astucia, ligeramente puritana.

—Drogas —dijo Julie.

—Idioteces todavía más grandes que las drogas —dijo el viejo—. Y eso es mucho decir, creedme. Pero llevo trece meses de abstinencia, trece meses, una semana y dos días. Estoy limpio. Tengo oficialmente una película en fase activa de preproducción...

Valletta Moore emitió otra observación cuyas sílabas se quedaron en el umbral mismo de lo audible. Era como el arpa mágica de aquella película de Disney, *Taron y el caldero mágico*, a la que se le rompía una cuerda cada vez que el tío que la tocaba, el bardo, soltaba una nueva exageración de sus hazañas o sus habilidades.

—¿*Strutter 3*? —dijo Titus.

—Lo has adivinado. Pero... hummm, vendría a ser algo... un tipo de iniciativa independiente, operando esa clase de nivel pequeño fuera de los estudios en que opera Producciones Stallings, es necesario... cómo decirlo, a veces hay que ser un poco creativo con la financiación. Es por eso, intentando contestar tu pregunta, que no era exactamente la pregunta que yo estaba esperando, pero, ejem, se me ocurrió la idea de... hummm, coger una de esas idioteces que cometí hace mucho tiempo y

darle un poco la vuelta. Involucrar a uno de los grandes de la industria.

—O eso creías tú —dijo Valletta Moore.

—Me cago en la puta, Valletta...

—Creyendo que podrías quitarte ese...

El viejo se puso en pie de un salto igual que un paraguas que se abre. En el decurso de otro medio segundo, ya había organizado los brazos y las piernas de acuerdo con una lógica mucho más directa que la que había guiado sus enseñanzas verbales previas. Hubo una sensación de viento y de rotación contenidos dentro de un ámbito modesto, como los movimientos del Diablo de Tasmania de los dibujos animados, y luego, igual que había sucedido con el empujón que le había propinado a la parte de atrás del Toronado con la punta del bastón, todo se redujo a la punta de su pie izquierdo y a dos centímetros cuadrados de contacto. El bidón metálico se volcó y retumbó contra el suelo de cemento con una rotundidad de gong chino. Todos los frasquitos e instrumentos de Valletta salieron volando. En el taller, el bombeo hidráulico se interrumpió con una exclamación ahogada.

—Eh... —le dijo Julie a Valletta Moore—. ¿Está usted bien?

Eran las primeras palabras que le dirigía desde que habían entrado en el taller mecánico.

—Oh, estoy bien, cielo —dijo Valletta en tono risueño.

Se puso a cuatro patas, intentando recoger sus cosas y comprobando que los frascos no se hubieran roto y que su contenido no se hubiera derramado.

—En fin, voy a ver qué hacen esos gamberros —dijo Eddie.

Los peces luchadores revolotearon a un lado y a otro detrás de los cristales de su acuario mientras Eddie examinaba el alboroto que había permitido en su por lo demás impecable taller mecánico, con cara de que ya no veía muy claras las razones por las que lo había permitido. Lo normal sería que a aquellas alturas sus ojos ya estuvieran entrenados para calcular las posibilidades de recuperación y salvación ocultas en las ruinas de una máquina que un día había funcionado bien. Titus intentó encontrar señales de esperanza en aquella mirada, pero Eddie lo estaba mirando a él; a Julie y a él.

—¿Necesitáis que os acerque a algún sitio?

—Pues... mmm...

Julie se puso de pie, abrazándose a sí mismo, acostumbrado a la compañía de la clase de gente que resolvía las cosas hablando, que compartía sus sentimientos y que, cuando todo se resolvía, formaban un círculo como si fueran Osos Amorosos, gente que nunca tiraba cosas a patadas ni salpicaba las paredes y el suelo con esmalte de uñas parecido a sangre.

Luther Stallings recogió su bastón y se apoyó en él con las dos manos, mirando a su nieto pero sin dar ninguna indicación de lo que quería que Titus dijera o hiciera.

—Estamos bien —dijo Titus.

Eddie asintió y, gritando en un dialecto despectivo del *spanglish*, se fue a criticar los esfuerzos de su cuadrilla. El bastón de Luther repiqueteó en el suelo de cemento mientras caminaba silenciosamente con sus alpargatas de Bruce Lee por entre los mares y continentes de manchas que constituían su mapa, en dirección al Toronado, que ocupaba el muelle contiguo. Metió la mano por la ventanilla del conductor para sacar las llaves del contacto, dio la vuelta hasta la parte de atrás del coche y abrió el maletero. Sacó una cubeta de plástico con dos tapas que se encajaban la una dentro de la otra y la llevó resoplando hasta una de las mesas de trabajo. Miró a Titus.

—Creía que querías ver mi puñetera película —dijo.

Ella iba a hacer lo que tenía que hacer: montárselo a lo grande; por desgracia, ya no era viable. Implicaba mantener un estado metafísico del que Gwen ya se había desprendido hacía tiempo, como una casa en medio de un corrimiento de tierras causado por la lluvia. A pesar de todo, se propuso intentarlo como pudiera, decidida a dejar de ir a hurtadillas y a ponerle fin a su ocultamiento y a todo aquel cobarde ninjutsu marital y profesional. A actuar con la misma firmeza y fuerza que Candygirl Clark, pese a lo inalcanzable que aquella aspiración le pudiera resultar a una mujer en su semana treinta y siete de embarazo que se ha pasado los tres últimos días vistiéndose con la ropa de una maleta y durmiendo en una esterilla de gomaespuma.

A tres horas de su enfrentamiento en el Chimes, Gwen condujo por el túnel hasta la Tierra de los Blancos. Su BMW se fundió gradualmente con la autosfera local a medida que la carretera se desplegaba y se flexionaba para adentrarse en las colinas de la Sierra. Las sombras se afilaron y la tarde adoptó una reverberación desértica. Los aspersores bisbiseaban. Las pelotas de golf trazaban arcos iris blancos sobre el cielo azul del Condado de Contra Costa. La luz del sol hacía resplandecer el vello dorado de los antebrazos de las mujeres cargadas de bolsas de la compra y ataviadas con faldas de tenis.

En la tienda de ropa para embarazadas A Pea In The Pod, Gwen consignó su forma cúbica a un vestido acampanado sencillo de tela elástica de jersey gris con una chaquetilla gris a juego. La chaquetilla venía con unas hombreras que le daban un incómodo parecido con la cubierta de un portaviones. Por culpa de lo mucho que se le subía sobre la barriga, el vestido daba la impresión de colgarle unos buenos diez centímetros más abajo por detrás, formando una especie de cola improvisada. Se iba a pasar el resto del día dándose tirones del frente del vestido, como una adolescente medio osada con microminifalda.

Al llegar a la caja registradora pidió unas tijeras para quitarse las hombreras, lo cual, vista la cara de espanto que puso la empleada de vello dorado mientras Gwen destrozaba un vestido que le acababa de costar ciento setenta y cinco dólares, le

pareció un gesto de puta madre. A continuación se fue a la zapatería Easy Spirit donde, empleando unas pinzas de vanadio y una mascarilla portátil de soldador, consiguió entregarle sus maltrechas alpargatas a un equipo de trabajadoras especialistas en materiales peligrosos y salió de allí calzada con un insulso par de zapatos grises con correa adaptados. Tenían el mismo encanto que el cemento y la misma elegancia que sendos bloques de hormigón, pero le sujetaban los pies sin dolor ni fallos estructurales, y a ella le pareció que el aire de monja-bibliotecaria que emitían no era del todo incompatible con el hecho de repartir unos cuantos guantazos.

Equipada de esa guisa, regresó a Oakland por el Portal Transdimensional de Caldecott a fin de someter su pelo a las sutiles aunque no silenciosas artes de Tyneece Fuqua del salón de belleza Glama. Para atender a la emergencia capilar de Gwen, Tyneece se había visto obligada —según le explicó con irritante detalle— a cambiar la hora de una consulta telefónica que tenía con una vidente afincada en Makawao, Hawai, una mujer que, durante su anterior sesión telefónica, había estado a punto de encontrar los dos lingotes de oro nazi que el bisabuelo de Tyneece se había traído a casa de la guerra y que había enterrado, según se decía, en uno de tres jardines posibles pertenecientes a las tres mujeres distintas de Oakland que habían parido a sus diecinueve hijos e hijas. Mientras le peroraba a Gwen sobre las complejidades de los números de serie del oro nazi y sobre sus abundantes primos y primas desprovistos de oro, Tyneece atendió los maltrechos rizos de Gwen, atrapando a los laxos, los caídos y los de alma perdida y retorciéndolos con fuerza, como si estuviera dando cuerda a los resortes mismos de la resolución de Gwen. Le dio a Gwen un masaje en el cuero cabelludo, el cuello y los hombros, y puso a la chica nueva a trabajar en sus pies doloridos. Por fin, después de hacer lo que pudo, avisó al señor Robert, al que había mandado a buscar nada más enterarse de lo que Gwen tenía que afrontar ese día.

El señor Robert llegó empujando un carrito para equipaje de esos que llevan las azafatas aéreas donde transportaba un maletín de pinturas de plástico rosa lleno de arañazos. Se trataba de un caballero pequeño y atildado que llevaba pantalones a cuadros verdes, jersey de color verde lima con cuello de cisne, botines blancos de cremallera y pelo a lo Sammy Davis. Últimamente trabajaba de forma casi exclusiva para bodas, bailes de graduación y con alguna que otra quinceañera, pero en un tiempo pasado había sido el mejor maquillador negro de Hollywood, en el que confiaba una generación entera ya desaparecida de actrices televisivas, desde Diahann Carroll hasta Roxie Roker, para combatir los prejuicios visuales y técnicos de los cámaras y directores de iluminación blancos. Al cabo de unos segundos de escrutinio intenso, el señor Robert se encogió de hombros y pareció confuso.

—Me habían dicho que esto tenía que ser una emergencia —dijo—. Pero cariño, estás tan tremenda que tengo miedo que me pegues fuego a las bolas de algodón.

—Venga, no me mienta, señor Robert.

—¡Te lo digo en serio! ¡Estás radiante! ¡Necesito un contador Geoger! ¡Necesito uno de esos trajes de plomo, como los que lleva Homer Simpson!

El señor Robert era un cotilla escabroso aunque anticuado provisto de unos modales bruscos y puntillosos y de la costumbre de hacer preguntas sin esperar las respuestas. En cuanto terminó le cogió la barbilla con sus dedos flacos y reseco y se la giró a un lado y al otro. Arqueó una ceja con gesto escéptico. Por fin dejó que Gwen se echara un vistazo a sí misma en la pared de espejos del local.

—Estoy casi preciosa —le dijo al reflejo de él.

—¿Casi? —dijo el reflejo de él, con gesto dolido—. Cariño, y un cuerno. El señor Robert no deja a nadie con un aspecto «casi».

—No, tiene usted razón, gracias, señor Robert —se apresuró a decir ella, mientras él se ponía a devolver sus pinceles y frascos al maletín rosa con brusquedad molesta—. Estoy *flipante*.

Él no dijo nada pero Gwen captó un fruncimiento del ala izquierda de su bigote, una medio sonrisa medio satisfecha. El hombre recogió sus cosas, despacio y con parsimonia, frotándose de vez en cuando sus bonitas manos marrones de dedos largos doloridas por la edad. Tyneece ya había cobrado a Gwen por aquella sesión de emergencia, pero, cuando el señor Robert levantó la vista de su instrumental, Gwen le estaba ofreciendo una propina de veinte dólares. El señor Robert negó con la cabeza y apartó la mano que ella le extendía con el dinero.

—Ya me lo darás la próxima vez —dijo.

—No, señor Robert...

—Nací en la cocina de mi madre —dijo él—. En Rosedale, Mississippi. Fue una comadrona como tú la que me trajo a este mundo maravilloso.

—Sí, bueno —dijo Gwen, conmovida, avergonzada, lamentando el hecho de que, a pesar del progreso, todo aquello pareciera implicar la desaparición de un mundo de comadronas negras que sacaban a bebés negros, extrayendo a la luz el futuro a razón de un par de hombros resbaladizos cada vez—. Después de hoy, puede que ya no me quede mucho tiempo de comadrona.

Tal como parecía ser su costumbre —tal vez el señor Robert fuera un poco sordo—, hizo como que no la oía.

—Antes de llamar a mi padre para que entrara a verme —siguió diciendo—, aquella mujer, la comadrona, se sacó un pintalabios del bolso y le arregló la boca a mi madre. Le peinó el pelo a mi madre. La dejó bien, ¿me entiendes? La preparó. O por lo menos eso era lo que contaba siempre mi madre. A veces me pregunto, ya sabes... mmm... si no sería eso lo que me dio la idea *a mí*. —Puso un brazo en jarras y se señaló con la otra mano, el genio de sí mismo dirigiéndose a sí mismo en el remoto Rosedale de tanto tiempo atrás—. ¡Señor Robert, cuando crezca, va usted a ser

maquillador!

Devolvió su maletín al carrito con ruedas y lo ató descuidadamente con varias vueltas de correas elásticas verdes.

—¿Tú crees que algo así —dijo—, algo que pasa en la sala donde naces, tú crees que es posible que lo veas y se quede contigo para el resto de tu vida?

—Yo de los bebés me lo creo todo —dijo Gwen.

A las 2.55, con el ticket del aparcamiento del Hospital General Chimes guardado cuidadosamente en un bolsillo con cremallera del interior de su bolso, Gwen cruzó pesadamente las puertas correderas altas y amplias que tantas veces había cruzado, con mucho más en juego, en aquellas otras madrugadas, largas tardes y primeras horas de la mañana, que su simple destino personal. Los afluentes y las corrientes crecidas de la humanidad del este de la bahía fluían a través del filtro del vestíbulo del hospital, toda la descabellada variedad de formas de vida del estanque local. Un pandillero avanzaba hacia el ascensor con un ramo de azucenas y margaritas multicolores metidas debajo del brazo, un viejo buitre quemado por el sol con una mata de pelo blanco de científico y pantalones cortos, un motero barbudo con una sola pierna y tres dedos que ella supuso que sería un diabético descuidado al que se estaba comiendo la neuropatía, dos madres recientes —una oriental y la otra con el velo y la tienda de campaña dictadas por las leyes del islam— esperando en festivas sillas de ruedas a que sus maridos trajeran los coches respectivos. Uniformes hospitalarios, monos de trabajo, camiones de dormir, camisetas de baloncesto, faldas estampadas de chicas hippies y hasta un par de monjes budistas con túnicas de color azafrán, probablemente tailandeses del Templo de Russell Street. Al verlos, Gwen se vio atrapada por la necesidad de aquellas pequeñas tortitas de coco con cebollinos que servían allí los domingos por la mañana; pero ese día era jueves, y, en todo caso, Candygirl Clark nunca habría permitido que un antojo, ni que fuera de tortitas tailandesas, la distrajera de una misión.

—Uau —dijo Aviva, contemplando el fruto de la determinación de Gwen. Los zapatos, el vestido, la chaqueta y los rizos exuberantes de su peinado restaurado—. Cómo te has emperifollado.

Gwen se dio un tirón del dobladillo delantero del vestido.

Aviva estaba de lo más sobrio, delgada, eficaz y ataviada con un conjunto de color marrón topo cuya falda le quedaba justo por encima de las rodillas. Su pelo, salpicado a intervalos regulares —hasta se podría decir meticulosos— de canas, estaba recogido con un pasador ancho de plata cincelada mexicana. No llevaba más maquillaje que un toque de color en los labios, un tono o dos más intenso que su propio color rosado natural. Descansada, serena y proyectando, en opinión de Gwen, un ligerísimo toque de resignación a su destino. Después de hacer un buen repaso a la apariencia de Gwen, su socia se la quedó mirando a los ojos, como intentando

discernir algún indicio de lo que tenía en mente o de su estado de ánimo.

—¿Estás lista para esto? —dijo Aviva.

—Estoy completamente lista —dijo Gwen.

—Ah, ¿sí? —Alerta, llena de curiosidad—. ¿Sabes algo que yo no sepa?

—De momento, no —dijo Gwen, acaramelada—. Pero solo han pasado diez años.

—Ja —dijo Aviva, con el detector de trolas graduado como siempre para captar hasta los indicios brutalmente pequeños.

Gwen intentó poner una cara de inocencia con los ojos muy abiertos, sintiéndose nada menos que fuerte y positiva y —salvo por su carencia de media docena de tortitas de leche y coco, humeantes y salpicadas de cebollinos verdes, acurrucadas en su envoltorio de papel— sorprendentemente preparada.

—Simplemente voy a intentar, ya sabes, mantener la dignidad en este asunto —dijo—. No tengo ninguna intención de volver a ponerme en ridículo.

—Me parece genial —dijo Aviva—. Vale, pues. Supongo que deberíamos ir para allá.

Gwen se miró el reloj.

—Esperémosle un momento más.

—¿Esperemos un momento a quién?

—A Moby —dijo Gwen y en ese momento vio al hombretón echándose con pasos entrecortados a la izquierda para evitar la colisión con una pareja de ancianos negros que se estaban ayudando mutuamente a salir por la puerta, como dos edificaciones adosadas, refugios temporales contra la jornada.

Había llamado a Moby justo después de la ducha profética, la última que iba a darse en el Instituto Bruce Lee, en el curso de la cual, atrapada en la brisa de ideas de todos aquellos iones de carga negativa, Gwen se había sorprendido a sí misma imbuida del espíritu de Candygirl Clark.

—Dejando de lado todos esos chistecitos que haces a costa de tu barriga de embarazada —le había dicho Moby por teléfono—, de verdad que yo solo represento a ballenas.

—Sí, yo lo sé —le había dicho Gwen—. Pero el Hospital General Chimes no lo sabe.

—¿Te han sugerido que lleves a un abogado?

—No, al contrario: técnicamente, no es más que una vista informativa. Pero es precisamente por eso que es buena idea. Escucha, Moby, tú ni siquiera tienes que decir nada. Tú te limitas a sentarte ahí, ya sabes, con tu corbata y tu maletín, grande e intimidante como eres.

—No me jodas. ¿Te parezco intimidante?

—Está claro que tienes potencial.

—¿Para ser un tío chungo?

—Bueno, una versión de tío chungo.

—¡El factor intimidante!

—Eso.

Cierto, había sentido dudas en aquel momento, al oír el entusiasmo que se había adueñado de la voz de Moby junto con aquel espantoso acento de *Electric Boogaloo*, pero ese no era un día para irse con dudas, cuestionamientos o vacilaciones. Era un día para hacer lo que una tenía que hacer mientras se aproximaba, explotando al máximo las posibilidades de ella misma y del señor Robert, a montárselo a lo grande.

Y ahora el hombre aparecía con unas sandalias Birkenstock marrones y el traje azul marino más ancho que tenía con calcetines negros.

—Dios bendito —dijo Aviva.

—Buff.

—¿Qué está haciendo ese aquí?

—Se me ha ocurrido traer cierto factor de intimidación —dijo Gwen—. Francamente, yo no contaba con las Birkenstock.

—¡Gwen!

—No pasa nada.

—¡¿No pasa nada?!

—Solo se tiene que sentar ahí. Estar presente, físicamente, ocupando su puesto de abogado enorme en la sala.

—Muy bien —dijo Aviva, queriendo decir que no estaba muy bien—. Estoy confundida. Cuando Garth Newgrange nos amenazó con un pleito multimillonario que no solo nos puede dejar sin trabajo sino también dejarnos a las dos en la puta ruina, ni siquiera quisiste hablar con un abogado.

—Garth no tiene motivos para entablar un pleito. Su bebé salió bien parado y Lydia también.

—Y ahora para esto —siguió Aviva, igual de sorda que el señor Robert cuando le convenía— te traes a un tipo que tuvo su último juicio en *SeaWorld*.

—Señoras —dijo Moby, con el toque de sofisticación más espantoso que uno pudiera imaginar.

Gwen sintió otro escalofrío de incertidumbre. Durante el trayecto en ascensor, sin embargo, Moby asumió un porte sorprendentemente profesional, hablando en voz baja y deprisa, boyante y flotando en su propia veteranía.

—He hablado con la letrada general —les dijo a las sodas—. Me ha dicho que, aunque se haya interpuesto una queja formal, no es nada que no se pueda eliminar. No hay nada escrito en piedra. El consejo puede usar su criterio y tiene autoridad para descartar el asunto, siempre y cuando podamos satisfacer a Lazar y darles razones para que lo dejen correr. Tal vez te tengan en periodo de pruebas durante seis meses o un año, Gwen. Y luego todo volverá a la normalidad.

—¿«Darles razones»? —dijo Gwen—. ¿Qué clase de razones tiene en mente la letrada? ¿Y cómo se supone que voy a «satisfacer» a Lazar?

—Oh, por el amor de Dios, Gwen, ya sabes lo que tienes que hacer —dijo Aviva.

—¿Qué?

Aviva no dijo nada, no sintió que hubiera necesidad de decir nada, tan petulante como siempre con el poder telepático de su corrección. Gwen le negó esta vez la satisfacción, sabiendo que la palabra secreta era «disculpas», y en cambio se quedó mirando fijamente a Aviva mientras el ascensor se abría en la cuarta planta para dejar entrar a un fantasma, se cerraba y continuaba su trayecto.

—Pedir disculpas —dijo Aviva por fin, dándole un ligero matiz imperativo.

—¿«Disculpas»? —Gwen fingió cierto escándalo ante aquella revelación—. ¡¿A Lazar?! ¡¿Por qué?!

—Por nada. Es una fórmula vacía y sin significado. «Lo siento». Literalmente significa que estás dolorida, que sientes malestar. Pero eso no lo sabe nadie, y tampoco es el sentido que le da nadie. No son más que palabras, Gwen. Es una muestra, una pequeña casilla en un formulario que te dan, coges el lápiz y haces así... —Hizo una pequeña marca en una casilla invisible—. Tienes que articular las palabras, tomar tu medicina y así todos podremos...

—«Tomar mi medicina» —dijo Gwen, abriendo otro paquete de comillas irónicas, de las que tal vez ya le quedaran pocas—. Muy bien, claro, son *médicos*, ¿no? Siempre y cuando no me la intenten administrar por vía rectal...

Las puertas se abrieron en la sexta planta y Gwen se calló. Se encontraron a sí mismos brevemente perdidos, buscando la sala de conferencias, deambulando por un laberinto de pasillos y subvestíbulos hasta que se toparon con Lazar en persona, secándose la boca con el dorso de la manga y apartándose de un surtidor de agua que había en mitad de un pasillo secundario con moqueta azul situado detrás de la oficina de personal. Llevaba una camisa de botones de color azul claro con corbata de punto de punta cuadrada y unos pantalones de sarga azul tan estrechos que los muslos de ciclista le levantaban los bajos como si hubiera una inundación en el edificio.

—Siento que esto haya llegado hasta aquí —le dijo Aviva.

—No me cabe duda —repuso él, evitando claramente mirar a los ojos de Gwen.

Abrió la puerta de la sala de conferencias y se hizo a un lado para dejarlos pasar.

Mientras se hacían las presentaciones, Gwen vio que no era su día de suerte: el consejo de inspección de partería lo componían tres tocólogos; los tres, hombres. Ella conocía a los tres y había trabajado con todos a lo largo de los años, y la relación que tanto ella como Aviva tenían con ellos era en el peor de los casos cordial y, en el caso del doctor Bernstein, cálida. Bernstein había transferido a docenas de pacientes a las Comadronas Asociadas, y en diversas ocasiones Gwen se había llevado la impresión clara de que el viejo Aryeh Bernstein flirteaba, de esa forma en que los médicos

flirteaban para pasar el rato, con Aviva. Pero nada de todo esto formaba la base de la mala suerte de Gwen.

TRES TOCÓLOGOS BLANCOS Y HOMBRES, escribió Aviva en la primera página de uno de los cuadernos que la taquígrafa del hospital les había repartido a las socias al sentarse, CONTRA UNA COMADRONA NEGRA = COMPLETAMENTE JUSTO.

—Completamente —dijo Gwen en voz alta, aunque no estaba completamente segura de en qué parte de la escala de blancura tenía que colocar al doctor Soleymanzadeh.

La taquígrafa, una madura y formidable filipina que también estaba grabando la vista en una cinta, frunció el ceño y a continuación tecleó trece letras en la transcripción. Bernstein empezó, cogido por sorpresa por el tableteo de las teclas y obviamente temeroso de que tal vez todo estuviera arrancando sin él.

—Adelante, pues —dijo, haciéndoles un gesto con la cabeza a Soleymanzadeh y a Leery, que estaban a su derecha y a su izquierda—. Señora Jaffe, señora Shanks... Gwen, Aviva... Como saben, estamos aquí hoy para tratar una queja que ha interpuesto el doctor Lazar aquí presente, Paul Lazar, a raíz de un incidente que tuvo lugar en urgencias el día veinte. De momento, la vista no tiene más propósito que reunir información y tratar de hacernos una composición más clara de lo sucedido, que luego los doctores Soleymanzadeh, Leery y yo mismo usaremos para emitir alguna clase de recomendación sobre la cuestión de los privilegios de que gozan ustedes aquí en el Chimes. A ver, se trata de una queja grave y no cabe duda de que es un asunto serio. Además, tengo que mencionar que, sea cual sea nuestra recomendación, es probable que se convierta en la acción que emprenda el hospital. Sin embargo...

—O que no emprenda —dijo Moby, como si estuviera ayudando.

—Sin embargo —continuó Bernstein—, quiero empezar recordándoles, Gwen y Aviva, que esta vista queda estrictamente dentro del ámbito de la política que tanto el hospital como el departamento tienen en relación con la conducta y el estatus de las enfermeras-comadronas que gozan de privilegios en el Chimes. Tengo que subrayar que *no es* un procedimiento legal. No les hace falta abogado.

—Doctor... Bernstein. Lo que pasa es que un abogado viene a ser como un paraguas —dijo Moby, y Gwen nunca le había visto pinta de estar más relajado ni tan en su elemento, sin rastro de Boogaloo Shrimp ni en sus modales ni en su voz—. Cuando no lo llevas, llueve.

—Entiendo, doctor —dijo Gwen—. Simplemente estoy siendo cautelosa. Y espero que usted también lo sea.

Ella vio cómo sentaba aquello, cómo las cejas de Joe Leery salían disparadas hacia el cielo antes de volver a bajar en paracaídas hasta el risco de su ceño.

—Muy bien —dijo Bernstein—, y bueno, es usted totalmente libre de hacerlo.

Señor Oberstein...

—Doctor.

—Antes de que entremos en las acusaciones y los asuntos tan serios que se han sacado a colación en este caso, creo que todos tenemos que tomarnos un momento para recordarnos a nosotros mismos lo más importante de todo, que es que tanto la madre como el bebé están bien. Que no es eso lo que estamos tratando aquí.

Siete variaciones distintas de asentimiento piadoso con la cabeza, de siete personas que se mostraban ciertamente de acuerdo en aquello.

—Ahora, doctor Lazar —dijo Bernstein—, todos hemos leído su queja, y creo que está bastante claro que piensa usted que la conducta de la señora Shanks no solo careció de profesionalidad sino que redujo la calidad de las atenciones...

—Mire —dijo Lazar, tan absolutamente capullo como siempre, de los pies a la cabeza, un rasgo muy común entre los médicos de acuerdo con las estadísticas y que no necesariamente encajaba, por consiguiente, bajo el epígrafe de afortunado para Gwen—. No voy a entrar en una competición de gallitos, ¿de acuerdo? No me interesa quién la cagó, ni cómo la cagó, ni si tiene sentido o no que la gente dé a luz en la bañera de su casa. Para mí todo esto se reduce al hecho de que la señora Shanks, cuando yo la cuestioné, que es algo que yo tenía todo el derecho a hacer, se mostró beligerante, amenazadora y agresiva. ¿De acuerdo? Y si eso no se considera una conducta inapropiada hacia alguien que está en plantilla por parte de una persona que tiene privilegios en este hospital, pues oye, no sé qué coño hay que considerar.

Eché un vistazo a la taquígrafa, como si se estuviera planteando pedirle que tachara su pregunta retórica o bien se la dejara cambiar.

—Beligerante y agresiva, tal vez —dijo el doctor Soleymanzadeh, un hombre atractivo con cara de halcón y unos ojos castaños ridículamente hermosos. Hojeó la declaración de Lazar que tenía delante sobre la mesa, dos páginas a doble espacio más o menos desprovistas de detalles concretos o, ya puestos, de interés para el lector. Todo ello tremendamente distorsionado pero en esencia, supuso Gwen, cierto—. Lo de amenazadora me cuesta creerlo, Paul.

—Ese es el meollo del asunto, ¿no? —dijo el doctor Leery, un hombre mayor, el más dulce y el menos competente de los médicos presentes en la sala—. Agresividad, beligerancia, cuesta saber cuándo...

—Dices que la señora Shanks te amenazó —dijo Bernstein—, pero según tu versión, Paul, no veo claro si...

—Vale, no me amenazó físicamente.

—Pero sí que te amenazó.

—Supongo que más bien me desafió.

Gwen notó que Aviva y Moby la estaban mirando, esperando a que ella lo interrumpiera o negara algo o discutiera. Pero ella no había ido allí para discutir con

aquellos gilipollas. Se limitó a esperar el momento oportuno.

—Muy bien —dijo Bernstein—. A mí eso me parece un mero matiz semántico. ¿Puedes...? ¿Podemos pedirte que seas un poco más concreto?

Era bastante raro; de pronto Lazar pareció perder todo interés en el procedimiento que él mismo había instigado. Estaba sentado bajo el zumbido de las lámparas fluorescentes de bajo consumo, con aspecto más fatigado y apagado que nunca.

—Se me subió a las barbas —dijo, como a modo de conclusión, y aunque todos esperaron a que él continuara (hasta Gwen se sorprendió a sí misma esperando perversamente a que dijera algo más)— pareció que él había llegado al final de su argumento.

Bernstein se volvió hacia Gwen.

—Señora Shanks, ¿le gustaría a usted contestar?

Gwen miró teatralmente a su abogado, que enderezó de golpe la espalda en su silla, preso de un momento de pánico leve. Tanteándose los bolsillos mentales como si se hubiera dejado la cartera en el autobús. Su mirada le recordó a ella: «Silencioso y duro». Luego, despacio, viendo que ella lo estaba esperando, asintió con la cabeza. Gwen se puso de pie como si estuviera obedeciendo una orden, sabiendo lo que tenía que hacer y, peor todavía, sabiendo cómo tenía que hacerlo, diciéndose a ella misma que era necesario.

—Gracias, doctor Bernstein —dijo Gwen—. Sí, me gustaría contestar. No voy a mentir. En aquel momento estaba furiosa. Estoy segura de que estaba muy cerca de él, tal vez «subiéndome a sus barbas». Pero mírenme.

Se puso de pie y ejecutó una lenta rotación sobre su propio eje, regodeándose en su volumen.

—En primer lugar, me gustaría señalar que yo podría colocar los pies a una distancia tan apropiada del doctor Lazar como a él le gustara y aun así bastantes partes de mí se le seguirían subiendo a las barbas. —Una ristra de risas ciñó a los médicos; hasta a la lúgubre taquígrafa se le escapó al instante una sonrisa—. En segundo lugar —continuó Gwen—, ¿acaso les parezco peligrosa? ¿Desafiante? —No hacía falta en aquel momento mencionar que ella era cinturón negro ni que, si a ella le daba la gana, y a pesar de que Lazar le sacaba treinta centímetros de altura y ella estaba tan ágil como un saco de arena, aun así sería capaz de partirle cualquier hueso del cuerpo al tocólogo. Echó un vistazo a Moby, que se lo estaba pasando pipa, asintiendo con la cabeza, con los carrillos temblándole, tan orgulloso como si la hubiera entrenado él en todo aquello—. Dejando todo eso de lado, vale, démosle cierto crédito. Concedámosle lo que dice. —Moby dejó de asentir—. «Agresiva. Beligerante. Desafiante.» —El viejo Moby deseó no haber abandonado nunca a las orcas—. Como he dicho, estaba furiosa. Doctores, tenía derecho a estar furiosa. Acababa de ser sometida a un tratamiento completamente vil y repulsivo por parte de

este hombre, Paul Lazar, un tratamiento que yo sé, o quiero pensar, que también les habría puesto furiosos a ustedes. —Mantuvo la vista clavada en los tres inquisidores, por miedo a que, si miraba a Aviva, se le acabaran las agallas—. Este hombre, Paul Lazar... Y sé que ustedes no quieren oír esto. Y yo no se lo quiero contar. No se lo quería contar a nadie, ni siquiera a mi abogado, porque sabía que, si se lo contaba, él me aconsejaría que le presentara una queja a la Agencia Federal de Discriminación en el Trabajo. Pero no me puedo quedar aquí plantada sin más y dejar que ese hombre se salga con la suya. No cuando es culpable de la peor clase de racismo...

—Eh —dijo Lazar—. Eh, pare el carro...

—De la peor clase de comentarios racistas.

—Oh, venga ya, mujer.

—Hizo un chiste sobre mi pelo. Sobre el pelo de la gente negra, sobre el pelo procesado.

—Yo...

El recuerdo, entonces; un pinchazo de alfiler y el aire escapando de sus pulmones con un silbido, mientras el entendimiento, preocupado y nervioso, se infiltraba en las caras de Leery, Bernstein y Soleymanzadeh. Propagándose igual que la mancha de una bolsita de té oscurece una taza de agua caliente. Gwen se volvió hacia Aviva, desafiando a su socia a que la respaldara en aquello o bien se retirara. Los médicos —Lazar incluido— se volvieron también para ver qué decía Aviva Roth-Jaffe, la Alice Waters de las comadronas, la roca en la que había puesto sus cimientos la moderna partería del este de la bahía.

Aviva pareció horrorizada; lo más horrorizada que había parecido nunca. Vaciló durante un segundo largo, con sus labios carnosos aplanados por una mueca de infelicidad. Por fin asintió con la cabeza.

—Es verdad —dijo.

—Me dijo que hago brujería.

—¡Yo no dije eso!

—Me acusó de practicar el vudú.

—Ary, no es verdad —le dijo Lazar a Bernstein. Despierto ahora, revivido, imbuyéndole tanta veracidad a su voz como pudo, más de la que era compatible con decir la verdad—. No quería decir...

—Había una sala de espera llena de testigos —dijo Gwen—. Todos oyeron lo que dijo usted. Esa gente se inscribió en el mostrador de admisiones y estoy segura de que se los puede encontrar. Todos lo corroborarán. Dijo usted: «Cinco minutos más de quemar incienso o del vudú que fuera que estaban practicando ustedes, y esa madre se muere».

Lazar abrió la boca como si fuera a protestar y la volvió a cerrar.

Bernstein se volvió hacia Aviva, que ahora le estaba clavando una mirada a

Gwen, confiando en que su socia supiera lo que estaba haciendo y poniéndolo en duda y principalmente, supuso Gwen, temiendo que sí lo supiera.

—Me acuerdo de eso —dijo Aviva—. No estoy segura de que fueran sus palabras exactas pero es verdad que el doctor Lazar dijo algo de que estábamos haciendo vudú.

Bernstein miró a Lazar.

—¿Paul?

—¿Y por qué es racista decir vudú? —dijo Lazar—. Solo me refería, ya saben, a todos esos rollos absurdos new age de la aromaterapia.

—Si usted quería decir «aromaterapia» —dijo Moby, siguiendo la corriente, dispuesto a ayudar a Gwen a aumentar su ventaja—, ¿por qué dijo «vudú»?

—Eso, ¿por qué? —dijo Gwen.

—Tal vez deberíamos llamar a abogados —dijo Moby.

—De verdad que no creo que... —empezó a decir Bernstein.

—Me gustaría haber podido controlar mejor mi furia —dijo Gwen—. De verdad. He dedicado toda mi vida profesional, o mejor dicho, toda mi vida, *punto*, a mantener una conducta siempre tranquila. Y siempre he conseguido mantenerme por encima de ciertas cosas. Pero cuando alguien empieza a adoptar esa clase de retórica, esa clase de lenguaje de odio, lo siento. Desde mi punto de vista, tengo la obligación de plantar cara.

—Todos la tenemos —dijo Moby.

—Por supuesto —dijo Bernstein—. Gwen, nadie espera de ti que aguantes ese lenguaje. Paul, tengo que decir que todo esto me sorprende mucho.

—Estoy seguro de que todo fue un enorme malentendido —dijo Leery—. Una mala interpretación.

—Era el final de su turno —dijo Soleymanzadeh—. Está claro que el hombre estaba cansado.

Gwen vio que Aviva se estaba mordiendo una uña, una costumbre que ella detestaba y que llevaba años luchando para derrotar. Tenía aspecto de no encontrarse bien, de estar a punto de levantarse y abandonar la sala.

—Muy bien, me gustaría proponerles lo siguiente —dijo Bernstein—. Les propongo que evaluemos esto a la luz de lo que acabamos de oír. Que tomemos este asunto bajo consideración de momento y...

—Lo siento —dijo Lazar tapándose la cara con las manos—. ¿De acuerdo? —Bajó las manos y la huella que le habían dejado en la carne amarillenta de las mejillas permaneció ruborizada un instante, como un residuo de cólera, antes de desaparecer—. Estaba cansado, hecho polvo y cabreado. O sea, si me quieren decir que soy un gilipollas, vale, eso no me va a venir de nuevo. Y tal vez a nadie de los que están en esta sala. Pero soy un gilipollas igualitario. Soy igual de gilipollas con todo el mundo,

ya sea negro, blanco, azul o verde. —De alguna manera imperfecta, como recurriendo a rumores y habladurías y a conocimientos largo tiempo olvidados, compuso con los rasgos algo que supuestamente tenía que ser una sonrisa—. Ary, échame una mano.

—Eres una persona brusca —le sugirió Bernstein.

—A eso iba. Soy completamente brusco. Y eso lo explica... escuche, señora Shanks. Gwen. Siento lo que dije. ¿De acuerdo?

Todo el mundo se volvió para mirar a Gwen, esperando que ella aceptara la disculpa de mierda de Lazar —aquella vieja cantinela «No soy racista, es que odio a todo el mundo por igual»—, y lo que era más importante, esperando a que ella se bajara del burro, a que cediera también y se disculpara a su vez. A que se limitara a bombear por encima de la red aquella pelotita de tenis de lenguaje insignificante de la que hablaba Aviva. A que marcara la casillita del formulario de Lazar.

—Qué más quisieras —dijo Gwen. Recogió el cuaderno en el que no había tomado ni una sola nota—. Aryeh, doctor Soleymanzadeh, doctor Leery, les agradezco su tiempo.

—Señora Shanks —dijo Leery en tono lastimero.

—Gwen, por el amor de Dios —dijo Aviva, y luego, dirigiéndose a los médicos, haciendo gala de una sinceridad y una calidez notables, añadió—: Ella también lo siente. Lo sentimos las dos. Para nosotras es importante tener una buena relación con el Chimes. Personal y profesional. —Mientras decía el segundo adverbio, lo subrayó en su cuaderno garabateando cinco palabras: ¡EL PRECIO DE HACER NEGOCIOS!

—No, Aviva —dijo Gwen—. No sé qué me pasa, pero no lo siento. Debe de ser algo que tienen los negros, ¿eh, Paul?

—Pues no lo sé.

—Doctores, espero noticias no solo de ustedes, sino también de la Agencia Federal de Discriminación. Y ahora —dijo Gwen despidiéndose con la mano de Moby, lanzada, hablando principalmente para ella misma—, si me disculpan...

Y así, sintiendo que estaba montándose bastante a lo grande, y haciendo lo que tenía que hacer, Gwen se fue a recuperar su casa.

«El señor Stallings, —escribía A. O. Scott en su reseña para el *New York Times* de *Strutter y sus patadas de la vieja escuela*—, no solo se ha redimido a sí mismo, también ha redimido ese género del cine americano conocido como blaxploitation, y confiemos en que esta maravillosa nueva película entierre ese innoble apelativo para siempre».

Y aquel no era más que uno de los recortes de prensa. Había reseñas positivas de *Time*, de *Ebony* y de *Entertainment Weekly*. Portadas de *People* y *Esquire*. De aquellos artículos y reseñas se habían extraído citas para anuncios de prensa y para los estuches de los DVD, exclamaciones útiles como ¡ARRIESGADA! y ¡TREMENDA! y ¡UNA MONTAÑA RUSA DE ACCIÓN SIN PAUSA! De lado a lado del póster de la película, por encima de una imagen de cuerpo entero de Candygirl Clark y Cleon Strutter apoyados el uno en el otro, los dos vueltos tres cuartos hacia la cámara, con el hombro izquierdo de ella contra el hombro derecho de él, una inscripción en letras gigantes proclamaba: ¡¡¡EXCELENTE!!! — EBERT Y ROEPER.

—Se ve muy real —dijo Titus.

No era cierto en absoluto, pero él lo dijo en tono sincero. Todo estaba compuesto a base de texto, dibujos e ilustraciones recortados de páginas de periódicos y revistas de verdad, y de texto de impresora que intentaba con éxito moderado coincidir con los tipos de letra de las publicaciones originales. Mientras hojeaba aquel archivo de fabricación casera, Julie notó una punzada en el pecho, aunque no estaba seguro de si obedecía a la tosca sinceridad de lo falso que era el archivo o bien a la sinceridad falsificada y sentida con que Titus había dicho que se veía muy real.

—Ya lo creo —dijo Julie.

La cubeta también contenía siete borradores del guión de la película, seis de ellos manuscritos con caligrafía inclinada en papel con membrete de la cárcel; un delgado fajo de viejos retratos fotográficos de Luther Stallings cuando era Luther Stallings, con cara de póquer pero con aquel centelleo de Strutter en los ojos, hermoso y joven. Varias sinopsis y diagramas, casi todos trazados a mano. Una carpeta roja etiquetada presupuesto que contenía hojas de cálculo de aspecto oficial y una azul etiquetada localizaciones atiborrada de docenas de fotografías de 10x15 de Chinatown, East Oakland, del museo y del interior de un restaurante que Julie reconoció como la pastelería Merritt.

Un portafolio de cartón con revestimiento de imitación de cuero desveló una pila de *storyboards* de la película, tiras de viñetas de tebeo, ejecutadas con un estilo que tal vez estuviera medio paso por encima de los monigotes de palotes, y pegadas con cinta adhesiva a paneles recortados de cajas de pizza. El tesoro más grande y el corazón patético del archivo entero era sin duda el póster, tan grande que había que

doblarlo por la mitad para que cupiera en el portafolio. Estaba hecho con lápices de colores, sin duda durante un periodo muy largo de tiempo, con unos colores ya desvaídos pero bien aplicados y uniformes, como si alguien los hubiera frotado con un pañuelo de papel, dándole al conjunto esa atmósfera apropiada de los sueños. Las figuras en pose de Strutter y Candygirl eran desproporcionadas, tenían demasiada pierna hasta para tratarse de Valletta Moore, y se notaba por los ojos y la sonrisa sin vida que las caras estaban copiadas, con bastante precisión, de fotos.

—Artista presidiario —dijo el padre de Archy, en tono de disculpa y mirando el póster con expresión crítica. Sonrió, haciendo aparecer el centelleo del vetusto retrato fotográfico. A Julie le recordó primero a Archy, y luego a Titus, plantado en la acera de delante del Instituto Bruce Lee, mientras urdía toda aquella aventura—. Pero tengo que decir que me quedó bastante bien.

—¿De dónde vas a sacar el dinero para hacerla? —dijo Titus—. Para hacerla de verdad, quiero decir.

—De aquí y de allí. —Luther intentó que la frase le saliera con picardía, como si tuviera un secreto, pero a continuación pareció preocuparle la posibilidad de estar quedando como un trolero—. ¿Habéis oído hablar de Gibson Goode?

Como es natural, habían oído hablar de él, Titus en sus conversaciones sobre estadísticas de fútbol americano y premios Grammy y Julie básicamente al captar que el antiguo quarterback había invertido su riqueza, su leyenda y su magia en destruir a Nat Jaffe y Brokeland Records.

—Una parte del dinero procede de él, en forma de pago por servicios prestados. Para el resto confío en el dinero que me ha de llegar de otra fuente de financiación, un empresario local. Un... ejem... un antiguo socio, ya sabéis, un antiguo coleguita mío, siempre ha sido de confianza. Entre lo que él está dispuesto a aportar y lo que Goode ya se ha comprometido a dar, todo junto... —Luther dio un golpecito con el dedo a la carpeta roja—, yo imagino que puedo hacer esta película por, digamos, cien mil pavos. Y eso es lo que espero recaudar.

Los dedos de Luther, sus manos, asombraban a Julie. Tenían el dorso de un color marrón rojizo, que se degradaba hasta el dorado en los meridianos que daban paso a las palmas. Los dedos eran esbeltos, largos y fluidos, pero uno no se cuestionaba su legendaria letalidad. Eran unas manos que daban la impresión de haber sido labradas con herramientas de calidad a partir de una regia cornamenta.

—O sea que ese viejo amigo tuyo tiene todo ese dinero —dijo Titus—, pero tú duermes en un taller mecánico.

Valetta soltó una risa grave y amarga y se levantó de la mesa donde había pasado de pintarse las uñas de las manos a las de los pies.

—El chaval tiene sentido común —dijo. Metió los pies en un par de sandalias del doctor Scholl y luego se alejó repiqueteando por el suelo de cemento hasta la puerta

del cuarto de baño, sobre la cual algún maestro del aerógrafo había pintado una imagen fotorrealista de un personaje tipo Conan el Bárbaro con el estilo de Frank Frazetta, sentado en un retrete con su hacha y su espada en el suelo delante de él, echando una cagada con expresión de placer bárbaro en la cara—. Le debe de venir del lado de la madre.

Cerró la puerta del cuarto de baño de golpe detrás de ella.

—Chico, aquí estamos puñeteramente cómodos —dijo su abuelo—. De verdad. No es que yo no quiera mejorar nuestra situación. Pero preferiría que dejaras de recordármelo a todas horas.

El compresor retumbaba por el edificio entero como una gigantesca alarma de incendios que reverberara en la misma estructura de acero; el aire mismo resonaba como si lo estuvieran tañendo. Su ruido estaba empezando a crisparle los nervios a Julie. Alguien se había puesto a cocinar una remesa de cierta sustancia perniciosa necesaria para el culturismo y a Julie le pareció que olía a plátanos.

—Lo siento —dijo Titus.

Era la primera vez que Julie le oía pronunciar aquellas palabras una detrás de la otra.

—La respuesta a tu pregunta es que no es exactamente amigo mío. Digamos que él y yo tenemos un pasado juntos. Hace mucho tiempo, en el periodo jurásico. — Señaló la ruina del Toronado—. Cuando los putos dinosaurios poblaban la Tierra. — Se interrumpió para saludar con una risilla su ironía hacia sí mismo, luego pareció perder el hilo, tal vez rememorando su época de dinosaurio—. El colega y yo tuvimos algún malentendido, ya me entiendes. Está claro que es agua más que pasada. Pero se avendrá. Básicamente, si quiere mantener la prosperidad en calidad de empresario local, se tiene que avenir, esa es la clase de situación de la que estamos hablando.

Julie no lo veía nada claro, y en base a lo que sabía de las décadas más recientes de la historia de Luther Stallings, sospechó que aquel asunto tal vez tuviera algo que ver con drogas. Tal vez la razón de que Luther hubiera «cargado con las culpas» y «pasado una temporada en el trullo» fuera evitar que aquel misterioso viejo amigo del período jurásico tuviera que ir a la cárcel, y ahora, en base a un acuerdo previo, al otro le había llegado la hora de recompensar a Luther por haberse «comido el marrón». O tal vez, pensó Julie, recurriendo alborotadamente a su temario cinematográfico de la semana anterior y olvidándose de que Luther no era un maestro del robo sino que únicamente había interpretado a un maestro del robo en una película medio mala y otra completamente espantosa, tal vez pasara como en *La huida*, y el misterioso «compañero de correrías» había movido los hilos para sacar a Luther de la cárcel porque lo necesitaba para un trabajo. El benefactor en la sombra que se imaginaba Julie adoptó un parecido claro con el actor Ben Johnson, de manera que se quedó perplejo al oír que el abuelo de Titus decía:

—Tu padre lo conoce. Es Chan, Chandler Flowers, el sepulturero.

—¡Yo lo conozco! —dijo Julie, sobresaltándose a sí mismo en igual medida que a Luther Stallings, que parecía tener tendencia a olvidarse de que Julie estaba presente—. Trabaja en el Ayuntamiento de Oakland. Es cliente de Brokeland. Le gusta King Curtís.

—King Curtís, Earl Bostic, Illinois Jacquet —corroboró Luther Stallings—. Le encantan todos esos saxos.

—El Colega Chan —dijo Julie.

—Así lo llaman, así —dijo Luther—. El viejo Chan, os diré una cosa... el viejo Chan nunca fue una persona flexible. Era un tipejo terco como una mula. Pero tengo confianza en que al final se avenga.

—Más te conviene confiar en que no, viejo atontado.

Aquello pilló a Luther Stallings con la guardia igual de baja que a Julie y Titus. Si hubiera sido un matón o, por ejemplo, Ben Johnson el que acababa de aparecer allí con un arma del 45, Luther ya estaría fiambre. ¿Dónde habían quedado los instintos afinados a lo largo de años de entrenamiento en las artes marciales arcanas o a manos de la dura realidad de la vida en la cárcel? Al final Luther se acordó de blandir su bastón, pero ya era demasiado tarde, y él lo sabía. Las balas fantasma le acribillaron la cabeza y el torso con estallidos fantasma. Bajó el bastón con cara asqueada.

—¡Maldita sea, Eddie! —dijo—. ¿Qué puta clase de refugio secreto tienes aquí? Eddie le contestó desde lejos, brusco, aburrido.

—Ah, sí. Tienes una visita.

—¿Qué pasa, Ed?

—Eh, Archy. ¿Qué tal tu buga?

—Funciona bien y tiene buena pinta.

—¿Y el bebé?

—Nada, todavía nada. Julie, Titus. Meteos en el puto coche.

Julie conocía a Archy Stallings desde los cuatro años. Intentó acordarse de si en todo aquel tiempo lo había visto enfadado dos veces en el mismo día. Luther estaba sonriendo, o por lo menos enseñando los dientes, con una sonrisa extraña, como si hubiera perdido dinero apostando por algún resultado que en realidad fuera peor que el hecho en sí de perder.

En la boca de Archy apareció por un momento una pastillita blanca de menta, haciendo surf por la cresta de su lengua.

—Chavales —dijo—. Al coche.

—Colega, vete a la mierda —dijo Titus.

Durante el rato que acababan de pasar en Motor City, una hora o una hora y media, sacudidos por el compresor de aire como huesos dentro de una batidora, mirando cómo los piratas del soldador de Eddie Cantor despedazaban el Citation para

poder reconstruirlo, un despedazamiento mágico que parecía sacado de *Dioses y gigantes nórdicos*, enanos tuneadores concentrados en cambiarle los faros por diamantes y los neumáticos por jabalíes y el motor por el corazón de un dragón, y a Valletta Moore pasar de las uñas de las manos a las de los pies, con una larga pierna torcida y apoyada en el bidón de acero, estirándose hacia delante de una manera que había permitido que los chavales disfrutaran de una visión entrecortada de la tierra de sombras de entre sus piernas, que de ahora en adelante y para siempre se confundiría en la imaginación retroactiva de Julie con la visión de su país natal tal como la había explicado Luther Stallings mientras hacía abdominales a docenas devastadoras, toda aquella versión del Antiguo Egipto en la que Oakland era una tierra de renacimiento para el Hombre Negro gracias a los mozos de coche-cama... durante todo aquel rato, sentado allí en aquel viejo sofá maloliente, Titus había parecido relajarse por primera vez. Sus ángulos se habían suavizado y sus cuerdas se habían destensado. Las cosas que había dicho parecían sinceras, desprovistas de corchetes de formulación irónica, ya fuera la imitación de un famoso o la parodia de un pandillero mafiosillo de barrio de la tele. Ahora le acababan de tensar la cuerda otra vez, y Julie no estaba seguro de si era Titus o algún negro imaginario de la calle el que había dicho: «Colega, vete a la mierda».

—Me están haciendo una visita —dijo Luther—. Estoy con mi nieto. Y con mi colega Julius. ¿Verdad que sí, chavales?

—Sí, señor.

«Mi colega». Julie se regodeó en aquella designación.

—Sí, *señor* —dijo.

—¿Hay algún problema con eso? —preguntó Luther—. ¿Tienes alguna objeción?

—Oh, ja, de repente es tu nieto.

—De repente, no. Lleva siéndolo... pues... ¿cuántos años tienes, chico?

—Catorce.

—Hace catorce años.

—Catorce años en que ni lo sabías ni te importaba un carajo.

—Mira quién habla.

—Toma ya —dijo Titus, como si la réplica le hubiera gustado, a pesar de que Julie no se podía imaginar cómo le podía gustar la idea de que, durante los catorce años que llevaba en el mundo, a su padre le hubiera importado tan poco como a su abuelo. Pero Julie había observado que, igual que otros chavales negros a los que conocía, Titus parecía capaz de encontrar humor en cosas que a Julie solo le habrían puesto triste.

—¿Cómo nos has encontrado? —le preguntó Julie a Archy.

—El dueño de la compañía de taxis es cliente mío. El señor Mirchandani. ¿Le diste tu tarjeta al taxista?

—Ah, sí.

—El señor M. ha reconocido tu nombre y me ha llamado al móvil.

—El señor M. es simpático —dijo Julie.

—Sí, sí —dijo Archy—. Venga, vamos, ya estáis rescatados. Ahora nos tenemos que ir.

Julie echó a andar hacia Archy, más que dispuesto a irse a casa, pero, cuando se dio la vuelta para mirar a Titus, vio que iban a quedarse allí bastante más rato teniendo problemas generacionales.

—¡Vamos! Tengo que ir a Costco y luego reunirme con mi orquesta de calle. Meteos en el puto coche, cojones.

—Ve tú —dijo Titus. Y suavizando el tono, añadió—: Vete a casa, hombre, Julie.

—Estás planeando quedarte aquí —dijo Julie—. En un... ejem... taller mecánico.

—Hola, Archy.

—Eh, Valletta, ¿qué tal?

—Oh, ya sabes, otro puto día cualquiera en las antiguas Tierras Egipcias del Renacimiento.

—¿Cómo dices?

Valletta se limitó a trazar con la cabeza un arco infinitesimal de negación, apenas un temblor, como si repetir sus palabras le fuera a costar un precio demasiado alto en dignidad.

—¿Y qué, esta vez te animas a hacer de madrastra? O de *abuelastra*. Porque parece que os ha caído otra boca que alimentar.

—Pues no me había enterado.

—¿Ese es el plan, Luther? ¿Titus se va a quedar aquí con vosotros? —Archy echó un vistazo lento y teatral pero atento a las instalaciones de Carrocerías Motor City—. No parece demasiado cómodo. ¿De verdad Valletta y tú dormís aquí?

Julie también se lo había estado preguntando. No se atrevía a plantearse la posibilidad de que los dos sofás grises, cuya coloración original se había perdido en el tiempo, se pudieran convertir en lugares donde sendos seres humanos pasaban la noche.

—No está mal —dijo Luther.

—Me alegro de saberlo. ¿Y tenéis sitio para uno más? Luther no contestó, sino que se limitó a quedarse allí con los brazos cruzados y expresión ofendida, moviendo los labios como si intentara formular una razón para que Archy se mostrara más respetuoso. Al final se encogió de hombros y se volvió hacia Titus.

—Vete, pues —le dijo.

Titus se vino abajo. Todo el brillo y toda la ferocidad se le escaparon de la cara. Ni se movió ni dijo una palabra. A Julie le dolió verlo, no porque su amigo se acabara de quedar tan decepcionado, sino por el mero hecho de que se pudiera haber

imaginado que Luther le iba a dejar quedarse allí.

—¡Vete! —repitió Luther—: Me consta que Eddie Cantor no tiene planeado montar aquí una casa de acogida próximamente.

Desde el taller, Eddie asintió con la cabeza, despacio y con firmeza, con pinta de estar planteándose señalarle a Luther que tampoco dirigía allí un hotel, ni un centro de día, ni un *bed and breakfast*.

Titus hizo un experimento descabellado:

—Abuelo —probó a decir.

La palabra sonó exótica viniendo de él, inverosímil, como si se refiriera a algo mítico o extinto mucho tiempo atrás.

—Vayamos paso a paso —dijo Luther.

—Eso con suerte —dijo Archy, y Valletta añadió:

—Cierto.

—Vete —dijo Luther—. Te volveremos a ver.

En un último acceso desinflado de emoción, Titus dejó caer los hombros como una criatura y soltó un gemido. Luego se incorporó y pasó, con andares de Strutter, por delante de Archy y en dirección al portón abierto del taller de en medio.

—Colega, ¿cómo puedes dejar que tu padre viva así? —dijo.

Julie, sintiendo de forma inesperada que Archy —que había sido tradicionalmente su persona favorita del mundo entero— estaba siendo un cabronazo con Luther, que había sentado la cabeza y estaba arrepentido de todo su pasado y solo necesitaba un poco de ayuda, no consiguió reunir el valor para decirlo, pero sí que fue a la cubeta que había sobre la mesa de trabajo y señaló:

—¿Cree usted que me podría quedar con uno de estos retratos? —dijo—. A mí me encantan sus películas.

—¿Cómo? —dijo Luther, contemplando cómo su nieto salía con zancadas furiosas a aquel vacío gigantesco que se abría donde antaño habían venido los trenes y embarcaciones de una poderosa nación a intercambiar cargamentos, y donde Oakland había engordado a base de la guerra y de la carne de San Francisco. Repitiendo los pasos fantasmagóricos de su bisabuelo, que había trabajado en aquellos muelles y había volado por los aires aquel día durante la Segunda Guerra Mundial de la explosión de Vallejo, ¿o había sido en Martínez?—. Claro, cómo no. Coge uno.

Julie se acercó a la cubeta de plástico. Estaba a punto de elegir una foto cuando se fijó en el pellejo descolorido y arrugado que había tirado en un rincón de la cubeta, como una crisálida vacía, de color azul violáceo; solo podía ser un guante de Batman. Se le veían manchas oscuras en los dedos y las costuras deshilachadas. Tenía aquellos aleroncitos del diseño antiguo, y Julie supuso que era de la misma cosecha que la portezuela que colgaba de la pared de Sixto Cantor, con su logotipo del murciélago

rojo. En su imaginación —mientras patrullaba Genosha o Wakanda Street o los pasillos de la Zona Azul de la Luna del Marvel Team-Up Online—, Deseo lleva guantes largos de color violeta. A Julie nunca se le había ocurrido que pudieran tener alerones. Cogió el guante olvidado y se lo metió en el bolsillo de los vaqueros recortados.

—¿Tienes un bolígrafo? —le preguntó Julie a Archy después de elegir la foto que quería y alejarse de la cubeta.

—Julie —dijo Archy, con un matiz de amenaza en la voz.

—Quiero que me firme un autógrafo. Venga, hombre. No seas capullo.

—«No seas capullo». ¿Así es como me vas a hablar?

—Quiero. Un. Autógrafo.

Archy se sacó un bolígrafo del bolsillo y pulsó el botoncito de apertura. Se lo dio a Julie.

—Dile que es pura cuestión de tiempo —dijo Luther en voz baja mientras garabateaba con el bolígrafo en la esquina inferior derecha de la foto—. En cuanto se avengan mis socios. Después él y yo lo podemos hablar, a ver si es posible.

Fue entonces cuando Julie comprendió que la empresa de *Strutter 3* estaba condenada al fracaso, si es que no era puramente imaginaria. Decidió allí mismo encargarse de que se volviera real, de que sucediera, de que Strutter resucitara una vez más para dar patadas de la vieja escuela, por Titus, por Luther y también por el mundo del cine.

NO PIERDAS TU SUEÑO, escribió Luther. CORDIALMENTE, LUTHER STALLINGS.

El difunto Randall «Cochise» Jones, sus restos mortales. Lavados, empolvados y maquillados. Conductos y cámaras inundados de aldehídos. Costillas rotas recompuestas. Párpados sellados, mandíbulas cosidas entre sí con alambres, uñas de las manos tan cortas como en vida, dedos entrelazados sobre el vientre. Un vestigio de sonrisa de disculpa. Traje de fantasía alucinógeno de Ron Postal que había costado trescientos dólares ya en 1975. Zapatos de cordones Stacy Adams, en dos tonos de azul y blanco. Tupida mata de pelo gris rojizo orientada testarudamente hacia la izquierda, como en vida. Guardado como si fuera alguna herramienta o instrumento valioso en la oscuridad de terciopelo de un ataúd pagado por adelantado desde 1997. El tono concreto del violeta del terciopelo se llamaba Zinfandel. La cabeza de cinco kilos, apoyada en un cojín de satén. El exterior del ataúd, provisto de un elegante acabado en madera de roble como si fuera el armazón de un altavoz Leslie y luego decorado como si fuera el arca perdida con florones y gárgolas de latón con baño de oro. Cargado en una camilla de la morgue y listo para ascender en el montacargas hasta el garaje trasero de la Funeraria Flowers e Hijos, donde un prístino Oldsmobile

98 Cotner Bevington de 1969, que había prestado para la ocasión una funeraria de Richmond, aguardaba para llevar al muerto hasta Brokeland Records. Allí el cuerpo sería exhibido para una combinación de velatorio y funeral que estaba programada para empezar a las once de la mañana y que debía durar hasta las tres de la tarde o hasta que se terminaran los refrigerios. Cuando los vivos terminaran con sus despedidas, el ataúd sería llevado en camilla de vuelta a la amplia parte de atrás del coche fúnebre. Media hora más tarde, en el cementerio de Mountain View, sería consignado a la tierra al lado de los restos de la segunda mujer del difunto, Fernanda. Y allí se acabaría todo. El funeral que había preparado el señor Jones requería el uso del antiguo Cadillac de 1958 de Flowers e Hijos, pero al Caddy le había salido algún problema en el alternador. Por mucho que el señor Jones se hubiera enterado de la sustitución, no podría haber tenido mucho que objetar al magnífico Olds 98, con silueta de murciélago y vertiginoso, listo para abrirse paso hasta por el más sombrío de los valles.

—¿No hace falta un permiso o algo parecido para tener un cadáver en una tienda de discos?

—Pues no lo sé. En caso de que sí, supongo que se habrá encargado Chan Flowers. Se ha encargado de todo, el tipo.

—Seguro —dijo Singletary—. Seguro. Pero en serio, cuidado, no hay luz, el interruptor de arriba está roto.

Se podría haber abierto un túnel, de tener tiempo y palas suficientes, desde el sótano de Flowers e Hijos, donde el cuerpo de Cochise Jones yacía en sus tinieblas de color Zinfandel, hasta el sótano de su casa de la calle Cuarenta y dos, pero lo más seguro era que hubieran surgido problemas para entrar en este último. Se trataba de un sótano de la década de 1890, recio y seco. La casa la había construido un capitán de embarcación fluvial jubilado de Sacramento que se había casado con una chica portuguesa a la cual todavía recordaban algunos de los vecinos más ancianos, como la señora Wiggins. El olor a millares de álbumes de música sometiéndose a las depredaciones de las bacterias y el moho no conseguía borrar del todo el aroma persistente de los quesos de flor de cardo que la anciana se había pasado décadas preparando, junto con jamones y tomates encurtidos, en su sótano.

—Confío en que no esté enfadado por lo del Cadillac —dijo Singletary.

—Si es el mismo Olds que tenían en el funeral de Ardis Robinson —dijo Nat, citando el funeral, celebrado dos años atrás, de un puntal del circuito de funk del área de la bahía durante los años setenta y ochenta—, funcionará.

Nat y Archy bajaron a tuestas detrás de Singletary las escaleras del sótano de la casa de Cochise. La pared de las escaleras era de piedra caliza suave y fría de Oakland.

—Y tú tienes a los chinos, ¿verdad? A mí esa orquesta de Green Street me gusta. Bien militar, como debe ser. Aunque no hay ni uno de esos cabrones que sea chino.

—No, estaban ocupados. He tenido que buscar por otro lado. He contratado a unas que se llaman Bomba y Circunstancia, ¿las conoces?

—¿Las lesbianas?

—Tienen el repertorio ensayado, saben cómo lo hacen los chinos, conocen los himnos y todo. Kai, Kai Fierro, la que trabaja para Gwen, ¿sabéis?, toca el saxo. Me ha prometido que le darán al señor Jones la despedida que se merece.

—Aun así —señaló Singletary—. No se puede decir que él pidiera exactamente lesbianas.

—Cierto, cierto.

—Eso te debe de preocupar.

—A veces, sí.

El interruptor de la luz del pie de la escalera hizo un ruido seco. Los fluorescentes del techo, con algunas bajas en su seno, flirtearon con la oscuridad. Luego, con un clic, se iluminaron plenamente. Debía de haber unos siete u ocho mil discos, de acuerdo con la estimación a primera vista de Archy, acumulados con cariño e impotencia.

—No tenía ni idea —dijo Nat. Llevaba un traje italiano de los sesenta de solapa estrecha, sin dobladillo en los pantalones, de seda negra con relieve y salpicada de gris. Corbata estrecha. Mocasines negros de puntera afilada. Parecía Peter Sellers intentando recuperarse de una noche intensa en 1964 y necesitado de un corte de pelo—. O sea, lo sabía, pero no era consciente de ello.

—El vicio del hombre estaba fuera de control —dijo Archy en tono de admiración. El traje que llevaba era el menos interesante de su guardarropa, un traje viejo de Armani comprado de oferta en el Men's Wearhouse, con chaqueta de dos botones y ventilación en el medio. Solo se lo ponía en los funerales y una vez, hacía mucho tiempo, en que Nat y él habían ido a una fiesta de Halloween disfrazados de los Men in Black—. Que Dios lo bendiga.

—A la mierda Dios —dijo Nat—. El cabrón ha matado a nuestro mejor cliente.

—Tenéis quince minutos. Diez si seguís blasfemando. —Singletary se sacó el teléfono y miró la pantallita con el ceño fruncido—. Si no os interesa, llamo a Discos Amoeba.

El hijo único del capitán de Sacramento y de la portuguesa había tenido un hijo que había muerto en Corea y una hija, Fernanda, que le había legado la casa a Cochise Jones al dejarlo viudo. Los Jones nunca habían tenido hijos, y la heredera del señor Jones, la hija de su difunta hermana, vivía en algún lugar de las inmediaciones de San Diego y quería vendérselo todo. De manera que Garnet Singletary había hecho limpiar la casa, pintarla, arreglarla y, en calidad de albacea, se había contratado

a sí mismo para venderla. Archy estaba bastante convencido de que Garnet Singletary también estaba organizando las cosas para que uno de sus muchos parientes holgazanes y parásitos, a los que mantenía en un estado de dependencia monetaria de él en previsión de situaciones como la de aquel momento, fuera la cara visible de una empresa que les comprara la casa a los herederos, dado que Garnet Singletary prefería, por lo general, negociar consigo mismo. A Archy le parecía un sistema bastante bueno. El Rey del Oropel sabía salirse con la suya.

—Pero no estamos aquí para hacer negocios... —Archy miró a Nat—. Hoy no, ¿verdad?

Ni Garnet ni Nat dijeron nada, aunque a ninguno de los dos le pareció ver causa alguna de alarma en la idea de negociar por los vinilos del viejo en el día de su entierro.

—Yo creía que habíamos venido a... no sé... admirar la colección —dijo Archy.

—Pues adelante, admira —dijo Garnet—. Son tus quince minutos, para que los pases como quieras. Luego voy a llamar a Discos Amoeba.

Los álbumes estaban en fundas de celofán, casi todos, y en su mayoría guardados de pie y en cajas, aunque aquí y allí había montones tambaleantes de discos estropeados por la horizontalidad, y algunos de los más baratos no tenían fundas de plástico o bien les faltaba la funda interior de papel. Las cajas estaban apiladas formando pasadizos y recodos a las que solo les faltaba un minotauro.

Después de un paseo de diez minutos, Archy ya estaba dispuesto a declarar que la colección era de primera fila. Calculó que algo menos de la mitad de los discos había pasado por Brokeland de camino a aquel alijo subterráneo. Otro veinte por ciento, más o menos, llevaba etiquetas de precios que indicaban su procedencia de las cubetas de otras tiendas de discos usados, tanto del área de la bahía como del resto del país. El diez por ciento eran puros desechos, cosas sueltas de gospel malo de los cincuenta, viejos discos de Slappy White y de Moms Mabley, una cantidad sorprendente de Conway Twitty, George Jones y Merle Haggard. El resto, un veinticinco por ciento, tenía el sello de la colección personal del señor Jones, por llamarlo así: grabaciones de sesiones y de fechas en que había tocado, el trabajo de amigos suyos, colegas y rivales, tal vez un centenar de discos raros de stride y de boogie woogie de setenta y ocho revoluciones, y un par de series completas de elepés de diez pulgadas de los años cuarenta de obras clásicas para órgano, Bach, Buxtehude, Widor. Estos venían del padre del señor Jones, que había sido organista durante muchos años en la Funeraria Flowers, además de en una serie de iglesias locales. No había manera de estar seguro después de una inspección tan somera, pero a Archy le pareció que la colección debía de valer entre diez mil y veinte mil dólares. Quizá más.

—¿Qué te parece? —dijo Nat, que resultó ser el Minotauro que atrapaba a Archy

en el corazón del laberinto—. ¿A cuánto subiría esto, a quince? ¿Ofrecemos doce y medio?

Habló en voz alta, sin llegar a susurrar, pero Singletary estaba ocupado interrogando a alguien por teléfono, posiblemente a Airbus.

—¿Quién ha sido? —estaba diciendo Singletary—. ¿Y dónde lo han visto? Ajá. ¿Decía algo? ¿Qué decía? Maldita sea, Airbus, ¿qué decía?

—¿Doce y medio? —dijo Archy—. Nat, escucha: tal vez este no sea el mejor momento para... Me estás hablando de poner más dinero en la tienda.

—Eso mismo.

Archy examinó la cara de Nat, intentando ver si su socio le estaba tomando el pelo. Nat estaba convencido de tener una cara de póquer de primera fila, pero se trataba de una convicción tristemente equivocada. Sus cejas en concreto eran completamente rebeldes y elocuentes. Él pensaba que podía esconder el desprecio que le producían sus ignorantes coetáneos, pero lo más que conseguía era inmovilizar todas las partes de su cara salvo las cejas, convirtiéndola en una máscara de plomo a través de cuyas ranuras para los ojos se escapaba una burla incandescente. Ahora mismo, sin embargo, lo único que Archy veía en la cara de Nat era entusiasmo, cierto mohín altivo en los labios que a Nat le salía siempre que estaba convencido (también erróneamente, la mayor parte del tiempo) de estar a punto de imponerse en una negociación. Nat había descendido como si fuera Orfeo hasta aquel sótano lleno de música olvidada, vestido con un traje fúnebre, confiando en devolver Brokeland Records al mundo de la superficie, a la tierra de los vivos, por medio de una vibrante infusión de material de coleccionista, un material cuyo aroma iban a husmear hasta desde Japón.

—Pero... ejem, no sé... no estoy seguro, ni siquiera si tuviera tanto dinero...

—Yo lo tengo. O lo puedo conseguir. Si tú... Oh. —La verdad que Archy no estaba listo para confesar, por lo menos ese día, se estaba empezando a infiltrar por aquellas ranuras de la máscara. La máscara se desplomó. A Nat se le estaba distendiendo la mandíbula—. Archy, aquí hay cosas que en Japón y en Francia podríamos vender fácilmente...

—¿Sabía alemán? —les preguntó ahora levantando la voz el señor Singletary desde las escaleras—. ¿El loro del señor Jones sabía hablar alemán?

Archy miró a Nat, que se encogió de hombros con impaciencia.

—Que nosotros sepamos, no —dijo Archy.

—No es él —le dijo Singletary a Airbus—. Yo nunca oí a ese bicho hacer nada que no fuera imitar un Hammond B3.

—No se puede descartar, sin embargo —le dijo Archy levantando la voz—. Ese bicho sabía hacer cosas rarísimas.

—Tal vez tendría que haberme hecho socio de él —dijo Nat.

—Ah, muy bien, ahora estás cabreado conmigo.

Nat no contestó. Pasó un dedo peludo por los lomos impresos de los discos de un cajón cercano. Archy vio que eran todos discos de compañeros de discográfica del señor Jones de su época de la CTI. Hank Crawford, Grover Washington, Jr., Johnny Hammond. Bastantes de ellos eran probablemente discos en los que había participado el señor Jones. Lo más seguro era que Archy hubiera poseído la mayor parte del catálogo de Creed Taylor en un momento u otro, pero ahora le impresionó ver todos aquellos discos juntos en aquel cajón, junto con los que había inmediatamente encima y debajo, todos aquellos discos producidos por Taylor o por Don Sebesky en la época en que Archy era chaval, grabados por Rudy van Gelder, impresos en alguna planta de Nueva Jersey y mandados en forma de diáspora millonada a todas las ya desaparecidas tiendas familiares de discos de América y a aquellas cadenas locales de los años setenta que ya hacía mucho tiempo que habían cerrado o bien habían sido absorbidas por las cadenas nacionales, que a su vez habían cerrado también, todos aquellos suculentos ritmos y (en su mayoría) elegantes arreglos de cuerdas entremezclados en un intento final de reivindicar el jazz como música popular de baile y no como una forma de arte necesitada de comisarios, todos aquellos hermosos discos con sus severas fotografías de portada y su personal informalmente integrado, reunido gracias a los esfuerzos del señor Jones. Archy llevaba años desmontando legados personales y vendiéndolos a piezas, pero hasta ahora no había sentido el vandalismo inherente a aquel acto, su propia condición de bárbaro entre los cajones de todos aquellos imperios en ruinas.

—Qué chulos —admitió Archy, pasando el dedo también por los lomos de los discos.

—Preciosos —dijo Nat, imprimiéndole a la palabra todo el color del acento que le quedaba de la región de Tidewater.

—Nat —dijo Archy—, nada me haría más feliz que dejarte coger doce mil quinientos dólares que no tienes y comprarnos estos discos para luego sentarnos los dos encima de ellos a empollarlos durante dos o tres años como si fuéramos dos papas pingüino. Escuchando todo el día a Idris Muhammad, todo aquel viejo material tan loco de Willie «The Lion» Smith que tenía el señor Jones, aquella grabación que hizo con el puto Grant Green que nunca se publicó, o sea...

—Sí, sí, ¿te acuerdas? —Nat se aferró a aquello, aventando su chispita.

—Pero llevo demasiado tiempo escaqueándome, cagándola y haciendo el idiota. Necesito ser realista o voy a terminar viviendo en un taller mecánico. Necesito un seguro, un sueldo y todas esas gilipolleces que vienen al sentar la cabeza. Si Gwen coge la maternidad, no va a trabajar, y yo tendré que hacerme cargo de ella y del bebé. Tengo que arreglar las cosas con Titus, Nat, ese chaval...

—¿Volvéis a estar juntos?

—¿Eh?

—Tú y Gwen. ¿Ha vuelto a casa?

—Volvió anoche.

—Ah, muy bien.

—Ajá. Primero volvió a casa y luego me echó. Me soltó que también era su casa y tal y cual. Vino a casa, no sé... tenía algo en el cuerpo. Tenía la potencia del lanzallamas subida al máximo.

—Sí, he oído que ayer estuvo en plena forma. Que les hizo el ataque de los mau-mau a esos capullos del Chimes.

—¿Ese es el término con que lo ha descrito Aviva, «mau-mau»?

—Esa es simplemente mi interpretación.

—¿O sea que una comadrona negra que se defiende delante de una panda de médicos blancos está haciendo un ataque mau-mau?

—No tengo ningún problema con la revuelta mau-mau —dijo Nat—. Me parece una técnica válida.

—Pues me alegro de oírlo —dijo Archy—. Los negros llevamos tiempo sin hacer ataques mau-mau, estamos esperando a que tú nos des permiso.

—¿Qué hemos decidido? —dijo Garnet Singletary, con tono de estar preparado para que la respuesta lo decepcionara.

Llenó el espacio del final del angosto callejón en el que Archy y Nat parecían haberse alojado.

—Lo que hemos decidido es que Archy necesita «ser realista» —dijo Nat.

—Eso no parece una oferta —dijo Singletary.

—Nat, por favor, colega. Podemos hablar de todo esto mañana. No necesitamos hablar de ello ahora. Señor Singletary, con todos los respetos, ya sé que tiene usted prisa, pero lo que estoy intentando hacer hoy es básicamente despedirme de Cochise Jones como él esperaba y como se merecía. No puedo estar por nada más.

—¿Te vas a ir con Gibson Goode? —Nat soltó una risotada que parecía un ladrido incrédulo—. ¡Eh! ¡Espera! ¿Es eso lo que estás haciendo ahora? ¡Ya has aceptado el trabajo! Dios bendito, Arch, ¿es por eso por lo que estás aquí? ¿Es porque tu amigo Kung-Fu te ha dado su talonario y te ha dicho, adelante, baja ahí y empieza a abastecer tu puto Departamento Rítmico?

—Un momento, Nat. Ahora te estás acercando a la paranoia.

—Nunca estuvo muy lejos —comentó Garnet Singletary.

—Dudo mucho que la oferta siga en pie —dijo Archy—. Tal vez le he dado demasiadas largas.

—No me puedo creer que te acabe de decir cuál es mi oferta.

—¿Por qué no me dices a mí cuál es tu oferta? —sugirió Singletary—. El que vende los putos discos soy yo. No, escucha una cosa. Hagámoslo así, te voy a decir

yo cuánto pido. Diecisiete mil dólares.

—¿Se supone que le tengo que dar diecisiete de los grandes para volver a comprar un puñado de discos que ya he comprado y vendido? —dijo Nat—. Algunos de estos discos son como hijos para mí, y me va usted a hacer pagar por ellos dos veces.

—Pues hazme tú una oferta —dijo Singletary, negándose a reconocer que Nat estaba empezando a mosquearse—. Así también los puedes vender dos veces.

—A la mierda —dijo Nat—. Aprovechemos que ya estamos en un funeral. Enterrémoslo todo. Aquí y ahora. Acabemos de una vez.

Pasó rozando a Singletary y subió las escaleras con sus pequeños mocasines puntiagudos.

—Da la impresión de que llevas demasiado tiempo cabreando a un montón de gente —dijo Singletary.

—Lo sé —dijo Archy—. Ojalá supiera qué problema tengo.

—Tengo una teoría.

—¿Cuál es?

—Que tal vez estés hasta las mismas narices de discos antiguos de vinilo rayados y polvorientos que huelen a moho y saltan cuando los pones en el plato.

—Dijo usted que «nada de blasfemar».

—Tal vez estés harto de Nat Jaffe. A mí me empezó a poner de los nervios cinco minutos antes de conocerlo.

Archy experimentó cierta tentación de corroborar aquella teoría, pero le pareció desleal, de manera que se limitó a decir sin entusiasmo:

—¿Eh? No, qué va. Nat es mi colega.

Singletary pareció sopesar aquella afirmación.

—Si solo fuera cuestión de tomaros una cerveza juntos —dijo—, casi estaría dispuesto a aceptar esa descripción.

—Bueno, pues. Supongo que será mejor que llame usted a Amoeba o a quien sea. Llame a Rick Ballard de Groove Yard.

—Espera un momento —dijo Singletary—. A ver, un momento nada más. Déjame que te lo pregunte. ¿Cuánto quería ofrecer él?

—Pues me ha dicho que once. Cinco quinientos por barba, pero yo no los tengo y, que yo sepa, él tampoco los tiene.

—Y si los tuviera, si él reuniera esa cantidad, y los dos adquirierais la colección del señor Jones por algo menos de quince pero más de once, ¿seríais capaces de sacar beneficios de eso?

—Es difícil saberlo.

—Oh, está claro.

—Quizá un poco. Tal vez algo más que un poco. Nat estaba hablando de Francia

y Japón, pero no es nada seguro. Mejoraría nuestro inventario, o sea, joder, aquí hay cosas rarísimas. Tal vez si ampliáramos la página web e hiciéramos más conciertos... Si le diéramos un empujoncito a la parte empresarial y pasáramos menos tiempo parlotando detrás de ese mostrador...

—Oh, no, no digas eso —dijo Singletary—. O quizá me retracte de la oferta estúpida que estoy a punto de hacer. Porque, mira, la verdad es que a mí me importan un carajo todos esos vinilos rayados de Rahsaan Kirk y todas esas impresiones pirata de no sé qué concierto ignoto en París en 1967 de Ornette Coleman sonando como un ganso que se intenta follar una bicicleta. Si me paso cinco minutos escuchando eso, me entran ganas de dar una bofetada a alguien. Para serte sincero, no me gusta ninguna clase de jazz. El estilo que tocaba el señor Jones casi siempre tenía un ritmo animado para bailar, no estaba mal, pero cuando yo llego a casa al final de un día de trabajo, a la hora de beberse una Miller y poner un poco de música, ¿sabes qué me gusta? Me gusta Peabo Bryson.

—Peabo también hizo muchas jams.

—Esto es lo que me interesa a mí de este asunto. Ya sé que tú crees que solo me estoy metiendo en esos rollos de protesta que monta tu socio para tocarle los cojones a Chan Flowers. Solo porque mantengo unas relaciones tradicionalmente frías con el concejal. Pero la razón verdadera es que me acuerdo de cuando esa tienda de discos era de Eddie Spencer. Y antes todavía, cuando me licencié del ejército, justo después de la guerra, se llamaba la Barbería de Angelo, y a ella iban todos los sicilianos para que les arreglaran el bigote o lo que fuera. Yo he conocido a sicilianos, de manera que puedo decir con confianza que tu tienda lleva por lo menos sesenta años llena de conversaciones masculinas llenas de insensateces y mentiras y consistentes en nada más que perder el tiempo y jactarse. Lo que dijo aquel tal Abreu el otro día en la tienda es verdad. Es una institución. Como se os acabe el negocio, no sé yo qué va a pasar. Voy a tener que alquilarle el local a algunas colgadas del new age que venden colchonetas de yoga o algo así. Todo el mundo celebrando «días de silencio», paseándose con letreritos colgados del cuello que dicen: «Hoy guardo silencio». Eso sí que me parecería una pérdida.

—Garnet Singletary. —Archy dejó que el asombro le trasluciera en la cara—. Convertido en organización preservadora. Se está usted volviendo blando.

—Cuando te empiezas a hacer viejo pasan muchas cosas malas.

—¿Y qué? ¿Nos va a *regalar* usted los discos, sin más?

—¿Y cómo iba yo a hacer eso? Estos discos son del señor Jones. Yo no soy quién para regalarlos. Ya lo sabes. Pero tal vez los herederos os los podrían adelantar en consignación. Y vosotros podríais pagar a los herederos en el futuro. Cuando terminéis de venderlos en Francia y en Japón.

—Ja —dijo Archy—. Vaya, gracias, Garnet.

—Debe de ser que el funeral me ha puesto sentimental.

—Es usted un buen hombre.

—Como vayas por ahí diciendo eso, lo voy a tener que negar.

—Lo mismo digo de lo que he dicho yo que era Nat para mí. No se lo cuente a nadie. Y mucho menos a Nat. Se le subiría a la cabeza.

—Tal vez después de que se gane unas cuantas insignias más de los boy scouts, le dejaremos entrar en el club.

—Vale.

—Entretanto vas a tener que pensar qué es lo que quieres hacer contigo mismo, Archy Stallings. Te tienes que decidir.

—Me suena ese estribillo —dijo Archy.

Cuando volvieron a subir las escaleras, pasaron frente a la sala de estar del señor Jones, que tenía cierta atmósfera de abandono pero conservaba el mismo aire de aglomeración, de bordados con lanas y fruta falsa, como si la hubieran decorado señoras de una era anterior, tal vez la misma mujer portuguesa. En el centro de la sala, dos percheros para trajes esperaban codo con codo, atiborrados de los trajes de fantasía del difunto. La paleta general de colores iba desde lo atrevido, e incluso lo irresponsable, estilo años setenta, hasta los tonos apagados de arcilla de alfarería, con un ligero toque soviético o incluso maoísta en los marrones oliváceos o los grises rosados. Los diseños a cuadros habían dejado Escocia muy atrás y habían zarpado en busca de mundos nuevos de chabacanería, entre ellos uno en rojo, blanco, negro y azul celeste que a Archy siempre le había recordado a los mantelitos individuales de los restaurantes IHOP.

—Mira eso —dijo Archy—. Mira esos trajes. Y yo se los he visto todos puestos.

—Puedes creerlo o no, pero existe un mercado bastante animado para esa clase de trajes —dijo Singletary—. Lo he consultado.

—A lo mejor yo tendría que cambiar de especialidad —dijo Archy.

—Aquí está Airbus.

El hombretón se reunió con ellos en lo alto de la escalera, ataviado con un precioso chándal color azul medianoche y con el pelo rapado hasta no ser más que un ligero destello sobre el cuero cabelludo. El coche de Singletary, un Toyota Avalon de último modelo, estaba aparcado en doble fila en la calle, con los intermitentes encendidos. Kai Fierro, la recepcionista de Gwen, salió del lado del pasajero. Llevaba el pelo engominado hacia atrás al estilo de Fabian Forte y transportaba su saxo en una funda flexible para conciertos. Llevaba puesta una chaqueta azul con botones de latón de orquesta de calle de instituto como las que llevaban todos los miembros de Bomba y Circunstancia, y una gorra de pega de capitán de yate con huevos revueltos en la visera.

—Se supone que esta es... ejem... la líder de esa orquesta de calle china —dijo

Airbus como si estuviera siguiéndole la corriente a la diatriba de una chiflada a fin de impedir que esta perdiera los papeles—. Estaba delante de vuestra tienda con otra chavala blanca llamada... ejem... Jerry no sé qué, y dos señoras mayores, con trompeta y saxo. Dice que tienen una cita con Stallings. Quiere saber cómo va la cosa y cuál es la ruta.

—Hola, Arch —dijo Kai. Le estrechó la mano a Garnet Singletary, firme y masculina, y le dijo—. Soy Kai.

A Archy le resultó algo rara, y también un poco excitante, la forma en que ella le estrechaba la mano a Singletary.

—Gracias por venir —le dijo él.

—Es un honor —dijo Kai—. Cochise Jones es un nombre que, bueno, para muchas de las que estamos en la orquesta significa mucho.

—¿Sabes que nació en Nueva Orleans? —dijo Archy—. Es por eso que le gustaba todo ese rollo de los funerales con orquesta. Siempre dijo que por aquí los únicos que sabían hacer funerales como Dios manda eran los chinos.

—Os diré una cosa, sin embargo, esos tipos de San Francisco no son para nada como en Nueva Orleans. No tienen swing para nada —dijo Kai—. Esos temas que hemos ensayado hoy, o sea, son todos temas de funerales militares sin más. ¿Es correcto? Un montón de himnos. «Onward, Christian Soldiers» y rollos de esos.

—A ver —dijo Airbus, con pinta de estar claramente ofendido—. «Onward, Christian Soldiers», ¿eso qué tiene de chino?

—Pero hemos ensayado mucho, eso sí. Y además, tengo que decir que hemos hecho un arreglo con bastante swing de «Redbonin'» que nos gustaría tocar.

—A mí me parece bien —dijo Archy, pero no pudo evitar fruncir el ceño mientras contemplaba la cutrez de chaqueta de orquesta de tercero de secundaria que llevaba Kai—. Déjame que te haga una pregunta: ¿qué talla llevas?

Por lo bajo, por debajo del ruido del tráfico de Telegraph Avenue y del ralenti del coche de Singletary, casi por debajo del umbral de lo audible, una nota grave resonó y luego subió un tono. Más al sur, sobre West Oakland, un zepelín negro husmeaba el cielo con su morro puntiagudo.

—Los Athletics juegan hoy contra Tampa —dijo Archy—. Todo el mundo va a levantar la vista, ver ese trasto y emocionarse. Todos van a decir: «¡Ahí va el dirigible de Dogpile!».

—Yo he estado en el Dogpile de Los Ángeles —dijo Kai—. Es maravilloso.

—Me estás matando —dijo Archy.

—¿Qué cojones es esto? —dijo Dios.

En la cabina de la *Minnie Riperton*, Walter Bankwell ni se molestó en intentar parecer cómodo. No le gustaba la experiencia de volar a bordo del dirigible y estaba

demasiado nervioso para tomar una copa y soltarse. Tampoco le gustaba que todo el mundo se relajase a bordo de la *Riperton*, aunque el propósito principal y expreso de aquella aeronave (además de funcionar como imán irresistible para las miradas) no era otro que el entretenimiento corporativo de clientes de alto standing, actores y cantantes y raperos, gente de los medios de comunicación, barones del calzado deportivo y algún que otro puñado de bibliotecarios de barrios degradados que después de ganar algún concurso subían al cielo con G Bad y su pandilla y perdían el control por completo.

No es que Walter tuviera miedo a las alturas *per se*; era la bolsa de gas lo que le preocupaba. Entendía perfectamente que había una diferencia entre el helio y el hidrógeno, pero, por inerte y gigantesca que pudiera ser, la *Riperton* tenía algo de frágil e insuficiente; su nombre, con aquel sonido a tela rasgándose, no ayudaba precisamente. Los zepelines habían tenido su oportunidad y habían fracasado. El mundo los había dejado atrás, igual que había dejado atrás las cintas de ocho pistas. Estaba claro que una cinta de ocho pistas podía cagarla, comerse sus propias tripas y hacer papilla una de sus ruedecitas de plástico. Pero por lo menos nunca iba a explotar y hacerte papilla a ti.

Walter se sentía incómodo; y seguramente la verdad era que él *no tenía* que sentirse cómodo allí, por mucho que hubiera estado dispuesto a beber y soltarse el pelo. Aquel era el verdadero sentido de ser propietario de un zepelín, y no las relaciones públicas o con los clientes: afirmar la divinidad de Gibson Goode, afincado en su mansión celestial. Y hoy Walter había sido convocado ante el trono del cielo para enterarse de que el Altísimo estaba disgustado.

Dios cogió el ejemplar del *Oakland Tribune* que había tirado sobre una mesilla de café en forma de pequeña joroba.

—¿Has visto esto? —dijo.

«Más titulares», pensó Walter con amargura.

—PROPIETARIO DE TIENDA DE DISCOS ANTIGUOS SUBE A 78 RPM EN SU BATALLA CONTRA UNA CADENA NACIONAL —leyó—. Sí, lo he visto. El tipo queda retratado como un capullo. Si te pasas la vida a setenta y ocho revoluciones, acabas pareciendo el Pato Donald.

—Es una comparación válida —dijo Gibson Goode—. En esa clase de entornos, no sé por qué, en el mundo de los cromos de deportes, de las revistas de coleccionista, de los autógrafos y esas cosas, los capullos tienen tendencia a atraer a seguidores. Pero ni siquiera es eso lo que me preocupa —dijo Goode—. Colega, me importa una mierda ese pequeño rompepelotas blanco con sus intentos de reclutar a veintisiete blancos intolerantes a la lactosa.

—Muy bien. Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

—Lo que me preocupa eres tú.

Un sobre grande y blanco, un sobre de correos con galones verdes en los bordes, acababa de quedar al descubierto al levantar Goode el periódico. El hombre tenía a mano todos los materiales que le hacían falta para su presentación, incluyendo al guardaespaldas, Taku, sentado en la zona comedor, poniendo en serio peligro la propulsión vertical del vehículo. Cuando uno llevaba una pistola a bordo de una aeronave, en cualquier momento se podía dar un disparo accidental.

—Esto ha llegado a mi oficina de Fox Hills —dijo Goode—. Parece que lo ha mandado un chiflado.

Se trataba de una fotografía a color impresa en papel común y corriente, con unos tonos al mismo tiempo nítidos y horrorosos, de algo parecido a una estrella de mar de color azul violáceo sobre un fondo de añil pálido que hacía muaré. Mirándolo mejor, era algo escaneado: un objeto tridimensional pegado al cristal y fotocopiado, oscuro sobre el fondo del destello infinito, vacío y añil pálido de lo que fuera que estabas fotografiando cuando dejabas la tapa de una fotocopidora abierta. Del mundo imposible de escanear.

—Parece un guante —dijo Walter.

—La carta que lo acompañaba dice que es un guante.

—¿De quién es la carta?

—De Luther Stallings. Dice que ese guante vincula a tu tío con el asesinato de Popcorn Hugues, que tiene restos de sangre, de ADN, el tipo de cosa que después de tantos años pueden analizar.

—¿Acaso Chan Flowers tiene alguna historia pasada que le gustaría mantener oculta? No me hubiera importado cuando él y yo estábamos en bandos distintos de la contienda. ¿Me entiendes? Pero, ahora que estamos en el mismo bando, no me siento cómodo con todos estos... mmm... souvenirs pululando por ahí. Circulando en fotocopia y qué sé yo.

—¿Un guante violeta? —dijo Walter.

Goode le tiró la fotografía a la cabeza a Walter.

—¿Qué cojones sé yo? —dijo. Se levantó, fue a la ventana y contempló el estadio en forma de cuenco—. ¿Sabes que a mí me ficharon los Athletics? —dijo—. De lanzador.

—Yo lo vi jugar una vez —dijo Walter—. La USC contra la Cal, hacia el 85, yo iba detrás de una chica llamada Nyreesa que trabajaba en el catering del estadio Evans. Todo el mundo decía que allí había reclutadores tanto de los Athletics como de los Giants.

—Solo me pudieron batear dos veces. No tenía corredores. Un tío consiguió darle floja de dentro afuera y luego la cagué y dejé una bola fácil en el rincón de dentro para el siguiente. Carrera doble. No les hizo falta más.

—Y además me impidieron entrar —dijo Walter—. Solo Nyreesa.

—Muy bien. —Goode se dio la vuelta de golpe, apartándose de la ventana y cogiendo a Walter con la guarda baja. Walter se echó hacia atrás, perdió pie y se cayó de culo. Goode se quedó plantado frente a él, observándolo desde arriba, con una mirada no exenta de desprecio—. Después de que haga su aparición en el funeral, el concejal Abreu se va a reunir conmigo en el partido por iniciativa propia. Pensé que le podría gustar sentarse en un palco corporativo pero dice que prefiere estar en tribuna. Así que he cogido asientos detrás de la caseta de los Athletics.

—¿Abreu?

—Por alguna razón se le ha metido en la cabeza que puede ser interesante examinar la estructura fiscal y otros elementos del trato que estoy haciendo con el Ayuntamiento, gracias al duro trabajo de tu tío, para edificar el solar del viejo supermercado Golden State. Cómo se ha llevado a cabo el Informe sobre Impacto Ambiental, qué clase de vínculos tengo con la comisión de planificación, etcétera.

—También le está intentando sacar pasta a usted...

—¿Qué pasa con Oakland? Esta ciudad de idiotas siempre tiene que hacer el Gilligan en el último minuto y joderse a sí misma de una manera u otra. Vale, esta vez no. Esta vez Skipper va a hacer *lo que haga falta*. Y si yo decido que tu tío Chan nos da demasiados problemas... Pues mira, aquí arriba, ya sabes, tengo que plantearme el exceso de peso.

Kung-Fu pensó que en ese caso tal vez deberían dejar a Taku en el aeródromo, pero se guardó el pensamiento para sí mismo.

—Enséñale esa foto a tu tío, enséñale esa carta que venía con ella y que habla de la noche de Popcorn Hughes. Enséñale todo este marrón. A ver qué quiere hacer al respecto. Dile que lo quiero todo arreglado. Dile que exijo garantías. Si no, esas garantías tal vez me las pueda dar el concejal Abreu, ¿me entiendes?

—Por supuesto —dijo Walter—. A ver, ¿cuándo aterrizamos?

En cuanto sus padres se marcharon para reunirse con Singletary en el sótano del muerto, los chavales se pusieron a trabajar. Sacaron las cubetas enormes de en medio y llevaron existencias a la trastienda, sumergidos hasta los codos en el olor y la gravedad plomiza de los discos. El suelo de Brokeland que quedó al descubierto, un palimpsesto de linóleo rojo y blanco tan desgastado aquí y allí que dejaba ver un substrato de color verde y crema, resultó estar más mugriento de lo que Archy había sugerido. Titus se hizo con la escoba y puso a Julie a quitar polvo. El hecho de que les estuvieran pagando por su tiempo tenía el interesante efecto de poner contento a Titus. Había localizado a una hermana de su madre en alguna parte de Los Ángeles. Ella no le había querido mandar dinero, pero le había dicho que, si él podía viajar hasta su casa, lo dejaría vivir allí. Y ahora Titus tenía una meta en la vida: romperle el corazón al pobre Julie Jaffe.

En la tienda había un plumero vetusto para el polvo, con unas plumas azules cómicas arrancadas del sombrero de una vieja o del culo de un avestruz de los dibujos animados de la Warner Bros. Julie se puso a perseguir el polvo con él, sintiéndose como si fuera Bugs Bunny, sin quitarle la vista de encima a Titus. Titus se tomaba en serio su trabajo con la escoba, demarcando el suelo con arenilla y patas de bichos, formando pulcros montoncitos con todo ello y agachándose para remeterlos en el recogedor. Con el blanco de su camiseta resaltando sobre la piel de sus hombros, sin cinturón y con la tela a cuadros de sus bóxers visible allí donde le venía ancha la cintura de los vaqueros. Mientras pasaba el plumero por aquí y por allí, Julie sintió esa confusión típica del deseo al recordar cómo, de pequeño, se excitaba con algo que Bugs Bunny tenía en las caderas, en aquella colita tan coqueta, en la forma en que replegaba las orejas hacia atrás cuando fingía que era una chica, con pintura de labios y gestos de gatita.

—¿Quién me dijiste que era ese?

Titus se quedó apoyado en su escoba, mirando la cortina de cuentas que Julie había pintado hacía dos veranos, que se había pasado literalmente todo el verano para pintar, desde el último día de quinto curso hasta el primero de sexto, a razón de una cuenta irritante detrás de otra.

—Se supone que es Miles, pero...

—¿Miles Davis? ¿El trompetista? Fíjate, me lo estoy aprendiendo. —Titus se dio la vuelta y sorprendió a Julie examinándole el arco largo y esbelto, estilo Bugs Bunny, de la cintura y las caderas. Julie arrancó una pluma del plumero sin plena intención de hacerlo—. ¿Hemos acabado por ahora?

Julie fingió que examinaba la tienda. Para el funeral habían traído camisas elegantes y pantalones limpios, que Aviva les había doblado pulcramente y que ahora tenían guardados en una bolsa de tela del Berkeley Bowl en la trastienda.

—Van a volver en cinco minutos —dijo Julie—. Podemos vestirnos, o...

Entraron en la trastienda. Julie se bajó los pantalones y se abrió de nalgas, y Titus se escupió en la mano y le metió la polla un minuto. Fue doloroso, pero de una forma que a Julie le pareció interesante. El dolor, le pareció, requería algo más de análisis; le habría gustado estudiarlo durante un rato. Había algo que pasaba cada vez que Titus se echaba atrás para tomar impulso y volver a empujar, algo más cercano al alivio que al dolor. Pero al cabo de un minuto o dos Titus se la sacó.

—Me parece que he oído la puerta —dijo.

Entró en el cuarto de baño, trepó al pequeño lavabo y se puso a horcajadas sobre la pileta. Julie se quitó los vaqueros sucios de polvo. La espuma del jabón, los dedos de Titus, el asombro de su pene.

—No soy gay —dijo Titus cuando salió del cuarto de baño—. Si fuera gay te lo diría. No se lo diría a nadie más, pero a ti sí.

—Vale.

—Es que, mira, no quiero besarte ni nada de eso. No quiero ser tu novio. —Negó con la cabeza rotundamente—. Te puedo follar, eso sí. Sin ser homo.

—Vale.

—Pero tú sí que lo eres. Gay.

—Mmm...

—Lo sabes, ¿verdad?

—Supongo.

Se pusieron los vaqueros limpios y dos camisas de botones de manga corta, recién compradas en Target para la ocasión. Julie pensó que podrían haber sido hermanos. En Berkeley no habría sido imposible para nada.

Titus le tendió la mano derecha a Julie, despacio, con los dedos extendidos, trazando un arco hacia él. Entrelazaron las manos a la altura del pulgar y entrechocaron los pechos. Titus rodeó a Julie con el brazo. Julie se sintió protegido por aquel largo abrazo, aunque sabía que, cuando Titus lo soltara, se iba a sentir completamente abandonado.

Nat salió del sótano de la casa de Cochise Jones decidido a infligirle al que hasta entonces había sido su socio una sentencia de cadena perpetua de silencio. Cuando estaba en plena forma, era capaz de mantener un régimen de monosílabos furiosos durante días enteros.

Durante la primera hora aproximadamente, no tuvo problema alguno para mantener un silencio bien denso mientras Archy, los chicos y él apartaban las cubetas de discos, amontonaban vinilos raros en la trastienda, colocaban mesas para la comida y la bebida y llenaban las paredes de fotos de Cochise Jones. En el taburete que solía ocupar el señor Jones colocaron una fotografía en formato grande de él vestido con zahones, chaleco y sombrero Stetson, a lomos de un caballo picazo en el desfile del Día del Vaquero Negro. Julie parecía confundir la reticencia a hablar de su padre con solemnidad funeral. Titus no parecía darse cuenta o bien le importaba un comino, o ambas cosas. Archy, por su parte, estaba acostumbrado a capear los silencios de Nat. A Nat le iba a costar más de una hora empezar a ver algún efecto en aquella dirección.

Y entonces el Olds del 98 se presentó ante la tienda para dejar que se apareara el invitado de honor. Dos de los sobrinos de Flowers entraron empujando la camilla con los restos de Cochise Jones metidos en un ataúd al que solo le faltaban las alas de colorines y Dick van Dyke para ser idéntico al coche de Chitty Chitty Bang Bang. Archy dio instrucciones a la cuadrilla de Flowers para que lo instalaran detrás del mostrador de cristal. En cuanto todo estuvo en su sitio, los sobrinos le dieron una palmada a la tapa, preparándose para sacársela al ataúd, y fue en ese momento

cuando Nat se vio obligado a estropear el inicio perfecto de un millar de años de silencio para conversar con el hombre que lo había traicionado.

—¿De verdad vamos a tener el ataúd abierto? —dijo.

—¿Tiene usted algún problema con eso? —dijo uno de los sobrinos.

—Bueno, he comprado discos en un montón de tiendas de mala muerte —dijo Nat—. Pero ninguna tenía un cadáver en exposición.

Archy pareció sopesar aquello, como si estuviera buscando un ejemplo de lo contrario, alguna tienda de vinilos usados del South Side del Hades o de Filadelfia. Luego se volvió hacia los sobrinos.

—Bueno —dijo—. ¿Cómo se lo ve ahí dentro?

Al cabo de unos segundos de consulta mutua, el más corpulento de los dos asintió, una sola vez y despacio.

—Se lo ve muy bien —dijo el otro.

—Venga, pues, abrid la tapa para que podamos echarle un vistazo —dijo Archy.

Los Flowers levantaron la tapa y Julie y Titus se acercaron para ver lo que salía a la luz. Era el primer cadáver de Julie: la idea le produjo un pánico repentino a Nat. No había preparado ningún discurso, ningún comentario ni acotación ni fórmula protectora para contextualizarle ni amortiguarle aquel momento a Julie ni tampoco, de hecho, a sí mismo. A lo largo de su vida, Nat debía de haber visto media docena de cadáveres en exposición, y cada una de aquellas imágenes parecía haber marchitado la página de la vida, haber ensuciado la plata del mundo y haber deslucido su oro. Sin más razón que la parálisis del pánico masculino, reprimió el impulso de rodear a Julie con el brazo y alejarlo de aquella visión.

—Carajo —dijo Titus con admiración no fingida.

—Venga ya, Nat —dijo Archy—. ¿Cómo vas a enterrar eso sin echarle ni un vistazo?

El traje de fantasía que Cochise Jones había prescrito para su entierro no era simplemente chillón, feo ni de cuadros aparatosos. Era la joya de su colección, profundo y mágico en su exceso. Blanco y con decoración de color naranja quemado, tenía un aire a estilo vaquero engalanado de bisutería, lo que pasaba era que en los faldones y los puños de la chaqueta y en los bajos de los pantalones exhibía unos llameantes y descabellados bordados pseudoaztecas, unos diseños abstractos que sugerían flores rosadas, suculentas verdes y corazones rojo sangre. Cochise había llevado aquel traje, que él siempre llamaba «mi traje azteca», en tres ocasiones durante su vida: la primera vez al tocar con Bill James en el Eden Roc la noche en que se desató el huracán Eloise; la segunda en el Sahara de Las Vegas, donde obtuvo un comentario favorable de Sammy Davis Jr.; y la última, con consecuencias improbables, ante el público de su ciudad en el Eli's Mile High. Después de aquella noche legendaria en los anales del escándalo de Oakland, Cochise había retirado de

circulación el traje azteca, notando que era un traje de fantasía con un destino. Un traje que no había que desaprovechar poniéndoselo en un día ordinario de la vida de un hombre, por mucho que ese hombre, en un día ordinario, se dedicara a darle caña al B3.

Nat miró a Julie. El chico se estaba abrazando a sí mismo. Nat tardó unos segundos más en hacerle aquel servicio a su hijo: lo rodeó con el brazo. Julie llevaba una camisa de botones de manga corta que le venía pequeña, con diseño de microcuadritos blancos y negros. Su hueso de la escápula encontró un hueco familiar en el brazo de Nat. El brazo parecido al palo de una escoba del chico seguía teniendo un tacto infantil. En cuanto Nat lo tocó, su hijo se relajó.

—Se ve fabuloso —dijo Julie.

—¿Sí?

—Ya lo creo.

—Vale —le dijo Nat a Archy—. Pues lo dejamos abierto.

Aviva apareció a las once menos cuarto, ocupando hábilmente una plaza de aparcamiento que se acababa de desocupar justo delante del coche fúnebre que había aparcado delante de Brokeland Records.

Nat estaba en la acera, intentando que pareciera que no la estaba esperando. Pero ella sabía el aspecto que él tenía cuando esperaba en una parada de autobuses bajo la lluvia y el autobús se retrasaba. Y ahora estaba esperando.

Nada más aparcar ella, Nat entró en el coche y cerró la portezuela. Con movimientos de atracador de bancos, pensó Aviva. De alguien que tiene prisa por alejarse.

—Has encontrado un puesto ideal —dijo él.

—Ya lo creo. ¿Ya ha llegado alguien?

—Solo los de la casa. Y, por supuesto, el cadáver. El difunto.

Tenía un retintín extraño en la voz, un resonar hueco de ironía. El traje a lo Belmondo le daba aspecto avejentado y desencantado. Ni siquiera le echó un vistazo a ella para ver qué había decidido ponerse para el velatorio del señor Jones o lo que fuera aquella cosa que los ocupaba ese día. Para que conste en acta, llevaba puesto un traje pantalón negro de Donna Karan, comprado en el Crossroads, por encima de una blusa sin mangas de color gris perla y unas sandalias gastadas de cada día. Una indumentaria práctica para el asunto del día, a excepción del pañuelo que llevaba atado sobre la frente. Se lo había regalado un año por su cumpleaños el señor Jones, y había pertenecido a la difunta Fernanda. Tenía un estampado de melocotones y de hojas de melocotonero, y resultaba tremendamente chillón en un funeral. Nat realmente se tendría que haber fijado en ello.

—He ido al Smart and Final. Está todo en el maletero.

—Gracias.

—¿Qué te pasa?

—Nada —dijo él.

Y se tapó la cara con las manos. Era lo más cerca de desplomarse que Nat llegaba nunca: aquel intento heroico de confinar su llanto a las regiones abarcadas por sus palmas. A ella siempre la mataba.

—Oh, cariño, ¿qué te pasa? —le dijo—. Ven, anda.

Ella lo abrazó, dispuesta a darle la oportunidad de masajear su tristeza, empujándosela toda hacia la cara. Durante la primera parte de su matrimonio, Aviva lo habría animado a no cortarse y desfogarse llorando. Pero por fin había aprendido que Nat no quería permitirse llorar, tal vez era incapaz de permitirselo, y que tal vez no era justo intentar obligarlo todo el tiempo. Tal vez era mejor dejarlo en paz, al pobre.

De manera que ahora Nat la asombró de verdad cuando dejó caer las manos, como si fueran ilusiones juveniles, para mostrar a un hombre presa de un señor berrinche. Descompuesto, lloroso, dominado por una pena que le daba pinta de abuela y mugiendo lastimeramente. Con los hombros temblando. Y todo por el viejo señor Jones. Impresionante. Después de tantos años de desearlo y acabar resignándose, ahora Aviva veía a su marido deshacerse en lágrimas y se daba cuenta de que la estampa, aquel blando desmoronamiento del castillo, la irritaba un poco. Aquel no era el Nat que ella conocía, morador de los polos, propenso a los enajenamientos de furia y a las pataletas de alegría.

—Sé que te caía muy bien —dijo Aviva, sacándose unos Kleenex del bolso—. A mí también.

Nat se sonó la nariz, respiró hondo y lo soltó.

—Es verdad —dijo él—. Me caía muy bien. Pero no es... No es por eso...

—Entonces, ¿qué problema hay? Nat, ¿qué ha pasado?

—Que me he peleado con Archy. Vamos a romper.

—¿Qué?

—Se divorcia de mí. Porque... está harto de mis putas chorradas. —Se volvió a sonar con el Kleenex, produciendo mocos e irrisión a partes iguales—. ¿Qué coño de razón es esa?

—¿Va a aceptar el trabajo de Dogpile?

—Espero que sí. Porque te aseguro que lo quiero perder de mi puta vista.

—Nat. —El problema no era que Archy quisiera divorciarse; era que Nat, según ella dedujo de su tono petulante, sentía que el otro lo estaba abandonando—. Está claro que ahora mismo Archy y Gwen están teniendo problemas.

—Sí. Sus problemas se llaman vida real.

—¿Me estás diciendo que hasta ahora Gwen Shanks y Archy Stallings han estado

viviendo en un mundo de fantasía?

—Apuesto a que Gwen tiene la sensación de haber estado viviendo en un mundo de fantasía. Una comadrona negra entre un millón de madres blancas. La gente negra se pasa la vida entera en un mundo de fantasía, lo que pasa es que no es la fantasía de ellos.

—Ajá —dijo Aviva, notando con una punzada de migraña que se avecinaba una sesión de teoría jaffeana—. Muy bien, pues, hablemos de lo que vas a hacer tú.

—¿De lo que voy a hacer yo? Muy bien. Hablemos. Lo primero es que ya no quiero vender más putos discos de vinilo de segunda mano.

—Nat.

—La verdad, fíjate, la verdad es que odio los discos. No. Mejor dicho: odio la *música*. Toda la música. Sí. La repudio. ¡Vete a la mierda, música! La música es Satanás. Nosotros somos simples sirvientes de sus planes ocultos. Es como un virus del espacio, la amenaza de Andrómeda, propagándose. Nosotros no somos más que vectores de su contagio. Es la música la que mueve los hilos en secreto.

—Nat.

—Piensa en ello, Aviva. La música nos ha llevado a un punto en que vamos por ahí con putas cápsulas dentro de los oídos. No, lo dejo. Creo que me voy a pasar, yo qué sé, a vender quesos. Voy a ser vendedor de quesos. Tú me puedes ayudar. Olvídate de traer bebés al mundo. Joder, ya tenemos bebés de sobra en el mundo. Lo que ahora necesitamos de verdad es que haya más queso del bueno. O sea, dime tú, ¿por qué tenemos que ir hasta North Berkeley, con lo lejos que está, para comprar queso de primera calidad en el Cheese Board? ¿Por qué no puede Oakland tener también un colectivo de fabricantes de queso, ya sabes, en South Berkeley o en Oakland? Espera... no, el puto queso... El queso es todo esporas y mohos y mierdas de esas. Tal vez el queso también nos esté intentando colonizar el cerebro. El queso y la música peleando a brazo partido por el control del sistema nervioso humano.

—Nat...

Una mano se puso a golpear. Los dos dieron un brinco en su asiento. Nat bajó la ventanilla y allí estaba Julie, la mar de guapo con su camisita de hombre adulto, mientras que a su lado Titus simplemente tenía aspecto de adulto. Dos muchachos, mascando sendos chicles enormes.

—Hola, señora Jaffe —dijo Titus.

—¿Qué estáis haciendo? —dijo Julie, emprendiendo un rápido examen del alboroto que reinaba en la cara, el pelo y la ropa de Nat—. ¿Qué le pasa a papá?

—¿Qué le pasa? Que está en un funeral, Julie —dijo Aviva—. Quiero que Titus y tú descarguéis todo lo que hay en el maletero. El hielo y los refrescos. Y que lo entréis todo.

Ellos siguieron mascando.

—Vale —dijo Julie al cabo de un momento—. Vamos, T. Los chavales fueron al maletero del Volvo y lo abrieron. Aviva se quedó mirando por el retrovisor cómo Titus rodeaba cuatro bolsas de hielo con sus largos brazos y las levantaba, sin que la cara reflejara más que una ligera tensión resultante de llevar aquella carga. Julie envolvió solícitamente otras cuatro bolsas con las cintas de sus bracitos y se alejó del coche, doblado hacia delante como si le doliera el estómago.

—«Vamos, T» —dijo Nat—. Será fantasmilla el chaval.

Ella se rio, contenta de verlo irritado otra vez. Luego se apartó de él sin soltarle la mano, que le apretó entre las suyas hasta que las alianzas matrimoniales de ambos chasquearon como si fueran un guijarro y una pieza de acero, o tal vez un par de flautas de champán.

—¿Vas a estar bien?

—Sí —dijo él.

—Sabes que al final todo se va arreglar, ¿no?

—No —dijo él—. Pero seguramente lo puedo fingir.

Salieron. Él agarró dos cajas de latas enanas de Coca-Cola y ella una de refresco de naranja Jarritos y siguieron a los chavales al interior de la tienda.

—Uau —dijo Aviva cuando vio el cuerpo desplegado en un ataúd tuneado con partes de latón como si fuera algo sacado de un libro de Julio Verne. Sobre un oleaje de velvetón de color burdeos, la cara del señor Jones flotaba como si fuera un cacho de madera pulido por el desgaste del agua. El traje de fantasía daba paso en las extremidades al trabajo devorador del fuego y las enredaderas—. ¿Ese es el famoso traje azteca?

—En su aparición final.

—Hola, Aviva.

Ella se volvió hacia Archy, que estaba de pie junto a la mesa de la comida, embutido con éxito parcial dentro de un traje de enterrador. Le escrutó la cara, igual de legible que la de un bebé, y únicamente vio una mueca ceñuda y fúnebre apropiada para la ocasión. Ni rastro de culpa o remordimientos por lo que fuera que había pasado aquella mañana entre Nat y él. Sin caída lastimera de hombros. Ella conocía lo bastante la historia que Archy tenía con Gwen —de hecho, la conocía más que bastante— como para saber que era posible que los remordimientos tardaran en aparecer.

—Se te ve bien, Aviva —dijo él—. Veo que llevas el pañuelo de Fernanda.

—Gracias, Archy —dijo Aviva.

Nat le puso una mano en el hombro. Ella notó que él le transfería cierta presión a modo de mensaje. No le hizo falta darse la vuelta para saber que su marido estaba mirando con el ceño fruncido a Archy, que ahora apretó los labios y puso los ojos en blanco para transmitir una impaciencia que confirmaba la intuición de ella.

—¿Seguro que habéis encargado suficiente pollo frito?

A lo largo de la mesa discurría un zigzag de montañas de pollo frito. Envueltas en nubes. Para alcanzar sus cimas hacían falta tanques de oxígeno y sherpas.

—Estás de broma, ¿no? —dijo Nat—. Espera, en serio, ¿voy a buscar más?

Habían hecho traer la comida del Taco Sinaloa y de la pastelería Merritt, que eran los dos sitios donde más le gustaba comer al señor Jones. Llanuras interminables de enchiladas verdes y de tamales y un Popocatepetl de tacos al pastor. Y de la Merritt, aquella alta cordillera de pollo frito. Aviva sabía que a Nat le dolía no estar sirviendo el pollo frito que hacía él, y más en una ocasión como aquella, pero Aviva le había hecho prometer, igual que Dios después del Diluvio, que nunca más volvería a destruir la cocina.

—Estoy bromeando —dijo ella—. Pero quiero mencionar que cuando se juntan negros y judíos para alimentar a un grupo grande, mueren muchos pollos.

—Le he contado a Aviva que cerramos la tienda —dijo Nat—. Para siempre. Tal como tú deseas.

—¿Cerráis... la... tienda? —dijo Julie, dejando salir las palabras entre gruñidos mientras pasaba dando tumbos hacia la mesa de las bebidas cargando con dos cajas de sidra sin alcohol Martinelli's.

—No es cosa tuya —dijo Aviva—. ¿Es verdad, Archy? ¿Has aceptado el trabajo de Dogpile?

—No —dijo Archy—. No he hecho nada y pienso seguir sin hacer nada todo el tiempo que pueda, por lo menos hasta mañana. A Nat se le está yendo la olla, simplemente.

Aviva agarró a Nat del codo, lo obligó a darse la vuelta e hizo que su mirada boxeara con la de él hasta que Nat se rindió y la miró a los ojos.

—Nat, ¿se te está yendo la olla? Porque, en caso de que sí, necesito que pares. Durante las próximas cuatro horas. Ni irse de la olla ni perder la chaveta ni quitar el freno para nada. Tú necesitas a Archy. Y Archy te necesita a ti. ¿Verdad, Archy?

—De vez en cuando —dijo Archy.

—¿A cuánta gente esperáis? ¿A cincuenta? Más un muerto.

—Más bien a unas cien —dijo Archy.

—Pues recobra la compostura —le dijo a su marido—. Puede que mañana dejéis de ser socios o puede que no. Pero os aseguro que hoy todavía lo sois, y mucho. Y, en tanto que socios, tenéis la obligación de dar la cara y darlo todo por el señor Jones.

—Te ha quedado de maravilla, Aviva, y eres una persona tan madura que me quito el sombrero ante ti —dijo Nat—. Pero hay un nivel que subyace a todo este rollo entre Archy y yo que tú, a pesar de toda tu sabiduría y tu madurez, no vas a entender en la vida. Y ese nivel es el que depende por completo de los vinilos.

Aviva se planteó una serie de réplicas posibles, afiladas, desdeñosas, sardónicas.

Al final, sin embargo, se mordió la lengua, porque si era una cuestión de vinilos —y los hombres como Archy y Nat eran capaces de iniciar guerras, fundar imperios y perder la dignidad y la fortuna por puro amor al vinilo—, entonces Nat tenía razón. Ella no lo entendería jamás.

—Pero te he escuchado —dijo Nat—. De manera que voy a considerar que hoy es nuestro último día y lo voy a vivir en consonancia, y a hacer lo posible para honrar el recuerdo de Cochise Jones. ¿De acuerdo? Simplemente, no esperes que le dirija la palabra a Archy.

—¿Te ha retirado la palabra? —le preguntó Aviva a Archy.

—Es posible. No me he fijado.

—Sí que se la ha retirado —dijo Titus—. Claramente.

Todo el mundo se volvió para mirarlo. Para tratarse de Titus Joyner en presencia de adultos, era un discurso bastante largo.

Gwen se presentó casi veinte minutos tarde, tras dormir quince horas seguidas en su cama, con la sensación de haberse tomado un potente estimulante cortical. Se sentía imparable, aun cuando resultó que apenas cabía por la puerta de la tienda. Había venido toda clase de gente a presentarle sus respetos al señor Jones. Gente del vecindario, modernillos, coleccionistas de discos corpulentos y barbudos. Kai y sus compañeras de orquesta, dieciocho mujeres resplandecientes con sus trajes de fantasía de la colección del señor Jones. Los habituales de la tienda: Moby, el señor Mirchandani y Singletary. Junto al ataúd, Chan Flowers, cruzado de brazos, con aquel brillo a lo James Brown en su vieja pelambarrera, examinaba la cara del difunto con expresión crítica. Todo el mundo estaba de pie salvo unos cuantos afortunados en las inmediaciones del mostrador a quienes se les había concedido el uso de sillas plegables.

La mirada de Gwen se encontró con la de Archy. Él estaba al fondo de todo, junto a la cortina de cuentas, erguido cuan alto era y con expresión afligida al lado del bufet. Gwen no se detuvo en sus ojos dulces, tristes y ojerosos. Habían traído una especie de tarima para el B3 asesino y le habían puesto un foco encima. Al lado del instrumento estaba plantado Nat, cruzado de brazos, como para impedirle que cometiera más actos de violencia. Su marido enarcó una ceja a modo de saludo y a continuación devolvió su atención a un anciano blanco y desconocido que estaba de pie al otro lado del órgano, delante del altavoz Leslie. Con un acento europeo indefinido, el anciano estaba dirigiéndose solemnemente al público, hablando de las creencias políticas del señor Jones, que Gwen (igual que la mayoría de los presentes) había desconocido hasta aquel momento. Más rojas, por lo visto, que el propio jefe indio Cochise.

A continuación captó la atención de Gwen el pañuelo selvático que llevaba Aviva

en la cabeza, sentada en la fila más cercana al mostrador. Aviva era una de las personas que tenían silla. Levantó la mano para hacerle una señal a Gwen: al lado de ella había un asiento vacío. Gwen iba a tener que aceptarlo. Sabía que Aviva estaba enfadada, y el mero hecho de saberlo bastaba para enfadarla también a ella. Pero estaba demasiado embarazada para quedarse de pie.

Mientras Gwen se abría paso entre la concurrencia como un rompehielos empujando témpanos, Aviva recogió el bolso que había estado usando para reservarle la silla a Gwen.

—¿Quién es ese tipo? —le susurró Gwen a Aviva al oído nada más sentarse.

El pelo de Aviva olía un poco a hojas de laurel.

—Creo que es de una biblioteca marxista que hay en esta calle.

Gwen jamás había tenido ni idea de que hubiera una biblioteca marxista en Telegraph Avenue. Intentó imaginarse un lugar que le resultara agradable a un tipo que no solo vestía como vestía el señor Jones, sino que también entendía, de acuerdo con aquel bibliotecario marxista con voz de pito, las interacciones de la base y la superestructura y la forma en que en última instancia las relaciones de clase determinaban todo el racismo de América.

—¿Es el traje azteca? —susurró Gwen, captando por primera vez todo el esplendor del cadáver.

Aviva asintió.

—Chist —dijo la mujer que había al otro lado. Se trataba de una vieja Cruella de Vil de aspecto extravagante con un perrillo shih tzu moteado sobre el regazo.

—Lo siento —le dijo Gwen a la siniestra anciana.

—Yo también —le contestó Aviva inmediatamente a Gwen, como si ella también se lo hubiera estado guardando para el momento en que llegara su socia.

Gwen se planteó corregir el malentendido que acababa de llevar a Aviva a pensar que ella se estaba disculpando por lo que Aviva había llamado su «actuación» en la vista del Chimes. Pero algún impulso la refrenó. No era ningún reparo, ni mucho menos. Tal vez se debiera al suave manto níveo del sueño bajo el cual había pasado la noche anterior, pero ahora se sentía más legitimada que nunca para hacerse con aquellas herramientas de las compañías de seguros y más legitimada que nunca en su decisión de echar de casa a Archy a fin de poder descansar un poco por fin. No fue la posibilidad de que la tarde anterior se hubiera equivocado o se hubiera pasado de la raya o bien hubiera sido excesiva o manipuladora lo que ahora llevó a Gwen a no aclarar aquella disculpa malinterpretada. Era puro cálculo, aunque profundamente soterrado: que Aviva pensara que había recibido sus disculpas; eso facilitaría las cosas más tarde.

Después del hombre de la biblioteca marxista vino un batería desdentado que parecía mayor de lo que probablemente era, ciento diez en años de droga, y luego

Moby subió a la palestra y contó la historia de la primera vez que había entrado en Brokeland Records. El señor Jones había estado sentado en su sitio habitual del mostrador, recompensando a su loro, Cincuenta y Ocho, con pipas de girasol que se sacaba del bolsillo de la chaqueta, intentando enseñarle por medio de una baraja de naipes a reconocer la diferencia entre los palos rojos y los negros.

—«Este pájaro es más listo que las personas» —dijo Moby citando al señor Jones tal vez con demasiada fidelidad y empleando como siempre el ebónico—. «Si no ha aprendido a jugar al póquer, es solo porque no le he enseñado como debía».

La mayor parte de la concurrencia soltó una risotada. Gwen echó un vistazo en dirección al órgano para ver cómo se estaba tomando Nat el número del abogado. Sabía lo mucho que Nat detestaba la forma en que Moby adoptaba aquellas gracias de negro de pega. Y la verdad es que se le daba muy mal, era innegable. Si no fuera tan dulce y gordo y si no tuviera aquel ridículo pelo repeinado hacia atrás, Gwen hasta se podría ofender por la forma en que hablaba Moby, por aquel estilo armado (con intenciones incuestionablemente sinceras de tributo) a base de materiales de desecho de discos de rap, Grady Tate en *Sanford and Son*, un toque de Martin Lawrence y en el fondo de todo, algo realmente ofensivo, tal vez Morgan Freeman interpretando a su personaje Easy Rider del programa infantil *The Electric Company*. A Nat le tocaba muchísimo las narices, solo había que mirarlo allí subido, sentado de espaldas en la banqueta del órgano, accionando los pedales de su irritación y recolocándose los puños del traje. Si estabas intentando pasar por blanco, el truco era siempre distanciarte de tus parientes más oscuros, pero si eras un tipo blanco que llevaba toda la vida viviendo en los márgenes de la negritud, lo peor que te podía pasar era encontrarte con alguien más que hacía lo mismo.

Tras concluir su discurso, Moby se abrió paso de vuelta a su silla, como un jugador de baloncesto que acaba de lanzar sus tiros libres, flanqueado de jugadores corriendo y dando brincos.

—Gracias, Moby —dijo Nat desde el fondo del todo. Todo el mundo estiró el cuello para mirarlo—. No te caería tan bien ese pájaro si le debieras tanto dinero como yo.

Lo decía en broma, y Aviva se rio, pero le salió en tono furioso, y si Gwen fuera una detective que estuviera investigando la desaparición del pájaro, estaba claro que habría llamado a Nat para interrogarlo.

—Ahora voy a tocar un poco —anunció Nat, como si fuera un periodontólogo a punto de iniciar una intervención. Lo dijo en un tono que sugería que no iba a ser divertido para nadie—. Y luego el señor Stallings hará el panegírico.

Gwen intentó acordarse de la última vez que había oído a Nat llamar a Archy «señor Stallings». Se volvió hacia Aviva a ver si esta estaba enterada de algún problema entre sus hombres, pero Aviva solo tenía ojos para Nat. Estaba sentada con

la espalda recta y mirándolo con tanta atención como la que Flowers le estaba prestando al cuerpo del ataúd: queriendo que fuera perfecto.

Nat le dio la vuelta al amplificador Leslie, lo honró con una reverencia y lo encendió bruscamente. El aparato cobró vida con un ronroneo. El viento fluyó a través de su misteriosa maquinaria de anticuario. Nat se sentó ante aquel Hammond que se había cobrado en todos los sentidos la vida del señor Jones. No era el instrumento de Nat, pero este tenía un don que le permitía coger cualquier instrumento y familiarizarse con él lo bastante deprisa como para que pareciera que lo dominaba. Sí que tocaba el piano, sin embargo, y Gwen supuso que su interpretación del órgano sería parecida: un rollo moderno y lleno de aristas estilo Monk, difícil de escuchar.

Nat se aflojó la corbata. Hizo de mediador en una disputa entre los faldones de su camisa, su pretina, su cinturón y su trasero. Toqueteó las palancas y los interruptores del Hammond, más por puro ritual que en busca de precisión. Tras contar hasta cuatro y agachar la cabeza al llegar al cuatro, se puso a tocar. Ella reconoció la canción como un viejo tema de Carole King: «It's Too Late». El órgano tenía un sonido frágil de blues, con humo en la garganta. Nat evitó tontear con aristas y notas bajadas de tono. Sus pies accionaron los pedales. Ella no recordaba nada de la letra más que el estribillo, aunque este ya se bastaba por sí solo para transmitir la melancolía de la canción. A Gwen le vinieron ganas de buscar con la vista a Archy, pero tuvo miedo de que, si sus miradas se encontraban mientras sonaba aquel tema, él pensara que ella tenía intención de mandarle el mensaje que Carole King le había estado mandando al hombre de su canción.

Parte de ella, o mejor dicho la mayor parte de ella, sabía que hasta cierto punto había estado haciendo teatro, que sus hormonas le habían dado la licencia para infligir por medio de la farsa de su marcha y su regreso toda la humillación que Archy había tenido que soportar. Mientras Nat tocaba, ella evitó mirar directamente a Archy y se preguntó si la tristeza que le había visto en la cara sería por ellos dos. Archy había decidido marcharse después del funeral, pensó ella, con su petate y diez cajas de discos en el maletero de su El Camino. Ella lo había echado por puro despecho, pero ahora él se marchaba en serio, igual que ella siempre había sabido y temido que acabaría haciendo. La certidumbre de la partida inminente de él se le vino encima con tanta fuerza que la dejó confundida y preguntándose si Nat no habría elegido aquella música a propósito a modo de comentario sobre la relación entre ella y Archy.

Aviva se inclinó hacia Gwen y le murmuró en el oído sin quitarle la vista de encima a su marido:

—Esa fue la canción de la vida del señor Jones —dijo—. Según Nat.

Gwen entendió entonces que fuera cual fuera su situación o tema ostensible, «It s

Too Late» trataba de Cochise Jones. Tirado como un guiñapo en su ataúd. Sentado junto al lecho de su mujer mientras ella se moría. La canción trataba de toda la gente congregada ahora en la tienda que nunca había tenido ocasión de conocer al señor Jones y también de quienes le habrían dicho algo distinto o algo más la última vez que lo habían visto, de haber sabido que se iba a morir. Trataba de cómo Titus había crecido sin padre y de cómo Aviva había tratado de no perder al único hijo que tenía y del sueño de Brokeland Records. Trataba de un gran porcentaje de los deseos, planes y ambiciones sumados que albergaba la gente que se había reunido ese día en la tienda. A Nat no le había hecho falta elegir «It's Too Late» para hacer un comentario directo sobre la situación entre ella y Archy. Era la canción de la vida del señor Jones y su sentimiento siempre resultaba apropiado.

—Perfecto —dijo Gwen.

—Me llamo Archy Stallings. Muy bien. Gracias. Sí. Gracias. Para quienes no me conozcáis, soy uno de los copropietarios de este local, Brokeland Records, gracias, que lleva doce años siendo una institución del barrio si solo cuentas esos años, pero en realidad habría que remontarse a mucho más atrás. En serio. Habría que remontarse a antes de que hubiera discos de vinilo, a antes de que estuviera aquí el señor Jones, y mira que el señor Jones llevaba aquí mucho tiempo. Y me refiero a *aquí*. En serio. Ahí mismo, en ese taburete, donde ahora está esa foto suya mirándoos, y en plena forma, diría yo, ese Borsalino es fabuloso. A lo largo de los años, el señor Jones le dio mucho tiempo y dinero a esta tienda, ya cuando era una barbería. La Barbería de Spencer, eso mismo. Yo me corté el pelo aquí varias veces, cuando era chaval. ¡Y luego el señor Jones se gastó todavía más dinero aquí, durante los últimos doce años, comprando discos! Un montonazo de discos, nos compró a mí y a mi socio, Nat Jaffe, que acaba de arrasar, ¿verdad que sí? Verdad. Ha arrasado con la canción emblemática del señor Jones: «It's Too Late». Te lo agradecemos, Nat.

»Pero si hablabais un rato con el señor Jones, y mira que costaba bastante rato sacarle algo al señor Jones, porque a él le gustaba más escuchar y ser testigo... Sin ir más lejos, apuesto a que la mayoría de vosotros no teníais ni idea hasta esta misma tarde, con todos los respetos para el doctor Hanselius de la biblioteca... ¡Oh, cielos, Cochise Jones, mírate, vestido así todo el tiempo, yendo de aquí para allá con tu vieja furgoneta y tu palillo dorado, y en secreto eras un *comunista*! El señor Jones fue casi como un padre para mí, me solía pasar algo de dinero de vez en cuando y cuidaba de mí. Hablaba conmigo y, tal como os estaba diciendo, era algo que, ya sabéis, le costaba bastante...

»En todo caso, si conseguíais sacárselo, tarde o temprano os enterabais de que el señor Jones vino a Oakland procedente de alguna parte de Louisiana, de las afueras de Nueva Orleans, ¿era de Slidell? Sí, cuando tenía catorce o quince años. Su padre

encontró trabajo en la planta de envasado, donde ahora está el Departamento de Tráfico... La planta de envasado Lusk, sí. Eso fue mucho antes de mi época. Pero el señor Jones siempre me contaba cosas, ya sabéis, de vez en cuando el loro se callaba un momento, Nat terminaba su rajada diaria, ja, ja, y al señor Jones se le escapaba algo. Algo sobre el barrio. Cosas que recordaba. De cuando era niño en Louisiana y oía cosas que contaban los viejos, y algunos de esos viejos eran gente muy de otros tiempos, casi de los tiempos de la esclavitud.

»No sé cuánta de esa gente negra llegó a Oakland procedente de Louisiana, Alabama y Texas, ya sabéis, en la misma época en que vinieron el señor Jones y su familia. Muchos, muchos miles, docenas de miles. Sí, y dejaron casi todo lo que tenían en el Sur, pero se trajeron la música que les gustaba, unos rollos musicales que venían de Congo Square o de donde fuera. Jazz, boogie y música de iglesia. Y luego se bajaron del tren en Oakland y todo estaba eclosionando. Fue entonces cuando, si entrabas aquí, lo más seguro era que oyeras ese blues movido de la posguerra, aquel blues acelerado, por la radio que Eddie Spencer tenía en esta estantería que ahora tengo detrás.

»Si escucháis aquella música ahora, aquellas cosas tipo Joe Houston, es rock and roll, ¿verdad? La misma música. Joe Turnen Y esa es la clase de música que el señor Jones empezó a tocar en público. Eso y música de iglesia, y es que la música de iglesia viene a ser el rock and roll original. A juzgar por la cara que está poniendo, veo que mi socio tiene ciertas discrepancias con las teorías que estoy elaborando, pero eh, nos lo echamos a suertes y a mí me tocó el panegírico, de manera que ahora me tienes que aguantar, ¿vale? Creo que te va a gustar la conclusión de este rollo.

»Así pues, cuando estaba en la secundaria, el señor Jones tenía una banda, eran todos negros y tocaban rhythm and blues, versiones de los Drifters. Pero a veces también tocaba con una panda de chavales blancos, creo que se llamaban los Pearl Tones, ¿es posible? Estudiaban en el instituto Skyline. Y ni siquiera cuando se empezó a hacer conocido, en el 64 o el 65, tocando algo que era claramente jazz, siguiendo un poco con el órgano lo que estaba haciendo Ahmad Jamal con el piano, ni siquiera entonces perdió del todo aquel toque de rock. Yo sé que, bueno, no le molestaba, pero sí que le ponía un poco triste el hecho de que la gente se sentara para «escuchar» jazz. En aquellos garitos tipo Eric Dolphy donde tocaba, la gente meneaba un poco la cabeza y daba golpecitos con el pie, pero no se ponía a saltar, ya sabéis, ni a hacer el bestia, de la forma en que la gente negra ha tenido tendencia a hacer históricamente.

»Entretanto, por la radio, el señor Jones oyó a Jimi Hendrix y oyó a Sly Stone. Ya no se trataba solo de chavales blancos que tocaban música negra, como siempre, ni tampoco de negros que tocaban al estilo de blancos, sino que realmente, en aquel momento, en aquel momento único, que duraría cuatro o cinco años, todos los estilos

y los intérpretes se mezclaron. Los Temptations, y algunas de aquellas bandas que vinieron después, eran auténticas bestias del rock and roll. Y el señor Jones conocía a Sly Stone, hasta estaban emparentados de alguna manera por sendos matrimonios, y empezó a introducir una idea bastante parecida en el jazz que estaba empezando a tocar.

»Y aunque nunca perdió aquella suavidad suya, aquel toque suave de la mano derecha, su mano izquierda, en el 67 o el 68, se empezó a volver extremadamente funky. Pero el señor Jones no llamaba a su estilo “funky”. Creo que jamás le oí usar este término. Ni tampoco música de iglesia, ni blues acelerado, ni rock and roll, ni hard bop, ni soul-jazz ni nada de todo eso. En esta tienda nos enzarzamos en montones de discusiones sobre géneros, por ejemplo: ¿el *Street Lady* de Donald Byrd es soul-jazz o se acerca más al soul-funk? ¿La expresión “hard bop” es redundante? El señor Jones jamás tomó parte en esas discusiones. Pero una vez, de eso sí que me acuerdo, llamó al estilo que él tocaba “Criollo de Brokeland”.

»Para mí, la palabra “criollo” lo resume todo. Quiere decir que renuncias a trazar fronteras. Quiere decir África y Europa cocinadas en la misma sartén. Chopin, himnos, música irlandesa, polirritmos y baterías que hablan. Y gente. La madre de Cochise Jones creo que era principalmente choctaw. Mi padre, por ejemplo, es medio mexicano, que ya implica ser medio otra cosa. Criollo de Brokeland. Este sitio donde estamos antes era México, y antes todavía, España, y antes, de los ohlones. Y luego llegan los blancos, los chinos, los japoneses, los negros que se traen la cultura del pantano, de los seminolas, de Houston. Filipinos. Lo tiras todo en la parrilla y hala. Criollo de Brokeland. Y más mexicanos, guatemaltecos. Tailandeses, vietnamitas. Hmong. Hummm, persas. Punjabis, el señor Mirchandani, aquí presente, es un ejemplo. Todas esas sarnosas tan buenas que hay ahí, amontonadas al lado del pollo frito... Sí, sí, ya sé, me estoy yendo por las ramas. Ja, en serio. Sí, sí, vale.

»Lo que pasa es que Cochise Jones... Oh, disculpadme. Ufff. No, estoy bien. El señor Jones fue como un padre para mí, que es algo que me hacía mucha falta. Eso es una cosa. Y la otra cosa es que, ya que estoy aquí haciendo este panegírico, tengo la responsabilidad de hacer, ya sabéis, que echemos un vistazo a la vida que llevó el tipo y, bueno, sacar de ella alguna clase de lección. ¿Vale? Aquí va, pues.

»Parece que, no lo sé... cuando la gente empieza a mirar a otra gente, a gente que no es como ella, una cosa que a menudo les termina gustando de esa gente distinta es su música.

»Hay una especie de, cómo llamarlo, de “ideal” que Nat y yo siempre hemos tenido en mente para esta tienda. A ver, no es nada que hayamos planeado conscientemente ni de lo que hayamos hablado. Pero viene a ser algo así: en la antigua Ruta de la Seda, ya sabéis, entre Europa y China, todo eran tribus y desiertos, y luego venía un viaje largo y duro, se tardaban dos años en llegar si ibas deprisa. Era

un camino muy duro, había bandidos y tormentas de arena. Tú ibas transportando la luz de todas las civilizaciones de un lado para otro, pero las tribus que te rodeaban no querían más que seguir haciendo la guerra, matando y llevando la cuenta de lo que las hacía mejores que el resto del mundo. Ya sabéis que si traduces el nombre de cualquier tribu, quiere decir “la gente”, como si el resto del mundo no fuera humano, ¿verdad? Pero tú seguías adelante porque estabas intentando ganar un poco de pasta, claro, y te dedicabas a propagar la sabiduría colectiva de un lado para otro. A forjar ese estilo criollo. Y de vez en cuando, cada cien kilómetros, por ejemplo, te encontrabas con un oasis, ¿no?, con un caravasar, donde todos se juntaban para descansar, escuchar buena música e intercambiar historias descabelladas y llenas de exageraciones. Nat, colega, tú me estás entendiendo, ¿verdad? Pues ese fue más o menos nuestro sueño. El sueño del estilo Criollo de Brokeland.

»El señor Jones era un puntal de este caravasar. Era un poco el ídolo que teníamos en el rincón, el dios del hogar. Ahora se ha ido, y nosotros, Nat y yo... Bufff. Bueno, vale, ¿me das ese pañuelo de papel, Aviva? Gracias.

—Puedes venirte con nosotros —estaba diciendo una voz, que parecía la del sepulturero—. Sin el difunto no se puede empezar un funeral.

No se oyó más respuesta que un silencio, parcial, intensificado por los ruidos de la gente que se iba marchando de la tienda, el chirrido de las sillas, la gente que se ofrecía para llevar a otra gente, dando fe de su propia sobriedad o de la ajena. De los matones enlutados de la funeraria repartiendo mapas para llegar a la tumba: «¿Quiere un mapa, señorita?».

Titus se subió la cremallera de los pantalones. La mejor estrategia era salir tranquilamente del cuarto de baño a la trastienda, él solo. Un chaval que sale del lavabo subiéndose la cremallera de los Levi's, lo más normal del mundo. Le comunicó sus intenciones a Julie por medio de esas señales que usan los cuerpos de Operaciones Especiales: «Yo apago la luz. Tú te quedas. Yo voy y creo una distracción. Tú cuentas hasta treinta sales del cuarto de baño y te escabulles por la parte de atrás». Julie asintió: «Entendido». Pero resultó que no lo había entendido, porque, en cuanto Titus apagó la luz, Julie fue y abrió la puerta del cuarto de baño. La abrió suavemente, haciendo por lo menos un despliegue de sigilo, un centímetro, dos centímetros.

Entonces llegó la respuesta:

—Tiene usted cinco minutos.

Su padre. Archy. Con la voz tensa. Haciéndose el duro. Aburrido del sepulturero y aburrido de fingir aburrimiento para hacerse el duro. Enfadado y cansado.

Titus y Julie se miraron en la oscuridad: cambio de planes. La ciencia solitaria del escuchar a hurtadillas, otro amor desenfrenado que compartían. Julie aguantó la

puerta abierta un par de centímetros con dos dedos.

—Solo necesito cinco segundos —dijo el sepulturero—. Para decirte que eres el negro más idiota y enemigo de sí mismo que he visto en la vida. Y en esa categoría tengo una experiencia larga y amarga.

—Pues déjeme que le ahorre esos cinco segundos —dijo Archy—, porque eso ya lo sé.

—¿Y qué me dices de esto? Te acabas de poner en evidencia.

—Tampoco me viene de sorpresa.

Archy estaba apoyado en una de las mesas para cubetas con ruedas que habían arrumbado aquella mañana en la trastienda, con el culo ancho enfundado en aquellos feos pantalones del traje negro y ensartado por una esquina de la sección de música disco. En la etiqueta del separador de sección blanco que tenía detrás había escrito la intrigante inscripción YELLOW MAGIC ORCHESTRA. Titus se imaginó brevemente la música cálida y acaramelada que podía llevar aquel nombre.

—Confío en que no estés contando con irte a trabajar próximamente para Gibson Goode. Porque te aseguro que a Gibson Goode ya has dejado de interesarle.

Archy Stallings parecía incómodo y descontento, cruzado de brazos, ceñudo, con la esquina puntiaguda de la cubeta de discos clavándosele en el culo. Tal vez estuviera usando el dolor para concentrarse, para mantenerse en guardia. Titus no estaba seguro de cómo de sobrio o borracho iba.

Había hecho su discurso funerario, tocando toda clase de temas, los indios, el Vietnam, el estofado de quingombó y Sly Stallone. Al final de su disquisición sobre el jaleo indistinto que la vida era para él, el hombre se había emocionado demasiado para seguir hablando. Y en aquel momento, Titus se había imaginado una escena: la mujer embarazada se levantaba, le daba un abrazo al padre de su bebé, él le ponía una mano sobre la barriga gigante y los dos decidían que a fin de cuentas, como la vida no era más que un jaleo indistinto, para qué iban a seguir peleando contra ella. Mejor hacerle un sitio en aquel jaleo al bebé, a un bebé que tuviera madre y padre, una pequeña victoria para las dudas y confusiones buenas sobre las malas. Pero en realidad, al acabarse la película mental de Titus, había sido el padre de Julie, Nat, el que le había dado a Archy el abrazo de consuelo. La caja de pañuelos de papel había circulado de mano en mano.

Luego la gente estuvo bebiendo, claro. Cerveza, vino y Coca-Cola. La gente se lo bebió todo. Se zamparon la comida, atacaron salvajemente el bufet como si fueran presos en el comedor o abejas sobre una piruleta medio derretida. Una hora más tarde, no quedaba nada. En una de las neveras flotaba una lata solitaria de tónica, que llevaba mucho rato intacta entre los cubitos de hielo y que por fin encontró la compañía de una botella de ginebra que no había hecho su aparición en público en ningún momento. La última tarde de sábado del verano siguió su curso y llegó la hora

de ir en coche al cementerio, para los que iban.

En cuanto se terminó la comida, el sepulturero les dio instrucciones a sus sobrinos y organizó la procesión hasta el cementerio, sugiriéndoles a algunos de los presentes que dejaran conducir a otros, hablándoles con un susurro amable que no tenía nada que ver con la voz de hechicero con que se estaba dirigiendo ahora a Archy Stallings. Luego le pusieron la tapa por última vez a Cochise Jones y Titus se imaginó una escena en que convencía a unos cuantos compinches de confianza para que lo ayudaran en una operación para robar la ropa del muerto antes de que se la cobraran para siempre la podredumbre, la oscuridad y el olvido. Bloquear en un cruce el avance del coche fúnebre por medio de dos camiones con remolque, poner otro coche fúnebre al lado y cambiar los ataúdes. Impedir que aquel traje tan hermoso, el traje azteca, se echara a perder bajo tierra. Hacia el final de la escena que estaba montando con la imaginación, Titus se sorprendió intentando asquearse a sí mismo al máximo, imaginando un cadáver moteado y podrido ataviado con aquel traje impoluto de fantasía. Se trataba de un traje hecho de materiales de la era espacial, al que no se iba a querer acercar ningún gusano. Más eterno que un Twinkie.

—De manera que vais a dejar el negocio —estaba diciendo el sepulturero—. ¿Lo he entendido bien?

—Ya sabía yo que le pondría contento la noticia.

—Solo me pondría medio contento —dijo el sepulturero—, que no es lo mismo que contento del todo.

—Si cerramos la tienda, Nat tendrá que dejar todos sus rollos de protesta. Y usted no se tendrá que preocupar más por eso.

—Tu amigo ya me ha hecho el daño que me podía hacer —dijo el sepulturero—. Ahora Rod Abreu se ha puesto a husmear todo este acuerdo y a fingir delante de todos que está intentando borrarlo del mapa. Haciendo creer a Gibson Goode que es un enemigo y que hay que tenerlo a mano, como suele decirse. Que hay que *ganárselo*. En este mismo momento, Rod Abreu está sentado en el Coliseum, dejando que G Bad le invite a unos nachos.

Titus no pudo ver la cara del sepulturero, solo la cola metálica del tupé que tenía en la nuca. Pero, a juzgar por el sonido de su voz, debía de tener cara de asco y de desprecio. Resultaba facilísimo imaginarse aquella expresión en la cara del sepulturero.

Dime una cosa —dijo—, si cierras tu tienda y te quedas ahí encogido como un bicho bola, ¿cómo vas a ganarte la vida para mantener a tu hijo?

Solo un segundo atrás, Archy había parecido jodido y confuso. Sus mejillas habían tenido pinta de pudín. Ahora todo él parecía de cemento y de piedra.

—Voy a casa del señor Jones para despedirme de él —dijo—. Que es algo que no hemos terminado de hacer. Y no necesito que me lleve usted. Tengo coche.

—¿Tienes un mapa para llegar a la tumba? Te va a hacer falta un mapa.

—Ya la encontraré.

—El cementerio de Mountain View tiene casi cien hectáreas. Hay enterradas ciento cincuenta mil personas. Se celebran cinco o seis funerales al día. Los judíos están en una parte y los chinos en otra. Los negros están desperdigados por todos lados. Si quieres ver estilo Criollo de Brokeland, el cementerio de Mountain View es el único sitio donde lo vas a encontrar de verdad. Pero te hace falta un mapa. Algo que te guíe.

—Ah, ya veo. Se me está poniendo usted en plan jedi.

—Escúchame.

—Se está poniendo Morfeo.

—No te lo mereces, chaval. Pero aun así estoy dispuesto a ayudarte. Podemos arreglar este desastre. Luther tiene algo que yo quiero. No es nada descabellado ni ilegal, no son drogas ni armas de fuego ni mercancías robadas, no es nada de eso. ¿De acuerdo? Bueno, sí que es algo robado, pero ¡me lo robó *a mí!* ¡Es mío! O sea, en serio. —Se le quebró la voz, enronquecida hasta el resuello—. Es mío, él lo tiene y yo quiero que me lo devuelva. Yo tengo dinero y Luther está en la ruina. Supongo que a lo largo de los años debes de haber oído un par de cosas de mí que te han plantado una semilla en la imaginación. Cuando eres sepulturero y vienes de una estirpe de sepultureros, la gente siempre va a imaginarse toda clase de cosas raras sobre tu forma de llevar el negocio. De manera que te quiero tranquilizar. No quiero hacer daño a Luther y tampoco quiero líos con él, Archy, Dios sabe que me quedan tan pocas ganas como a ti de tener tratos con ese hombre. Yo ya me cansé de él mucho antes de que te empezara a cansar a ti. Soy un hombre de negocios respetable, tengo cargo de concejal. No soy un gángster, y soy consciente de lo que la gente dice de mí, pero son todo rumores y mentiras, y gente que deja volar la imaginación. Una vez, cuando era joven, cometí una equivocación. Hace mucho tiempo, cuando acababa de licenciarme de la marina. Cometí una equivocación, pero tuve suerte, y de una forma u otra, con ayuda de tu padre, eso hay que reconocérselo, la pude dejar atrás. Dejé de hacer salvajadas y de comportarme todo el tiempo como un idiota. Me empecé a tomar la vida en serio y me empezó a ir bien. A tu padre no le fueron tan bien las cosas. A medida que yo iba subiendo en la vida, él se fue hundiendo. Y se ha pasado los últimos diez o doce años viniendo a verme, a veces sobrio, pero la mayoría de veces tan colocado o enfermo por las drogas que no podía ni hablar. Pero la mayoría de veces se las ha apañado para poner la mano y yo siempre se la he llenado de dinero en efectivo.

—Le ha estado chantajeando.

El sepulturero no contestó a aquello.

—Todo acaba ocupando el sitio que le corresponde —dijo—. Tú todavía puedes

acabar detrás del mostrador de información del Departamento Rítmico de la tienda Dogpile de Telegraph Avenue, aleccionando a los jovencitos que entren a comprar el disco nuevo de Lil' Bow Wow y usando tu descuento de empleado para llevarte a casa uno de esos DVD de *Baby Mozart* que le enseñan a tu recién nacido a tocar el violonchelo mientras duerme.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer?

—Hijo, yo sé que sabes dónde está tu padre.

—De verdad que no.

Encogido en el cuarto de baño con Julie inclinado por encima de él, Titus oyó mentir a Archy. En el taller mecánico le había puesto furioso ver el desprecio que su padre mostraba hacia su propio viejo. Ahora a Titus le dio lástima: el tipo estaba tan corrompido por el odio que ni siquiera era capaz de dejar que a su padre le devolvieran un dinero que estaba más que claro que le debían.

—Como tú quieras, pues —dijo el sepulturero.

Por primera vez se notó que Archy estaba pensando. Planteándose todo. Preparándose para hacer lo que estaba a punto de hacer.

—No tengo razón alguna para querer seguirle el juego a ese hombre —dijo—. Y lo conozco a usted de toda la vida, hermano Flowers. Pero no puedo evitar la sensación de que estoy viendo una cara de usted que no me he creído nunca.

—Solo estoy haciendo negocios.

—No. Tiene usted una funeraria. Es director de pompas fúnebres. Se supone que enterrar a los muertos es más que un simple negocio.

—Bueno...

—No me ha dicho usted ni una sola vez «Te acompaño en el sentimiento. El señor Jones era un buen hombre y vestía muy bien», ni nada por el estilo.

—Vaya, lo siento —dijo el sepulturero.

Pero, para entonces, Archy ya estaba saliendo de la trastienda, con rumbo al cementerio y silbando «It's Too Late».

Atención. Los chavales salen del cuarto de baño, como Alfalfa y Stymie. Lo único que les falta es el pequeño pitbull con su parche. Los dos con los ojos como platos, detectives juveniles, el chico negro en silencio y el joven Jaffe con cara de: «Sabemos dónde está».

—Estabais escuchando —les dijo Chan Flowers—. Eso está mal, moral y éticamente. Es un hecho que han reconocido todos los pueblos civilizados desde el principio de los tiempos.

—No era nuestra intención. —Julie, se llamaba aquel, un nombre de chica para un chico afeminado—. Lo sentimos.

Flowers dijo lo único que se le podía decir a alguien que escuchaba a hurtadillas:

—¿Y qué creéis que habéis oído?

Julie dijo que en realidad no habían oído nada, solo que Flowers estaba intentando encontrar a Luther Stallings para devolverle el dinero que le debía. Y que, aunque habían jurado guardar el secreto, ellos estarían dispuestos a hacer de mensajeros.

—¿De mensajeros? ¿Qué queréis decir con eso de mensajeros? ¿Para qué necesito yo un mensajero? ¿No podéis limitaros a decirme dónde está?

Los chicos se miraron. Flowers estaba ocupado en controlar su impaciencia, un talento que había adquirido sin terminar de interiorizarlo, pero a pesar de su irritación no le pasó por alto una chispa de amistad genuina entre ellos. Aquello lo asombró.

—Hemos oído que tenían ustedes, tal vez, una especie de... —el chico se puso rojo como un tomate— mmm... rencilla.

Flowers le preguntó a Titus si acaso no sabía hablar.

—Me recordáis al viejo ese y a su loro —dijo—. Frick y Frack.

Echó un vistazo al otro lado de la puerta, en dirección a la otra punta de la tienda desierta y la salida. Vio a Feyd y Walter, y a Bankwell, esperando dentro del coche fúnebre. Era hora de que arrancara la procesión.

—Muy bien —dijo Flowers—. Os diré qué haremos. —Se sacó el talonario del bolsillo de la pechera. Y allí mismo, apoyándose en una pila de discos, firmó un cheque por veinticinco mil dólares a nombre de Luther Stallings. Lo firmó con una floritura que confió que sugiriera magnanimidad.

—No hay rencilla —dijo—. Fue hace mucho tiempo y muy, muy lejos de aquí. Le podéis decir que yo he dicho eso. Lo pasado, pasado está.

—El perdón es un atributo de los valientes —dijo Titus.

Julie estuvo a punto de sonreír, con expresión de satisfacción y de duda. Pero Flowers reconoció la frase como uno de los cuarenta y nueve Proverbios, Meditaciones y Palabras de Alivio que se imprimían en las dos últimas páginas de todos los programas de funerales que repartía Flowers e Hijos.

—Voy a tener que andarme con mucho cuidado con vosotros —dijo, dándole el cheque a Titus—. Ya me doy cuenta. Ten. Llévaselo. Métetelo en la cartera. Llevas cartera, ¿verdad?

No, claro que no, solo llevaba un grueso fajo de billetes pequeños. De manera que Alfalfa se guardó el cheque en una billetera de plástico de juguete que llevaba encima. Flowers esperó a que aquella operación concluyera, preocupado por el destino de aquel cheque, que había diferido y que cancelaría el lunes a primera hora.

—Esto no conlleva nada, ¿de acuerdo? Él no tiene por qué perdonarme. Es su dinero y puede hacer lo que quiera con él. ¿Lo entendéis? ¿De acuerdo? Muy bien, ahora quiero que vengáis los dos en el coche fúnebre.

Renunciando por una vez a sus casacas para vestir las miserias y esplendores fosforescentes de la Colección Memorial Jones de Trajes de Fantasía, las integrantes de Bomba y Circunstancia se soltaron las melenas. Tocaron «Nearer My God To Thee». Tocaron «The Old Rugged Cross». Siguieron un buen orden mientras encabezaban la caravana por Piedmont Avenue, hasta las puertas del cementerio. Tal vez los metales estaban un poco apagados, igual que los faros de los coches del cortejo. Tal vez el ruido de los tambores se perdió en la batahola de la tarde. Pero, en cuanto el ataúd fue depositado por medio de las correas bajo tierra y todos se apartaron de la tumba, el trombón bajo atacó los compases iniciales de «Redbonin'», que había llegado al número 32 de las listas de R & B en julio de 1972, y la orquesta se puso, tal como había prometido, a hacer swing.

5
BROKELAND

Eran como los chavales de aquella tira cómica del periódico, el pardillo blanco y el pardillo negro, fingiendo aquella bonita mañana de domingo en la parada de autobuses que eran caballeros jedi o samurais. Tan enfrascados en su fantasía que no tenían ni la sensatez de mostrarse avergonzados. «FoxTrot», se llamaba: Bankwell la leía a veces, aunque para Bank Flowers las viñetas de los periódicos habían perdido gran parte su encanto desde que el *Chronicle* había dejado de publicar la tira cómica del basset inglés.

Los enanos fueron en autobús hasta el centro, se bajaron en la calle Catorce y caminaron hasta Franklin, donde había un establecimiento de rosquillas y de rollos de huevo, con la decoración china pero el calendario de al lado del teléfono impreso en una especie de alfabeto de serpientes. Ya hacía tiempo que Bank había incorporado la herradura de almendra de aquel local al catálogo personal que estaba confeccionando de todas las tiendas de rosquillas entre Fremont y Richmond; aquella en concreto estaba un punto por encima del aprobado justo. Si estabas en el centro y no te podías aguantar hasta llegar a la Federación o, más al norte todavía, hasta el fabuloso Dream Fluff, te podías conformar con el Rosquilla Amiga.

El pardillo blanco y el pardillo negro se bajaron del autobús y, abandonando momentáneamente la esgrima, esperaron en la acera desierta de delante de la tienda de rosquillas, como si estuviera a punto de pasar algo real. Sonaba algo de rock clásico, con flauta y todo, por aquel viejo ocho pistas de color verde y naranja que el pardillo blanco llevaba siempre colgando con una correa del hombro. Parecían esperar a que pasara otro autobús o a que un tornado les arrojara una casa encima. Al cabo de un par de minutos sin tornado, el pardillo negro, Titus, dijo algo entre dientes. Esperaron un rato más. Titus era de constitución esbelta, más duro de lo que hacían pensar sus gafas y aquellos botecitos de retrasado que daba al caminar. Todavía estaba creciendo, y estaba claro que iba a ser más alto que su padre, aunque tal vez más estrecho de pecho. En respuesta a lo que fuera que le acababa de decir Titus, el otro sacó una billetera de plástico de color amarillo y azul. Se la pegó mucho al pecho, como si en ella hubiera patitos mágicos o diminutos conejitos huérfanos que él estuviera amamantando para devolverles la salud. Sacó un billete con los dedos y se lo pasó a Titus, que entró en la tienda y salió al cabo de un minuto llevando algo que parecía ser un cachorro muerto.

—Vaya, así que te gustan las herraduras de almendra —le dijo Bankwell a Titus a través del parabrisas del coche fúnebre, que no era ni el Cadillac averiado ni tampoco el Olds del 98 prestado, sino la bestia de carga de Flowers e Hijos, un Crown Vic de 1984. Sin miedo alguno de que lo oyera Titus, que estaba en la esquina de enfrente del cruce y al otro lado del cristal blindado—. Interesante.

—Querrás decir «asqueroso» —dijo el primo Walter. Prince Walter, el sobrino favorito, casi un hijo para un hombre que jamás tuvo hijos. Ahora sumido en

dificultades, sin embargo—. Es lo que siempre pides tú.

—Estoy haciendo un estudio longitudinal —dijo Bank—. La herradura de almendra es, cómo se llama, mi control.

—Ufff —dijo Walter, con una mano en la barriga—. Es como comerse un calcetín frito.

—Es por eso que la herradura de almendra tiene que ser el control —explicó Bank pacientemente—. Hay que comprobar cuánto amor y afecto ha puesto el chef en la herradura de almendra. Si la herradura de almendra es buena, entonces las rosquillas estándar serán todavía mejores.

—Ya te has comido tu rosquilla de hoy —dijo Feyd.

—Tú te callas, Feyd.

—¿Ahora eres su conciencia? —dijo el pequeño Walter—. Puto Pepito Grillo de los cojones.

Walter estaba de mal humor, encajonado en el asiento de delante entre Bankwell y Feyd. Para muchos de los pasajeros más reticentes que en el pasado habían tenido que ocupar aquel sitio, había llegado a ser preferible ir en la parte de atrás del coche fúnebre. Pero no había duda de que Prince Walter solo veía en aquel sitio la indignidad que conllevaba. Ya hacía años que Walter se había graduado de los coches fúnebres, de manipular cadáveres y de lavarles aquellos pies espantosos. De acompañar a viejas chifladas, de mantener vigilados a los pandilleros y de soportar los chaparrones de dramatismo en los que se veía atrapada la gente, sobre todo las mujeres, siempre que había un funeral. Y también de hacer visitas ocasionales de parte de Chan Flowers, como era el caso de ese día, a gente que no quería que la encontraran o que no estaba necesariamente de humor para recibir visitas. Walter había dejado atrás todo aquello hacía años y se había mudado a Los Ángeles a trabajar en la industria discográfica, de donde solo volvía de vez en cuando para enseñar con orgullo fotos en las que salía con Tupac, Jada Pinkett, Will Smith, Johnny Depp o Snoop Dogg. Adentrándose en el Círculo del Amor de Gibson Goode. Y ahora aquí estaba otra vez, a bordo de un coche fúnebre y sin siquiera ir al volante. Embutido entre dos primos a los que solo conocía como recipientes óptimos para la descarga de palizas familiares.

—Feyd lleva la cuenta —dijo Bank— de todo lo que me meto en la boca. A veces lo veo apuntándolo, al cabrón. Se dedica a espiar lo que como.

—El tío Chan me dijo que lo pusiéramos a dieta de una rosquilla al día —dijo Feyd—. Me dijo... mmm... cuando digo «Big Bank», te das cuenta de que lo digo puramente en sentido figurado, ¿verdad?

Walter soltó aquella risa rasposa, la de Epi de *Barrio Sésamo*, como si se estuviera desprendiendo de algo en el fondo de su garganta. Feyd se sacó el vaporizador de bolsillo. Tanto él como Walter Kung-Fu estaban perfectamente

vaporizados, colocados hasta las cejas con una madeja fresca y fibrosa de cogollos del condado de Vineland que habían comprado usando la receta para el glaucoma de la tía de Feyd. Bank no consumía. Tampoco bebía ni comía cerdo. Le faltaba el setenta y cinco por ciento del camino para ingresar en la Nación del Cinco Por Ciento, y por consiguiente debía mostrar respeto a sus mayores y tratar de no violar las normas del Tío Chan, que ciertamente incluían el hecho de No Pegarse una Fiesta en un Vehículo Funerario. Tampoco tenía permitida la música profana, y aquí estaban con un CD de Ghostface Killah en el equipo de música; estaba bajo de volumen, cierto, pero se trataba de una música tan empapada de las cosas profanas del mundo que las supuraba igual que una venda saturada.

—Mierda —dijo Bank—. Eres un puto espía alimentario.

Se quedaron mirando cómo el pardillo blanco miraba cómo el pardillo negro ingería la herradura de almendra, igual que un alienígena alimentándose en una película de terror, con dientes hasta en los dientes. El pardillo blanco parecía debidamente horrorizado. Luego le tocó a él entrar en la tienda, y al cabo de un momento lo vieron salir con una caja de color rosa atada con una cinta blanca.

—Le lleva un regalo a alguien —comentó Bank.

—Hostia —dijo Walter en tono risueño—. Oh, carajo. Mirad quién viene.

Y la que venía era Candyfox Brown, o como se llamara aquella tipa en las películas, aquella madura de caderas altas y tetas grandes, que ahora pasó enérgicamente junto a los chavales con sus ancas de caballo de carreras. Dejándolos atrás sin echarles ni un vistazo.

—Valletta Moore —dijo Walter, en tono de oración. Como si sintiera lástima por ella o por sí mismo—. Mierda.

Pardillo Blanco y Pardillo Negro giraron la cabeza a la vez para contemplar el tic-tac del mecanismo de relojería corporal de la mujer que pasaba junto a ellos. Con un movimiento completamente idéntico y abyecto de ambas cabezas, zas-zas, como el de esos perros que sacaban en las pausas de la emisión del Canal 20 y que se giraban de golpe con la lengua fuera en cuanto alguien les mostraba una chuleta de cerdo desde fuera de plano.

—¿Por qué no se ha parado? —dijo Walter—. Parece que no los conozca.

—Sí que los conoce —dijo Bankwell. Puso el coche en marcha y giró a la derecha por el cruce, alejándose de los chicos y de la tienda de rosquillas—. Está siendo cautelosa. Volverá dentro de un momento, en cuanto deje de vernos aquí sentados.

—¿Adónde vas?

—A dar la vuelta a la manzana.

Alguien había sugerido que lo más probable era que Valletta Moore y el hombre, Luther, estuvieran enganchados al crack hasta las cejas, de manera que lo único que

había que hacer era encontrar su madriguera. Pero la pareja llevaba tiempo dando esquinazo al Tío Chan, y era obvio que por lo menos ella era capaz de tomar precauciones básicas. Tal vez no estuviera tan acabada como decían los rumores, o acaso sufriera paranoia crónica. En cualquier caso, un coche fúnebre no era ni mucho menos un vehículo ideal de vigilancia. Habitualmente, cuando el Tío Chan enviaba a Bankwell y a Feyd en el Crown Vic, no era en una misión de incógnito. Si Batman quisiera echar un vistazo a la vida criminal de Gotham City, no se pondría su traje de goma y conduciría su Batmóvil; mandaría a Alfred al volante de un Daihatsu de baratillo. La intención del Crown Victoria solía ser mandar un mensaje estilo Batmóvil, hacer una declaración de intenciones. Pero aquella mañana el Tío Chan, que estaba en horas bajas, se había despertado dispuesto a arriesgarse.

—Allí está —dijo Walter después de dar la vuelta por la calle Quince y Broadway. A dos manzanas de distancia, Valletta Moore estaba abriendo la portezuela del pasajero de un viejo y ruinoso deportivo de alta cilindrada, parecía un Toronado, cubierto de manchas grises y beige y surcado por vetas verdes, como una rodaja de mortadela Oscar Mayer que se hubiera pasado dos meses en la nevera. Titus y el otro chaval se metieron en el asiento de atrás y luego Cleopatra Clark o como se llamara entró y cerró la puerta con cuidado.

—Arranca —dijo Walter, mirando cómo el otro coche se alejaba de la acera.

—¿No ves que todavía tengo el semáforo en rojo? —dijo Bankwell—. ¿Quieres que me pongan una multa? Si me para la policía, ¿cómo los vamos a seguir?

A Bankwell no le daba miedo Prince Walter.

Cuando el semáforo cambió a verde, el Toronado ya se había adelantado lo bastante como para que ellos lo pudieran seguir con facilidad y discreción. A Bank no le habría importado, y de hecho le habría gustado, ver que el Oldsmobile emprendía alguna maniobra evasiva, un coletazo a lo Jim Rockford o algo parecido, pero el conductor del Toronado, que muy probablemente fuera el hombre al que tenían que localizar, no hizo esfuerzo alguno en aquel sentido. Giró a la derecha por Telegraph, cogió MacArthur y se metió en el aparcamiento de un motel, el Selwyn, uno de los diversos elegantes establecimientos que flanqueaban el bulevar, con aspecto de servir a una selecta clientela de adictos a las anfetaminas, gente que pagaba por horas y sus amistades insectiles. La oficina tenía tejado a dos aguas y el motel en sí era un bloque de dos niveles, con una entrada para vehículos cubierta entre ambos edificios en la que ahora el Toronado consiguió a duras penas ensartarse.

—Debe de haber otro aparcamiento en la parte de atrás —dijo Walter. Se acomodó entre sus primos como si fueran un par de almohadas y al pequeño principito le hubiera llegado su hora de la siesta—. Id, pues.

—¿Y tú qué? —dijo Bank—. Tú también vienes, ¿no?

—¿Eh? No, yo me tengo que quedar aquí.

—¿Cómo?

—Para supervisar la situación.

Bank se quedó allí plantado con la portezuela abierta, paciente. Como quien tiene tiempo que matar. Al final, negando con la cabeza al ver lo bajo que había caído, Prince Walter salió del coche.

—¿Llevas pipa? —dijo mientras cruzaban el bulevar.

Bank no se dignó en contestar aquella pregunta.

En el aparcamiento delantero había tres coches, un Volkswagen de maletero vertical color marrón apósito, un Jeep y un B210 vetusto. Un carro del servicio de limpieza ocupaba en solitario el pasillo superior del motel. En la oficina con tejado a dos aguas no vieron a nadie. Había dos cámaras de seguridad instaladas en sendas farolas, pero qué más daba. Solo habían ido de visita.

Tal como había imaginado Prince Walter, el área cubierta llevaba a un pequeño aparcamiento situado detrás del motel, cubierto de grava y destinado a albergar una hilera de contenedores de basura. El Toronado estaba aparcado en el espacio estrecho que quedaba entre los contenedores y la tapia estucada alta que mantenía la cuarentena entre el motel y la casa de detrás. La pared trasera del motel era de estucado liso con ventanas esmeriladas, como una cara que no se mete en los asuntos de los demás. En la planta baja, junto a los contadores del gas, una salida de incendios advertía de que no había que cerrarla nunca con llave.

—Voy a esperar aquí —dijo Walter—. Por si acaso os ven llegar y se intentan escapar por la puerta de atrás.

Le había quedado de cobarde pero tenía cierta lógica, y además había que asumir la probable inutilidad de Prince Walter en caso de que surgieran problemas. Bank se tiró hacia arriba de la pernera izquierda de los pantalones del traje para sacarse su pequeña Beretta Bobcat de la pistolera que llevaba sujeta con velcro al tobillo.

—Ten, anda —dijo, dándosela a Walter, que la cogió sin molestarse en esconder su reticencia—. Acuérdate de que a los caballos se les dispara a las patas.

Prince Walter asintió con expresión solemne antes de entender lo que Bank le acababa de decir. Frunció el ceño. Mientras entraban por la puerta de incendios, Bankwell se vio obligado a decirle a Feyd que dejara de reírse, coño, que los iban a oír. Se encontraron en una habitación de iluminación cruda, bañada en ese olor a piruletas del jabón de lavar y ocupada por un par de lavadoras y secadoras de las de meter monedas. Algo que parecía un par de zapatillas deportivas estaba convirtiendo una de las secadoras en un tam-tam. Varias bolas de pelusa de color violeta se dispersaron rodando por el suelo mientras ellos cruzaban otra puerta que daba a un pasillo en penumbra, pasaban por delante de una máquina de hielo y salían bajo el pasillo superior, justo al lado de la habitación 112. Un grupo de moscas ociosas flotaba en el fresco de la escalera, como si fueran las motas de un velo fúnebre de

encaje.

—Tú mira aquí abajo, yo voy arriba —dijo Bank.

Tenía la sensación de que estaban en la segunda planta.

No era que tuviera ganas de violencia ni de problemas. Pero le parecía mejor coger a los problemas por sorpresa antes de que ellos te cogieran por sorpresa a ti. Subió ruidosamente las escaleras y estaba a punto de alcanzar el rellano cuando alguien le puso la zancadilla. Se dio un fuerte trompazo. Una bombilla se le apagó en la cabeza. La escalera se convirtió en un gong que retumbaba. Mientras Bank estaba cayendo, sin embargo, estiró el brazo para agarrar instintivamente a alguien que resultó ser Titus. El enano cayó a su lado.

Bankwell tenía sangre en la boca y posiblemente un diente roto.

—¡Hijo de puta! —dijo.

Las suelas de sus mocasines chirriaron contra el cemento mientras se incorporaba de golpe, con la corbata y los faldones de la chaqueta del traje al viento. Sin querer, pisó a Titus en la barriga y, joder, la herradura de almendra salió disparada, un chorro de mejunje acre y marrón. Bank se apartó de un salto, perdió el equilibrio y en aquel momento fue atacado por un espadachín.

—¡Hiii-ya! —dijo el chaval de los conejitos en la billetera—. ¡Hiii-ya!

El primer golpe le rebotó a Bank en el brazo, justo encima del codo, pero el segundo le dio de lleno en la nuca. Era una katana de entrenamiento, como las que él había visto una vez expuestas en un dojo, de madera maciza. Justo después de la interacción entre Bank y el cemento, el golpe en la cabeza no le hizo ningún favor a la claridad de sus pensamientos. Por suerte, estaba armado con una Sig Sauer del.38 con licencia en vigor y aptitud más que sobrada para usar. No le hacía falta pensar.

Le puso la pistola en la cara al pequeño... ¿cómo se llamaba?... Julie. Julie Jaffe. Metro sesenta y cinco de furia samurai pelirroja de tira cómica. A Bank se le escapó una sonrisa.

—Mira esto —le dijo a Feyd cuando su primo subió corriendo las escaleras—. No te pierdas al pequeño Zatoichi blanquito.

El pequeño Zatoichi bajó la espada, tal vez porque ahora tenía dos pistolas apuntándole y una espada hecha de madera. A Bank, sin embargo, le pareció que la bajaba más por asombro que por rendición. Casi como si su oponente acabara de adivinar su identidad secreta. Bank le arrancó la espada de las manos al chaval.

—¡Zatoichi! —dijo Feyd—. Pues me alegro, me vendría bien un masaje.

Feyd bajó la vista para mirar a Titus, vio cómo había terminado la herradura de almendra y arrugó la cara.

—Pero mírate, capullín —le dijo a Titus, que se incorporó goteando, con la mente llena de odio que ahora se puso a dispararle por los ojos a Bankwell Flowers III—. ¿Qué cojones te has hecho?

—No pasa nada. Venga. Dejadlos en paz.

Bankwell se volvió para ver a Walter en la retaguardia de una breve procesión, convertido en el ápice de un triángulo aproximado cuyos otros dos vértices eran Valletta Moore y Luther Stallings con las manos en alto. Walter sostenía la pistola muy alta y ladeada, con una sola mano, con aquel estilo peliculero que el Tío Chan detestaba.

—Ya me habéis encontrado —dijo Luther Stallings, la estrella de las películas de kung-fu de la vieja escuela, fibrado y en forma, vestido con kimono, pantalones cortos de paracaidista y un par de sandalias de tela negra estilo Bruce Lee. Con el pelo y el vello del pecho canosos y más arrugas en la cara que el Tío Chan—. Bajad las pipas. Dejarme que me vista. Idos a casa, chavales. No me va a pasar nada.

Bank había visto, ya hacía tiempo, un par de películas protagonizadas por Luther Stallings. Y aquello venía a ser lo que recordaba: el ir al grano, los monosílabos y la sonrisa perezosa. De manera que o bien ahora también estaba actuando o bien no actuaba nunca.

—Venga, Julius, Titus —dijo Valletta Moore—. Chicos, marchaos. Ya os podéis ir.

—Y una mierda —dijo Bank.

—No pasa nada —dijo Walter—. Total, no tenemos sitio para ellos.

Mientras Bank estaba distraído por lo idiota que podía ser a veces Prince Walter, Titus se despertó de golpe. Agarró a Julie por la camisa y lo arrastró escaleras abajo; se oyeron cuatro pies con deportivas que bajaban repicando hasta el aparcamiento y luego zapatillas deportivas contra el asfalto.

—¡Mierda, Walter! —dijo Bank.

Ahora que estaba pensando en lugar de hacer las cosas sin más, hizo el gesto fútil de ir a la barandilla y sopesar si valía la pena pegarle un tiro a los prófugos. Pero era puro teatro y todos los presentes lo sabían.

—¡Es un coche fúnebre, pedazo de memo! —dijo Bank—. Ahí cabe hasta Nell Cáster, en un ataúd extragrande.

—Pues muy bien —dijo Walter.

—¿Kung-Fu? —dijo Luther Stallings. Se giró para ver mejor a su captor. Valletta Moore también se giró para mirarlo—. ¡Kung-Fu Bankwell!

—¿Qué tal, señor Stallings? ¿Cómo le va?

Prince Walter se sometió con docilidad a una presa de cuello a manos de la vieja estrella de cine. Valletta, en cambio, no estaba preparada para sumarse todavía a aquel emotivo y cálido reencuentro.

—Walter Bankwell. Que Dios nos asista —dijo ella—. ¿Cómo hemos llegado a esto? —Se levantó las gafas de sol para dispararle a Walter sus rayos avergonzadores de máxima potencia—. A mezclarnos en esta clase de conducta disparatada...

—Es lo que llevo todo el día preguntándome —dijo Prince Walter—. Con las mismas putas palabras.

En el último sueño que tuvo aquella noche, Archy era un chavalín y al mismo tiempo era su yo actual, y estaba hablando con su madre en un apartamento de los años setenta. Mauve estaba sana, no le flotaba ninguna sombra encima y, por mucho que estuviera soñando, una parte de la mente de Archy se asombró del hecho de que en aquel sueño su madre pareciera mucho más nítida y presente que cuando él la intentaba recordar estando despierto. Era aquella clase de sueño: consciente de sí mismo y comprensible a medida que avanzabas por él. Todo el dolor y la añoranza que iban asociados con la muerte de su madre, aquel punto intocable que se alojaba dentro de él como si fuera el meteorito negro de la Kaaba, se hizo palpable mientras él estaba allí sentado con ella, entablando conversaciones absurdas. Mientras soñaba, entendió que la conversación no tenía sentido, que aquel sueño no era más que una forma de duelo y que la defunción del señor Jones era su detonante y la corriente que lo subyacía. En el sueño, estar de duelo resultaba agradable. El disco que sonaba de fondo en el apartamento del sueño era una colaboración clásica entre Maceo Parker y Curtis Mayfield, la banda sonora de una película de blaxploitation muy conocida que se titulaba *Sombrero de copa y codos*. Él se dedicó a escuchar aquella música hermosa, aquellos ritmos contundentes, aquellos metales soleados y aquella sombra de bajo y a decirle tonterías a su madre tal como ella ya iba a ser para siempre. «Gracias, Dios —pensó su yo presente—, por estar teniendo esta maravilla de sueño».

Luego la canción que sonaba de fondo en el apartamento del sueño, con su papel de pared plateado, cambió lentamente a «Trespasser» de Bad Medicine. Archy se despertó en el suelo de la casa del muerto, tirado encima de un montón de fundas para muebles. Vio que el número de Julie le iluminaba el teléfono y supo que su madre estaba muerta y que *Sombrero de copa y codos* sería un título espantoso para una película sin importar de qué género fuese; y lo peor de todo, supo que, salvo en un sueño que acababa de esfumarse, no existía ninguna grabación de aquella banda sonora, ni tampoco ninguna colaboración visionaria entre Maceo y Mayfield.

—Tu teléfono —dijo Kai. Se suponía que era lesbiana, con aquel peinado a lo Bowser y aquellas espaldas que llenaban los hombros de la chaqueta del traje prestado, pero a las cinco de la mañana (después de que se colaran por una ventana del sótano desde el jardín de la casa del señor Jones para que Kai, que resultó que coleccionaba gospel y música de iglesia sureña, pudiera disfrutar de una sesión privada de escucha de la pequeña pero interesante selección de discos raros de la Savoy y la Checker que tenía el señor Jones), la realidad había resultado algo más complicada—. Eh, que te suena el teléfono.

—¿Qué pasa? —dijo Archy por el teléfono.

—Soy Julie.

—Sí, ya lo veo. ¿Qué pasa?

—Bueno, para empezar, ya sé que la hemos cagado del todo.

—¿Eso para empezar?

Archy se puso de pie tambaleándose, con la resaca encallándole el giroscopio interior, y caminó hasta la ventana de buhardilla que había en la sala de estar. La luz del sol entraba en franjas por entre el hierro de la ventana, y él colocó los ojos en una zona de sombra fresca para contemplar la calle Cuarenta y dos. Un gato del color de la mantequilla de cacahuete merodeaba, de caza, por un lecho de berros y papeles de periódico. Era domingo por la mañana, 29 de agosto de 2004. El funeral ya había pasado. Ese era el día en que él había jurado que empezaría a tomarse la vida en serio.

—Esto tiene que ver con Luther, ¿no? —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—Colega, pensaba que os lo había dicho, no os acerquéis a él.

—Archy, lo han cogido. Han entrado en su habitación y se han llevado, ya sabes, todas las cajas de los archivos. Y se lo han llevado a él. Y luego Valletta se ha puesto a... bueno... a repartir patadas y tal. No rollo patadas giratorias Wing Chun ni nada de eso, simplemente a darles rodillazos en la entrepierna y a morderles y eso. De manera que se la han tenido que llevar a ella también.

—¿Quiénes?

—Ah, y yo le he dado a un tío con una espada.

Ahora se oyó a Titus, hablando por encima de Julie con voz impostada, como si fuera un viejo profesor de física blanco de Iowa.

—Esa historia es cierta —dijo—. Yo doy fe.

—¿Julie? ¿A *quién* has dado con una espada?

—A esos tipos de la funeraria. Creo que el más grande se llama Bank.

Archy sintió esa especie de alivio, o por lo menos de tranquilidad, que acompaña a ciertas modalidades del fracaso. El día anterior, Chan Flowers le había pedido que eligiera entre su futuro —padre responsable que trabaja para un empresario admirable haciendo un buen trabajo que además le encanta— y proteger al pelagatos adicto al crack, acabado, embustero y estafador sonriente que era aquel padre suyo que nunca le había hecho de padre. Archy se había escaqueado de la situación, lo cual constituía una forma gallina de elegir el plan B, sin ninguna razón en absoluto más que un patético residuo de lealtad hacia el tipo que no había hecho nada en la vida más que eyacular una serie de proteínas cruciales en el vientre de su madre. Y también porque, por qué no admitirlo de una vez, un hombre como Archy jamás elegiría un plan como el plan A. Venga ya. No era mejor que Luther Stallings, y la lealtad teórica que había

desplegado el día anterior hacia su padre no consistía en nada más que eso. Igual que tantas formas de lealtad masculina, en realidad no era más que una manifestación de cobardía. Y ahora ya nadie podía proteger a Luther; la indecisión de Archy había terminado por hacer expirar los planes A y B, una técnica que tradicionalmente se conocía como plan C.

—¿Adónde se lo han llevado? —dijo.

—No lo sabemos. Tenían el coche fúnebre, o sea que... sí.

—Vale. ¿Dónde estáis Titus y tú?

Estaban en un restaurante eritreo, bastante lejos, en Telegraph con MacArthur. Tenían dinero y un teléfono. Sabían coger el autobús de vuelta a la casa de los Jaffe. Julie le dijo que no se preocupara para nada por ellos, aunque a Titus le habían roto la nariz y se había vomitado encima; ahora la nariz ya no le sangraba, pero tenía una pinta espantosa y además olía mal, y encima de todo le dolía la cabeza.

Archy conocía a Julie desde que el chaval no tenía ni dos años, desde que era un viejecito en miniatura que se retorció las manos en una mecedora para bebés que colgaba de una puerta. Mecerlo casi nunca servía de nada, pero siempre se lo podía tranquilizar poniendo la música más pasada de vueltas que tuvieras, aquellos rollos tipo Sun Ra que ya parecían directamente radiaciones cósmicas. Mientras aquello sonara, el pequeño Julius dejaba de actuar como si estuvieran a punto de hacerle una inspección de Hacienda y se quedaba allí sentado, contemplando la música igual que los gatos contemplan a los fantasmas. A Archy no le costaba nada ahora oírle en la voz a Julie que estaba asustado.

—¿Vas a llamar tú a la policía? —dijo Julie—. ¿O llamamos nosotros?

Archy se apoyó en calzoncillos en la repisa de la ventana. Miró a Kai, acostada, nacida chica pero sintiéndose otra cosa, y más o menos a medio camino de convertirse en hombre. Todavía conservaba sus órganos reproductivos originales pero no había dejado a Archy que los usara y le había pedido que por favor la follara por el culo, sin nada más que un puñado de saliva para facilitar la entrada. Kai estaba siguiendo una receta, una serie de pasos: hormonas, papeleo y operaciones. Y luego un día se despertaría y sería un tío, y muy probablemente, había que reconocérselo, un tío bastante de puta madre. Archy se preguntó si todo el lado mental y emocional de ser hombre venía junto con las hormonas, como cuando te pones a cavar en la arena y acabas encontrando agua. Tal vez si decidías activamente ser hombre y seguías todos los pasos y procedimientos prescritos, terminabas provisto de convicciones claras y nunca te encontrabas a ti mismo, por ejemplo, escaqueándote como un gallina para no tener que elegir un plan B que tú confiabas en que simplemente expirara antes de tener que seguirlo.

—No te muevas de ahí —le dijo a Julie—. Yo me encargo de Luther y de Valletta y le digo a tu padre que os vaya a buscar.

—No.

—¿No?

—Bueno, vale. Pero, colega, no se lo digas a mi madre.

—Prométeme que no volverás a llamarme colega.

—Te lo juro.

Archy arregló un poco la camisa maloliente y el traje fúnebre y se los puso, se echó agua del lavabo a la cara y trató de no hacer caso de aquella ruina lunar que era su pelo. Se dio una palmadita en el bolsillo lateral de la chaqueta.

—Las llaves te las cogí yo —dijo Kai—. Tienes el coche aparcado al lado de la tienda.

—Gracias —dijo Archy. Otro detalle de aquellos sueños tan nítidos que había tenido durante la noche emergió a la superficie de su memoria—. Bueno, pues. —Hurgó en el traje de fantasía de Kai y sacó sus llaves. Ella se había subido las fundas para muebles hasta la barbilla y lo estaba mirando con sus ojos pequeños y castaños—. Me tengo que ir.

—Eso parece —dijo ella.

—¿Estás bien?

—Mmm... uaah. —Ella se incorporó, destapándose aquella boca grande y aquellos labios descarados—. Buena suerte en Belice.

—Sí... ¿qué?

El recuerdo terminó de emerger. Llegar en coche a la casa de la Calle de los Juguetes Perdidos en el tiempo indefinido de después de que se encendieran las luces del Lakeside Lounge. Gwen plantada en el porche en bata, silenciosa como un ídolo al que están a punto de robarle el rubí de la frente. Archy diciéndole que se apartara de en medio y cogiendo una maleta que había en el armario del pasillo. Embutiendo en ella toda clase de pertenencias misceláneas, latas de atún y probablemente un sujetador. ¡Belice!

—Sí... mmm... gracias por sacarme entero de allí.

—Dios, ya me puedo despedir de mi trabajo. Menudo cabreo llevaba Gwen.

—Sí, lo... mmm... lo siento.

Echó un último vistazo a la habitación y luego se despidió con la cabeza, deseando tener un sombrero para cubrir la abominación que era su pelo, todo encrespado hacia la parte delantera de su cabeza.

—Dentro de un par... mmm... un par de horas o tres, estaré lejos de aquí.

—En Belice.

—Tengo todos los mapas.

La mirada, la mueca sarcástica de la boca. Decepcionada con él. No había creído que fuera de esa clase de hombres.

—Diviértete —le dijo después de una pausa.

—Ja —dijo Archy—. No es lo que me esperaba que dijeras.

—¿Y qué te esperabas que te dijera?

—«Sé un hombre».

—Vete a la mierda.

Él sacó la gorra de capitán de yate de la bolsa de la compra que ella estaba usando para transportar el uniforme de la banda del día anterior.

—Oye, ¿me prestas esto?

—Quédatela —dijo ella—. Te sienta estúpidamente bien.

Archy echó a andar por Telegraph con aquella gorra de L. Ron Hubbard, abrió su teléfono y pensó en lo que le había preguntado Julie. Lo primero que le iba a decir Aviva era: llama a la policía. Cuéntaselo a alguien, no lo guardes en secreto. El silencio equivale a la muerte. Recupera la noche. A Aviva las experiencias amargas le habían enseñado, igual que a tantas otras mujeres que trabajaban en lo mismo que ella, que había que seguir las reglas. Lo mismo Gwen, cuya familia estaba llena de policías y abogados; casi siempre tendía a ponerse del bando de la ley. Ninguna de ellas entendería que Chan Flowers estaría encantado de que la policía se sumara a la situación. Él era concejal, presidente del Comité de Salud Pública y amigo íntimo de muchos capitanes y mandamases de la policía de Oakland. Cuando se morían, ya fueran policías o bomberos, Chan Flowers los enterraba gratis, con una pompa sobria que recibía elogios unánimes. La policía siempre iba a proteger a Chan Flowers. En cuanto el tipo recuperara lo que fuera que le había quitado Luther, la cosa se pondría en plan: «Ponme con McGarrett, cabrón». Y después, podrías contar la historia de lo que pasó cuando la policía de Oakland se encontró con aquel viejo y gris ex campeón de kung-fu metido a chantajista, y al final de aquella historia, al estilo del bien llamado sistema de justicia criminal, lo más seguro es que fuera la mujer, la pobre desdentada Valletta, que tal vez habría intentado hacer de madre para Archy si Luther hubiera estado dispuesto a permitirselo, quien acabara en la trena.

Lo más seguro era que Aviva pudiera entender esto, pero Archy no tenía tiempo para dar explicaciones. Estaba razonablemente seguro de que Chan Flowers no pondría en peligro ni su posición ni su reputación haciendo nada que hiciera daño a Luther, poniendo a un par de chavales de la familia Flowers a machacarlo contra el bordillo de la acera de detrás de la morgue, pero al mismo tiempo, detrás de aquel palio de poder y dignidad fúnebre, seguía habiendo algo que ardía en el interior de Chan Flowers. Tal vez el viejo pisotón ejemplar contra el bordillo era justamente el medio que empleaban los hombres con buena posición y reputación para conservar ambas cosas.

—¿Está tu marido?

—Está —dijo Aviva, en tono de advertencia—. ¿Cómo estás, Archy?

—¿Gwen está contigo?

—La tengo aquí en la cocina.

Eso estaba bien, en cierto modo; que Gwen se pudiera sentar allí, diciendo «A la mierda, me puedo tomar una taza de café si me da la gana», soltando improperios hacia Archy, encontrando por fin en la risueña cocina de su mejor amiga las energías para hacer lo que ya tendría que haber hecho mucho tiempo atrás: ver a Archy como el fanfarrón irresponsable que era. Preparando café de Peet's en aquella sofisticada cafetera ciclotrónica francesa de Nat mientras consideraban posibles abogados para llevar el divorcio, con Aviva naturalmente defendiendo el modelo de «hazlo tú misma», explicando que una podía ir a la librería Nolo Press de Parker Street, en Berkeley y que allí tenían todos los impresos y libros necesarios. En los últimos tiempos había imperado un clima gélido entre ambas mujeres, y algo como lo que estaba sucediendo ahora les venía de perlas para descongelar las cosas. Entretanto, Nat podía escabullirse por la puerta sin llamar demasiado la atención ni suscitar demasiadas preguntas.

—¿Ya te has enterado de todas las idioteces que hice anoche?

—Probablemente, no de todas —dijo Aviva—. De las suficientes.

—Entonces, ¿puedo hablar con Nat?

—¿Qué? —dijo Nat cuando se puso al teléfono, con un tono tan huraño que casi parecía que fuera puro teatro, pero Archy sabía que el mal humor era un don que Nat no podía controlar, el único don de Aquiles en su tienda.

—Te toca ir hasta el restaurante eritreo de Telegraph, el que hay a la altura de MacArthur, y recoger a los chavales. Te están esperando allí. ¿Vale?

—Debes de estar de broma. —Perdido en el interior de aquella escafandra suya, en las profundidades de la Fosa de Yap con sus botas de suelas de plomo—. Voy en calzoncillos.

—Sé que a Gwen le está encantando.

—Vete a tomar por culo.

—Tengo que colgar, Nat. Ya conoces el lugar, fuimos allí una vez.

Después de caminar unas manzanas, Archy se encontró con su coche. La maleta del chiflado de anoche seguía en el fondo del maletero, medio escondida debajo de la funda. Las fundas para muebles eran el leit motif del día. Simbolizaban el nomadismo, la falta de permanencia y la necesidad de protegerte de los daños del tránsito. Retiró la funda y se quedó mirando la vieja Samsonite de plástico azul, parpadeando para sacarse de la cabeza un puñado más de recuerdos entrecortados de la noche anterior, en la casa, en los que el único que gritaba era él y Gwen no decía ni una palabra, calibrándolo con la mirada, viéndolo como lo que era en realidad, un borracho y un vocinglero que se disponía a marcharse. Tres mil setecientos catorce dólares en la cuenta que tenía Brokeland Records en el Wells Fargo. Sacar todo aquel dinero. Meterse en el coche y ponerse a conducir, de la 680 a la 5 a la I-10, girar al

sur a la altura de Tucson y llegar a México, Chihuahua, Zacatecas y Veracruz. Llegar a Belice al cabo de tres o cuatro días. Encontrar una hamaca y un poco de brisa y comer tacos hechos con la carne de algún roedor de gran tamaño de la selva. No había nada que no pudiera hacer un hombre con tres mil dólares y una maleta llena de latas de atún y sujetadores de embarazada. Era por algo que su coche se llamaba El Camino.

Cubrió la maleta con una funda para muebles y subió por la calle hasta Flowers e Hijos, parando antes en la Federación para comprar una bolsa de bolitas de masa de rosquilla. Había programado un funeral, pero a las nueve de la mañana la augusta mole de la funeraria estaba sentada dormitando bajo la hiedra y los aleros del tejado. Nada se movía y las puertas estaban cerradas a cal y canto. Dos coches fúnebres, el viejo LTD Crown Victoria y un sedán de lujo más nuevo, esperaban tranquilamente en sus reservados. El capó del Crown Vic tintineaba como una olla hirviendo. Archy fue hasta la puerta de servicio y llamó dos veces, educadamente pero con firmeza.

—¿Qué tal, Bank? —dijo cuando la puerta se abrió delante de él—. Vengo a recoger a mi padre.

Intentó dar la impresión de que era algo acordado de antemano, de que formaba parte del programa colectivo del día.

Algo situado por encima de la cabeza de Archy y a su izquierda, posiblemente algo microscópico e invisible, suscitó en Bankwell un interés mayor del que le suscitaba Archy.

—No te puedo ayudar —dijo.

Por primera vez, y con un poco de retraso, Archy se planteó seriamente el peligro que entrañaba aquella... ejem... empresa suya.

—Bank, escucha —dijo—. Mira esto.

Le mostró la bolsa, que era de papel blanco y liso, sin logotipos ni marcas, pero aun así inconfundible. El azar y sus condiciones respectivas de expertos en la materia habían reunido a Archy y Bankwell ante el mostrador de la Federación Unida de Rosquillas por lo menos dos veces en los últimos años. El tipo reconocería aquel bulto prometedor, el pulcro doblez que hacía la señora Pang en la parte superior de la bolsa después de llenártela.

—Bolitas glaseadas —dijo Archy—. Seis, quédatelas todas.

Bankwell no pudo evitar echar un vistazo a la bolsa, pero al final ni siquiera media docena de bolitas de masa de donut glaseadas pudieron competir con la cosa microscópica o invisible que Archy tenía detrás de la cabeza.

—El puto viejo drogata me lo ha contado todo —se aventuró a decir Archy—. Me lo ha farfullado todo como una cotorra. Me ha contado lo del tipo al que Chan y él mataron en los viejos tiempos, el gángster aquel del club de los Panteras, aquel que mataron con una escopeta y nadie fue acusado... —Era una conjetura sin

fundamento, una sarta de ellas, colgantes de rumores y cotilleos suspendidos de una cadena de audacidad. Conversaciones recordadas a medias procedentes de las cocinas de su temprana infancia, mezcladas con el susurro acre de un peine caliente y con el tintineo del hielo en los vasos de Flavor Aid. Una cara extraña que había puesto su padre una vez, como si se acordara de algo, en mitad de un anécdota entrecortada sobre Huey Newton. Archy no tenía ninguna razón para pensar que hubiera sido Chan Flowers y no su padre quien apretó el gatillo—. Así que, Bank, como no me dejes entrar ahí, en fin, me puedo imaginar fácilmente a tu tío describiendo esto en el futuro como una estupidez.

Por primera vez, Bankwell posó la mirada en Archy y la dejó allí un par de segundos. No era una mirada fría ni hostil. Solo cansada, agotada, como si estuviera puñeteramente harto de intentar no hacer cualquiera de las diez mil cosas que Chan Flowers podía un día, al revisarlas, llegar a describir como estupideces. Luego — recordándole un poco a la Gwen de la noche anterior, cuando se había hecho a un lado para dejar que Archy entrara despoticando en la casa a fin de equiparse para su viaje a Belice— Bankwell se echó atrás. Una cancela de piedra apartándose para dejar entrar al desafortunado arqueólogo al interior del templo infestado de serpientes.

—Entre usted —dijo Bankwell.

Junto con los corrales caseros de gallinas de puesta, las pizzerías de propiedad colectiva, los Volvo venerables que habían salido de la fabrica de Torslanda antes de que ABBA consiguiera su primer disco de oro, las hileras de amplificadores de válvulas Dynaco, los biberones de cristal sin Bisfenol A y ese país de las maravillas destartado conocido como Adventure Playground, un componente menor del mosaico de diques que los ciudadanos de Berkeley, California, habían erigido en su batalla incesante por defender su pólder contra las mareas capitalistas de la uniformidad consumista, estaba un teléfono que colgaba de la pared de la cocina de la familia Jaffe, un modelo 554 con dial rotatorio, de color amarillo como una carita sonriente, con el auricular conectado a su carcasa de plástico por una hélice serpenteante de seis metros de cordel amarillo en el que había nudos vetustos y ya imposibles de deshacer. A fin de conspirar con Archy sobre el rescate de los chicos, Nat se había visto obligado a tensar el cable hasta el límite, estirándolo a través de la sala de estar con su moqueta de color gris verdoso (otro pequeño dique contra la inundación), hasta el sitio donde el final de la moqueta se tocaba con el borde de la marquetería de roble del suelo. Luego, poco a poco, Nat se fue enrollando a sí mismo, rodeándose de vueltas de cable amarillo igual que un tenedor que se envuelve dentro de un plato de espaguetis, igual que Cleopatra cuando se mandó a ella misma al César dentro de una alfombra. Para cuando terminó de hablar con Archy y fue a colgar el

teléfono, Nat ya se había enrollado a sí mismo de vuelta a la cocina y estaba más enredado que Charlie Brown en el cordel de su cometa.

—¿Por qué haces eso? —dijo Aviva desde algún lugar situado detrás de la montaña de pañuelos de papel arrugados que Gwen se había pasado la última media hora más o menos formando sobre la mesa de la cocina, trayendo a casa la cosecha de sus penas maritales—. Me preocupa que sea un rollo *bondage*.

—¿Qué te ha dicho? —dijo Gwen, sonándose la nariz y tirando el Kleenex al montón.

—¿Qué me ha dicho? —repitió Nat.

Una maniobra dilatoria barata y descarada. Se preguntó (y era una variación nueva de la pregunta que llevaba toda la mañana preocupándolo) cuánto les podía explicar a aquellas mujeres que estaban en la cocina. Antes de poder resolver la duda, sin embargo, el teléfono volvió a sonar. La mujer del otro lado de la línea se identificó como la agente Lester del Departamento de Policía de Oakland.

—¿Es usted el propietario —le preguntó— de un sedán Saab negro de 1990 con matrícula de California 3AUH722?

—Mmm... sí —dijo Nat, sintiendo una sacudida en el pecho—. Es mío, ¿por qué?

Gwen y Aviva se miraron, alertadas por la anomalía de su voz mientras Nat salía de la cocina. Enredado de los tobillos a la cintura con el cable del teléfono, yendo demasiado deprisa. Resacoso, o incluso quizá todavía un poco borracho, de la noche anterior. Perdió el equilibrio, intentó permanecer de pie y estiró la mano para agarrarse al respaldo de la butaca de brazos. El cable se soltó del teléfono y, al desaparecer de golpe la tensión, empezó a desenrollarse de las piernas de Nat, trazando un arco hacia fuera con un impulso majestuoso, acelerando a medida que giraba cada vez más deprisa hasta que, al liberarse la última vuelta, la punta del cable roto restalló y le dio un doloroso latigazo en la mejilla a Nat.

—Au —dijo Nat, palpándose la mejilla a ver si tenía sangre—. Me tengo que ir.

—¿Ir adónde? ¿Quién era? —dijo Aviva, y en ese momento le sonó el móvil y Nat volvió a verse salvado de tener que contar la verdad. Aviva examinó el teléfono y lo abrió—. Soy Aviva. ¿Sí? Ah, hola. ¿Ya está de camino? Muy bien, papá. Escúchame...

Horas, centímetros; aguas rotas, pérdida del tapón mucoso; contracciones que venían con una regularidad medida con urgencia. Incluso cuando no lo estaba buscando la policía de Oakland, ya hacía tiempo que Nat había dejado de prestar atención a los detalles variablemente invariables que se apelotonaban por el teléfono cada vez que su mujer trabajaba en traer más insensatos, fracasados e idiotas a este mundo. Sin embargo, mientras se dedicaba ahora a estampar rosas en una servilleta de papel con el corte de su mejilla, de pie frente al fregadero, Nat vio que Gwen se

iba poniendo nerviosa a medida que escuchaba las instrucciones pacientes que le daba Aviva al padre de turno para que llevara en coche a la madre de turno al Chimes, donde cada día se acuñaban docenas de idiotas nuevos. La aflicción y el aire de resignación que Gwen llevaba desplegando desde que había entrado por la puerta parecieron dar paso a algo más frío y más parecido a la presión.

—Saskia y Dan están yendo al hospital —le dijo Aviva a Gwen, cerrando el teléfono.

—Ajá —dijo Gwen, como si Audrey y Rain fueran simples objetos de cotilleos, amigos de amigos—. Pues que les vaya bien.

Aviva se levantó de la mesa, recogió los cogollos de pañuelos de papel y los llevó al cubo de basura de la cocina.

—¿Estás bien?

—Un poco agotada, pero bueno.

—Vamos a poner a prueba esos privilegios.

—Ah...

—Sé que estás... O sea, cariño, sé que estás mal. Es por eso por lo que tienes que trabajar. Trabajar es bueno.

Moviéndose por la cocina, Aviva era una serie de fundidos, siete cosas al mismo tiempo, apilar las cosas recién lavadas del té en el escurridor, meterse un paquete nuevo de toallitas desechables Chux en el bolso, recogerse el pelo y atárselo con una goma, sacar una tirita del puñetero cajón y ponérsela a Nat en la mejilla. Lo único que no estaba haciendo era ver lo que Nat estaba viendo aparecer en la cara de Gwen. Más allá del telón de fondo de pánico e impaciencia, Nat empezó a detectar una señal firme de remordimientos.

—O sea, Gwen, yo te quiero —dijo Aviva. Cuando se inclinó a atender la herida de Nat, este le notó un ligero aroma de chocolate en el aliento, un aroma amargo, quemado, casi ahumado—. Y Archy se está portando como un gilipollas total. Pero, a fin de cuentas, ¿adónde te va a llevar quedarte sentada y llorando?

—Estoy de acuerdo.

—O sea, si no te encuentras bien o...

—La verdad es que me siento como una mierda, pero por lo demás estoy bien.

Ahora sí que Aviva captó la señal. Se volvió, echándose su bolsa de trabajo al hombro, para ver la cara que acompañaba al tono de voz de Gwen.

—¿Qué? —dijo.

—He estado intentando decírtelo, te lo quería decir. Pero es que...

Aviva se sentó pesadamente y dejó la bolsa en el suelo. Era una réplica auténtica de las bolsas que llevaba la tripulación de la nave *Nostramo* de la película *Alien*, que le había comprado Julie en el WonderCon de hacía un par de años. Nat no estaba seguro de con cuánta ironía quería Aviva que se tomaran aquella bolsa sus pacientes,

mientras pensaban en la temible criatura que les estaban a punto de salir de golpe del abdomen.

—Oigámoslo, pues —dijo Aviva.

—Todo esto de Archy —continuó Gwen—, no es... en serio, no es lo importante. O sea, *podría* serlo, pero no pienso permitir que sea lo importante. Este bebé, sea quien sea, *él* puede ser lo importante. Él y mi trabajo.

—Bueno. Eso mismo te...

—Mi trabajo de verdad.

—Tu trabajo de verdad. ¿Cuál es tu trabajo de verdad?

—La otra noche alguien me contó que Archy tenía suerte de haber encontrado algo en lo que podía poner el alma. Por equivocado o descabellado que le pudiera parecer a la gente.

—Sí... —dijo Aviva, en tono de cautela—. Bueno, es verdad, ¿no?

—Estoy segura de que sí —dijo Gwen—. Tú también lo tienes, Aviva. Y Nat. Pero yo... —Vaciló y pareció cambiar de opinión sobre lo que estaba a punto de decir—. Y luego ha venido el consejo de inspección con esos médicos... Esos médicos arrogantes, fanfarrones y pagados de sí mismos...

—Gwen, tranquila. Tú les plantaste cara y ellos se vinieron abajo. Y has salido bien parada. Yo... Nat, ¿qué estás mirando?

Había un trozo de cielo bordeado de colas de borrego, visible a través de la ventana de la cocina y vacío de todo lo que no fuera el simple color azul. Nat no le podía quitar la vista de encima.

—Un colibrí —dijo.

—Gwen —dijo Aviva—. Ya no hace falta que te preocupes por esos gilipollas.

—No estoy preocupada —dijo Gwen—. Pasa que... estoy harta de no tener ningún poder en este juego, Aviva, y de que ellos lo tengan todo. De pasarme la vida intentando no sentirme inútil. O de lo triste que me pone el sentir que las hermanas no acuden a una comadrona. Además, francamente, estoy harta de todas esas... mujeres privilegiadas, neuróticas y chifladas.

—Ibas a decir blancas.

—¡Sí! Con sus alergias al látex de blancas y sus planes obsesivo-compulsivos de parto de blancas, y esa puñetera competitividad bravucona de blancas que tienen todas. —Puso una vocecilla quejumbrosa de niña blanca—. «¡Me he pasado veintisiete horas sin epidural! ¡Oh, ya te entiendo, yo me he pasado veinticuatro!» Así que voy a pedir préstamos. He hablado con mis padres y están dispuestos a ayudarme. Mi madre está entusiasmada, de hecho.

—¿Entusiasmada? ¿Ayudarte a qué?

—He decidido ponerme a estudiar. O sea, en cuanto tenga el bebé. Para el examen de entrada a medicina. El septiembre que viene, cuando yo ya tenga la solicitud lista,

la criatura ya tendrá un año.

—¿Vas a estudiar medicina?

—Te lo acabo de decir. Ya estoy harta de pelear con ellos. De manera que supongo que voy a ir y convertirme en uno de ellos. Así, cuando le ofrezca la mano a una mujer negra que está teniendo un bebé, tal vez ella me la acepte.

—Muy bien —dijo Aviva—. Genial. Gracias por explicármelo. —Se levantó de la mesa y recogió su bolsa de la *Nostramo*, con los ojos convertidos en sendos tizones ripleyanos pequeños y oscuros—. Me voy a ser inútil. Y Audrey es una mujer tan privilegiada que se está pagando el parto con el dinero del desempleo.

Nat echó a andar hacia ella, pero Aviva salió por la puerta antes de que él la pudiera alcanzar. Bajó las escaleras de la terraza hasta el jardín. Al cabo de unos segundos oyeron el traqueteo agitado del Hecate y el chirrido recalcitrante del coche al salir dando marcha atrás por la acera.

—Uau —dijo Nat.

—Lo sé. —Gwen parecía aturdida—. Qué locura, ¿no?

—O sea que no vas al parto.

—No. No voy.

—¿Te puedo preguntar una cosa, entonces?

—Claro.

—¿Me puedes llevar en tu coche?

—¿Eh? O sea, sí, claro, pero ¿dónde tienes el tuyo?

Nat regresó a la ventana de la cocina pero únicamente encontró un trozo de cielo sin estelas, sin sombras y, especialmente, sin zepelines. Aquella benigna extensión de color azul no ofrecía, por desgracia, mucho consuelo.

—Vámonos —dijo—. Te lo explico por el camino.

Flowers los había escondido en una sala de visitas, debajo de uno de los aleros del enorme tejado estilo bungalow. Era una sala poco importante, pequeña y apartada, con un papel de pared reticulado que invitaba al tedio. Las cortinas de las ventanas eran del color de la ropa quemada por la plancha y fuera había un tumulto de palomas. Una sala reservada para muertos olvidados o cuya muerte nadie lamentaba, con los ángulos extraños de esas salas de cine que abren aprovechando el antiguo balcón de un cine enorme subdividido. Flowers llevaba puesto su traje negro de espagueti western y estaba sentado a horcajadas en una silla puesta del revés delante de Luther y Valleta, que a su vez estaban sentados instalados en un sofá sin brazos el uno junto al otro, como unos padres de duelo. En un ataúd cerrado sobre unas andas de terciopelo había un muerto desconocido.

—Caramba —dijo Flowers mientras Bank hacía pasar a Archy—. Pero si está

aquí Thurston Howell III.

—Luther —dijo Valletta, dándole un golpecito en la rodilla.

En el sueño de Archy le había resultado una auténtica revelación encontrar otra vez, recordar con tanta fuerza, como si los hubiera olvidado por completo, el caballete de la elegante nariz cherokee de su madre, el vello de sus antebrazos y la pizca que le quedaba de su ceceo infantil. El sueño le había devuelto todo aquello, de la misma manera que una vieja página de calendario encontrada en un cajón poco usado te podía restaurar un día pasado en Stinson: el regusto a masa fermentada de una Negro Modelo y el crepitar de una cometa al viento. Ese día en Motor City, Archy había entrado tan cabreado con Titus y Julie, tan deseoso de no estar allí, tan profundamente metido en el bolsillo de su furia, que no había sido capaz de ver al Luther de verdad, sino únicamente al Luther que su rabia requería. Solo lo que fuera que veías cuando te imaginabas a una madre muerta y a un padre al que habías desterrado hacía mucho tiempo de tu vida, para tu propia protección. Fotografías y fantasmas sobre la retina.

Ahora se acordó: el hombre estaba repanchingado en el sofá, pero era capaz de levantarse de un salto y plantarse de pie y listo para marcharse más deprisa que nadie que Archy conociera, como si le acabaran de tirar un café en el regazo. Eso seguía siendo cierto. También la sensación de que le habían hecho el hoyuelo de la barbilla practicándole una incisión hábil y deliberada con una herramienta de alfarería. La forma en que se te quedaba mirando con el ceño fruncido durante el rato suficiente como para ponerte incómodo, durante el tiempo suficiente como para que te acabaras preguntando si acaso te estaba tomando el pelo o si realmente tú habías cometido un pecado, alguna transgresión olvidada, antes de que por fin tirara del cordel que activaba su sonrisa de Cleon Strutter.

Pero ¡qué invernal estaba ahora, con nieve en el pelo y escarcha en las cejas! Aunque seguía teniendo una altura y una anchura impresionantes, había perdido masa y gravedad. Se quedó mirando a Archy desde debajo de la cornisa helada de sus cejas. Tenía la mirada despejada y posiblemente estuviera sobrio, pero Archy había visto a Luther sobrio en otras ocasiones. No era nada del otro mundo. Para Luther, los periodos de abstinencia eran una especie de Día de la Marmota, una sombra que necesitaba la luz del sol para pronosticar un gris interminable. Por fin, como una costumbre que ya está desapareciendo, la sonrisa de Stallings revivió.

—Espero que no te importe, Chan —dijo Luther sin dejar de mirar a Archy—, que le pida a mi mediador que se sume a nosotros.

Y ya estaba: Luther se disponía a dar su espectáculo. A Archy se le cayó el alma a los pies y estaba a punto de decir «No tan deprisa» cuando se le ocurrió que era precisamente para eso para lo que había venido.

—He aparcado mi zepelín en la plaza de aparcamiento del cura —dijo Archy. Se

plantó la gorra de capitán con más firmeza sobre la cabeza, pensando que había llegado la hora de ganarse la gorra, de estar a su altura—. Confío en que no cause ningún problema.

Dejó que su padre lo abrazara por primera vez en una década, tal vez más. Lavandería, ambientador de motel y falta de duchas. El perfume de Valletta. Los huesos de sus hombros. Luther emitió un sonido, desde sus mismas profundidades, parecido al que hacía Cochise Jones al accionar los pedales de su B3.

—Eh, Valletta —dijo Archy, quitándose de encima a Luther.

—Hola, Archy. Siento que te hayas visto mezclado en esto.

—¿Estás bien?

—Yo estoy bien, gracias, cielo.

Ella tenía aspecto de haber estado peleando. No cabía duda de que aquella mañana se había esforzado para ponerse presentable, eligiendo para ello una blusa blanca sin mangas y una falda de color mandarina lo bastante corta como para cortarte la respiración. Pero desde entonces se había descompuesto toda. Llevaba un faldón de la blusa por fuera. La larga extensión de su pelo estaba salpicada de muelles y volutas. Luther iba en albornoz, una chaqueta de kimono azul con motivos de grullas blancas, pantalones cortos grises de kung-fu y alpargatas estilo Yip Man. Bank y Feyd lo debían de haber sacado de la cama.

Los sobrinos habían adoptado sus posiciones habituales de leones guardianes chinos a ambos lados de la puerta. Feyd tenía un aspecto correcto, aguerrido incluso, para ser un sobrino, con traje marrón sobre camisa naranja y corbata violeta oscuro, pero de su chulería de malandro no había ni rastro: estaba cabizbajo, tenía las puntas de los zapatos bien juntas y a Archy no le cabía la menor duda de que el Tío Chan lo acababa de reñir por el espectáculo que debían de haber dado al pelear con una pareja de chavales vomitones de catorce años con espadas *bokken* en la escalera de un motel de la MacArthur Avenue. Bank tenía un aspecto vapuleado, con la mejilla derecha mordida y la corbata torcida, e irradiaba un aire de humildad indignada, como si lo hubiera asaltado, por ejemplo, un niño flacucho y gay armado con una espada de nogal.

—¿Quién hay en el ataúd, Kung-Fu? —dijo Archy.

Walter permaneció detrás de sus gafas, sin decir nada. Se toqueteó la cremallera de su chándal de color azul medianoche, que tenía bordado el nombre Ali en letras rojas y enormes, repanchingado en una silla con respaldo de madera alabeada reservada en aquella sala para el empleado, a menudo uno de los sobrinos más jóvenes, a quien le tocara sentarse con el cadáver y hacerle compañía cuando no había nadie más. Un trabajo que en los viejos tiempos había recaído a menudo en el pequeño Walter Bankwell. Mientras tuviera un ejemplar de *Sports Illustrated*, el chaval había sido capaz de simular que estaba despierto durante horas y horas.

—Es el señor Padgett —dijo Flowers. Descruzó las piernas, estiró la mano y se levantó para darle a Archy un apretón especial de arriba abajo de director de pompas fúnebres—. Era profesor. Nos llegó el martes. Es nuestro funeral de las dos.

—¿Terrell Padgett? ¿De la Oakland Tech? A mí me dio álgebra.

—Por lo menos, sobrevivió a eso —dijo Luther.

—Era un cagado —dijo Walter desde detrás de su mano, en la cual yacía lúgubrementemente sepultada toda la mitad inferior de su cara.

Flowers desdobló el índice y lo usó para darle tres golpecitos a Walter, como quien sacude un paraguas empapado de lluvia.

—Que. Te. Calles.

Walter se perdió en el planeta de colores falsos que había cartografiado sobre la superficie de sus zapatillas último modelo.

—Concejal —dijo Archy—. Chan. ¿Qué es todo esto? ¿Qué está haciendo usted?

—M-me disculpo, Archy, por cómo ha ido esto. Si atiendes a lo que voy a decir, creo que reconocerás que no he tenido más remedio que hacerlo de esta manera. Siéntate, por favor.

Flowers miró a Bankwell y a Feyd.

—Vosotros, fuera de aquí. Señorita Moore, mis disculpas. Si quiere, puede marcharse. Feyd, acompaña a la puerta a la señorita Moore. —Se volvió hacia Walter y entrecerró los ojos hasta convertirlos en sendas ranuras reptilianas—. Tú también, memo.

Valletta avisó a Feyd de que no se le acercara cuando él fue a sacarla de allí, y se dispuso a tomar las medidas necesarias para abandonar la sala por su propio pie, levantándose de golpe del sofá de la familia del difunto, igual que un ciclón que se recogiera las faldas para embestir un poblado de caravanas. Se quedó un par de segundos de pie junto a Luther, contemplándole la calva desde arriba como si le ordenara que se extendiese hasta devorar a su dueño en un resplandor pelón de ruina. O tal vez la pobre mujer lo amara de una forma que a Archy le resultaba todavía más incomprensible que el amor que él mismo sentía por Luther, bajo su campana de vidrio de años, encendiéndose inverosímilmente con un parpadeo. Tal vez lo que ella estuviera haciendo allí de pie fuera ordenarle a aquella calva que se marchara, extraerle a Luther las canas del pelo y las arrugas de la cara, resucitar los días consumidos. Por lo que Archy sabía, Valletta llevaba enamorada de su padre de forma intermitente, en la droga y en la sobriedad, en la grandeza y en la ruina, desde aquel lunes por la mañana de 1973 en que él había llegado por primera vez al plató de rodaje de *Strutter*. Había que admitir que treinta años de amor intermitente constituían toda una gesta heroica. Ni siquiera Dios había conseguido conservar el amor de Israel en el desierto sin que de vez en cuando los israelíes se fundieran las joyas para hacer un ternero.

—Dáselo —le dijo ella a la calva.

Luther no se movió ni tampoco reaccionó de ninguna manera a sus palabras, sino que se limitó a sonreír a Flowers como si él hubiera ido allí por voluntad propia a venderle una suscripción a una revista o la fórmula de la salvación eterna.

—Cabrón —dijo ella—. Como no se lo des, me largo. Te lo digo en serio. No me vas a encontrar ni con un satélite y una máquina de rayos X.

Luther y Valletta llevaban demasiado tiempo siendo coprotagonistas de sus desastres mutuos como para no sacarle partido a aquella pausa, y Valletta movió los ojos de un lado a otro para leer a Luther de esa manera en que solo lo hacían las actrices en los primeros planos, leyéndole la mirada como si fuera la pantalla de un teleapuntador.

—Pues vete, asquerosa —dijo Luther, no sin ternura—. No pienso rendirme con las cartas que tengo.

Valletta dio medio paso atrás. Flaqueando en su decisión. Consciente de que debía honrar su amenaza y marcharse, pero entrenada por el timbre pavloviano del amor para confundir el desprecio con el afecto y la indiferencia con las reservas. Por fin se encogió de hombros, besó el aire que la separaba de Archy y enseñó la palma de la mano como si fuera una insignia policial.

—Adiós —dijo.

Archy se quedó mirando cómo ella y su trasero danzarín se alejaban hacia la puerta, como un péndulo que hacía tic-tac. Esperando a ver si Valletta volvía la mirada hacia Luther, pero ella fue fiel a su promesa y se largó. Los tres sobrinos se fueron caminando pesadamente detrás de ella, y resultó ser el viejo Kung-Fu el que echó una última mirada atrás —hacia Archy— mientras salía con sigilo, cabizbajo, con las manos embutidas en los bolsillos del bajo vientre de su chaqueta de chándal. Hacia atrás y a un lado, cargada de reproche, como si todo aquello fuera culpa de Archy. Tal vez enojado, a un nivel más básico y juvenil, por el hecho de que Archy se pudiera quedar en la sala y él no. En la espalda de la chaqueta de chándal llevaba bordado en letras rojas enormes las palabras SOY EL MÁS GRANDE. «El mamón más grande», pensó Archy mientras Walter cerraba de un portazo tras de sí.

Había sido Archy el que había trazado aquel puto plan: encontrarse en Brokeland después del entierro, fumarse una pipa de maría y limpiar un poco del desorden que había dejado del funeral del viejo. Poner unos cuantos discos y restaurar cierto orden. Decir lo que hiciera falta decir y examinar la situación: Dogpile, COCHISE y sus vidas. En calidad de amigos, socios, compañeros de banda y padres. Decidir si seguían bregando en la cubierta en llamas de la *Brokeland* o bien si la hundían y trataban de alejarse de todos los restos en llamas del naufragio.

—¿Te dijo algo de Belice? —preguntó Gwen.

Estaban en el BMW de ella de camino a recoger a los chicos, escuchando un tema movido a ciento veinte pulsos por minuto por la KMEL, con cantante femenina y la habitual combinación de gestos de buscona y sermoneo deslenguado. Gwen se había encajado a ella misma milagrosamente en el espacio que quedaba entre el asiento y el volante como si fuera un prodigio de feria, un barco dentro de una botella o un salmo escrito en un grano de arroz basmati. Seguía siendo una mujer muy atractiva, incluso ahora que estaba en el umbral mismo del horizonte de acontecimientos, en situación de gravedad máxima. Con el pelo enfundado en un pañuelo ghanés de colores rojos crepusculares y anaranjados. Gafas de sol de color helado de pistacho en forma de ojos de gato. Cogiendo el volante con aquellas manos suyas, hermosamente grotescas, casi tan grandes como las de su marido pero alargadas y ágiles, con las uñas bien cortas como las de un hombre pero tan relucientes como el merengue.

—Es que no me dijo nada, a eso iba yo —dijo Nat—. Ni siquiera se presentó. En el cementerio se metió en su coche, se despidió con la mano y ya no lo he vuelto a ver.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo —dijo Gwen—. Sigo sin saber muy bien cómo encaja Kai en todo esto. Si yo ya no le estuviera complicando tanto la vida a Aviva, diría que está despedida.

—O sea, por lo menos sabes que Archy no se la ha follado.

Gwen dijo:

—Sí, por lo menos eso.

—Entonces, a ver: ¿lo dejas de verdad? —dijo Nat, asimilando la noticia junto con los primeros miligramos burbujeantes de pánico y aflicción.

Su vida llevaba años sostenida como si fuera un mundo de leyenda sobre la espalda de unos elefantes enormes que a su vez estaban de pie en la concha de una tortuga gigante; los elefantes eran su asociación profesional con Archy y la de Aviva con Gwen, mientras que la tortuga era su fe en el hecho de que era posible una amistad real y normal entre los blancos y los negros, por lo menos allí, en las calles de aquel reino diminuto que era Brokeland, California. Allí, a lo largo de la orilla, a lo largo de la difusa y retorcida frontera que era Telegraph Avenue. Y ahora aquel montón sustentante de vínculos y creencias se tambaleaba, amenazando con desplomarse igual que la torre de elefantes del circo de *Dumbo*. No porque nadie fuera un racista. No se había producido ningún malentendido trágico arraigado en siglos de esclavitud e injusticia. Nadie estaba lanzando improperios viles ni revirtiendo a atavismos tribales. Las diferencias de clase social y de educación entre los cuatro se cancelaban sin acudir a estereotipos ni expectativas culturales: tanto a Aviva como a Archy los habían criado sendas tías de clase obrera que habían trabajado duro para mandarlos a universidades de poca monta. El hombre blanco era

el que había dejado los estudios en la secundaria, mientras que la mujer negra era de clase media alta y había disfrutado de una educación cara. Resultaba simplemente que el mundo no se podía sostener sobre una torre de elefantes y tortugas.

—¿Qué te crees, que le estaba tomando el pelo a la pobre y le he dicho que lo dejaba cuando no lo voy a dejar?

—No.

—Nat, ¿en serio crees que yo me estaba mofando de ella?

—No, señora.

—Bueno, sigue —dijo ella molesta—. Volviste a la tienda.

Él le contó que se había encontrado solo en aquel horror que era la tienda después del velatorio del señor Jones. Huesos y alubias desparramados por todos lados, charcos de salsa desbordando platos abandonados y formando fractales de Mandelbrot de grasa y tomate. Una montaña de nachos sin comer, inflados y retorcidos como las páginas de un libro que hubiera caído en la bañera. Y Cochise Jones muerto de forma oficial y para siempre. Y descendiendo sobre todo, sobre la vida misma, aquella sensación de sombra en ciernes que a Nat le quedaba siempre que se le moría un ser querido. Un oscurecimiento parcial, como si la bombilla del mundo se hubiera atenuado. Se acordó de un día en que había llevado a Julie al Museo Gardner durante un viaje a Boston, hacía años, y de que aquel día había visto un rectángulo de color más pálido en el papel de pared envejecido donde había habido un Rembrandt robado, un retrato de la misma cosa que ahora había en el taburete donde solía sentarse el señor Jones: el vacío mismo. Latas vacías, botellas vacías, una tienda vacía y una noche vacía, la vida vacía de Nat, vivida sin fruto y en vano.

—Un Nat Jaffe solo —resumió Gwen— es algo peligroso.

—Vete al cuerno —dijo Nat, intentando animarse a base de descarar—. Yo siempre estoy solo.

—Hola, y bienvenidos a otro emocionante episodio de *El palizas de la angustia existencial*.

—Naces solo y te mueres solo.

Nat mantenía su lado de la conversación diciendo lo que le salía del alma y callándose únicamente el acontecimiento central secreto de su proyecto de cronología humana, que no era otro que: «Y haces montones de idioteces solo, una y otra vez, porque eres un memo de remate incapaz de controlarte».

—Vale, vale —dijo Gwen—. Déjalo ya, hombre.

En el letrero ruinoso de Steele's Scuba, un submarinista fantasma hacía frente a los misterios submarinos perdidos de Telegraph Avenue. Gwen aminoró la marcha mientras el autobús que tenían delante se arrodillaba como una vaca delante del Niño Jesús para que subiera en él, quién si no, el doble de Stephen Hawking. Nat se quedó

mirando cómo el pobre desgraciado se colocaba a sí mismo y a su silla de ruedas, a base de paciencia y testarudez, sobre el ascensor eléctrico del autobús. Eso sí que era estar solo. Pero había que ver a aquel tipo: era imparable y ubicuo. Era básicamente una cabeza apoyada sobre un tallo de carne amarrado a un carrito, pero el cabrón sería capaz de coger un autobús a Tritón con tal de que la AC Transit inaugurara una ruta que fuera allí. Nat se podría haber avergonzado de la autocompasión en que se estaba regodeando en aquellos momentos, de no ser porque la autocompasión carecía de vergüenza. Apartó la vista, miró a izquierda y derecha y luego, notando el sabor de la resaca al fondo del paladar como si fuera el regusto del miedo, levantó la vista al cielo. Temiendo ver encima de su cabeza, en cualquier momento, las pruebas de las estupideces de la noche anterior, acechantes y vengativas como el erizo Norman del viejo gag de los Monty Python.

—Lo que tú digas —dijo Nat—. ¿Quieres que te cuente esto o no?

—A ver si lo adivino. Te pusiste a beber.

—Encontré un paquete de seis Coronas calientes. Era un milagro que se hubieran quedado sin beber.

Nat había abierto la primera cerveza, había encontrado una rodaja de limón y la había encajado en la obertura de la lata de cerveza. Había bajado la fotografía del señor Jones de su ceremonioso taburete, experimentando una sensación agradable de execración. Se había sentado en el puesto favorito del viejo, tal vez intentando disipar el vacío que había allí acumulado. Dispuesto a esperar a Archy, que vivía en su propia franja horaria, en su propia isla de Guam de retraso. Entretanto, se bebería una cerveza y reflexionaría a su estilo Palizas de la Angustia Existencial en busca de una solución —o por lo menos un parche— a la situación. Y luego, ciertamente, se pondría a limpiar.

Para la cuarta Corona, Archy ni se había presentado ni había llamado, la tienda seguía igual de sucia y Nat ya había dejado de molestarse en poner rodajas de limón. La meta seguía siendo encontrar una solución o por lo menos un parche a la situación, pero a aquellas alturas era cierto que su comprensión de la complejidad de la situación ya estaba muy mermada. La imprevisión, el descuido y la falta de perspicacia con que Archy y él habían llevado su negocio; la tendencia de ambos a considerar la asunción de responsabilidades por cada tarea, encargo o trabajo que requería Brokeland Records como un juego de la gallina prolongado o incluso infinito, donde cada uno de ellos se limitaba a esperar a que el otro cediera y parpadeara; el ascenso del intercambio de archivos electrónicos de música digital; los bajos ingresos que generaba la tropa flotante y buscaofertas de pinchadiscos de residencia universitaria y grabadores de cintas de mezclas para amigos que componían la mayor parte de su clientela, mucho más abundante que los coleccionistas de altos vuelos; el hundimiento de los mercados japonés y extranjero

en general; por no mencionar la insatisfacción evidente que Archy mostraba hacia su asociación y el florecimiento de las algas del pánico financiero y la ansiedad de padre de familia en las aguas estancadas y habitualmente tranquilas del alma de Archy: a la cuarta Corona, todas aquellas causas aproximadas y precipitadoras del fracaso de Brokeland Records parecían haberse esfumado de la mente de Nat, dejando únicamente un residuo de color negro mohoso de cólera contra Gibson Goode. El alcohol era tan útil para la creación de chivos expiatorios como la arcilla lo era para crear gólems.

Después de acabarse la cerveza, Nat se puso a hurgar entre los cascos vacíos que había apilados encima y debajo de las mesas plegables hasta que encontró una botella de slivovitz húngaro. Le quedaba una cuarta parte. Nat echó un poco en un vaso de plástico y se bebió rápidamente dos o tal vez tres tragos cortos. El slivovitz era el cordial del dolor, el coñac del duelo. Nat se acordó de su padre recién enviudado, el primer Julius, perdido en una marabunta de tíos en una cocina ajena después del funeral de su primera mujer, ahogando un grito al sentir el fuego que le ardía en el pecho cuando le bajó el slivovitz.

Nat se volvió a sentar en el taburete del señor Jones con su vaso de vino ardiente y puso *A Love Supreme*. Como era de esperar, aquella música lo destruyó. Era cierto que tenía pasajes de majestuosidad lírica, pasajes que encarnaban la unión moderna entre dificultad y primitivismo, así como una especie de groove más allá del groove y de funk más allá del funk; y cierto: era una música concebida como una especie de *kadish*, una expresión de alabanza al Creador de John Coltrane en medio de todo el dolor, con agradecimiento de su magnífica creación; Nat, sin embargo, siempre la había visto como una música que estaba —igual que él mismo— secretamente alimentada por corrientes de rabia. Seguramente se tratara de una simple proyección de los sentimientos que albergaba Nat hacia su puto desastre de Creador, un primo segundo de poca monta del Ser Perfecto que había hecho a John William Coltrane. Pero mientras escuchaba la cara A, con sus furiosas repeticiones y con aquel saxo que se estrellaba una y otra vez contra una barrera invisible, como una abeja en el cristal de una ventana buscando entrar o escaparse, Nat sintió que su cólera de baja frecuencia contra el puto Gibson Goode de los cojones y su puto Garito de Dogpile empezaba a aumentar peligrosamente. El brazo de la aguja se instaló en el surco infinito y a él le vinieron ganas de mear, y fue en aquel momento, por lo que él recordaba, cuando decidió que sería buena idea renunciar al placer rutinario de mear en su propio retrete, en el cuarto de baño que había detrás de la cortina con el retrato de ojos saltones de Miles Davis. Así pues, decidió que caminaría al futuro emplazamiento del Garito de Dogpile y se mearía allí.

—Han puesto un letrero —le dijo a Gwen—. ¿Lo has visto? Un letrero grande y rojo. Con la huella de la zarpa, futura sede de tal y cual.

—¿Y te hiciste pis en su letrero?

—Pensé que me haría sentir bien.

—¿Y fue así?

—Bueno... o sea... siempre resulta agradable. Pero... o sea... en términos de mi estado de ánimo...

—¿Y qué? ¿Alguien te vio hacer pis en él?

—Oh —dijo Nat, agarrándose a aquella posibilidad—. ¿Tú crees que es eso?

—¿Si creo que qué es eso?

—La razón de que la policía quiera hablar conmigo.

—¿Por qué? ¿Hiciste algo más?

—Todo el rollo de... —Decidió adoptar la expresión de Gwen, que sonaba mucho más inocente e inofensiva que «mear»... de hacer pis. No sé. Estaba un poco borracho. Pero no lo bastante borracho como para engañarme y no pensar que fue algo un poco cutre.

—«Un poco».

—Se puede decir que me hizo sentirme más inútil. Y fue entonces cuando decidí irme al aeropuerto.

—Condujiste borracho.

—Si quieres agarrarte a un tecnicismo...

—¿Cómo es que de repente todo el mundo se pone a planear viajes? —preguntó Gwen—. ¿Adónde te creías tú que ibas? ¿A Belice?

—«¿Planear viajes?» Pero ¿tú no me conoces?

—No, claro, es verdad.

—Solo quería echarle un vistazo al puto zepelín de los cojones.

—¿Por qué? ¿Para hacer pis en él?

—Mearse en un zepelín... —dijo Nat, lamentando amargamente la pérdida de aquella oportunidad—. ¿Por qué no se me ocurrió?

Dejó la radio apagada, diciéndose a sí mismo que si la música dividía su atención ya de por sí deteriorada, entonces, por pura lógica, el silencio la incrementaría. Fue un tránsito fuera del tiempo y del espacio, por un hiperespacio de cerveza y slivovitz iluminado por luces estroboscópicas, sin más banda sonora que la nota negra del ronroneo de la I-880 debajo de sus neumáticos. Recordaba vagamente que alguien había informado de un avistamiento de la aeronave aquella misma mañana temprano, amarrada en las inmediaciones de Hegenberger Road. Si no había regresado ya a su base de operaciones en el sur de California, puede que él la encontrara ahora allí, tan reluciente y gigantesca como el ego de Gibson Goode. No pasaba nada si era enorme, resplandeciente y sobrecogedor. Nat estaba dispuesto a dejarse impresionar, hasta quizá confiaba en ello. Por lo menos que fuera culpa suya, por una vez en la vida, el

participar en cierta medida, por indirecta que fuera, de grandeza.

Siguió y resiguió el arabesco estéril que escribían en la oscuridad aquellas carreteras aeroportuarias cuyos nombres conmemoraban a héroes de la aviación. El silencio del interior del Saab dio paso a los tarareos a medida que la curiosidad inicial que Nat sentía hacia el zepelín, medio burlona y medio irritada, crecía en la oscuridad hasta convertirse en una verdadera ansia, y, tal como había pasado con la ballena de Ahab, la aeronave se terminaba llevando las culpas, en la imaginación de Nat, de todas las desgracias que estaban acabando con el mundo. Y luego, más o menos en el momento en que Nat empezó a entender que estaba borracho y perdido y que nunca iba a encontrar aquel trasto de los cojones, y que además lo más seguro fuera que ya hubiera atraído la atención de las cámaras térmicas robóticas voladoras del Departamento de Seguridad Interior, más o menos en el momento en que se dio cuenta de que por alguna razón estaba tarareando los cambios de acordes de «Loving You», entonces aquella cosa lo sobresaltó: un agujero en forma de zepelín recortándose sobre el *skyline* anaranjado de San Francisco.

Lo que pasó entonces: pues que debió de dar un volantazo. Alguien arrojó una enorme red luminosa sobre el coche. A continuación —todo en el lapso de los tres o cuatro segundos que tardó en estrellarse contra la alambrada— llegó un montón de ruidos interesantes. Un tañido de cascabeles. Un raspar de dientes de tenedor. Un sonido hueco, un batacazo, un chirrido y un crujido. Y por fin el estampido de un disparo cuando el mismo payaso que le acababa de arrojar la red metálica gigante al coche decidió que sería gracioso estamparle un airbag a Nat contra la cara.

Después de aquello había un espacio en blanco en el archivo. Lo siguiente que Nat recordaba era un sabor salado en sus orificios nasales, el calor de la jornada que le mandaba el asfalto a través de las suelas de los calcetines y el susurro menguante del radiador del Saab, así como la conciencia —por desgracia, todavía no sobria— de haberse beneficiado de un milagro. Estaba bien y de una pieza. Y por fin el Dios de Ahab lo había liberado de su misión solitaria. Se encontraba a treinta metros de su bestia, que pacía en su pasto de pesadilla. No estaba seguro de qué les había pasado a sus zapatos.

Cuando echó a andar por la explanada asfaltada en dirección al zepelín, sus pasos activaron alguna clase de sensor. Alrededor de la aeronave se encendió una serie de montantes equipados con reflectores, iluminándola como si se tratara de un letrero de neón. Nat retrocedió hasta las sombras y esperó a ver qué pasaba. Se esperaba tener que hacer frente a un Bronco lleno de guardias de seguridad, a un robot centinela equipado con láseres, o bien a un viejo y solitario vigilante nocturno llamado Pete o Whitey levantándose de un salto de su silla, ya a medio camino del paro cardíaco, mientras se le caía del regazo el último número de *Field & Stream*.

Nada. La mayoría de la luz de los montantes se perdía en la bolsa de gas o como

se llamara aquella parte del zepelín —la palabra «envoltura» se deslizó a través de una ranura de su memoria—, pero a Nat le pareció distinguir unos cuantos edificios diminutos en la otra punta del campo asfaltado. Tal vez Gibson Goode y su séquito estuvieran durmiendo dentro de aquella cabina de plástico resplandeciente. No costaba imaginarse cómo algún integrante de aquella tripulación se sentía obligado a salir de golpe con una pistola y pegarle unos cuantos tiros al intruso. Nat se preguntó si debería tener miedo. Pero en las ventanas de la cabina no se encendió ninguna luz.

El zepelín flotaba a un metro o metro y medio del suelo, amarrado por el morro a un poste metálico que a su vez se elevaba de la amplia plataforma de carga de una camioneta aparcada que se veía pequeña al lado de la aeronave pero que de hecho debía de ser enorme. La aeronave se mantenía perfectamente inmóvil, como si estuviera escuchando a Nat. La brisa procedente de la bahía no parecía importunarla. Al mismo tiempo hacía runrún, parecía al borde de una especie de estallido de movimiento. Ahora a Nat ya no le recordó tanto a una ballena como a un gran danés o a un caballo purasangre. A un animal surcado de nervios y músculos, pero, por encima de todo, adorable.

—Pobrecillo —le dijo al zepelín.

Salió de las sombras y se acercó a la camioneta, sobre cuya rejilla se leía la rotunda inscripción en letras cromadas: M. A. N. El poste de amarre era una estructura de palos extensibles, como el brazo de una plataforma hidráulica pero sin el codo. A medida que Nat se acercaba, sintió el rechinar de las profundidades del poste y notó cómo la brisa hacía vibrar el cable que tenía sujeto al zepelín. La camioneta permitía trepar por el poste desde el nivel de suelo. En la parte de atrás había tres escalones que llevaban a la plataforma de carga, desde donde dabas la vuelta a la base del poste hasta llegar al pie de una columna de rayos o travesaños metálicos como los que había en los costados de los postes de teléfono, que subían por el segmento inferior del poste hasta una escalerilla estrecha de acero, que a su vez llevó a Nat hasta lo alto del todo.

Allí arriba lo que quedaba de su borrachera, y tal vez una pizca de chifladura provocada por la colisión, se enfrentaron a su deseo de dar libertad a aquel noble zepelín. Se pasó un rato cogido a un frío travesaño de la cima del poste. Tendió una mano, con la palma hacia fuera y los dedos extendidos, como quien palpa las patadas de una criatura dentro del vientre de su madre. En el instante previo al contacto, se acordó de que el *Hindenburg* se había incendiado por una descarga de estática. Pero no se produjo ningún chispazo, ni sintió nada más que el tacto frío y tenso del vientre de la aeronave contra su palma. Experimentó un deseo descabellado de tener un hacha, unas tijeras de podar o un soplete que le permitieran cortar el cable. Luego se fijó en una gruesa palanca que había en el asta del poste, situada junto al orificio del que emergía el cable y que llevaba la útil etiqueta liberación de emergencia. Abrió la

abrazadera que bloqueaba su movimiento, rodeó los palos verticales de la escalerilla con los pies sin zapatos y bajó la palanca, forcejeando con ambas manos sobre su mango recubierto de goma. La palanca se desplazó hacia fuera y hacia abajo, y emitiendo un susurro de acero contra acero, el cable se soltó del mástil con un latigazo y quedó colgando del gancho de mosquetón enorme que lo sujetaba al morro de la aeronave.

—Adelante, Arch —dijo, descubriendo tal vez la fuente de la repentina oleada de cariño que estaba sintiendo hacia el zepelín—. Vuela y sé libre.

El zepelín desdeñó su gesto de liberación. Se limitó a permanecer allí suspendido, experimentando una deriva minúscula, casi invisible, a metro o metro y medio del suelo.

—Lastre —dedujo Nat—. Claro.

Bajó por el poste de amarre, saltó al suelo y echó a andar lentamente alrededor de la cabina, en busca de algo que soltar, algún sistema de pesas o bien sacos de arena como en *El mago de Oz*. No había nada. Se sentó en el suelo, sintiéndose repentinamente fatigado, y levantó la vista hacia la superficie inferior de la cabina. Había dos válvulas rojas selladas con tapones. Una modesta inscripción en mayúsculas rojas las identificaba como los tanques del lastre. Nat alargó el brazo, se estiró cuanto pudo y agarró uno de los tapones. Con los pies de puntillas, llegaba justo para extraerlo. El tapón se le escapó de los dedos. Sintió el porrazo de algo frío e implacable que resultó ser cuatrocientos litros de agua. El batacazo del agua disipó su borrachera de golpe, lo bastante como para empapararlo de un volumen todavía mayor de remordimientos claros y despejados por lo que acababa de hacer, mientras el zepelín, con una elegancia y una liviandad atroces, se elevaba hacia el luminoso cielo nocturno.

—¿Cómo llegaste a casa?

—Andando. Encontré un taxi.

—¿Y dejaste el coche allí?

—Ahora me doy cuenta de la idiotez que cometí.

—Así es como te ha encontrado la policía. Por la matrícula.

—Está claro.

—Oh, Nat.

—Ya sé, ya sé.

—Has *robado* el maldito dirigible de Dogpile.

—Liberado —sugirió él, pero era consciente de que, en toda su larga historia, aquella palabra nunca había sonado menos convincente.

—¿Y dónde está ahora?

Se le ocurrió que en el corazón del miedo que le daba mirar por la ventana de su

casa o por la ventanilla del coche de Gwen y avistar el zepelín se escondía una grave y narcisista falacia. El zepelín no lo iba a perseguir a él. Era un objeto sin mente, que solo traficaba con gravedad y viento.

—¿En el cielo? —sugirió.

—¡Ya querrías tú! Dime una cosa. Cuando te ha llamado la policía, ¿me puedes decir por qué no has confesado de inmediato?

—¿Por pánico? ¿Por vergüenza?

—Nat, ese trasto se puede estrellar contra la Pirámide de Transamérica o contra el Puente de la Bahía.

En privado, Nat se preguntó si las construcciones gigantes y señeras atraían más las catástrofes que, por ejemplo, las granjas de huevos o las tiendas de saldos.

—Tal vez —dijo, esperanzado— no haga más que subir y subir sin parar. Hasta llegar al espacio.

Estaban a unas manzanas al norte de MacArthur y a mano izquierda se acercaba el Merkata. Tenía un revestimiento exterior parcial de madera y estucado y un tejado de cemento que imitaba techumbre de paja, vestigios de la época, hacía tres o cuatro gastronomías, en que había sido un local de pescado frito con patatas.

—Si quieres aparcar aquí —dijo él, contento de cambiar de tema—, los puedo recoger yo.

—Aquí vienen.

—Oh, oh. ¿Qué les pasa?

Los chavales salieron arrastrando los pies del Merkata como presos encadenados por los tobillos. Curtis y Poitiers, hermanos de penas. Algo los abrumaba, la angustia de la cautividad o bien su plan secreto de fuga. Julie llevaba aferrado aquel ocho pistas portátil contra el pecho con los dedos extendidos en gesto de ferocidad extraña. Nat salió del coche, viendo las expresiones abatidas y avergonzadas de los chicos y preguntándose si acaso le correspondía preparar su número de padre enfadado. Si es que le quedaban energías para montar ese número; ya no hablemos, dados los acontecimientos de la noche anterior, de si tenía base moral alguna.

—Julius Lawrence Jaffe, ¿qué has hecho?

Su hijo lo asombró echándosele a los brazos. Los hombros huesudos, el pelo lacio y suave contra su mejilla. Lo asombró echándosele a llorar en la pechera de la camisa.

—Papá, he roto mi reproductor de cintas —dijo Julie.

Desconsolado. Arrugándose contra Nat como una de esas marionetas de madera cuando les aprietas el botón de la base.

—No pasa nada, chaval —dijo Nat. Y a pesar de toda la soledad y la rabia, de toda la estupidez y la vergüenza, de todo el dolor de perder a Archy, la tienda y la visión de lo que Brokeland siempre (exactamente como había dicho Archy en su

panegírico) había representado para Nat, a pesar de la orden de detención que pesaba sobre él por sustracción de zepelín y a pesar de llevar en la conciencia la posible destrucción del Puente de la Bahía o, quién sabía, tal vez de la Esfinge o de la Torre Inclinada de Pisa; pese a todo, en aquel momento, mientras los sollozos de su niño se reanudaban entre sus brazos, sinceramente le dio la sensación de que no pasaba nada. Se trataba de algo útil, tal vez la única cosa útil, que él todavía sabía hacer—. Vámonos a casa.

Julius asintió y luego miró a Nat a la cara.

—¿Titus también?

—Claro que sí. Titus, ¿estás bien? Dios bendito, mírate, ¿qué te ha pasado?

Titus tenía sangre en la cara y en el cuello de la camisa y una mancha de otra cosa en la camisa. Tenía los ojos muy abiertos y relucientes, con las lágrimas a punto de aflorar, y estaba contemplando con expresión anhelante cómo Julius se arrugaba entre los brazos de su padre. Allí plantado, sucio de sangre, sin nadie a quien abrazar o que lo abrazara. Al verlo, a Nat le entró vergüenza. De manera que abrió los brazos para hacer sitio también a Titus.

Titus negó una sola vez con la cabeza, asqueado, recobrando la compostura. Luego se dio media vuelta y echó a correr.

—¡Titus! —lo llamó Julie—. ¡Papá, venga! ¡Titus!

Se puso a intentar soltarse, pero Nat lo agarró fuerte y, después de un breve forcejeo, Julie se rindió y se volvió hacia Gwen, que los estaba mirando desde el coche.

—Tenemos que alcanzarlo —dijo Julie—. Vamos, Gwen.

—Me da toda la impresión de que no quiere estar con nosotros —dijo Gwen—. Yo necesito entrar y hablar de una cosa con esa gente.

En el menú no había *suff*, pero las distintas partes llegaron a un acuerdo y, después de una breve espera y de cierta actividad con una licuadora, Gwen pudo por fin aplacar aquel dolor inverosímil. Cogió el vaso alto de plástico transparente lleno de algo que Nat entendió que era una leche aguada y beige de semillas de girasol asadas y se lo llevó a los labios. El placer y la dulzura que se le reflejaron en la cara, el temblor orgásmico de sus párpados, fue absoluto, excitante.

—Oh, Dios mío —dijo.

Pero luego aquella infusión de aspecto extraño pareció sentarle mal.

—Perdonad —dijo.

Se llevó los dedos largos y hermosos a los labios, abrió los ojos como platos, los volvió a cerrar y echó a correr hasta la salida del restaurante. En la acera se inclinó hacia delante, tuvo un espasmo y luego emitió un ruido que Nat nunca más sería capaz de borrar de los oídos, una especie de rebuzno robótico, una y otra vez. Nat,

que era ateo, rezó para que aquel ruido se detuviera. Daba la impresión de que a Gwen se le estaba partiendo el estómago por la mitad. Cuando por fin volvió a entrar, las mejillas y la frente le relucían por el sudor.

—Uau —dijo. Respiró, tragó saliva y volvió a respirar. Cuando abrió los ojos, Julie le pasó una servilleta y ella se secó los labios con delicadeza chocante—. Gracias, guapo.

Se quedó quieta, con el ceño fruncido, como si estuviera escuchando algo, palpándose un diente con la lengua, intentando recordar si se había dejado un fogón encendido en la cocina de casa. A continuación, Nat olió algo que le recordó de repente al sótano de Cochise Jones. Aquel mismo aroma a bodega de quesos, débil como un susurro, a podredumbre. Un tono más oscuro de negro se extendió por la parte delantera de los pantalones elásticos que llevaba Gwen.

—Ahora vuelvo —dijo con un despliegue escalofriante de jovialidad.

Su avance hacia el cuarto de baño fue lento y sus andares de pato se vieron exagerados por la necesidad de mantener las piernas separadas. Detrás de ella se fue formando un rastro de salpicaduras de agua. Cuando salió, se había quitado los pantalones elásticos y al parecer se había deshecho de ellos. La visión de sus piernas desnudas, emergiendo de los faldones de una de las camisas de Archy, dejó pasmado a Nat. Gwen tenía un aspecto vulnerable, y él entendió que ella estaba a punto de partir hacia un lugar, pasara lo que pasara, donde estaría completamente sola, mucho más sola de lo que se podía imaginar un palizas de la angustia existencial como Nat.

—Me tenéis que llevar al hospital.

Ahora que Valletta se había ido —allí donde no la podían alcanzar los rayos X, las conexiones vía satélite ni la sed insaciable que él tenía de público—, el viejo Luther había perdido su aspecto desafiante. No paraba de moverse en su asiento, como si este se encontrara engrasado o electrificado, y evitaba mirar a Archy a los ojos. Arqueando las cejas, moviendo los labios, mandando a la mierda a Flowers, pero sin decir nada en voz alta. Dentro de su mente se estaba librando una discusión tremenda. Una pelea a cuchilladas, un debate televisado, un encuentro de sumo.

—Tu padre —empezó a decir Flowers. Hizo una pausa para intentar ordenar sus siguientes palabras, poniéndolas a prueba antes de soltarlas en la sala—. Tu *padre* me ha estado intentando chantajear —continuó, sin perder la ligereza del tono, divertido por aquella idea—. Usando algo que pasó hace mucho tiempo, que por entonces no le importó a nadie y que afectó a alguien a quien nadie recuerda. Ha estado escurriéndose de ratonera en ratonera. Dejando mensajes difamatorios. Propagando el escándalo y las mentiras.

—El escándalo tal vez sí —dijo Luther. Negó con la cabeza y puso morritos, intentando imitar la burla afectada de su viejo amigo con un despliegue de severidad

moral que resultaba exactamente igual de poco convincente—. Pero las mentiras no.

—Como es natural, tengo un problema con su conducta —continuó Flowers, sin hacer caso a Luther, exponiendo su caso directamente ante el mediador oficial, que ya hacía cinco minutos que se había arrepentido de mezclarse en aquella mierda, pese a que sabía que la decisión de no mezclarse en ella había resultado al final igual de coñazo—. Pero, dada la naturaleza de la acusación, no me ha parecido, todavía, que llamar a mis buenos amigos de la policía de Oakland fuera a aclarar necesariamente la situación.

—Espero que lo hagas —dijo Luther—. Me encantaría contarles todo lo que sé de ti.

Echó un vistazo a su alrededor, por si alguien le quería chocar esos cinco o entrechocar puños con él. Pero debió de parecerle que estaba ante un verdadero hueso de público.

—Que diga él la suya —le sugirió Flowers a Archy, hablando por medio de su intérprete—, después de que yo diga la mía.

—Cállate, hostia —le dijo Archy a Luther.

Luther se encogió de hombros y se dio una palmada en la boca con una de sus manazas, como si fuera Rayo Negro refrenando una sílaba letal. Luego se repanchingó todavía más en su sofá.

—Aunque he estado liado con una serie de asuntos igualmente importantes —dijo Flowers—, también he estado intentando sacar a este tipo de la madriguera en que estaba escondido para poder traerlo aquí, sentarlo delante de mí y obligarlo a que, por lo menos, me mire a los ojos mientras me está intentando desplumar.

—Aquí me tienes —dijo Luther, ensamblándose de nuevo a sí mismo, sacando mandíbula, como si la idea de ir allí hubiera sido de él, un hombre íntegro que caminaba en solitario por la senda de la verdad y el honor. Cuando en realidad lo habían llevado en volandas como a un gusano en la pala del jardinero—. Y no te estoy amenazando con nada, Chan. ¿Qué he dicho yo? ¿Qué nota o mensaje te he dejado? Además, básicamente, lo que yo te decía era: si no quieres ayudar a tu amigo más antiguo, a un hombre que ha estado trabajando tan duro para limpiarse y volver a salir adelante, ¿qué dice eso de ti? Que viene a ser también —dijo, volviéndose hacia Archy— el mensaje que te he estado intentando mandar a ti.

—Sí, muy bien —dijo Archy—. Tú manda todo lo que quieras. Yo le pondré «Devolver al remitente» cada puta vez. —Se volvió hacia Flowers—. Esto va del tipo aquel al que le pegaron un tiro en los setenta, ¿no? ¿Me equivoco? En el bar de los Panteras. ¿Cómo se llamaba? El Bit o' Honey...

—Se llamaba Popcorn Hughes —dijo Flowers—. Era un gángster, un chulo asqueroso, ignorante y de poca monta de East Oakland. Que acabó justamente donde debía, tal vez un año o dos antes de tiempo.

—Y fuiste tú quien le metió prisas.

—Yo no tenía ninguna razón para querer hacerle daño a aquel hombre —dijo Flowers con cautela.

—Estaba intentando dejar su huella —dijo Luther—. «Crear su leyenda». Impresionar a Huey Newton. Lo que pasaba era que, cuando Huey quería eliminar a alguien, sabía que lo único que tenía que hacer era decirlo en voz alta y bien claro. Como Peter O'Toole en la película aquella, ¿cómo se llamaba? —Compuso una expresión ceñuda y regia, en una imitación bastante respetable de O'Toole—. «¿Es que nadie me va a librar de ese incordio de cura?» Y el Colega Chan se puso de pie para hacer realidad el deseo de Huey.

No resultaba fácil leer la expresión de Chandler Flowers. Ya hacía mucho tiempo, años, que había compuesto sus rasgos con el mismo cuidado que había puesto para entrelazar los dedos muertos de Cochise Jones. Si tú le contabas un chiste o una historia triste, él se limitaba a sonreír tal como dictaba el protocolo o bien a inclinar la cabeza para mostrar su compasión. Ligero regocijo o comprensión solícita. Archy nunca había visto nada parecido a lo que estaba viendo en ese momento en aquella cara indescifrable como un puño. Puede que fuera dolor o remordimientos. Tal vez fuera únicamente nostalgia. Sus ojos eran un par de túneles sombríos que se adentraban en las entrañas de las montañas del pasado.

—«Crear mi leyenda» —dijo casi complacido—. Sí que suena como las cosas que yo decía por entonces. Eso lo admito.

—Completamente dispuesto y capaz de hacer lo que hiciera falta para no tener que acabar donde estás ahora. Hacer cualquier cosa con tal de que fuera lo contrario de esto. —Luther abrió la rosa de los vientos de su mano derecha para guiar la atención de los presentes a las zonas de ironía que los rodeaban a todos—. Lo contrario de lo que Chandler Segundo quería que hicieras. Pasar de ir a la universidad. Salir con chicas blancas. Alistarse en la marina como marinero sin rango. Afiliarse al partido de los Panteras Negras.

Flowers entornó los ojos con placer, disfrutando del recuerdo del trabajo que había puesto en escandalizar a su padre. Se echó a reír, con una risa que era como echar gotitas en una sartén y que recordaba a su sobrino Walter.

—Es verdad —dijo—. Tienes toda la razón.

—Intentabas provocarle un ataque de epilepsia —dijo Luther, manteniendo una cara seria por cuyos márgenes se colaba la risa igual que se cuela la luz alrededor de una puerta—. Un ataque al corazón.

—Hice lo que pude, sí —dijo Flowers.

—«¡Eres una mancha en el apellido!» —dijo, desempolvando, como si fuera un disco antiguo de vinilo, la voz envarada y nasal de un hombre negro muerto mucho tiempo atrás, afectándola—. «¡Chandler Bankwell Flowers, eres una mancha en el

apellido!».

—Una mancha en el apellido, Dios mío, me había olvidado por completo de que él...

—Me sorprende que nunca probaras a volverte maricón —dijo Luther—. Eso habría acabado con él bastante deprisa.

El silencio que siguió a aquella revelación, aunque nanométrico, fue abrupto y revelador.

—Mmm... —dijo Archy, notando que se le ruborizaban las mejillas, aunque la cara de Flowers había recuperado su compostura de manos entrelazadas—. Entonces, ¿qué? ¿Estuvisteis los dos en el partido o...?

—Nah, eso fue un chanchullo de este —dijo Luther—. Yo no quería tener nada que ver con eso. Yo iba de acompañante.

—Ah, claro. Porque tú estás en contra de los chanchullos —dijo Archy—. Tú y los chanchullos no os conocéis de nada.

—Fue todo hace mucho tiempo —dijo Flowers, y se le oyó en la voz un eco nasal y burgués de la imitación que había hecho Luther de Chandler Segundo, un eco que ahora Archy se dio cuenta de que había estado presente todo el tiempo—. Agua pasada.

—Ah, ¿sí? —dijo Luther, jugando con él, disfrutando de la compañía, en opinión de Archy, de su antiguo compañero de correrías—. Entonces, ¿cómo es que todavía te preocupa tanto?

Plácidamente, reclinado hacia atrás, con las manos entrelazadas sobre la convexidad de su abdomen en un extraño eco de la forma en que colocaba a sus cadáveres, Flowers dijo:

—No me preocupa, Luther.

—Entonces ¿por qué cambiaste de idea con lo de Dogpile? De repente. En cuanto yo fui a hacerle una visita a Gibson Goode y le sugerí que te preguntara a ti qué le había pasado a Popcorn. ¿Cómo es que te pasaste entonces al bando de Dogpile?

—A mí también me gustaría saber eso —dijo Archy.

Flowers se limitó a poner aquella sonrisa inescrutable, forjada en los fuegos de un centenar de sesiones de la Comisión de Planificación, donde la gente nunca paraba de presentarse en la Sala de Vistas Número 1 para preguntar lo que no tenía respuesta, exigir lo que no se podía conceder y dar rienda suelta a lo que no se podía aplacar.

—Ya te conté mis razones, Archy, cuando hablamos el otro día. Me di cuenta de que por mucho amor y lealtad que pueda sentir yo a título personal hacia esa hermosa tienda que tú regentas, por no mencionar toda la historia que contiene, historia negra, historia de Oakland, historia del barrio, *mi* historia, era egoísta por mi parte oponerme al señor Goode. Un Garito Dogpile es una oportunidad para el conjunto de la comunidad. Ahora. Hoy. En el momento presente. Por no mencionar, y ahora te voy a

ser sincero, el hecho de que será una oportunidad para cierta gente que me es próxima y querida, como por ejemplo el hijo pequeño de mi hermana Candida, mi sobrino Walter, que está en plenas horas bajas. Y una oportunidad para gente como tú, si no ando equivocado.

—Eso sí que es una mentira *sucia* —le dijo Luther a Archy—. Chan, tú ya sabías que el asunto de Popcorn te iba a encontrar algún día. Desde el día en que sentaste la puta cabeza, seguiste los pasos de tu viejo y empezaste a bombear formaldehído, has estado viviendo con el miedo a que la cosa saliera a la luz. —Se volvió hacia Archy—. Tengo pruebas, hijo. ADN. —Ahora le tocó a él repanchingarse en su silla, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y meneando aquellas alas de gallo que eran sus codos—. La mierda dura millones de años. Si la pones en el microscopio, puedes clonar un puto triceratops. Un día, no te lo pierdas, algún cabrón tipo *Parque Jurásico* va a venir y clonar a Chan Flowers para quienes quieran dar un paseo por la prehistoria de Oakland, y cuando llegue Laura Dern en su jeep se encontrará allí a Chan. ¡Joder, Chan, si hasta seguro que los puedo llevar adonde está el arma! Lo más seguro es que aquella Mossberg siga estando allí en el bosque, enredada con los matorrales y tal.

—Tú sí que te estás enredando ahora —dijo Flowers—. Te estás enredando de verdad, Luther.

—¿Pero *qué* es lo que tienes? —dijo Archy.

—Un guante —dijo Luther—. El que llevaba Chan cuando se cargó a Popcorn Hughes, un guante lleno del ADN de la sangre de Popcorn.

—Un guante —dijo Flowers.

—Acuérdate, era de tu hermano Marcel. Un guantecito de color morado, del disfraz que llevaba...

—¡Un guante! —Chan Flowers se regodeó o fingió regodearse en la idea de que un simple accesorio de vestimenta, un complemento insignificante, pudiera inspirar una ansiedad como la que Luther había descrito—. ¿Un guante que lleva treinta y un años en el bolsillo de atrás de un adicto al crack? Aun en el caso de que resultara ser auténtico —dijo, deseoso de que Archy se uniera a sus burlas sobre aquello—, o sea, aunque resultara que la sangre de ese guante es mía, o de Popcorn Hughes, o de Jimmy Hoffa, ¿qué demostraría eso?

Y entonces apareció, luminosa y fiel como un estandarte ondeante: la sonrisa de Cleon Strutter, enseñando sus cartas.

—Tú dame cien mil dólares —dijo Luther— y nunca nos tendremos que hacer esa pregunta.

—Luther, ¿en serio? —dijo Archy—. ¿Chantaje?

Lanzó la palabra hacia su padre como si fuera un garfio de escalador y sintió que una de las púas se enganchaba. Luther se miró los pies enfundados en alpargatas y

luego levantó la vista para mirar a Archy. Asintió. Le parecía bien.

—Si lo quieres llamar así... —dijo.

—¿Es verdad que estás limpio de alcohol y drogas?

—Desde hace trece meses, una semana y cinco días —dijo Luther.

—¿Por primera vez desde cuándo, sinceramente? Finales de los ochenta, ¿no?

Luther admitió que probablemente aquello fuera cierto.

—O sea que ahora el que habla es tu yo verdadero, ¿no? El Luther Stallings limpio y sobrio: una escoria de chantajista.

La bandera de la sonrisa de Luther decayó un momento; a continuación cogió un repunte de brisa y volvió a ondear.

—Solo estoy intentando hacer una película, hijo. Revivir mi fortuna. Tal vez eso os parezca un plan impracticable a todos vosotros porque sois unos cínicos de mierda que no tenéis sueños propios. Supongo que soy un sentimental. Un tonto. Simplemente se me ocurrió que tal vez mi amigo más antiguo y de más tiempo podría querer echarme una mano.

—Echate *otra* mano —lo corrigió Flowers—. Archy, lleva *años* intentando chantajearme con este supuesto asesinato. No es un fenómeno reciente asociado a su sobriedad.

A Archy no le pasó por alto aquello de «supuesto», y se puso a darle vueltas como si fuera una piedra lisa en la palma de la mano. Repasó mentalmente la conversación, intentando recordar si Flowers había admitido o reconocido haber hecho algo malo. Le pareció que no.

—Echarme *otra* mano —admitió Luther—. A una escala más grande. Básicamente —le dijo a Archy—, lo que pasó, fíjate, es que la noche del asesinato el guante me lo quedé yo. No sé por qué. Simplemente me lo quedé para tener un recuerdo de, ya sabes, aquella época salvaje. Y al cabo de unos años, cuando me adentré en la peor maldad de mi vida, y no me enorgullezco de ello, sé que te dejé en la estacada, a ti y a todo el mundo, pero... mmm... —perdió el hilo y lo volvió a recoger—, pues me puse a buscar el guante. Pensando que tal vez fuera, como se suele decir, intercambiable. Pero parece ser que yo lo había perdido, de tanto mudarme todo el tiempo, de entrar y salir de la cárcel y todo eso. Luego me volví a juntar con Valletta. Justo después de salir de desintoxicación. Y resultó que ella lo había tenido todo el tiempo.

—Así pues, señor concejal —dijo Archy—, ¿quiere usted ese guante que tiene Luther?

Chan Flowers habló despacio, entre dientes, como si le matara el tener que admitirlo.

—Es posible —dijo.

—Y si, digamos, por la razón que sea, Luther no se lo da, ¿qué va a hacer usted?

La respuesta a aquella pregunta tardó todavía más en llegar, pero, cuando llegó por fin, pareció causarle poco dolor.

—Yo tengo más que perder que Luther.

—Ah, ya veo —dijo Archy—. Respuesta críptica pero amenazadora. ¿Y qué pasa conmigo, ahora que yo también estoy enterado de que existe ese guante? ¿Tiene usted más que perder que yo?

—Tú no me vas a chantajear nunca en la vida, Archy, eso yo lo sé. No forma parte de tu naturaleza. Debes de tener la fuerza de carácter de tu madre.

—No metamos a mi madre en esto, ¿vale? Me alegro de que ella no haya vivido para ver este día funesto. —Desafió a su padre a que cuestionara aquella afirmación y Luther la dejó pasar sin decir nada—. Así pues, ¿qué? —dijo Archy—. Si yo prometo que no diré nada de esto, ¿usted se limitará a matar a Luther pero a mí no?

—Trato con muertos todos los días del año —dijo Flowers—. No te olvides. Y estoy intentando encontrar algo de seguridad en estos tiempos tan inciertos. Da igual qué forma adopte esa seguridad.

Archy se preguntó dónde estaba el guante en aquellos momentos. Luther lo debía de tener a buen recaudo, escondido en casa de algún personaje de mala vida, de algún ex compañero de celda. Metido en una bolsa de plástico con cierre de cremallera y pegado con cinta aislante dentro de la cisterna de un retrete. Lo que había que hacer, pensó, era hacerse con él de alguna manera. Llevarlo a la policía y dejar que fuera esta quien decidiera lo que iba a suceder. Puede que no llevara a ninguna parte, que no señalara a ningún lado y que no incriminara a nadie. O puede que fuera el final del concejal Flowers y muy posiblemente de los planes de Dogpile.

—Si me largo de aquí ahora mismo —le dijo Archy a Flowers—, y dejo a este capullo a su cuidado, y creo que todos estamos familiarizados con la calidad del trabajo que hacen ustedes aquí, ¿me dice usted que aceptará mi palabra en este asunto?

—Sí que acepto tu palabra, Archy. Yo te respeto y sé que tú nunca me faltarías al respeto a mí. En cuanto salgas de aquí, te garantizo personalmente que me haré cargo de que tanto a ti como a esa pequeña familia que tienes de camino nunca os falte de nada mientras yo viva. Así que te puedes marchar tranquilo. Deja que Luther y yo arreglemos esto.

—Así pues, a ver —dijo Archy—, por ejemplo, ¿me respaldaría usted con Brokeland? Porque, o sea, en cuanto nuestro amigo G Bad ya no tenga nada que pueda usar contra usted... suponiendo que obtenga usted ese famoso guante. A cambio de que yo no diga nada. —Al decir esto, un rotor empezó a dar vueltas dentro del armazón de altavoz Leslie de su pecho—. ¿Tal vez podría usted, por ejemplo, retirar su apoyo al Garito Dogpile... y volverse al bando donde estamos Nat y yo? Porque, ¿sabe usted?, a nuestra manera pequeña y humilde, nosotros también

ayudamos a la comunidad.

—Haré más que eso —dijo Flowers—. Os respaldaré *de verdad*. En calidad de socio capitalista. Pagaré vuestra deuda. Os quitaré de encima a los acreedores, lo que haga falta.

—Tengo que decir que eso resulta muy atractivo.

—Archy —dijo Luther—. Venga, hijo.

—Y lo único que tengo que hacer, a ver si lo he entendido, es salir de aquí, ¿no? Dejar que usted y él... mmm... ¿cómo era? «Arreglen esto».

—Nada más que eso —dijo Flowers—. Por supuesto, tienes que recordar que si alguna vez se da el caso de que la policía se interesa por ese viejo crimen sin resolver, es posible que te acaben acusando de encubrimiento.

Archy se puso de pie, asintiendo, como si aquello le pareciera una propuesta razonable, hasta envidiable. A continuación estiró el brazo y le dio una fuerte colleja a su padre en el pescuezo, como si estuviera matando a un moscardón particularmente feroz y lento que se había posado allí.

—Dale el puto guante de los cojones, Luther —dijo—. Y luego lárgate de aquí. No soporto ni veros ni oleras a ninguno de los dos, putos viejos chantajistas, mentirosos y asesinos. Dale el guante al señor Flowers antes de que yo te lo quite y se lo dé personalmente a la policía.

—No puedo —dijo Luther.

—¿Por qué no? ¿Porque vas a coger todo ese dinero que él no te va a dar nunca y lo vas a invertir en una película que no vas a hacer nunca?

Archy podía contar con una sola mano las veces en su vida en que había dejado a su padre sin palabras. Supuso que debía de ser resultado de la colleja que le había dado, o tal vez hubiera algo convincente en el desprecio que acababa de mostrar hacia el proyecto de Luther. Luther se puso a murmurar y a negar con la cabeza otra vez. A Archy le recordó a aquel vagabundo tirado sobre su caja al que había visto días atrás delante de la pastelería de Neldam, aferrándose a su bolsita de bollos.

—Dale el guante —dijo Archy, luchando por mantener su voz libre de cualquier tono de compasión, ya no en beneficio de Luther sino de sí mismo—. Y la película te la pago yo.

Un filete a través de los barrotes de una jaula para tiburones. Luther levantó la vista, receloso y hambriento.

—¿Cómo?

—Me vendo la tienda. Y, lo que me saque de mi mitad, te lo doy a ti.

—¿Y por qué ibas a hacer eso?

—No lo sé —dijo Archy—. Aunque seguro que no es porque me importe una mierda lo que le pase a un desgraciado como tú.

—Chaval —dijo Luther, levantándose del sofá, sacándole todavía cinco

centímetros largos a Archy aunque pesara por lo menos una docena de kilos menos—. Te agradezco la generosa oferta que me haces, pero estoy cansado de que me faltes al respeto. O sea que te aviso: como me vuelvas a hablar así otra vez, te vas a ver recibiendo una paliza de verdad y de las de antes como no has recibido ninguna en treinta años.

—Colega —dijo Archy, haciéndose eco sin darse cuenta de lo que le había dicho su hijo la otra mañana—. Vete a la mierda.

—Caballeros... —dijo Flowers, pero era demasiado tarde.

La decisión histórica de Archy, tomada alrededor de 1983, de que su padre dejara de importarle un comino, había coincidido casi exactamente en el tiempo con la última vez en que había intentado zurrar a Luther. E igual que las cinco o seis veces anteriores, aquel intento también había fracasado. Pese a ser grande y fuerte y estar inundado de la hombría que por entonces estaba a punto de alcanzar, y hasta enfrentándose a un Luther enganchado a la droga y anoréxico, el volumen y la furia en bruto de Archy no le sirvieron de nada frente a la habilidad que su padre tenía completamente interiorizada.

Pero el de ahora fue un ataque por sorpresa, y Archy se aprovechó de esa ventaja. Se lanzó contra Luther y lo derribó sobre el pequeño sofá, que a su vez se volcó hacia atrás, mandando a los dos hombres al suelo. Antes de que Luther pudiera empezar a recuperarse, Archy se le puso encima, se sentó a horcajadas sobre él y le dio la vuelta de manera que a Luther le quedara la cara pegada a la moqueta gris de hebra corta. A continuación se sentó sobre el trasero de su padre y le atenazó ambas muñecas con una mano mientras con la otra le agarraba el pelo. Clavó los dedos para tirar con fuerza de la cabeza de su padre hacia atrás.

—Dáselo.

—Vete a tomar por el culo.

Archy clavó más los dedos y tiró más fuerte.

—Que le des el guante, Luther.

—No puedo. Déjame.

—¿Por qué no?

—Porque lo he perdido.

—¿Lo has perdido? ¿Quieres decir que nunca lo encontraste? ¿Que Valletta no lo tenía?

—Sí que lo tenía. Pero la última vez que nos mudamos... no sé... se perdió. No lo encuentro. Lo juro. Que me dejes, hostia.

—¡¿Qué?!

—Yo lo tenía —dijo Luther, escribiendo sin quererlo su propio epitafio—. Pero lo perdí.

—De verdad que me gustaría creérmelo —dijo Flowers—. Me va a hacer falta

alguna garantía. ¿Qué pasa si vuelve a aparecer?

—Que haga una declaración jurada —dijo Archy—. Que escriba una declaración jurada de su puño y letra diciendo que lleva años chantajeándote, que toda la historia del guante y del asesinato se la inventó él y que tú nunca tuviste nada que ver con ello. —Dio otro tirón de la cabeza de su padre, solo para dar énfasis a sus palabras—. ¿Lo harás, Luther? ¿Confesarás que has estado haciendo chantaje? Te daré todo lo que me pueda sacar de venderme la tienda. Así tú podrás seguir viviendo esta vida tuya tan admirable.

—A mí me parece aceptable —dijo Flowers—. Pero... mmm... para una declaración jurada de esa clase vamos a necesitar un abogado. No me imagino qué clase de abogado. Sé que el mío no querría ni oír hablar del tema.

Archy dijo que le parecía que Mike Oberstein se dejaría convencer, pero, antes de eso, ¿qué tenía que decir Luther de la propuesta?

—Cuando el año pasado salí del programa —dijo Luther—, tenía tres cosas en mi lista de deseos. Y ninguna de ellas era «Por favor, que mi hijo me arree una colleja, me tire del pelo y se me siente encima cuando el cabrón debe de pesar más de ciento veinte kilos».

—Ah, sí —dijo Archy—. Oh, lo siento.

Salió de encima de su padre y se incorporó de un brinco. Luther se dio la vuelta hasta quedarse tumbado de espaldas, mirando el techo de requesón y el ataúd donde estaba Terrell Padgett. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero él se puso a parpadear hasta hacerlas desaparecer.

Archy estiró el brazo y le ofreció una mano a su padre. Luther se la cogió. Dejó que Archy levantara su armazón correoso y liviano del suelo. Pero, cuando Archy trató de soltar sus dedos, Luther se aferró a ellos. Tenía aquel apretón recalcitrante de hierro que había castigado bloques de hormigón, tablones de madera de pino y a Chuck Norris. Archy se rindió y dejó que su padre le estrechara la mano.

—Esto era el número dos de la lista —dijo Luther.

La madre era una niña, le faltaban dos meses para cumplir veintiún años y al parecer su bebé no tenía padre. Trabajaba en las cocinas del Chez Pansse y de vez en cuando iba en un camión de tacos vendiendo pastelillos. Cuando Aviva la había conocido, era una alumna de tercero con el pelo rubio rojizo que se llamaba Rainbow, hija de la orientadora de una red de negocios de mujeres a la que Aviva había pertenecido por entonces. Una chiquilla silenciosa, que se movía con sigilo por los márgenes de las habitaciones. Ahora llevaba el pelo teñido de un color oscuro como de moras, se había quitado la segunda sílaba del nombre, se había tatuado un escandaloso repertorio de objetos semialegróricos (una abeja, un paraguas, un huevo en una huevera) que le ocupaba más o menos el sesenta por ciento del cuerpo, y ocupaba,

por lo menos hoy, el escenario central de su mundo. O mejor dicho, *del mundo*; Aviva todavía conservaba aquella sensación, después de tantos años, después de haber traído al mundo a un millar de bebés y de que la rutina, las neurosis transmitidas por las pacientes o la industria sanitaria le dieran todas las oportunidades del mundo para que se desencantara, se hartara o se aburriera de su trabajo. Las personas tenían tendencia a verse a ellas mismas como farolas en una noche de niebla, ocupando el centro de una esfera de resplandor, pero en el fondo no se trataba más que de un truco de la luz, de un espejismo de centralidad en medio de una niebla general. Una mujer que estaba de parto, sin embargo, mientras sufría el parto, se encontraba en el centro de algo verdaderamente radiante en cuatro dimensiones; todos los partos del mundo, todos los vectores de la evolución y de la migración humanas se originaban y terminaban entre sus piernas abiertas.

—Noto como si me fuera a cagar —dijo Rain. Se había puesto a ocho centímetros en las dos horas siguientes a su primera contracción, pero el desplazamiento al hospital parecía haberla ralentizado—. ¿Y si me cago en la cama?

—A ver si puedes —dijo Aviva.

Se oyó el clic del pestillo de la puerta y se coló en la habitación una ráfaga del murmullo del hospital. Aviva estaba de espaldas a la puerta de la nueva y encantadora sala de parto en la que Rain había tenido la suerte de que la pusieran, una sala de madera dorada con acabados de acerocromo, que hacía pensar en esbeltas madres danesas dando a luz a jóvenes y atractivos socialistas. Audrey, la madre de Rain, se levantó de golpe del sillón para cerrar la cortina que rodeaba la cama con un traqueteo de cojinetes.

—¿Señora Jaffe? —Era una de las enfermeras, una filipina llamada Sally, una buena enfermera, que compartía con Gwen la misma forma perfectamente entrenada de ser al mismo tiempo dulzona y dura—. Está aquí su querido marido.

Ahora le tocó a Aviva ponerse de pie de un brinco. No recordaba que Nat se hubiera presentado jamás en el hospital sin que ella se lo pidiera. Tal vez para traerle un par de zapatos más cómodos o algo para comer. El hecho de que ahora apareciera de improviso solo podía comportar malas noticias o un desastre. Mientras seguía a Sally hasta el mostrador de las enfermeras donde él la esperaba, Aviva se sacó el teléfono del bolsillo de atrás y buscó el mensaje de voz que no debía de haber visto. Pero no había llamadas ni de Nat ni de Julie. De hecho, no la había llamado nadie en absoluto.

Nat estaba dibujando un mándala invisible por los baldosines relucientes con sus zapatillas Chuck Taylor altas, cabizbajo y con las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros que a ella le parecía que le quedaban mejor, tarareando la banda sonora de su impaciencia. Cuando la vio, el pánico de su cara dio paso tan repentinamente al alivio que a ella le vinieron ganas de echarse a llorar.

—¿Qué pasa? —dijo ella.

—Gwen está pariendo.

—¿Archy está allí con ella?

—No. No está en casa, Aviva. Está aquí.

—Oh, no.

—Sí. Ha roto aguas y había... meconio...

—¿Mucho?

—Mucho no, pero había. El médico ha dicho que probablemente todavía no tengamos que preocuparnos, pero han querido ingresarla y ponerla en el monitor. En caso de que haya sufrimiento fetal.

—¿Quién está asistiendo?

—Tu amigo.

—¿Lazar?!

—Todo un encanto.

—¡Mierda! ¿Y tú estabas con ella cuando ha roto aguas?

—Sí.

—¿Y por qué no me has llamado?

A él le pasó por la cara una nube de turbiedad, como de tinta de calamar, que la alertó a ella de que las próximas palabras que le salieran de los labios iban a mantener una relación peliaguda, o incluso antagonista, con la verdad.

—He perdido el teléfono —dijo.

—¿Dónde lo has perdido?

Él se encogió de hombros.

—En el coche.

Ella decidió dejar pasar la mentira, fuera cual fuera.

—¿Cómo está Gwen? —preguntó.

Desde que había salido de casa para encontrarse con Rain y Audrey en el hospital, Aviva había sido consciente, como un suelo que subyacía a la figura de todas las sugerencias tranquilas que le hacía a Rain y de todas las interacciones pacientes que tenía con el personal del hospital, de que toda su capacidad emocional —cuidadosamente escondida de todo el mundo que la rodeaba igual que esas fábricas de aeronaves de tiempos de guerra que tienen los cristales de las ventanas pintados de negro— se había desplazado a la producción de cólera; estaba furiosa con Gwen.

No, era algo más profundo y egoísta, más cobarde que la furia, en cuyo seno a Aviva le parecía percibir una noción de azote, de fuego purificador. Aviva estaba dolida. Y su furia era aquella cólera especial y amarga de los acusados. Gwen estaba rompiendo su asociación, renunciando a su vocación común, por razones que Aviva no podía desdeñar sin emplear la violencia contra ciertos hechos inconvenientes o embarazosos relativos a la naturaleza y la realidad demográfica de su práctica

profesional, relativos a la mala fama paradójica que pendía como un letrero sobre la partería moderna, una profesión que antaño, no hacía tanto tiempo, había limitado sus atenciones a mujeres pobres y del campo. Aviva estaba molesta —aunque su molestia también estaba contaminada por su conciencia de aquellos putos *hechos*— por el hábil e implacable ataque mau-mau que Gwen había infligido, de forma perfectamente justificada, al desafortunado consejo de inspección. Y eso a pesar de que —o quizá porque— Gwen les había salvado el pellejo a las dos.

—No está contenta —dijo Nat—. No sabe dónde está Archy, eso para empezar. En segundo lugar, y cito textualmente, ni de coña va a dejar que ese subnormal de Lazar le ponga una mano encima. En tercer lugar, vete corriendo para allá, por favor, lo más deprisa que puedas. Ella te necesita, Aviva. Dice que no piensa tener el niño como no vayas tú a sacarlo.

—Qué tierno.

—Yo solo soy el mensajero. Y será mejor que me vuelva con ella. No creo que Julie la esté ayudando mucho.

—¿Julie?!

—Ha venido con nosotros. Está un poco...

—¿Cómo ha sido eso?

Nuevamente una parálisis facial leve, una distonía narrativa que le distendió los rasgos.

—Lo he recogido yo —dijo—. Mmm... por el camino.

—¿Qué coño está pasando, Nat? No, olvídale. Luego te mato.

—Vale.

—¿Vale?

—Si es luego, me va bien.

—Bien. Y ahora. Dile a Gwen...

—Aviva...

Era Audrey, plantada en el pasillo y haciendo un ligero gesto vacilante de retorcerse las manos, inclinando la cabeza hacia la puerta de la sala de parto de Rain.

—Dice que quiere empujar.

—Vale... —dijo Aviva. Empujó ella también a Nat, poniéndole los dedos contra el esternón y echándolo un paso o dos hacia atrás—. Dile que iré lo *antes* que pueda. Tú ayúdala a ponerse cómoda, acompáñala a la habitación, ¿vale? Echa una mano. Haz de padre. ¿Crees que puedes?

—Creo que puedo fingirlo —dijo Nat.

—Y entretanto, ¿dónde coño está Archy?

—Lo he estado intentando encontrar pero no contesta.

—Prueba a mandarle un mensaje de texto de esos.

—¿Eso qué es? No sé qué es eso.

—Yo tampoco. Pregúntale a Julie.

—¿Aviva? —dijo Audrey, con un tono que se aventuró a aproximarse a la acusación.

—Tengo que volver con Rain —dijo Aviva—. Ve. Dile a Gwen que iré pronto.

—Pero ¿qué pasa si te entretienes aquí? —dijo Nat—. Como manden a Lazar, me temo que ella le va a arrancar la puta cabeza.

—Esto es un hospital —dijo Aviva—. Se la pueden volver a coser.

—Creo que me decanto por «Espejito, espejito» —dijo Julie.

—El de la barba —dijo Gwen, mostrándose vagamente de acuerdo mientras otra contracción se formaba en el golfo de dolor en cuya orilla ella estaba asentada como una ciudad al nivel del mar, con los diques tambaleándose ante el avance de la ola. Durante la última contracción, ella le había cogido la mano a Julie y se la había puesto sobre el vientre para que él notara cómo la piel dejaba de ser tapicería para convertirse en placa de metal—. El de Spock con barba.

—La barba está incluso más de moda ahora que por entonces —dijo Julie—. Las perillas están de moda.

Ella le había ordenado que la distrajera, aunque él sospechaba que no lo decía en serio, que Gwen no era capaz de distraerse de ninguna manera de su objetivo de ese día. Las contracciones ocupaban toda la atención de Gwen. A medida que se sucedían, cada una de ellas se volvía un objeto de estudio intenso. Julie, sin embargo, estaba haciendo lo que podía, pese a que él también se sentía considerablemente distraído. Por un lado sabía que tenía que estar presente, completamente presente, para Gwen, por lo menos hasta que volviera su padre o, mejor todavía, hasta que apareciera su madre. Pero al mismo tiempo no podía parar de pensar en Titus, de preguntarse dónde estaría y adónde habría decidido escaparse. El esquivo Titus, un ladrón de casas que descendía trepando por la tapia vertical de la vida de Julie. Tan fugitivo como una aspiración pasajera, como una de aquellas fantasías diurnas que uno sabía, incluso mientras la estaba teniendo, que requerían más dinero, más suerte y más serenidad de las que uno iba a tener jamás.

—Sigue hablando de *Star Trek* —le mandó Gwen en voz baja, quedándose muy quieta, con los ojos cerrados, posiblemente llevando una especie de cuenta interior, pese a que Julie, con la ayuda de su reloj, estaba registrando fielmente la frecuencia y la duración de las contracciones en el dorso de un sobre que había encontrado en el coche de ella—. Eso me ayuda. Además, creo que era más bien un bigote de mosquetero lo que llevaba.

—De acuerdo —dijo Julie, despegando las piernas del asiento de vinilo del sillón de la sala de parto. Se volvió para mirar a Gwen y le cogió la mano izquierda

húmeda de sudor con la derecha de él. Gwen estaba acostada en la cama, vestida con la vieja camiseta de Xavier McDaniel de Archy y unos pantalones elásticos limpios que había mandado a Julie a buscarle a casa de camino al hospital. Había dejado que la conectaran al monitor pero se había negado a ponerse la bata de paciente, a fin de demostrar su determinación a no tener aquella criatura hasta que Aviva estuviera libre y que no hacía falta que las enfermeras llamaran a Paul Lazar—. Además, en ese episodio estaba la Mujer del Capitán.

—Ah, eso te gusta. —Su voz era suave, meditabunda, como una bibliotecaria del dolor examinando con el dedo un catálogo interminable de llamas—. ¿Verdad?

—Es... no sé. Supongo que mola bastante.

Lo que no dijo era que cada vez que veía aquel episodio, que recordaba haber visto por primera vez con Gwen la noche en que sus padres habían salido a ver *Casi famosos*, le gustaba imaginarse que *él* era la Mujer del Capitán, deambulando por los aposentos del Kirk malvado con el vientre desnudo y su Campo Tantálico, esperando a que el capitán volviera a sus brazos, a sus labios y a su cama espacial retrofuturista de los años sesenta con sus sábanas de malla centelleante roja.

Pasaron cuarenta y nueve segundos en silencio y por fin ella volvió a abrir los ojos. Julie apuntó el tiempo y la duración en el dorso del sobre que le había mandado a Gwen el bufete de abogados de Leopold, Valsalva y Rubin y que ella no se había molestado en abrir. Tenía un aspecto muy serio y, en opinión de Julie, urgente.

—Ya pasó —dijo ella, tragando saliva y lamiéndose los labios.

Un último borboteo diminuto de dolor en la mirada. Julie lo vio apagarse, como cuando el fuego psiónico abandonaba a Sally Kellerman en el episodio «Donde nunca llegó el hombre».

—¿Estás bien? —dijo él.

—Estoy bien. Pero, si viene Lazar, no estaré bien. Tendrás que matarlo.

—Puedo hacerlo.

—Tendrás que ser mi Mujer del Capitán y golpearlo con el Campo Tantálico.

—Es hombre muerto.

Ella le cogió las manos con las suyas.

—Eres un buen chico, Julius Jaffe —le dijo—. Tu madre te crio como es debido.

—Gracias.

—La escena de esta mañana en el motel debe de haber sido rarísima.

—Ha sido una locura. No tengo ni idea de qué estaba pasando. No entiendo de qué va esto.

—¿Quiénes eran esos tipos?

—No lo sé, trabajan para el señor Flowers, ya sabes... llevan esos trajes, o sea que parecen musulmanes negros, pero con joyas y corbatas en lugar de pajaritas.

—Sí, sí.

—No sé, parece que hay una especie de *lío* entre él y Luther. Entre el señor Flowers y Luther. Algo que viene de hace mucho tiempo, cuando Archy era pequeño.

—¿Y Archy no te ha contado de qué iba?

—No. Solo me ha dicho que ya se encargaría él.

Gwen se mordió el labio, no por dolor, y negó con la cabeza una sola vez, apartando la vista de Julie. Él estaba a punto de asegurarle que Archy vendría, que vendría en cuanto se enterara de que ella se había puesto de parto. Sin embargo, se le ocurrió que tal vez no fuera cierto. Julie no tenía ni idea de en qué clase de *lios* se había metido Archy. Los tipos de la funeraria iban por ahí armados y lo más seguro era que fueran peligrosos, por mucho que el grandullón, Bank, hubiera resultado ser sorprendentemente vulnerable al asalto con katana de madera.

—Es Titus quien debería estar en urgencias —dijo Gwen—. Estaba herido, ¿no? Me he equivocado, no tendría que haber dejado que se marchara. Eso ha estado mal. No sé dónde tenía la cabeza. Supongo que estaba un poco desquiciada.

—Le ha sangrado la nariz pero ya estaba bien. Es bastante duro de pelar, el tío. — Julie sintió una oleada de agradecimiento hacia Gwen por estar dándole una excusa para hablar de Titus—. Creo que ha vivido en algunos sitios... ya sabes... no precisamente maravillosos. Como por ejemplo la casa donde vivía aquí. La de delante del señor Jones.

—Alguien me lo contó, sí.

—Lo trataban como a una mierda.

—Esa lengua, Julius.

—Era una pesadilla.

—Te cae bien, ¿verdad?

—Es mi amigo.

Usando la fusión de mentes vulcaniana, Julie la miró a la cara y le leyó los pensamientos: «Algo que nunca habías probado».

—¿Qué te ha dicho de mí?

—Pues... no sé. Probablemente te tenga un poco de miedo. Sé que... o sea... yo me he dado cuenta de que está bastante emocionado con esto.

—Con el bebé.

—Sí. Su hermano. Me dijo que tú le habías dicho que era niño.

—Lo es. Es un niño.

—Sí, parecía emocionado. Seguro que no se habría escapado si supiera que te ibas a poner de parto.

—Mmm... —dijo Gwen, y al principio Julie lo tomó por una expresión de ligero interés, como si ella estuviera registrando una pequeña obtención de información sobre un tema del que previamente había sabido muy poco.

A continuación el ruido se intensificó y fue cambiando hasta convertirse en un

gemido, «Uuuuuuuuy», y él vio que se acercaba otra contracción.

Julie oyó el traqueteo del expediente de Gwen en el soporte de fuera. Se puso de pie justo cuando se abrió la puerta y un médico delgado y pálido asomó la cabeza afeitada un par de días atrás al interior de la habitación. Llevaba uniforme hospitalario azul y un estetoscopio al cuello.

—¡Siete minutos entre contracciones! —informó Julie, sosteniendo el sobre en alto—. ¡Siete minutos!

—¡Siete minutos! —repitió el médico—. ¿En tiempo inglés o métrico?

Julie quedó sumido en un estado de confusión fascinada en torno a aquel concepto: el año dividido en diez meses, el mes en diez semanas y la semana en diez días. Pero no, saldrían demasiados días.

Gwen había cerrado los ojos; Julie ni siquiera estaba seguro de si había visto al médico.

—Usted no —dijo ella, con una voz tan baja que apenas resultaba audible—. Ni hablar, hostia.

Lazar echó un vistazo a Julie, intentando reclutarlo con la mirada. Julie le devolvió su peor mirada de basilisco, intentando que esta vaporizara al médico y lo convirtiera en una neblina tantálica reverberante.

—¿Quién es su amigo? —le dijo Lazar a Gwen. Echó un vistazo al monitor fetal y trató de cogerle la muñeca a Gwen—. ¿Está usted teniendo una ahora mismo?

Ella se soltó la mano bruscamente.

—No —dijo Gwen—. Estoy bien. El bebé está bien. No hay signos de sufrimiento. Puedo esperar a que llegue Aviva.

Luego a Gwen se le echó encima la contracción y se vio barrida por ella sin contemplaciones. Julie sintió que él mismo, Lazar y el hospital desaparecían de sus pensamientos. Lazar se quedó allí plantado mirándola. Antes su mirada había parecido muerta, agotada, pero ahora Julie vio en ella agilidad, atención y hasta casi le pareció captar cierto espíritu de aventura. Lazar se limitó a esperar, mirando la pantalla del monitor. Cuando Gwen volvió a abrir los ojos, él le dijo:

—Le voy a decir lo que pienso hacer. Y es lo único que pienso hacer. Señora Shanks, puede usted esperar a su socia, aguantar y entonces parir. Yo estaré encantado de no molestarla. Pero, *en cuanto* oigamos un solo pitido que me sugiera que puede haber sufrimiento fetal, pienso entrar y sacar a ese bebé. Y punto. ¿Me entiende?

Gwen se limitó a asentir.

Lazar pareció vacilar, como si estuviera a punto de decir algo más. Al final, sin embargo, se limitó a apuntar un par de cosas más en el expediente y a salir.

—Lo siento —dijo Julie—. No lo he matado.

—No pasa nada —dijo Gwen—. Hay tiempo. Creo que hay tiempo. Ojalá

estuviera aquí mi madre.

Ella se echó a llorar un poco por su madre. Dijo que añoraba a su padre y sus hermanos, que estaban todos todavía en D. C. y en Filadefia. Julie le dio un pañuelo de papel y al cabo de un momento le dio otro. Su padre entró trayendo un vaso lleno de cubitos traqueteantes de hielo.

—Aviva vendrá en cuanto pueda —anunció—. Probablemente, en cualquier momento. También te he traído hielo.

—Que Dios te lo pague —dijo Gwen.

Él le dio el vaso de plástico y ella se puso a masticar con expresión pensativa. Con los ojos inundados de lágrimas, mirando a Julie de una manera que le hizo temer que iba a ponerse él también a llorar. Gwen estaba sintiendo lástima o bien por ella misma, que estaba teniendo a un bebé a cinco mil kilómetros de su familia, o bien por él.

—¿Sabes dónde buscar a Titus? —dijo Gwen por fin, con la boca llena de hielo.

—Tal vez —dijo Julie, elaborando una tesis casi de inmediato—. Tal vez sí.

—Pues ve a buscarlo, anda —dijo—. Este bebé querrá ver a su hermano.

—Pero si no te conozco —dijo la viejecilla china—. ¿Por qué iba a conocer a tu amigo?

—Por nada —dijo Julie—. Pero...

—¿Es alumno mío?

—No. Pero ya se lo he dicho, guarda aquí su bicicleta, o sea que...

—¿Me tomas por sorda?

—No.

—Pues hablas muy fuerte.

—Yo...

—Sorda, vieja, china y tonta. ¿Eso te parece que soy?

—No. —Julie respiró hondo. «Vuelve a empezar»—. Hola —le dijo. Le ofreció la mano—. Me llamo Julius Jaffe.

Se sacó las tarjetas de visita de la billetera y rebuscó entre ellas. Encontró una antigua que lo identificaba como detective paranormal y se la pasó a la mujer. Ella leyó el texto que el otro le acababa de dar y echó otro vistazo al chico que no revelaba ni escepticismo ni interés.

—Mi amigo Titus —dijo— siempre esconde su bicicleta detrás del contenedor de basura de usted, allí en la... hum... mata de madreselvas... La tiene que esconder aquí porque... bueno... cuando estaba viviendo en casa de la señora Wiggins... según se gira por la Cuarenta y dos... a su bicicleta no paraban de pasarle cosas. Supongo que es porque allí vivía mucha gente.

—La señorita Wiggins. —Él vio que ella sabía a qué casa se estaba refiriendo—.

Ya veo.

—Por ejemplo una vez alguien se la cogió y estuvo yendo en ella. Y se la rompió. Y otra vez alguien la vendió para comprar droga, y Titus tuvo que volver a robarla. De manera que empezó a esconderla ahí detrás porque... o sea... hay muchas madreselvas. Ahí queda escondida del todo. Y ahora lo estoy buscando, para decirle que su *hermano* está naciendo, *ahora mismo*.

—No tan fuerte —lo advirtió ella—. Demasiado volumen.

—Yo estaba yendo a ver si está en casa de la señora Wiggins. Pero he pasado por aquí y he visto su bicicleta en los matorrales. Y he pensado... no sé. Que tal vez él estuviera aquí.

—¿Aquí? —Ella negó con la cabeza, con lo más parecido a una sonrisa que él había visto nunca en ella—. Aquí, no.

—Pero es que usted no lo sabe. Puede que se haya colado en la casa. Titus tiene talentos.

—Mírame bien, detective paranormal —dijo ella—. ¿Tú te crees que como soy vieja, tonta, sorda y china se me puede colar en la casa un chaval para esconderse y yo ni siquiera me voy a enterar?

—No —supuso él.

—Debes de ser un detective paranormal de pacotilla.

—Más o menos.

—Creo que los fantasmas se ríen de ti.

—Es probable.

—Aquí no hay ningún fantasma —dijo ella—. Tu amigo se ha ido a su casa. Ve allí y díselo, dile: «Ha llegado tu hermanito».

—Sí, pero... —bajó la voz y miró a un lado y al otro de Telegraph—, ¿qué me dice de esa habitación que tiene usted?

—No existe.

—No, la... ejem... habitación secreta. La puerta que hay escondida detrás de un póster de Bruce Lee... Donde se estaba quedando Gwen. Gwen Shanks.

Ella pestañeó y le devolvió su tarjeta.

—No hay fantasma. Ni habitación fantasma. Buena suerte. Y adiós.

A Julie se le ocurrió intentar escabullirse de aquel incordio de vieja. Subir corriendo las escaleras y examinar por sí mismo la habitación que había al otro lado de la puerta de Bruce Lee. Dio media vuelta, dejando caer el monopatín en la acera, y subió al porche. Vaciló y probó una táctica distinta.

—Mmm... usted dio clases a Luther Stallings, ¿verdad? —dijo él—. El actor. Pues mi amigo Titus es nieto de Luther Stallings.

Ella salió ataviada con su ghi de color gris y sus sandalias negras, flaca, casi ingrávida y con los andares de una persona joven.

—Déjame ver esa bicicleta fantasma.

Julie la llevó por el costado del edificio hasta el aparcamiento. Hicieron crujir la grava con los pies hasta llegar al contenedor de basura. Él apartó con la mano varias marañas de madreselvas, cubiertas de unas flores que parecían palomitas con mantequilla desparramadas. La densa fragancia de las flores se mezclaba con la atmósfera rancia del contenedor. Antes de que Julie pudiera ayudarla ni impedirselo, ella agarró la bicicleta por el manillar y la extrajo de la maraña de enredaderas con facilidad sorprendente. Pareció que la presencia de la bicicleta le resultaba ofensiva, pero Julie también vio en ella, o eso le pareció, un toque de perplejidad, y hasta posiblemente de asombro. La mujer miró de reojo una ventanita cuadrada que había en la parte superior del edificio —*estaba* abierta, pese a que no había ninguna forma obvia de trepar hasta ella— y luego contempló otra vez la bicicleta.

—Qué bici tan rara —dijo.

—Se llama una fija... —dijo Julie—. No tiene frenos ni marchas. Solo se puede pedalear. Y cuando quieres parar, pedaleas al revés.

Ella se subió al asiento, agarró el manillar y se puso a pedalear en medio de un chorro de grava, meneando los dedos en busca de unos frenos manuales que no existían. Pisó con fuerza los pedales hacia atrás, se detuvo y derrapó un poco hasta llegar a la acera. Se pasó tres segundos bamboleándose sobre la bicicleta como un niño al que le acaban de quitar las ruedas de apoyo, hecha un frágil nudo de huesos, tendones y seda gris. Para el cuarto segundo, ya había entendido cómo pedalear hacia atrás y se estaba alejando en zigzag por la acera sin mirar por encima del hombro. Desapareció detrás de una verja alta. Al cabo de diez segundos reapareció, pedaleando hacia delante y haciendo gestos cortantes con una mano, convertida ya para siempre en maestra de la bicicleta fija.

—Vamos —dijo.

—¿Vamos adónde?

—A casa de la señorita Wiggins. A buscar a tu amigo. Señor detective paranormal a quien le da miedo la casa encantada. Por eso has venido aquí primero. Contándome un cuento absurdo, como si un chaval de catorce años se pudiera colar en el Instituto Bruce Lee sin que yo me diera cuenta. Has venido aquí porque te da miedo ir allí. ¿Es verdad o no?

—Es verdad —dijo Julie—. Básicamente. Pero, en serio, Titus tiene talentos.

—Como me insultes una vez más —dijo ella—, no te acompaño.

Él se subió a su monopatín y los dos partieron, la mujer hendiendo la acera con una energía tan imposible, con un abandono tal que Julie no la podía seguir. Ella se detuvo para esperarlo y se señaló el hombro con la barbilla. Julie se agarró a él; era todo cuerda y hueso.

La mujer lo remolcó por la calle Cuarenta y dos y a continuación doblaron la

esquina. Pasaron por delante de la casa del señor Jones, que se veía vacía y desolada. En el porche estaba la percha donde solía posarse Cincuenta y Ocho, vacía, abandonada. Ella siguió pedaleando hacia la puerta de la casa donde la tía de Titus se apolillaba como una anciana monarca cuyo reino había caído en el desgobierno y la ruina. La mujer —que decía llamarse señora Jew— cogió la bicicleta y la subió por la escalera destartada del porche. A continuación aporreó la puerta: ¡pum, pum!

—Titus —le dijo al joven que abrió la puerta, un chaval de dieciocho o diecinueve años, de ojos saltones y mandíbula fuerte, con una barbita enredada y desaliñada en el mentón. Sin camisa, con el vientre esbelto y la piel emborronada por tatuajes ilegibles e indescifrables. De la cintura de sus vaqueros cortos emergían el elástico de sus bóxers y un par de dedos de topos de color azul oscuro sobre un fondo azul celeste.

—Titus —repitió la señora Jew.

El joven se rastrilló la barbita del mentón con un par de dedos. Julie se había quedado en el peldaño inferior, sintiéndose desnudo y peligrosamente afeminado con sus pantalones muy cortos y su camiseta sin mangas. De la boca abierta de la casa salían una vaharada de marihuana y el ronroneo bajo del televisor, tal vez un partido de fútbol americano. También se oían voces. No enfadadas ni furiosas. Solo voces. De gente hablando y riendo.

—Soy maestra de kung-fu —dijo la señora Jew.

—¿De kung-fu?

—En el Instituto Bruce Lee. A la vuelta de la esquina.

Julie se acordó de que su padre le había contado una vez que él, cuando era pequeño e iba por el vecindario vestido cualquier día del año con su pequeño disfraz de Batman o de Spider-Man, a la gente le parecía muy mono. Pero cuando daba la vuelta a la manzana vestido de Superman, la gente se *ponía a dar saltos*. Más allá de lo mono que pudiera ser un pequeñajo de cara solemne disfrazado en el chillón traje de la S, había algo en la idea misma de Superman que hacía feliz a la gente. Lo más seguro era que pasara lo mismo cuando mencionabas a Bruce Lee.

—Bruce Lee —dijo el joven—. ¿Es verdad que estudió ahí?

—Yo fui su profesora.

—¿De verdad? ¿Usted?

—Yo le daba buenas palizas —dijo la señora Jew—. A diario.

—Eh —dijo el joven, echando un vistazo por encima del hombro en dirección al interior de la casa—, ¿dónde está Titus?

Alguien dijo algo y el joven se hizo a un lado. Había sucedido con facilidad, sin violencia ni subterfugios y sin siquiera decir «por favor». Julie se avergonzó de sus temblores y ansiedades, pero no renunció a ellos mientras seguía a la señora Jew al interior de la casa. Era una casa vieja y abarrotada, que tal vez hubiera gozado de

cierto encanto en algún momento. La repisa de la chimenea tenía ese aspecto medieval que presentan las chimeneas de algunos bungalows de pequeño tamaño. Aquí y allí el techo estaba sostenido por elegantes columnas de madera pintada. El centro absoluto de la sala de estar lo ocupaba el televisor, un viejo aparato de retroproyección cuya pantalla atenuada por el sol luchaba para sostener la paleta de colores de *El príncipe de Bel-Air*. Había tres chicos y dos chicas adolescentes sentados en un sofá de cuadros escoceses dividido en secciones y reparado con metros y metros acumulados de cinta aislante plateada. En el suelo había una chica de la edad de Julie, con falda de escuela católica, y cuatro o cinco niños pequeños. A Julie la chica le parecía más latina que negra, y una de las niñas era casi blanca y tenía largos mechones rizados de color castaño rojizo. Al otro lado del sofá a cuadros, un joven en silla de ruedas respiraba por medio de un tanque metálico de color verde. Lo vieron reírse detrás de su mascarilla de plástico para respirar. En el suelo había tirada una bolsa vacía de Cheetos picantes. En la mesilla del café había dos botellas grandes de Coca-Cola. Una caja de pizza. Un envase de plástico que antaño había contenido galletas en forma de animales del Trader Joe's. Todo estaba sucio, mugriento y abarrotado y reinaba una miasma de Cheetos, pero, principalmente, no eran más que una panda de chavales sentados y viendo una serie que a Julie también le gustaba. Él había estado esperando luces estroboscópicas, el papel de pared cayéndose, gente inconsciente por el suelo y el destello de las pipas del crack. El chumba-chumba de los altavoces durante veinticuatro horas al día. Y gente siniestra, pensó, acechando en los rincones de habitaciones sumidas en las sombras. Menudo racista estaba hecho.

El joven que los había recibido en la puerta los llevó hasta la parte de atrás de la casa, por unos peldaños irregulares que llevaban a una sección del edificio construida más tarde. En una de las literas había acostado un chaval no mucho más joven que Julie con una Game Boy en brazos.

—¿Titus? —llamó Julie.

Era una especie de dormitorio colectivo, amueblado con una amplia gama de literas de distintos periodos y estilos, algunas hechas de tubos de acero, otras de madera raspada y tallada a buril. Sin mucha luz. En el rincón del fondo, en la litera de abajo, debajo de un saco de dormir de la serie infantil *Blue's Clues*, Julie encontró a Titus.

—Eh —le dijo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo Titus desde debajo de la colcha, con una voz amortiguada pero que a Julie le sonó enronquecida por haber llorado—. Colega, lárgate de aquí.

—Vale —dijo Julie, y le vinieron lágrimas a los ojos a él también.

Empezó a darse la vuelta, pero entonces se secó la cara con el brazo. El niño de la

Game Boy lo estaba mirando.

—Solo he venido a... miran... decirte que se me ha ocurrido que tal vez quisieras saber que Gwen está teniendo al bebé. O a punto. Ahora mismo. O sea, que está de parto. Si vienes ahora, puedes, ya sabes, podrías estar presente, o lo que sea. Cuando nazca tu hermano.

Titus no se movió ni dijo nada.

—¿Tiene un hermano? —dijo el niño, inseguro.

—Está a punto —dijo Julie—. Titus, venga. Tenemos tu bici. Vamos, no te pierdas esto. Está tremendo. Los hermanos molan mucho. Ojalá yo tuviera uno. —Miró al niño—. ¿Verdad que los hermanos molan mucho?

—Pues no —dijo el niño.

—¿Podrías, o sea, nos podrías dejar solos un momento?

—¿Para qué, para que le puedas chupar la polla?

—Exactamente —dijo Julie sin dudarlo ni un segundo, entusiasmado por su propio atrevimiento—. Ten. —Se sacó cinco dólares de la billetera—. Ve a comprarte golosinas o lo que sea.

El niño se marchó. Julie se sentó en la esquina de la cama.

—Ya sé... o sea... ya entiendo que tú... —Respiró hondo y lo soltó—. Solo quería decir que, si has vuelto aquí, es porque te debías de estar sintiendo bastante solo. O sea... Archy estaba siendo un capullo, está claro. Pero... o sea... es tu hermano, tienes una... esta es tu oportunidad, ¿sabes? De tener a alguien que te quiera y te admire. Además de mí, quiero decir, porque ya sé que eso... o sea... tampoco importa mucho.

—Levántate —dijo la señora Jew—. Y ve al hospital. Ahora. O te parto la cara. ¿No me crees?

Titus se incorporó hasta sentarse, miró a Julie y luego a la señora Jew. Asintió.

Cambio. Un respiro entre compases de partitura para timbales. Un trozo de cielo azul entre dos nubes de tormenta.

Gwen en la cama de partos, entre contracciones, odiando al único amigo que le quedaba en el mundo. Odiando su loción de afeitado: un compuesto de cigarro de cereza sin encender y de aquellos pinos de cartón que colgaban del retrovisor de los taxis. Y, por debajo de aquel olor, un substrato amargo, beicon crudo reblandecido por el calor. Odiando el brillo de su cuero cabelludo a través de los pelitos cortos. El grano infectado con pus que tenía en la aleta derecha de la nariz. El vello del dorso de sus dedos. Odiándolo por no ser Archy.

Nat estaba sentado con la espalda recta en un sillón de cuero sintético, con la

barbilla en alto, la espalda rígida y con pinta de estar esperando a que sucediera algo extravagante, algo que fuera a exigirle más de lo que él estaba preparado para dar, como si en cualquier minuto la enfermera Sally fuera a meter en la habitación un extraño piano filipino sobre ruedas, hecho de dientes de tiburón, concha de tortuga y fibra de coco, que todos iban a esperar que él tocara. La expresión de su cara decía: «Por favor, Dios, no permitas que este espectáculo se vuelva más repugnante de lo que ya es». Con los párpados entrecerrados, abriendo mucho los ojos y volviendo a guiñarlos, buscando patéticamente aquel punto ideal entre tenerlos fuertemente cerrados de horror y tenerlos abiertos como platos para prestar atención al milagro del nacimiento. Con tembleque en las piernas. Los hombros encorvados en postura de impaciencia. Teniendo en cuenta que el hombre llevaba diecisiete años casado con una comadrona, a Gwen le pareció sorprendente lo poco que parecía saber, recordar o ser capaz de intuir sobre las necesidades de una mujer de parto. La suma de toda la sabiduría en materia de partería que él se las había apañado para adquirir se podía medir con la capacidad de un vaso de hielo y la superficie del paño que él se dedicaba de forma regular a llevar al baño para mojarlo y escurrirlo antes de volver a ponérselo a ella, agradablemente fresco, en la frente.

—Gracias, Nat —dijo ella con gratitud furiosa.

En la sala de partos debían de estar a mil grados Kelvin, y en medio de aquel calor Gwen sentía una ingravidez extraña pero no agradable. Sudorosa, sucia e incapaz de quedarse quieta. Con pelo de gorgona. Con una cama que era un pantano. Con la piel en plena rebelión, como si el bebé fuera algo que no solo tuviera que expulsar del útero sino también del exterior; el hospital se había vuelto intolerable, abrasivo, como una corteza de tostada contra el velo del paladar. Gwen se sentía completamente desesperada por ir de parto desnuda. Quería arrancarse el camisón del hospital, hacerlo trizas como si fuera Hulk destrozando una de sus batas de laboratorio de profesor. Pero tenía delante al tipo que era su único amigo, y que tenía todavía menos ganas de verla desnuda de las que tenía ella de verlo a él. Cada vez que Gwen se daba la vuelta o se incorporaba para sentarse, la mirada de él ya se ponía a restallar por toda la habitación como si fuera una manguera desbocada. El tipo estaba horrorizado por todo lo que estaba sucediendo, cabizbajo, encogido de vergüenza, como un lacayo de palacio enviado a la inmundicia del laberinto para atender al Minotauro rugiente. Y tarareando. Pasando una llave metálica o un cuello rotó de botella de un lado a otro y sin parar por una cuerda tensada de piano.

—Nat, hijo, te lo suplico, ¿quieres parar de una puta vez con el tarareo?

—¿Qué tarareo? —dijo él.

Nat se levantó y abrió el teléfono de Gwen por décima vez, intentando invocar a Archy. El gesto agotó la paciencia de Gwen; lo odiaba más que todas las demás cosas increíblemente molestas que Nat estaba siendo, haciendo y diciendo en aquellos

momentos, juntas.

—Quizá no convenga que hagas eso. Porque, como Archy Stallings entre por esa puerta, Nat, te lo juro por Dios, voy a llamar a seguridad para que lo detengan.

Ella lo había pillado a punto de marcar el último dígito, con el dedo vacilando sobre el número nueve. Con las cejas arqueadas, mirándola, considerando la posibilidad remota de haberla oído mal.

—Guarda. El teléfono. De los cojones.

Nat asintió, con los labios fruncidos, los ojos muy abiertos y una expresión que decía: «Vaaale». Más o menos en el momento en que Gwen había dicho la palabrota, la enfermera Sally había vuelto a entrar en la habitación o, mejor dicho, se había limitado a aparecer de nuevo allí. Provista, notó Gwen, de su propia combinación de olores: extracto de almendras, sobaco y algún derivado inexcusable de la gardenia.

—Hola, mamá, ¿estamos bien? —dijo Sally con su inglés ligeramente incorrecto, con aquella vocecilla dulzona y aquella risilla insoportable—. Creo que la mujer de usted, jiji, sigue liada —le dijo a Nat—. Hay que ver con qué calma se lo está tomando esa otra madre.

—Estamos bien, Sally —dijo Gwen, intentando poner la voz más normal que pudo. Lo cual ya era fatigoso. Necesitando acabar de una vez, con una añoranza que la llevó, justo cuando más deseaba parecer jovial, fresca como una risa e infinitamente dispuesta a esperar, a las lágrimas—. Ya ves, esperando.

—Eso mismo —ratificó Nat.

—¿Con qué frecuencia vienen? —preguntó Sally. Se fue directa al monitor cardíaco—. Uy —dijo—. Lo siento, mamá. Señora Shanks, lo siento mucho. Tengo que traer al médico. Ya sé que usted quiere que sea la señora Jaffe. He oído que ha tenido usted, no sé, algún problema con el doctor Lazar. Pero creo que ya no podemos esperar más.

—¿Qué es?

—Creo que hay una deceleración. Pequeña, pero aun así... Hora de que venga el médico.

—Oh —dijo Gwen, mirando la espalda floreada de Sally mientras esta salía corriendo de la habitación—. Oh, no.

Apenas le dio tiempo a emitir las palabras antes de que se le abriera dentro otro paraguas enorme y lento de dolor. Peinándole los pensamientos y haciéndole una coleta ensortijada con ellos. Todo se desvaneció salvo el dolor: la habitación y sus muebles, el murmullo de las bombas y los monitores, el ciclo de las horas, la luz del día y el mundo. El marido que la había abandonado para que trajera sola a su hijo al mundo. Un dolor que era como cerrar los ojos.

—Haz la respiración «ji» —dijo Nat, consiguiendo recordar aquello de alguna parte.

—Calla, hostia —sugirió a su vez Gwen.

Pataleando para permanecer en la cresta de la ola mientras esta rompía, intentando montar en ella. Una ola enorme, gigantesca, la más grande de todas, alta, ancha y profunda, que avanzaba imparable como un terremoto. E inmune igual que un terremoto a la voluntad de ella, que al final se reducía a nada más que las palabras «Por favor, que se acabe» repetidas durante un lapso que parecía durar horas.

Aquella vez no hubo descanso entre compases ni trozo alguno de cielo azul. El flujo del dolor dentro de ella simplemente se desplazó, desviado por algún interruptor de la playa de maniobras de su sistema nervioso, desde las bandas de acero que le envolvían el abdomen hasta un lugar más bajo y más profundo. Para horror de ella, entonces, y como si viniera de muy lejos, oyó su propia voz farfullar, suplicarle a Nat que fuera corriendo a buscar a Aviva, que la sacara de una «puta vez» de la habitación de la chavala aquella de los pastelillos, de aquella esmirriada cubierta de tatuajes, porque su bebé estaba llegando «ya», y Aviva tenía que estar presente para sacarlo. Gwen llevaba toda la vida tomándose a mofa o bien tratando con condescendencia o bien lamentando en distinta medida aquellos sueños condenados al fracaso y fútiles, aquellas visiones esperanzadas de luz suave, música ambiental y de una especie de satori vaginal, en las que tan proclives eran a caer las embarazadas en sus planes de parto. Y ahora veía que su propio plan de parto, condenado al fracaso pese a ser tan simple, le ardía en el corazón con el fuego de la utopía. Era un plan que solo tenía un punto, y ese punto era Aviva: serena y hábil, sin recurrir nunca a cuchillos, fármacos u hormonas sintéticas, sacando con sigilo a la luz la vida de su criatura. Daba igual qué luz y qué criatura; lo único que no variaba era Aviva Roth-Jaffe. En cuanto la enfermera regresó para anunciar que el médico estaba de camino, Gwen les juró a Nat y a Sally que no iba a permitir que aquel bebé le saliera del cuerpo, que se aferraría a él, que masticaría clavos, se ataría a rocas de granito y plegaría el espacio-tiempo para convertirlo en un único punto interminable, hasta que alguien le trajera a Aviva.

—¡Ve! —probó a decir, y tal vez en aquel momento se volvió un poco loca—. Dios bendito. ¡Qué lento eres, Nat! ¡¡¡Ve a buscar a Aviva!!!

Y sin embargo, todo el tiempo que se pasó despoticando y luchando y jurando que mantendría al bebé agarrado con la intrincada y formidable musculatura de su útero, estuvo experimentando también, por encima de cualquier pena que le produjera la cancelación de su plan de parto o al hecho de que su marido hubiera faltado una vez más, y esta vez peor que nunca, a sus obligaciones hacia ella, el deseo imperioso de expulsar al bebé. Sabía que ya no iba a servir de nada que nadie corriera, que ya era demasiado tarde.

Y nadie corrió. Nat se puso de pie. Había algo extraño en su expresión, cierto aspecto pétreo, condenado, como si se hubiera decidido a hacer algo irreparable.

Cuando recordara aquel momento más adelante, Gwen lo vería adentrándose bajo un foco de luz cruda.

—Un momento —dijo Gwen—. Uno solo. Oh, Nat, por favor. Esperemos un momento más a Aviva.

—Ni hablar, joder —dijo Nat.

De manera que ella abandonó su modesto sueño de utopía y lo expulsó de sus entrañas con esa violencia de la decepción.

—Me voy a cagar encima —anunció.

—Vale —dijo Nat—. Hazlo.

—Va a ser completamente asqueroso. Soy completamente asquerosa.

—Eso me recuerda algo —dijo Nat. Entró en el cuarto de baño y se lavó las manos, enjabonándolas con una precisión que a ella le pareció encomendable desde el punto de vista de la higiene pero cuestionable dada la inminencia del parto y, a la vista del tamaño del cagarro que sentía que estaba a punto de expulsar de sus tripas, posiblemente prematura.

—Oh, cielos —dijo—. Oh, Nat, oh.

Él salió a toda prisa del baño y se secó las manos con una toalla. Sin dar ninguna impresión de vacilación, dirigió su atención a la entrepierna de ella y dijo:

—Oh, Dios mío. De acuerdo.

Se inclinó, con los brazos hacia ella, encorvando la espalda igual que la encorbaba sobre las teclas de un piano. Arrepentida, Gwen se obligó a sí misma a dejar de empujar. La irritación, el descontento rayano en la furia que había estado fluyendo a raudales a través de ella durante la última hora regresó a su interior, presionando como un río contenido contra sus compuertas. Ella se balanceó en un punto a medio camino entre la rabia y el alivio. Entre las capas de pensamiento consciente y las acciones involuntarias de su cuerpo, Gwen se encontró a sí misma en posesión de la idea, cómodamente aposentada en la palma de la mano de sus pensamientos como si fuera una moneda de dólar, de que estaba a punto de traer al mundo a otro hijo abandonado, hijo a su vez de un hijo abandonado. Heredero de una historia de decepción y traición, de violencia y de pérdida. Siglos enteros de pérdida, imperios enteros de decepción. Toda la rabia que Gwen había estado sintiendo, no solo hoy o durante los últimos nueve meses sino toda su vida —nutriéndose de ella como si fuera un sol, usándola para abastecer sus motores, para financiar su participación en el Sueño Americano— le pareció por primera vez una desventaja. Algo puramente trágico. No había forma de tomar parte en ella sin legársela a las generaciones venideras.

Luego Archy entró en la habitación con una gorra de capitán de yate puesta. Se quedó allí mirándola con cara de bobo. Se lo veía desastrado, lleno de arrugas, con la camisa por fuera y despeinado. En el instante antes de que su nuevo hijo emergiera de

golpe, morado y berreando, a la mortalidad y a la historia, a Gwen se le hizo añicos el corazón como un espejo que ha recibido una pedrada. Era posible que algún día llegara a sentir algo parecido al perdón, pero en aquel momento solo pudo sentir lástima: por Archy, por su padre y por sus hijos, por todos los hombres de los que era heredero o testador, desde las rutas oceánicas de los esclavistas, pasando por los coches-cama de la Union Pacific, hasta el asiento de una bici fija que bajaba en plena noche por las callejuelas aledañas a Telegraph Avenue.

Luego ella se vio sosteniendo en brazos a su hombrecito, con su olor a penique caliente y sus ojos azules lechosos, y aunque no había tomado fármaco alguno y tampoco le habían puesto anestesia, pese a todo tuvo la impresión de estar delirando un poco, porque le pareció que una atractiva agente negra de policía uniformada, cuya insignia decía LESTER, acababa de entrar en la sala de parto junto con la enfermera Sally y el doctor Lazar —la policía negra, la enfermera cobriza y el médico blanco: de pronto aquello parecía una especie de versión pesadillesca de *Barrio Sésamo*— y le estaba pidiendo a Nat Jaffe que la acompañara. Nat se lavó las manos y luego, dedicándole un encogimiento lastimero de hombros a su socio, salió de la habitación acompañando a la agente Lester.

—¿Qué me he perdido? —dijo Archy.

Una ranchera Subaru Outback de 2002 de color caqui se detuvo en la entrada para coches de la casa de Stonewall Road, justo encima de la mancha de color marrón sangre que habían depositado allí hacía cinco semanas las juntas goteantes del Volvo de Aviva Roth-Jaffe. El dueño de la casa, un hombrecillo de barba pelirroja, estaba en el garaje, flotando sobre un témpano de papeles de periódico y pintando de blanco una cuna azul. Pasó la brocha por un tablón y remató el brochazo con un delicado giro de muñeca; a continuación dejó la brocha sobre la boca abierta de un bote de pintura y se puso de pie, calzado con unas sandalias Naot de color beige y llenas de salpicaduras. Por la timidez de su sonrisa se le notó que no le sonaban de nada ni el Subaru ni los ocupantes de su asiento delantero, un hombre negro fornido con boina de color calabaza y un adolescente negro a quien, incluso a través del parabrisas, se le notaba que estaba sufriendo un espasmo intenso y tal vez fatal de vergüenza.

—El demandante —dijo la ocupante del asiento trasero, que quedaba oculta detrás del pasajero y también por el hecho de que iba inclinada sobre el asiento de bebé (debidamente orientado hacia atrás) con la blusa desabotonada, el sujetador desabrochado y con su pezón convertido en placer y juguete exclusivos del ocupante del asiento de bebé, cuyos padres habían discutido, aunque muy brevemente, si debían llamarlo Kudu (sugerencia del padre) o (en honor al abuelo materno) Clark.

Ella ahora estaba terminando de amamantar a Clark, después de ponerlo a dormir

otra vez como resultado del hecho de que él decidiera, por razones desconocidas, causar un trastorno en mitad del trayecto.

Justo cuando ella estaba extrayendo el corcho de su pezón con un ruidito húmedo —un ruido que siempre conseguía hacer más densa la nube de vergüenza que rodeaba al hermano mayor de Clark— del recipiente adormilado en cuyo seno acababa de verter sesenta mililitros de rica segunda leche, otro Outback se detuvo junto a la acera. De él emergió la figura cetácea del señor Michael Oberstein, ataviado con un notablemente feo traje de mohair marrón cuya fabricación, pensó Archy debía de haber requerido la cruel matanza de docenas, o posiblemente centenares, de cabras de angora. No es que aquel traje lo vistiera, sino que más bien lo revestía.

Archy salió del coche para saludar a Moby, anhelando una excusa para extraerse a sí mismo de aquellos confines angostos, carentes de estilo y ligeramente punitivos a los que le había sentenciado el destino, tras verse obligado a admitir que un El Camino del 74 legendario por su falta de fiabilidad tal vez no resultara adecuado como coche familiar. Venderse el El Camino solo había sido una parte del variado paquete de concesiones, enmiendas, resoluciones y reparaciones que él había aceptado bajo los términos de su repatriación a la casa de la calle Sesenta y uno. Confiaba en que un día aquel camino predeterminado lo llevara, por medio de incontables toboganes y muy pocas escaleras, a la casilla de la redención última: el Perdón. Diversas partes del viaje habían sido dolorosas, y Archy casi nunca se molestaba en escurar a su mujer e hijos del conocimiento de aquel dolor. Sin embargo, no le había confesado a nadie la amargura con que había llorado el día en que un tipo de Livermore se le había llevado el El Camino.

Saludó con la mano a Moby, que le estaba metiendo mano al nudo de su corbata en el retrovisor lateral, y a continuación saludó con la cabeza al demandante, Garth, que estaba de pie junto a la cuna medio blanca y medio azul con cara recelosa, apagado y tan agotado y falto de sueño como Archy.

—Ahora sale ella —dijo Archy—. El niño está terminando de merendar.

Al fondo del garaje, sobre una mesa de trabajo, una radio informaba de cuántas pelotas y cuántos strikes llevaba Miguel Tejada, y debajo de la radio, sujeta con correas a una mecedora de bebés y sin parar de hacer intrincados mudras, estaba la criatura causante de todos los problemas. Archy se había olvidado de cómo se llamaba y de si era niño o niña. Se fijó en que el bebé tenía algún problema en la piel, una especie de extrañas manchas de decoloración en los dedos y en la cara. En el pecho de Archy se encendió un cable de pánico; no se le había ocurrido para nada que Garth pudiera tener base legal para su pleito. Luego vio que las manchas parecían ser del mismo tono exacto que la mancha azul que había en la cuna a medio pintar.

—No se me había ocurrido que la pudiera chupar —dijo Garth.

—Chupan lo que se les ponga delante, por lo que tengo entendido —dijo Archy.

—Hola, Arch —dijo Moby—. Qué tal. Señor Newgrange, soy Mike Oberstein. Hablamos por teléfono.

Por una vez, Moby se refrenó de hacer bufonadas con las manos y se acercó directamente a Garth Newgrange para darle un apretón. A continuación se volvió hacia el coche mientras Gwen salía del asiento de atrás, pasándose un dedo por los botones de la blusa y tirándose de la falda hacia abajo para cubrirse los hoyuelos de las rodillas.

—Eh, Gwen.

—Hola, Moby. Hola, Garth.

Moby ya había hablado con él y había acordado que vendrían, pero ahora Garth tenía cara de que le acabaran de tender una emboscada. Se cruzó de brazos y respiró hondo.

—Hola.

—Le presento a mi marido, Archy. Archy, este es Garth.

Archy consiguió que el tipo sacara una mano y se la ofreciera, una mano pequeña y moteada de melanina y de pintura de látex blanca semibrillante.

—Ese que está en el coche es Titus, el hijo de Archy. Titus, sal del coche y saluda a este hombre como Dios manda.

Titus, operando bajo los términos del paquete de condiciones más modesto que había negociado con Gwen, un paquete que incluía habitación, pensión y al final de su propio caminito del tablero de Candy Land, la ambigua casa de pan de jengibre con tejado de glaseado rosa de una familia que lo quisiera y le diera por el saco, salió del coche al instante, respetó las convenciones preestablecidas de la interacción civilizada entre desconocidos y se volvió a meter en el coche. El chico seguía de visita en nuestro planeta muy alejado de su mundo natal, pero Archy supuso que, si le daban tiempo, se adaptaría a la gravedad y los microbios locales. En ningún momento se alejaba del bebé, como si Clark fuera el objeto de estudio que le había hecho cruzar el vacío estelar.

—Y ahí está —dijo Gwen cuando vio al bebé manchado de azul en su sillita—. La pequeña Bella.

—Ahí está —admitió Garth, sin decir «No gracias a ti».

A continuación se hizo un silencio incómodo que Archy no tuvo ni energía ni valor para romper.

—¿Podemos...? Garth, yo confiaba en que tú y yo pudiéramos hablar... —dijo Gwen, señalando las escaleras que debían de bajar hacia la casa.

—Aquí ya va bien —dijo Garth.

Gwen pestañeó y miró a Moby.

—De acuerdo —dijo ella—. Muy bien. Supongo que a fin de cuentas no tardaré mucho en decir lo que he venido a decir. En realidad solo son dos palabras. Te las

tendría que haber dicho hace mucho tiempo, exactamente el día en que nació Bella, en aquel mismo momento. Pero son unas palabras que me cuesta mucho pronunciar, que siempre me ha costado pronunciar, no sé por qué. Tal vez es porque, y no estoy poniendo ninguna excusa, tal vez es por la forma en que me criaron. Como si básicamente yo no debiera disculparme nunca. Casi por una cuestión que yo llamaría de política. Una cuestión política. Pero aunque eso sea cierto en un sentido más general, ya sabes, histórico... en el nivel personal...

—Me dijiste que te avisara si te ibas por las ramas —dijo Moby.

—Dos palabras —repitió Gwen, como si se lo estuviera diciendo a ella misma.

Archy estaba disfrutando de aquello. Llevaba semanas caído en una desgracia profunda, amplia e inexpugnable. Intentó acordarse de si alguna vez había oído pronunciar a Gwen, de ninguna forma que no fuera un puro formulismo, la frase que ahora le vino, entrecortada pero creíble, a los labios:

—Lo siento —dijo ella.

Como pareció contentarse con dejarlo ahí, y Garth se cruzó de brazos y frunció el ceño sin que pareciera producirse un gran aumento de temperatura, Moby arqueó una ceja hacia una de las aletas ascendentes de su flequillo: «Continúa».

—Siento haber perdido los papeles como los perdí —dijo—. Con el médico. Dejé que... mi...

—¿Petulancia? —sugirió solícitamente Archy.

Gwen encajó la muesca de un ceño fruncido en la cuerda de su arco, apuntó a Archy y por fin bajó el arco y asintió con la cabeza.

—Mi petulancia. Mi susceptibilidad. Parte de lo mismo, supongo, que hace que me cueste tanto disculparme. Pero me disculpo, lo siento mucho. En aquellos momentos yo me tendría que haber centrado en Lydia y el bebé y en nada más. Les fallé a ellas y te fallé a ti, y gracias a Dios que esta bebé vuestra está sana y es preciosa, porque si le hubiera pasado algo...

Empezó a derrumbarse y recobró la compostura. Continuó:

—Entiendo tu rabia. Y la acepto. Pero confío en que puedas encontrar la manera de perdonarme.

—Vale —dijo Garth.

—¿«Vale» quiere decir que me perdonas?

—Claro —dijo él—. ¿Por qué no?

—¿Acaso esto quiere decir...? —dijo Moby—. Lo siento, pero, actuando informalmente en calidad de abogado de Gwen, se lo tengo que preguntar: ¿está usted retirando su demanda contra Aviva y ella?

—Sin problema —dijo Garth.

En cuanto se volvieron a meter en el coche y se alejaron de allí, Gwen dejó de contenerse. Estuvo llorando hasta que llegaron a la verja de abajo del hotel Claremont

y entonces se detuvo.

—Creo que deberías probarlo —dijo.

—Ya lo probé —dijo Archy—. No conseguí que calara.

—Yo no estaba preparada —dijo Gwen—. No sabía lo bien que sienta.

—Muy bien —dijo Archy—. Lo siento, Gwen. La he cagado largo y tendido, de todas las maneras imaginables, y estoy absolutamente arrepentido. ¿Crees que puedes encontrar la manera de perdonarme?

—No —dijo Gwen.

—¿Cómo?

—Pero casi.

Él le echó un vistazo al chaval que tenía sentado al lado, contemplando la carretera, sin que le pasara gran cosa por la cara más que un resplandor luminoso en los ojos.

—Vale, pues. Ahora a ti, Titus. Siento no haber sido ni un padre ni nada para ti durante tus primeros catorce años de vida. Eres un chaval muy majo y voy a intentar tratarte bien a partir de ahora. ¿Crees que puedes encontrar la manera de perdonarme?

—Vale —dijo Gwen—. Ya basta. Déjalo.

Entonces se pararon en un semáforo y el bebé se volvió a despertar, desconsolado y hambriento, y Archy pisó el acelerador para llevarlos a casa. Pasaron semanas antes de que se diera cuenta de que Titus no le había llegado a contestar, y para entonces el asunto ya no le pareció urgente.

Archy y Nat se encontraron en el local, una suite situada en la segunda planta de un imponente bloque comercial de la década de 1920 ubicado en la frontera entre Berkeley y Oakland. Tejas rojas, vigas de roble, estucado pintado del mismo tono habano que la piel de Lena Horne. Entre los inquilinos de la planta baja había una tienda de bicicletas profesionales, una mercería de vanguardia y un vendedor de amplificadores de válvulas.

—Ya tiene esa atmósfera de viejo maniático —comentó Archy—. Vas a encajar perfectamente.

—Muy gracioso —dijo Nat. Estaba caminando por la más grande de las dos salas de la suite, colocando las estanterías y aprovisionándolas de vinilos. De pared a pared y del suelo al techo. Satanás haciendo de arquitecto de Pandemonio—. ¿No te pone nervioso tener una tonelada y media de discos en una segunda planta?

—Al edificio le han hecho una puesta al día total —dijo Archy—. En el año 2001. Antes era un sitio de pilates. Ya sabes que tienen una maquinaria pesadísima.

—Te sorprendería el poco tiempo que he pasado en compañía de máquinas de pilates.

—Pues pesan mucho —dijo Archy haciendo un despliegue teatral de paciencia—.

El señor Singletary hizo reforzar el suelo, se gastó diez mil pavos.

—El señor Singletary... —dijo Nat.

Archy se llevó la mano a la barbilla, se encogió de hombros y negó con la cabeza. Con una sonrisita avergonzada.

—Ahora el cabrón va a ser propietario del edificio y de las existencias —dijo Nat—. Y ni siquiera le gusta la música.

—Le gusta Peabo.

—Pues mira, Peabo está bastante infravalorado —dijo Nat.

—El señor Singletary no lo infravalora.

—Mmm...

El bebé se despertó y empezó a moverse, inquieto. Archy se sacó un biberón Avent del bolsillo del gabán de cuero, lo destapó y olisqueó la tetina. Se agachó junto a la sillita de bebé para ofrecerle el biberón a su hijo, se lo encajó en los labios y esperó a que reanudara su siesta.

—Con lo que cuesta tenerlo —dijo Archy—. Y luego te pasas la vida sedándolo, al cabroncete.

—¿Está bien?

—Eso parece.

—¿Eso es leche en polvo?

—Es lo que queda de la leche de su madre congelada.

—¿No os ha podido ayudar la asesora de lactancia?

—Nat, por favor.

—Lo siento.

—Has asistido a un parto y ya eres la puta Liga de la Leche.

—¿Cuánto has dicho que era el alquiler?

—Ochocientos.

—Joder.

—Incluyendo agua y basura. Y una participación de un tercio en un cuarto de baño sin ducha. A mí me parece poco, para un edificio de un calibre tan magnífico.

—Ya imagino que te parece poco —dijo Nat—. Es lo que se supone que te ha de decir un agente inmobiliario.

—Oh, está claro que la jerga la domino —dijo Archy—. Por desgracia, no es eso lo que piden para el examen.

—¿Te vas a examinar?

—Todavía me estoy decidiendo.

—El bebé es un truco genial. ¿Quién no le va a comprar una casa a un negro gigantesco y adorable con un bebecito que está para comérselo?

Archy sopesó la pregunta.

—Casi nadie —dijo.

—Creo que tienes que coger el trabajo.

—Y yo creo que tú tienes que coger el local —dijo Archy—. Ya le has dado demasiado tiempo al señor Singletary, a Garnet, para que se replantee esa oferta que te hizo sin pensarlo.

Nat echó un vistazo a las baldosas desnudas del suelo, negras y relucientes como discos, a las paredes recién pintadas y a las tres ventanitas que daban al callejón de detrás del edificio.

—No habrá mostrador. No vendrá nadie a pasar el rato y charlar —dijo—. Y yo que pensaba que eso era lo único que a Garnet le gustaba de Brokeland.

—Supongo que algo lo ha puesto en plan generoso. La muerte del señor Jones. El que a Chan Flowers le haya salido mal lo del Garito de Dogpile. El que G Bad traslade todo el tinglado a San Francisco y lo vaya a poner en Hunters Point.

—Yo he oído que lo pone en Visitación Valley.

—Pero te digo una cosa, Nat: a mí me da la sensación de que se le está a punto de terminar el buen humor. Chan Flowers ya se ha recuperado y se está sacudiendo el polvo de los hombros. Trasladando las culpas y moviendo los hilos. Ha hecho despedir a un tipo de la oficina para el desarrollo económico porque «el consistorio ha perdido Dogpile» y tal y cual. ¿Y a quién ha despedido? Pues al cuñado de Abreu.

—No habrá mostrador —dijo Nat, recuperando el hilo anterior de sus pensamientos—. No habrá cubetas con los comentarios escritos con rotulador en los separadores. Se acabó el ver pasar el mundo por el escaparate. Ese escaparate mágico. Se acabaron los *clientes*.

—Tendrías clientes —dijo Archy—. De todo el mundo. De todas las franjas horarias; tendrías cabrones samoanos y de Madagascar aflojándote cinco mil pavos por una primera edición original del Blue Note 1568, en mono y con surco profundo. Y en todo caso, hay quien dice, y no pienso dar nombres, pero reina un consenso más o menos general, Nat... hay quien dice que la gente no se te da bien.

—La gente me cae bien en teoría —dijo Nat—. Eso era lo bueno de Brokeland. Que no era más que una teoría que teníamos.

—Eso parece —admitió Archy.

—Y ahora me estás diciendo que hay que pasar a la *realidad*.

—Tú sigue mi útil ejemplo.

—¿Vender inmuebles?

—Esa es solo una de mis estrategias.

—Y, para pasar a la realidad, lo que yo necesito es montar una página web que venda cachos de vinilo de hace cuarenta años por correo a samoanos invisibles.

—Le he enseñado la contabilidad al señor Singletary —dijo Archy.

—¿Qué?

—Y él la ha repasado. Se ha metido hasta el fondo.

Nat se estremeció.

—Es un valiente.

—Me ha preguntado un montón de cosas. A quién conocía yo que estuviera vendiendo por internet, cómo lo gestionaban, si lo hacían a través de eBay o tenían su propia tienda online, etcétera. Sospecho que hasta ha ido a hablar con otra gente, que ha hablado con el tipo de la mensajería sobre gastos de envío. El cree que lo puedes hacer. Que puedes vender todos los discos del señor Jones. Que puedes generar beneficios tanto para ti como para los herederos. Y Nat, si Garnet Singletary está oliendo beneficios, yo creo que te tendrías que tomar este rollo en serio.

—Espera, ¿tengo que pasar a la realidad y *también* tomarme las cosas en serio? —dijo Nat—. ¿Al mismo tiempo?

A Clark se le cayó el biberón vacío de las manos y el sobresalto lo despertó.

—Oh, mierda —dijo Archy—. Vale, hombrecito. Muy bien.

Desabrochó las correas que sujetaban al bebé, lo cogió en brazos y lo sacó a través del asa de la sillita de bebé. Agarró el trasero del bebé con la palma de la mano mientras con la otra le tocaba tresillos en la espalda. Clark no se mostró impresionado. Archy se sacó un llavero enorme del otro bolsillo del gabán estilo John Shaft, del que salían docenas de llaves, cada una de ellas con la inscripción prohibido copiar, y unidas a un llavero de seguridad de plástico verde donde se podía leer gestión de INMUEBLES SINGLETARY. Hizo tintinear las llaves delante de la cara de Clark. Clark escuchó su ruido metálico con cara de horror. Archy intentó darle el llavero al niño para que lo hiciera tintinear él, pero las llaves se cayeron estrepitosamente al suelo. El ruido hizo que Clark estuviera a punto de salirse de un salto de su pijama de una pieza OshKosh.

—Caray —dijo Nat—. Vaya pulmones tiene.

—A veces hay que hacer esto —dijo Archy, cogiendo a su hijo por debajo de los brazos y sometiéndolo a una fuerte oscilación, balanceando los brazos y elevándolos, balanceándolos y elevándolos, de un lado del cuerpo al otro, con la misma regularidad que el avance de un reloj.

Sincronizado de esa manera con la rotación de la Tierra, o tal vez simplemente aturdido por el aumento repentino de velocidad, Clark dejó de hacer tanto ruido. Sin embargo, siguió sin querer comprometerse a guardar un silencio total. De manera que Archy añadió un movimiento de pierna de regalo a sus balanceos de péndulo, era un movimiento armónico simple, de arriba abajo.

Titus Joyner apareció entonces en la puerta de la suite de dos habitaciones. Se quedó mirando el absurdo número de baile de su padre con una cara de burla genuina y posiblemente benévola.

—¿Qué? —dijo Archy.

Titus sostuvo en alto el móvil de Archy.

—Te lo has dejado en el coche —respondió—. Te ha llamado tu mujer.

—¿Qué te he dicho de llamarla «mi mujer»?

—Gwen. Te ha llamado.

—Ah, ¿sí? Clark, venga ya, hombre. ¿Y qué te ha dicho?

—Que no te olvides de que esta noche trabaja. En el hospital.

—Joder, me había olvidado. Tengo que comprar cena. —Miró a Nat—. Gwen ha empezado a trabajar en el Chimes, de enfermera de partos a tiempo parcial.

—Lo sé. Aviva se ha encontrado con ella en la planta.

—Solo para ganar algo de dinero.

—Nos lo hemos imaginado. ¿Estudiar medicina va a salirle caro?

—¿Tú qué te imaginas?

—Puede conseguir alguna beca. Con lo lista que es y la experiencia que tiene, ¿qué facultad no la va a querer?

—Hoy te veo repleto de predicciones optimistas sobre nuestro futuro.

—Solo estoy citando a Aviva.

—A Gwen la preocupa que Aviva siga enfadada con ella.

—Fue un golpe duro, la verdad, ya sabes.

—Lo sé.

—Un poco como un divorcio. No dejas de... O sea, te enfadas, pero... ¿Quieres dármelo?

—No, tío, yo me encargo.

—No dejas de querer a la persona. La echas de menos.

—Es verdad.

—Venga, dame a ese pequeñajo.

Ya hacía rato que se había agotado el encanto parcial del tratamiento pendular. Archy se encogió de hombros y entregó al bebé, cuyos chillidos habían adoptado una aspereza felina.

—Eh, eh, hombretón. Tranquilo. Somos amigos, ¿verdad? Ya lo creo, somos viejos amigos, Clark y yo.

Pero aunque se puso a tararear su material más sonoro y somnífero, Nat no demostró más pericia que Archy a la hora de silenciar al bebé.

—Dádmelo —dijo Titus.

Archy manifestó su conformidad con un asentimiento de la cabeza y Nat le pasó el bebé a su hermano mayor, que lo sacó de la suite y se lo llevó por el pasillo hasta las escaleras de terracota del viejo edificio. Para cuando llegó a la acera, pareció que a Clark se le habían terminado los motivos de queja. Estaba acostado boca arriba sobre el brazo doblado de Titus, acalorado y sudoroso y oliendo a leche agria. La luz del sol de octubre era tenue y polvorienta. Aunque todavía faltaba una semana para Halloween, en aquel momento apareció Julie Jaffe, montado en su monopatín y ya

disfrazado con una semana de antelación. Todo de negro, blazer negro, pantalones negros y corbatín negro como el de Val Kilmer en *Tombstone*. Con un guante de satén largo y raído, de color púrpura y con alerones, en la mano derecha. Con el pelo teñido de color negro mate. Un pelo furtivo, que absorbía toda la luz ambiental y no reflejaba nada. Pelo negro y pecas rojas, una combinación más bien extraña, aunque él se las apañaba para hacerla funcionar. Se dejó los auriculares blancos sepultados dentro de los oídos. Le dio un pisotón a la parte de atrás de la tabla del monopatín y lo impulsó hacia arriba para atraparlo con las manos.

—¿Qué tal? —dijo.

—Anda, mira —dijo Titus—. Es Johnny Cash.

Julie se sacó los dos auriculares, pop, pop. Le puso una cara bizca al bebé y luego le tiró un besito. Estiró un dedo y tocó con la yema una lágrima que Clark tenía en la mejilla.

—¿Por qué estaba llorando?

—La verdad es que no le hace falta ninguna razón —dijo Titus.

—Te vi salir del Fred's Deli... mmm... ayer.

—Sí.

—Con Kezia. Es guapa.

—No está mal.

—Yo la conocí en la Willard. En realidad fui con ella al parvulario. Siempre fue muy amable conmigo.

—Ella también se acuerda de ti.

—Y a esos tíos, Darius y... mmm... Tariq, también los conozco. Son buenos tíos.

—Sí.

—O sea, no son de lo peor. Está bien que os hayáis hecho amigos o lo que sea.

—Julie...

—Lo siento.

Titus apartó la mirada. Contempló el tráfico con los labios comprimidos y aire de estar imponiendo paciencia sobre la exasperación.

—Venga, a llorar todos —comentó.

Sin mirar directamente a Julie, le dio el pañal de tela que su hermano llevaba consigo, pegado al pijama con electricidad estática. Julie usó el pañal para secarse los ojos. Lo devolvió marcado con la caligrafía, escrita con manchurriones de lápiz de ojos masculino, de su tristeza.

—Perdón por ser tan pringado —dijo Julie.

—No, no te preocupes.

—Yo también he hecho un par de amigos.

—Ya lo sé.

Se quedaron allí, junto al arcén de la calle que los había llevado, sobre ruedas, a la

oscuridad de unas cuantas madrugadas perdidas de verano.

—Mierda, ¿qué hora es? —dijo Julie por fin.

—Son cerca de las tres, ¿no?

—Mierda. Mi padre no puede llegar tarde. Mi madre me ha mandado a buscarlo, debe de tener el teléfono apagado. ¿Están arriba?

—Sí. ¿No puede llegar tarde a qué?

Julie esperó antes de contestar, respiró hondo. Puso los ojos en blanco.

—A recoger basuras junto al lago Merritt —dijo.

—Jo.

—Sí, ya lo sé. ¿Cómo no voy a ser un pringado yo?

—Robar un zepelín, sin embargo, es bastante macarra.

—No es verdad. Él solo lo *desató*. Y el trasto subió. Cayó en Utah. Será mejor que entre a buscarlo.

Después de que Julie entrara, Titus se sentó fuera, en el escalón de arriba. Sentó a Clark a su lado en el escalón, aguantándolo por los sobacos, y los dos pasaron un minuto fingiendo que Clark sabía estar sentado. En aquel punto era la máxima diversión que el niño podía alcanzar. Dedicaron unos cuantos minutos a aquel pasatiempo y luego Julie salió del edificio seguido de Nat. Titus se volvió a poner a Clark en el brazo.

—Archy está cerrando —le dijo Nat a Titus—. Ahora baja.

—Vale.

—Saluda a tu madrastra de mi parte.

—Vale.

Nat caminó hasta el Saab, que llevaba las marcas del cruel castigo que le había infligido una alambrada, se metió en él y puso rumbo al lago Merrill para pagar su deuda con la sociedad entre sus nieves eternas de mierda de oca.

Titus y Julie entrelazaron las yemas de los dedos —una mano desnuda y otra enguantada—, se las soltaron y estrecharon suavemente los puños. Luego Julie dejó su monopatín en el suelo.

—Eh, tú, Artista Antes Conocido Como Julie —dijo Titus. Julie se dio la vuelta—. Lo más seguro es que esta noche esté conectado. Sobre las diez, ¿vale? Reúnete conmigo en Wakanda.

—Si acabo mis deberes —dijo Julie—. Vale.

Luego se subió de un salto a la tabla de su monopatín y se alejó de Titus traqueteando por la acera.

—¿No habéis quedado? —dijo Archy, saliendo del edificio con la sillita de bebé vacía colgando de la mano y cerrando la puerta con una llave del llavero tintineante.

—A lo mejor lo veo en el Marvel. Ten, cógelo tú. Ve —le dijo Titus a Clark, cediéndole la custodia del bebé a su padre—. Los dos oléis a queso Monterey Jack.

Archy y Clark se reunieron de forma más amigable de lo que se habían separado.

—¿Qué le has hecho? —le dijo Archy a Titus.

—Nada.

Se quedaron los dos mirando cómo Julie se alejaba patinando por la tarde de finales de octubre, echando únicamente un vistazo por encima del hombro.

—¿Él sigue jugando de chica?

—Sí.

—¿Cómo se llamaba?

—Desseo. Con dos eses.

Archy negó lentamente con la cabeza, con un gesto que lo ponía a medio camino entre la admiración y el desdén.

—Así es como sois amigos ahora. En un videojuego. Donde él es una chica y tú eres... ¿qué eras?

—La Respuesta Negra.

—Eso. Desseo y la Respuesta Negra, que quedan en el centro de Wakanda.

—Pues no, casi siempre quedamos en la Zona Azul de la Luna.

—Por supuesto. —Archy abrochó las correas de la sillita de bebé de Clark y enganchó la sillita en la base que tenía en el asiento de atrás de la ranchera—. ¿Verdad, pequeñajo? —le dijo al bebé—. ¿Dónde si no?

Clark, que todavía no estaba familiarizado con aquel refugio secreto y cubierto con una cúpula que postulaban las páginas de los cómics de la Marvel, eternamente oculto en el lado oscuro de la luna, no dijo nada.

—Viene a ser el único sitio —dijo Titus.

Se sentó en el asiento trasero a fin de poder hacerle muecas a Clark cuando fuera necesario o darle un biberón. Archy cogió Telegraph Avenue rumbo a casa, pero, cuando llegaron a la calle Sesenta y seis, no giró.

—¿Adónde vamos? —dijo Titus.

—A Wakanda.

—¿Adónde?

—A la Zona Azul de la Luna.

Pero al llegar no se detuvo. Se limitó a aminorar la marcha, a bordo de aquel Subaru lento y carente de elegancia que olía a bebé, el tiempo suficiente como para echarle un vistazo a una pancarta que anunciaba, con letras de camiseta de béisbol, la apertura inminente, entre la Federación Unida de Rosquillas y el Rey del Oropel, de una tienda de coleccionismo de cromos llamada el Vecindario del Señor Nostalgia. A Archy habían dejado de interesarle los cromos de coleccionar más o menos después de cuarto de primaria, pero era capaz de percibir el atractivo de aquella manía. Aunque sabía que nunca podría volver a entrar en aquel edificio sin que se le rompiera el corazón, entendía que aquel nuevo negocio prometía y, por lo menos en

principio, lo aprobaba. Lo importante no eran sus productos, ni tampoco la nostalgia. Lo importante era el vecindario, aquel espacio donde las penas compartidas se podían ahogar en pasiones compartidas a medida que las conversaciones se iban volviendo cada vez más eruditas y descabelladas.

—Espero que te vaya bien —le dijo al señor Nostalgia, quienquiera que fuese—. En serio, hermano, lo espero de verdad.

Levantó el pie del freno, pensando, mientras se alejaban, que, al fin y al cabo, tal vez cuando hubieran pasado unos años, era posible que se hubiera recuperado lo bastante como para atreverse a entrar. Saludar y transmitirle al tipo algo de historia y sabiduría, contarle todo lo de la Barbería de Angelo, la de Spencer y los Años de Brokeland. Y ver cómo arreglaban el mundo, esta vez.

*Berkeley, California
30 de septiembre de 2011*

AGRADECIMIENTOS

Los siguientes acreedores, progenitores, apoyos, verificadores, sostenes, lectores y partidarios de este libro quedan por la presente exculpados de todos sus defectos:

La Colonia MacDowell de Peterborough, New Hampshire; Dagmar y Ray Dolby; Steven Barclay y Garth Bixler; Philip Pavel y la plantilla del Chateau Marmont de Los Ángeles, California; el instituto Headlands de Sausalito, California; el Refugio Mesa de la estación de Point Reyes, California;

Zak Borovay (*música*); Kent Randolph (*virtuos*); Beah Haber y Nancy Bardacke (*partería*); Adam Savage (liberación de dirigible);

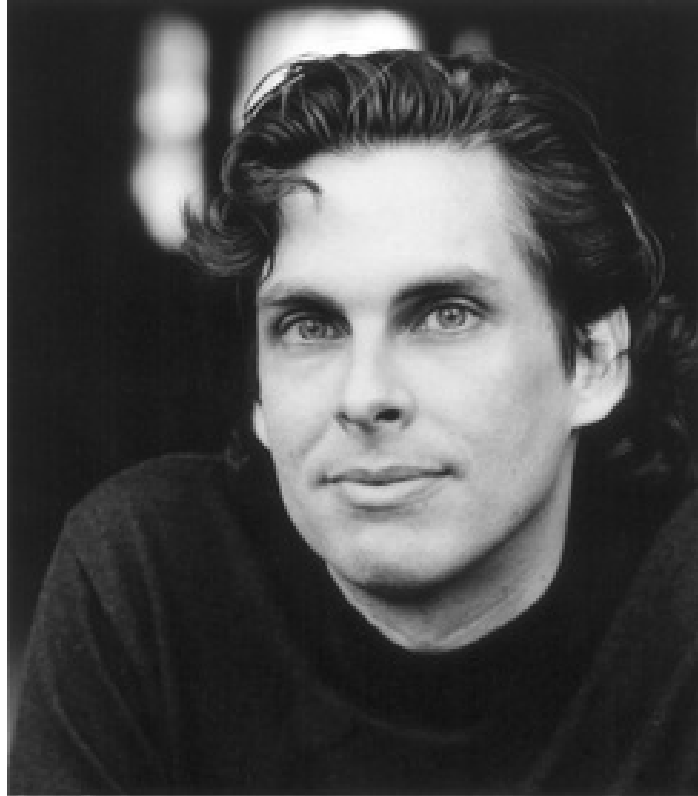
Ta-Nehisi Coates; Daniel Mendelsohn; Dave Eggers;

Jennifer Barth; Mary Evans; Amy Cray; David y Arla Manson; Jonathan Burnham; Michael McKenzie; Howie Sanders; David Colden; Scott Rudin; Sophie, Zeke (¡MTO!), Ida-Rose y Abraham Chabon;

la revista *Wax Poetics* y su redactor jefe, Andre Torres; *Blaxploitation Cinema: The Essential Reference Guide*, de Josiah Howard; *Women of Blaxploitation*, de Yvonne D. Sims; *Will You Die with Me?: My Life and the Black Panther Party*, de Flores Alexander Forbes; *The Death of Rhythm and Blues* de Nelson George;

Blaxploitation.com (www.blaxploitation.com); Oakland Geology (<http://oaklandgeology.wordpress.com>); Funky 16Corners (<http://funky16corners.lunarpages.net>); Birth Stories Diaries (www.birthdiaries.com); y a James Rouse, que fue quien soñó la Brokeland original.

Esta novela se escribió usando Scrivener en ordenadores Macintosh.



MICHAEL CHABON, nacido en 1957, se convirtió en joven prodigio literario con sus primeros relatos publicados en la revista *The New Yorker* a mediados de los ochenta, antes de cumplir los treinta años. Poco después saboreó el éxito con su primera novela, *Los misterios de Pittsburgh*. Es también autor de las novelas *Chicos prodigiosos*, *Las asombrosas aventuras de Kavalier* y *Clay* (premio Pulitzer 2001) y *El sindicato de policía yiddish*, y de los libros de relatos *Un mundo modelo* y *Jóvenes hombres lobo*.